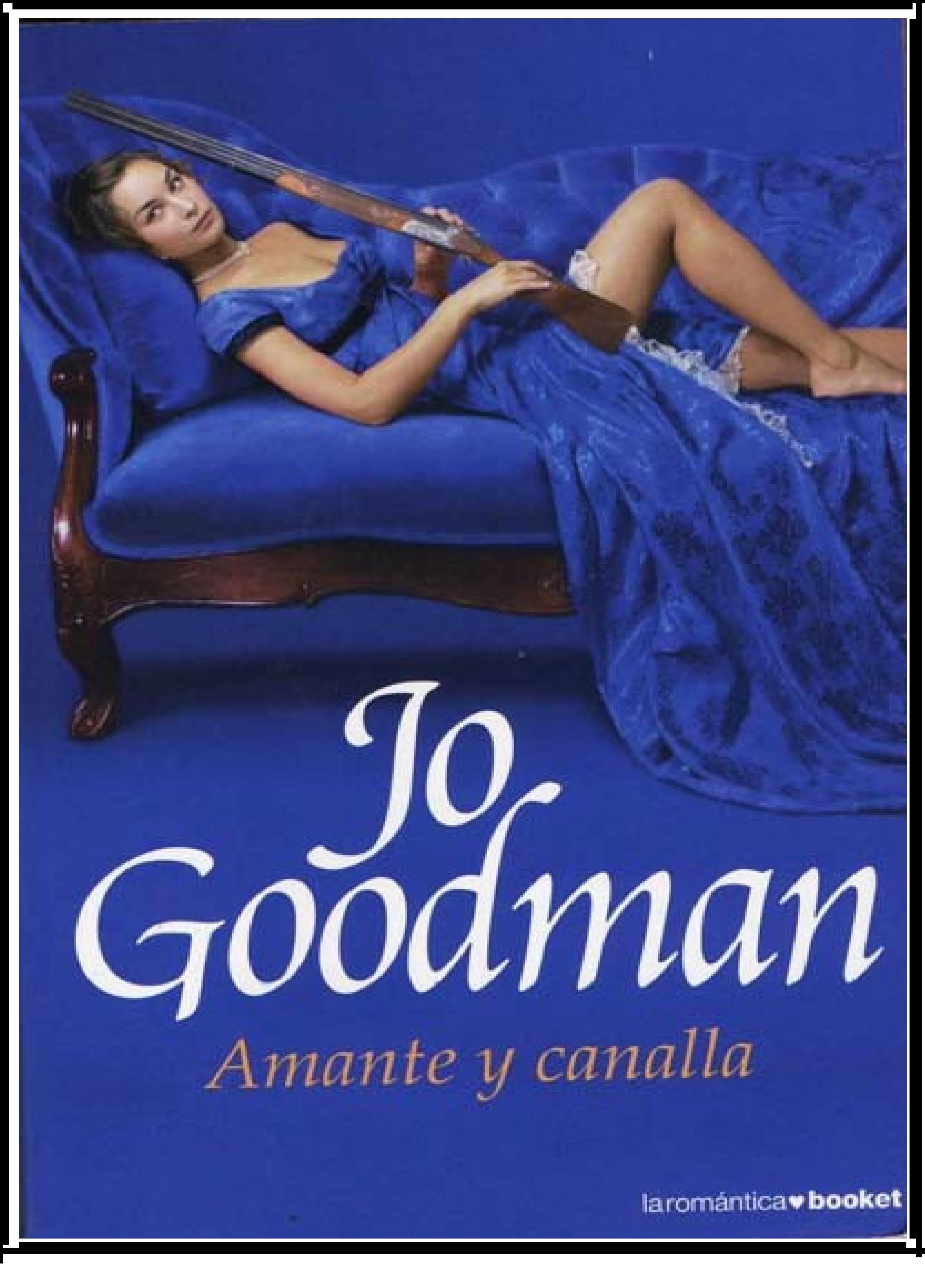

Jo Goodman
Amante y canalla
laromántica booket

HERMANAS DENNEHY 02

AMANTE Y CANALLA

Jo Goodman

Para Lisa, Renee, Aimee, Gwen, Tom,
Clarence, Georgie, Karen y Karen.
Todos ellos pueden dar fe del peligro potencial
de los caramelitos de limón y la eficacia
de la «maniobra Heimlich».

ARGUMENTO

Aunque le dijeron que su padre había muerto, Rennie Dennehy se negó a creerlo. Por eso, tras jurar que descubriría la verdad que se ocultaba en su extraña desaparición, se dirigió a las remotas tierras de Colorado en busca del único hombre que podía ayudarla: Jarret Sullivan, el cazador de recompensas; un canalla con una sonrisa tan irritante como irresistible. Ambos compartían un pasado que Rennie prefería olvidar, pero al verlo de nuevo sintió reavivarse las llamas de un deseo que era incapaz de acallar…

Amante y Canalla es la segunda entrega de la serie de las hermanas Dennehy, iniciada en Booket con Dulce y Salvaje y compuesta por cinco libros de lectura independiente.

Prólogo

Primavera de 1876

Según Jarret Sullivan, que casi siempre valoraba el lado alegre de la incierta vida cotidiana, aquella tarde tenía un marcado cariz caprichoso. ¿Cómo, si no, se explicaba su presencia en Manhattan, por no hablar del Edificio Worth? Y sin embargo, allí estaba: a punto de entrar en el sanctasanctórum de uno de los hombres más poderosos del país. Sólo una puerta lo separaba a él, Jarret Sullivan —hijo de un peón irlandés y de una maestra de Kansas City—, de John MacKenzie Worth.

—Nada de la chusma habitual —dijo en voz baja.

—¿Qué? —preguntó Ethan Stone con voz impaciente.

—Nada.

Jarret advirtió el mal humor de su amigo. Era la primera vez que lo veía tan nervioso. Se quitó el sombrero y lo sacudió contra el muslo, y el polvo recogido en el largo viaje en tren desde San Luis a Nueva York se esparció por el aire y se reunió en un rayo de sol fino como un lápiz. Jarret volvió a encajarse el negro sombrero en la cabeza y levantó un poco el ala con el índice. Sus botas resonaron levemente en el brillante suelo de madera mientras cruzaba el vestíbulo junto a Ethan. Las débiles luces de gas parpadeaban a su paso. Con gesto ausente, se pasó la mano por el gabán hasta sentir el arma que llevaba a la altura de la cadera.

—No vas a necesitarla —dijo Ethan, que había visto su ademán por el rabillo del ojo—. No va a haber violencia.

—Eso es lo que tú dices.

Con todo, Jarret dejó caer la mano. Sabía que Ethan iba a ver a Jay Mac Worth con la mejor intención, aunque no sabía si eso iba a significar mucho para Jay Mac. En realidad, no le hacía mucha gracia la estrategia de su amigo: amilanar al padre de la mujer que había secuestrado y seducido..., en fin, no le parecía un plan demasiado bueno. Le había

aconsejado que no lo llevara a cabo, pero como no consiguió nada, al final sólo le quedó ofrecerse a cubrirle las espaldas. Ethan decía que no contaba con que hubiera violencia, pero a Jarret no se le escapaba que John MacKenzie Worth tenía una reputación y no sería extraño que considerase un privilegio matar de un tiro al *marshal* que había puesto a su hija —de hecho, a toda su familia— en peligro mortal. Claro que Jarret tampoco envidiaba la posición en que se encontraba Jay Mac. Sabía que algunos opinaban que el magnate de los ferrocarriles se merecía todo lo que le pasara, como castigo por llevar casi toda la vida pisoteando los mandamientos del Señor. Pero, según él, sus tribulaciones se debían más bien a que aquel hombre tenía cinco hijas: ¿cómo iba a tener tranquilidad de espíritu con semejante panorama? A Ethan sólo le preocupaba una: Mary Michael. La seguridad de las otras cuatro era tarea suya, y empezó a contar con los dedos:

—Mary Francis, Mary Margaret, Mary Schyler, Mary... Mary...

—Renee —dijo Ethan—. Mary Renee. Michael dice que la llaman Rennie.

—Rennie —repitió Jarret; pensó un momento y luego se encogió de hombros—. Gritaré «Mary» cuando quiera que venga una, y todas acudirán corriendo.

Ethan, divertido, alzó la comisura de la boca en una tensa sonrisa.

—Si crees que va a acudir alguna, y encima corriendo... Jarret, ya te enterarás por ti mismo, como hice yo.

Jarret se rió en voz baja, con lo que se le marcaron más las arruguitas que tenía en las comisuras de los ojos. Su sonrisa sólo se desvaneció al sentir que Ethan se tensaba de nuevo. Entonces apartó la vista de él y, por primera vez, se dio cuenta de dónde se encontraban.

En el cristal esmerilado destacaban unas letras negras y ribeteadas de oro: JOHN MACKENZIE WORTH. Nada más. En ningún sitio decía: «Presidente. Northeast Rail Lines.» Habría sido un desperdicio de pintura negra y pan de oro. Con muy pocas excepciones, casi todo el mundo conocía a Jay Mac en aquel país; sus trenes movían la nación... Y Jarret Sullivan se sorprendió al descubrirse impresionado y algo

incómodo. «Maldita sea —pensó—, ¿adónde me ha llevado mi amistad con Ethan Stone?»

Ethan hizo girar el pomo de la puerta de cristal, y entraron uno tras otro. El secretario de Jay Mac alzó la mirada, al tiempo que movía la cabeza con un gesto tan rígido como su ennegrecido bigote.

—¿Qué desean..., caballeros?

La sonrisa de Jarret volvió a aparecer, esta vez con un aire burlón. Era evidente que a aquel secretario no le hacían mucha gracia sus arrugados guardapolvos ni sus sombreros vaqueros. Menudo pelotillero debía de ser... Entonces dejó que Ethan se ocupara de él, y que el pelotillero le echara un vistazo a su Remington.

Cuando se abrió la puerta de su despacho, John MacKenzie Worth hizo girar su gran sillón de piel. El oscuro cuero color burdeos guardaba el aroma de muchos cigarros. A Jay Mac le agradaba ese olor incluso antes de dejar de fumar, hacía ya siete meses. Había hecho un pacto con Dios por el regreso de su hija Mary Michael sana y salva, y Dios lo había complacido.

—Su cita de las dos está aquí —dijo Wilson—. Trae consigo a otra persona.

—Hágalos pasar. —Por encima del hombro del secretario vio a dos hombres que se acercaban al umbral del despacho—. Déjelo, Wilson, veo que ya han encontrado el camino solos.

Entonces se levantó, rodeó la mesa y despidió a Wilson, mientras tendía una mano a sus visitantes. Ambos tenían un aspecto francamente agotado y entumecido; ninguno de los dos estaba acostumbrado a pasar días y noches de viaje en tren. En realidad, no parecían ser del tipo de hombres que soportasen la reclusión y mucho menos que la disfrutaran. Jarret se mantuvo en segundo plano mientras Jay Mac le tendía la mano a Ethan. En el breve instante que habían tardado en cruzar el despacho, había notado la mirada del hombre del ferrocarril; los había estudiado a los dos con detenimiento, con la expresión impasible que a él le encantaba poner cuando jugaba al póquer.

Jay Mac era varios centímetros más bajo que Ethan, pero Jarret sólo se percató cuando Worth ya se alejaba, pues el padre de todas aquellas «Marys» tenía un aura de autoridad y poder que le prestaba una estatura en realidad inexistente. Tenía una tupida cabellera de un rubio oscuro, que iba volviéndose ceniza en las sienes. No era de extrañar, pensó Jarret. Todas aquellas hijas... El milagro era que no hubiera encanecido del todo. O que no estuviera calvo. Jarret se encontró sonriendo otra vez, y eso atrajo la atención de Jay Mac.

—Este es Jarret Sullivan —dijo Ethan, mientras los implacables ojos verdes de Worth se volvían hacia el hombre que tenía al lado—. Le he pedido que nos ayude. Nos conocemos desde hace unos años, desde los días del Express.

En ese instante Jarret sintió la fuerza de la mirada de Jay Mac. ¿Qué pensaba aquel hombre? ¿Lo comparaba con Ethan, o con otro? Quiso decir: «Mire: no tengo la mira puesta en ninguna de sus hijas; en ninguna»... Pero, en lugar de eso, se mantuvo callado y dejó que Jay Mac se formara una idea de él.

Jarret Sullivan medía algo más de metro ochenta, lo cual lo situaba al mismo nivel que Ethan, pero entre ambos sólo existía un parecido superficial. Jarret era un poco más ancho de hombros, aunque, en general, más flaco. De miembros largos, tenía un porte suelto que le daba un aspecto más ágil que fuerte. Emanaba un aire de tranquilidad, cierto aire de tranquila alerta que lo hacía parecer más relajado de lo que era en realidad. La leve elevación de una comisura de su boca indicaba el regocijo, a veces cínico y a veces auténtico, con que Jarret observaba cuanto sucedía a su alrededor. Sin embargo, nunca se mantenía tan ajeno a los acontecimientos como sus ojos, azules y distantes, parecían indicar, unos ojos color zafiro que llamaban la atención en un rostro curtido por el sol. Con su mandíbula de corte enérgico y su nariz patricia, tenía el aire orgulloso de un aristócrata; por el contrario, la barba de pocos días en las mejillas y el mentón le daba un aspecto más bien peligroso. Tenía el pelo rubio oscuro y demasiado largo en la nuca para la moda de Nueva York, pero en cierto modo le sentaba bien.

—¿Sullivan? —preguntó Jay Mac cuando acabó de enjuiciarlo—. Es un apellido irlandés, ¿no?

A Jarret no le hacía demasiada gracia que Jay Mac lo evaluara, pero en atención a Ethan hizo un esfuerzo por contener su desdén y, con un creíble deje irlandés, respondió, amable:

—Del condado de Wexford, por el lado de papá.

Jay Mac soltó una risilla al retirar la mano; luego señaló con un gesto las butacas que había ante su escritorio y les pidió que se sentaran. Él se quedó de pie, apoyado en el borde de la mesa, y tomó la caja de puros, de laca negra, que había junto a él. Levantó la tapa y les ofreció a sus invitados.

—Yo lo he dejado —dijo—, pero no me importaría oler el humo. No creo que eso sea faltar a mi promesa.

Ethan pasó, pero Jarret tomó uno.

—¿Una promesa? —preguntó Ethan.

Jay Mac cerró la tapa y después cortó y encendió el cigarro de Jarret.

—Hice un trato con Dios: prometí que dejaría de fumar si me devolvía a mi hija sana y salva.

Se perdió el respingo de sorpresa de Ethan mientras disfrutaba de forma indirecta del humo de Jarret. Al cabo de un instante se enderezó, suspiró y rodeó la mesa para volver a su butaca. Una vez sentado, dedicó toda su atención a Ethan Stone.

—Su telegrama me llegó hace cinco días —dijo—. La verdad, me pareció que Dios faltaba a Su palabra. No se lo he dicho con estas palabras a Moira ni a Mary Francis, ya que se sentirían muy decepcionadas si me oyeran hablar así, pero es lo que pienso.

Un observador imparcial habría creído que Jarret se mantenía al margen de la conversación; incluso le daría la impresión de que no le interesaba y de que se concentraba quizá sólo en el sabor y al aroma del cigarro. Ese observador imparcial se equivocaría: Jarret no perdía detalle de los nombres que acababa de oír y archivaba la información. Mary Francis era la hija mayor de Jay Mac, monja de las Hermanitas de los

Pobres de Queens. Moira Dennehy era la amante de Worth y, según Ethan, lo era desde hacía veinticinco años; también era la madre de las cinco hijas de Jay Mac. Cinco hijas ilegítimas, todas llamadas «Mary»... Se las arregló para controlar su regocijo exhalando un aro de humo azul grisáceo.

—Dígame, señor Stone —decía Jay Mac en ese momento—, ¿cuál es el peligro real en que se encuentra mi hija?

—Si no creyera que Houston y Detra iban a venir a buscarla, no le habría mandado un telegrama ni habría venido yo mismo —dijo—. Va a necesitar protección. Ni por un instante se me ha ocurrido que Houston y Dee vayan a escabullirse discretamente y a vivir el resto de sus vidas en el anonimato. Si hubiera visto la mirada que Houston le dirigió a Michael cuando lo sacaban después de escuchar la condena, tampoco lo creería.

Con los ojos entornados, Jarret observó con atención cómo Jay Mac cogía el abrecartas que había sobre la mesa y se daba unos golpecitos en la palma; reconoció en aquel gesto una señal de inquietud y de peligro. Un padre encolerizado podría, sin más, clavárselo en el corazón al hombre que le había hecho daño a su hija, y la estrella de hojalata de Ethan no brindaba mucha protección. Probablemente Jay Mac compraba *marshals* como otros se compraban camisas.

—Yo no quería que ella declarara en los juicios —dijo en un tono algo seco—. Tendría que haber sido sólo cuestión de usted.

—Tenían que citarla —le dijo Ethan—. Prácticamente fue testigo de todo.

—¿Y tengo que darle a usted las gracias? —Golpeó un poco más fuerte con el abrecartas sobre su piel—. Subestima mucho mi influencia si no cree que yo podría haberle impedido testificar.

—A mí no habría podido comprarme, señor Worth.

Jarret tuvo que reconocer que su amigo estaba haciéndole frente a Jay Mac, aunque el hecho de que Worth llevara razón no le facilitaba las cosas. La causa de que Mary Michael hubiera sido testigo de robo y

asesinato, y de que acabara metida en medio de todo aquel asunto, la tenía Ethan Stone.

—Yo no quiero su dinero —dijo Ethan.

Jarret se planteó si él habría dicho lo mismo, y luego se relajó levemente cuando Jay Mac retrocedió y apartó la mirada. Al final tiró en la mesa el abrecartas, que saltó por la superficie y se puso a dar vueltas como la aguja de una brújula antes de quedarse quieto. Entonces dijo:

—Sólo estaba despotricando un poco.

Ethan asintió con la cabeza, aceptando la casi disculpa.

—No intentó usted ningún soborno, ¿verdad?

—Mi hija me conoce demasiado bien y me advirtió que no lo hiciera; me lo advirtió, no me lo pidió. Michael se cortaría la mano derecha antes de pedirme que hiciera nada por ella. Insistió en declarar. Dijo que era un privilegio y un derecho. Detenerla habría significado perderla, señor Stone, y eso es lo único que no voy a hacer. Michael y yo no siempre opinamos igual, pero Dios sabe que la quiero.

Jarret echó una ojeada a Ethan y supo que éste sentía todo el peso de aquellas palabras, toda la responsabilidad que había en ellas. Ethan Stone había cruzado medio país para arreglar las cosas con Mary Michael. Él, Jarret Sullivan, había ido por el dinero. Entonces cogió un cenicero, sacudió un poco de ceniza de la encendida punta de su cigarro y tomó la palabra. Empezó a explicarle la situación a Jay Mac, puesto que el apresurado telegrama de Ethan no se había extendido en detalles.

—Detra Kelly contó con la ayuda de un guardia en la cárcel de mujeres; por lo visto, lo sedujo. —Su perezosa sonrisa se acentuó—. Creo que también ayudó el que le prometiera una considerable parte del dinero del robo, que no ha llegado a recuperarse.

—Yo ni siquiera supe que se había fugado hasta que ayudó a escapar a Houston —dijo Ethan—. Eso fue hace diez días. Michael declaró contra otros miembros de la banda, pero éstos resultaron heridos o muertos en el intento de fuga. Es posible que el mismo Houston esté herido, pero su amante se las arregló para llevárselo. Han esquivado todos los grupos de búsqueda que han mandado tras ellos.

—Ethan y yo nos separamos del pelotón principal y les seguimos la pista hasta San Luis —dijo Jarret—, pero allí los perdí. El rastro se borró.

Aquello le dolía aún. Él era bueno en su trabajo, pero aún no se lo había demostrado a Dee y a Houston..., y el único modo de hacerlo era atrapar a uno de ésos o a los dos antes de irse de Nueva York.

—Tal vez Houston y Dee estén ya en la ciudad —dijo Ethan—, y dudo de que los encontremos primero. ¿Ha actuado usted según las sugerencias que le di en el telegrama?

—¿Se refiere a trasladar a mi familia? —preguntó Jay Mac; en su rostro se advertía una clara expresión de incredulidad—. Señor Stone, esta semana no habría sacado a Moira y a mis hijas de Nueva York ni con el Séptimo de Caballería.

Se puso los lentes, sacó el reloj de bolsillo y dio un vistazo a la hora.

—Dentro de hora y medía se casa mi hija. Llevan meses haciendo planes, y la noticia de la fuga de Nate Houston consiguió que pararan todo un segundo; al instante volvieron al lío de elegir flores para la iglesia y a pelearse por el menú del banquete. Dijeron que le seguían la corriente a Michael y que si ella no estaba preocupada, ellas tampoco. O, al menos, fingían no estarlo.

Jarret observó a Ethan por el rabillo del ojo. Su amigo estaba pálido. Al oír lo de la boda, pareció que la sangre le huía de la cara. Cuando Jay Mac les ofreció una copa, Ethan aceptó y se la bebió de un trago, como si fuera agua. Jarret tomó la suya a sorbos. Su regocijo nacía de que Ethan estaba tan enamorado que no pensaba con claridad.

Entonces volvió a centrar su atención en John MacKenzie Worth. Aquel abuelo era astuto.

—Ethan me ha contado que tiene usted cinco hijas —dijo—. ¿Cuál es, pues, la que va a casarse?

La mirada de Jay Mac se apartó de Ethan y cayó, inocente, en Jarret.

—¿Ah, no lo he dicho? Creía haber mencionado que se trata de Mary Renee.

Al instante, el inmediato alivio de Ethan se vio sustituido por un sentimiento de cólera. Lo había manipulado.

—Quería que creyera que era Michael.

Jay Mac se encogió de hombros y guardó el licor. Después llevó su vaso de vuelta a la mesa y se sentó en el borde. Sin disculparse, dijo:

—Tenía que saber lo que siente por mi hija. —Le echó una ojeada a Jarret—. A mí me parece que la ama. ¿Qué cree usted?

—Justo lo mismo, señor. —La voz de Jarret era cortés y seria; sintió que Ethan le lanzaba una mirada asesina, y no hizo caso de ella—. ¿Sabe Michael que veníamos?

—No se lo he dicho —dijo Jay Mac—. Temía que la noticia la hiciera ponerse a hacer las maletas.

Jarret dudó de que a Ethan le agradara la noticia. No debía de resultarle agradable saber que Michael haría cualquier cosa para evitarlo, pese a que unos criminales fueran tras ella.

—Cuando veníamos para acá, Jarret y yo hemos ideado un plan —dijo Ethan—. Creemos que Michael debería continuar con sus costumbres, como, según parece, ha hecho. Eso hará que Houston y Dee salgan. Sin embargo, por respeto a la seguridad del resto de su familia, creo que las demás deberían dejar la ciudad por un tiempo.

Jay Mac se quedó callado y tomó otro sorbo.

—No puedo decir que me guste la idea de usar a Michael como cebo, y eso es justo lo que ustedes dos me proponen. Por otra parte, no tengo esperanza alguna de convencerla de que deje su trabajo en el *Chronicle* ni siquiera por un día, por no hablar de las semanas o meses que a lo mejor harán falta para que ustedes atrapen a Houston. Mary Francis estará muy tranquila en el convento; Maggie, Skye y su madre irán a mi casa de verano en el valle del Hudson.

Jarret había ido contando mentalmente las chicas y su paradero. Faltaba alguien. Entonces Ethan dijo:

—Y Rennie estará de luna de miel con su reciente marido.

Rennie, pensó Jarret; ¿por qué le costaba tanto trabajo recordar a Rennie? ¿Y por qué dudaba Jay Mac a la hora de confirmar la suposición de Ethan?

—Bueno, Rennie supone un pequeño problema —dijo Jay Mac despacio—. No estoy seguro de que acceda a dejar la ciudad cuando sepa que usted está aquí.

Jarret descartó la idea. Una guirnalda de humo se cernía en el aire delante de él. La apartó con un leve soplido.

—Seguro que su marido tendrá algo que opinar en el asunto. —Era una afirmación, no una pregunta.

—¿Hollis Banks? —Jay Mac dejó escapar un resoplido burlón—. No se atrevería a contradecir a Rennie. Hará lo que ella diga.

Fue Ethan quien replicó, aunque Jarret estaba pensándolo también.

—Pero ¿es que no tiene ninguna hija que haga lo que le dicen?

—Ni una siquiera —aunque levantó las manos, no parecía especialmente decepcionado—. Me temo que Moira las ha criado con voluntad propia.

Jarret dudó de que aquello fuese del todo verdad. Sospechó que Jay Mac también habría ejercido su influencia.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Jay Mac se acabó su bebida.

—Lo cierto es que confiaba en que este asunto con Houston dejara un resquicio de esperanza. Creía que quizá serviría para suspender de forma temporal la boda de Rennie. —Se subió los lentes hasta arriba de todo de la nariz y volvió a mirar el reloj—. Dentro de poco más de una hora... Le he pedido a Dios que no se casase con ese berzotas.

Jarret mostró una amplia sonrisa, al tiempo que exageraba el placer que le proporcionaba el cigarro.

—Supongo que, si tuviera otro vicio que dejar, cerraría otro trato con Dios.

Jay Mac parpadeó ante la insolencia del más joven, aunque luego soltó una breve carcajada.

—Está completamente en lo cierto, señor Sullivan. Completamente en lo cierto.

Ethan se levantó. La boda de Rennie no era asunto suyo.

—Jarret se quedará con la madre y las demás hermanas en el valle. Si está completamente seguro de que Mary Francis se encontrará a salvo, no hace falta más protección por ese lado. Si no confía en que el futuro marido de Rennie sepa cuidarla, le sugiero que contrate a alguien. Yo estaré con Michael.

Jarret puso su vaso en el borde de la mesa y siguió el ejemplo de Ethan.

—Entonces, supongo que nos veremos todos en la boda. Aunque nosotros no vamos vestidos para la ocasión. —Advirtió que Jay Mac tampoco—. ¿Lo seguimos a usted hasta allí?

Un silencio mortal siguió a la pregunta de Jarret, y Ethan sabía por qué. Jarret sólo vio que, sin darse cuenta, había abordado un tema que debía evitarse. Entonces Jay Mac sacó de un cajón de la mesa papel y una pluma y se apresuró a escribir las direcciones. El rápido movimiento de su mano por la página hacía casi invisible el ligero temblor de sus dedos. Cuando habló, su voz estaba cuidadosamente modulada. Sólo sus oscuros ojos verdes insinuaban la intensidad de su dolor.

—Yo no voy a asistir a la boda —dijo, con una sonrisa de burla hacia sí mismo—, ni a entregar a Rennie. Me temo que es uno de los precios que un padre de familia paga por engendrar bastardas. Aunque tal vez sea eso el resquicio de esperanza al que me refería. Así no tendré que ver cómo comete el mayor error de su vida.

Luego sopló sobre el papel para secar la tinta, lo dobló en cuatro partes y se lo pasó por encima de la mesa a Ethan.

—La boda es en la iglesia de San Gregorio, aquí en Manhattan. También he puesto la dirección del hotel de Michael. Se aloja en el Saint Mark desde que volvió de Denver. Por la mañana me iré con Moira y las

chicas a la casa de verano. He contratado protección por mi cuenta, así que no necesitaremos al señor Sullivan.

Jarret asintió con la cabeza; de todos modos, aquello le venía bien. Quería estar en la ciudad cuando Houston y Dee asomaran la nariz.

—Entonces me quedaré cerca de ti, Ethan.

En ese momento Jay Mac negó con la cabeza.

—Me sentiría mucho mejor si se quedara cerca de Rennie.

Todo el regocijo desapareció del rostro de Jarret que, mientras aplastaba el cigarro en el cenicero, preguntó:

—¿En su luna de miel?

—Como dudo de que ahora acceda a irse, necesitará tanta protección como Michael.

Jarret y Ethan preguntaron al mismo tiempo:

—¿Por qué?

Jay Mac ladeó la cabeza y frunció sus rubias cejas. Desconcertado, miró a Ethan.

—Así que no lo sabe, ¿verdad? Michael no le ha hablado de Rennie.

Jarret miró a su amigo esperando su respuesta. ¿Qué diablos pasaba?

—No estoy seguro de lo que quiere decir —dijo Ethan.

Esta vez, cuando Jay Mac Worth levantó las manos, quedó clara su irritación.

—Es muy típico de ella —dijo, más para sí mismo que para sus visitantes—. Y Rennie habría hecho igual. Llevan jugando a estos jueguecitos con la gente desde que eran niñas. Uno piensa que ahora, con veinticuatro años, ya no tendrían que divertirles tanto, pero está claro que algunas cosas no cambian nunca. Sólo Dios sabe cuándo tendría pensado decírselo.

—¿Decirme qué? —preguntó Ethan, impaciente.

—¿Decirle qué? —preguntó Jarret, intrigado.

—Michael y Rennie... son gemelas.

La boca de Ethan, que se había abierto un poco, ahora se cerró de golpe. Jarret soltó un silbido y alzó las cejas al pensar en las posibles consecuencias.

—Gemelas. Imagínate... Houston y Dee podrían tropezar con la hermana equivocada.

La mirada de Jay Mac fue de uno a otro.

—Exacto. Y ese idiota de Hollis Banks no puede protegerla. En realidad, no estoy seguro de que nadie pueda —miró con intención a Jarret— si Rennie decide atraer la atención sobre sí misma para salvar a Michael. Y eso, caballeros, es justo el tipo de insensatez que a Rennie se le puede meter en la cabeza.

Con un brusco ademán, se apartó de la mesa y se puso de pie. Luego se quitó los lentes, los dobló y se los metió en el bolsillo.

—Estoy dispuesto a pagar diez mil dólares para detener esa boda.

—Yo no quiero su dinero, señor Worth —repitió Ethan.

Tendió la mano, le estrechó la suya y se volvió para marcharse. Jarret Sullivan siguió su ejemplo, pero cuando estaba a punto de salir se volvió hacia Jay Mac. En su boca se marcaba cierto placer sarcástico.

—Hablando de esos diez mil dólares... —dijo—. Es posible que yo esté muy interesado.



Capítulo Uno

La novia no estaba ruborizada. La pizca de color que había en sus mejillas se debía a su irritación. El brillo de sus ojos, de un oscuro color esmeralda, no nacía de la ilusión, sino de la impaciencia, y su carnosa boca estaba reducida a una línea seria y adusta. Tenía los estrechos hombros rígidos, y su esbelta figura se erguía en actitud de firmes. Hasta el indómito cabello rizado estaba domado; su vibrante color caoba, ahora liso, se pegaba al cráneo y luego se trenzaba en la parte posterior de su cabeza. En conjunto, parecía una mujer lista para el combate, no para avanzar por el pasillo de una iglesia. Todas rondaban en torno a ella. Rennie cerró los ojos y agradeció la paz que aquella momentánea oscuridad le proporcionaba. Entonces intentó pensar en algo que no fuera las promesas que no tardaría en intercambiar. Pero fue imposible. No hacía más que imaginarse en la nave principal, ante docenas de invitados, repitiendo las palabras que le indicaba el sacerdote... Y las diría, pensó. No había marcha atrás, aunque quisiera. Lo cierto era que no quería. Hollis Banks era un compañero perfecto...; un compañero, no un marido. La elección de sus palabras no la sorprendió. Su boda era un arreglo comercial, y ella lo admitía así, aunque el orgullo y el sentido común le impidieran admitirlo ante los demás.

Abrió los ojos. Allí seguían rondando... Pero esta vez la visión la hizo sonreír. De rodillas delante de su hermana, Skye Dennehy hacía ajustes de última hora en el bajo del vestido. Tenía el pequeño óvalo de su rostro sofocado, y sobre él se rizaban unos bucles pelirrojos que se le habían soltado del moño. Murmuraba algo entre los alfileres que tenía en la boca, pero nadie le prestaba atención. Maggie, por su parte, toqueteaba el ramo de flores y arreglaba una y otra vez los capullos de azahar para que quedaran lo mejor posible. Sus rasgos, pequeños y delicados, parecían tensos, y tenía la boca cómicamente torcida mientras se

concentraba en su labor. Por otro lado, Mary Francis, con la hermosa cara enmarcada por la toca de su hábito, atusaba el cabello de Rennie: volvía a colocar las horquillas en su sitio y sujetaba el velo, mientras tarareaba en voz baja la misma melodía que el organista tocaba en la nave principal, recordando a todos, sin querer, que no quedaba mucho tiempo.

La madre de la novia cubría su cabello rojo oscuro con una mantilla. Con la frente arrugada de preocupación, Moira alisaba las mangas de satén del vestido; las manos le temblaban un poco. De vez en cuando miraba a Rennie con expresión inquieta.

—Un velatorio es más divertido que esto —dijo Michael; estaba arrodillada junto a Skye, enhebrando una aguja.

—¡Michael! —la reprendió su madre.

—Pues sí que lo es —insistió con cabezonería; luego le dio la aguja enhebrada a Skye y sacó con cuidado los alfileres de la boca de su hermana—. Si alguien nos viera, pensaría que los irlandeses sólo saben divertirse en los funerales. Todo este jaleo de última hora porque Rennie ha tropezado en los escalones y se ha desgarrado el bajo, se ha ensuciado el vestido y ha tirado el ramo antes de lo previsto... Si yo fuera un poco supersticiosa, diría que esta boda no debía celebrarse.

Con la boca torcida por el disgusto, Rennie bajó la mirada hacia su hermana.

—Te agradecería que te guardases ese tipo de pensamientos para ti. Sé que tienes buena intención, pero ya te he oído todo lo que tenía que oírte sobre mi boda con Hollis Banks.

Ahora que Skye ya no tenía alfileres en la boca, ésta apoyó a Michael. Su joven rostro estaba serio.

—No es que no nos guste Hollis. Bueno, exactamente tampoco es que nos guste...

—¡Schyler! —dijo Moira, moviendo la cabeza con desesperación.

¿Dónde habían aprendido sus hijas a decir lo que pensaban con tanta franqueza? Era la influencia de Jay Mac, pensó... Y él no estaba allí para ver lo que había hecho.

—No ha querido decirlo así, Rennie.

—Sí que he querido —dijo Skye—. Creo que Hollis está bien, pero no es la clase de hombre con quien imaginé que te casarías.

Su hermana era decidida, independiente y franca, y Skye dudaba de que Hollis apreciara ninguna de esas cualidades. Probablemente, se limitaba a soportarlas.

Rennie soltó un resoplido.

—Ya me imagino lo que te habrás pensado. Hollis me gusta: es amable, correcto, elegante...

—Y va detrás de tu dinero —dijo Mary Francis con firmeza.

Moira se quedó sin aliento ante la declaración de su hija mayor.

—En realidad —intervino Maggie, gesticulando con el ramo en dirección a Rennie—, va detrás del dinero de Jay Mac, y cree que tú eres precisamente la Dennehy que puede pillarlo. Skye es demasiado joven, yo no soy lo bastante guapa, Mary Francis es monja y Michael está embarazada de siete meses.

Moira se dio aire con el abanico y deseó ser una mujer dada a los desmayos, porque le habría gustado desmayarse justo entonces. En la práctica, sus hijas la ignoraron.

—Qué buen momento para decírmelo —ironizó Rennie.

Michael pinchó en un acerico los alfileres que había recogido.

—Te lo hemos dicho desde el principio, pero tú no has querido escuchar.

—Ahora lo que tendríais que hacer sería respaldarme. Deberíais alegraros por mí y desearme mucha suerte.

Rennie se sintió como si tirasen de ella en cinco direcciones distintas y empezó a deshacerse de sus hermanas. Pero sólo después se dio cuenta de que las había hecho retroceder, avergonzadas y arrepentidas por su falta de sensibilidad. Porque, a pesar de toda la actividad que la rodeaba, otra cosa había captado su atención. A la puerta de la sala, con el sombrero en la mano y todo el aspecto de sentirse muy incómodos con su ropa cubierta de polvo y arrugada por un viaje, había dos hombres.

Sus cintos con pistolera quedaban fuera de lugar. Uno de ellos trasladó el peso de su cuerpo de un pie al otro, vacilante, como si estuviera armándose de valor. El otro, con una expresión a la vez divertida y alerta, se apoyó con descuido en el marco. Rennie enderezó la espalda y alzó la barbilla mientras sus ojos iban con rapidez de uno a otro. Sin darse cuenta siquiera, dio un paso protector hacia Michael.

—¿Desean algo? —preguntó.

A Jarret su voz le resultó fría y áspera, como el azote de la espuma en los rápidos de un río; en su barbilla había una inclinación agresiva de la que no hizo caso, y en sus ojos, una mirada salvaje que no auguraba nada bueno. Su sonrisa traslució un regocijo aún mayor. Pobre Hollis Banks... Empezó a pensar que el proyectado novio agradecería la intromisión.

A Rennie el evidente buen humor de aquel extraño le resultó inoportuno y molesto; entonces volvió la mirada al otro hombre, y observó cómo dirigía sus ojos del preocupado semblante de Moira a la mirada interrogadora de la hermana Mary, a los nerviosos dedos de Maggie, que pellizcaban el ramo de flores, y al ardiente cabello de Skye, hasta posarse al fin en el perfil de Michael. En aquel instante Rennie supo quién era.

—Me llamo Ethan Stone —dijo en voz baja—. He venido por Michael.

«De eso nada», pensó Rennie. Recogió a un lado los pliegues de su vestido de satén blanco, se coló con esfuerzo entre el círculo de su familia y se acercó a Ethan, sin dignarse mirar al hombre que había a su lado. Se detuvo justo delante de él, y con voz amarga, fría y distante, le preguntó:

—¿El *marshal* Stone? ¿El que raptó a mi hermana?

Jarret tenía los ojos fijos en ella. Todas las demás estaban mirando a Ethan.

—Sí —dijo él, manteniéndose firme—. El que raptó a su hermana.

La respuesta de Rennie no se hizo esperar. Su mano describió un amplio arco, pero cuando estaba apenas a un par de centímetros de la cara de Ethan, la trayectoria de su brazo se detuvo. No lo hizo Ethan, sino Jarret. De un tirón, apartó a un lado a Rennie, le retorció el brazo

detrás de la espalda y tiró de ella hasta pegarla a su cuerpo. La sorpresa la dejó completamente muda; a ella y también a todos los demás..., durante cinco segundos. Entonces Michael puso la mano en el antebrazo de Schyler y se levantó, al tiempo que se volvía del todo en dirección a Ethan. Al ponerse las manos en las caderas, la tela azul pálido de su blusón quedó tensa sobre su vientre: no había forma de ignorar el avanzado estado de su embarazo. Rennie supo que su hermana gemela se sentía acorralada cuando los ojos de Ethan fueron de su cara a su abdomen. En ese momento Michael reaccionó. Enderezó los hombros y sacó la barbilla, como Rennie había hecho antes. Luego se enfrentó directamente a Ethan.

—Dile a ese hombre que suelte a mi hermana.

Jarret, con retraso, se dio cuenta de que en realidad sostenía a Rennie en alto, a unos centímetros del suelo.

—Soy Jarret Sullivan, señorita Dennehy —dijo, cortés.

Entonces bajó despacio a Rennie, pero sin soltarla. Luego dio unos pasos hacia adelante y, con la pierna, cerró la puerta. Por encima de la cabeza de Rennie, sus ojos azul oscuro se posaron en el abdomen de Michael, y luego echó una ojeada a Ethan. Su amigo estaba boquiabierto.

—Él no lo sabía —dijo en voz baja.

—Claro que no lo sabía —susurró Rennie con sarcasmo.

Intentó zafarse del agarrón de Jarret, pero él se limitó a sujetarla más fuerte.

Mary Francis buscó una silla para su madre. Después de todo, parecía que Moira sí que iba a desmayarse. Luego tomó el abanico chino de seda blanca que colgaba de la muñeca de su madre y la abanicó, mientras observaba a Ethan con gesto pensativo y calibraba su reacción ante el embarazo de Michael. Hacía meses, había querido que informara a Ethan de su estado, pero Michael se negó, diciendo que Ethan no la amaba. Entonces Mary pensó que se equivocaba. Ahora lo supo con toda certeza.

Mientras tanto, los nerviosos dedos de Maggie habían estado destrozando el ramo de Rennie. Al bajar la vista y ver lo que había hecho, suspiró, hizo puntería y se lo lanzó a Ethan. No dio en el blanco, y

el azahar rebotó en el hombro de Jarret. Su risita contrarió a Rennie que, renovando sus esfuerzos por soltarse, gimió:

—¡Maggie! ¡Que son mis flores!

Esta vez sintió la risa silenciosa de Jarret y su cálido aliento en la oreja. Torció la cabeza y le lanzó una mirada asesina, pero él hizo caso omiso.

Entonces Skye se puso en pie de un salto, recogió el maltratado ramo y lo agitó en gesto de amenaza ante Ethan mientras lo miraba de hito en hito, diciendo:

—Bueno, pues alguien tiene que hacer algo..., o sea, que decir algo.

Jarret meneó la cabeza. Las hijas de John MacKenzie Worth eran fieras como leonas. No apostaba mucho por las posibilidades de sobrevivir de Ethan... Y, sin embargo, su amigo parecía haberse olvidado casi por completo de todo cuanto ocurría. Sólo tenía ojos para Michael. «No tiene arreglo», dijo para sí. Rennie gruñó. En ese momento Ethan preguntó a Michael:

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar? —Tras mirar a su alrededor, añadió—: ¿En privado?

—Yo no quiero hablar contigo —dijo ella con voz firme—. Ni ahora ni luego. Ni en privado ni en público. Sé por qué estás aquí, y no tiene nada que ver ni conmigo ni con mí niño. Se trata de la fuga de Houston y Dee. ¡Bueno, pues tendrás que buscarlos solo, *marshal* Stone, porque yo no tengo interés en ayudarte!

—¡Michael!

Cinco voces horrorizadas, casi idénticas en timbre, corearon su nombre. Jarret susurró al oído de Rennie:

—¿Es que quiere que la maten?

A Rennie le entraron ganas de morderlo. Sus oscuros ojos verdes centellearon, y respondió, susurrando también:

—Usted no tiene ni idea.

Los ojos de Michael fulminaron a Ethan.

—¿Cómo has dado con nosotras? —preguntó.

—He hablado con tu padre.

—¿Y te ha mandado aquí?

—Sí, pero no me dijo lo que me aguardaba. Dejó que lo averiguara yo solo. ¿Cómo has podido hacerlo, Michael? ¿Por qué no me lo dijiste?

Ella se ruborizó.

—¡No pienso tener esta conversación delante de mi familia!

—¡Entonces dime dónde podemos hablar a solas!

—¡No quiero estar a solas contigo!

—¡Entonces lo hablaremos ahora!

—¡Ethan! ¡Estamos en mitad de la boda de mi hermana!

Schyler había ido mirando a uno y otro contendiente. Miró a Ethan, a la espera de su respuesta, y la decepcionó ver que quien hablaba era Jarret.

—¡Ah!, por cierto, eso me recuerda una cosa.

En ese instante soltó a Rennie, salió por la puerta y la cerró sin decir palabra. Atónita, Rennie lo miró marcharse.

—Pero bueno, ¿habrase visto? —dijo con sarcasmo. Se enderezó el vestido y volvió a arreglarse el velo—. Pero ¿quién es ese hombre?

—Yo no lo he visto nunca —dijo Michael—. Pero si Ethan dice que es su amigo, harías bien en alejarte.

Rennie estaba pensando casi lo mismo. Nunca la habían tocado con tal indiferencia hacia su persona. Habría dado igual que fuera una maleta. Jarret Sullivan la había abrazado de forma impersonal y descuidada, con dureza. Unas magulladuras señalaban el lugar donde la había agarrado por las muñecas, y una capa de polvo en su vestido de novia, el lugar donde la había sujetado contra él. Con gesto impaciente, se sacudió la ropa.

—Es mi alguacil —dijo Ethan, haciendo caso omiso del insulto de Michael—. Y cuando mañana su madre y sus hermanas se vayan al valle, él se quedará con usted. Rennie parpadeó varias veces seguidas.

—¿Que va a quedarse conmigo? No lo creo. Hollis y yo estaremos en casa de sus padres, y su alguacil no está invitado.

Michael miró a su hermana.

—Pero Rennie, ¿y tu luna de miel? ¿No piensas irte?

—Desde luego que no pienso irme —dijo con firmeza—. No voy a dejarte aquí sola mientras esos delincuentes andan sueltos. Y a lo mejor hasta te ayudo. No tienes por qué ponerte en peligro, ni tú ni el bebe, si yo puedo ocupar tu lugar.

—Eso no voy a consentirlo —Michael subrayó la frase con una patada en el suelo—. Ni lo sueñes.

—Ay, Dios mío —suspiró Moira.

Mary Francis recurrió al efecto calmante de pasar el rosario. Maggie y Skye intercambiaron miradas de complicidad. Por su parte, Ethan deseó poder sacar su arma y acabar con toda aquella discusión a tiros. Encima Jarret ahora lo había dejado solo.

—Usted —dijo con severidad, señalando a Rennie—, ni una palabra más. Estoy aquí para cuidar de su hermana, y eso es lo que voy a hacer. Lo he hablado con Jay Mac y está decidido. Jarret cuidará de usted, y usted se guardará de hacer ninguna heroicidad.

Rennie abrió y cerró la boca unas cuantas veces. Se le ocurrieron un centenar de cosas que decirle, pero ninguna adecuada para una iglesia. Michael se quedó mirando a Ethan sorprendida, con los labios entreabiertos.

—No puedes hablarle así a mi hermana —dijo.

—Pues parece que acaba de hacerlo —dijo Mary Francis con calma; luego se apartó de Moira y se volvió hacia Michael—. Y además dice cosas muy razonables. Tú no te has tomado en serio nada de lo que se refiere a esos delincuentes. Pero a mí me consuela que al menos el señor Stone esté deseoso de ocuparse de lo que te conviene. Has ignorado las advertencias de papá, y desde que te enteraste de la fuga, no has pensado en nadie más que en ti misma.

Rennie observó cómo Michael se ruborizaba al oír las palabras de Mary. Mary Francis era persona de hablar sereno y suave. Con todo, era capaz de soltar una reprimenda que tardaba días en dejar de escocer. Aunque estaba de acuerdo con todo cuanto decía, le daba pena por su gemela.

—Mary —dijo Michael en tono de súplica—, ¿cómo puedes decir eso? He sido cualquier cosa menos egoísta. He intentado no estropear los planes de boda de Rennie y que mis problemas no se entrometieran en vuestras vidas.

—Justo —dijo Mary—. Pero es que somos una familia, y nos tratas a todas como si fuésemos extrañas. ¿Crees que ninguna de nosotras ha dejado de preocuparse sólo porque tú quieras? Mira a mamá, Michael: ¿crees que no está preocupada por ti? Y a Rennie... Rennie está dispuesta a enfrentarse al mundo por ti. ¿Y piensas que no sabe el peligro que corres?

La sala quedó en silencio. Mary miró fijamente a Mary, parpadeando para contener las lágrimas; después miró a su madre con expresión de impotencia, y luego a Rennie. Maggie desvió la mirada con gesto de culpabilidad, y Skye estrujó el ramo de flores.

—Ay, perdonadme —dijo moviendo la cabeza, como si aún no pudiera creer lo que había hecho—. Lo siento muchísimo.

Rennie empezó a acercarse a su hermana. Pero Ethan llegó primero. Rennie se detuvo a observar, con el corazón en la garganta, mientras lo veía titubear, entornando los ojos, escondiendo su anhelo, temiendo ser rechazado. Su voz profunda y rota fue un simple susurro cuando pronunció el nombre de Michael. ¿Qué haría su hermana? Michael se volvió y avanzó hasta entrar en los brazos de Ethan. Entonces Skye le pasó un pañuelo, y él enjugó las lágrimas de Michael y le besó la frente. En ese instante el duro vientre de ella se encajó contra su cintura, y él notó que su hijo daba una patada. Contuvo el aliento y esperó, deseando volver a sentirlo, y en ese segundo algo de lo que sintió —una mezcla de gran responsabilidad y de asombro— se reflejó en su rostro. Moira y Mary asintieron en un gesto de aprobación; Schyler dejó ver los dientes en una amplia sonrisa, y Maggie suspiró con nostalgia. Sólo Rennie

frunció el ceño; veía con claridad que nunca compartiría un momento así con Hollis Banks. No imaginaba a Hollis conmovido de forma tan profunda y espontánea... Y de repente, sintió un anhelo en su interior. Ethan estaba hablando; decía algo sobre llevar a Michael a casa, que la amaba y quería protegerla, pero Rennie sólo lo oía a medias. El vacío que experimentaba hacía que las palabras de Ethan resonaran con un eco extraño en su cabeza. Sólo salió del trance cuando oyó su nombre.

—Yo no puedo irme —decía Michael—. Rennie va a casarse.

Rennie advirtió que el *marshal* Stone mostraba una evidente incomodidad. Sus manos se separaron de Michael, y se estremeció un poco. Las arrugas de las comisuras de sus ojos azul grisáceo se acentuaron. Luego miró un segundo a Rennie y apartó la vista.

—En cuanto a la boda...

Habría preferido enfrentarse a una manada de bisontes en estampida, a una avalancha en la montaña o a Nathaniel Houston con su arma desenfundada antes que tener que explicar lo que, casi con total seguridad, estaba haciendo Jarret. Decidió empezar de nuevo.

—Verán, hoy he tenido una conversación con Jay Mac, y él ha expresado ciertas dudas sobre la inminente boda.

Rennie se llevó la mano a la boca. Miró aterrada a su gemela y vio reflejado en ella su propio temor.

—Ethan —dijo Michael—, ¿qué pasa? ¿Qué has hecho?

—Yo no he hecho nada. No me he movido de aquí, ¿no? —dijo él. Vio que todas asentían con la cabeza, Michael y Rennie un poco menos convencidas que las demás—. Pero Jarret..., bueno, me parece que ha salido para llegar a un acuerdo con Hollis Banks. Dudo de que vaya a haber boda.

A petición de Jarret, el organista había dejado de tocar el preludio nupcial.

—Gracias —dijo Jarret, cortés. Apartó la mano de su arma y el guardapolvo volvió a cubrirla—. Y ahora, si me indica quién es el novio...

En seguida, un tembloroso dedo se extendió en dirección al hombre que estaba sumido en una conversación con tres de sus amigos. Jarret dio las gracias de nuevo, inclinó el sombrero y bajó los escalones que iban de la galería del coro hasta la parte trasera de la nave. En la silenciosa iglesia sólo se oían sus pasos en la escalera. Hasta Hollis Banks dejó de hablar. Los invitados se volvieron en los bancos y observaron cómo avanzaba por el largo pasillo central hacia el novio. Las cabezas se volvían a su paso, y los ojos de los invitados intercambiaban rápidas miradas de interrogación. Hollis Banks se apartó de sus amigos y dio un paso hacia Jarret. Luego se detuvo y esperó.

Jarret Sullivan se había hecho una idea del prometido de Rennie. Pero Hollis Banks no se parecía en nada a esa imagen. Era tan alto como él, y fornido, aunque no gordo; tenía poderosos hombros, un rostro ancho y un pecho amplio. Su pelo castaño oscuro estaba peinado a la última moda, con la raya al medio y engominado hacia atrás. Llevaba bigote, encerado con esmero, y sus patillas seguían la vigorosa línea de su mandíbula. Vestía un chaqué negro, pantalones color gris y unos zapatos casi tan brillantes como su pelo. En la boca mostraba un gesto tenso, y sus ojos, una expresión severa. No parecía un «berzotas», y se preguntó en qué estaría pensando Jay Mac... Aunque lo cierto es que lo sabía. John MacKenzie Worth quería impedir aquella boda, y para salirse con la suya era capaz hasta de mentir... La boca de Jarret dibujó una leve sonrisa de burla hacia sí mismo. Diez mil dólares parecían mucho dinero en el despacho de Jay Mac, pero debería haber pedido más. Jay Mac lo habría pagado.

—¿Hollis Banks? —dijo, deteniéndose a medio metro de él.

Con un seco movimiento de cabeza, Banks asintió. Tenía los hombros erguidos y los pies firmemente plantados. Sus ojos entornados mostraban tanta curiosidad como desdén. Miró a Jarret con descaro, abarcando la ropa arrugada y polvorienta, el desgarrón en los téjanos a la altura de la rodilla, las botas gastadas y el sombrero vaquero. Bajo el

guardapolvo, inconfundible, se marcaba la forma de un arma. A Jarret no le afectó el reproche que vio en sus facciones. Con el índice alzó una pizca el sombrero.

—Lamento la interrupción. ¿Hay algún sitio donde podamos hablar en privado?

Los ojos de Banks se abrieron un poco más, en un evidente gesto de sorpresa.

—Supongo que se dará cuenta de que está interrumpiendo una boda.

Jarret miró a su alrededor como si hasta entonces no se hubiese percatado de dónde estaba. Los fíeles, sentados en el filo de los bancos, estaban muy atentos a la barandilla del altar, con la esperanza de captar algo de la conversación. Las repisas de las ventanas se habían decorado con jarrones llenos de azahar y gipsófila. Los amigos del novio que oficiaban de padrinos, situados detrás de Banks, vestían de modo parecido a él, y sus almidonados pañuelos blancos asomaban por el bolsillo del chaqué, doblados en un triángulo. El sacerdote estaba de frente a los invitados, y el monaguillo acababa de encender las velas. Jarret se volvió de nuevo hacia Hollis.

—Cielos, tiene razón. Menos por el hecho de que no hay novia, esto tiene toda la pinta de ser una boda.

El rubor se fue extendiendo por toda la cara de Hollis.

—No aguanto a los idiotas —dijo con enfado—. Exponga su asunto y márchese.

—¿Aquí?

Hollis vaciló.

—Bueno, venga. —Echó una ojeada a los padrinos—. Dadnos tres minutos.

Se dio media vuelta y se dirigió a una puerta situada a la derecha de la nave. Jarret dedicó una amplia sonrisa a los padrinos al tiempo que ajustaba el paso al de Hollis.

—Entiendo que quiere que lo siga.

Entraron en un cuartito donde los monaguillos se vestían y donde el sacerdote daba los últimos retoques al sermón. Una vez allí, Banks se volvió bruscamente hacia Jarret.

—¿Nombre y asunto?

Jarret se tomó su tiempo para contestar. Primero echó un vistazo a la habitación, como si el tiempo no importara nada. Por fin su mirada se posó en Banks, y entonces, con tranquila seguridad, declaró:

—Jarret Sullivan. Acabo de llegar de una reunión con Jay Mac. Le ofrezco mil dólares si planta a Rennie en el altar.

Durante un momento Hollis Banks se quedó boquiabierto, abrió mucho los ojos y adoptó una expresión de total incomprensión. Luego se echó a reír con una risa estruendosa y cordial. Se le arrugaron los ojos, se le saltaron las lágrimas y sus hombros se agitaron. Era una risa fuerte y contagiosa, y Jarret no tardó en empezar a oír risitas desconcertadas procedentes de los invitados, a quienes llegó aquella carcajada.

—Perdone —dijo Hollis. Sacó el impecable pañuelo del bolsillo del chaqué y se lo llevó a los ojos—. Nada menos que mil dólares, ¿eh? No parece propio de Jay Mac. ¿Está usted seguro de que se ha visto con él?

En ese momento Jarret sacó su Remington y le apuntó al pecho. En su cara no quedaba ni rastro de sonrisa, ni señal alguna de que algo le hubiera parecido gracioso. Con voz tranquila, dijo:

—Y también está esto.

Una de las cejas de Hollis se enarcó.

—¿Le ha dicho Jay Mac que me mate?

—Digamos que no me ha dicho que no lo haga.

—Entiendo. —Hollis observó el arma, pensativo—. Me pregunto a quién piensa poner en mi lugar.

—No sé decirle. Rennie me parece bastante bonita, así que ya encontrará otro semental.

—No me refería a ser el marido de Mary Renee, sino a las Northeast Lines. Yo soy el subdirector de Operaciones de Jay Mac.

Aunque en su rostro no se traslució emoción alguna, en su interior Jarret estaba mandando a John MacKenzie Worth al infierno. Se limitó a encogerse de hombros.

—¿Sabe Mary Renee lo que usted está haciendo?

—Ya he hablado con ella, sí. Está en una sala, con sus hermanas y su madre.

Hollis Banks volvió a mirar el Remington. Nunca lo habían apuntado con un arma, pero, por la idea que se había hecho de Jarret Sullivan, aquel hombre estaba dispuesto a utilizarla... Entonces, despacio, dijo:

—Nate Houston.

Esta vez Jarret sí dejó ver su sorpresa. Parpadeó y preguntó:

—¿Cómo?

—Nate Houston —repitió Banks—. Usted es Nate Houston.

Aparte del hecho de que el subdirector de Operaciones se equivocaba por completo, en su afirmación había algo raro. El prometido de Rennie tenía todo el aspecto de alguien repentinamente asustado. En su frente había aparecido una gota de sudor, y sus ojos iban y venían con nerviosismo de la cara de Jarret a su arma. Sin embargo, había algo que le sonaba a falso... Como no daba con ello, Jarret le siguió el juego.

—¿Por qué lo cree?

—No es tan difícil de deducir. Usted sólo puede ser el *marshal* Stone o Nathaniel Houston. Jay Mac ha recibido aviso de que Houston se ha escapado y a lo mejor viene por aquí, y eso habrá traído a Stone tras su rastro.

—¿Ah, sí?

Banks asintió con la cabeza y, con expresión inquieta, sus ojos volvieron a posarse en el Remington.

—Pero imagino que al *marshal* sólo le interesa Michael, sobre todo porque va a tener un hijo suyo. Y el señor Worth nunca ofrecería mil dólares para que se detuviera la boda de Rennie.

—En realidad, la oferta es mía. —Despacio, la sonrisa de Jarret volvió a aparecer, y entonces argumentó algo que Hollis Banks entendió—. Me he encaprichado de Mary Renee.

—Lo cual hace razonable pensar que sea Nate Houston. ¿Cómo, si no, habría conseguido los mil dólares un hombre como usted?

Ante esa afirmación desdeñosa, Jarret alzó ligeramente el arma.

—No es fácil de explicar, señor Banks. Al fin y al cabo, éste es un mundo donde un hombre como usted puede convertirse en yerno de Jay Mac.

Hollis no respondió en seguida, pero su expresión de miedo se desvaneció, y le lanzó a Jarret una mirada larga y pensativa.

—Era un buen plan —dijo al fin.

Más o menos, era la respuesta que Jarret esperaba; cada vez cobraba más sentido la idea de que el inminente enlace no era una unión por amor.

—¿Está pensando lo del dinero? ¿O es más de su gusto una bala?

Sin dejar de mantener firme el arma, Jarret metió la mano en el bolsillo trasero y sacó un sujetapapeles con doce billetes de cien dólares; era todo el dinero que tenía, en su mayor parte, obtenido durante la larga partida de póquer que había jugado durante el viaje en tren hasta allí. Confiaba en que Jay Mac hablara en serio cuando dijo lo de los diez mil. Con el dinero cogido entre el pulgar y el índice, lo extendió para que lo cogiera Hollis; al mismo tiempo, despacio, amartilló el Remington.

—No queda mucho tiempo —dijo— antes de que sus amigos vengan a buscarlo. ¿Lo encontrarán tirado en el suelo o convertido en un hombre más rico?

Banks alzó la mano con cuidado, con la palma hacia arriba. Titubeó entre el arma y el dinero, y al fin se dirigió al dinero.

—Rennie jamás creerá que haya ocurrido esto, señor Houston. Ella confía en mí.

—Pero yo no.

Jarret dejó caer el dinero justo cuando los dedos de Hollis iban a cerrarse sobre él, y Hollis reaccionó como era de esperar. Se inclinó mientras intentaba agarrar los billetes. Por eso no vio caer el Remington cuando Jarret le dio con él en la base del cráneo. Hollis soltó un gruñido y se derrumbó. El dinero quedó en el suelo, a su lado, pero a un centímetro de sus dedos. Con la puntera de su polvorienta bota, Jarret le dio un cauteloso empujón. Banks no se movió. Entonces, aunque de mala gana, dejó su dinero allí, escondió el Remington y salió por otra puerta para no tener que enfrentarse a los fieles. Calculó que le quedaba menos de un minuto hasta que los amigos de Hollis encontraran al desmayado novio, de modo que caminó deprisa por el exterior de la iglesia y volvió a entrar por la parte delantera. Estaba entrando cuando tropezó con Rennie. Le rodeó la cintura con el brazo para equilibrarla y sujetarla al mismo tiempo y echó un vistazo a su alrededor. Ethan y Mary Michael se habían marchado.

—¿Se la ha llevado Ethan al hotel? —preguntó.

Moira, Mary Francis, Mary Margaret y Mary Schyler asintieron. Mary Renee cerró el puño y lo golpeó en el estómago. Sin dejar de forcejear para librarse de su agarrón de hierro, dijo:

—Claro que se la ha llevado. ¿No ve que Michael ya no está?

—Habría bastado con un simple «sí».

Su tranquilidad y aquella leve sonrisa resultaban exasperantes. Ni siquiera se había encogido por el puñetazo..., pero claro, pensó Rennie, tenía la barriga más dura que la cabeza... Lo más probable era que se hubiera magullado los nudillos, mientras que él no habría sentido el más leve dolor.

—¿Sería tan amable de soltarme? —preguntó con frialdad.

Jarret hizo caso omiso de ella y se dirigió a las otras.

—En realidad, es hora de que nos vayamos todos. No va a haber boda..., por lo menos, hoy.

Mary Francis sonrió mientras tocaba su rosario.

—Gracias a Dios.

Rennie contuvo el aliento, con lo que el brazo de Jarret, como era lógico, la ciñó más aún.

—¡Mary! ¿Cómo puedes decir eso? —En ese instante alzó los ojos hacia Jarret y, en tono áspero, pidió—: Por favor, ¿quiere quitar el brazo? Voy a...

Rennie se desplomó sobre su brazo, y Moira se abalanzó hacia adelante. Jarret la tranquilizó:

—Está bien, señora, sólo se ha desmayado. ¿Lo hace a menudo?

Al otro lado de la habitación, Maggie susurró a Skye:

—Sólo cuando la sujetan con fuerza.

Skye ocultó una risita con la mano. Mientras tanto, Jarret deslizó el brazo libre por debajo de las rodillas de Rennie y la levantó.

—No estará embarazada, ¿verdad?

Mary Francis se adelantó para sostener a su madre.

—Me parece que se ha excedido, señor Sullivan. Le agradecemos su ayuda y su intromisión, pero eso no lo autoriza a que haga preguntas tan personales.

Jarret sintió que se ruborizaba.

—Usted perdone, hermana.

Esta vez, a la risa silenciosa de Skye se sumó la de Maggie. Más de una vez habían sido blanco de las reprimendas de Mary Francis, de modo que sentían cierta simpatía por Jarret Sullivan.

—Tenemos que marcharnos —dijo Jarret—. Hay un coche esperándonos fuera, en la entrada principal, donde cabremos todos. La tranquilidad no durará mucho.

Se refería a Hollis Banks, inconsciente en aquel cuarto, pero podría haber aludido también a Rennie. La sentía revolverse en sus brazos.

—Rápido. Vamos ya.

Moira negó con la cabeza.

—Pero yo no puedo marcharme. ¿Qué pensarán los invitados? Debo quedarme y presentarles nuestras disculpas.

Al tiempo que la empujaba hacia la salida, Mary se apresuró a prometer a su madre:

—Ya lo haré yo. Tú ve con el señor Sullivan. Skye, Maggie, vosotras también. Yo hablaré con todos. —Retrocedió y señaló la puerta—. Daos prisa, antes de que Rennie empiece a armar jaleo.

Moira no pudo protestar más, porque Maggie y Skye la hicieron salir al vestíbulo y la sacaron por las grandes puertas de roble. Jarret se volvió para seguirlas, pero se detuvo al sentir el ligero roce de una mano en el hombro. Era Mary Francis.

—No está embarazada, pero aun así debería tratarla con suavidad. Mi hermana es pura energía cuando tiene que serlo, pero aquí —se tocó el corazón— es tierna.

Jarret frunció el ceño. No estaba seguro de entender.

—He jurado protegerla, hermana, no enojarla.

Mary sonrió con aquella hermosa y enigmática sonrisa suya.

—No estoy segura de que pueda evitarlo —dijo en voz baja.

Jarret se encogió de hombros.

—Hollis está sin sentido, en un cuarto que hay al final de la iglesia. Salvo por un dolor de cabeza, no le pasa nada.

—¿Se enfrentó a usted por Rennie? —preguntó ella, desconcertada ante esa posibilidad.

—No. Lo tumbé cuando aceptó los mil dólares que le ofrecí para suspender la boda.

—Vaya por Dios... —dijo conteniendo la risa—. A Rennie no le va a gustar mucho eso.

—Hollis dice que no lo creerá.

Mary frunció sus finas cejas al darse cuenta de que, probablemente, tenía razón. Con todo, no se lo confirmó a Jarret.

—Más vale que se vaya, señor Sullivan. Estarán esperándolo en el coche.

Lo acompañó hasta las puertas de la iglesia y las abrió para dejarlo pasar. Entonces susurró:

—Dios lo bendiga.

Jarret mostró una amplia sonrisa.

—Sería idiota si no pensara que necesito esa bendición.

Luego se apresuró a bajar los escalones de piedra. En el aire quedó resonando la ligera risa de Mary.

La casa, situada en la esquina de la calle Broadway con la Cincuenta, era sólo un poco más pequeña que la palaciega mansión campestre de estilo francés en que se inspiraba. Si Moira Dennehy se hubiera salido con la suya, aún seguiría viviendo en la minúscula y acogedora morada de la calle Houston donde había criado a sus hijas, pero Jay Mac tenía sus propias ideas sobre cómo debía vivir su amante, y cuando la élite de Nueva York empezó a mudarse a la parte alta de la ciudad, trasladó a las Dennehy. La consecuencia fue un escándalo relativamente discreto: los vecinos murmuraron que Jay Mac no tenía derecho a hacer aquello, y los periódicos soltaron alguna indirecta con respecto a que se habían sobrepasado los límites del buen gusto. Al fin y al cabo, su propia casa estaba sólo a unas cuantas manzanas de distancia, justo al oeste de Central Park, algo que se destacó mucho. Pero a John MacKenzie Worth le dio igual. Y de haberse sabido toda la verdad, a su esposa no le importaba ni una pizca más.

Jarret esperó dentro del carruaje a que el conductor acabara de ayudar a apearse a Moira, Maggie y Skye. Aunque era muy consciente del enfado de Rennie, le sonrió con gesto de ánimo.

—¿Necesitará ayuda, señora?

Todas las respuestas que acudieron en tropel a la mente de Rennie parecían tan trilladas que guardó silencio. Dudaba de que fuera a

escandalizarlo diciéndole lo que podía hacer con su ayuda. Era muchísimo más probable que aquello lo divirtiera, y si volvía a reírse de ella, creía que iba a volverse loca de rabia.

—Ya me las arreglo —dijo con frialdad.

Jarret la miró con aire pensativo durante un momento. Un pálido toque de color ruborizó las mejillas de Rennie, seguido de un destello de animación en sus ojos verdes. Estaba haciendo un esfuerzo ímprobo por controlarse, y a él le pareció que debía proceder igual. No se ganaba nada con hostigarla más. Movió sus largas piernas de modo que dejaran de bloquearle la salida y sonrió abiertamente cuando ésta casi saltó de su asiento para tomar la mano extendida del cochero. Fue directa a la puerta principal, aunque su madre y sus hermanas esperaron, corteses, a Jarret. Él inclinó un poco el sombrero mientras se dirigía a Moira.

—Si no le importa, señora, quisiera reconocer el terreno, hacerme una idea de la casa, por así decirlo.

Los ojos de Moira se dirigieron a sus hijas y luego se posaron con serenidad en Jarret. La amenaza a su familia era algo muy real.

—Debe hacer lo que crea mejor, señor Sullivan.

Rennie se detuvo ante la puerta de su casa y volvió la cabeza.

—Claro, señor Sullivan —dijo en un tono demasiado sedoso—, debe hacer lo que crea mejor. Pisotee todos los macizos de flores de mamá, trastee con las cerraduras, husmee por las ventanas y sobre todo, por favor, no deje de dar la lata.

Luego entró en la casa y dio un portazo. Jarret alzó la mano para atajar las disculpas de Moira.

—Tendré cuidado con sus macizos de flores, señora.

A continuación, tras encajarse más el sombrero sobre la frente, empezó a recorrer el exterior de la casa. La mansión tenía el aspecto de una fortaleza, con grandes bloques de piedra gris, una verja de hierro que rodeaba la propiedad y rosales espinosos. Pero también tenía veinte ventanas y cuatro puertas en la planta baja, y ninguna de ellas era muy segura. La cerradura de la entrada de servicio estaba tan floja que Jarret

sólo necesitó un fuerte giro para meterse dentro. Iba a entrar cuando se topó con Rennie..., que salía.

—Pensé que estaría en su cuarto, enfurruñada —dijo.

—Y yo creí que usted seguiría merodeando —respondió ella con aspereza.

Él dibujó una amplia sonrisa.

—Está claro que he terminado. Ha tenido usted suerte. No hubiera sabido que salía si hubiera estado al otro lado de la casa. —El cuello de su abrigo le llamó la atención—. Se ha cambiado de traje.

—Me pareció mejor dejar mi vestido de boda para la boda.

—Tiene lógica.

Jarret se apoyó en la jamba de la puerta, bloqueándole el paso a Rennie a la libertad que había más allá, y enganchó los pulgares en los bolsillos del guardapolvo.

—¿Pensaba ir a algún lado? —Se le ocurrió una idea—. ¿Al retrete quizá?

Rennie abrió unos ojos como platos.

—El retrete está dentro, señor Sullivan.

—Figúrese.

—Ay, por Dios —suspiró—. ¿Cómo ha podido Jay Mac cargarme con usted?

—Me acaba de leer el pensamiento.

En ese instante Moira apareció al otro lado del largo vestíbulo.

—Rennie, ¿qué haces aquí? Me voy a morir de preocupación si no te quedas en tu cuarto.

—Mamá, sabes que no es verdad —dijo con voz conciliadora—, pero no esperarás que acepte sin más los planes de Jay Mac. Papá no tiene derecho a entrometerse.

—Quizá no —dijo Moira—, pero ya lo ha hecho. Déjalo estar.

Rennie giró sobre sus talones y caminó con decisión hacia su madre. Llevaba en alto el bajo de su vestido color verde, y el leve taconeo de sus zapatos resonó en el suelo.

—Quiero ver a Hollis —dijo bajando la voz.

Moira negó con la cabeza.

—Quiero que me prometas que te quedarás aquí. ¿Cómo, si no, te protegerá el señor Sullivan? Ahora ve con tus hermanas arriba y ayúdalas a hacer las maletas para mañana, mientras yo me encargo de que el señor Sullivan se encuentre cómodo.

La boca de Rennie se curvó en un gesto sardónico.

—Entonces, más vale que traslademos el retrete fuera.

—¡Rennie! El señor Sullivan está...

—Justo detrás de usted —dijo Jarret.

Azorada, y furiosa por sentirse así, Rennie le lanzó una mirada mordaz.

—No me gusta que me sorprendan.

—Me he limitado a seguirla —dijo él.

—Y creo que cada vez estoy más harta de ese tonillo de guasa de su voz. No le veo la gracia.

—Eso es porque no tiene un espejo a mano.

Moira dio una palmada y consiguió hacer callar a los dos contendientes.

—Ya está bien. Los dos. Rennie, estás mostrándote grosera. Como intentaba decir, el señor Sullivan es nuestro huésped. Cuando tus hermanas y yo nos marchemos, será tu huésped, y espero que lo trates como tal. —Alzó el rostro, donde se veían algunas finas arrugas, hacia Jarret—. Tiene usted mi autorización para encerrarla con llave si hiciera falta.

—¡Mamá!

—Pero le sugiero que deje de tomarle el pelo. Rennie no tiene mucho sentido del humor.

—¡Mamá!

—Entendido —dijo Jarret, asintiendo—. Le pido disculpas, señorita Dennehy.

Rennie abrió la boca para aceptarlas, pero se dio cuenta de que estaba disculpándose con su madre, no con ella. Un músculo se tensó en su mejilla cuando rechinó los dientes.

—Si me perdonan... —dijo con enfado.

Moira y Jarret observaron cómo se retiraba, la mar de envarada, escaleras arriba.

—Es usted incorregible, señor Sullivan —dijo Moira, sonriendo—. Y lo bien que lo va a pasar con ella.

—No puedo decir que esté deseándolo, señora.

—Embustero —le respondió en voz baja.

Antes de que Jarret se convenciera de haber oído bien, Moira ya lo llevaba por una serie de salas, pasillos y escaleras enseñándole la casa. En contraste con el imponente aspecto exterior, el interior era acogedor y cálido; las salas de estar estaban llenas de acogedores butacas y sofás, cojines con flecos, figuritas y fotografías. Sobre la gran mesa de nogal del comedor había un espléndido mantel de lino irlandés, y un retrato de las cinco hermanas, de niñas, adornaba la pared que había sobre el aparador. El revestimiento de las paredes también era de nogal, y eso unificaba las habitaciones. El papel pintado, azul y dorado, daba color a los largos vestíbulos y animaba las escaleras. Moira condujo a Jarret hasta la cocina y le presentó a la cocinera, la señora Cavanaugh, que estaba preparándole la comida, y luego dejó que examinara las despensas, amén de la bodega del vino y la alacena de la fruta. A continuación tomaron una escalera para subir al piso de arriba, y después fueron entrando y saliendo de dormitorios, gabinetes, vestidores y baños, hasta que Moira le enseñó la habitación donde iba a quedarse. Entonces Jarret negó con la cabeza.

—No está lo bastante cerca de la habitación de su hija. Me temo que no servirá. Ya tengo que habérmelas con cerraduras que no cierran y con más ventanas de las que me gustaría. Me acostaré en el vestíbulo, a la

puerta del dormitorio de la señorita Dennehy. Lo cierto, señora, es que ahora mismo estoy tan molido que...

Moira adoptó una actitud consternada.

—Perdóneme, señor Sullivan...

—Jarret.

Ella sonrió.

—Jarret. Claro que está cansado. He sido tonta por olvidarlo. Permita que le enseñe otra habitación donde puede dormir. ¿Tiene alguna maleta?

Obediente, Jarret siguió a Moira por el vestíbulo.

—Mis maletas están con Ethan, donde quiera que esté.

—Estupendo. Enviaré al señor Cavanaugh a por ellas al Saint Mark. —Moira abrió la puerta de un dormitorio en la esquina nordeste de la casa—. Desde aquí verá la calle, y no está lejos del cuarto de Rennie.

Jarret echó un vistazo a la habitación, intentando no parecer demasiado impaciente por tumbarse en la cama. Apartó las cortinas color azul e inspeccionó primero la calle Broadway y luego la Cincuenta. Satisfecho, miró a Moira y le agradeció su gentileza en aquellos momentos difíciles. Un agradable rubor tiñó su rostro mientras se colocaba un rizo de cabello rojo oscuro tras la oreja.

—No se merecen —dijo, cordial—. Me ocuparé de que tenga todo lo necesario para un baño, ropa blanca limpia y eso, y en seguida le traeremos la comida.

Cuando se marchó, Jarret abrió la puerta que comunicaba su habitación con la de al lado; encontró el vestidor y, más allá, la confirmación de que, en efecto, el retrete estaba dentro. No esperó a la ropa limpia —la que encontró en el armario le pareció bien—, y cuando la bañera estuvo llena, se desnudó. El agua estaba fresca, pero no le importó, y aprovechó con gusto la oportunidad de deshacerse de la mugre que llevaba pegada como una segunda piel. Entonces se frotó con entusiasmo y se echó agua en la cara y los hombros, pero su tarareo

desafinado se detuvo al oír un ruido procedente de la habitación contigua.

Como tenía las manos ocupadas con la bandeja de la comida, Rennie abrió la puerta del dormitorio de Jarret empujando con la puntera del zapato. Maggie fue detrás, con toallas calientes, y Skye entró la última, llevando la bolsa de Jarret. —Bueno —dijo Rennie con regodeo mientras miraba a su alrededor—, pues sí que tenemos buena protección.

Espero que el *marshal* esté ofreciéndole a Michael algo mejor. Me entran ganas de ir al Saint Mark a verlo por mí misma.

Skye dejó la bolsa de Jarret en la silla que había junto a la chimenea.

—Ay, déjalo ya, Rennie. El señor Sullivan debe de estar en el cuarto de baño, y tú no vas a ir al Saint Mark...

—Ni a ningún otro sitio —dijo Maggie. Y se quedó mirando con rostro pétreo a su hermana mayor—. De verdad que pierdo la paciencia contigo. El señor Sullivan no es el canalla que pretendes que sea.

Una vez que dejó la bandeja con la comida, Rennie atacó a sus hermanas.

—¿Habéis olvidado que hoy era el día de mi boda? Porque yo no. Según mi opinión, el señor Sullivan tiene mucho de lo que responder.

Las mejillas de Skye adoptaron un color que casi rivalizaba con su pelo.

—Al que tendrías que decírselo es a papá. Él es quien se ha entrometido.

—Papá no dejó a Hollis inconsciente, tirado en el suelo de la iglesia.

Maggie abrazó las toallas que llevaba.

—Pues yo no creo que fuera tan grave, y lo que Skye dice es verdad. Si papá no hubiera propuesto la idea, el señor Sullivan no habría actuado como lo hizo.

—Y además —dijo Skye—, me da la impresión de que estás más enfadada que dolida o decepcionada.

Al ver el gesto de sorpresa de Rennie, añadió:

—Da que pensar, ¿verdad?

Rennie se sintió traicionada. Sus oscuros ojos verdes fueron veloces de una hermana a la otra, y aquel dolor que Skye había echado de menos apareció en ellos.

—No se puede hablar con ninguna de vosotras —dijo en voz baja.

—Rennie —imploró Maggie—. No queríamos...

—Deja las toallas —dijo Rennie—. Yo me encargaré de que el señor Sullivan tenga de todo.

Dio la espalda a sus hermanas, en un gesto que equivalía a echarlas de allí. Sintió cómo titubeaban y se las imaginó intercambiando miradas compungidas, pero no cedió. ¿De verdad creían que no tenía sentimientos? Cuando la puerta se cerró y se quedó sola, su envarada columna vertebral se distendió. Sus hombros se desplomaron y sus rodillas se tambalearon, y tuvo que poner una mano sobre la mesita de noche para recobrar el equilibrio. Así fue cómo Jarret la encontró: con un aspecto extrañamente vulnerable, los ojos cerrados y su grácil figura apoyada en la mesa. Se quedó en la puerta, con una toalla atada a la cintura, observando su silenciosa lucha durante un momento; luego, sabiendo que no le agradecería la intromisión, retrocedió con cautela hasta el vestidor y desde allí dijo en voz alta:

—¿Hay alguien ahí?

Al oír su voz, Rennie dio un respingo que la devolvió al presente.

—Soy Rennie, señor Sullivan. Le he traído la cena.

—Justo ahora me interesaría más algo de ropa limpia.

—Ah. —Se imaginó la malévola sonrisa de Jarret ante su nerviosismo e inspiró para tranquilizarse—. Claro. No lo había pensado.

—Estoy tapado y decente.

En ese instante Rennie se dio cuenta de que estaba riéndose de ella. Recogiendo los cabos sueltos de su serenidad, se las arregló para responder con voz tranquila:

—De todos modos, quédese donde está. Su bolsa está aquí, sobre la silla, y mamá le manda toallas calientes también. Más tarde recogerán la bandeja. Buenas tardes, señor Sullivan.

—Buenas tardes, señorita Dennehy.

Pero dudó de que ella lo oyera. Mientras hablaba, la puerta se abrió y se cerró.

Con una risilla, salió del vestidor y cogió una de las toallas calientes; luego se frotó con energía el pelo. A continuación cambió la toalla húmeda que llevaba en torno a la cintura por una seca, se sentó en el borde de la cama e investigó los platos que la cocinera había preparado. En ese momento habría comido serrín y bebido cera hirviendo; pero agradeció que no hubiera nada de eso en los platos. La señora Cavanaugh le había preparado gruesas rodajas de asado de buey, una montaña de puré de patatas con un buen embalse de salsa y tiernas y diminutas zanahorias. Los brillantes panecillos, cubiertos de mantequilla derretida, estaban calientes, y el café era justo como a él le gustaba: hirviente, negro y en abundancia. Jarret se lo comió todo, mojando la salsa con el panecillo, y luego se terminó la cafetera con el último bocado de la tarta de cerezas. Ahíto, mientras sentía la comida depositarse pesadamente en su estómago, Jarret apartó la bandeja y se tumbó de espaldas en la cama. Entonces cruzó las manos bajo la nuca y miró al techo, preguntándose si se atrevería a cerrar los ojos. Al otro lado de la ventana se oía el ruido rítmico de los coches a caballo y la charla animada de los vecinos. Se guardó bien de cerrar los ojos; para evitarlo se pellizcó el caballete de la nariz, y después se frotó los párpados. No recordó que se quedara dormido, pero al cabo de unos instantes, lo estaba.

Rennie empujó la puerta al ver que nadie respondía a sus llamadas. En la habitación no había luz, y se detuvo en el umbral hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra. Cuando al fin pudo ver, se percató de que Jarret estaba tapado y decente..., pero sólo lo justo. Se irritó consigo

misma al sentir que sus mejillas se encendían. Se consideraba una mujer de mundo, y sin embargo allí estaba, en su propia casa y con la cara roja como un tomate... Y todo por culpa de Jarret Sullivan. La situación no iba a hacer que aquel hombre se ganase sus simpatías. Rennie enderezó los hombros y ladeó la cabeza, al tiempo que observaba desafiante a su inoportuno huésped. Su físico no era desagradable, pensó; con una pizca de aquella objetividad de la que se sentía tan orgullosa, admitió que más bien todo lo contrario. Aún tenía el pelo húmedo, más oscuro en las puntas que enmarcaban su cara, y veteado de sol en la coronilla. En reposo, sus rasgos no parecían tan agresivos, ni se apreciaba aquella dureza que había por debajo de su sonrisa..., aunque, con cierto pesar, se dio cuenta de que ahora no estaba sonriendo.

Sus ojos se demoraron un instante en la boca, y luego siguieron la vigorosa línea de la mandíbula hasta el cuello, donde había una gotita de agua. El pecho le subía y bajaba con cadencia regular. Distinguió las costillas y la ladera de su duro vientre. Una flecha de vello oscuro desaparecía bajo la toalla, ceñida pero un tanto suelta, y más abajo, la tela se dividía a lo largo del muslo derecho... Mientras la observaba, la raja se abrió más. Rennie parpadeó varias veces, sin acabar de creer que la toalla se estuviera elevando despacio, y entonces, de repente, Jarret se puso alerta. Se sentó y se llevó las rodillas al pecho. Escondió la dura plenitud de sus genitales, pero el deseo seguía estando allí. Sus cejas se arquearon en un gesto de interrogación un segundo antes de que recobrara la voz.

—¿Ya ha visto suficiente?

—En realidad, más de lo que deseaba —respondió ella con descaro.

—¿Ah, sí? —Allí estaba de nuevo aquella sonrisa, esta vez ribeteada de mofa—. Pues miraba usted muy fijamente para haber quedado satisfecha.

Jarret sintió cierta satisfacción al ver que la cara de Rennie se encendía y que su helado escudo de arrogancia empezaba a derretirse.

—Es usted un infame y un grosero, señor Sullivan.

—¿Ah, sí? —Ahora se divertía de verdad—. La mayoría de la gente me llamaría hijo de...

Rennie odiaba que se riera de ella..., y también que, a pesar de encontrarse casi desnudo, hubiera tomado ventaja. Deseó haberlo llamado hijo de..., porque desde luego eso es lo que era.

—¿Quería usted algo? —preguntó Jarret—. ¿O se ha dejado caer sólo para mirarme?

La barbilla de Rennie subió un poco más, y de nuevo apareció su expresión más digna.

—Más vale que se entere ahora, señor Sullivan, de que nunca en mi vida me he dejado caer por ningún sitio. Yo no deambulo, ni me contoneo, ni callejeo, ni paseo.

—Que zurzan a todo lo que está alrededor, ¿no, señorita Dennehy? Y avante a toda.

La boca de Rennie se contrajo en un gesto de impaciencia.

—Yo camino y a veces corro, pero siempre con un destino en mente. No sólo sé adonde voy, sino que sé por qué voy allí. Nunca he tenido tendencia a dejarme caer por ningún lugar, y no es un rasgo que encuentre demasiado atrayente en los demás.

—Pues quizá llegue adonde va, pero se pierde el viaje.

—Por favor, ahórreme sus bienintencionados consejos. Me las he arreglado muy bien en mi...

En ese instante Jarret alzó la mano.

—¡Sooo! A lo mejor no camina usted dando rodeos, pero desde luego, sí que los da al hablar. Me está dando dolor de cabeza.

Empezó a masajearse las sienes, y ella sonrió.

—Si mi presencia aquí le resulta tan oportuna como una resaca, entonces, señor Sullivan, sé que he llevado a cabo la obra de mi vida.

Por un instante creyó haber ido demasiado lejos. Él la miró de hito en hito, sin que sus facciones dejaran traslucir ninguna expresión. Luego, sin previo aviso, una risa profunda y retumbante le sacudió los hombros e hizo que sus atractivos ojos se achinaran.

—La obra de su vida, ¿en? —Meneó la cabeza, riendo aún, y luego se dio media vuelta en la cama, de modo que sus piernas quedaron colgando por el lado—. Ahora voy a levantarme, señorita Dennehy, y a vestirme. Me parece que la advertencia no está de más, ya que da la impresión de que se ha quedado clavada en el suelo.

Lo cierto era que Rennie se había quedado clavada; aquella flecha de vello en el vientre de él atrajo su mirada cuando se puso de pie, y el perfil de sus genitales bajo la toalla le llamó la atención. Sus palabras fueron un susurro cuando dijo:

—Nos han invitado a una boda. Mi hermana se casa con su amigo dentro de una hora.

Luego giró sobre sus talones y huyó.

—¡Espere un momento! —gritó Jarret mientras ella desaparecía en el vestíbulo. Para cuando llegó a la puerta, Rennie ya se había desvanecido en una de las habitaciones vecinas.

Jarret se vistió deprisa y después buscó a Moira. La encontró en el salón delantero, usando el espejo biselado que había sobre la chimenea para ajustarse el broche en el chal. Estaba tan concentrada que cuando empezó a hablar Jarret la asustó.

—Perdone —dijo mientras Moira se llevaba el índice a la boca—. ¿Se ha hecho daño?

Se acercó y le tomó la mano para examinar el dedo herido.

—Un arañazo —dijo ella.

Un testarudo puntito de sangre se pegaba a la yema. Moira aceptó el pañuelo que él le ofreció, así como su ayuda para ponerle el broche. Advirtió que sus grandes manos no eran torpes con las tareas delicadas. Desde la puerta, a Rennie le llamó la atención lo mismo. Por encima del hombro de Jarret, Moira vio la expresión perpleja de su hija y luego cruzó la mirada con ella. No se sorprendió cuando la inmediata respuesta de Rennie fue ponerse en guardia y fingir que no la había pillado en un momento de vulnerabilidad. A Rennie le gustaba creer que sus pensamientos eran insondables. Y tal vez fuera así en otros sitios, pensó su madre, pero no allí, con su familia. En ese momento Jarret le

cubrió con el chal los finos hombros y luego dejó caer las manos a los costados.

—Su hija me ha dicho que Mary Michael y Ethan se casan esta noche. ¿Es cierto?

Antes de que pudiera contestar, Rennie interrumpió desde el umbral:

—No tengo costumbre de mentir, señor Sullivan.

Moira le dirigió una mirada severa y dijo:

—No creo que fuera eso lo que Jarret quería decir, Mary Renee. —Se volvió hacia él de nuevo—. Por lo visto, así es. Confieso que yo misma me sorprendí cuando trajeron la invitación. A veces el sentido de la oportunidad de Michael deja un poco que desear.

—Mejor ahora —dijo Rennie, saltando en defensa de su gemela— que después de que todos os marchéis a la casa de verano.

—Sí —dijo Moira suspirando—. Tienes razón, desde luego. Es que no veo el sentido de apresurarse tanto.

—Está embarazada de siete meses, mamá.

—Justo. Estas prisas habrían estado bien hace siete meses. —Se acercó al aparador y se sirvió una copita de jerez—. No puedo evitar preguntarme si ese hombre se casa con ella por el niño.

Entonces fue Jarret quien intervino en defensa de su amigo.

—Ethan es tal vez el hombre más valiente que conozco, excepto con su hija. Ese niño quizá le haya dado valor para pedirle la mano a Michael, pero no crea ni por un segundo que no está enamorado de ella como un tonto.

Rennie sonrió con una sonrisa falsa.

—Enamorado como un tonto... —dijo, al tiempo que ofrecía a Jarret un jerez—. Qué expresión tan adecuada.

Moira observó a su hija y a Jarret por encima de la copa. En tono solemne dijo:

—Sí, eso es algo que nunca podrá decirse de ustedes.

Ninguno de los dos percibió el leve sarcasmo de su voz, ni advirtió el brillo burlón de sus ojos, por eso respondieron al unísono:

—Nunca.

Para Moira, aquel pequeño coro significó que ya había saltado la chispa entre ambos.



Capítulo Dos

Todos estaban en el despacho del juez, una solemne habitación revestida de madera oscura, y de nuevo Jarret apreció el poder y la influencia de que gozaba incluso la parte ilegítima de la familia de John MacKenzie Worth. El juez Halsey, un viejo amigo de Jay Mac, amén de padrino de Mary Michael, parecía estar tomándose las cosas con calma, como si fuera lo más normal del mundo celebrar una boda en su despacho poco antes de medianoche. En el silencio previo al comienzo de la ceremonia, Jarret preguntó a Rennie:

—¿Quién es su padrino?

Rennie le dedicó una mirada engreída.

—Debería usted preocuparse. Está tan bien relacionado, al menos, como el juez.

Skye se encontraba delante de ellos y oyó sin querer estas palabras. Volviendo la cabeza le susurró a Jarret:

—No se preocupe, señor Sullivan, no es el papa. Papá es presbiteriano.

Rennie dedicó un mohín a su hermana tan pronto como se dio la vuelta. A Jarret le habría estado bien empleado que de verdad fuera el papa... Y Jarret se las arregló para contener la sonrisa. Rennie le resultaba tan fácil de entender como si le telegrafiara sus pensamientos.

La observó por el rabillo del ojo, y en el momento en que sus facciones se suavizaron y sus manos se quedaron quietas, se dio cuenta de que el juez estaba hablando. Una cosa era cierta: de todo lo que pensaba que quizá le sucedería en aquel viaje a Nueva York, no se esperaba ser el padrino de boda de su amigo. Escuchó a Ethan y a Mary Michael intercambiar sus votos, y percibió la solemne intención y la promesa que vibraban en la voz de Ethan, así como el amoroso compromiso de la de

Michael. Durante las últimas palabras se limitaron a mirarse el uno al otro, inmóviles los dos, como si hubieran olvidado a todos los que asistían al enlace.

—Bueno, proceda, hijo, ahora es el momento de besarla —dijo por fin el juez Halsey.

Ethan mostró una amplia sonrisa. Sentía la presencia de todos en el despacho del juez, pero sólo tenía ojos para Michael. Inclinó la cabeza y le rozó la boca. Sus labios eran suaves y dóciles bajo los suyos, y su boca tenía un ligero sabor a menta. Cuando retrocedió, la preciosa sonrisa de Michael estaba llena de promesas. Jarret desvió la mirada de Ethan y Michael y la dirigió al padre de la novia. Aquella misma tarde había sido testigo de la estoica aceptación y el profundo pesar de John MacKenzie Worth por no poder estar presente en la boda de Rennie, pero allí, en la intimidad del santuario de su viejo amigo, había sitio para él. Y Jarret vio que aquel hombre tan poderoso estaba conmovido.

Jay Mac le dio un pañuelo a Moira, que lo miró de reojo, esbozó una llorosa sonrisa y le apretó la mano. Mary Francis observó aquel afectuoso intercambio entre sus padres, y el corazón se le llenó de amor. Nadie que viera a Jay Mac y a Moira juntos podría dudar de la profundidad del compromiso que compartían. Mary Francis dio un codazo en el costado a Maggie justo cuando Moira se apoyó en Jay Mac y la mano de él le rodeó la cintura. La sonrisa de Maggie era un reflejo de la de su hermana al apartar los ojos de los recién casados a sus padres, cuya unión no era legal. Entonces se volvió hacia Skye y vio que su hermana menor también lo había observado. Simultáneamente, todas miraron a Rennie. Por el momento ésta parecía haberse olvidado de la imponente presencia de Jarret Sullivan. Su boca se curvaba en una suave y melancólica sonrisa.

Jarret también observó la inusual y hermosa sonrisa de Rennie y, como sus hermanas, sospechó que ya no se acordaba de su guardaespaldas. En ese instante vio que Michael se apartaba de Ethan y buscaba los queridos rostros de su familia. Al cabo de un instante todos la rodeaban, colmándola de abrazos y buenos deseos, y junto a ella, Ethan sonreía al verse incluido en los abrazos.

—No has hecho más que lo que debías —susurró Moira al oído de Michael. Se echó atrás, apreció la radiante felicidad de su hija y asintió con la cabeza—. Bien que lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, mamá —Michael miró un instante a Ethan—. Es el hombre de mi vida.

En ese momento Jarret reparó en la sonrisa de Ethan y se echó a reír. Luego se apartó cuando Mary Francis se adelantó para besar la mejilla de su hermana.

—Supongo que él sabe que eres una testaruda, y que no hay posibilidad alguna de que cumplas ese voto que has hecho de obedecerlo...

«Debe de ser un rasgo familiar», pensó Jarret, y con la vista buscó a Rennie. Estaba mirando la puerta, con aspecto de querer escapar. Entonces intercambió con ella una mirada y, con discreción, negó con la cabeza. Rennie contuvo sus deseos de sacarle la lengua. La idea de que él hubiera estado a punto de reducirla a aquel comportamiento infantil la dejó pensativa; pero, una vez recobrada la serenidad, volvió a concentrarse en Mary Francis y Michael. Justamente, Mary Francis acababa de enumerar los rasgos que adoptaba el espíritu independiente de Michael y miraba muy seria al novio.

—Sabes todo eso, ¿verdad?

—Lo sé —dijo él en tono solemne—. Y no es que la ame a pesar de eso. La amo por eso.

Rennie intentó imaginarse a Hollis diciendo algo parecido y no pudo. Salvo por la leve subida de sus hombros y el ligero frufrú de su vestido, nadie percibió su suspiro. Se dio cuenta de que Mary Francis parecía satisfecha con la respuesta de Ethan. Las facciones de su hermana estaban tranquilas, y su hermoso rostro, sereno. A continuación, mientras acariciaba el crucifijo que descansaba en el amplio cuello blanco de su hábito, dijo:

—Bien, porque te romperé las piernas si alguna vez vuelves a hacerle daño a mi hermana.

—¡Mary Francis! —la reprendía Moira.

Después dirigió una elocuente mirada a Jay Mac, como si lo hiciera responsable de la escandalosa amenaza de su hija. Él alzó las manos en un gesto de inocencia, pero sus ojos se reían.

Mientras el resto de la familia hablaba con Ethan, Rennie llevó a Michael a un lado. Escrutó aquella cara tan parecida a la suya y buscó cada matiz que la hacía distinta. Los oscuros ojos verdes de Michael resplandecían, iluminados por la profunda felicidad que emanaba de su interior. En sus mejillas había un rubor muy bonito, y los hoyuelos de ambos lados de su boca, normalmente tan esquivos, eran plenamente visibles. En cambio, la boca de Rennie estaba severamente cerrada, y sus ojos estaban apagados y preocupados.

—Si quieres, ocupo tu lugar —dijo.

Michael se rió, fingiendo haber entendido mal.

—¿Con Ethan? Francamente, Rennie, ¿no te parece que se daría cuenta? —Miró hacia abajo, a su abdomen, y luego de nuevo a su hermana—. Ahora no nos parecemos tanto...

Rennie le cogió las muñecas y la zarandeó un poquito.

—No te atrevas a tomarme a la ligera. Estoy pensando en ti y en el niño.

La sonrisa beatífica de Michael desapareció.

—Gracias, Rennie. Te quiero. No hay nadie como tú.

—Todo un piropo, viniendo de mi hermana gemela —repuso Rennie en voz baja.

Michael le dio un abrazo y, susurrando también, dijo:

—Lo digo en serio. De verdad que no hay nadie como tú. Y no quiero que hagas nada que te ponga en peligro, no lo soportaría, Rennie. —Dio un paso atrás y escudriñó la cara de su hermana; a pesar de su despliegue de tranquilidad, ella sabía mejor que nadie la cólera que había debajo—. Siento lo de tu boda, Rennie. No que no te cases con Hollis, sino que no fuera decisión tuya. Me crees, ¿verdad?

—Sabes que sí. —Con un gesto del pulgar, señaló a Jarret Sullivan, que estaba junto a la puerta—. Ojalá Mary Francis lo amenazara con romperle las piernas a él.

Michael se rió.

—¿Y qué me dices de Jay Mac?

Los ojos color esmeralda de Rennie fueron hasta donde se encontraba su padre, enzarzado en una conversación con Ethan y el juez Halsey. Despacio, negó con la cabeza, con una expresión dividida entre la admiración y el enfado.

—No soy persona que se eche atrás ante un desafío —dijo—. Ya pensaré en algún modo de devolverle la faena que me ha hecho.

Michael casi sintió pena por su padre.

—Estupendo, Rennie... —Le apretó las manos en señal de ánimo—. Pero no te cases con Hollis Banks para herir a papá. Sólo estarías hiriéndote a ti misma.

Rennie abrió la boca para contestar, pero su hermana gemela no dejó que pronunciara la última palabra. Antes de que pudiera responder, se escabulló y fue a reunirse con Ethan, el juez y su padre.

—Lleva razón, ¿sabe? —dijo Jarret.

Como respuesta a aquella voz inesperada que había sonado junto a su oído, Rennie dio un respingo. Luego le lanzó una mirada agria y le dijo en tono mordaz:

—Si voy a tenerlo a usted pegado a mí hasta que cojan a Nate Houston, le sugiero que permanezca en silencio y estorbe lo menos posible. Le agradecería que recordase que no forma parte de mi vida y, por tanto, que su opinión resulta muy molesta.

—¿Sabe, señora? —replicó él con regodeo—. Va usted montada en un caballo altísimo. Una dama se haría daño si se cayera de él.

Y acto seguido, se alejó tranquilamente, dejando a Rennie plantada en mitad de la habitación. Su madre hablaba con Mary Francis; Jay Mac reía de algo divertido que el juez acababa de contar; a Michael la rodeaban los brazos de su marido; Skye y Maggie se habían apresurado a incluir a

Jarret en su animada charla... Jamás se había sentido tan aislada ni tan abatida. Por un instante los odió a todos..., pero luego aquello pasó y se quedó odiándose a sí misma. Y entonces, salió a hurtadillas. Consiguió bajar los escalones del Palacio de Justicia antes de que la cogieran por el codo de un violento agarrón.

—Pero ¿es que sólo piensa en sí misma? —preguntó Jarret.

Rennie intentó zafarse, aunque sus esfuerzos no hicieron más que aumentar la presión de su mano. Entonces alzó la barbilla en un gesto desafiante.

—¿Qué sabrá usted?

—Sé que en el momento en que su familia ha advertido que se había marchado han tenido mucho miedo.

—Ah, ¿quiere decir que me han echado de menos?

Los dedos de Jarret se aflojaron en torno a su brazo.

—Siente un poco de pena por sí misma, ¿no?

Rennie se soltó de una sacudida y se apartó, al tiempo que cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Siento muchísima pena. Por eso me he marchado. No soy buena compañía.

Su sincero juicio sobre sí misma sorprendió a Jarret, que ajustó su paso al de ella cuando empezó a alejarse del Palacio de Justicia.

—Deberíamos tomar el coche —dijo él—. Es más seguro.

—Quiero caminar.

—De acuerdo. —Le dio el chal que se había dejado en el despacho y observó cómo se lo echaba con gesto descuidado sobre los hombros—. En el coche hace más calor.

Ella hizo caso omiso. Jarret hundió las manos en los bolsillos del guardapolvo y se encogió de hombros. Sabía que ella tenía frío, que casi estaba tiritando, y sin embargo, parecía aceptar el fresco aire nocturno como si fuera un castigo merecido. A la luz de las farolas de la calle destacaban las delicadas líneas de su perfil, y la expresión de sus ojos

era, al mismo tiempo, vacía y llena de dolor. Al principio, pensó Jarret, lo de detener la boda de Rennie había parecido algo sin importancia. Ahora se preguntaba cuántas mujeres de las que conocía habrían actuado con tanto ánimo y aplomo. No se le ocurrió ninguna. Y apenas sin darse cuenta de su propia intención, se acercó un poco a Rennie para protegerla del viento.

—A sus hermanas les gustaría que las acompañara a la casa de verano —dijo.

Rennie negó con la cabeza.

—Sólo esperan que, si voy con ellas, decida quedarme. Pero eso no supondría más que una nueva decepción cuando volviera a la ciudad.

—¿No se planteará cambiar de opinión?

—Quiero estar cerca de Michael, y lo más lejos que pueda de Jay Mac. A nadie debería resultarle tan difícil de entender... Ni siquiera a usted.

—Pensé que tal vez mi presencia aquí inclinara la balanza en favor del valle.

Ella se detuvo en el círculo de luz que proyectaba una farola. Curiosamente, la luz de gas le blanqueaba la cara, volvía negro el verde de su vestido y teñía de gris sus ojos color esmeralda.

—Su presencia aquí me da lo mismo ahora, y el hecho de que mi madre y mis hermanas se marchen no va a cambiar las cosas.

Al mirarla, a Jarret le impresionó de nuevo la determinación de su voz; también, lo apetitosa que era su boca. Eso fue lo más turbador. En ese momento levantó el cuello del guardapolvo y se apartó.

—Vamos.

Cuando la vio vacilar, deslizó el brazo bajo el de ella y le dio un empujoncito. Rennie estuvo a punto de zafarse, pero luego cambió de parecer. Le concedería aquella pequeña escaramuza a él, pero al final ganaría la guerra.

Aunque no estaba nada familiarizado con la ciudad, Jarret sabía orientarse en ella, y en el camino de ida al Palacio de Justicia había buscado señales que lo ayudaran a encontrar de nuevo la casa de las

Dennehy. Mientras Rennie lo conducía por delante del hotel Saint Mark y de Union Square, supo que iba por el camino correcto. A pesar de ser más de medianoche, Broadway estaba animado, y el tráfico y la gente de las aceras lo obligó a extremar la vigilancia. Sus ojos se fijaban en los rasgos de todos los cocheros de alquiler, las vendedoras de flores y los borrachos que hacían eses. El ruido llegaba hasta sus oídos en forma de sonidos independientes: un carro de leche traqueteaba por la calle; un fogoso tronco de caballos, muy bien emparejados, relinchó al unísono; un vendedor de fruta soltó una maldición a su mujer, y un látigo restalló detrás de él, a su izquierda.

—¿De verdad cree que esos dos se van a dejar caer por Broadway?

Jarret tardó un instante en darse cuenta de que Rennie se dirigía a él.

—¿Cómo?

Ella suspiró.

—¿De verdad piensa que Nate Houston y su pareja van a aparecer así, sin más, en mitad de la calle, en mitad de la noche?

—Cosas más raras han pasado.

—Me costaría trabajo pensar en alguna. ¿No sería demasiada casualidad?

Jarret contestó sin mirarla. La tensión que lo mantenía alerta desde hacía horas, más de las que le apetecía recordar, al fin se reveló en su voz, en forma de aspereza.

—No sería una casualidad, señorita Dennehy. Nathaniel Houston sabe lo que quiere, y ella está aquí, en Nueva York. Muchísimo más raro sería que ese hombre no apareciera.

Rennie se estremeció, y esta vez no fue de frío. Entonces, se apartó de Jarret y alzó la mano para detener un coche de alquiler. Al sentarse, se ciñó más el chal en torno a los hombros y se puso a mirar por la ventanilla. Cuando él se reunió con ella, le dijo:

—No debería estar aquí conmigo. Debería estar localizando a ese asesino.

Jarret se recostó en el asiento de cuero, apoyó los pies en el banco de enfrente y cruzó los brazos. Después cerró los ojos.

—Me resultaría infinitamente más difícil encontrarlo a él que a él encontrar a su hermana.

—De modo que se trata de esperar la ocasión.

—Exacto.

Ella se moría de ganas de darle una bofetada.

—En ese caso, debería estar con mi hermana.

—Ya sabe cómo hacer que eso ocurra.

—No voy a marcharme.

Jarret abrió sus oscuros ojos azules y le dirigió una mirada implacable.

—Ni yo tampoco.

El resto del trayecto transcurrió en silencio. Cuando llegaron a la casa, Rennie se apeó sin esperarlo. Al ir a meter la llave en la cerradura, él la hizo retroceder de un tirón.

—Pero ¿qué hace? —preguntó ella.

Los ojos de Jarret recorrieron la oscura fachada. ¿Dónde estaban la cocinera y su marido?

—¿No ha llamado?

—No. Daría...

Sin dejarla acabar la frase, él llamó a la puerta.

—...lo mismo —terminó ella—. Viven en el piso de arriba de la cochera. Es la casa de...

—Sé dónde está —dijo Jarret con sequedad, al tiempo que le quitaba la llave de la mano—. Espere mientras me aseguro de que todo está en orden.

Rennie estaba a punto de soltarle una fresca cuando vio el arma. La silueta del Remington actuó como un potente silenciador, y Jarret observó su reacción.

—Sé que le resulta más fácil sentir miedo por su hermana que por usted, pero ya es hora de que entienda que también se encuentra en peligro, y que es un peligro de verdad. —La vio asentir despacio—. Espere aquí.

Era casi imposible registrar aquella casa a fondo. Empezó por la planta baja, y fue entrando en las habitaciones y saliendo de ellas con la cautela de una sombra. La gruesa alfombra absorbió sus pisadas al subir al primer piso, y cuando estuvo seguro de que todas las habitaciones estaban vacías, volvió a bajar para recoger a Rennie. En ese instante, un golpe sordo en el salón delantero le llamó la atención.

Rennie se recogió el bajo del vestido y levantó la rodilla. En equilibrio sobre una pierna, se cogió el pie lastimado y se masajeó los dos dedos donde se había dado un golpe, mientras soltaba una maldición en voz baja y hacía una mueca de dolor. De repente todo aquello se desvaneció: se dio cuenta de que no estaba sola. El corazón se le paró en seco y luego volvió a latirle de tal forma en el pecho que creyó que iba a desmayarse. Cuando alzó la vista vio que tenía el remington de Jarret pegado a la nariz. El miedo la enfureció y la abrumó. De una palmada apartó de la cara la mano de Jarret y exclamó:

—¡Maldito sea! ¿Cómo se atreve a asustarme de ese modo? —Lo empujó en el pecho. Él no se movió, y entonces volvió a empujarlo, esta vez lo bastante fuerte para hacerlo vacilar sobre los talones—. Ya que no puede desaparecer de mi vida, señor Sullivan, tenga el decoro de irse a hacer puñetas.

Fue a pasar justo ante él, pero la agarró por la parte de atrás del cuello y sus dedos se enredaron en el grueso moño de su nuca. La presión de su mano le advirtió que, si se movía, le arrancaría el cuero cabelludo. Jarret esperó hasta que se quedó quieta para meter el arma en la pistolera y después, con voz baja y contenida, y también amenazadora, le dijo:

—No le he pegado a una mujer en mi vida, señorita Dennehy, pero si un hombre me hubiera empujado como acaba de hacerlo usted, me

habría planteado muy seriamente dejarlo sin sentido de un puñetazo. Se lo advierto: la próxima vez me lo plantearé con usted.

Hizo una pausa, esperando a que sus palabras produjeran efecto, y al sentir su rígido y desganado asentimiento, prosiguió:

—Y en cuanto a lo de asustarla, bueno, ha sido mutuo. Le dije que esperara en la puerta principal. —En la oscuridad buscó su mano y la metió debajo del guardapolvo para que tocara la culata del Remington—. Quien lleva el revólver soy yo. Quizá desee recordarlo la próxima vez que juzgue oportuno darme un susto.

Rennie se dio cuenta de que había estado a punto de que le disparasen en el salón de su propia casa. Con humildad, dijo:

—Perdone. Tendría que haberle hecho caso.

Jarret no esperaba que fuera a permanecer arrepentida mucho tiempo, en particular si no la soltaba. Sin embargo, sintió el impulso de retenerla. Algunos cabellos color caoba se trenzaban en sus dedos. Bajo su mano notaba su piel cálida y suave, y su aliento olía levemente a gaulteria. Lo preocupó que llegara a plantearse cómo sería besarla, así que se apresuró a apartar los dedos de su cuello y los subió para frotarse el caballete de la nariz. Luego sacudió la cabeza para despejarse mientras dejaba caer la mano hasta el costado.

—Dios, estoy más cansado de lo que creía. Por un momento...

—¿Sí?

Jarret se contuvo.

—Nada.

Rennie esperó, y al ver que no estaba dispuesto a decir nada más, le ofreció una taza de café.

—Puede que mamá y mis hermanas tarden un rato en volver, y tengo intención de esperarlas levantada.

—Entonces tomaré ese café.

Mientras Rennie estaba en la cocina, Jarret encendió las lámparas de mesa y paseó por la habitación, de la chimenea hasta la amplia ventana en forma de arco. La cabezada que había dado no había sido bastante.

Rennie lo observó desde la puerta. Tenía entornados los intensos ojos azules, no con su acostumbrada actitud de tranquila vigilancia, sino por simple cansancio. Había echado el guardapolvo sobre el respaldo de una mecedora, y eso permitía apreciar la línea de tensión que le recorría la espalda; asimismo, se apreciaba que, bajo la almidonada camisa blanca, tenía los músculos de los hombros agarrotados. Alternativamente, se frotaba el caballete de la nariz y la nuca. Rennie entró y dejó la bandeja.

—Podría sentarse, ¿sabe?

—Ya lo he intentado —dijo él en tono cansado.

Ella notó el hueco en los cojines de los sillones y del sofá.

—¿Demasiado cómodos? —preguntó.

—Exacto.

—No tiene que quedarse levantado. No tengo intención de salir de casa esta noche.

—Comprenderá que no acabe de confiar en usted.

Ella se encogió de hombros.

—Como guste. ¿Cómo toma el café?

—Solo.

Rennie sirvió una taza y se la dio.

—Gracias.

—No hay de qué.

Se quedaron mirándose uno al otro durante un buen rato, y luego rieron, incómodos y un poco sobresaltados por su vuelta a la amabilidad. Rennie se recuperó yendo a la ventana y descorriendo las cortinas; Jarret, gruñéndole que se apartara. Pero ella no se movió hasta que él le quitó las cortinas de la mano de un tirón y dejó que éstas se cerraran.

—Era un blanco estupendo —le dijo—. Todo el que estuviera en la calle la veía muy bien. Esta maldita fortaleza que ustedes llaman «hogar» necesita un muro de piedra alrededor, no una verja de hierro.

Por encima del borde de su taza de café, Rennie miró al techo.

—¿Qué le hizo a Hollis para detener mi boda? —preguntó.

—¿Quién dice que le hice algo?

—Yo. Hollis es mi prometido. Me parece que lo conozco lo bastante como para saber que no se limitaría a echarse a un lado sin más.

—No se echó a un lado. Prácticamente, volcó —Jarret observó que la cara de Rennie se quedaba sin color—. Perdone. Eso ha sido una maldad.

—Sí —dijo ella en voz baja—. ¿Es la verdad?

La llegada de Moira, Jay Mac y las hermanas de Rennie lo salvó de tener que contestar.

—Te dije que la encontraría, mamá —dijo Maggie—. Apuesto a que aún no había llegado a la calle cuando él la paró en seco. ¿He acertado, Rennie?

—Casi —dijo ella—. Mamá, lamento haberte preocupado... Es que tenía que salir de allí.

Moira se adelantó y abrazó a su hija, al tiempo que le daba un beso en la mejilla.

—Sé que pensabas que tenías que hacerlo, pero los demás nos asustamos mucho. —Miró a Jarret—. Gracias a Dios estaba usted allí.

Rennie se las arregló para no atragantarse con el café.

—¿Dónde está Mary Francis?

—La hemos llevado otra vez al convento —dijo Skye—. Papá quiere salir para la casa de verano esta noche.

Jarret observó que Rennie miraba directamente a su padre por primera vez desde que había entrado en la habitación. En su mirada no había hostilidad, sólo desafío.

—¿Ah, sí? —le preguntó—. ¿Estás deseando irte de la ciudad por algún motivo? ¿Te asusta Nate Houston, quizá?

Jarret no imaginaba que muchas personas tuvieran el privilegio de hablarle a Jay Mac en ese tono, pero el padre de Rennie no parpadeó. John MacKenzie Worth se limitó a levantar un dedo y señalar a su hija.

—No me provoques, Rennie. Sabes bien que me das más miedo tú que cualquier asesino.

—Y con razón —dijo ella—. Tienes mucho de lo que responder.

—Hollis Banks no te merece —dijo Jay Mac—. Vale para ser subdirector de Northeast, pero no es la clase de hombre que elegiría para ti.

—Muchas gracias, papá, pero yo hago mis propias elecciones. —Se detuvo un momento y le dirigió una mirada cargada de intención—. Y aún tienes mucho de lo que responder.

—Responderá el Día del Juicio como el resto de nosotros, Mary Renee. No tienes derecho a ser tan crítica con tu padre.

Aquello provocó una sonora carcajada de Maggie y Skye que, durante todo el camino de vuelta, habían oído a Moira echarle una filípica a Jay Mac en nombre de Rennie. Skye agarró la mano a Maggie.

—Venga, Mag. Vamos a por los baúles. A lo mejor Jarret nos ayuda a cargarlos en el coche.

Las chicas desaparecieron en el vestíbulo y subieron la escalera. Al ver la oportunidad que le brindaban, Jarret pidió permiso para ausentarse. Al quedarse a solas con sus padres, Rennie dijo:

—No hemos resuelto el asunto, papá. No tenías derecho a hacer lo que has hecho.

—Si Hollis Banks quiere mi dinero, ya puede ponerse a trabajar para ganárselo, como los demás empleados. Y si tú quieres un empleo en mi negocio, puedes hacer lo mismo. Él no tiene por qué casarse contigo, y tú, ni en sueños, necesitas casarte con él.

Rennie abrió la boca y su madre la interrumpió:

—Ya está bien. Los dos. No voy a permitirlo. Y menos ahora que vamos a estar separados. Si quieres meterte en una discusión constructiva, Jay Mac, intenta convencer a tu hija de que venga con nosotros al valle mientras acabo de hacer las maletas.

Dicho su parecer, Moira abandonó la habitación con gesto solemne. Jay Mac la vio marchar y luego miró a Rennie mientras se acariciaba las patillas.

—¿Y bien, Rennie? No sería la primera vez que tu madre lleva razón. ¿Acordamos una tregua?

Ella no titubeó.

—Tregua.

—¿Y lo otro? ¿Vienes con nosotros a la casa de verano?

De nuevo, no titubeó.

—No.

Él asintió con la cabeza. Se lo esperaba.

—Dile a tu madre que he expuesto argumentos muy convincentes, pero que tú has heredado toda su testarudez irlandesa.

—¿Testarudez irlandesa? Creía que era la inflexibilidad de los Worth.

Como a Jay Mac ya lo habían puesto bastante en su lugar, el hombre esbozó una tímida sonrisa.

—Bueno, sea lo que sea, lo has adquirido por medios honrados, y eso no hay quien lo discuta.

—El café está caliente —dijo Rennie sonriendo—. ¿Quieres?

—Tomaré una taza.

Mientras su hija estaba fuera, encendió el fuego, y luego compartieron unos minutos de tranquilidad en el sofá hasta que Skye irrumpió en la sala anunciando que estaban listas para marchar. Después volvió a salir, impetuosa, con su cabello de un rojo llameante como una hoguera, para supervisar la carga del carruaje. Jay Mac se puso de pie.

—Creo que debería ayudar a Jarret con los baúles. Ese hombre ya ha hecho suficiente por un día.

—Desde luego que sí.

Sin dejar de observar a su hija, Jay Mac se pasó los dedos por el tupido pelo rubio oscuro.

—No lo culpes demasiado, Rennie. Le ofrecí lo que debió de parecerle el rescate de un rey por hacer lo que hizo. —Un pago, se recordó, que aún le debía...

—No siento ningún respeto por un hombre al que seduce el dinero —repuso ella—. No tenía por qué hacerlo.

Jay Mac vaciló. En su ancho rostro, su boca adoptó un rictus de seriedad.

—Espero que hayas oído lo que acabas de decir —luego, imitando el deje cantarín de Moira, añadió—: Sí que espero que lo hayas oído.

Cuando el coche que llevaba a su familia dobló la esquina con Broadway, Rennie dejó que Jarret la condujese de nuevo al interior de la casa.

—¿Estarán bien? —preguntó.

Él se alisó el bolsillo del pantalón con la mano. Sintió la forma de la letra de cambio de Jay Mac por diez mil dólares, junto a una punzada de arrepentimiento.

—Estarán muy bien. Su padre parece confiar en los hombres que ha contratado, y para mí eso es suficiente.

—¿Y Mary Francis?

—Houston no es idiota. Aunque sepa de la existencia de Mary Francis, dudo mucho de que intente nada en el convento. Tendría que estar muy desesperado para hacerlo.

—¿Y Michael?

—¿Quiere que la tranquilice o que le diga la verdad?

Ella lo miró fijamente, sin parpadear.

—La verdad.

—Ethan Stone dará su vida para proteger a su hermana.

Rennie asintió. Se daba cuenta de que tendría que conformarse con aquello, Jarret no podía ofrecerle más seguridad.

—Me voy a la cama —dijo ella—. ¿Se ocupa usted de las lámparas o lo hago yo?

—Ya lo hago yo.

Se echó a un lado y la dejó pasar. Mientras la miraba subir la escalera con la cabeza inclinada en un gesto cansado, Jarret reparó en que, una vez más, no había preguntado nada sobre sí misma.

Jarret se dio media vuelta, dormido, y la cama crujió. Entonces se quedó muy quieto, alerta, escuchando. ¿Era su propio movimiento lo que había oído, o tal vez otra cosa? Al momento el sonido se oyó de nuevo: un suave arrastrar de pies, el roce de una suela de zapato en una alfombra. Por lo visto, Rennie no entendía que levantar los pies era más silencioso que deslizados. Se sentó y se enfundó unos vaqueros. La cama crujió otra vez cuando se levantó, pero ya no hizo ningún otro ruido. Mientras Iba de puntillas y descalzo hacia la puerta, se permitió considerar la remota posibilidad de que se tratara de un intruso que avanzaba por el vestíbulo. Al principio abrió la puerta sólo un resquicio; llegó a tiempo para vislumbrar a Rennie doblando la esquina que daba a la escalera de atrás. Tras detenerse para orientarse, Jarret tomó la escalera principal hasta la planta baja y corrió por el recibidor. Cuando Rennie llegó a la entrada de servicio, cerca de la cocina, él estaba esperándola. Al verlo allí, apoyado con descuido en la jamba de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho desnudo y una sonrisa engreída en la cara, Rennie pensó que tenía un aspecto un poco demasiado presuntuoso. Entonces le tembló de rabia la mano, y la cera caliente de la vela se le derramó en los dedos. Jarret alargó la mano y le quitó la vela. El hecho de que la sostuviera bien firme aumentó la ira de Rennie y, a la vez, la dejó sin palabras. Jarret echó una ojeada a su atuendo. Se había puesto un vestido azul marino y unos zapatos cómodos, y de la muñeca llevaba colgado un bolsito bordado con abalorios; no era lo que se pondría para prepararse una taza de leche

caliente en la cocina. Aunque no había excusa posible, esperó a ver qué tenía que contarle. Estaba preparado para oír un ataque, y sólo al ver que no decía nada, comprendió la profundidad de su dolor y de su rabia. Entonces su engreída sonrisa se desvaneció. Se enderezó y empleó la mano libre para hacer un gesto en dirección a la cocina.

—Vamos a quitarle esa cera de los dedos.

Rennie lo siguió hasta el fregadero y se sorprendió a sí misma dejando que le curara la mano. Cuando dejó correr agua fría sobre los dedos, sólo sintió un hormigueo en las quemaduras. Luego se soltó de él.

—No es justo —dijo en voz baja—. No debería ser prisionera en mi propia casa.

Sin esperar respuesta, dio media vuelta y subió los escalones hasta su habitación. Jarret fue detrás. Cuando Rennie abrió la puerta de su dormitorio, extendió el brazo y le bloqueó la entrada.

—Su madre sugirió que la encerrara si era preciso.

Ella parpadeó y se ruborizó intensamente.

—Mi madre estaba tomándole el pelo. Sabe muy bien que ya no hay llaves de estas puertas.

Jarret suspiró, resignado.

—Me temía que iba a decirme algo así. —En tono cansado, añadió—: Déjeme ver su cuarto.

—Ah, claro que sí. —Rennie hizo una reverencia y, con un floreo exagerado, le indicó que entrara—. Por favor, disponga con toda libertad de mi casa, como si fuera suya. Vaya a donde guste.

Jarret decidió no morder el anzuelo. Usó la vela para encender la lámpara de queroseno que estaba en la mesita de noche y, cuando pudo ver, echó una ojeada a su alrededor. No le interesaba el mobiliario, ni los objetos que contribuían al revoltijo que reinaba sobre la cómoda y el tocador, ni siquiera el hecho de que, por lo visto, Rennie había preparado una pequeña maleta de ropa y luego se la había dejado con las prisas por marcharse. Lo que a él le importaba era qué otros medios podría emplear para escapar.

—¿Adónde da? —preguntó, señalando la puerta situada a la izquierda de la chimenea.

—¿Me creería si se lo dijera? —dijo ella.

—No se preocupe. Lo veré por mí mismo.

Abrió la puerta y echó un vistazo; como esperaba, era un vestidor. Por desgracia, comunicaba con un cuarto de baño y con otro dormitorio que había más allá.

—Esto es un problema —se dijo.

—No hable entre dientes —le dijo ella.

Él se limitó a lanzarle una mirada taladrante. Atrevida, ella se lo quedó mirando. Entonces Jarret miró al techo y meneó la cabeza.

—¿Y estas puertas? —preguntó, al tiempo que tiraba de los pomos de latón de las hojas del balcón. Las puertas dobles temblaron pero no se movieron.

Rennie se sentó en la cama.

—¿Qué les pasa?

—No se abren.

—Eso es porque hay un pestillo en la parte de abajo y otro arriba. A lo mejor quiere usted dignarse pensar antes de recurrir a la fuerza bruta.

—A lo mejor quiere usted dignarse cambiar de tono.

—O, si no, ¿qué? —preguntó Rennie, desafiándolo.

Jarret fingió no oírla. Descorrió los pestillos de las puertas, las abrió y salió al balcón... Y casi no dio crédito a su propia estupidez cuando las puertas se cerraron tras él con estrépito y los pestillos volvieron a su sitio. Golpeó en el marco con la palma de la mano.

—¡Rennie! ¡Abra!

No hubo respuesta.

—¡Rennie! ¡Enserio! ¡Abra estas puertas!

Esperó un segundo, escudriñando el dormitorio a través de los vidrios, pero no la vio por ninguna parte. Luego apoyó el hombro en la puerta e

intentó forzarla. Los pestillos aguantaron. Se planteó romper algunos vidrios para alcanzar los cierres y el picaporte, pero habría tardado demasiado. Entonces se inclinó por encima del balcón. Lo que vio confirmó todos los temores que había sentido al ver que Rennie quería escapar de la casa. Pero ahora resultaba una grata visión. Desde el balcón de Rennie no había más que una caída de seis metros hasta el suelo. Sin embargo, a la derecha y a mediana distancia por debajo, se encontraba el alero correspondiente a la entrada de servicio. Una vez allí, sólo era cuestión de escurrirse por una de las columnas.

Jarret efectuó el salto con facilidad, y aterrizó con bastante agilidad y delicadeza. Sus pies descalzos mantenían el equilibrio sobre las finas placas de madera del tejado mejor que si hubiera llevado botas. Usando el canalón para agarrarse, se impulsó sobre un lado y abrazó una columna con las piernas. Al cabo de unos segundos sus pies tocaban la húmeda hierba. Como no tenía una idea clara de si Rennie saldría por la parte delantera, trasera o lateral de la casa, tomó una opción con rapidez y esperó estar en lo cierto. Era bastante fácil imaginar adonde se dirigía, pero saber que iba a ver a Hollis Banks y saber dónde vivía el señor Banks eran dos cosas absolutamente distintas. Jarret rodeó corriendo la parte trasera de la casa, se apresuró sobre el césped mojado al doblar la esquina y siguió hasta alcanzar el lado contrario al dormitorio de Rennie. Hasta allí llegaba suficiente luz de las farolas de la calle como para que diera con su rastro casi en seguida, y luego siguió sus pasos por la hierba aplastada, directo hasta la cancela lateral. Esta aún se balanceaba ligeramente en sus goznes, de modo que Rennie no había ido muy lejos. Volvió a encontrar su rastro al otro lado del camino enlosado del jardín del vecino. Y así, por encima de muros de piedra, a través de jardines y setos, e incluso pasando una pequeña pasarela construida para realzar el estanque de un vecino, Jarret siguió la pista de Rennie.

En los callejones traseros de las grandes casas de piedra, los gatos se quitaron de en medio de un salto cuando la persecución se aceleró. En los establos, los caballos resoplaron y se agitaron, nerviosos. Un perro vagabundo alertó a sus amigos que estaban amarrados, y el escándalo resultante hizo que los soñolientos criados salieran entre tropezones para reñirlos y ahuyentar al vagabundo. El vecindario se despertaba, y aún

faltaba rato para el amanecer... Rennie se alzó las faldas y trepó sobre la valla que separaba la casa de los Marshall y la de los Stewart, pero el vestido se le enganchó en los decorativos, aunque peligrosos, barrotes de hierro. Tiró con fuerza, pero aunque se desgarró el traje, eso no bastó para soltarse, y allí la encontró Jarret. Este se apoyó en la valla, agradeciendo a la oportunidad de recuperar el resuello. Rennie volvió a pegar un tirón al vestido, pero él se limitó a alargar la mano, agarrar un puñado de tela y sujetarla allí. La carrera le había enronquecido la voz.

—No ponga a prueba mi paciencia más de lo que ya lo ha hecho —dijo.

Rennie también jadeó.

—¿Está amenazándome?

—Sí.

Jarret se quedó encantado al ver que aquello la hacía callar. Después se subió a la valla y saltó con ligereza junto a ella.

—Voy a desengancharla, y luego nos iremos derechos de vuelta a la casa. Por el camino no haga ningún intento de salir corriendo, porque, si es preciso, la llevaré en brazos. Si tiene tantísimas ganas de ver al tipo ese, Banks, mañana me encargaré de arreglarlo. Aunque no creo que se le haya pasado por alto el hecho de que no ha intentado echar la puerta abajo para verla.

—¡No hable de él! ¡No tiene ningún derecho!

Jarret se encogió de hombros y le soltó el vestido sin esperar que le diera las gracias. No se las dio.

—Vámonos. Si usted no está cansada, yo sí.

En ese instante, de la oscuridad salió una voz profunda, clara y exigente.

—¿Qué diablos pasa ahí?

Jarret se puso delante de Rennie para protegerla y se llevó la mano casualmente hacia la pistolera..., sólo para darse cuenta de que no la llevaba. Al menos, aquél no era Nathaniel Houston... porque no había tiempo de ir a por el revólver.

—¿Michael? ¿Eres tú?

Quien hablaba se desplazó desde las oscuras sombras del porche trasero hasta el césped y, al acercarse a la pareja, bajó el Cok 45 que llevaba. En ese momento Rennie salió de detrás de Jarret.

—Soy Mary Renee, señor Marshall, la hermana de Michael.

Logan Marshall deslizó su arma en la pistolera que ceñía sus pantalones, cubiertos en parte por los faldones de su camisón.

—¿Rennie? Dios mío, cuánto tiempo, ¿verdad? Usted y su hermana siguen siendo iguales... —Bajó la mirada hasta su liso vientre—. Bueno, en este momento a lo mejor no tanto.

Volvió a mirar a sus azorados ojos.

—¿Hay algo que quiera decirme, o he de fingir que estoy teniendo un sueño muy raro?

Rennie miró de reojo a Jarret. Ni siquiera tenía la cortesía de parecer avergonzado. Estaba en el jardín de Logan Marshall, vestido sólo con un par de téjanos desteñidos y sin embargo mostraba el aspecto de quien tiene todo el derecho de estar allí... Los ojos verdes de Rennie adoptaron una expresión de súplica.

—Me parece que es mejor que decidamos que es un sueño.

Jarret sonrió, y Logan percibió su matiz burlón. Entonces volvió a mirar a Rennie.

—¿Se encuentra usted bien?

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, estupendamente. Aunque quizá esta noche haya actuado de un modo algo precipitado.

Logan se pasó los dedos por su pelo de hebras cobrizas. Sabía que la explicación de Rennie no iba destinada a él, dedujo que era una disculpa dirigida al hombre que estaba a su lado, pero no le pareció que aquel extraño la creyera.

—¿Todo bien por casa?

—Sí. En realidad, volvemos allí ahora.

Logan miró la valla que había detrás de ella. Un jirón de tela blanca, procedente de su enagua, revoloteaba en uno de los barrotes como una banderita de rendición.

—Rennie, ¿está segura de que no es preciso que llame a la policía? Sé lo de la fuga de Houston. Hace unos días el *Chronicle* recibió un telegrama de Ethan Stone. Pero no he querido decirlo en el periódico hasta que Jay Mac se lo contara personalmente a su hermana. Se ha atendido a eso, ¿no?

Entonces, y con retraso, Jarret reconoció a Logan Marshall: el editor y copropietario de uno de los principales periódicos de Nueva York, así como jefe de Michael Dennehy. Había esperado que el personaje que dirigía el *Chronicle* fuera más viejo, no de una edad parecida a la de Ethan y a la suya..., y desde luego, no tan imponente físicamente. Marshall era lo bastante alto como para mirarlo sin alzar la vista, y poseía la fuerza y la agilidad necesarias para encargarse de él. Pero también se dio cuenta de su cautelosa mirada. El editor estaba evaluando a aquel hombre que había ido saltando varías vallas detrás de Rennie Dennehy, y Jarret empezó a sentirse un poco incómodo bajo su examen. ¿No tenía Rennie ningún vecino normal? ¿Todo el mundo era un Marshall o un Astor?

Rennie advirtió que, a las tres de la madrugada, tal vez le debía a Logan Marshall una explicación algo más amplia, simplemente por educación.

—Le presento al señor Jarret Sullivan, señor Marshall.

A Jarret sólo se le ocurrió tender la mano, al tiempo que decía:

—El ayudante de Ethan Stone.

Logan estrechó la mano que le ofrecía.

—¿El cazador de recompensas?

Jarret asintió, sin que se le escapara el respingo de sorpresa que, a su lado, daba Rennie.

—A veces. Ahora mismo, alguacil federal.

Tras soltarle la mano, Logan frunció un poco el ceño.

—Rennie, creí que Michael me había dicho que se casaba usted con Hollis Banks hoy..., o sea, ayer... —Se frotó la sien un momento—. Dios mío, sí ya es mañana.

—En lugar de eso, se ha casado Michael —dijo ella.

—¿Con Hollis Banks? —Sí, aquello era un sueño, y de lo más raro.

—No, con Ethan Stone. Acabamos de volver de la boda.

—Más o menos —murmuró Jarret, mirando su atuendo.

Marshall levantó las dos manos.

—Da lo mismo. Estoy seguro de que a ustedes todo esto les parece lógico, pero yo me vuelvo a la cama. Ya pensaré en algo que contarle a Katy. —Asintió en dirección a ambos—. Buenas noches. Ah, y usen la cancela. No tiene sentido arriesgarse a un empalamiento por segunda vez en una sola noche.

Rennie esbozó una sonrisa. Una vez que se hubo marchado Marshall, bajó la vista y rezó para que la tierra se la tragase entera. Unos mechones de pelo le revolotearon por la frente cuando dio un suspiro.

—Éste debe de haber sido el encuentro más humillante de mi vida —dijo.

—La noche es joven.

Jarret la enlazó con el brazo y la obligó a seguir sus rápidas zancadas. Sus protestas por ser llevada a rastras, a tirones y a sacudidas, no obtuvieron respuesta. Ya en el interior de la casa, la llevó directamente al piso de arriba, pasó por delante de su dormitorio y la metió en el suyo.

—¡Espere! Se ha saltado mi cuarto.

—No. Al menos por esta noche, ésta va a ser su habitación. —Señaló la ovalada alfombra que había delante de la chimenea—. Y ésa va a ser su cama.

Ella intentó apartarse de él.

—¡No pienso dormir en el suelo!

Él la sujetó fuertemente.

—Como guste. Pero sepa una cosa, señorita Dennehy: he pasado casi tres días sentado en los limitados confines de un vagón de tren, y antes, unos cuantos días más sentado en una silla de montar; ninguna de las dos cosas favorecían el sueño. Salvo por unas cuantas horas a salto de mata, no he disfrutado de una noche entera de sueño en más de una semana. Yo voy a ocupar la cama y usted tiene el suelo. Y me importa un bledo si duerme usted o no.

Jarret le soltó el brazo sólo para agacharse. Antes de que ella supiera qué se proponía, desgarró una tira de su enagua que abarcaba todo el bajo. Se quedó demasiado asustada para gritar.

—Pero ¿qué está haciendo?

Al ver la chispa de placer salvaje que ardía en sus ojos cuando se puso derecho, Rennie retrocedió. Con ademán nervioso, se echó a un lado un mechón de cabello que le había caído por la mejilla, y sus ojos se dirigieron a la puerta. Al acercársele, extendió los brazos para rechazarlo.

—¿Qué va a hacer con eso?

Jarret no respondió. Sencillamente, avanzó, sosteniendo la tira de tela entre las manos. Y esperó. Rennie retrocedió hasta dar con el pesado sillón que tenía detrás y se desplomó en él con un leve «uf». Sus ojos se dilataron de sorpresa y, torpemente, intentó levantarse, pero la enagua, hecha jirones, y el vestido se le enredaron entre las piernas y anularon sus esfuerzos. Entonces Jarret le agarró las manos, que no paraba de agitar, con una de las suyas y rápidamente le ató las muñecas. Fue algo bastante parecido a amarrar un ternero, pero se abstuvo de hacer la comparación. Una vez la tuvo atada a su gusto, deslizó la alfombra por el suelo hasta acercarla a la cama y luego, tirando de ella por un extremo del jirón, y sordo ante sus súplicas, se las arregló para atar el cabo suelto a una de las patas de la cama. Rennie no tenía mucha más opción que arrodillarse o doblarse por la cintura, de forma incómoda y dolorosa. Jarret le lanzó una manta y pensó si pasarle una almohada. Al final le dio la suya.

—Supongo que no importa mucho —dijo, fingiendo regodeo para irritarla—; estoy acostumbrado a dormir sin ella la mayoría de las noches. Aunque menudo placer sería.

Los ojos color esmeralda de Rennie le lanzaron una mirada asesina.

—Váyase al cuerno, señor Sullivan.

—Jarret. En vista de que vamos a compartir habitación, lo lógico es que me llame Jarret.

Ella le dirigió un puntapié; un gesto inútil cuya consecuencia fue que se dio un golpe con la coronilla en el armazón de la cama. Se le saltaron las lágrimas, en parte de dolor y en parte de frustración por no poder frotarse la zona dolorida. Jarret le dio unos toquecitos en la cabeza, pero ella intentó morderlo y entonces él se fue a la cama.

Riendo, se tumbó, apagó la lámpara de queroseno y se dio media vuelta, al tiempo que metía un brazo bajo la cabeza.

—Buenas noches, Rennie.

—No le he dado permiso para que emplee mi nombre de pila.

En la oscuridad, Jarret sonrió. Se tapó con una manta y se frotó los fríos pies con las sábanas.

—Buenas noches, señorita Dennehy.

Rennie estaba que echaba humo. Cuando la rabia sola no fue suficiente para mantenerla despierta, empezó a dar vueltas, tanto como se lo permitían sus ligaduras. Luego tiró de los nudos durante casi una hora, hasta reconocer que no podía desatarlos. Mientras tanto, Jarret dormía plácidamente, emitiendo de vez en cuando un leve ronquido como para recordarle que seguía allí. Después, contra su voluntad y contra toda lógica Rennie se encontró luchando por mantenerse despierta en vez de por huir. Oyó que el reloj del vestíbulo de la entrada daba las cuatro, y luego las cuatro y media... Y ya no recordó más.

Jarret estaba de pie, frente a Rennie; el pelo se le rizaba, húmedo, en la nuca, y con la toalla que llevaba colgada al cuello se limpió una gota del

mentón. Después cogió una camisa de batista del pie de la cama y se la puso. Rennie no se movió. Parecía haber encontrado la única postura que le brindaba un mínimo de comodidad, acurrucada de lado, con las rodillas contra el pecho. Su cara descansaba demasiado cerca de la pata de la cama. Aunque estaba de perfil, vio las ojeras que tenía bajo las pestañas y supo que su descanso había sido mucho menos satisfactorio que el de él. Hizo una mueca al ver los arañazos de sus muñecas. Tenía el vestido azul marino todo retorcido a su alrededor, y la manga desgarrada a la altura del codo. Por donde había apartado la manta de una patada se le veían las pantorrillas. Las medias tenían unos cuantos arañazos y sietes, y sus botines estaban cubiertos de barro en el tacón y la puntera.

Durante la noche, o durante la pelea —Jarret no estaba seguro—, la mayor parte del cabello se le había soltado de las horquillas, y sobre su pálida mejilla había una maraña de ondas color caoba y mechones cobrizos. Una brizna de hierba cerca del ojo daba testimonio de uno de los muchos setos que había atravesado a toda marcha. La verdad era que tenía un aspecto bastante desaliñado... Sólo si no se tenía en cuenta su boca, y eso era algo que Jarret no acababa de poder evitar. Dormida, sus labios aparecían un poco húmedos, algo entreabiertos y tentadoramente carnosos. Lo intrigaba mucho la forma de su boca, con el labio inferior que amagaba un mohín y la sensual curva del labio superior. La boca de Mary Renee podía hacer que un hombre olvidara que querer besarla era buscarse problemas.

Jarret alargó la mano para coger su bolsa y hurgó en ella hasta dar con su navaja de muelle. La desenvainó y se arrodilló junto a Rennie para cortar sus ligaduras. Estaba allí, inclinado sobre ella, con la navaja en la mano, a sólo unos centímetros de su rostro, cuando Rennie despertó. Jarret se encontraba lo bastante cerca para sentir que se le agitaba el pecho. Se las arregló para ponerle una mano en la boca antes de que su chillido alcanzara un tono que rompiera los cristales. El forcejeo lo obligó a tirar la navaja a un lado para no herirla, y en seguida le habló con suavidad.

—Lo que quiero es soltarla, no hay motivo para gritar. No voy a hacerle daño.

Ella no podía respirar; le tapaba la boca y la nariz, y la presión le impedía que le llegara aire. Sacudió la cabeza y forcejeó más aún, intentando hacer que él moviera la mano, mientras que, con los ojos, muy abiertos, lo miraba con expresión de pánico. Se agarró a la pata de la cama y los nudos se tensaron más en sus muñecas. En ese momento la señora Cavanaugh llamó a la puerta de la habitación de Jarret.

—Señor Sullivan, ¿está ahí? Estoy buscando a Rennie. No la encuentro... —abrió un poco la puerta y metió la cabeza— por ningún lado.

La mano de Jarret resbaló de la boca de Rennie cuando la cocinera dio un grito. Luego se echó atrás y se sentó sobre las piernas, meneando la cabeza y mirando al techo. Rennie aprovechó para inhalar aire y empezó a echarle una bronca que habría humillado a un marinero. Jarret recogió la navaja, la tiró encima de la cama y se puso de pie. Dejando a Rennie donde estaba, pasó por delante de la señora Cavanaugh al tiempo que murmuraba con franca indignación:

—En un gallinero de Chicago hay menos chillidos que aquí.



Capítulo Tres

Tan pronto como salió Jarret, la señora Cavanaugh entró a toda prisa en la habitación.

—¿Le ha hecho daño? —Se arrodilló junto a Rennie y le acarició el pelo —. Pero ¿qué es lo que está haciendo ese hombre? ¿Habrá perdido la cabeza? —Se santiguó—. ¡Por todos los santos! Que su madre haya podido marcharse así y dejarla a usted... No lo entiendo. Ahora mismo voy a por mi marido y lo mandaré a la policía. Y ya no la dejaré más sola con el señor Sullivan.

Rennie se armó de paciencia. Ahora tenía claro que Jarret no había pretendido hacerle daño; eso no quería decir que lo que había hecho no fuera imperdonable, pero no había tenido intención de asesinarla.

—¿Puede soltarme, señora Cavanaugh? —le dijo, indicando con la cabeza sus muñecas atadas.

La mano de la cocinera se apartó del pelo de Rennie.

—¿Cómo? ¡Ah! ¡Claro! —Sus hábiles dedos, fortalecidos por años de amasar y de pelar patatas, se dedicaron al instante a la tarea—. No entiendo en qué estaba pensando su madre cuando se marchó, y usted, embridada como un ganso de Navidad.

Rennie sonrió ante la comparación.

—La navaja sería más adecuada para la tarea —dijo.

La señora Cavanaugh echó una ojeada la navaja, y luego otra vez a los nudos. En su afilado rostro se pintó una expresión desaprobadora.

—Tengo una cuchilla de carnicero que lo haría con más delicadeza.

Así pues, Rennie tuvo que esperar. Sentía que ciertas funciones corporales exigían su atención, y la idea de que quizá tuviera que hacer

sus necesidades allí mismo fue otro motivo para imaginarse la muerte, lenta como una tortura, de Jarret Sullivan.

—Bueno, pues ya está —dijo al fin la señora Cavanaugh, tirando del último nudo—. Ese hombre es un bruto.

Rennie se mostró de acuerdo.

—Un monstruo.

—Un demente.

—Un cretino.

La señora Cavanaugh asintió.

—Pero guapo, ¿no le parece?

Las manos de Rennie quedaron libres. Entonces usó la pata de la cama para incorporarse y dejó que la cocinera, con mucho cuidado, le masajeara las muñecas.

—¿Y qué tiene que ver su aspecto con nada? —preguntó—. Se ha comportado de una forma muy censurable.

—Ay, sí —se apresuró a decir la cocinera—. No tiene excusa, por supuesto, pero lo que yo decía es que es muy buen mozo. Nada más, sólo era un comentario.

Haciendo caso omiso de la mirada agria de Rennie, la señora Cavanaugh la ayudó a ponerse en pie.

—Ahora me encargaré de la policía. Su madre me dijo que ese hombre se había quedado para protegerla, pero me da la sensación de que ahora querrá echarlo.

—Desde luego que sí —convino Rennie con vehemencia—. Seguro que querría que estuviera en la cárcel.

La señora Cavanaugh acompañó a Rennie a su cuarto, la ayudó a preparar un baño y luego bajó a buscar a su marido... Pero de pronto recordó que haría veinticuatro años que conocía a Mary Rennie y que con ella ninguna situación era nunca tan sencilla como parecía. Entonces tomó una decisión: dejó que el señor Cavanaugh siguiera podando en el jardín y, en su lugar, buscó al señor Sullivan.

El señuelo que atrajo a Rennie hasta la cocina fue el aroma del pan que se horneaba y el tocino que se freía. Delante de la cocina de hierro, la señora Cavanaugh revolvía huevos y echaba un ojo a las tortitas, perfectamente redondas, que burbujeaban y se tostaban en la parrilla.

—Qué bien huele todo —dijo Rennie; luego cruzó la cocina y, una vez junto a la cocinera, le rodeó con un brazo los estrechos hombros—. ¿Puedo ayudarla?

—El café está haciéndose. Mira a ver si está listo.

Rennie sonrió. El que le encomendaran una tarea tan sencilla no le sorprendía, pues, la señora Cavanaugh desconfiaba de su ayuda en la cocina.

—¿Sabe, señora Cavanaugh? Lo cierto es que algún día tendré que aprender a cocinar.

—En mi cocina, no.

Rennie miró el impoluto delantal de la cocinera y dio un suspiro. A pesar de que la señora Cavanaugh llevaba una hora trabajando, su delantal estaba inmaculado, la mesa despejada, el fregadero vacío y el suelo limpio. En cambio, ella era capaz de armar un desastre rellenando los saleros...

—En realidad —dijo la cocinera—, más vale que se aparte de la cocina antes de que se queme... —Apenas había acabado de hablar cuando el aceite chisporroteo en la sartén y saltó a la mano de Rennie—. ¡Ahí tiene! ¡Mire! Ande, métala bajo el agua fría y luego siéntese a la mesa. No puedo guisar y estar atenta a lo que ocurre cuando anda usted por aquí.

Riendo, Rennie hizo lo que le mandaban.

—¿Ha ido el señor Cavanaugh a buscar a la policía?

—Todo está en orden.

Eso la sorprendió. No había oído ningún alboroto en el piso de arriba, y no parecía muy probable que Jarret abandonara la casa sin armar jaleo.

—No habrá sacado el arma, ¿no?

La señora Cavanaugh negó con la cabeza, mientras daba la vuelta a una tortita y se ponía otra vez a revolver los huevos.

—Estaba casi segura de que lo haría.

—Bueno, pues no.

Rennie se dio cuenta de que en la voz de la cocinera había un ribete de impaciencia. Entonces advirtió que sus movimientos eran bastante rígidos: parecía atacar la comida, alancear el tocino y catapultar las tortitas. Al final, la señora Cavanaugh dispuso una bandeja y dos platos; amontonó tortitas en uno y colocó el tocino y los huevos en el otro. Luego puso un tazón en la bandeja, lo llenó de café caliente, supervisó su obra y levantó la bandeja. Los ojos de Rennie se desencajaron al ver tanta comida. Alzó las manos al tiempo que negaba con la cabeza.

—No puedo comer tanto.

—No espero que lo haga —dijo la cocinera alegremente— por eso hay té recién hecho en la tetera y dos panecillos calientes en el horno. Esto es para el señor Sullivan.

A Rennie no le costó entender su gesto de asentimiento y su sonrisa; ambos decían a las claras: «Ahí queda eso.» Y, atónita, se quedó mirando a la señora Cavanaugh mientras salía a buen paso de la cocina.

Jarret echó a un lado el *Chronicle* cuando la señora Cavanaugh entró en el comedor. Al ver las raciones, reaccionó de forma parecida a Rennie.

—Me parece que ha sobreestimado mis ganas de comer —le dijo.

—¡Venga, no diga tonterías! —repuso ella, dejando la bandeja—. Un hombre como usted necesita comer después de la noche que ha pasado.

Jarret desplegó la servilleta y la extendió sobre las rodillas. Bajo la mirada observadora de la señora Cavanaugh, empezó a comer con apetito lo que le había puesto delante. En ese momento, desde la puerta, Rennie preguntó:

—Y, exactamente, ¿qué clase de noche ha sido? —Tenía las mejillas encendidas, y las manos, cerradas en un puño a los costados—. ¿Qué le ha contado a la señora Cavanaugh?

Jarret se levantó un segundo, señaló la silla que estaba en la esquina, a su derecha, y siguió comiendo. La cocinera los miró a los dos con gesto de preocupación y salió discretamente de la estancia. Rennie hundió los puños, con los nudillos blancos de tensión, en los bolsillos de su traje color tórtola.

—Iba a mandar a su marido a la policía —dijo.

Su voz no parecía la suya; la fuerza de su rabia la había vuelto frágil. Apenas era consciente de que su enfado no iba dirigido a la señora Cavanaugh, sino a Jarret.

—Quizá lo haya hecho —dijo él sin darle importancia.

Sus ojos vagaron hasta el periódico doblado que tenía junto al plato, y empezó a leer el relato, bastante crudo, de un asesinato ocurrido en el barrio de Bowery. Rennie se acercó a la mesa.

—Deje eso. Está fingiendo leer para evitar mis preguntas.

Ensimismado, Jarret tardó un momento en levantar la vista.

—Perdone. Decía...

—Está haciéndolo adrede —dijo ella con ojos acusadores—. Nadie resulta tan irritante a menos que sea queriendo.

Jarret se quedó pensando.

—¿Ah, sí? Pues me parece que eso debe de pasarle a mucha gente.

Rennie le dio una patada a la butaca que estaba junto a él y se sentó dejándose caer. Luego sacó las manos de los bolsillos y se agarró a los reposabrazos, de elegantes curvas. Una pequeña parte de ella reconocía que, en realidad, no se enfrentaba tanto a él como al impulso de echarse a reír. Pero las emociones contradictorias no encajaban con ella. Le gustaban las cosas bien definidas, ordenadas y catalogadas... Y la diversión y el enfado no podían ir juntos.

—¿Qué le ha contado a la señora Cavanaugh? —volvió a preguntar.

—Pues la verdad. —Jarret le»ofreció una tira de tocino crujiente—. Coja un plato y sírvase.

Rennie tomó el tocino pero rechazó con la cabeza su sugerencia.

—¿Qué clase de verdad? —preguntó.

—¿Es que hay distintas clases? Ése es un asunto bastante complicado y filosófico, ¿no?

Alzó su tazón de café, lo sostuvo entre las manos y durante unos instantes adoptó la actitud de un hombre sumido en profundas meditaciones. Rennie contuvo el deseo de echarle el café caliente por la pechera.

—Estoy perdiendo la paciencia con usted, señor Sullivan.

Él asintió.

—Entonces estamos igual. —Dio un sorbo al café, dejó el tazón y pinchó en los huevos—. A la señora Cavanaugh le he contado exactamente lo que ocurrió aquí anoche, ni más ni menos. Y resulta bastante interesante que, poco después de las tres de la madrugada, a ella y a su marido los despertaran los perros, que ladraban por todo el vecindario, de modo que su experiencia no ha hecho más que corroborar lo que yo le contaba. Así que entiende muy bien por qué me vi obligado a..., a...

Hizo una pausa. Un asomo de sonrisa iba y venía por su cara.

—A embridarla como un ganso de Navidad, eso creo que ha dicho.

Rennie le dio un mordisco al trozo de tocino y le lanzó una mirada asesina.

—Debe de haber disfrutado usted escuchándolo.

—Era una frase interesante. Yo había comparado la experiencia con amarrar terneros, ¿sabe?, de modo que valoré la perspectiva de la señora Cavanaugh.

Ella dio gracias por haber tragado, porque, en caso contrario, se habría atragantado.

—Quiero ver a Hollis Banks hoy —dijo con rotundidad—. ¿Puede arreglarse?

—Dije que lo haría, ¿no?

—No lo conozco lo suficiente como para decir si es usted un hombre de palabra.

En ese instante, todo resto de humor lo abandonó. Sus intensos ojos color zafiro se ensombrecieron y se volvieron fríos, al tiempo que las arrugas se le marcaban más, con lo que sus facciones adoptaron un gesto de adusta seriedad. En su cara sólo se advertía un movimiento: un leve latido de la mandíbula.

—Me parece que miente, señorita Dennehy. Lo único que sabe de mí es que soy hombre de palabra. —La miró un instante más, atravesándola con la mirada; luego dijo en voz baja—: Ahora, si me disculpa...

En lugar de moverse, empezó a comer de nuevo. Entonces Rennie se dio cuenta de que la había despachado. Abrió la boca y luego la cerró, demasiado perpleja para replicar. Y a continuación se puso en pie con gesto brusco, apartó la butaca de la mesa y buscó el refugio de su cuarto.

Una vez allí, no pudo concentrarse en el libro que eligió para leer. Sus pensamientos volvían invariablemente al comentario que Jarret había hecho en el comedor. Había empleado un tono casi amenazador, como si la retara a ofenderse por lo que decía. Sola en su dormitorio, hecha un ovillo en el grande y cómodo sillón, Rennie se dio cuenta de que no había aceptado el desafío que había en la voz de Jarret, sino que había huido de él. ¿Cómo iba a saber que era un hombre que cumplía sus promesas? ¿En qué podía basarse? Con ella no tenía ningún compromiso y, además, era un cazador de recompensas. Si eso no era propio de alguien con mucho sentido de la independencia y muy poca conciencia... Con semejantes antecedentes, ¿qué más daba que, temporalmente, fuera un alguacil federal? Lo más probable era que ni siquiera hubiera prestado juramento. Según lo veía ella, no estaba atado por promesa ninguna. A quien debía su protección era a su hermana, no... Despacio, cerró el libro. No hacía ni veinticuatro horas que lo conocía y Jarret Sullivan había interrumpido su boda, había seguido sus pasos desde el juzgado hasta su casa, la había perseguido por tres manzanas de

Manhattan en plena madrugada y, para colmo, la había amarrado a la cama. Dejó el libro y se puso de pie. Se alisó los pliegues del vestido a la altura de las caderas, aseguró un rizo rebelde tras la oreja y regresó abajo para hacer las paces con Jarret.

Él estaba en el salón delantero, repantigado en una butaca, con una pierna descansando con descuido sobre un reposabrazos y la otra en un escabel. Al ver a Rennie se levantó. Con un gesto, ella le indicó que se sentara de nuevo.

—Parecía absorto en sus pensamientos —dijo—. No pretendía molestarlo.

Él había estado pensando en ella, y como el curso de sus pensamientos había sido perturbador, le pareció que daba igual qué intenciones trajera. Mientras se sentaba, se pasó los dedos por la coronilla de su pelo rubio oscuro.

—El señor Cavanaugh ya ha ido a traer a su prometido.

Rennie pasó su fina mano por detrás del curvo respaldo del sofá.

—No he venido por eso, pero gracias. Agradezco la oportunidad de hablar con Hollis.

Rodeó la esquina del sofá, dudó y luego se sentó. Entonces miró a Jarret y se dio cuenta de que él no la observaba con actitud expectante, como esperaba, sino con desconfianza. Sintió un destello de irritación.

—En realidad he venido para liberarlo de su promesa.

Él levantó una ceja.

—¿Ah, sí?

—Sí —continuó ella—. De su promesa de protegerme. Es eso, ¿no? Es decir, por eso tendría que saber que es usted un hombre de palabra, ¿verdad? Ha jurado protegerme, y lo ha hecho..., o sea, lo hace... —Hizo una pausa, creyendo que a lo mejor él quería decir algo, pero sus atractivas facciones permanecieron impasibles—. La verdad, es admirable. Debería haberlo entendido antes, pero en lugar de eso me he liado con todo este asunto. He estado pensando que deberíamos hablarlo

con tranquilidad y considerar la idea de un compromiso. Y para eso estoy dispuesta a liberarlo de su promesa.

—Ya entiendo.

Ella sonrió con confianza.

—¿Sí? Bueno, es un principio.

Él negó con la cabeza.

—No, es un final. No se trata de una promesa hecha a usted, señorita Dennehy, sino de una que le hice primero a Ethan, luego a su padre y después a su hermana. Es un juramento de responsabilidad que adquirí cuando me nombraron ayudante de Ethan, así que no voy a ir a ningún sitio.

—¡Pero yo no lo quiero a usted por aquí!

—Ya lo sé —dijo él en voz baja—. ¿Y se ha preguntado por qué?

Ella se puso rígida al oír de nuevo el desafío en su voz, esta vez con suavidad, como si la sondeara.

—Yo... Usted...

—¿Sí?

Nerviosa, se puso de pie. A primera vista, las palabras de él eran muy claras y fáciles de comprender, y sin embargo entre ellos había algo soterrado, la insinuación de algo no tan sencillo de definir... En ese instante abrió un poco más los ojos. Sin dejar de mirarla, él se había levantado de la butaca y se le acercaba. De repente le costó trabajo respirar. El corazón le latía demasiado fuerte, y sus dedos retorcían la tela de su vestido. Quiso dar un paso atrás pero se mantuvo firme. Cuando tuvo la cara de Jarret encima de ella, y su pecho sólo a un latido del suyo, él se detuvo.

—Yo le diría por qué no le gusta —le dijo—, pero no me creería. Se lo demostraría, pero la promesa que he hecho, la única que usted cree no comprender, no me permite hacerlo.

El gesto negativo de Rennie apenas se notó. Sus ojos no se apartaron de los de él, y su voz sonó en un susurro:

—Está diciendo cosas raras.

—No lo creo.

Su cabeza bajó un poco, lo bastante para sentir cómo Rennie contenía la respiración. Por un brevísimo momento sus ojos se fijaron en su boca. Entonces, bruscamente, se apartó.

—Tiene compañía, señorita Dennehy —dijo en tono alegre, como si la amenaza de su voz no hubiera existido nunca—. Su prometido ha venido a visitarla.

Rennie se sintió como si hubiera estado cayendo por un pozo profundo y oscuro, y como si, de pronto, la hubiera agarrado la misma persona que la había empujado por encima del brocal.

—Sí que es usted un hijo de..., señor Sullivan.

La leve sonrisa de Jarret pareció un asentimiento. Ella pasó por su lado, rozándolo. Recogió los añicos de su confianza en sí misma y fue a recibir a Hollis en el vestíbulo de entrada. ¿Cómo lo habría oído llegar? Ella no había oído nada, salvo el golpeteo de su propio corazón.

Hollis estaba dándole su gabán al señor Cavanaugh, que se escabulló cuando Rennie tendió los brazos a su prometido. Este la atrajo hacia sí y la abrazó.

—¡Rennie! ¡Dios, qué alegría saber de ti! He leído el periódico esta mañana... No sabía qué pensar. Estaba seguro de que diría algo de Nate Houston y de nuestra fallida boda.

Rennie se echó atrás. Sus finas cejas estaban muy juntas.

—¿Que has leído el periódico para ver si aparecía lo de nuestra boda? —preguntó, espantada—. ¡Son más de las diez! ¿No se te ocurrió venir por aquí a ver si todo iba bien, a averiguar en persona qué ocurría?

Hollis le puso las manos en los hombros. Deslizó las palmas por sus brazos hasta rodearle las muñecas y entonces le dio una suave y condescendiente sacudida.

—Rennie, Rennie. ¿Qué ha pasado? No pareces la misma.

Intentó conducirla hasta el salón, pero ella se zafó. Entonces la vio encogerse y mirarse las muñecas. Justo por debajo de los puños del vestido, unas magulladuras se apreciaban con claridad.

—¿Acabo de hacerte eso? —preguntó.

De repente, en los grandes ojos color esmeralda de Rennie brotaron las lágrimas, y la figura de Hollis pareció empezar a brillar. Que demostrara tanta preocupación y temor por su propia fuerza la conmovía mucho, y al cabo de un instante permitió que la abrazara contra su amplio pecho y sus poderosos hombros. Aquel hombre que parecía un oso, con su fornido cuerpo y su rostro ancho y atractivo, podía ser violento y amenazador cuando lo desafiaban, pero nunca le haría daño. Hollis le dio unas leves palmaditas en la cabeza, satisfecho de que su mundo se enderezase de nuevo. Con dulzura, la animó a entrar en el salón, la dejó en el sofá y le sirvió una copita de jerez.

—Es demasiado temprano —dijo ella cuando le tendió la copa.

—Tonterías. Te calmará. —Se sentó a su lado y al ver que sus ojos llorosos recorrían la habitación, le preguntó—: ¿Buscas algo?

Ella se rió débilmente, aliviada de que Jarret Sullivan no estuviera al acecho en el salón.

—No, no es nada. ¿Me prestas el pañuelo?

Rennie nunca parecía tener pañuelo, y a Hollis eso le molestaba un poco. Sin embargo, dadas las circunstancias, creyó mejor no mencionarlo. Se lo pasó diciendo:

—Claro. —Ella se enjugó los ojos y se lo metió bajo el puño de la manga; Hollis supo que no volvería a verlo más—. Dime qué ocurre. El señor Cavanaugh sólo ha dicho que querías verme. Ni siquiera conseguí que me dijera cómo estabas.

—Estoy bien, Hollis. —Dio un sorbo a su jerez—. Tal vez algo desconcertada, bastante, en realidad. No sé qué pasó ayer. ¿Por qué consentiste en suspender la boda?

Hollis se hizo el ofendido de modo muy convincente. Sus cejas, del mismo tono chocolate que sus ojos, se alzaron.

—¿Quién te dijo que consentí? Hizo falta el cañón de una pistola para hacerme entender que Houston pretendía detener la ceremonia. —Le tomó la mano y se la elevó hasta su nuca; aún se apreciaba el chichón—. Supongo que tuve suerte de que sólo me hiciera eso. Aquel hombre tenía toda la pinta de ser un asesino.

—¿Te golpeó con su revólver? —preguntó ella.

—No supondrás que se habría suspendido la boda por menos de eso, ¿no?

—No sabía qué pensar... Nadie me contó nada. Y me desmayé en la iglesia. Dos veces. Ya sé, casi ni yo misma me lo creo.

—No tendrías que haberte enfrentado a Nate Houston sin mí —dijo Hollis.

Rennie frunció el ceño.

—Es la tercera vez que mencionas a Houston, pero Houston no está aquí. Al menos, nadie lo sabe seguro. Quien te dejó inconsciente fue el señor Sullivan. Papá le pagó diez mil dólares para que detuviera nuestra boda.

—¡Diez mil! —La cara de Houston se puso colorada—. ¿Qué quieres decir con que aquel hombre no era Nate Houston? Eso fue lo que dijo.

Rennie suspiró. Ahora se aclaraban muchas cosas. Jarret había intimidado a Hollis, un hombre a quien no era fácil amenazar, no con un revólver, sino fingiendo ser otro... Terminó la bebida y puso la copa sobre un pañito de la mesita auxiliar.

—Es el señor Jarret Sullivan, y es ayudante de Ethan Stone. Ya sabes, el *marshal* que salvó la vida a Michael.

—El que le hizo el niño a Michael —dijo él.

Rennie prefirió ignorar su tono mojigato.

—El señor Sullivan ha venido al este con el *marshal* Stone para buscar a Houston y a Detra Kelly, pero sus planes se alteraron un poco cuando papá lo informó de que Michael tenía una gemela. Entonces, de carambola, le adjudicaron la tarea de protegerme.

—Ésa debería ser tarea mía.

—Es justo lo que yo opino. Y lo habría sido, a no ser por la intromisión de Jay Mac.

Hollis meneó la cabeza.

—No entiendo a tu padre. Valora mi trabajo y mis ideas, me trata como si fuera hijo suyo... ¿Por qué diablos no ha querido que me casara con su hija?

—Se le ha metido en la cabeza que no eres el hombre apropiado para mí —dijo Rennie; no iba a insultar a Hollis acusándolo de que iba tras su dinero—. Y ya conoces a Jay Mac. No es probable que vaya a cambiar de opinión de pronto. De modo que o seguimos esperando o nos lanzamos por nuestra cuenta.

Miró a Hollis con expectación.

—Nos lanzamos —repuso él sin dudar.

Su respuesta hizo brotar una de las inusuales y hermosas sonrisas de Rennie, que suavizó la tensión de sus preocupadas facciones... Pero la sonrisa desapareció cuando él añadió:

—En su debido momento.

—¿Qué quieres decir?

—Formalidad, Rennie. Por lo que sé, tu familia ni siquiera está aquí.

—Michael y Mary Francis siguen en la ciudad. Papá se ha llevado a las demás al campo.

—¿Y así es como quieres casarte? ¿A sus espaldas, como si estuviéramos cometiendo un delito?

—No, pero...

—Y después hay que pensar en mis padres. Sabes que habría venido antes si no fuera por ellos. Mamá ha tenido que meterse en cama con migraña, y a papá casi le da un ataque... El escándalo de ayer los avergonzó muchísimo, por no hablar del susto que se llevaron.

Humillada, Rennie bajó la cabeza, consciente de su egoísmo.

—Lo siento, Hollis, es sólo que...

—Ya lo sé —dijo él en tono serio—. Yo también quiero casarme. Mis sentimientos hacia ti no han cambiado. Me crees ¿verdad?

Rennie le examinó el rostro. No podía negarse que era atractivo, pero ella buscaba algo más que sus hermosos rasgos. Buscaba firmeza y poder confiar en un hombre. Le daba igual que él no le alterara el ritmo del corazón. No quería casarse con él por amor, y sospechaba que Hollis tampoco.

—Te creo —dijo en voz baja.

Él se inclinó hacia adelante y le besó la mejilla. Entonces Rennie se volvió, de forma que sus labios se rozaran. Cerró los ojos cuando Hollis aceptó su boca. Él aumentó la presión poco a poco, moviendo sus labios sobre los de ella, y deslizó una de sus manos hasta la base de su espalda para abrazarla cuando Rennie le rodeó el cuello con los brazos. La boca de ella se abrió bajo la suya, y sintió que su bigote y sus patillas le raspaban la piel. No resultaba desagradable.

—Perdón.

Al principio Rennie pensó que era Hollis quien se disculpaba, pero luego su mente reconoció el tono y los matices de aquella voz. Aunque Hollis se apartó al instante, ella dejó caer los brazos de su cuello con premeditada lentitud. Luego, volviendo la cabeza, echó un vistazo a la puerta abierta.

—Hollis, éste es el señor Sullivan. No te dejes confundir por su sonrisa. El hecho de que esté aquí en este preciso momento demuestra que es tan puntual como un reloj suizo.

Jarret entró sin prisas en la habitación y le tendió la mano a Hollis.

—Señor Banks, me alegro de volver a verlo. No parece que su encuentro con Nate Houston lo haya desmejorado.

Hollis no vio la gracia al comentario. Siguió sentado e hizo caso omiso de la mano de Jarret.

—Debió decirme quién era usted.

Las cejas de Jarret se alzaron levemente.

—Creo que lo hice. En realidad, me pareció...

Dejó la frase sin concluir al ver que la inquietud aparecía en los ojos de Rennie. Y en ese momento se planteó qué sería más justo: si darle a Rennie todos los detalles de su conversación con su prometido, o dejar que Hollis diera su versión. Lo cierto era que Hollis quiso creer que él era Nate Houston para que su rendición fuera menos repugnante a los ojos de Rennie.

—¿Sí? —preguntó ella, animándolo a seguir.

—Nada.

Rennie se relajó un poco.

—Ya le he contado a Hollis que Jay Mac le ofreció a usted una gran suma de dinero para que hiciera lo que hizo.

Hollis asintió. Después sacó del bolsillo de su chaleco un purito y se lo ofreció a Jarret, que no lo aceptó. Entonces lo cortó y lo encendió él mismo. Inhaló una profunda bocanada y soltó una lenta nube de humo por encima de su cabeza.

—Es comprensible que a un hombre como usted se lo convenza con dinero.

Jarret se limitó a mirarlo fijamente, con la boca reducida a una línea y ojos de complicidad. «¿Y qué me dice de usted?», quiso preguntarle. Para sobornar a Hollis sólo habían hecho falta mil doscientos dólares... Rennie buscó un cenicero y se lo llevó a Hollis. Después llamó a la señora Cavanaugh. Le pidió que trajese el té y le dijo que serían tres para almorzar. Mientras volvía al sofá, preguntó:

—¿De verdad fue necesario golpear a Hollis?

Sin rastro de culpabilidad, Jarret respondió:

—Sí, me pareció que sí. —Miró a Hollis—. Y la experiencia no le ha sentado mal, ¿no?

—Yo no diría eso, señor Sullivan. —Hollis puso una mano sobre la de Rennie y le dio una suave palmadita, con cierto aire de propietario—. Hoy Mary Rennie sería mi esposa.

«En lugar de eso —quiso decir Jarret—, durmió conjugo anoche...» Algo de ese pensamiento debió de llegarle a Rennie, porque la vio palidecer.

—Aunque, por lo visto, lo inevitable no ha hecho más que posponerse —dijo diplomáticamente.

—De modo que ha estado escuchando tras la puerta —dijo Rennie con voz acusadora.

—En absoluto —repuso él—. Cualquiera que los viera a ustedes dos sacaría esa conclusión. Una pareja tan enamorada no dejará que los reparos de papá supongan un obstáculo.

«Miente descaradamente. No creas ni una palabra», quiso decirle Rennie a Hollis... Pero no dijo nada y le dirigió a Jarret la menos sincera de sus sonrisas.

—Por lo que a mí respecta —prosiguió Jarret—, me han pagado para detener una boda, sólo una.

Hollis asintió con la cabeza.

—Entonces no tenemos motivo para esperar que vuelva a entrometerse.

—Delo por seguro —dijo él con regodeo.

En ese momento llegó la señora Cavanaugh con el té, y Jarret aprovechó la interrupción para lanzarle una traviesa sonrisa a Rennie. Ella dio la impresión de que le iba a derramar el té caliente por encima. Hollis apagó el cigarro.

—Dígame, señor Sullivan, ¿cuánto hemos de esperar que dure este asunto de Nathaniel Houston?

—No se sabe. Unos días, una semana, un mes...

—¡Un mes! —dijo Rennie.

Jarret se encogió de hombros.

—Es posible. A una sabandija no se la puede sacar de su guarida si no se sabe dónde está.

Hollis alzó la taza.

—¿Y de verdad hace falta que usted se quede mientras esperamos a esa..., hum, sabandija? —Dio un sorbo a su té—. Es decir, no resulta muy decente, ¿no?

—Nadie sabe que está aquí, Hollis... —dijo Rennie, y en seguida se mordió el labio; había dicho una mentira, pues recordaba el encuentro con Logan Marshall. Entonces, procurando no mirar a Jarret, añadió—: Salvo el señor y la señora Cavanaugh.

—Sí, pero ellos se alojan en la casa de la cochera.

—¿Qué pretendes decir? —preguntó ella, agitándose—. ¿Qué quizá ocurra alguna indecencia durante la estancia del señor Sullivan?

—No, claro que no —se apresuró a responder Hollis—. No, no lo creo. Jamás. —Volvió a darle unas palmaditas en la mano—. Pero debes ser consciente de que no todo el mundo comprenderá que esté aquí. Pienso en tu reputación.

«Y también en la tuya», pensó Jarret. Hollis no quería que por la buena sociedad corriera la noticia de que su prometida tenía amistad con otro hombre.

—Ya te lo he dicho, Hollis —insistió ella—, nadie sabe que está aquí.

—Rennie —dijo Hollis en tono paciente—, él interrumpió la ceremonia de nuestra boda; nuestros invitados lo vieron caminando por la iglesia, y luego me golpeó con su revólver y desapareció. Mientras me reanimaban, Mary Francis presentó disculpas, pero su explicación no fue muy elocuente. Con toda franqueza, somos la comidilla de la ciudad.

En ese momento intervino Jarret.

—Lo importante es que poca gente sabe que Rennie sigue aquí. Creo que su hermana dejó que pensaran que Rennie se iba de la ciudad, de modo que, mientras permanezca en la casa, no hay motivo para que nadie sospeche otra cosa. Cuando capturen a Nate Houston, ustedes dos pueden reconciliarse a lo grande, ante una multitud, si lo desean. Hasta entonces, la seguridad de ella depende de que no salga de aquí... —Hizo una pausa—. Y su reputación descansa en nuestra discreción.

Hollis se dirigió a Rennie.

—Entenderás que me sentiría mejor si estuvieses conmigo. Puedo protegerte de sobra.

—Ya lo sé —dijo ella.

—Entonces, ¿es que te satisface este arreglo? —preguntó.

—Qué va. Si no fuera porque Michael sigue en la ciudad, me reuniría con el resto de mi familia. Pero en realidad no tengo elección, Hollis. He de estar aquí. Aunque no haga nada por ella, al menos sé que no le doy la espalda. Ella haría lo mismo por mí.

Hollis se dio cuenta de que debía conformarse, pero no lo encajó bien.

—¿Así que sigo yendo al despacho como si todo estuviese en orden?

—Todo está en orden. Yo no te dejé plantado. —Rennie se acabó su té —. Pero no me apetece hablar más del asunto delante del señor Sullivan.

Le dirigió una mirada intencionada a Jarret, pero éste se limitó a dar un sorbo a su té y a sonreír, cortés.

—Volveremos a hablar de ello en privado.

Minutos después los interrumpió la señora Cavanaugh. Rennie, que llevaba un rato buscando temas de conversación que no fueran conflictivos, agradeció la interrupción. Y el almuerzo transcurrió sin problemas. Entre la sopa, la ensalada y el pastel de carne con puré de patatas, Rennie trabó una charla de negocios con Hollis, excluyendo casi a Jarret. Por el rabillo del ojo se dio cuenta de que a éste sus ardides parecían más bien divertirle.

—Podría haberme dejado que hablase otra vez con él a solas —dijo cuando Hollis se marchó—. Sabía que quería hacerlo.

—Ah, ¿entonces era consciente de que yo almorzaba con ustedes?

Rennie alzó una comisura de la boca para indicar asco.

—¿Cómo no ser consciente? Sorbía usted la sopa con tanto ruido que me sorprende que los vecinos no se hayan quejado.

Él le dedicó una amplia sonrisa.

—Lo advirtió, ¿verdad?

Rennie le lanzó una mirada asesina. Por lo que a ella concernía, Jarret Sullivan carecía de conciencia. Sin hacerle caso, la acompañó desde el vestíbulo de entrada hasta el salón.

—En realidad, Rennie, sabía que no saldría nada bueno de una conversación privada con Hollis.

No se molestó en regañarlo otra vez por tomarse aquellas confianzas.

—¿A qué se refiere?

—Iba a intentar convencerlo de que se fugaran, ¿no?

Ella pasó a la ofensiva.

—¿De dónde saca esas ideas?

A él le daba igual que lo reconociera o no. Le bastaba con haber llegado a la conclusión adecuada.

—No creo que Hollis hubiera accedido. Parece desear la autorización de toda su familia. Y es que, al fin y al cabo, ¿dónde está la ventaja, si gana a la hija de Jay Mac pero pierde Northeast Rail? Y además, usted lo necesita en el cargo que tiene, ¿no?

—¿Y eso qué quiere decir?

—Yo creo que he entendido lo esencial. —Jarret se pasó los dedos por el cabello mientras reflexionaba—. Según la conversación que mantuvieron ustedes en el almuerzo, parece que casi todo lo que a usted le gusta de Hollis tiene que ver con su influencia en la empresa de su padre.

—Como de costumbre, no tiene ni idea de lo que habla.

—¿Ah, no?

Se acercó a la ventana y descorrió las cortinas. Examino la calle en busca de algo raro, un carro o un peatón que no se ajustaran al patrón del vecindario. Todo parecía estar como debía. Luego se volvió hacia Rennie.

—En cierto modo, es un alivio que esté equivocado. Si se hubiera fugado habría significado que volvía a estar en guardia, no ya por Nate Houston, sino también por usted. —Le dedicó una pequeña inclinación

de cabeza y una alegre sonrisa—. Y ahora, si me perdona, tengo unas cuantas puertas y ventanas que asegurar. El señor Cavanaugh va a ayudarme.

Inquieta, Rennie se sentó despacio. Aquel hombre casi le leía el pensamiento..., aunque no acababa de comprenderlo todo. Creía que se casaba con Hollis Banks porque era ambiciosa. No imaginaba qué haría si sospechara sus verdaderos motivos. En ese instante su mirada se detuvo en el cenicero de cristal donde Hollis había dejado su purito a medio fumar. Antes, Michael tenía la costumbre de fumar bastantes cigarrillos, pero a Rennie le desagradaba. Cogió el purito y le dio vueltas entre el pulgar y el índice. Michael fumaba para burlarse de las convenciones de la buena sociedad; eso y aceptar un trabajo en el *Chronicle*. Rennie nunca había deseado escribir. Quería dirigir un ferrocarril.

Mientras se llevaba el purito a los labios, con la otra mano rascó una cerilla. Dio una calada con suavidad, se pasó el humo por la boca y luego lo soltó. No estaba tan mal. Se arrellanó en el sofá y apoyó las piernas en la mesita de café, con los tobillos cruzados. Esta vez, al inhalar el humo, éste le llegó hasta los pulmones, y el consiguiente ataque de tos hizo añicos su buen humor. Jarret, que pasaba por el vestíbulo, se detuvo ante el salón y meneó la cabeza, sin acabar de creer lo que veía, aunque no demasiado escandalizado. Con una amplia sonrisa, sopesó el martillo que llevaba en la mano derecha y prosiguió su camino hacia el piso de arriba.

Cenaron en la cocina. Rennie insistió en ello, porque no quería que la señora Cavanaugh tuviera que servirlos.

También prometió que ella y Jarret se encargarían de fregar, y así la cocinera y su marido podrían retirarse pronto.

—¿Más pan? —preguntó, pasándole a Jarret el cestillo—. La señora Cavanaugh prepara la mermelada ella misma, nunca la compra. Puedo traerle, si quiere.

Jarret negó con la cabeza.

—No, está bien con la mantequilla.

Intentó imaginarse qué estaba buscando Rennie.

—¿Ha hecho todo lo que pretendía hacer hoy?

—La casa es más segura, si es a eso a lo que se refiere. Había un canalón doblado y unas cuantas tejas sueltas en el tejado, las he fijado. —Era lo menos que podía hacer, puesto que los desperfectos se debían a su excursión por el tejado—. Y también he ayudado al señor Cavanaugh con algunas reparaciones.

—Qué amable.

—No tanto. Estaba aburrido.

Ella asintió.

—Entiendo qué quiere decir. Yo estoy deseando regresar a mi trabajo... Y probablemente Michael siente lo mismo.

—Lo dudo. Está en su luna de miel, ¿no lo recuerda?

Los ojos de Rennie se centraron en el plato. Dio unas vueltas a los guisantes con el tenedor hasta que sintió que el rubor se le iba de la cara.

—Quisiera recoger unos papeles del despacho.

Pero Jarret no se dejó engañar.

—Exactamente, ¿qué hace usted en Northeast Rail?

—Trabajo para el director de nuevos proyectos.

Jarret hizo su interpretación.

—Es usted su secretaria.

Ella notó el menosprecio en su voz y, entre orgullosa y a la defensiva, dijo:

—Tengo mucha más responsabilidad. Llevo trabajando en Northeast, en un puesto o en otro, desde que tenía catorce años.

—Eso es encomiable.

—¿Qué hacía usted a los catorce?

Jarret terminó de untar mantequilla en el pan. Tuvo cuidado de no responder al desafío que encerraba su pregunta, y contestó con un tono natural:

—Estaba en el Express.

—¿En el Pony Express? —A pesar de querer evitarlo, se había quedado impresionada.

—Sí. Allí conocí a Ethan. Mis padres tenían una de las casas de posta de la ruta a las afueras de Salina, en Kansas. Durante el poco tiempo que funcionó el Express, proporcionaron víveres frescos a los jinetes. Yo me uní al equipo unos meses antes de que aquello se acabara.

—Debe de odiar los ferrocarriles.

—¿Odiarlos? No.

—Pero las vías del tren acabaron con el Express.

—Aquello era un negocio. Ah, ya sé lo que la gente del Este pensaba de él. Yo mismo compartí esas ideas durante un tiempo. Pero eran tonterías románticas, mantenidas por periodistas que lo más lejos que habían ido del Oeste era a Pittsburgh. Aquél era un trabajo peligroso y sucio, más agotador que emocionante. Mis padres lo sabían, y por eso me dejaron probarlo; casi no se sorprendieron cuando resulté elegido.

—Da la impresión de que fueron muy sabios al dejarlo descubrir ciertas cosas por sí mismo.

—Creo que optaron por el mal menor: o me dejaban ir, o yo me escapaba. —Su amplia sonrisa estaba llena de burla hacia sí mismo; de pronto adoptó un tono confidencial—. Todavía no había sentado la cabeza.

Rennie soltó una ligera risa.

—¿Ah, no? ¿Y sabe cuándo ocurrió ese acontecimiento?

Una sombra cruzó la cara de él.

—Sí.

Rennie se dio cuenta de que, en ese momento, él no la miraba, sino que estaba mirando a través de ella. Lo que pretendía que fuera una

pregunta burlona había tomado otro sentido para él al hacerle recordar el pasado.

—No tiene que contármelo —dijo.

Jarret sacudió la cabeza para salir de su ensueño.

—¿Cómo? No, no pasa nada. Enterré a mis padres en el año sesenta y siete.

—Lo siento.

A él le pareció que no lo había dicho como una cortesía rutinaria. Lo había dicho como si hablase en serio. Sus grandes ojos expresaban pesar, y sus finas cejas se fruncían con delicadeza. Tenía la boca reducida a una línea, con los labios apretados de una forma que pretendía expresar algo... Y Jarret tuvo la extrañísima sensación de que sentía el dolor de él.

—Ocurrió hace mucho tiempo.

En cierto sentido, nueve años no parecían tanto. Sin embargo, al ver cómo seguía doliéndole a Jarret, a Rennie se le antojaron una eternidad. Sus sonrisas, su naturaleza tan imperturbable, sus burlas y sus tomaduras de pelo, todo aquello, en fin, sólo pretendía mantener la distancia... Ella lo examinó con nuevo interés.

—¿Fue una enfermedad? —preguntó.

Jarret negó con la cabeza.

—Estaban en Hays por un asunto de ganado. En aquellos tiempos apenas era una ciudad, sino más bien un lugar de encuentro de comerciantes y gente así. Había muchos soldados, por lo del fuerte, y los ganaderos la atravesaban con sus rebaños. El dinero corría en abundancia, y atraía a gente que no necesariamente estaba dispuesta a ganárselo honradamente. A mis padres los mataron cuando ingresaban dinero en el banco.

Era tan horrible como Rennie se había temido, pero estaba segura de que la muerte de los señores Sullivan no eran el final de la historia, y también de que, a lo mejor, la historia ni siquiera tenía un final. Quería saber, pero no era capaz de dar con las preguntas adecuadas.

—Hábleme de sus padres. ¿Qué clase de personas eran? —dijo.

Jarret se sirvió otra ración de pollo y ensalada de col con zanahoria. Agradecía la oportunidad de hablar de la vida de sus padres, no de sus muertes.

—Mi padre era inmigrante. Llegó a Boston en el año cuarenta y pretendía viajar a California. Tenía la costumbre de comentar que si no hubiera sido porque se lió con mi madre en Kansas City, habría estado en Sutter's Fort cuando se encontró el oro.

Rennie soltó una risilla.

—No parece que lo sintiera mucho.

—Y no lo sentía.

—Ha hablado de ganado. ¿A eso se dedicaba la familia de su madre?

Él negó mientras tragaba.

—No. Por decirlo así, ella no tenía familia. Creció en un orfanato aquí, en Nueva York, y se educó en un colegio para ser maestra y corresponder en algo a la institución, pero en lugar de eso se marchó al Oeste y aceptó un trabajo en San Luis y luego otro en Kansas City. Mi padre la conoció cuando perseguía por la calle a un alumno que hacía novillos. Agarró al chico por el cogote y lo sujetó hasta que llegó mi madre. No estoy muy seguro de lo que ocurrió después, parece que al chico lo soltó, pero a mi madre no.

—Fue amor a primera vista.

—Eso parece.

—¿Cree usted en el amor? —dijo ella, intrigada.

—Sospecho que a lo mejor... —respondió él con regodeo—, cuando me ocurra.

Rennie se fijó en que había dicho «cuando» ocurriera; ella habría dicho «si» ocurría.

—¿Y se establecieron en Salina? —prosiguió.

—Con el tiempo. Mi madre dejó de dar clases. Tuvo que hacerlo. La junta educativa dijo que no era profesión para una mujer casada.

Rennie hizo una mueca. Era una actitud tan típica que no merecía respuesta.

—Aunque le dio clases a usted.

Él asintió con la cabeza.

—No he ido a la escuela ni un solo día de mi vida. Pero hasta que fui a trabajar para el Express, nunca lo eché en falta.

A Rennie no le sorprendía que lo hubiera educado su madre, pero sí que le hubiera proporcionado toda su educación. Cuando le convenía, Jarret fingía que no tenía educación ninguna, pero no le habría sorprendido que citara a Shakespeare.

—Mis padres eran socios —dijo él—. Trabajaban juntos en todo. Primero fue un pequeño comercio que se fue al garete al cabo de unos meses. Luego probaron con una granja, y a mi padre no le gustó. Mi madre tenía algunos ahorros de cuando era maestra, que mi padre no había dejado que gastase. Al final lo convenció para que intentaran llevar una hacienda. Aquello sí que era lo que les gustaba, y también les fue bastante bien.

Estaba orgulloso de su herencia, pensó Rennie. Orgulloso de los valores que le habían inculcado, de esa ética del trabajo, de ese amor del que nunca se duda.

—¿Cree que algún día usted tendrá una hacienda? —preguntó.

—Lo pienso de vez en cuando.

El modo en que lo dijo le hizo darse cuenta de que el tema quedaba zanjado, como si, sencillamente, Jarret no quisiera hablar del futuro. Pero ¿qué hombre no alberga Un sueño...? se preguntó. Jarret terminó su comida cuando Rennie empezaba a despejar la mesa.

—He puesto una cerradura nueva en su puerta —dijo.

Ella se detuvo y ladeó la cabeza. No estaba segura de haber oído bien.

—¿Quiere repetir lo que ha dicho?

—Hay una cerradura nueva en su puerta.

Rennie se dio cuenta de que llevaba casi treinta minutos intentando creer que Jarret Sullivan no era su guardián. Habían compartido una cena, una conversación, risas... La tensión se había disipado; los silencios resultaban gratos, la compañía, agradable. Podrían haber sido dos personas que reanudaban una antigua amistad, o conocidos que buscaban un territorio común... Y todo había sido un fraude. Ahora lo sabía... Y no culpaba a nadie salvo a sí misma.

—¿Con qué finalidad? —preguntó.

Jarret se puso de pie, le quitó los platos de las temblorosas manos y los llevó a la pila. Empezó a fregar.

—No creo que desee dormir en el suelo esta noche.

—Claro que no quiero. —Lo siguió hasta el fregadero—. ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Sin esa cerradura, me temo que tiene pocas posibilidades de hacerlo. —Empezó a bombear agua en la pila—. Después de la escapada de anoche, no creerá que voy a confiar más en usted.

Rennie vertió escamas de jabón en el agua y la agitó con la mano para que se formara espuma; a continuación empezó a echar dentro la vajilla, y estuvo a punto de darle a Jarret en las manos. Cuando él se apresuró a quitarse de en medio, le sonrió con dulzura y muy poca sinceridad.

—Supongo que visitar a mi hermana esta noche será imposible.

—Suposición correcta.

—¿E ir a recoger papeles al despacho?

—Imposible también.

—¿Leer en mi cuarto?

—Desde luego que sí.

—¿Y qué me dice de emborracharme como una cuba?

Él soltó una risa breve.

—Eso me gustaría verlo.

—Créame, señor Sullivan, no lo haría para divertirlo.

Jarret cogió un paño y empezó a secar los platos. Rennie jamás había visto a un hombre ayudar con la loza. El señor Cavanaugh nunca ayudaba a su esposa, y Jay Mac ni se lo habría planteado. Dudaba de que Hollis supiera qué hacer con un paño de cocina si se lo diera... La ayuda de Jarret la desconcertó tanto que, al verlo, casi olvidó lo irritada que estaba.

—¿Va a encerrarme? —preguntó.

—Sí.

—¿Y si hay un incendio?

Rennie no iba a cejar así como así.

—No lo habrá. —Metió un plato en el mueble de la cocina—. Escuche: si eso le preocupa tanto, puede quedarse con la cama y yo me las arreglaré con el suelo.

—¿Molestar de ese modo a un huésped? —preguntó ella—. No se me ocurriría.

Acabaron el resto de la tarea en silencio. Cuando terminaron, Jarret pidió permiso y se retiró a la biblioteca, aunque de vez en cuando comprobaba el paradero de Rennie. Por su parte, ella se quedó en la cocina, trabajando en aquella mesa llena de marcas: el lugar que había conocido los amorosos y bulliciosos días de la infancia de ella y sus hermanas. Tenía delante un mapa de Colorado y los planos para una línea troncal mejorada desde Denver hasta Queen's Point. Y es que, poco a poco, el nombre de Northeast Rail iba quedándose pequeño a medida que crecía el país. Era agradable ser parte de él, y resultaba frustrante no poder hacer más... A las diez en punto cerró sus libros, dobló los mapas y se sacó del cabello todos los lápices que, sin darse cuenta, había ido insertando en él.

Luego se estiró y giró el cuello para aliviar la tensión. Tras hacer varias inspiraciones hondas para calmar los nervios, Rennie se levantó de la mesa y preparó una cafetera. A las diez y veinte estaba sirviendo café a Jarret.

—¿Usted no va a tomar? —preguntó él cogiendo la taza que ella le ofrecía.

—Claro.

Alzó su taza en un saludo burlón, tomó un sorbo y luego volvió a dejarla en la bandeja.

—¿Está leyendo? —preguntó, mientras observaba cómo Jarret tomaba su café; luego se inclinó y tomó el libro que había junto a su butaca—John Stuart Mili, *La esclavitud de la mujer.*

Le echó una mirada de extrañeza.

—¿Es uno de sus favoritos?

Él negó con la cabeza.

—Pensé que tal vez fuera uno de los suyos. Está muy manoseado.

—Sí que me gusta Mili, y también lo que dice sobre las mujeres, pero si está manoseado es porque Mary Francis o Michael se lo han aprendido de memoria. —Llevó el libro a la estantería y lo colocó en su sitio—. Aquí está su *Ensayo sobre la libertad*. ¿Lo ha leído?

—Varias veces.

Rennie regresó de donde los libros.

—Perdone, había acabado con el libro, ¿no? Parecía que había acabado cuando entré.

—Sí que había acabado. —Señaló la taza de ella, que seguía en la bandeja—. Se le enfría el café. Yo ya he terminado el mío.

—¿Quiere más? A lo mejor debería haber traído la cafetera.

—Da lo mismo. Termínese el suyo primero.

Rennie se sentó en la silla que había frente a él. Tenía gratos recuerdos de sentarse justo así con Jay Mac, él bebiendo café irlandés, y ella dando sorbos a su taza de chocolate, los dos con bigotes de nata montada. Jay Mac hablaba del ferrocarril mientras ella absorbía todas sus palabras; a veces, sin querer, se quedaba dormida, hecha un ovillo en la silla, y él la llevaba a la cama...

Jarret cogió la taza vacía de Rennie justo cuando iba a estrellarse contra el suelo. Tomó el platillo que sostenía en la otra mano y, con cuidado, puso encima la taza y dejó ambos en la bandeja. Las pestañas

de ella se curvaban en un oscuro abanico sobre su pálida piel, y los bruñidos colores de su cabello parecían apagados a la media luz de la biblioteca. Entonces, sin saber que iba a hacerlo, Jarret deslizó los dedos sobre su sien y los metió entre su pelo. Ella no se movió.

—La próxima vez que me ponga algo en la bebida, Mary Renee, debería asegurarse de que no cambio las tazas.

Se agachó, pasó los brazos por debajo del cuerpo inmóvil de Rennie y la levantó. Con el mayor cuidado posible, la llevó a su habitación y la acostó.



Capítulo Cuatro

Rennie bostezó. Se estiró perezosamente y, aunque intentó sacudirse el sueño, volvió a acurrucarse en el grueso edredón. Era tarde. Lo sabía por la inclinación de la luz del sol, pero no quería levantarse. Encogió los dedos de los pies, se volvió de lado... Y entonces vio a Jarret Sullivan. Él dormía aún, plegado de forma incómoda en el sillón, con la cabeza inclinada en un incómodo ángulo sobre el respaldo y sentado encima de una pierna. La colcha de ganchillo que, en teoría, debía taparlo estaba en el suelo, inútil, mientras él tenía cruzados los brazos sobre el pecho en un gesto de protección y abrigo. Se le advertía una sombra de barba en la mandíbula, y un gran cansancio en el rostro y el resto del cuerpo. Pero a Rennie no le dio lástima. Se levantó en silencio de la cama y, con la almohada, le zurró en la cara y en el pecho. Los reflejos de Jarret fueron sorprendentemente rápidos para un hombre al que habían despertado. Antes de que ella pudiera alejarse de un brinco, ya la había cogido por la muñeca, y de un tirón, la había levantado del suelo y se la había puesto en el regazo. Después tiró la almohada al suelo y gruñó:

—Pero ¿qué pincho se le ha metido bajo la silla de montar esta mañana?

Rennie se limitó a dirigirle una mirada mordaz. Él tuvo que sonreír. Estaba tumbada en una incómoda postura sobre su regazo, con el vestido arremolinado sobre las rodillas y torcido en la cintura. El corpiño se tensaba sobre sus pechos, de forma que no podía inspirar de manera satisfactoria. A su tupida y rizada melena castaña le había sentado fatal el sueño: se curvaba en una extraña onda cerca de la sien, y luego se le derramaba sobre una mejilla en una maraña estropajosa.

—Dios mío, por la mañana está usted como para pararle el corazón a un hombre nada más verla —le dijo.

Rennie empezó a ruborizarse antes de que se diera cuenta de que no lo decía como cumplido. Entonces lo golpeó en el pecho, y él la soltó. Se deslizó hasta el suelo torpemente ayudándose de las manos y las piernas, y, levantando la barbilla, dijo:

—Les prestaría un servicio a las mujeres de todo el mundo si se le parase el corazón a usted.

Jarret se frotó la áspera barba y fingió pensarlo.

—Tal vez tenga razón. Así yo no tendría que romperles el corazón a ellas.

Le dieron ganas de golpearlo con la almohada otra vez, pero la mirada que él le lanzó, como si supiera sus intenciones, la detuvo. Recogió la colcha y se la puso alrededor de los hombros.

—¿Cómo supo lo del café anoche? —le preguntó.

—¿De modo que lo reconoce?

Ella se encogió de hombros.

—Es una idiotez no hacerlo. ¿Lo sospechó en seguida?

—Que trajese las dos tazas pero no la cafetera me dio que pensar. Luego, al probarlo, me hice una idea bastante clara de lo que había hecho. Estaba un poco demasiado amargo, incluso comparado con el que hace normalmente.

—Al café que yo hago no le pasa nada —dijo ofendida.

Jarret esbozó una mínima sonrisa de desconcierto. Acto seguido, meneó la cabeza despacio.

—En la vida acabaría de comprenderla a usted. No siente remordimientos por intentar envenenarme y, sin embargo, se enfada muchísimo porque le digo que su café es demasiado fuerte...

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra. De haber sabido que pensaba eso de mi café, le habría puesto los polvos en otra cosa. No pretendía que supiera mal. Y no era más que una droga para dormir que mamá toma a veces, no veneno, como sabe usted muy bien. Además, de todas formas, no tuvo escrúpulos en devolverme la jugada.

¡Pero si estaba reprendiéndolo!

—Señora, en testarudez podría usted darle clases a un bu... —se contuvo—, a una mula.

Ella sonrió con una expresión inocente que también dejaba traslucir algo de suficiencia.

—Así que, decía usted... —lo animó.

«¿Y qué era lo que estaba diciendo?», se preguntó él. Esa mujer siempre conseguía romper el hilo de su pensamiento.

—Cambié las tazas mientras guardaba el libro y dejé que bebiese lo que me había preparado. Ya está. Se quedó dormida casi al instante.

—No creí que el café estuviera demasiado fuerte —dijo Rennie, fingiendo pesar.

Jarret se inclinó sobre el lateral de la butaca, recogió la almohada y se la tiró a la cabeza. Riendo, Rennie esquivó el proyectil. Tenía una risa ronca y cordial, pensó él, contagiosa, no esa risa cantarina, musical y a veces forzada que a menudo relacionaba con las mujeres que conocía. La observó enderezarse, abrazando la almohada contra el diafragma, y en ese momento el favorecedor toque de color que mostraba su rostro y el enérgico reto de sus ojos lo sorprendieron. Luego las comisuras de su boca se elevaron en una amplia y hermosa sonrisa... Y entonces se le paró el corazón. Jarret sacó la entumecida pierna de debajo y se inclinó hacia adelante. Con el ceño fruncido y una voz timbrada de amenaza, dijo:

—No coquetee conmigo. No le gustarán las consecuencias.

Rennie abrió más los ojos, pero la luz que había en ellos quedó refrenada. Su cara perdió el color, y sus facciones se helaron.

—Váyase al diablo, señor Sullivan —dijo en voz baja, con dignidad.

Jarret se puso de pie. Estuvo a punto de soltar un quejido cuando la sangre volvió a recorrerle a pierna, barriéndole la piel con una oleada de pinchazos, pero logró salir de la habitación, aunque cojeando. Una vez que hubo cerrado, se apoyó en la puerta. Lo que sentía en la pierna no era nada comparado con lo que sentía en la ingle. Pensó en la sonrisa de Rennie... Había escapado por los pelos.

Rennie y Jarret se evitaron durante tres días más. Ella no olvidó ni un instante su presencia en la casa, aunque no pasaba más de unos minutos con él. Se llevaba las comidas a su habitación y comía sola, mientras que él compartía sus comidas con los Cavanaugh. Él leía en la biblioteca, ayudaba al señor Cavanaugh en el jardín o limpiaba su Remington en la cocina, bajo la atenta mirada de la cocinera. Rennie se esforzaba por trabajar en la solitaria reclusión del salón, y descubrió que evitarlo a él le resultaba casi tan difícil y perturbador como estar en su compañía.

Cuando Jarret apareció en la puerta del salón, estaba tan segura de que su presencia era producto de su imaginación que no reaccionó en seguida. Fue el detalle incongruente de que llevara un gran montón de papeles y expedientes en los brazos lo que le hizo darse cuenta de que su figura no era una aparición. Al fin entró y dejó el montón junto a ella, en el sofá. Los papeles resbalaron y se desplegaron como una baraja de cartas que se viene abajo, y Rennie reconoció los expedientes al instante.

—Espere —lo llamó cuando él daba media vuelta para marcharse—. ¿Cómo ha...?

—Le he pedido al señor Cavanaugh que se acercara al Edificio Worth y trajera lo que usted pudiera necesitar.

De nuevo se dispuso a marcharse, y entonces Rennie se puso de pie. Hizo ademán de ir a cogerlo, pero se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer y dejó caer la mano rápidamente. Jarret vio el gesto abortado por el rabillo del ojo. Se detuvo y se volvió a mirarla. Mostraba una expresión de preocupación en los ojos, y sus dedos se curvaban en los pliegues de su vestido liso, color verde.

—Yo..., bueno... —dijo—. Gracias.

—De nada.

Se miraron durante largos segundos, en un incómodo silencio. Los montones de expedientes resbalaron otra vez, y en esta ocasión se cayeron del sofá. En un gesto simultáneo, ambos hicieron amago de

cogerlos y estuvieron a punto de darse un testarazo. Rennie se rió, nerviosa, mientras enderezaba la pila.

—Parece que ha limpiado unas cuantas mesas, además de la mía.

—Le dije que lo trajera todo. Por lo visto, sólo estaba el guarda de noche para ayudarlo a dar con su despacho, espero que haya traído lo que sea importante.

—Estoy segura de que todo está aquí. Sam Whitney habrá guiado bien al señor Cavanaugh. Me ha visto trabajando hasta tarde en más de una ocasión —vaciló—. Supongo que no se sabe nada de Houston ni de Kelly.

—Nada. Pero no me pareció arriesgado enviar al señor Cavanaugh anoche. No lo siguieron.

—No pretendía decir nada —dijo ella, casi disculpándose—. No estaba cuestionando su decisión.

É1 se encogió de hombros, como si le diera igual.

—Pues debería hacerlo. Es su vida la que está en peligro.

Rennie se sentó al tiempo que negaba con un gesto.

—No. Es la de Mary Michael... Dios, ojalá fuera yo. Esta espera se hace interminable. No me imagino cómo lo soporta ella.

Jarret apoyó la cadera en el brazo del sofá, a medias sentado y a medias de pie, en una postura un tanto indecisa e incómoda.

—Su hermana aún no ha vuelto al *Chronicle*. Eso sí lo sé.

—¿La ha visto?

Él negó con la cabeza.

—No.

—Pero entonces, ¿cómo...?

—He reanudado brevemente mi relación con Logan Marshall, y él me lo ha contado. Le envían trabajo al hotel. Entonces pensé que si Ethan ha cedido tanto, a mí no me haría daño hacer lo mismo.

—Gracias a Dios por Ethan —dijo ella.

—No muchos maridos dejarían que sus mujeres trabajasen. Su hermana tiene mucha suerte por haber encontrado a alguien como él.

Rennie prefirió reservarse la opinión.

—Entenderá que piense que es al revés.

La breve sonrisa de Jarret traslucía indiferencia.

—Como guste. —Echó una ojeada a los papeles esparcidos por la mesita de café y a los mapas que cubrían el suelo—. ¿Qué está haciendo?

Rennie no sabía si aquello le interesaba de verdad o si, Sencillamente, era que se aburría. Los Cavanaugh estaban acostumbrados a no decir nada, de modo que no debían de ser una compañía demasiado amena; lo más probable era que Jarret hubiese buscado a Logan sólo para oír el sonido de otra voz humana... Se preguntó si habría conocido a Katy, la mujer de Logan, una antigua actriz que, sin duda, era una de las mujeres más hermosas y célebres de Nueva York. Tal vez habría lamentado que su tarea no fuese protegerla a ella.

—¿Adónde ha volado su pensamiento? —preguntó Jarret, viéndola alejarse ante sus ojos. Su ceño fruncido y su boca, reducida a una seria línea, merecían ser vistos.

Rennie oyó su voz y lo observó con la mirada vacía durante un segundo. Luego salió de su ensueño.

—Estoy trabajando en algunas posibles rutas para una línea troncal —dijo, respondiendo a la única pregunta que en realidad recordaba haber oído. Empezó a dar palmaditas en los papeles y mapas que había sobre la mesita de café hasta que, bajo un montón, encontró sus lentes y luego se los puso—. Mire, se lo enseñaré.

Jarret se quedó fascinado. Primero por los lentes, que fueron resbalándole despacio por el caballete de la nariz hasta quedar en la punta; luego por la intensidad de sus expresivos ojos al explicarle sus planes. Le indicó en el mapa la configuración del terreno, mientras le hablaba de curvas en pendiente, puentes de arquería fija, junturas de raíles, juntas de resorte, agujas y empalmes. Después se puso a revolver papeles en busca de un lápiz hasta que encontró uno debajo de un mapa, y entonces esbozó un puente de caballetes que cruzaría un estrecho

afluente del río South Platte. Le mostró el lugar donde las brigadas tendrían que trabajar día y noche durante semanas para abrir un túnel a través de la roca. Le explicó la forma de ir recogiendo el balasto necesario para aguantar los empalmes y las escarpias en los sinuosos senderos de montaña; las agujas y los mecanismos de corredera que harían falta para desviar los trenes de carga mientras los vagones de pasajeros, más ligeros, ascendieran por los empinados puertos de las Rocosas. Cuando la línea estuviera acabada, Northeast Rail tendría una lucrativa ruta que iría desde una zona de minas de plata, en gran parte sin explotar, hasta el corazón de Denver.

Con gesto distraído, Rennie se deslizó el lápiz en el moño y miró a Jarret con expectación por encima de la montura de sus lentes. Era consciente de que hacía mucho que él había abandonado su postura, entre sentada y de pie, y estaba agachado junto a la mesita de café, dando la impresión de estar absorto en todo aquello. También la miraba de un modo extraño, como si no supiera qué hacer con lo que había oído. Con timidez, se quitó los lentes y plegó con cuidado las patillas. Entonces recordó la costumbre que tenía con los lápices y los sacó también.

—¿Y bien? ¿Qué le parece?

Salvo por el leve ceño de las oscuras cejas de Jarret, su rostro estaba desprovisto de expresión.

—Usted es ingeniero —dijo.

Su voz sonó tan rotunda, tan neutra, que ella no supo si estaba atónito o si lo decía en tono acusador.

—Bueno, sí —dijo, desconcertada—. Creí que ya lo sabía.

—¿Saberlo? —Se puso de pie—. ¿Cómo iba a saberlo? Hace días le pregunté a qué se dedicaba, y me dijo no sé qué sobre que trabajaba para el director de nuevos proyectos. Entonces le dije que era secretaria, y usted no lo negó.

—Le dije que tenía más responsabilidades que organizar citas. —Empezó a ordenar los papeles dispersos—. Lo cierto es que no consigo

dedicarme demasiado a la ingeniería. El señor Tompkins (él es el director) no me lo permite.

—Entonces es que es idiota.

Los dedos de Rennie se detuvieron sobre los mapas. Alzó la vista hasta Jarret, y en ese instante algunas de sus dudas afloraron a sus ojos.

—¿De verdad lo cree así?

—De verdad lo creo.

Ella no se preguntó por qué sentía aquella ligereza en el pecho, ni por qué se liberaba de una presión que la oprimía desde hacía tanto que había llegado a acostumbrarse. Parecía corresponderse perfectamente con el orden natural de las cosas el aceptar la opinión de Jarret como un hecho.

—A Jay Mac no le gustaría oír eso. Tiene una confianza tremenda en el señor Tompkins.

—¿Y no tiene tanta en usted? —preguntó él mientras desplazaba los expedientes que había en el sofá, de modo que quedara sitio para sentarse.

—Tal vez no sea tanto cuestión de confianza como de seguridad. El señor Tompkins lleva años trabajando para mi padre, y tiene a su disposición un auténtico batallón de ingenieros. Esa clase de experiencia inspira seguridad.

—Pues, en ese caso, a lo mejor es inmerecida.

—No estoy segura de lo que quiere decir.

Jarret le quitó el mapa topográfico que estaba doblando, lo extendió en la mesa y señaló donde ella había indicado con lápiz el camino de la línea. Otras manchas mostraban, asimismo, otros lugares donde podían disponerse las vías, pero no estaban trazadas por su mano segura y hábil.

—Usted ha dispuesto su vía siguiendo este puerto de montaña, aquí en Queen's Point. Ahí la pendiente parece un poco más abrupta, y habría que nivelarla justo como ha explicado. Seguro que supone mucho más

trabajo y gastos que tomar esta otra ruta de subida lenta, pero más tortuosa, propuesta por sus colegas. Así que, ¿por qué la ha elegido?

—No creo que la ruta de ellos aguante los puentes de caballete y los túneles que proponen. Este mapa indica (o al menos, me lo indica a mí) que el valle del río cambia de forma con frecuencia alarmante, como si el aluvión no dejara de cambiar, originando crestas y gargantas temporales.

—¿Y cómo ha llegado usted a esa conclusión?

—He estudiado una serie de mapas que han realizado distintos exploradores en los últimos quince años. Los primeros son muy toscos, pero creo que existen suficientes pruebas que dan a entender lo que he deducido.

—¿Y nadie más lo ha visto?

—Lo han visto —dijo—, porque yo se lo he señalado; pero hay otras explicaciones que, al final, convencieron al señor Tompkins de que se había elegido la ruta correcta.

—La ruta más batata.

—Eso también, y es algo que ha de tenerse en cuenta.

—Y, sin embargo, usted busca algo distinto. ¿Por qué?

—Porque creo que se equivocan. Quiero llevárselo al señor Tompkins otra vez para convencerlo.

Jarret apartó la vista del mapa y examinó la cara de Rennie.

—¿No a Jay Mac?

Ella negó con la cabeza.

—Ese no es el orden correcto. Primero tengo que conseguir la aprobación del señor Tompkins.

—Ya entiendo. —Jarret volvió a señalar el valle—. El motivo por el que este valle parece cambiar de sitio con el tiempo es porque eso es lo que hace. Por aquí, cada dos primaveras, más o menos, cruzan grandes torrenteras debidas a los aguaceros, y esa agua lo arrastra casi todo a su paso. No hay otra causa: sólo la naturaleza. Así que, suponiendo que el

puente de caballetes y la vía se pusieran en un año seco, al siguiente deshielo todo el trabajo se iría a pique.

—¿Lo sabe con seguridad?

—Lo sé yo y cualquiera que haya viajado por Queen's Point. No es precisamente un secreto... —Mostró una sonrisa burlona—, supongo que salvo para gente del ferrocarril como su padre, con más dinero que sentido común. Si hubiera enviado a un grupo de hombres competentes a explorar esa tierra, y si se hubiera preguntado a los de allí, sabría todo esto.

Rennie se enfureció ante la acusación que planteaba contra su padre.

—Hace quince años nadie pensaba en una línea férrea en ese yermo. En las Rocosas acababa de descubrirse el oro, y aquí corrían rumores de guerra. Había que poner muchas vías a este lado del Mississippi y al norte de la línea Maxon-Dixon... Estos mapas —añadió— no siempre los han trazado empleados de la Northeast. Pero los dos más recientes sí, y Hollis Banks formó parte del grupo de exploración.

Con gesto distraído, Jarret se frotó el caballete de la nariz mientras estudiaba aquella afirmación.

—¿Le ha comentado usted sus conclusiones? —preguntó.

—Sí. Y dice que me equivoco.

Jarret soltó un bufido desdeñoso.

—Ese hombre o es tonto o un embustero..., y yo ya he elegido. ¿Qué opina usted?

—Me parece que no me agrada a donde lleva esta conversación.

Él alzó las manos, como si se rindiera.

—No he venido aquí a buscar pelea. Sólo le digo que lleva razón en lo de Queen's Point. Ahora puede quedarse contenta y darse cuenta de que o Banks la engaña o es idiota; o, si no, también puede creer que él está en lo cierto, en cuyo caso ha estado trabajando en este problema de la línea troncal por puro y puñetero capricho.

Lo cierto era que, desde el principio, Rennie había pensado que tanto Hollis como los exploradores debían de haber hecho alguna estimación

incorrecta, pero le pareció una negligencia más que algo premeditado. Y ahora, con su sonrisa despectiva, Jarret parecía insinuar justo lo contrario.

—Tal vez haya habido cierta despreocupación por los detalles... —dijo ella en voz baja, pensando en las ramificaciones de lo que decía—; pero de ahí a sugerir que haya habido un engaño deliberado...

Jarret se encogió de hombros, negándose otra vez a que lo hicieran pasar por el aro.

—Usted lo conoce mejor que yo.

Durante un instante ella se quedó en silencio, pensando. De pronto asintió con decisión.

—Eso es. Sí que lo conozco. La exploración nunca ha sido el fuerte de Hollis, ni siquiera le interesa en particular; se limitó a acompañar al equipo, no a supervisar sus tareas. No es ni un estúpido ni un embustero, pero a lo mejor en este caso fue un poco descuidado, o tal vez se fió demasiado de los otros.

Jarret se dio cuenta de que no estaba dispuesta a reconocer nada más. Una revelación de mayor enjundia la haría sentirse trastornada e insegura; y es que, después de todo, aún pretendía casarse con aquel hombre... Entonces hizo un gesto afirmativo, en señal de aceptación.

—Gracias por contarme lo de las inundaciones. Insistiré en los cambios.

Sí que insistiría, pensó él, pero no estaba tan claro que nadie fuera a escucharla.

—Cualquier cosa que no sea su ruta sería un desastre, desde el punto de vista financiero y desde cualquier otro.

Rennie estaba a punto de volver a darle las gracias cuando la señora Cavanaugh llegó a la puerta y anunció la cena.

—Veo que están hablando ustedes dos otra vez —dijo friendo—; si lo otro no era natural... Bueno, vengan ya. Yo no sirvo comidas aquí.

Rennie y Jarret intercambiaron miradas divertidas. Él e tendió la mano y la ayudó a levantarse. Ella aceptó su brazo y permitió que la acompañara hasta el comedor.

Más tarde, al retirarse, cuando ella le deseó buenas noches, sólo la pura fuerza de su voluntad evitó que la dejara sin aliento a fuerza de besos.

Se quedó despierto mucho tiempo pensando en aquello. La atracción que sentía hacia ella no tenía sentido. La mayoría de las veces se mostraba impertinente, y otras, francamente grosera. A pesar de sus buenas intenciones, se irritaba con facilidad, y picaba tan rápido el anzuelo que Jarret sentía una difusa sensación de culpabilidad por emplearla como blanco de sus ironías. Por un lado tenía una inteligencia enorme, y por otro, una curiosa ingenuidad; era como si no supiera del todo qué hacer consigo misma, como si se sintiera incómoda con su feminidad y como si, pese a todas sus ideas modernas, se sintiera igual de incómoda a la hora de exigir igualdad con los hombres.

Rennie se vestía con sencillez, aunque no con la severidad de Michael, a juzgar por lo que le había contado Ethan. Con independencia de la moda, sus vestidos rara vez llevaban cintas o encajes y, salvo por unas perlas diminutas en los lóbulos de las orejas, no llevaba joyas. Se sentía tímida con sus lentes de lectura, la azoraba su costumbre de esconderse lápices en el pelo y su aspecto le infundía bastante inseguridad. Por algún motivo que a él se le escapaba, parecía que Rennie Dennehy se creía anodina. No era tanto que hiciera algo en concreto por esconder su belleza, sino que no hacía nada por resaltarla. Sencillamente, era como si no la reconociera en absoluto. El cabello, que sin problemas podría haber dado origen a cierta vanidad, lo llevaba recogido en un simple moño; de natural indómito y rizado, a veces se mantenía en sus horquillas y a veces no..., aunque eso a ella parecía serle del todo indiferente. En reposo, sus facciones eran casi serenas, incluso angelicales; despierta, no paraba de cambiar de expresión: arrugaba la nariz, ponía los ojos en blanco, dejaba la boca reducida a una línea... Se mordía la parte interior

del labio mientras pensaba; se ruborizaba cuando una idea caprichosa le pasaba por la cabeza; cerraba los puños cuando se enfadaba; tamborileaba con los dedos cuando estaba nerviosa... No sabía lo que era la calma. Como jugadora de póquer, perdería hasta la camisa...

A Jarret le atormentaba la idea de poner las cartas sobre la mesa. Se hacía una idea bastante clara de lo que ella escondía debajo de aquellos vestidos tan poco favorecedores; sus esbeltos hombros sostenían unos pechos que eran sólo un poco demasiado rotundos para su cuerpo, y su estrecha espalda describía una curva de lo más seductora al afinarse en la cintura, y luego al redondearse con suavidad en las caderas. No rebasaba la altura media, pero casi todo era pierna, y había forcejeado lo bastante con ella como para vislumbrar una piel pálida y unos huesos delicados. Su fuerza, animada por naturaleza, no era física: le hacía pensar en un gallo más que en una leona, aunque a ella no le habría hecho gracia aquella comparación... Después de todo, lo que él pensase no iba a cambiar nada. Era sólo que volver a Colorado habría sido mucho más fácil si nunca la hubiera oído reírse..., y más fácil todavía, si ella nunca hubiera sonreído.

A la mañana siguiente Rennie bajó tarde. Cuando llegó al descansillo del primer piso Jarret ya había acabado de desayunar y entraba por la puerta principal. Le dio la impresión de que acababa de hablar con alguien, y luego, al escudriñar por una de las grandes y estrechas ventanas que había a ambos lados de la puerta, alcanzó a vislumbrar a una mujer que subía a un carruaje. Se sirvió una aza de café en la cocina y después acorraló a Jarret en la biblioteca. Estaba de pie junto a la ventana, mirando a la calle.

—¿Una cita? —preguntó con tono animado. Le sorprendió ver que él daba un salto. No la había oído entrar—. Vaya, sí tiene la mente en otra eso no augura nada bueno para mi protección.

—Siéntese, Rennie.

En la voz de él no había ni rastro de buen humor. Ella se sentó como si la hubieran empujado.

—¿Qué ha ocurrido? —Sin poder evitarlo, añadió—: Es Michael, ¿verdad? Algo le ha pasado a Michael.

Jarret apartó la mirada de la ventana.

—No se trata de Michael. Ésa era Susan Turner. ¿La conoce?

Rennie negó con la cabeza. Estaba mordiéndose el labio inferior, y su piel se había puesto pálida.

—La esposa del doctor Turner. Scott atiende a Michael por lo del niño.

De repente a Rennie le resultó difícil respirar, y todos sus temores aparecieron claramente en sus ojos. Con una voz casi inaudible dijo:

—Ay, Dios mío.

Jarret meneó la cabeza al darse cuenta del cariz de sus pensamientos.

—No es el niño, Rennie. Michael y el niño están bien. Es Ethan, está muy enfermo.

—¿Ethan está enfermo? —Frunció el ceño—. ¿Cómo puede ser? ¿Es grave?

—Susan dice que su marido no lo sabe, pero no da buen pronóstico. Le ha recetado una medicina, y va a ver si sirve de algo. Ella dice que parece gripe, aunque Turner cree que es algo más grave.

—Pero ¿no dice qué tiene?

—No lo sabe.

Algo de color volvió al rostro de Rennie. Enlazó ambas manos en torno a la taza de café y se la llevó a los labios.

—Eso quiere decir que usted se va —dijo.

—No. Todavía no.

—Tiene que ir junto a Michael. Si Ethan no puede protegerla, tendrá que hacerlo usted.

—Cuando Ethan me necesite, iré. Sólo le ha pedido al doctor Turner que me hiciera llegar el mensaje de que está enfermo, no ha pedido ayuda.

—Pero...

—Pero nada —la interrumpió Jarret con brusquedad; su mano cortó el aire con un gesto enfático—. Aunque quizá le resulte difícil de entender, algunos hacemos lo que nos dicen. Yo respeto el juicio de Ethan. Si él no quiere que yo esté allí, no voy a ir.

«Todavía», pensó.

—Entonces déjeme ir a mí. Podría ayudar a Michael a atenderlo. Ahora no le conviene esforzarse.

—Susan dice que Michael no corre peligro alguno..., derivado de la enfermedad. Su hermana es muy capaz de cuidar a Ethan, y en lo que atañe a usted, no ha cambiado nada.

—No pienso pasar ni un minuto más aquí —dijo, mientras ponía la taza en una mesita auxiliar y se levantaba.

—No se atreva a salir de esta casa.

—¿O si no, qué?

Jarret dio un paso adelante.

—No tengo intención de practicar la esgrima verbal con usted, Rennie. Hágalo y lo averiguará.

Pretendía ser una advertencia, pero ella lo interpretó como un reto. Haciendo caso omiso de él, salió de la habitación y fue derecha al armario de la entrada. Buscó un chal ligero y se lo echó por los hombros, al tiempo que llamaba:

—¡Señor Cavanaugh!

Cuando apareció el marido de la cocinera, le pidió que le Preparara un coche, y la enfureció que el hombre miraba Jarret para pedir permiso.

—Entonces iré andando —dijo.

La señora Cavanaugh salió detrás de su marido. Sus ojos, inquietos, fueron de Jarret a Rennie.

—¿Por qué es la pelea esta vez?

—Está empeñada en marcharse —dijo el señor Cavanaugh—. Quería que le preparara un coche.

La cocinera negó con la cabeza y se secó las húmedas manos en el delantal.

—Pero tú no vas a hacerlo, ¿verdad?

El señor Cavanaugh se rascó la canosa barba.

—¿Tengo pinta de ser tan idiota, mujer?

Rennie sabía que discutían por su causa, y comprendió que por ese lado no podía esperar ayuda. Entonces lanzó una mirada acusadora a Jarret, al que echaba la culpa de aquella deslealtad; ya ni siquiera sabía si los Cavanaugh eran de fiar. Jarret no traspasó el umbral del salón. No pensaba bloquearle el paso ni levantar un dedo para detenerla, hasta que fuese a salir por la puerta. Iba a darle todas las oportunidades posibles para que cambiara de opinión. Entonces Rennie dijo:

—Tengo que ver a mi hermana. —Le temblaba la voz, y en sus ojos brillaban lágrimas sin verter—. No sabe lo que es estar separada de ella. Cuando se fue al Oeste durante meses, había quien pensaba que había muerto, pero yo sabía que no. Lo sabía de verdad. Pero desde que ha vuelto no ha sido lo mismo. Está apartándose poco a poco de mí.

—Tiene a Ethan —dijo Jarret—. Está embarazada...

—Sí, quiero que sea así, y que esté con él. Pero ahora se trata de lo que necesito yo. Michael lo entenderá, aunque usted no lo entienda.

Jarret no dijo nada. Se limitó a esperar, y su silencio la animó a creer que había cambiado de opinión, aunque más adelante, cuando lo consideró retrospectivamente, vio que no había creído más que lo que le convenía. Entonces pasó por delante de él y abrió la puerta principal. Sus pies no llegaron a rozar el porche. Jarret la agarró por detrás y tiró de ella hacia adentro, al tiempo que cerraba la puerta con el talón de la bota. Ella se enfrentó con él. El chal se le cayó de los hombros, el cabello se le soltó de las horquillas, y sintió que cedía una de las hombreras de su vestido. Sus movimientos desesperados impedían que Jarret la agarrara bien. Se las arregló para sostenerla, pero a duras penas. Mientras tanto, la señora Cavanaugh ya no se secaba las manos, se las retorcía.

—Nunca la he visto así. No está usando el sentido común que Dios le ha dado.

—Él tiene que ponérsela sobre las rodillas y darle unos azotes, eso no hay quien lo discuta —dijo el señor Cavanaugh.

Sus comentarios no hacían más que aumentar el enfado de Rennie y dificultar la tarea de Jarret, pero como no daban señales de irse del vestíbulo, Jarret supo que le tocaría hacerlo a él. Alzó a Rennie en brazos, se la echó al hombro, le sujetó las piernas contra su pecho y la dejó que se revolviera a su espalda. Ante él, la escalera se alzaba tan grande como el pico Pike..., pero empezó a subir. Rennie dejó de forcejear en cuanto se dio cuenta de lo que pretendía hacer.

—No se le ocurra soltarme —dijo sin aliento.

—No me dé ideas.

—Déjeme en el suelo y subiré la escalera yo misma.

El aliento de Jarret fue disminuyendo un poco cuando llegó a mitad de la escalera.

—Vaya, ¿por qué será que no creo lo que me dice?

Rennie levantó la cabeza. Abajo, en el vestíbulo, distinguió las caras preocupadas de los Cavanaugh a través de la rizada y enredada cortina de su pelo.

—Traidores... —En su voz no había ni rastro de amenaza. Al ver que se retiraban a la cocina, dejó caer la cabeza y le dijo a Jarret—: Ha perdido a su público.

Él se limitó a gruñir. Cuando llegó a la puerta del cuarto de Rennie, se detuvo lo bastante como para recuperar el aliento. Una vez dentro, la dejó caer en la cama sin ceremonias, se sentó en el borde y la agarró por el tobillo cuando ella rodó para alejarse.

—Necesita usted una brida —dijo, acercándola de un tirón.

Tumbada como estaba en la cama, con el vestido arrugado hasta las rodillas, al ver que Jarret no dudaba en tirar de su cuerpo para acercarlo a él, era natural que le pasara por la cabeza una suposición muy lógica... Y la idea de que le fueran a darle unos azotes la enloqueció por completo.

—¡Rennie! ¡Por amor de Dios! —Jarret consiguió esquivar su puño derecho, pero se quedó sin aliento cuando le martilleó el diafragma con el izquierdo—, ¿Qué diablos le pasa?

Ella intentó clavarle los dientes en el dorso de la mano cuando le cogió las muñecas, y tuvo que emplear una pierna para sujetarle la parte inferior del cuerpo. Rodaron una vez, y luego otra. Él le sostuvo las muñecas a ambos lados de la cabeza y después se desplazó para que Rennie, que respiraba fuerte, inhalando grandes bocanadas de aire, no tuviera que soportar todo su peso. Luego apoyó la cabeza un instante en el hombro de ella mientras recuperaba el aliento, sin dejar de inmovilizarle las piernas. Sus movimientos ya no eran tanto forcejeos como espasmos de absoluta fatiga. Jarret alzó la cabeza. Una cortina de pelo rubio oscuro le cayó sobre la frente.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó en voz baja—. ¿Creía que iba a por mi arma? Pero si ni siquiera la llevo ya cuando estoy con usted...

Ella apartó la cabeza, con los ojos cerrados.

—Creí que iba a pegarme.

—¿A pegarle?

El rubor cubrió sus mejillas. Abrió los ojos pero no pudo mirarlo.

—A darme unos azotes.

—Entiendo —dijo Jarret en voz baja, al tiempo que empezaba a comprender su reacción—. No tengo el menor deseo de arrebatarle su orgullo, Rennie. Ese no es mi estilo. Más bien me inclinaría por darle un puñetazo en la barbilla, pero tiene una barbilla muy mona, y por ahora lo dejaré estar.

Ella lo miró. En su boca apareció la sombra de una sonrisa, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Le he dado un puñetazo.

Él asintió.

—Varias veces.

—Nunca le había hecho eso a nadie. Ni siquiera había querido hacerlo... —Sus ojos color zafiro mostraron un evidente escepticismo—. Bueno, tal vez haya querido hacerlo una o dos.

Ella deslizó la mirada hasta su boca. En ese momento se dio cuenta de lo cerca que estaba y de cómo el cuerpo de él oprimía toda la longitud del suyo. Las manos de él se cerraban, aunque no con fuerza, sobre sus muñecas, y la postura de su pierna reflejaba más intimidad que sujeción. Por un instante, algo en los ojos de él, que se volvían oscuros, le hizo sentir un tipo distinto de ahogo. Entonces alzó la cabeza un poco, muy poco, y le rozó la boca con la suya. La boca de Jarret bajó con ella. Sus labios empujaron un poco los suyos, saboreando su dulzura, su indecisión, como si fuera una pizca de miel. La boca de ella, cálida y dócil, exploraba. Soltó las manos del agarrón de él y enlazó los brazos en torno a su cuello. Su respuesta a la entrada de su lengua fue titubeante. Al principio sorprendida, luego curiosa y por fin apasionada. Imitó su exploración, la incursión a lo largo de la cresta de sus dientes el mordisqueo de su sensible labio superior. Entonces le tocó a él sentir aquellas cosas, y cuando la suave embestida dio paso a algo que tenía un propósito más carnal, fue Jarret quien se echó atrás. Rodó hasta apartarse y se sentó. Luego se pasó los dedos por el pelo y suspiró.

—Creo que debo marcharme.

Rennie se enderezó de golpe. Se apoyó en el cabecero y abrazó una almohada contra su pecho. Su expresión era atenta, sus ojos cautelosos.

—Lo he hecho romper su promesa, ¿verdad? —dijo en voz baja.

Él se encogió de hombros.

—Usted me ha besado primero, pero ¿me soltó usted o me aparté yo?

—¿Es que le importa tanto?

—Nunca he confundido los negocios con otra cosa. Nathaniel Houston es mi negocio, Dee Kelly es mi negocio... —Volvió la cabeza para mirarla —. Y usted es mi negocio.

—¿Y si yo no quiero serlo? —preguntó ella con audacia—. ¿Y si quiero ser...?

—¿Mi placer?

La cara de ella se encendió, pero no apartó la vista.

—Sí —dijo—. Su placer.

Él negó con la cabeza y dijo fríamente:

—No tiene suficiente experiencia.

Rennie se retrajo como si la hubieran golpeado, y Jarret explicó:

—No sabría cómo alejarse después, y no creo que yo pudiera pagarle. Su corazón se confundiría... Y, de todos modos, lo cierto es que usted no desea ser mi placer. Quiere que la enseñe a serlo. Yo pensé que eso quizá me gustaría, pero ahora no lo creo. Si amanso una potranca es porque pienso montarla. No voy a domarla a usted para Hollis Banks.

Su crudeza la escandalizó y, herida, alzó la mano, no para darle una bofetada, sino para sofocar un sollozo.

—Salga —susurró.

Jarret se puso de pie. Caminó hasta la puerta, sacó la llave del bolsillo y se volvió para enseñársela.

—Y con todo, ¿sabe, Rennie? A pesar de lo que acabo de decir, voy a cerrar con llave esta puerta, tanto para mantenerme yo fuera como para mantenerla a usted dentro.

Ella lo observó salir al vestíbulo. Oyó la llave girar en la cerradura que él había instalado en la parte de fuera y luego la vio aparecer por debajo de la puerta; de ese modo, ni él podía entrar, ni ella podía salir. Entonces saltó de la cama, corrió hasta la puerta y se puso a golpearla.

—Pero ¿quién se cree que es? —berreó—. ¡No lo aceptaría a usted ni regalado! ¡No tiene bastante dinero para pagarme, cerdo! ¿Me oye? ¡No sabe nada de lo que quiero! ¡Nada!

No sabía si él estaba al otro lado "de la puerta o no. Daba igual. Bramó hasta quedarse agotada y luego se dejó caer por la puerta, hundiéndose en el charco de su vestido y de sus lágrimas. En el piso de abajo, cuando cesaron el escándalo y la tormenta, Jarret se volvió hacía la señora Cavanaugh.

—Es probable que ahora duerma un ratito —dijo—. Ni siquiera ha desayunado todavía. Quizá pueda usted llevarle algo luego.

La cocinera asintió.

—No hay problema.

—Ella tiene la única llave de la habitación. Tendrá que pedírsela para entrar, y cuando salga, la necesitará otra vez. No puedo estar todo el rato persiguiéndola, señora Cavanaugh. Tiene que estar encerrada. ¿Se encargará de eso?

—Nunca he visto cosa igual —dijo ella, alzando los ojos al techo.

—¿Se encargará? —preguntó Jarret de nuevo. —Si usted cree que es lo mejor...

—Sí.

—Entonces lo haré.

Rennie pasó cuatro días en su dormitorio. No importaba que sus habitaciones fueran más grandes que el apartamento de que disfrutaba su hermana en el Saint Mark. Se sentía enjaulada. La señora Cavanaugh iba y venía, llevándole comida y ropa de cama limpia, y retirando las bandejas. Siempre cerraba la puerta con llave y volvía a pasarla por debajo al salir. Como no fuese atacando a la cocinera, a Rennie no se le ocurría ningún modo de detenerla o de escapar. Sin demasiado entusiasmo, intentó trabajar en el proyecto de Queen's Point, pero cada vez le resultaba más difícil concentrarse. A decir verdad, no tenía muchas ganas de nada. Peinarse y lavarse se le hacía un mundo. No se molestaba en hacer la cama ni en mantener ordenadas las cosas. Toda la habitación estaba llena de libros de la biblioteca y de trabajo procedente del despacho, pero nada de aquello le llamaba la atención. Los artículos de su tocador estaban desparramados: los aceites y los perfumes yacían en abandono, y sobre una capa de polvos faciales se marcaban sus huellas dactilares. Tampoco el vestirse tenía mayor interés; había abandonado el corsé, y sólo llevaba una camisola y una enagua, a veces ni siquiera se preocupaba de ponerse su bata de seda. Se pasaba horas sentada en una silla junto a la ventana, observando el tráfico de Broadway, sin hacer nada, o bien sesteaba a ratos. Iba del dormitorio a

las habitaciones contiguas como un fantasma, con la cara casi sin expresión y la mente casi vacía de pensamientos conscientes.

—Estoy preocupada por ella —dijo la señora Cavanaugh a Jarret—. Le digo que no es natural. Ocupa esas habitaciones como si las tuviera embrujadas, y no dice más que unas pocas palabras cuando entro y salgo. Mi marido ve lo mismo cuando lleva una bandeja. Y ni siquiera le avergüenza cómo va vestida.

A Jarret también le preocupaba, pero no sabía qué responder, y la señora Cavanaugh había hecho protestas parecidas el día anterior... No podía dejar que Rennie siguiera así.

—¿Ha pedido ver a Hollis?

—No ha dicho una palabra de él.

—La dejaré salir en cuanto sea seguro. Llevo días sin saber nada... No sé más que ustedes de lo que ocurre en el Saint Mark... —Se dejó caer en una de las sillas de la cocina, y la señora Cavanaugh le acercó una jarra de café caliente—. Quizá debería ir por allí.

—¿No debería llamarlo el *marshal* Stone?

Jarret se hacía la misma pregunta. ¿Y si Ethan estaba demasiado enfermo para pedir ayuda? ¿Lo llamaría Michael para que la ayudara, o preferiría que protegiese a su hermana...? Estaba acostumbrado a tomar la iniciativa, no a esperar órdenes, y se sentía tan incómodo como Rennie allí, escondido en la casa. La única diferencia era el tamaño del agujero.

—A lo mejor debemos mandar a su marido para que traiga al doctor Turner. Él cuidará a Rennie, y yo oiré de primera mano lo que le pasa a Ethan.

Jarret alzó la jarra y sonrió a la cocinera. Parecía un buen plan.

Aquella misma tarde, Jarret llamó a la puerta de Rennie. La llave pasó por debajo de la puerta segundos después. Para cuando entró, Rennie había vuelto a sentarse frente a la chimenea y se secaba el pelo cerca del pequeño fuego que había encendido. No mostró ninguna señal de

sorpresa ante su presencia. Sus dedos entraban y salían de su Pelo castaño, separando mechones cobrizos de modo que se rizaran a la luz naranja que tenía detrás. Jarret levantó la bandeja delante de ella y dijo:

—Le he traído algo para cenar. La señora Cavanaugh ha vuelto a calentarle la comida antes de irse a la casa de la cochera. Ha dicho que usted no había comido nada antes. —En realidad, le había dicho que llevaba todo el día sin comer. Aquello era una condenada rebelión irlandesa, eso es lo que era. Iba a dejarse morir de hambre—. ¿Es así?

Rennie no respondió.

—¿Dónde quiere que la ponga?

Ella no reaccionó; ni lo miró ni le contestó. Entonces Jarret se le acercó y dejó la bandeja junto a ella. Sus blancos hombros desnudos reflejaban las llamas que tenía a la espalda; el color del fuego le acariciaba la piel, mientras sus dedos seguían deslizándose, lánguidos, entre su cabello. La sencilla enagua blanca que llevaba dejaba ver los pies descalzos y los tobillos, y unos huesos que, en cierto modo, parecían más salientes que hacía una semana. Su bata estaba tirada en el respaldo del sillón. Jarret la cogió y se la lanzó, pero ella no hizo movimiento alguno para cogerla, y cuando parte de la manga cayó en el fuego, la dejó quemarse. Él la sacó de un tirón, la llevó al cuarto de baño contiguo y apagó la manga con agua fría. Al volver, la extendió en la silla para que se secara.

—Ese acto demente no me inspira compasión alguna —dijo, al tiempo que se sentaba en el sillón; luego extendió las piernas hacia el fuego y cruzó las manos en el regazo. Se agradecía el calor; en el fresco aire nocturno había una humedad que ya había impregnado el cuarto—. Ha engañado a la señora Cavanaugh con sus payasadas, pero ahora que las veo yo, no me impresionan.

—Piense lo que quiera, señor Sullivan. Siempre lo hace.

La segunda frase lo animó más que la primera. La monotonía de su voz era preocupante, pero la pequeña pulla mostraba signos de cierta animación.

—Iba a mandar llamar al doctor Turner hoy —dijo—, pero hace poco más de una hora su esposa vino de nuevo. Dice que enviará al doctor

para que la visite a usted mañana si lo creo necesario. Le dije que ya se lo diría.

Los dedos de Rennie se detuvieron en el cabello.

—¿Hay noticias de Ethan? ¿Y Michael?

—Su hermana estuvo enferma la otra noche, pero ya se ha recuperado del todo. Por lo visto, le afectó lo mismo que ha tumbado a Ethan.

Era imposible calmar su interés.

—¿Ah, sí?

Jarret apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y examinó las fotografías que había en la repisa de la chimenea. La mayoría eran retratos de toda la familia, incluido Jay Mac; algunas mostraban a Rennie con sus hermanas, y unas cuantas eran de Rennie y Michael juntas. Sólo había una de Rennie sola. La calidad de las fotografías más recientes era particularmente buena. En contraste con la solemne expresión de Rennie, su piel clara parecía luminosa y sus ojos, radiantes. Él la señaló mientras preguntaba:

—¿Se tomó para conmemorar alguna ocasión especial?

Ella siguió la dirección de sus ojos y de su mano.

—Mi compromiso con Hollis. La tomó Jenny Marshall.

—¿La mujer de Logan? Creía que se llamaba Katy.

—Su cuñada, la mujer de Christian.

—¿Christian Marshall, el pintor?

—Creo que él prefiere el término «artista» —dijo ella con guasa—, pero sí, el mismo.

—¿Es otro de sus vecinos? —Pensó que al oeste del Mississippi uno recorría doscientos kilómetros cuadrados sin encontrar a nadie que tuviera un árbol genealógico. En cambio, en Manhattan, la «flor y nata» andaba dándose codazos... Lo cierto era que Rennie y él procedían de mundos diferentes—. ¿Estuvimos correteando por su jardín la otra noche?

Rennie ladeó la cabeza y frotó las húmedas y rizadas puntas de su pelo con una toalla.

—Ya no voy a hablar más de eso con usted.

Él se dio cuenta de que tardaba demasiado en jugar su baza y de que estaba perdiéndola.

—Estaban envenenando a Ethan —dijo—, aunque es posible que el veneno estuviera destinado a Michael. Nadie lo sabe con certeza. Ella sólo tomó un poco, y fue entonces cuando se puso enferma, después de tomarlo en una infusión. Luego se quejó al doctor Turner de que estaba deseando fumar un cigarrillo, y eso lo puso sobre aviso.

Preocupada al ver que él no iba derecho al grano y daba detalles en seguida, Rennie frunció sus finas cejas.

—¿Cómo que lo puso sobre aviso?

—El veneno era nicotina, en dosis lo bastante altas para provocarle a Ethan calambres y vómitos. Michael tomó un poco en su infusión. Lo suficiente como para que se sintiera mal, pero sin efectos a largo plazo, salvo el deseo de volver a fumar.

—Eso es el «qué» —dijo Rennie—. Ahora cuénteme el «quién».

—Al parecer, nos habíamos concentrado demasiado en dar con Houston y no habíamos prestado suficiente atención a Detra. Durante años se rumoreó que Dee Kelly había empleado drogas para matar a su primer marido, y su padre era dueño de una tienda de medicinas en San Luis. Creció en medio de polvos y de venenos.

—¿La han atrapado, entonces? ¿Ha pasado el peligro?

Él negó con la cabeza.

—No, no hay nada seguro. Es muy probable que esté trabajando como empleada del hotel. Es la única manera de arreglárselas para envenenar la comida que les servían en la suite de ellos. El doctor Turner y su esposa van a cenar en el Saint Mark mañana. Ahora que tienen su descripción, si Dee está allí, la identificarán.

—Y harán que la detengan.

—No, sólo la identificarán. Si mostramos las cartas demasiado pronto, perderemos a Houston. Ella nos llevará hasta él, pero sólo si no sabe que la vigilamos. Nunca lo traicionará voluntariamente.

—¿Cómo dio con Michael?

—En el periódico. Alguien le facilitó su dirección en el Saint Mark antes de que se diera orden de que no lo hicieran.

Rennie se puso de pie. De pronto se arrepintió de no haberse puesto la bata. Cogió una colcha de ganchillo que estaba al pie de la cama y se envolvió los hombros con ella.

—Entonces usted va a ir allá —dijo—. Aquí no hay peligro. Después de todo, Houston y Kelly han dado con sus objetivos.

—Tal vez hayan dado con sus objetivos, pero no me fío de que usted no vaya a meterse por medio... Y su hermana tampoco. Ni siquiera estaba segura de que yo debiera contarle a usted nada.

—No lo creo. Michael no querría que me lo ocultaran.

Jarret suspiró.

—Su hermana es mucho más consciente que usted del peligro. Pasó semanas como prisionera de Houston y Dee. Ya intentaron matarlos a ella y a Ethan una vez, y estuvieron a punto de conseguirlo. No sabemos qué puede pasar: a Detra no se la ha identificado con seguridad, y Houston sigue libre. Así que me temo que, en realidad, en lo que a usted se refiere no ha cambiado nada..., aunque tal vez desee plantearse limpiar esta habitación y ponerse más ropa de la que lleva una fulana de dos dólares. —Se Puso de pie, echó un vistazo al dormitorio y movió la cabeza en señal de disgusto—. Esto es una pocilga, Rennie.

Por una vez ella no intentó fulminarlo con la mirada. Habría sido un gesto patético, dado que estaba llorando. Apartó los ojos y se puso a mirar por el balcón, como había hecho tantas veces en los últimos días. Su vista estaba demasiado borrosa para ver algo en la calle, y tampoco vio el reflejo de Jarret en el vidrio. Cuando sus brazos la rodearon dio un respingo, pero no intentó apartarse. La barbilla de él descansó en su coronilla, de tacto sedoso y fragante, con un persistente aroma a jabón de lavanda.

—Desde que me ha conocido, nada ha salido como desea.

Ella cerró los ojos, intentando detener el flujo de lágrimas y, despacio, hizo un gesto de asentimiento.

—No espero que las cosas vayan a cambiar a corto plazo —dijo él.

Rennie se enjugó los ojos con un gesto impaciente cuando la hizo girar en sus brazos. La colcha resbaló hasta el suelo. Creyó que quizá fuera a besarla, pero su aliento solamente le agitó el pelo de las sienes. La sostuvo así mucho tiempo, absorbiendo sus estremecimientos, calmando su temblor, y cuando se tranquilizó, la llevó a la cama y se sentó con ella hasta que se quedó dormida. Rennie no llegó a echar en falta la fotografía que él se llevó al salir.

Cuatro días después moría Nathaniel Houston, no a manos de Ethan ni de Jarret, sino de la hermana de Rennie.



Capítulo Cinco

Rennie se sentó con Ethan en el salón de la suite de Michael, en el Saint Mark. Sus intentos por entablar una conversación fueron difíciles. Lo único que tenían en común era su preocupación por la mujer que estaba dando a luz en la habitación contigua. De vez en cuando los ojos de Rennie se desviaban hasta las manchas de sangre de la alfombra. Hacía tres horas había muerto Nate Houston en la butaca donde estaba sentada en ese momento. Un mozo del hotel les había entregado a ella y a Jarret el mensaje de Ethan, garabateado a toda prisa, apenas inteligible. Por una vez estuvo encantada de las concisas órdenes y la naturaleza imperturbable de Jarret, pues sus propios pensamientos eran como una lluvia de estrellas fugaces: la asaltaban tan rápidos y furiosos que le era imposible agarrar alguno que tuviera algo de lógica. En ese momento dependió del frío control de Jarret para tomar una dirección. Pero aquello ya había pasado. Desde que Jarret sacó de la suite el cuerpo de Houston y se marchó para seguir a Dee Kelly, había mantenido la cabeza clara y firme. Por eso pudo encargarse de su hermana y de Ethan. Ahora el doctor Turner estaba con Michael, y eso la dejaba con el *marshal*. Habría preferido estar con Michael.

—Es demasiado pronto para el bebé —dijo Ethan con voz preocupada.

Rennie sentía ganas de acusar, no de consolar, pero también necesitaba tranquilizarse.

—Sólo le faltaban unos días para cumplir los ocho meses —dijo—. Conozco a más de una mujer que ha dado a luz a los ocho meses, incluso a los siete, y no tuvieron problemas, ni ellas ni el niño.

Aquello no convenció a Ethan. Era muy frecuente que siete meses después de la boda naciera un niño perfectamente maduro... Por esa

regla de tres, Michael estaba dando a luz a un niño que sólo tenía dos semanas de embarazo. Rennie leyó sus pensamientos.

—De acuerdo —dijo—. Algunas alteraban las fechas para evitar juicios morales, pero no siempre era ése el caso.

De repente Michael dejó escapar un grito, y Rennie se puso blanca. Vio que a Ethan le temblaban las manos. Le sirvió un whisky, y ella se puso un jerez. Entonces se le escapó un comentario.

—¿Por qué tuviste que dejarla sola? Durante estas dos semanas el señor Sullivan no me ha dejado salir de casa, a veces ni siquiera de mi cuarto... Y a ti no se te ocurre más que irte solo, dejando a Michael aquí, incluso después de saber que el peligro era inminente.

Las yemas de los dedos de Ethan se pusieron blancas sobre el vaso de whisky. Tenía la cabeza gacha, y no apartaba la vista de la alfombra manchada de sangre que estaba a sus pies.

—Perdona —dijo ella en voz baja, con un suspiro—. Me prometí que no lo haría.

—No importa. —Ethan alzó la mirada y le dedicó una sonrisita, burlándose de sí mismo, mientras levantaba el vaso—. No me preguntas nada que no me haya preguntado yo.

—Me parece que no estaba preguntándote nada —dijo ella—. En realidad no. Más bien estaba censurándote.

Él tomó un buen trago y sintió cómo le quemaba la garganta al bajar.

—Yo también.

Rennie volvió a sentarse, esta vez en el canapé, junto a Ethan.

—Qué desengaño tan grande se llevará Michael con nosotros —dijo ella—. Nos quiere a los dos, y no va a gustarle nada que no seamos amigos. Hicieras lo que hicieses anoche, sé que tenías tus razones. Te fiaste de tu buen juicio.

—¿Y tú lo sabes? —preguntó él con amargura—. No puedes saberlo. No me conoces en absoluto. Esta noche he estado a punto de dejar que mataran a Michael. Ella me rogó que la dejara acompañarme, pero creí que era demasiado peligroso... Tendría que haberla escuchado...

Rennie vio en él a un hombre que necesitaba hablar para liberarse de los acontecimientos de la velada. En la habitación de al lado el gemido de Michael subió hasta convertirse en un angustioso lamento. Rennie oía al doctor Turner dándole aliento, reconfortándola con firmeza; oía sus palabras, imposibles de distinguir unas de otras, pero tranquilizadoras por su tono y cadencia.

—Lo cierto es que no sé lo que ha pasado esta noche —dijo ella—. El señor Sullivan no se ha mostrado muy comunicativo.

Al oír el comentario, Ethan se quitó de encima algo de tensión y se permitió una sonrisita auténtica.

—Jarret rara vez lo es.

—Bueno, no quiero hablar de él.

Ethan se encogió cuando un lamento de Michael llegó desde la otra habitación. Entonces empezó a hablar, en parte para cubrir el sonido del dolor de su esposa, y en parte porque necesitaba que Rennie lo entendiera.

—Decidí que estaba lo bastante repuesto como para seguir a Dee cuando terminara su turno de camarera. Hace unos días los Turner la identificaron trabajando en el comedor.

Rennie asintió.

—Jarret me contó que ése era el plan.

—Yo tenía que ver adonde iba Dee para decidir si actuaba sola o con Houston. No había tiempo suficiente para enviar a alguien del hotel en busca de Jarret, de modo que decidí hacerlo por mi cuenta. No se me ocurrió que Houston fuera a venir aquí sin Detra. Nunca habría dejado a Michael sola de haberlo pensado.

—Lo creo —dijo Rennie.

Y era verdad. No se limitó a pronunciar aquellas palabras porque sonaran bien, o porque pensara que Ethan necesitaba oírlas. En el fondo sólo importaba lo que el propio Ethan creyera. Tras sacudir un poco la cabeza para aclararse las ideas, él vació su vaso, pero no lo soltó.

—Y no tardé mucho, en absoluto. Seguí a Detra hasta el Bowery, vi la casa de madera donde vivía y me quedé lo suficiente para hacer un par de preguntas a los vecinos. Se mostraron desconfiados, pero conseguí enterarme de que vivía con alguien..., con un hombre. Un borracho dejó escapar que ese hombre tenía algún tipo de herida en la pierna, y en cuanto lo oí, supe que también había atrapado a Houston. Entonces me marché en seguida y regresé aquí. —Se levantó y se puso un poco de whisky en el vaso—. Hacía diez minutos que Michael estaba de parto, y Houston llevaba muerto ese tiempo más o menos.

Rennie se rodeó el pecho con los brazos. Era espeluznante imaginarse a su hermana sola con Nate Houston, pero le resultaba imposible imaginar que Michael hubiera matado a aquel proscrito.

—Vino aquí a enfrentarse con Michael —prosiguió Ethan—. Pretendía matarla a ella y al niño si se negaba a irse con él.

—¿Él la quería? —preguntó Rennie. Aquella idea le puso la carne de gallina todavía más—. Pero ¿y Detra?

—Houston siempre deseó a tu hermana. Lo fascinaba: lo repelía y lo atraía, así que no pudo evitar venir hasta aquí. —Dio un sorbo a su bebida—. Por su pierna herida, usaba bastón, y en la punta tenía un estilete oculto que se accionaba con un muelle. El tipo de cosas que le encantaban. Michael no lo sabía, porque él no la amenazó con el bastón.

—¿Y entonces cómo...?

—La sacó de quicio —dijo Ethan, como si aún no diera crédito a aquello—. ¿Compartís tú y tu hermana el mismo genio?

—En realidad, cada una tiene el suyo —dijo Rennie, muy seria.

Ethan rió por fin, y la miró con expresión agradecida.

—Entonces, sabes cómo ocurrió —dijo—. Se puso tan condenadamente furiosa con las exigencias de Houston y con la amenaza a su niño que cogió el bastón y lo golpeó con la punta para subrayar sus palabras de enfado, pero su acción liberó la daga. Hasta que vio la sangre, ni siquiera supo que lo había herido. Su primera puñalada fue la mortal.

Por fin la angustia de Rennie encontró una válvula de escape: reírse. Imaginó la sorpresa de Houston al ver que le salía el tiro por la culata, y de repente todo aquello le resultó divertidísimo. Se llevó la mano a la boca intentando sofocar la risa, pero las lágrimas acudieron a sus ojos al no poder reprimir su humor negro. Meneando la cabeza, dijo:

—Perdón. No sé qué me pasa. No hay nada divertí... —tragó un poco de jerez e intentó no atragantarse—, divertido en ello, en absoluto. ¡Ay, Dios! Michael podría haber... Él debió de sentirse tan..., tan asustado...

Jadeó un poco, y entonces la risa se le quedó trabada en la garganta y se convirtió en un sollozo entrecortado.

De repente, estaba llorando. Ethan soltó el vaso, y entonces los papeles se invirtieron. Le tocó a él consolarla. La rodeó con los brazos y dejó que se apoyara en él. Era del mismo tamaño y aspecto que Michael, pero había diferencias, y él las notaba muchísimo... Sintió la profunda necesidad de estar abrazando a Michael justo de aquella forma.

—¿No estás con la hermana equivocada? —preguntó Jarret cuando entró en la suite.

Levantó el ala de su sombrero con el índice y observó a la enlazada pareja con regodeo.

—¿No llamas nunca? —preguntó Ethan.

Rennie se echó atrás y se secó los ojos con el pañuelo que le pasó Ethan. Luego sorbió por la nariz.

—Él cree que puede ir y venir como le plazca.

Jarret les dedicó una amplia sonrisa, y después cerró la puerta tras él y echó el gabán y el sombrero en una silla que estaba junto a la entrada. Se encogió al oír el grito de Michael, procedente del dormitorio.

—¿Aún no ha dado a luz? —preguntó.

Ethan negó con la cabeza.

—El doctor Turner dice que a lo mejor tarda casi toda la noche.

—Pero ¿va bien?

—Lo último que sé es que sí.

Los ojos de Jarret fueron de Ethan a Rennie.

—Entonces, ¿a qué vienen esas caras? Houston ha muerto, Dee está en la cárcel y, dentro de unas horas, uno de vosotros va a ser padre y la otra, tía... Supongo que sabéis cuál es cuál.

Ethan le sirvió una copa a su ayudante.

—Ten. Creo que deberías tomártela. Vas demasiado acelerado. ¿Qué ocurrió cuando llegaste a casa de Dee?

Rennie observó a Jarret. Cogió la bebida, pero tenía demasiada energía acumulada para sentarse. Nunca lo había visto así. Siempre estaba tan controlado, tan contenido, que a menudo se sentía como si estuviera siempre pendiente de lo que iba a hacer él. Ahora Jarret iba de un lado a otro, cierto autocontrol, desde luego, pero aquella conducta le pareció un indicio de que aún se encontraba bajo el efecto de una potente subida de adrenalina. Se percató, además, de que Ethan lo miraba con amistosa comprensión, que entendía muy bien por lo que estaba pasando su ayudante.

—No me oyó —contó Jarret— hasta que estuve en su dormitorio. Estaba sentada de espaldas a mí, y pronunció el nombre de Houston, pues supuso que quien entraba era él. Estaba furiosa porque había salido del piso. Ya conoces a Dee: tenía la voz tan estirada como la espalda.

—Al verte, probablemente deseó que hubieras sido Houston —dijo Ethan.

Jarret asintió mientras alzaba el vaso.

—No creí que pudiera enfadarse más, pero me equivocaba. Vino a por mí con unas tijeras. Tengo suerte de conservar las orejas.

Rennie abrió más los ojos y por primera vez reparó en el arañazo, que iba desde la línea del pelo de Jarret y se metía bajo el cuello de su camisa.

—¿Y tú qué hiciste?

—Como no pude contenerla, no tuve otra opción: la dejé sin sentido.

—Creía que usted no golpeaba a las mujeres —dijo Rennie.

—Siempre me he reservado el derecho a hacer alguna excepción —replicó él con guasa, dirigiéndole una significativa mirada.

Ethan llamó la atención de su amigo.

—¿Tuviste algún problema para arrestarla?

—Ninguno, salvo que no encontré a ningún policía patrullara por la zona.

—No les gusta ir por el Bowery por la noche —explico Rennie—. Es peligroso.

Jarret alzó las cejas.

—Y usted me ha hecho creer que su ciudad es muy civilizada... —Miró a Ethan—. Dee se ha despertado en comisaría, y allí se las arregló para quitarle un arma al sargento de la recepción y la empleó para mantener a todo el mundo a raya. No creí que pudiéramos quitársela, y hubo algún momento en que no tuve claro si iba a usarla contra nosotros o contra sí misma. No se rindió hasta que la convencí de que Houston había muerto de verdad... En cierto modo, fue como si se derrumbara. —Dio un trago a la copa—. Luego me quedé mientras se rellenaba todo el papeleo, e hice lo posible por dejarles claro lo peligrosa que es Detra.

—¿Crees que te creyeron? —preguntó Ethan.

—¿Quién sabe? Lo del arma reforzó mis advertencias. Pero Detra es lista, sabe hacerse pasar por inofensiva.

Con gesto cansado, Jarret se frotó el cuello y se encogió al tocar el arañazo. Cuando apartó la mano, Rennie dijo:

—Está sangrando.

Sorprendido, se miró la palma. Una mancha de sangre la recorría en diagonal. Dejó que Rennie lo tomara por la muñeca y lo condujera al canapé, y también se dio cuenta de que Ethan observaba con gran interés su preocupación. Por encima de la cabeza inclinada de Rennie, miró a su amigo con el ceño fruncido. Ella era plenamente consciente de lo que ambos se traían entre manos, pero hizo caso omiso de la risilla de Ethan y mojó su pañuelo en la bebida de Jarret.

—¡Eh! —dijo él—. Es un whisky muy bueno.

—Pues ahora será un astringente muy bueno. —Se sentó junto a él y empezó a limpiar el arañazo con el pañuelo mojado, sin dejar de hablar

—. El arañazo le llega al cuero cabelludo; sí, tiene suerte de conservar la oreja.

Con dedos suaves, apartó a un lado el pelo para examinar la obra de Dee. A Jarret le resultó difícil ocultarle a Ethan su placer, pero se encogió cuando rozó con el alcohol un punto más profundo del corte.

—Cuidado. Duele.

Mi hermana está dando a luz en la habitación de al lado —repuso ella —. Eso sí que duele.

—Tiene razón —dijo Ethan.

Como si le hubieran indicado el momento justo, Michael gritó con todo el dolor que llevaba tragándose largo rato. Rennie vio que los dos hombres palidecían.

—No tardará mucho más —le dijo Rennie a Ethan—. Parece el último «viva» de Michael.

A Ethan le pareció que lo habían dejado sin aliento. Se sentó pesadamente y tamborileó con los dedos sobre el brazo de la butaca, ajeno a todo salvo a los sonidos que llegaban del dormitorio.

—¿Cómo sabe que no tardará mucho? —susurró Jarret a Rennie.

—Lo sé y punto —dijo ella.

Aplicó más alcohol a la herida, siguiendo el rasguño, desde el cuero cabelludo hasta donde desaparecía bajo la camisa.

—Con Michael siempre lo sé. —Titubeó. No estaba segura de si quería contárselo, no sabía si la creería o si la entendería—. A veces siento su dolor.

Jarret inclinó a un lado la cabeza y observó las facciones cansadas y solemnes de Rennie. Recordó sus intentos frenéticos por salir de la casa, como si la llevara o la impulsara algo. Entonces pensaba que se trataba sólo de que quería ver a Hollis. Ahora se daba cuenta de que no era así. Quería, o más bien necesitaba, ver a su hermana. Incómoda con su mirada, Rennie apartó la vista de los ojos de Jarret e inclinó la cabeza para examinarle la herida.

—Tendría que quitarse la camisa —dijo—. Me parece que le ha pinchado el hombro, ¿verdad?

—No sé lo que ha hecho. Todo ha ocurrido muy deprisa. Pero no pienso quitarme la camisa.

Rennie se encogió de hombros. Le abrió los primeros botones de la camisa de batista y deslizó la mano por debajo del cuello.

—¿Cómo diablos metió las tijeras aquí abajo? Tendría que haberle roto la camisa.

Con el pañuelo empapado en alcohol, llegó hasta la herida más profunda. Jarret se apartó.

—¡Maldita sea, mujer! —exclamó—. Duele más su cura que la puñalada de ella.

Disgustada, Rennie le arrojó el pañuelo.

—Pues hágalo usted mismo, o haga que el doctor Turner le eche un vistazo. A lo mejor necesita unos cuantos puntos de sutura.

—Lo que necesito es otro trago —dijo, mirando fijamente su vaso casi vacío—. Ethan, ¿quieres otro?

—¿Cómo? —Ethan salió despacio de su ensueño y vio el vaso alzado de Jarret—. Ah, no. Estoy muy bien. Prefiero reservarme para la celebración.

Jarret soltó un gruñido. Probablemente debería hacer lo mismo. Entonces puso a un lado el vaso de licor, dejó caer dentro el pañuelo empapado y se recostó en el canapé. Ahora que se permitía sentir, advirtió que le dolía el hombro. En los sitios donde Rennie se las había arreglado para mojarlo con whisky, le ardía hasta el mismo hueso. Casi no había sangre, de modo que sabía que Dee no había tocado una arteria, pero era un pinchazo muy profundo. Le dolió tanto cuando Detra hundió las tijeras que casi había soltado su presa..., y durante un instante había perdido toda sensación en la mano..., la mano con la que manejaba el arma. Ahora meneó los dedos para comprobarlos. Por el rabillo del ojo, Rennie vio ese movimiento.

—Me gustaría que me dejara mirarlo.

—Quizá luego —dijo él.

Por su tono, ella supo que sólo pretendía quitársela de encima.

—Podría infectarse.

La mirada que le dirigió Jarret le hizo entender que aquéllas deberían ser sus últimas palabras sobre el asunto, aunque ella no se intimidó. Abrió la boca para decir algo más, pero el grito procedente de la otra habitación la distrajo. Esta vez no era Michael. Pasaron unos minutos eternos hasta que, por fin, se abrió la puerta del dormitorio. Ethan se puso de pie de un salto en el mismo momento en que el doctor Turner aparecía en el umbral. Miró con gesto inquieto más allá de él, intentando ver dentro del dormitorio.

—¿Y Michael? —preguntó—. ¿Está bien?

El doctor apartó de la frente él húmedo flequillo rubio.

—Tiene usted una preciosa y robusta hija, Ethan.

En la cara de Ethan no se produjo ningún cambio.

—¿Está bien Michael?

—Su esposa está bien —lo tranquilizó.

En ese momento Ethan dejó escapar el aliento que no sabía que estaba conteniendo. Con el aire, también salió la tensión.

—¿Puedo verla? —preguntó.

—Más vale que lo hagas —dijo Michael en voz alta.

Entonces Scott Turner sonrió y se apartó del umbral.

—Ya la ha oído.

Con las prisas por llegar junto a su esposa, Ethan estuvo a punto de tropezar. Rennie y el doctor Turner intercambiaron sonrisas de indulgencia, mientras que Jarret meneaba la cabeza, con sus oscuros ojos color zafiro irradiando buen humor.

—Rennie —dijo el doctor Turner—, ¿no quiere entrar?

—Dentro de un segundo, quiero dejarlos un poco solos. —A continuación señaló a Jarret—. Anoche aquella diablesa lo hirió. Tal vez pueda echarle un vistazo.

Scott había empezado a bajarse las mangas, pero volvió a subírselas a la altura de los codos.

—Ya que estoy aquí... —Miró a Jarret con gesto expectante y entonces se dio cuenta de lo reacio que se mostraba su paciente—. Rennie, su hermana comentaba que le apetecería una taza de manzanilla. ¿Por qué no va a ver si consigue una de la cocina del hotel?

—Puedo llamar para que la traigan.

—Será más rápido si la trae usted misma.

—Ah... —Por fin Rennie captó la indirecta del médico—. Claro. Ahora la traigo.

Mientras la veía marcharse, Jarret sacudió la cabeza.

—Debería haberle pedido que se fuera directamente. Lo habría entendido antes.

Scott Turner sonrió.

—Pretendía no herirlo en su orgullo... Ahora déjeme ver el hombro.

Jarret parpadeó, sorprendido.

—¿Cómo ha sabido que es el hombro?

—No tengo que ser médico para ver que lo trata con mucho cuidado. Vamos a echarle un vistazo. —Observó cómo Jarret trataba de emplear ambas manos para desabotonarse la camisa; luego renunció a usar la derecha y siguió, torpemente, sólo con la izquierda. Cuando la camisa estaba a medio desabrochar, dijo—: Ya es suficiente.

Tiró de ella para descubrir el hombro derecho; sabía que su paciente lo miraba con mucha atención para ver cómo reaccionaba, de modo que procuró no mostrar ninguna reacción. Era una herida punzante de poco menos de tres centímetros, pero, tras un atento examen, resulto no ser tan limpia como Scott había esperado.

—¿Esto lo ha hecho Detra Nelly? —preguntó en un tono impersonal.

Jarret asintió.

—Con un par de tijeras.

—¿Estaban limpias? ¿Oxidadas o algo así?

La risilla en voz baja de Jarret acabó en un respingo.

—No lo vi muy bien.

—No, ya veo que no.

Scott fue al dormitorio y cogió su maletín. Al regresar, mientras le quitaba el tapón a un bote de alcohol, dijo:

—Su herida no se ha hecho de un tajo limpio. ¿Cómo ocurrió?

—Metió las tijeras bajo el cuello de mi camisa y me las hundió en el hombro.

—Entonces no podría sacarlas.

Jarret contuvo el aliento mientras Scott aplicaba alcohol con un algodón limpio.

—Eso es lo que recuerdo.

—¿Las retorció?

—No lo sé, eso me pareció. Sentí como si estuviera cortándome el hombro.

—¿Puede mover los dedos?

Jarret lo hizo.

—Parece que sí, aunque me hormiguean un poco. En realidad, me hormiguea todo el brazo.

—Apriéteme la mano. —Se la tendió a Jarret, que la cogió con un firme agarrón—. Más fuerte.

Cuando el agarrón no aumentó de forma significativa, las facciones recias y bien talladas de Scott se tensaron.

—¿Qué pasa? —preguntó Jarret—. ¿Qué me ha hecho esa asesina?

Turner se arrellanó y contempló a Jarret atentamente.

—Todo lo que mi mujer me ha contando sobre usted, señor Sullivan, me lleva a creer que las noticias le gustan como el whisky: solas. Lo cierto es que no conozco toda la extensión del daño, aunque tal vez haya tocado un nervio, por eso siente el hormigueo. Sin embargo no lo ha seccionado, porque, si no, no sentiría nada. Ahora mismo tiene el hombro rígido y ha perdido fuerza en la mano, pero eso tal vez mejore.

—O tal vez no.

El doctor asintió.

—O no. Ahora mismo no hay forma de decirlo. Dentro de unos días debería saberse más. —Empezó a vendarle el hombro—. De modo que a principios de semana pase por el hospital Jennings Memorial y volveré a mirárselo.

—Para entonces ya me habré ido. Ahora que Dee está en la cárcel y Houston está muerto, nada me retiene en Nueva York.

En ese instante sus ojos vagaron hasta la puerta.

—No le hable a Rennie de mi hombro. No es que le importe —se apresuró a decir—, pero se sentiría obligada a preocuparse, y es lo último que necesito.

Scott Turner sabía que allí había algo más, pero accedió.

—Sentirá la tentación de usar el brazo sólo para comprobar cómo mejora —dijo, sin dejar de ponerle las vendas—, pero no ceda a la tentación. Déjelo descansar. Forzarlo tal vez agrave el daño. ¿Queda claro, señor Sullivan?

Jarret se mostró reacio a dar su palabra. Volvió a mover los dedos, y quiso rodear con ellos la empuñadura de su arma para ver si aún podía apretar el gatillo. ¿Y si no podía sostenerla?

—Si eso le causa problemas —estaba diciendo Scott—, creo que sería mejor contárselo ahora mismo a Rennie. Su preocupación tal vez le salve el brazo.

—No, no le diga nada. Lo cuidaré como a un bebé.

El doctor Turner se dejó convencer. Lo ayudó a colocarse bien la camisa y luego se la abotonó.

—No sea tan orgulloso y pida ayuda —dijo.

Jarret no contestó, Rennie estaba entrando en el cuarto.

—Todo está bien —le dijo él, como respuesta a la mirada inquisitiva de ella.

Observó que los ojos de Rennie iban hacia los del médico buscando confirmación. No quedó satisfecha hasta que Scott Turner dio su asentimiento.

—Bien —dijo ella al tiempo que dejaba la bandeja—. He traído suficiente manzanilla para todos. ¿Quiere un poco, señor Sullivan?

—Seguiré con el whisky, gracias.

—¿Scott?

El médico alzó las manos.

—No, gracias. Tengo que marcharme. Veré a Michael una vez más antes de irme.

Cerró su maletín, se puso de pie y pidió permiso para ausentarse. Entonces Jarret se levantó para servirse un trago. Sentía los ojos de Rennie, así que intentó mantener el hombro en una postura natural y no parecer demasiado desmañado al servir la bebida con la mano izquierda.

—¿Qué ha dicho en realidad el doctor Turner? —preguntó ella.

—Pues lo que le ha dicho a usted: estoy fuerte como un roble.

—Qué extraño. No recuerdo haber oído eso.

Jarret hizo caso omiso de ella y tomó un trago. Minutos después el doctor Turner salió del dormitorio y atravesó el denso silencio que separaba a Jarret y a Rennie.

—Ahora ella se tomará esa manzanilla —le dijo a Rennie sonriendo—. Y yo me iré.

Rennie lo ayudó con el gabán y recogió el maletín.

—Gracias por todo —dijo—. Susan y usted han hecho muchísimo. Sé que hablo en nombre de Jay Mac y de mamá también. Todos se lo agradecemos.

La sincera emoción de sus grandes ojos conmovió al doctor Turner.

—Es muy amable —dijo él en tono solemne; luego le echó una ojeada a Jarret—. Tenga cuidado con ese hombro.

Cuando se marchó, Rennie cerró la puerta, recogió la bandeja de la manzanilla y entró en el dormitorio. No había mirado a Jarret ni una sola vez, pero él sintió su desaprobación. El comentario del médico acerca del hombro había bastado para convencerla de que le mentía.

Cuando Rennie entró, Ethan estaba sentado en el borde de la cama junto a Michael. Empezó a levantarse, pero ella negó con la cabeza.

—Quédate donde estás. Se te ve demasiado cómodo para moverte... En realidad, los tres parecéis muy cómodos.

Michael, que mostraba una sonrisa beatífica, alzó la mejilla cuando Rennie se inclinó sobre la cama para besarla.

—Estoy muy contenta de que estés aquí.

Rennie le apretó la mano. Sus ojos bajaron hasta el bebé, hecho un ovillo junto al pecho de su hermana. Tenía la diminuta carita roja, arrugada y absolutamente satisfecha.

—¿Ya le habéis puesto nombre?

—Madison —dijo Michael mirando a Ethan; el amor parecía derramarse de sus ojos.

Rennie sintió que el corazón se le dilataba por la felicidad de su hermana.

—¿No es el nombre de la ciudad donde...?

—Donde fue concebida —dijo Michael.

—Entonces supongo que tiene suerte de que no le hayáis puesto el nombre del *saloon* donde ocurrió.

Las mejillas de Ethan enrojecieron ante su directa forma de hablar, mientras Rennie y Michael se echaban a reír. Ethan carraspeó.

—Ni loco voy a llamar a mi hija como el *Saloon* de Kelly... —Miró a la puerta—. ¿Y cómo le va a Jarret?

Rennie sirvió una taza de manzanilla para Michael, añadiendo mucha leche y una buena cucharada de miel.

—Desde luego, finge que todo va bien. Incluso ha conseguido que Scott colabore en sus mentiras.

Michael frunció el ceño.

—¿Han herido a Jarret? ¿Qué ha pasado?

Rennie ofreció a su hermana la única versión que conocía.

—Eso es lo que cuenta el señor Sullivan. Lo que sucedió en realidad no se sabe y, francamente, es asunto suyo, no mío. En lo que a mí respecta, si Detra Kelly le hubiera cortado la cabeza, lo habría celebrado.

—¡Rennie! —dijo Michael abriendo mucho los ojos—. Ethan me ha asegurado que Jarret es una persona muy buena, todo un caballero.

Ethan tosió.

—No creo haberlo dicho exactamente así.

Michael hizo caso omiso de su marido.

—No sigues echándole la culpa de que detuviera la boda, ¿verdad?

La mano de Rennie alisó la suave pelusa de la cabecita de su sobrina.

—No quiero hablar de él —dijo—. Háblame de ti. ¿Estás bien?

Michael no quería que la apartaran del tema de Jarret Sullivan y la frustrada boda de Rennie, pero vio la testarudez de su hermana perfectamente dibujada en su boca, y se dio cuenta de que no habría forma de hacerla cambiar de opinión.

—Estoy maravillosamente bien —dijo—. Feliz..., y cansada. Más feliz que cansada en este momento.

—Tienes un aspecto... —hizo una pausa, buscando la palabra— radiante.

—¿Sí? —preguntó Michael, más contenta que azorada.

—Sí. ¿No es verdad, Ethan?

Al mirarlo para que la respaldase, Rennie vio que el Marido de Michael estaba demasiado desbordado por la emoción para hablar, y

sintió que un creciente nudo de lágrimas le cerraba la garganta, mientras Ethan se limitaba a asentir. Acarició el húmedo cabello castaño de Michael, y ésta volvió la cara hacia él para que su mano la tocara. El bebé se agitó un poco junto al pecho de su madre... Y Rennie salió discretamente de la habitación.

Jarret no hizo preguntas sobre su afán por marcharse. A él también le apetecía irse del Saint Mark. El hombro le dolía muchísimo, y el balanceo del carruaje no lo ayudó. Al menos, agradeció el silencio de Rennie, ya que no su mirada. Cuando llegaron a la casa, él se apeó primero y luego, siguiendo la fuerza de la costumbre, le ofreció el brazo derecho cuando ella bajaba. Aquel movimiento le hizo apretar los dientes, y palideció un poco; pero su orgullo herido le escoció más cuando Rennie tendió la mano para buscar su brazo bueno y después se ofreció ella misma para que se apoyara. Él no supo quién de los dos se sorprendió más al aceptar.

—¿Le ha dado Scott algo para el dolor? —preguntó ella cuando llegaron al cuarto de Jarret.

Este negó con la cabeza.

—No le he pedido nada.

La mirada de Rennie le dijo lo que opinaba de aquello.

—Tal vez mamá tenga algo por aquí que le sirva. Yo podría...

—Ya se lo diré.

Abrió la puerta de la habitación y entró. Sin moverse del vestíbulo, Rennie titubeó.

—¿Sí? —preguntó él.

—¿Necesitará usted..., eh..., algo de ayuda? —preguntó.

—¿Ayuda?

—Eh..., ¿con la ropa? Para ponerse el camisón de dormir, ese tipo de cosas.

—Yo no uso camisón para dormir.

Ese comentario no la hizo echar a correr, como él esperaba. Sin embargo, puso una pizca de color en sus mejillas y provocó que sus labios se entreabrieran un poco. Para no alargar los brazos y cogerla, los dedos de Jarret se aferraron a la puerta y a la jamba. La presión de la mano derecha le provocó una punzada de dolor que le llegó hasta el hombro.

—Me parece que necesita ayuda —dijo ella mirándolo a los ojos.

Jarret dejó salir el aliento despacio y dijo con brusquedad:

—La clase de ayuda que necesito no puede dármela usted.

En su voz había cierto matiz sexual para que Rennie captara el mensaje. Entonces la vio, dar media vuelta y alejarse, con la espalda tan rígida como su orgullo. Jarret cerró la puerta, se apoyó en ella y deseó encontrarse ya en el siguiente tren que saliera de Nueva York.

A la mañana siguiente la tarea de vestirse fue difícil y lenta, pero Jarret sintió que había realizado todo un logro cuando lo consiguió. Resistió el impulso de hacer funcionar más de lo necesario la mano con la que manejaba el arma; el hombro seguía rígido, pero cuando no intentaba sostener el arma lo movía con más naturalidad. Encontró el desayuno servido en la mesa del comedor; supuso que era un banquete de despedida, pues Rennie debía de haberle dicho a la señora Cavanaugh que se iría pronto. Se preguntó si podría adquirir el billete de tren ese día, y luego, si Rennie no se lo habría comprado ya. Era justo lo que se merecía por la bofetada en la cara que le había propinado con su comentario de la noche anterior. Mary Rennie Dennehy era una mujer correcta y respetable, y él no tenía ningún derecho a hablarle del modo en que lo había hecho. De estar viva, su madre se habría avergonzado de sus maneras..., y su padre le habría dado con una vara en el trasero. Jarret juró que se disculparía.

En ese momento entró la señora Cavanaugh con café recién hecho, hablando sola en voz baja. Acostumbrado a los refunfuños de la cocinera, Jarret sonrió con indulgencia y hojeó el periódico matinal.

—¿Ha bajado Rennie esta mañana? —preguntó.

—Acabó de desayunar hace una hora.

—Entonces se ha ido a trabajar —dijo—. Supongo que se ha enterado de lo de Houston y Kelly. Ya está a salvo.

—Bien que sé todo lo del asunto de anoche. —Sus ojos vagaron hasta su hombro, donde vio las bandas del vendaje a través de la camisa—. Pero Rennie no ha ido al Edificio Worth esta mañana. Se ha marchado a la estación.

¿La estación? Entonces estaba comprándole un billete con destino al Oeste... Soltó una risilla para sí.

—¿Está de acuerdo, entonces? —preguntó la señora Cavanaugh con aspereza.

—¿De acuerdo? No me hallo en posición de estar o no de acuerdo. Si le soy sincero, sospechaba que lo haría. A decir verdad, no es que me haya ganado sus simpatías.

—¿Y qué tiene eso que ver con nada? —Empujó un plato de galletas hacia él—. Tenga, cómase una de éstas. Las he hecho esta mañana.

Obediente, Jarret tomó una galleta y la cubrió con miel.

—No importa si a ella le gusta usted o no. O al revés, pensándolo bien. Tengo entendido que usted se comprometió a protegerla.

Jarret mordió la galleta, aún caliente. Casi no hacía falta masticar: se deshacía en la lengua. Luego respondió:

—Y sí que la he protegido, pero el peligro ya ha pasado. Rennie puede ir a donde quiera, y si quiere ir a la estación, entonces... —Sin acordarse de su herida, se encogió de hombros, y el gesto resultó doloroso; contuvo el aliento, lo soltó despacio y se obligó a sonreír—. Entonces, que vaya.

—Creía que usted se opondría.

Jarret frunció el ceño.

—¿Oponerme? Si quiere comprarme un billete de vuelta, creo que tengo que estarle agradecido.

—¿Comprarle a usted un billete? —Mientras hablaba, la señora Cavanaugh no paraba de mover la cafetera; en ese instante, un rubor le subió por el escote sobre el almidonado cuello—. ¿Y qué clase de billete se puede comprar en una estación de policía?

Jarret se quedó de una pieza.

—¿Estación de policía? Creía que había ido a la estación de tren.

—¿Y cómo se le ha ocurrido una majadería como ésa? —preguntó la señora Cavanaugh—. Mary Rennie ha ido a la estación de la calle Jones, justo al lado del Bowery. La misma estación donde tienen a Dee Kelly, creo.

Jarret ya estaba de pie y se dirigía al vestíbulo de entrada. La señora Cavanaugh seguía sus pasos.

—¿Así que no está de acuerdo? —dijo con satisfacción.

—Claro que no estoy de acuerdo. —Revolvió todo el armario de la entrada hasta dar con su guardapolvo. Haciendo caso omiso del dolor, metió como pudo el brazo herido en la manga y de dos meneos se puso el gabán—. ¿Cuánto hace que salió?

—Justo antes de que usted bajara.

—Entonces a lo mejor puedo cogerla antes de que llegue.

—El señor Cavanaugh le tiene preparado un caballo en los establos.

Jarret descubrió que aún podía sonreír abiertamente.

—Contaba usted conmigo.

La cocinera se ruborizó ante la cordial reprimenda que había en los ojos de él.

—Por un momento me ha hecho dudar.

Rennie subió a buen paso los escalones de piedra de la comisaría de la calle Jones; bajo un brazo llevaba una cesta cubierta y bajo el otro una Biblia. Dos patrulleras que salían le sostuvieron las grandes puertas para que pasara y luego, a sus espaldas, intercambiaron miradas de admiración, tanto por su linda figura como por el delicioso aroma a galletas recién hechas que la envolvía. Tras cruzar el suelo de madera, llegó al mostrador principal, de caoba. Entonces puso la Biblia delante del sargento y le dirigió una mirada franca y expectante.

—¿Señora?

El cuadrado mentón del sargento Morrison estaba perfilado por sus patillas, mientras que la boca quedaba casi escondida por el tupido bigote. Con ojos amables, miró la Biblia.

—¿Viene usted de la iglesia?

—He venido a ver a la señora Kelly —dijo, sin decir toda la verdad.

—¿La señora Kelly? Vaya, ¿y cómo sabe usted lo de la señora Kelly?

—Leo los periódicos, sargento. El *Chronicle* ha dado la noticia en la última edición de la mañana.

El sargento Morrison suspiró.

—Tenía que haber sabido que sacarían la noticia. Kelly ha tenido problemas con una de sus periodistas.

Acto seguido, giró en su silla y cogió un llavero que estaba colgado de un gancho en la pared de detrás.

—No creo que haya mucha esperanza de salvar su alma, señora —dijo, alargándole la Biblia a Rennie—. Desde que ese cazador de recompensas la trajo aquí anoche, se ha comportado como una pantera. Tendrá que quedarse al otro lado de los barrotes. Ni hablar de entrar a la celda con ella.

—Lo comprendo, sargento.

Éste abrió la puerta que daba a la hilera de celdas, aisladas de las salas públicas, y la hizo pasar.

—Sí que huelen bien esas galletas, señora. No me importaría tomarme una.

Sonriendo, Rennie levantó la manta de cuadros azules y blancos y le dio una galleta.

—Debería haber traído para todos los presos —dijo ella.

—Esta mañana no hay nadie más que la señora Kelly. Soltamos a los borrachos anoche, cuando ella estaba armando el taco..., con perdón de la expresión.

El agente la llevó hasta la última celda. Entonces sacó la porra y golpeó varias veces los barrotes con ella. La mujer que estaba echada en el catre no se movió.

—Tiene una visita, señora Kelly. —No hubo reacción—. Me ha oído, señora, pero ésa será toda la respuesta que obtendrá de ella.

Rennie asintió.

—Está bien, sargento, puede dejarnos. No me da miedo la señora Kelly.

El sargento ya daba media vuelta para salir cuando Dee Kelly se incorporó. El sonido de la voz que le llegaba desde el otro lado de los barrotes le llamó la atención más que todo lo que había dicho el sargento. Boquiabierta ante lo que veía, miró de hito en hito a la mujer que estaba fuera de su alcance. Rennie nunca se había planteado qué aspecto tendría Detra Kelly. En las escasas ocasiones en que Michael había hablado de Dee, nunca le había preguntado por ella. En parte por eso había acudido a la calle Jones. Tenía que ver por sí misma la clase de mujer que había intentando envenenar a su hermana y clavarle unas tijeras al alguacil de un *marshal*.

Detra Kelly era menuda, diminuta como una delicada figurita. Sin embargo, sus curvas eran exuberantes, y dentro del vestido color verde mar que llevaba destacaban en tenso relieve. Cuando se puso de pie y se acercó a los barrotes, Rennie vio que caminar no era exactamente la palabra que definía lo que hacía Dee Kelly. Más bien se mecía de forma seductora a cada paso que daba. No imaginaba cómo Michael había podido pasar algún tiempo en compañía de aquella mujer sin perder los nervios. El cabello de Detra era tan negro como las cuentas de azabache que colgaban de sus orejas, y en el desorden de su moño había algo

intrínsecamente sensual; los rizos le caían sobre el cuello y le rozaban los hombros. Sólo sus ojos daban una idea de la frialdad que había en el interior de aquella mujer: eran esquirlas gemelas de hielo. Rennie se mantuvo firme mientras aquellos fríos y distantes ojos azules la escrutaban. Al fin, con voz melodiosa, Dee dijo:

—De modo que has venido. No me sorprende. De verdad que no. Yo he perdido a Houston, pero también tú has perdido a tu niño. —Entonces le echó una ojeada a la Biblia y sonrió sin humor—. Después de todo, tal vez sea ojo por ojo.

—Yo no soy quien cree que soy —dijo Rennie con calma—, así que a lo mejor se siente timada.

Detra frunció el ceño. Sus dedos se deslizaron en torno a los barrotes, y miró a Rennie más fijamente.

—¿Quién es usted?

—Mary Rennie Dennehy —dijo ella—. Michael es mi hermana.

Vio que Dee aferraba los barrotes con más fuerza, casi como si las piernas no la sostuvieran.

—Michael dio a luz una preciosa niña anoche. ¿No se siente estafada?

Rápida como el rayo, la mano de Dee salió de entre los barrotes. Sus dedos se engarfiaron, intentando cogerla a pesar de que ella se había apartado. Entonces Rennie destapó la cesta que agarraba bajo el brazo. Las galletas y la mermelada quedaron desechadas en el suelo; en cambio, la Derringer niquelada, no. Luego dejó caer la cesta y alzó la pequeña pistola de bolsillo, y en ese instante vio que los ojos fríos de Dee Kelly eran capaces de expresar miedo.

—Mi hermana y yo somos muy parecidas, señora Kelly, pero a ella nunca se le ocurriría hacer esto. Sin embargo, yo casi no he pensado en otra cosa desde que supe que la habían capturado viva.

Detra abrió la boca para gritar, y Rennie amartilló su pistola... Ambas dieron un salto cuando la voz de Jarret tronó en el estrecho pasillo.

—¡Por amor de Dios, Rennie, deje eso!

Detra gritó, y Rennie soltó una palabrota. Jarret tuvo que emplear el brazo herido para impedir que el sargento se lanzara a toda velocidad por el vestíbulo detrás de Rennie.

—No pasa nada, sargento —dijo recuperando el aliento—. Yo me encargo.

El sargento Morrison vaciló, sin dejar de mirar a una y otra mujer.

—No dijo que fuera la hermana de la periodista —explicó—. No la habría dejado entrar si lo hubiera sabido.

Luego retrocedió despacio y se retiró hasta la puerta.

—Rennie —dijo Jarret en voz baja—, deje el arma. No se gana nada matando a Dee.

Apoyada en la pared, Rennie mantuvo su actitud. La Derringer apuntaba al corazón de Dee.

—¡Apártela de mí, señor Sullivan! —berreó Dee—. Usted quiere su recompensa, ¿no?

—Olvídelo, Dee. Me la dieron anoche, y usted me servía igual viva o muerta. Me importa un bledo lo que le ocurra. —Volvió a dirigirse a Rennie—: No está pensando, Rennie. Si mata a Dee, ocupará su lugar en la celda... Ni el mismo Jay Mac podrá sacarla.

Rennie bajó el arma, giró sobre un pie y, con la boca reducida a una línea de disgusto, clavó los ojos en Jarret.

—Me ha fastidiado por completo la concentración —dijo; luego echó una ojeada a Dee, sonriendo sin rastro de sinceridad—. Perdone, señora Kelly, ¿la he asustado?

Entonces abrió la cámara de la Derringer y mostró que estaba vacía.

—Porque, si es así, ha valido la pena conocerla.

Y a continuación, haciendo caso omiso del indignado grito de Dee ante la broma que le había gastado, haciendo caso omiso de las galletas, la cesta y la Biblia, Rennie se recogió las faldas a un lado y, alegremente, recorrió el vestíbulo, dejando atrás el acalorado semblante de Jarret, la mandíbula floja y los ojos saltones del sargento y a los dos patrulleros,

que volvían a entrar en el edificio. Jarret la alcanzó cuando cruzaba los callejones en busca de un coche de alquiler.

—He venido en uno de sus caballos.

Rennie siguió andando. El corazón aún le martilleaba por su aventura.

—¿Y qué?

—La llevaré de vuelta.

Se detuvo lo suficiente como para dedicarle una mirada de evidente horror.

—No pienso montar el mismo caballo que usted. Eso no se hace aquí.

Él la agarró por el codo y la detuvo en seco.

—¡Es usted la persona más exasperante que he conocido en toda mi vida! —Al darse cuenta de que estaba gritando, bajó la voz, de modo que ella tuvo que esforzarse por oírlo—. Acaba de entrar contoneándose en una comisaría de policía y de apuntar a Dee Kelly con una Derringer, ¿y ahora le preocupa lo que diga la gente si compartimos un caballo?

—Creía que había dejado claro que, vaya a donde vaya, no voy contoneándome. Yo no me contoneo.

Luego sonrió. Él la miró fijamente.

—Qué engreída es usted, ¿eh? He visto gatos relamiéndose leche de los bigotes que no estaban ni la mitad de satisfechos consigo mismos de lo que usted está ahora.

Si acaso, la sonrisa de ella se agrandó más; parecía no poder evitarlo... Y Jarret tampoco pudo. Su mano se desplazó desde el codo a la base de su espalda, y la atrajo de un tirón hasta tocar su cuerpo. Después inclinó la cabeza, y su boca se cruzó sobre la de ella. Rennie sólo se resistió un poco antes de entregarse a su roce y a su sabor. Le rodeó el cuello con los brazos y se sintió levantada de puntillas. La boca de él se movía sobre la suya con ansia, y ella correspondió con la misma moneda, ajena a la gente que los rodeaba. Se apretó contra él, con los ojos cerrados y los labios buscándolo. Aspiró su embriagador aroma masculino, el guardapolvo de piel, la persistente fragancia de su crema de afeitar... Aquel beso fue dulce y ácido. Fue pura Rennie. Jarret la deseó toda, y

supo que no podría tener nada de ella... Ni en la calle Jones ni en ningún otro lugar.

La apartó cuando la multitud que se había reunido rompió en tímidos aplausos, y entonces Rennie le echó descaro: optó por dedicar una reverencia a sus admiradores... Pero su calma se hizo añicos cuando reconoció una cara entre todas. Jarret sintió que se ponía rígida. Entonces miró con enfado a la concurrencia pero, al ver que no se dispersaba, se abrió paso, con Rennie a remolque.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. Se ha quedado sin color en la cara.

Ella pensó en qué se ganaba contándole la verdad. Había visto a un buen amigo de Hollis en la multitud. James Taddy no sólo era un amigo, sino que había sido uno de los padrinos del novio en la iglesia de San Gregorio. La había reconocido, y también a Jarret. Hollis lo sabría antes de que ella llegara a casa.

—¿Rennie? —dijo Jarret, animándola.

Ella se apartó despacio y luego se esforzó por esbozar una sonrisa para tranquilizarlo, aunque no encontraba demasiado divertido lo que acababa de ocurrir.

—¿Se refiere a qué pasa, aparte del hecho de que he dado un espectáculo en medio de la calle? —dijo—. Me parece que eso lo resume más o menos, señor Sullivan. Por lo común, no suelo encontrarme en medio de un alboroto callejero. Para ese tipo de cosas preferimos contar con Skye, que es una maestra.

—Pues ha estado a su altura —dijo Jarret con guasa.

Aún sentía su sabor en los labios y el contorno de su cuerpo contra él, pero ahora, a su lado, ella guardaba todas las distancias. Jarret alzó la mano al ver que un coche de alquiler doblaba la esquina procedente de Lafayette. El coche se detuvo y Rennie subió, esta vez evitando su ayuda. Él le dirigió una mirada de extrañeza, pero ella esquivó sus ojos. Entonces supo que había traspasado por completo los límites, y que su presencia había durado más de lo conveniente. En el plazo de una hora, realizó los preparativos para marcharse de Nueva York.

La ruidosa estación estaba atestada. La mayoría de los bancos los ocupaban mujeres con amplias faldas y baúles del tamaño de armarios. De pie, justo detrás de sus esposas, los maridos afrontaban el aburrimiento con estoicismo, y sólo de vez en cuando miraban hacia alguna fémina sin compañía; su interés menguaba en proporción directa al número de maletas, bolsas de viaje y baúles que los mozos llevaran tras ella. Jarret encontraba fascinante todo aquello. Tras dejar su bolsa a los pies, se apoyó en un pilar con el hombro bueno. Su sombrero vaquero parecía fuera de lugar entre los sombreros hongos y los sombreritos de las señoras, y su guardapolvo resultaba anticuado entre las chaquetas y las capas confeccionadas a medida. Sonrió con tristeza. Seguiría estando fuera de lugar hasta que llegara a Kansas City o, quizá, incluso hasta Denver. Gracias a hombres como Jay Mac, que ponían raíles en todas partes, el tren movía gente de una población a la siguiente, y casi todas eran iguales.

Sospechó que en ese momento habría muchas personas en la estación que no estaban de acuerdo con él, pero eso no lo hacía cambiar de opinión. Anhelaba ver las llanuras, y la salvaje y desafiante belleza de las Rocosas; echaba de menos meter las manos en los fríos torrentes de montaña y apagar su sed en agua limpia como el cristal; echaba de menos beber café denso como la tinta, jugar a las cartas en un tranquilo *saloon* y reírse de un chiste escabroso contado por una mujer indecente. Estaba encantado de regresar... Más o menos. Porque había una cosa que echaría de menos.

Sumido en sus reflexiones, no vio que el revuelo que se le acercaba tenía que ver con él hasta que estuvo rodeado. Entonces, sin cambiar de postura, apoyado con desenfado en el pilar del andén, dirigió una rápida mirada a los tres hombres.

—¿Desean algo, caballeros? —preguntó en tono tranquilo.

James Taddy no habló con Jarret, sino con sus compañeros.

—Sí que es él. ¿Lo reconocéis?

Como los acompañantes de Taddy fueron lentos en responder, Jarret habló de nuevo.

—Está bien, amigos. Los reconozco a todos ustedes. Los tres eran padrinos de Hollis Banks.

—¿Veis? —dijo Taddy—. Lo admite. Ahora, preguntadle por esta mañana, en la callejones.

La cara de Jarret no mostró sorpresa alguna, pero sintió las palabras de Taddy como un golpe en el diafragma. Ahora sabía lo que Rennie había visto: la presencia del amigo de Hollis en la multitud le recordó todo lo que arriesgaba con aquel beso... Estudió a aquel trío, evaluando el peligro. El que hablaba era un valentón, tan musculoso que se veía que no necesitaba pelear bien, porque su presencia intimidaba a la mayoría. Su amigo de pelo rubio era delgado, pero también ágil, probablemente, y el compañero más moreno y relamido era un patoso. En circunstancias normales, Jarret se habría puesto en guardia, aunque no le habrían preocupado demasiado, pero su hombro dañado cambiaba las cosas. Rennie debería haberle contado lo que había visto. De ese modo habría ido prevenido ante la posibilidad de encontrar problemas. Sin dejar de mirarlos fijamente, supo que Hollis Banks acababa de cogerlo desprevenido.

—¿Qué desean, amigos? —preguntó.

James Taddy intercambió miradas con sus acompañantes, y un mínimo asentimiento con la cabeza fue la señal de aviso. Jarret esquivó el primer golpe que le lanzó el rubio; el puño de éste dio en el pilar, y soltó un aullido de dolor. Pero el patoso tuvo más suerte, y Jarret, menos. Un puño como un martillo le dio bajo la mandíbula y lo hizo tambalearse. Un segundo golpe de Taddy lo hizo girar y, antes de que pudiera contraatacar con un puñetazo, el rubio hizo una finta y le acertó justo en el hombro herido; el brusco golpe le hizo sentir náuseas de dolor. Entonces se desplomó, intentando al mismo tiempo protegerse el hombro y coger su arma. El dolor le recorrió el brazo, aunque no llegó a la muñeca; los dedos se le quedaron entumecidos. En ese instante lo agarrotó el miedo. Con el brazo izquierdo detuvo un puñetazo que iba dirigido a su cara, pero eso lo dejó vulnerable al golpe que recibió en el diafragma. La fuerza de Taddy lo hizo arrodillarse. Entonces el patoso le

dio una patada directamente en el hombro herido; esta vez el dolor fue tan grande que se desplomó de lado.

Luchó por no perder el conocimiento mientras, vagamente, advertía que a lo lejos sonaban silbatos y la gente corría por el andén. Creyó que era el tren que entraba y maldijo su suerte por perderlo. Veía borrosas las siluetas de sus tres atacantes.

—Venga —dijo Taddy—. Son los polis. Habrá problemas si nuestras familias se enteran de esto.

El rubio, inclinado sobre la bolsa de viaje de Jarret, saqueaba su contenido.

—Un momento, Hollis dijo que cogiéramos el dinero si podíamos. —Sus dedos se cerraron sobre un trozo de papel; lo sacó y vio que era una letra de cambio por valor de cinco mil dólares. Entonces miró la firma y exclamó—: ¡Mirad esto! ¡Es el dinero de la recompensa por la señora Kelly!

Impaciente, Taddy se inclinó sobre Jarret y le palmeó los bolsillos; en el chaleco encontró la letra de cambio personal de Jay Mac por valor de diez mil dólares.

—Aquí está lo que quiere Hollis —dijo—. Vámonos. Estamos llamando mucho la atención.

El rubio se enderezó y guardó la letra en su bolsillo; luego dedicó una amplia sonrisa a Jarret.

—Me parece que debería haber una recompensa por ti. No puedes ir por ahí robando la mujer de otro. Le dio una fuerte patada en los genitales. Cuando llegó la policía, Jarret estaba inconsciente, y los asaltantes habían huido.



Capítulo Seis

Enero de 1877

Jolene Cartwright se levantó de la cama con movimientos perezosos. El suelo de tablas estaba frío. «Debería poner una alfombra», pensó, encogiendo los dedos de los pies. Luego cogió las medias que estaban sobre el brazo de la mecedora y, deprisa, fue de puntillas al asiento de la ventana para ponérselas. Se sentó y se volvió a mirar la figura que estaba tumbada en la cama. Por más que se moviera o hablara consigo misma, no parecía probable que fuera a despertarlo. Jarret Sullivan dormía la mona después de una borrachera de dos días. Jolene se puso una media de seda negra y luego la otra, alisando cada una sobre la hermosa curva de sus pantorrillas; después las sujetó con unas ligas color azul pálido justo por encima de las rodillas, se ciñó el cinturón de la bata y dispuso el cuello de forma que dejara visible el escote.

—Aunque no es que importe —gruñó, volviendo a echar un vistazo a la cama—. Le interesa más mi cama que mis pechos.

—Estoy despierto, Jolene —murmuró Jarret en tono cansado. Sentía punzadas en la cabeza y, al ver que sus breves intentos de abrir los ojos lo cegaban, se puso la almohada sobre la cabeza.

—Por lo que veo, de despierto, nada —dijo ella.

Se inclinó hacia el tocador y cogió el cepillo del pelo; antes de cepillarse, y sólo para fastidiar a Jarret, dio varios golpes con él en el alféizar, pero los discordantes ronquidos procedentes de la cama la informaron de que no le hacían ningún caso. Por un instante alzó el cepillo, tentada de lanzárselo, pero luego lo pensó mejor. La ropa de cama había resbalado de las caderas de Jarret, y sus posaderas habían quedado al descubierto. Jolene se recreó echándole un buen vistazo a los tensos flancos.

—¿Cómo puede una mujer enfurecerse con un hombre que tiene unos cachetes así?

Empezó a cepillarse el pelo castaño con una elegancia perezosa y paseó la mirada desde su cama a la calle que había bajo la ventana.

Echo Falls no se apartaba mucho del patrón de muchas ciudades del Oeste. Sólo tenía una calle amplia, la calle Mayor, a ambos lados de la cual se habían establecido todo tipo de pequeños comercios. Había una barbería y una casa de baños, donde un minero podía afeitarse y darse un chapuzón por veinticinco centavos; el jabón costaba un centavo más. El almacén vendía artículos diversos, desde caramelos y percal hasta picos y mapas. En la pared trasera de la farmacia se alineaban tarros de medicamentos, pero lo que proporcionaba al propietario casi todas sus ganancias eran el linimento y el tónico capilar, ambos fabricados en Echo Falls y que contenían más alcohol que el whisky que vendían tanto el *saloon* de Bender como el de Bolyard. Esto se debía a que Nick Bender y Georgie Bolyard no servían ningún licor que no estuviera bautizado con agua de manantial.

Jolene soltó una risilla cuando Jarret se movió en la cama y gruñó. Por su aspecto, debía de haber estado alternando el whisky con el tónico capilar. Apoyó la suave mejilla en el frío vidrio de la ventana y descubrió que así se veía casi hasta el establo, al final de la ciudad. En la calle había poca actividad, porque en Echo Falls las mañanas de domingo solían ser tranquilas. La gente se reunía para asistir a los oficios religiosos en el comedor de la pensión Shepard, como llevaban haciendo todos los domingos desde que en julio cayó un rayo en la iglesia y la quemó. El fondo para la construcción de un nuevo lugar de culto crecía despacio; no era que a los ciudadanos de Echo Falls no les importara tener una iglesia nueva, sino que la señora Shepard ofrecía unos bollos de canela buenísimos después de los oficios, y no tenían ninguna prisa por volver al templo. De hecho, todos comentaban que el reverendo Johns había ganado un poco de peso desde que había trabado conocimiento con la viuda Shepard y sus bollos de canela. El reverendo había ido a ver a Jolene y a sus chicas hacía sólo unos días, y ésta compartía la opinión de que había ganado peso.

Jolene separó la cara de la ventana al tiempo que se recogía el pelo en un moño y lo sujetaba con unas horquillas. Sus ojos vagaron hacia los altísimos picos que se alzaban al norte y al oeste de Echo Falls; estaban envueltos en densas nubes, indicio de que la nieve llegaba a lomos del viento. En la calle, llena de surcos y de agujeros, ya estaba helando, y a la hora de la cena los tejados en pendiente y las fachadas de todas las tiendas estarían cubiertos de nieve. En ese momento le llamó la atención un movimiento en la acera que quedaba al otro lado de la calle. Su cuarto estaba en el segundo piso del *saloon* de Bender, y entre este local, situado en el lado sur de la calle Mayor, y el de Bolyard, al lado norte, siempre había existido una amigable rivalidad. A menudo Jolene intercambiaba un guiño y un saludo con la mano con las chicas que trabajaban en el piso de arriba de Bolyard. ¿Y por qué no? En Echo Falls y en los campamentos mineros circundantes había más de una docena de hombres por cada mujer, con lo que no escaseaba el negocio. Por eso le sorprendió tanto que Georgie Bolyard estuviera echando a una mujer de su *saloon* a la calle.

Jolene soltó la risa cuando aquella mujer, tras sacudirse la espalda de su largo abrigo negro, enderezar la inclinación de su sombrero de última moda, forrado de piel, y recoger el manguito a juego, volvió a entrar a buen paso en el *saloon*. Desde luego, no la amilanaba el mal genio de Georgie Bolyard.

—¡Jarret! —llamó—. Oye, ven aquí. Tienes que ver esto.

Mientras hablaba, vio la ancha cara de Georgie y su panza, más ancha todavía, pasar una y otra vez por delante del ventanal del *saloon*. Estaba marcando su territorio con un aspecto furioso, muy evidente incluso desde la distante perspectiva de Jolene.

—¡Parece que Georgie se ha tragado todas las candelas del infierno!

Jarret soltó un gruñido, se ciñó la ropa de cama a la cintura y se quitó la almohada de la cabeza. Después se arriesgó a abrir un ojo. Era difícil, pero merecía la pena por ver la silueta de Jolene en la ventana. La bata de seda azul le marcaba las curvas, y sus medias negras parecían una sombra sobre la línea de sus piernas. Ella se volvió a mirarlo, y él reparó en que sus ojos tenían el mismo tono castaño que su pelo. Intentó

recordar los acontecimientos de la noche anterior, pero no lo consiguió; al menos, esperaba haberla tratado bien. Jolene, más que una amante esporádica, era una amiga.

—Vuelve a la cama, Jo —murmuró—. Olvídate de Georgie.

Ella negó con un gesto de la mano.

—Estás perdiéndotelo todo. En cualquier momento Georgie es capaz de estallar como un cohete.

Jarret estrujó una esquina de la almohada con la mano brecha y la agarró lo bastante fuerte como para levantarla en dirección a Jolene; riendo, ella la cogió. Jarret apartó la mirada para esconder un arrebato de rabia; no quería hacerle daño al lanzarle la almohada, pero la había arrojado con toda su fuerza... Y su impulso casi la había mandado al otro lado de la habitación.

—Ay, ay... —dijo Jolene, volviendo otra vez su atención a la calle—. Aquí vuelve la mujer y..., allá va su sombrero. ¿Sabes, Jarret? Creo que me gustaría tener una cosita de piel como ésa. Allá, en el Este, es lo último.

—¿Y tú cómo lo sabes? —Jarret se incorporó despacio, con todos los músculos doloridos—. Llevas dos años sin ir más allá de Denver.

—Pues porque hojeo las revistas de moda de la señora Dodd, como todas las mujeres de Echo Falls.

—Usted perdone; no me había dado cuenta —se quedó mirando su atuendo—. Su guardarropa suele ser tan..., eh..., tan modesto...

Aquel juego de palabras no le pasó por alto a Jolene.

—Muy gracioso.

Ella le tiró la almohada, pero no dio en el blanco, y él ni siquiera intentó cogerla. Mientras tanto, abajo, en la acera, la mujer enderezaba de nuevo su sombrero. Después miró a un lado y al otro de la calle como si esperara ayuda, y al no encontrarla, cargó de nuevo hacia el *saloon*.

—No parece de las que necesitan dinero —dijo Jolene—, pero a lo mejor es una fulana de lujo. No me extraña que Georgie la eche. No le gusta pagar a sus chicas más de cinco dólares por la faena de una noche.

Eso hizo que Jarret se acordara de una cosa. Cogió los vaqueros y registró los bolsillos, donde encontró una moneda de oro de diez dólares.

—Debí de tener una buena noche en las mesas.

—A menos que empezaras con veinte.

Él se quedó de piedra.

—¿Empecé con veinte?

—No. Pero en un momento dado te quedaste sin la silla de montar, el caballo y el Remington.

—Dios mío —Jarret meneó la cabeza, casi sin dar crédito a su estupidez—. ¿Cómo estaba? ¿Borracho como una cuba?

Sin dejar de mirar a la calle, ella levantó dos dedos. Por cómo le dolía la cabeza, Jarret aceptó el veredicto de Jolene. Entonces dejó caer la moneda de oro en la mesita de noche de Jolene, se deshizo de la sábana que tenía enrollada a la cintura y empezó a vestirse.

—¿Sabes, Jarret? Una mañana de domingo no pasan muchas cosas, y estás perdiéndote algo de lo que la gente de aquí se pasará hablando el resto del invierno. —Soltó una risilla—. Por Dios, Georgie acaba de tirarle el manguito a la calle... Pero no muerde el anzuelo. Va a tener que recurrir a la fuerza si quiere deshacerse de ella.

Se quedó un momento pensativa.

—¿Crees que a lo mejor Georgie tiene una esposa de la que no ha hablado a nadie?

—Sin duda eso enfurecerá a la esposa que todos sabemos que tiene. —Se abotonó la camisa y remetió los faldones antes de cruzar la habitación y llegar a su lado. El suelo estaba frío—. La verdad es que deberías plantearte poner una alfombra.

Jolene le lanzó una mirada asesina, y él se sentó junto a ella para ponerse los calcetines. Una vez puestos, por fin se volvió hacia la ventana. Entre los dos *saloons*, la calle estaba vacía.

—Pues vaya espectáculo —dijo en plan de broma.

—Calla y mira.

Aguardó dos minutos enteros, pero al ver que nadie entraba en el *saloon* ni salía de él, se puso de pie.

—¿Tienes polvos para el dolor de cabeza? —le preguntó, dándose un masaje en las sienes.

—Encima del tocador, detrás de los perfumes. ¿Quieres que te los prepare?

Él cerró los ojos y se frotó el caballete de la nariz.

—No, ya lo hago yo. No te molestes.

—No lo haré.

Jolene se alisó las mangas de la bata, y entonces el espectáculo de la calle volvió a comenzar.

—Caramba, no se rinde —dijo con tono de admiración—. Ah, espera, del establo llega uno. Debe de haber venido a la ciudad con ella, porque tampoco me suena.

Observó que la mujer hacía gestos al hombre para llamar su atención y luego volvía a entrar en el *saloon*. Mientras tanto, Jarret vertió una cucharadita de polvos para el dolor de cabeza en un vaso y añadió agua. La mezcla burbujeó. Luego dejó la cuchara y fue con la bebida de vuelta a la ventana. Entonces vio que el hombre caminaba a buen paso por la acera de tablas.

—Ese es Duffy Cedar. Ha hecho un montón de exploraciones mineras por aquí. Sólo viene a la ciudad cuando necesita víveres. ¿Dices que trae a una mujer?

—Más bien parece que es ella la que lo trae a él.

Jarret tomó la bebida de un trago y arrugó toda la cara. Era como chupar un limón.

—Juro que no beberé más —dijo.

—Eso ya lo has dicho antes.

—Me refería a estos polvos para el dolor de cabeza.

Jolene sonrió y lo agarró por la manga cuando se apartaba.

—¿Entonces por qué se arrastra Duffy tras una falda?

Jarret se dejó agarrar.

—¿Es una falda bonita?

—No hay forma de saberlo, detrás de todas esas pieles. Aunque, desde luego, es cara.

—Entonces es probable que lo hayan contratado como guía. A veces trabaja para gente de la ciudad que busca una mina. —Se zafó del ligero agarrón—. Voy abajo a ver si consigo que Nick abra la cocina temprano.

—Tendrías más suerte convenciéndolo de que abriera el bar. —Le dedicó una ojeada superficial—. ¿No vas a afeitarte? Tienes un aspecto horrible.

—No creo que a Nick le importe.

Jolene buscó su cepillo y se lo lanzó.

—Al menos, cepíllate el pelo.

Mostrando una amplia sonrisa, Jarret se pasó el cepillo unas cuantas veces por la cabeza despeinada.

—¿Mejor?

—Bueno, por lo menos no asustarás a las demás chicas.

Jarret dejó el cepillo y preguntó:

—¿Huevos? ¿Café?

—Chocolate.

—¿Tocino?

—Un montón.

—Traeré un banquete —le prometió.

Abajo no se veía a Nick Bender por ninguna parte, de modo que se sirvió él mismo en la cocina. Calculó que le había pagado bastante a Jolene como para tener derecho a un poco de desayuno. No tardó mucho en preparar unos huevos revueltos y en freír el tocino, y los aromas del café y el chocolate se mezclaron en el aire. Jarret llenó dos platos y sirvió el chocolate de Jolene. Fue al sostener la cafetera cuando se le durmió la mano. Se las arregló para dar un salto cuando se le resbaló de los dedos,

pero el café salpicó la cocina y el suelo, mientras cafetera y tapadera formaban un estrépito que casi ahogó la sarta de maldiciones de Jarret. De un furioso empellón, echó los platos a un lado y luego sacudió el brazo y el hombro en un intento por devolver la fuerza a la mano. Casi al instante regresó el hormigueo e incluso sintió el pulso en el pulgar. Haciendo caso omiso del desastre que había organizado, salió enfurecido de la cocina y fue al bar, donde buscó el depósito secreto que Nick Bender tenía de whisky del bueno y abrió una botella.

Siempre había despreciado a los hombres que buscaban consuelo en la bebida, y en realidad, su punto de vista no había cambiado. Sencillamente, ahora se contaba a sí mismo entre el número de aquellos a quienes despreciaba. En ese momento Jolene apareció en la parte de arriba de la escalera.

—Es un poco temprano, ¿no te parece?

Jarret sostuvo el cuello de la botella con la mano izquierda. Mejor no correr el riesgo de que se le cayera el whisky.

—Déjalo, Jolene.

—Creía que estabas preparando el desayuno —dijo ella.

—Déjalo.

—No te molestes en volver arriba. Para ti, mi puerta está cerrada con llave.

Giró sobre los talones, resoplando, y regresó a su cuarto. Jarret la vio marcharse y se dijo que le daba igual. Tomó un trago, saboreó la quemazón que lo recorría hasta la boca del estómago y luego dejó la botella en el mostrador con un golpe. A pesar del vasito de whisky, o en parte debido a él, seguía sin pensar con claridad; la rabia era una neblina que le nublaba la razón. Clavó los ojos en la mano, y después abrió y cerró los dedos hasta que no sintió ninguna conexión con aquel apéndice, hasta que lo miró como si no le perteneciera. Y estrelló el puño contra la pared. El dolor borró su ira. Entonces, con frialdad, Jarret se inspeccionó los nudillos magullados y sangrantes, guardó el whisky de Nick y fue a la ventana que había en la parte delantera del *saloon*. Un vistazo al cielo le advirtió de la inminente tormenta de nieve, pero eso no

le preocupaba. No tenía planes de dejar Echo Falls pronto, ya que no había ninguna recompensa que le interesara. Hacía seis semanas que no había habido ninguna. Algo tendría que cambiar. No tenía dinero suficiente para pasar el invierno... Y, según Jolene, la noche anterior había estado a punto de perder las herramientas de su oficio. Soltó una risa amarga al verse la mano derecha. «Toma ya», pensó. En realidad, ya había perdido la herramienta más importante de su oficio; la silla de montar, el caballo y el Remington estaban de más. No era de extrañar que los hubiera apostado.

En el viaje en tren de Nueva York a Denver había consultado médicos en Pittsburgh, Chicago, San Luis y Kansas City. Con el tiempo la bebida había ido difuminando el recuerdo de sus caras compasivas, aunque no había aliviado sus palabras: ni uno de ellos ofreció demasiadas esperanzas de que fuera a recuperar toda la fuerza de su mano derecha. Los amigos de Hollis habían sido concienzudos a la hora de hacerle daño: no volvería a ser el cazador de recompensas que había sido y, además, ya se había corrido la voz sobre su problema. Dentro de poco algún prófugo de la justicia le plantaría cara..., y no cobraría la recompensa. Ya no podría llevar una hacienda en la montaña, que exigía un duro trabajo físico, de modo que apenas importaba que le hubieran robado el dinero; con él no habría conseguido su sueño.

Durante un tiempo la venganza le ocupó la mente, sin que acabara de suponer una solución. No soportaba la idea de que Banks viera el éxito que habían tenido sus tácticas de matón. Para él, la venganza significaba hacerse vulnerable, dejar que el otro supiera el daño que te había hecho... Así pues, Jarret procuró tener siempre cerca una botella para aliviar la herida y aceptó la amargura como constante compañera. La mayor parte de los días prestaba un brillo de dureza a sus oscuros ojos azules, aunque al Pensar en Rennie la amargura se convertía en su coraza... De todos los sueños que albergaba, ninguno le había resultado tan difícil de descartar como los que se referían a Mary Rennie. Dependía del whisky para mantener la cabeza tan entumecida como el brazo y, a veces, incluso funcionaba.

Jarret hundió ambas manos en los bolsillos y se balanceó con suavidad sobre los pies. De repente, al otro lado de la calle, las puertas del *saloon*

de Bolyard se abrieron de golpe. Georgie sacó a empujones a Duffy Cedar y, momentos después, a éste se le unió una bola de pieles femenina que tenía un extraordinario parecido con...

Rennie puso los brazos en jarras y le echó una dura mirada al acobardado Duffy Cedar.

—No dejará que se salga con la suya, ¿verdad?

Duffy se apoyó en la pared exterior de la taberna y se sacó un mondadientes del bolsillo. El cuello de piel de cabra de su abrigo le tapaba casi toda la cara, pero se veía su sonrisa desdentada. El mondadientes justo en medio.

—Ya lo ha oído, señora, y más veces que yo, eso no hay quien lo discuta. Él no la quiere aquí, y no va a hospedarla. Da igual cuántas habitaciones libres tenga. Son todas para las chicas que trabajan, y eso no es exactamente lo que usted tenía en mente al venir aquí.

Rennie miró con odio a su guía.

—Creí que usted había dicho que encontraríamos a Jarret Sullivan en Echo Falls. Por eso estoy aquí.

—Y Georgie le ha dicho a usted que no lo ha visto en dos días. Lo más probable es que haya ido a rastrear por las colinas.

Las «colinas» a las que se refería Duffy Cedar eran las montañas de roca más imponentes que Rennie había visto en su vida.

—Entonces lo seguiremos hasta allí.

—Ni hablar.

Lo dijo en tono bastante agradable, sin dejar de dar vueltas al mondadientes. Rennie bajó a la acera para recoger su manguito, en cuyas pieles se habían pegado trozos de barro congelado. Lo sacudió y metió las frías manos en aquel reducto de calor.

—Escuche, señor Cedar —dijo en tono paciente—. Lo he contratado porque me dijeron que si quería encontrar a Jarret Sullivan usted era el

único que podía dar con él. Pues bien, hemos llegado a Echo Falls, y me niego a aceptar que sea un callejón sin salida. Así que, puesto que la fonda de la señora Shepard está llena, y el señor Bolyard no quiere darme habitación, tendré que probar en el *saloon* de Bender.

Duffy se apartó de la pared y se sacó el mondadientes. Luego, en tono cortés y despacio, como si hablara con un niño, dijo:

—Señora, el local de Bolyard es sobre todo un *saloon* con unas cuantas chicas para animar la cosa. Bender sobre todo tiene chicas que trabajan allí y además gana un poco de dinero vendiendo licor. —Las arrugas de las comisuras de sus ojos se hicieron más profundas cuando los entornó para mirarla—. ¿Entiende lo que quiero decir, señora?

—Que el *saloon* de Bender es un burdel.

Duffy se atragantó un poco y tosió.

—Eso es lo que quería decir, señora.

—Ya entiendo.

—Así que lo más probable es que Nick Bender vaya a aceptarla tanto como lo ha hecho Georgie Bolyard.

—Bueno —dijo Rennie tras una breve pausa—, no lo sabremos a menos que se lo pregunte.

Duffy empezó a poner reparos, pero de pronto su centro de interés cambió de Rennie hasta un punto situado más allá del hombro de ella. Las puertas del *saloon* de Bender se habían abierto y un hombre salía a la acera. Duffy Cedar soltó un silbido.

—Caray, señora, debe de haber nacido con buena estrella.

Siguiendo la mirada de Duffy, Rennie se dio media vuelta y sintió un nudo en las tripas, hecho con una mezcla de alivio y temor. La primera parte de su búsqueda había acabado: había encontrado a Jarret Sullivan. Éste siguió acercándose hasta quedar a sólo unos diez centímetros de distancia. Entonces, con voz tensa, dijo:

—No imagino lo que la ha traído a Echo Falls, pero se aproxima una tormenta. Asegúrese de salir de la ciudad antes de que llegue. —Sus fríos

ojos azules se apartaron de ella—. Tú también, Duffy. No querrás quedarte atrapado aquí con esta zorra.

Dicho esto, se encaminó de vuelta al *saloon*, mientras Rennie se lo quedaba mirando fijamente, con la boca abierta. En ese momento le llamó la atención un movimiento en una de las ventanas del segundo piso, y vio que una mujer se esforzaba por abrirla. Jolene maldijo la ventana, que no se inmutó. Sabía que había captado la atención de aquella mujer, y no quería perderla... Al fin, con un súbito arranque de energía, logró soltar la ventana, que subió de golpe, dejando entrar un chorro de viento del norte. Entonces sacó la cabeza y gritó:

—¿Tiene algún problema con el que pueda ayudarla, señora?

Justo desde debajo del tejado del porche del *saloon*, oyó berrear a Jarret:

—¡No te metas en esto, Jolene!

Eso fue suficiente para confirmar que debía meterse. Ahora que la había visto bien, la mujer que estaba delante del *saloon* de Bolyard no le resultaba del todo desconocida; que recordara, había visto su fotografía en dos ocasiones: una vez que Jarret le pidió que buscara unos cuantos dólares sueltos en el fondo de su bolsa de viaje, y otra, cuando lo sorprendió estudiándola en mitad de la noche. Él no le dijo quién era ni dónde la había conseguido, pero la expresión desolada y amarga de su rostro al guardarla le hizo sentir tanta pena por la mujer como por él. Y ahora se sentía igual de intrigada.

—¡No te preocupes, Jarret! —Y se dirigió a Rennie—: ¿Hay algo que pueda hacer?

Rennie se protegió los ojos del resol de aquel cielo gris.

—El señor Sullivan dice que se acerca una tormenta —le dijo ella—. No hay habitación para alquilar ni en el *saloon* de Bolyard ni en la fonda de Shepard. ¿Habrá quizá alguna en su establecimiento?

A Jolene le hizo gracia oír que hablaran del burdel como de un «establecimiento», y sonrió.

—Estoy segura de que aquí hay alguna habitación; y si no, puede compartir la mía.

Jarret retrocedió para poder ver a Jolene en la ventana.

—No tiene gracia, Jo. Tú no quieres que se quede.

—Eso no es cosa tuya.

—Sí que lo es. —Por encima del hombro dirigió a Rennie una mirada impaciente—. Nick no la dejará quedarse.

Rennie se volvió hacia Jolene.

—Dice que alguien llamado Nick no dejará que me quede.

Jolene descartó la idea con un gesto de la mano.

—Deje que yo me ocupe de Nick. ¿Tiene maletas? ¿Baúles?

—Unas cuantas cosas en el establo —dijo, y volviéndose hacia Duffy añadió—: Usted las traerá, ¿verdad, señor Cedar?

Él mostró una amplia sonrisa y volvió a darle la vuelta al mondadientes.

—Encantado, señora. Sólo tardaré unos minutos.

—Estaré dentro.

Asintiendo, Duffy se fue, y Rennie empezó a caminar hacia el *saloon*. Cuando Jarret le bloqueó el paso la primera vez, intentó rodearlo; la segunda, alzó la cabeza en un gesto desafiante.

—Déjeme pasar, señor Sullivan.

—No.

Sus ojos color esmeralda se oscurecieron.

—¿Es usted el dueño de esta calle?

—No.

—Entonces no tiene derecho a impedirme el paso.

—No va a quedarse en el *saloon* de Bender.

—Ah, ¿entonces es usted el dueño del *saloon*?

—No.

—Pues no tiene derecho a impedir que me quede en él.

—Es que es un burdel, Rennie.

—Ya sé lo que es —dijo ella.

El viento le agitaba las faldas, despeinaba el flequillo que coronaba su frente e inflamaba sus mejillas.

—Si eso no le impide a usted frecuentar ese lugar, a mí no debería importarme. La verdad, estoy muerta de cansancio. Vengo de Denver, después de cruzar una tierra de las más ásperas que he visto nunca, y he pasado tres noches a la intemperie, durmiendo al resguardo del perro de Duffy por el calor que da. No voy a ir a ningún sitio más que al *saloon* de Bender. Iré rodeándolo a usted o por encima de usted, pero créame, señor Sullivan, voy a pasar.

Desde la ventana de arriba Jolene aplaudió.

—Bien hecho.

Eso distrajo Jarret lo suficiente como para que Rennie pasara a su lado. Entonces el alargó el brazo para cogerla, pero vio los magullados nudillos de su mano derecha y la retiró. Además, ¿cuánto tiempo la habría sujetado?

Fue un alivio para Rennie entrar en calor. Dio unos cuantos pisotones, para quitarse el frío del todo y enterró la cara en el manguito.

—Ponle un trago, Jarret —dijo Jolene desde lo alto de la escalera—. Ya sabes dónde guarda Nick lo bueno. Estaré abajo dentro de un momento.

—¿Quiere un whisky? —preguntó Jarret, hosco.

Rennie bajó el manguito.

—No, pero me tomaría un jerez.

Él frunció el ceño.

—No creo que vaya usted a encontrar jerez en ciento cincuenta kilómetros a la redonda.

Ella pestañeó al oír su tono y, con toda la elegancia que pudo, dijo:

—Entonces, el whisky estará bien.

Mientras Jarret trasteaba detrás de la barra, Rennie echó un vistazo a su alrededor. Hasta donde veía, y salvo por las enormes curvas de la mujer medio desnuda que aparecía en el cuadro de encima de la barra, el

saloon de Bender era casi igual que el de Bolyard. El interior estaba mal iluminado y parecía de una austera funcionalidad. La luz de las lámparas de queroseno dejaba un reflejo mate en el estribo de latón que recorría la barra. Media docena de mesas redondas y una veintena de sillas ocupaban la mayor parte de suelo de madera, lleno de marcas. La escalera era empinada y estrecha, y la galería del piso superior permitía ver cuatro habitaciones y un vestíbulo que conducía a las demás.

Jarret deslizó un vaso a través de la barra, y ella lo aceptó al tiempo que comentaba:

—Aquí se está muy tranquilo.

—Es domingo. No hay nada que hacer una mañana de domingo, a menos que se asista a los oficios religiosos.

—Ah... —dijo ella, cayendo en la cuenta—. La reunión en la fonda de la señora Shepard...

Jarret asintió con la cabeza, y en ese momento Jolene bajó la escalera con paso ligero. Su vestido de brocado color bronce combinaba con elegancia tanto con su cabello como con sus ojos. Tendió la mano con cordialidad a Rennie y miró a Jarret a la espera de una presentación.

—Jolene Cartwright, la señorita Mary Rennie Dennehy. —Se detuvo y se dirigió a Rennie—. ¿O ya es la señora de Hollis Banks?

Fue el desdén de su voz lo que la decidió. Jarret ni necesitaba, ni se merecía, saberlo todo.

—Rennie nada más —le dijo a Jolene.

Esta le soltó la mano.

—Es un placer, Rennie. Y llámeme Jolene, o Jo. Aquí no tienen sentido las formalidades, sobre todo si va a pasar algún tiempo con nosotros.

—No va a quedarse —dijo Jarret.

Ninguna de las dos lo miró. Al llegar Duffy Cedar, metió a rastras el baúl de Rennie y dejó en el suelo su voluminosa bolsa de viaje.

—¿Adónde quiere que lo lleve?

Jolene tomó la palabra.

—Al final del vestíbulo hay una habitación que está vacía. La tercera puerta a la izquierda. Jarret, ¿por qué no lo ayudas?

Jarret alzó las cejas.

—Ni hablar —respondió, y luego salió en dirección a la cocina.

Jolene vio que Rennie seguía a Jarret con la mirada, y captó su desesperación. Entonces le cogió la mano y le dio unas palmaditas.

—Todo saldrá bien —dijo con amabilidad. Acto seguido, le gritó a Duffy, que, impaciente, seguía junto a la puerta, cambiando el peso de un pie a otro—. Al piso de arriba con todo.

Musitando para sí, Duffy levantó el baúl y agarró la bolsa.

—No me vendría mal una copita —dijo al pasar junto a la barra.

—Estará esperándote cuando vuelvas —le dijo Jolene, que pasó detrás de la barra y luego colocó una botella en la mesa, junto con un vaso—. Le dejaremos esto. ¿Por qué no vamos nosotras a la cocina? ¿Ha desayunado algo?

Como si esperara una señal, el estómago de Rennie gruñó, y Jolene se echó a reír.

—Creo que eso responde a mi pregunta. Vamos. Es por aquí.

Con expresión amarga y severa, Jarret alzó la vista cuando ellas entraron. No quedaba ni rastro del accidente del desayuno, y en la cocina había otra cafetera al fuego.

—Da la impresión de que por aquí no hay tranquilidad para las personas.

—Ignórelo —dijo Jolene a Rennie—. Tome asiento y prepararé el desayuno. ¿Le van bien unos huevos y tocino?

Rennie se sentó frente a Jarret.

—Estupendo.

—Eso es porque todavía no los ha probado —dijo él—. No es la señora Cavanaugh.

Jolene vio en el fregadero los restos del intento anterior de Jarret con el desayuno y, señalándolo, dijo:

—Por lo visto, tú tampoco. —Se puso un delantal y se metió en faena —. ¿Quién es la señora Cavanaugh?

—Nuestra cocinera —dijo Rennie—. Le envía recuerdos, señor Sullivan.

—Pues ha venido lejos para dármelos —replicó Jarret; se levantó, se sirvió una taza de café y volvió a sentarse sin ofrecerles ni a Jolene ni a Rennie—. Confío en que le devuelva mis recuerdos cuanto antes.

—No tengo previsto irme de Colorado pronto —dijo Rennie.

Jarret miró fijamente su café, con el ceño fruncido. Rennie abrió la boca para hablar otra vez, pero entonces vio a Jolene que, detrás de él, negaba con la cabeza. Para su sorpresa, le hizo caso. Entonces Jolene acabó de cascar los nuevos en la sartén. A tres de ellos se les rompieron las yemas. Se volvió por encima del hombro y le sonrió.

—Me parece que tomaremos huevos revueltos —dijo—. ¿Aún tiene frío?

Cohibida, Rennie se quitó el sombrero, el manguito y el abrigo y los dejó sobre una silla. Llevaba un vestido de lana color granate con ribetes negros, de corte austero, con mangas largas y estrechas, y cuello alto. Salvo por unas pequeñas cuentas de azabache en los lóbulos, no llevaba joyas. Alisándose la parte delantera del traje, se acercó a la cocina y sirvió café para ella y para Jolene. Era consciente de que los ojos de Jarret no se apartaban de ella, y que le atravesaban la espalda. Le temblaron las manos.

—La leche está en el estante de atrás —dijo Jolene.

Rennie cogió la jarra de porcelana y añadió un poco de leche a su café; luego volvió a sentarse a la mesa y tomó un sorbo. Aunque Jolene no dejaba de hablar mientras trabajaba, el silencio entre Rennie y Jarret era evidente y tenso. Al cabo de un instante Jolene colocó un plato delante de Rennie y le sirvió; los huevos revueltos estaban resecos, y el tocino, negro en los bordes, pero Rennie no parpadeó.

—Gracias. Es usted muy amable.

Mirando la comida, Jarret esbozó una afectada sonrisa.

—De nada —dijo Jolene—. En casa de la señora Shepard no le pondrían esto.

—Eso no hay quien lo discuta —dijo Jarret con guasa.

Haciendo caso omiso de él, Rennie se dirigió a Jolene cuando ésta se sentó a su lado con su plato.

—La señora Shepard no me prestó ninguna ayuda. Al ver a la gente reunida en su comedor supuse que era porque no tenía habitaciones libres; ahora sé que es donde se celebra el oficio religioso, de modo que a lo mejor sí que tenía habitaciones.

—Estoy segura de que sí —dijo Jolene—. Pero usted viajaba sola, y...

—Me acompañaba el señor Cedar.

Jolene sonrió.

—No creo que eso supusiera un punto a su favor. Les echó una ojeada a sus vestidos elegantes e hizo una suposición sobre usted. Probablemente por eso la envió al *saloon* de Georgie.

—De modo que pensó que yo era una...

—Prostituta —la interrumpió Jarret.

Rennie se sintió avergonzada. No por ella, sino por la otra mujer. Sus oscuros ojos color esmeralda se empequeñecieron al mirar a Jarret, pero Jolene se apresuró a intervenir:

—Ay, cariño, no se ofenda por mí. Tengo el dinero de Jarret en mi mesita de noche, y eso demuestra la clase de mujer que soy... —Ladeó la cabeza en dirección a Jarret—. Y la clase de hombre que es él.

Las delgadas facciones de Jarret se ruborizaron. Se apartó de la mesa arrastrando la silla y se puso más café; después se quedó de pie junto a la cocina, apoyado en un tajo de carnicero. Saber que había compartido la cama de Jolene hizo que Rennie hiciera un esfuerzo por mantener la calma. Le molestó que eso la molestara. No se lo planteó al tomar la decisión de ir al Oeste. Eso no la habría hecho cambiar de opinión, pero al menos su reacción no la habría cogido por sorpresa.

—Si la señora Shepard no me dejó entrar —le dijo a Jolene—, ¿por qué me echó Georgie?

—Sabe reconocer a una señora cuando la ve —dijo Jolene.

Sin apartar la mirada de ella, Rennie dijo en voz baja:

—Yo también.

Entonces fue Jolene quien se ruborizó hasta ponerse colorada; en silencio, inclinó la cabeza y empezó a comer. Al momento Jarret dirigió su fría y distante mirada azul a Rennie.

—Me parece que ya es hora de que me diga por qué está aquí —dijo—. Con Duffy como guía, no imagino que se haya extraviado.

—He venido a buscarlo a usted —dijo ella con toda naturalidad.

—Y me ha encontrado. ¿Ahora, qué?

Era el mismo, y de algún modo no lo era, pensó Rennie. Sus ojos color zafiro, tan extraordinarios, ahora parecían lejanos, sin rastro alguno de humor. Su regocijada sonrisa también había desaparecido. La noble nariz, las arrugas de las comisuras de sus ojos y sus largas pestañas oscuras eran rasgos familiares en un rostro que resultaba extrañamente desconocido. Que había perdido peso se notaba en cómo le caía la camisa, en su gastado cinturón, corrido ahora un agujero más, y en la tensión de la piel bajo la barba de un día. Ahora hablaba con sequedad, sin aquel regodeo que hacía pensar que disfrutaba de cada instante. Recordó que siempre empleaba el sarcasmo para dejar clara una opinión, pero ése ya no parecía ser su propósito. Ahora Jarret Sullivan era malo, sin más. Rennie dejó el tenedor a un lado y cruzó las manos en torno a su taza de café.

—Creí que usted comprendería que viniera en seguida —dijo—. ¿No se ha enterado de lo que le ha ocurrido a mi padre?

Las oscuras cejas de él se acercaron en un leve ceño.

—Las noticias tardan en llegar.

—No tardan tanto —dijo Jolene, dirigiéndole una mirada llena de intención—. Pero una persona que se pasa casi todos los días mirando el culo de un vaso no se entera de mucho.

—Cierra el pico, Jo —dijo él.

Jolene hizo como si no hubiera oído el comentario.

—¿Qué le ha pasado a su padre, Rennie?

—Ha desaparecido.

Jarret regresó a la mesa y se sentó.

—¿Qué quiere decir con que «ha desaparecido»? ¿Cómo puede un hombre como Jay Mac ir a algún sitio y que no lo encuentren?

Jolene silbó bajito.

—¿Su padre era John MacKenzie Worth?

Rennie asintió.

—¿Lo conoce?

—¿Quién no lo conoce? —preguntó ella—. Debía de ser tan conocido como el presidente Grant.

Jarret levantó la barbilla en dirección a Jolene.

—¿Por qué hablas de él en pasado?

—Porque ha muerto. —Le echó una mirada a Rennie—. Perdone, pero es lo que dicen todos los periódicos que llegan a Echo Falls. El Rocky Mountain News lo llevaba en la portada.

—Lo sé —dijo Rennie—. El artículo lo escribió mi hermana Michael.

Jolene levantó las cejas.

—Pues ahora sí que no la entiendo.

—En eso tienes razón —dijo Jarret—. Rennie, ¿qué quiere decir? ¿Ha muerto Jay Mac o no?

Rennie bajó los ojos y los clavó en sus manos. Las yemas de sus dedos apretaban la taza con tanta fuerza que estaban blancas. En voz baja respondió:

—Depende de a quién se lo pregunte. Michael cree que ha muerto; no es lo que quiere, pero no se convence de lo contrario. Ethan dice que es probable que Jay Mac no haya sobrevivido al descarrilamiento, y Mary Francis lo ha aceptado; Skye y Maggie también. Mamá está de luto, pero aún no cree que sea cierto... He venido por ella... —Hizo una pausa y,

luego, con un hilillo de voz reconoció—: Y también por mí. Las dos tenemos que saber qué ha pasado.

Jarret miró a Jolene.

—¿Qué contaban los periódicos?

—Jay Mac iba en el tren que descarriló cerca del puerto de Iron Ridge hace unas semanas.

—Seis semanas —precisó Rennie—. Fue hace seis semanas. El seis de diciembre. —Alzó los ojos hacia Jarret—. ¿No lo sabía?

Él negó con la cabeza.

—No me he enterado. Ni del descarrilamiento ni de lo de Jay Mac.

Jolene prosiguió, mientras sus ojos castaños iban y venían de uno a otro.

—Murieron sesenta personas en el descarrilamiento, incluido todo el personal, salvo un mozo de equipajes, creo. El tren se salió de la vía en un lugar llamado...

—El Salto de Juggler.

Rennie y Jarret lo dijeron al mismo tiempo.

—Conozco ese sitio —dijo él cuando Rennie le dirigió una mirada interrogante—. Es una curva peligrosa, y desde allí no se va más que hacia abajo. Lo siento, Rennie.

Lo dijo como si fuera sincero, y también como si Jay Mac estuviera muerto de verdad. Ella meneó la cabeza.

—Pero su cuerpo no se ha encontrado —dijo—. Ethan viajó desde Denver para dirigir la búsqueda y no encontró el cuerpo de mi padre. Fue el único al que no encontraron.

—No es tan raro —dijo Jolene en voz baja—. Esa zona es agreste, Rennie, e imprevisible.

—Mi cuñado dice lo mismo —asintió ella.

Jarret habló con franqueza. Era imposible ahorrarle el dolor y, al mismo tiempo, hacer que se sobrepusiera.

—Debería haber escuchado a Ethan. Él conoce esta zona. No estaba...

—Dice que usted la conoce mejor. —En su voz había un desafío; no había ido tan lejos para que la rechazaran así como así—. Cuando escribí a Ethan y a Michael y les conté lo que pretendía hacer, Ethan me dijo que tenía que venir a verlo a usted.

—¿Y ahora que está viéndome...?

—Quiero contratarlo, señor Sullivan. Quiero que me lleve al Salto de Juggler y que me ayude a encontrar a mi padre.

Jolene observaba a Jarret, que parecía arrepentirse de haber dejado la botella en el bar. Por eso no le sorprendió su respuesta.

—No estoy libre —dijo escuetamente.

—Pero...

Jarret se levantó de la mesa.

—Olvídelo, señorita Dennehy. No me interesa.

A continuación salió de la cocina antes de que ella pudiera decir nada más. Jolene suspiró y miró a Rennie con curiosidad.

—¿De verdad creyó que la ayudaría?

Rennie apartó su plato.

—Creí que aceptaría el dinero. Ya lo hizo antes.

—Pues parece que esta vez no lo quiere. Mire, cariño, probablemente quiere ahorrarle angustia y dinero.

—A él le da igual lo que yo sienta.

—Pues el dinero también le da bastante igual.

Rennie lo dudaba. Jarret Sullivan era un cazarrecompensas. Si eso no quería decir que le interesaba mucho el dinero... Y además, había aceptado diez mil dólares de Jay Mac para entrometerse en su vida. No sólo le interesaba el dinero, sino que era codicioso. Entonces vio que su error había sido no mencionar la cantidad que estaba dispuesta a pagar.

—¿Adónde ha ido? —preguntó.

Jolene se encogió de hombros.

—No lo sé muy bien. Arriba, quizá, o de vuelta a su cabaña. Tiene una casita a las afueras de la ciudad, que ganó en una partida de cartas hace unos meses. —Al figurarse lo que Rennie estaba pensando, negó con la cabeza—. No le aconsejo que vaya tras él ahora. Por un lado le duele la cabeza y, por otro, le gusta su intimidad. Dele tiempo para que se piense su oferta.

—No tengo tiempo —repuso Rennie—. Usted misma ha dicho que se acerca la nieve, y si no salimos ahora mismo, se perderá todo rastro de mi padre.

Contra el consejo de Jolene, agarró su abrigo y corrió en pos de Jarret. En el *saloon* no había más cliente que Duffy Cedar, que, en cuanto la vio salir de la cocina, supo a quién buscaba. Levantó su vaso de whisky y señaló a la calle. Rennie se puso el abrigo según salía por la puerta y, al asomarse, vio que Jarret caminaba hacia el establo. Lo llamó, pero como él no la oyó, o fingió no oírla, se remangó las faldas y corrió tras él. Lo alcanzó delante del almacén de Henderson. Fue a agarrarle el brazo, pero sólo le rozó la manga.

—Señor Sullivan, por favor, tenga la cortesía de detenerse mientras le hablo.

Él se detuvo. De hecho, se detuvo tan en seco que Rennie estuvo a punto de chocar con él y se quedó trastabillando. Él no hizo el menor intento por sostenerla.

—¿Qué quiere? —preguntó con impaciencia.

—Me he desvivido por encontrarlo a usted —dijo ella—. Lo menos que podría hacer es escucharme. Por encontrar a mi padre estoy dispuesta a ofrecerle un cincuenta por ciento más de lo que él el ofreció por detener mi boda.

—¿Quince mil dólares?

—Exacto. —¿Habría despertado su interés?

—Váyase a casa, señorita Dennehy.

A Rennie le vacilaron las piernas. Por la mala intención que tenía su voz, muy bien podría haber dicho: «Váyase al cuerno.»

—Voy a ir al Salto de Juggler —dijo ella—. Con usted o sin usted, voy a averiguar lo que ha pasado con mi padre.

—Sin mí.

Él empezó a alejarse.

—Veinte mil dólares.

Y entonces lo dijo:

—Váyase al cuerno.

Rennie no intentó seguirlo. Esperó hasta verlo desaparecer dentro del establo y luego regresó al *saloon* de Bender. Jolene estaba esperándola.

—¿No ha cambiado de opinión? —preguntó.

Rennie negó con la cabeza.

—Llevaba usted razón. —Miró a su alrededor—. ¿Dónde está el señor Cedar?

—Debajo de la mesa.

—¿Ha bebido demasiado?

—Véalo usted misma. Está bajo la mesa.

Rennie miró ahora debajo de la mesa, y allí estaba Duffy: tendido de espaldas, con los ojos cerrados y la botella vacía de whisky aguado junto a él. Su pecho se alzaba bruscamente al ritmo de sus ronquidos.

—Creo que por este lado no obtendré ayuda —dijo con disgusto.

—¿Qué quiere decir?

—Si el señor Sullivan no quiere ayudarme, he de encontrar a alguien que quiera hacerlo.

—No va a encontrar a nadie que se ponga en camino esta tarde. No hay tantos idiotas en Echo Falls. Quizá ni siquiera en todo Colorado. Y menos con la tormenta que se avecina.

Rennie se quitó el abrigo y lo dobló sobre el brazo.

—Entonces, ¿qué tendría que hacer, Jolene?

Ella se encogió de hombros.

—Lo que la mayoría de nosotros hace en estos casos: esperar.

Esperar no era lo que a Rennie se le daba mejor, pero no se lo dijo; en vez de eso, preguntó:

—¿Puede enseñarme mi habitación?

—Claro. Casi es la hora de que todos empiecen a levantarse por aquí... Un momento estupendo para que usted desaparezca.

El vestidor que Rennie tenía en su casa era más grande que la habitación que le mostró Jolene, pero daba igual; tenía una cama, y eso bastaba. Cuando Jolene salió a buscar a Nick Bender para hablarle de la nueva huésped, Rennie sacó de la maleta unos cuantos artículos de tocador y los puso sobre la cómoda de pino. Después de ladear el espejo agrietado que había encima hasta dejarlo en un ángulo conveniente, se quitó las horquillas del pelo y se lo cepilló. Cuando las lágrimas acudieron a sus ojos, fingió que era por culpa del duro cepillo, cuyas cerdas le pinchaban el cuero cabelludo; el rincón de su cabeza que sabía la verdad guardó silencio. A continuación, se quitó el vestido y los zapatos, y se echó en la cama. El colchón era blando y se hundía en el centro, pero el edredón de plumas daba calor. Se giró de lado y miró por la ventana. La vista volvió a enturbiársele cuando cayeron los primeros copos de nieve. Y, por primera vez en seis semanas, poco a poco fue quedándose dormida, pensando en alguien que no era su padre.

La nevada duró dos días. Rennie nunca había visto nada parecido. Como había muy poco que hacer salvo mirarla, se familiarizó hasta con el último detalle caprichoso de la nieve que caía. Llegó en oleadas a lomos del viento, a rachas y en remolinos, borrando primero las cumbres montañosas, luego los pinos y, por fin, hasta el propio Echo Falls. Desde la parte de atrás del *saloon* hubo que tender una cuerda hasta el retrete con el fin de que los huéspedes y los clientes pudieran atender las exigencias de la naturaleza. Los mineros que entraban llevaban nieve en las botas y, cuando se la sacudían, dejaban charcos de aguanieve en el interior del *saloon*.

El *saloon* de Bender estaba animado. Los mineros no podían acceder a las minas, pero no tenían tanta dificultad a la hora de dirigirse allí. Durante dos días, Rennie hizo caso de Jolene y evitó la ruidosa actividad que reinaba en la planta baja, pero la mañana de su tercer día en Echo Falls estaba harta. Bajó para huir del aburrimiento y, en lugar de eso, encontró la forma de huir de Echo Falls. En Nueva York a Clarence Vestry y Tom Brighton no les habría echado ni un vistazo, pero aquello era Colorado, y Rennie hizo más que mirarlos. Los contrató. Así, al llegar la tarde, ella y sus guías iban camino del *Salto* de Juggler.

—¿Por qué no has venido antes? —inquirió Jarret mientras se ponía el cinto; luego se lo ciñó bien, se ató la cartuchera a la pierna y le lanzó la alforja a Jolene—. Haz algo útil. En el armario de allí hay unas latas de comida, y encontrarás cecina en la despensa. Voy a coger ropa y a hacer un petate.

Jolene estuvo a punto de tirarle la alforja, aunque no lo hizo porque le preocupaba lo que le ocurriera a Rennie.

—No tienes derecho a hablarme así —le dijo con severidad al tiempo que se dirigía a la cocina de la cabaña de Jarret, mientras él subía al desván—. He venido tan rápido como he podido. Hay casi tres kilómetros, ¿sabes?, y durante la mayor parte del camino la nieve me llegaba a la cadera.

Jarret soltó un resoplido ante su exageración.

—Si no la hubieras dejado irse... —El resto quedó sin decir.

—Me parece que yo aquí no tengo ni voz ni voto. No vino a buscarme a mí, ni a pedirme ayuda a mí, ¿vale? Si hubiera sabido lo que tramaba, ¿no crees que habría intentado detenerla? Le advertí que nadie de Echo Falls sería tan idiota como para llevarla hasta el Salto con este tiempo... No creí necesario hablarle de ladrones como Tom y Clarence.

—Espero que estés preparándome las cosas —berreó él desde arriba, sin dejar de recoger su ropa y unas mantas.

—Voy todo lo a prisa que puedo. ¿Quieres harina? ¿Azúcar?

—De todo. Por ahí abajo hay otra bolsa. Búscala y llénala. Voy a salir con dos caballos. Me llevaré a *Zilly* y a uno de Duffy. Todavía no se ha ido de la ciudad, ¿no?

—No, pero no sé si va a dejarte uno de sus caballos.

—No tendrá elección.

Bajó por la escalera, con el petate y la ropa bajo el brazo. Lo dejó caer todo en la mesa de la cocina y luego fue a por su Winchester y a por la munición.

—¿Hasta dónde crees que la llevarán? —preguntó Jolene.

Jarret no quería hablar de eso. En silencio, añadió los cartuchos a las bolsas que ella estaba preparando, y ésta se encogió al verle la cara. Tom Brighton y Clarence Vestry no irían muy lejos cargando con Rennie, y Jarret lo sabía. Le robarían a la primera oportunidad. Y la perspectiva de lo que fueran a hacerle después hacía que los ojos de Jarret parecieran más fríos que toda la nieve que Jolene había tenido que afrontar mientras se dirigía a la cabaña.



Capítulo Siete

Rennie estaba cansada. El aire era tan frío que le hería los pulmones, y cada respiración suponía un esfuerzo, pero el orgullo le impedía quejarse..., y el miedo le impedía desmontar. De vez en cuando Tom y Clarence echaban una ojeada hacia atrás, la observaban y luego intercambiaban una mirada que bastaba para que se mantuviera bien tiesa en la silla de montar. Aunque sólo habían pasado unas horas desde que habían salido de Echo Falls, estaba dispuesta a admitir que había cometido un error..., y que no tenía ni la menor idea de cómo afrontar la situación. Durante el trayecto de Denver a Echo Falls, ni una sola vez había sentido miedo en compañía de Duffy Cedar. En el tren y a campo abierto se había mostrado paciente con ella, respetuoso pero no servil. Sus ojos nunca la habían mirado de soslayo de forma insultante... Entonces se acordó de que no había sido ella quien eligió a Duffy como guía, sino Ethan, que conocía su carácter y su reputación antes de dejarla partir con él. Cuando Ethan y Michael se dieron cuenta de que no podrían impedir que hiciera aquel viaje, Ethan hizo todo lo posible para que, al menos, fuera seguro.

A Rennie le había quedado claro que Jarret no sentía esa misma responsabilidad. Cuando rechazó su oferta, debió de figurarse que no cejaría, y sin embargo no hizo nada para aconsejarla. Después de dar cuenta de la botella, Duffy Cedar no estaba en condiciones de seguir acompañándola, de modo que le tocó a ella encontrar otra escolta hasta el Salto de Juggler..., y, de hecho, encontró a dos. Cuando oyeron su proposición, Tom Brighton y Clarence Vestry no dieron muestras de mucho entusiasmo. Eso la puso sobre aviso. Señalaron las dificultades, igual que habían hecho Duffy y Jarret, y antes, Ethan. Asimismo, se negaron a viajar con sus baúles y sus muías de carga, y le aseguraron que, si decía en serio lo de ir hasta allí, tendría que estar dispuesta a

viajar con menos comodidades. Para hacerse con sus servicios, estuvo dispuesta a hacer cuanto sugerían. Ahora tenía muy claro que había juzgado mal a sus acompañantes. Probablemente Jolene le habría aconsejado que no fuera, pero cuando fue a pedirle consejo, Jolene estaba ocupada con un cliente y, en lugar de esperar, le dejó una nota. Ahora le preocupaba: después de todo lo que había hecho, Jolene se merecía más que un gracias y un adiós garabateados a toda prisa.

Rennie sentía los dedos fríos, pese a que sus guantes de cuero tenían un forro. El sombrero se le caía hacia adelante, de forma que una franja oscura le ribeteaba las cejas. Igual que sus acompañantes, llevaba una bufanda envuelta en torno a las orejas, la nariz y la garganta para protegerse contra el viento. Ellos llevaban sus armas al costado; ella, en el bolsillo. Sus pensamientos giraban en tantas direcciones que no oyó el aviso de Tom para detenerse. Al verlo levantar la mano tiró de las riendas. Entonces se bajó la bufanda lo bastante para preguntar:

—¿Por qué nos paramos aquí?

—Me parece que ya hemos llegado bastante lejos por hoy.

Rennie frunció el ceño, pero Tom ya estaba desmontando. Era un hombre enjuto y fuerte, que andaba con cierto pavoneo saltarín. Caminar penosamente por la nieve reducía ese garbo, pero no demasiado.

—No lo entiendo —replicó—. No hemos recorrido mucho, y aún queda luz.

Clarence siguió el ejemplo de Tom. Llevó su yegua al amparo de unos pinos y la ató allí. Clarence era más bajo que Tom, y achaparrado. Se movía de forma lenta y rígida, pero parecía cumplir con sus tareas al mismo tiempo que su amigo.

—No hay suficiente luz para llegar al siguiente abrigado —dijo—, y ahora sabemos dónde estamos. Este es un buen sitio para detenerse.

Tom le quitó la albarda a su caballo.

—No se puede estar toda la noche en la silla —le dijo a Rennie—. Le dijimos que era mejor esperar a mañana, pero usted insistió en salir hoy.

Era cierto que había insistido... Aunque entonces también pensaba que llegarían más lejos.

—Ustedes me hicieron creer que cabalgaríamos de noche —les recordó.

—No recuerdo haber dicho eso —dijo Tom; miró a Clarence—. ¿Y tú?

—Tampoco.

Rennie se quedó en la silla, pero luego aceptó que no tenía más elección que desmontar. Ellos ya habían quitado las albardas y las sillas, y estaban almohazando sus caballos. Debajo de ella, la yegua color canela empezaba a inquietarse. A Rennie le dolía todo el cuerpo, y el frío le calaba hasta los huesos. Le costó trabajo mantener el equilibrio sobre la nieve, pues sus botas resbalaban sobre el crujiente sendero marcado por Tom y Clarence. No les pidió ayuda para llevar la silla de montar y el equipo, y ellos tampoco se la ofrecieron. Duffy había sido más servicial y la ayudaba con parte del trabajo más duro. Un Poco a su pesar, se le ocurrió que Tom y Clarence parecían haberla creído cuando comentó que sabía cuidarse sola. No era el momento de decirles lo contrario.

Tuvo la agradable sorpresa de descubrir que era más capaz que cuando empezó su viaje. Las pacientes enseñanzas de Duffy le eran muy útiles ahora. Cuando acabó de ocuparse de *Albión*, fue a buscar leña mientras Tom y Clarence despejaban la zona donde encenderían el fuego y dormirían. Observó que, al regresar, la conversación que mantenían se detuvo bruscamente, como si hubieran estado hablando de ella, y el corazón le martilleó un poco más fuerte en el pecho. Dejó caer la leña y empezó a preparar el fuego. Con disimulo, comprobó que su Smith & Wesson seguía en su bolsillo. La tranquilizó sentir su forma y su peso; lo único que no le provocaba intranquilidad era usarlo. Después se agachó delante del fuego y se calentó las manos sin quitarse los guantes. Sus faldas cayeron a su alrededor, e intentó secar el empapado bajo hasta que Tom le pidió que preparara el café.

—Me han dicho que el mío sabe amargo —dijo ella, cogiendo el bote.

—Mientras esté caliente... —gruñó Tom.

—Caliente sí que me sale.

Frunció el ceño al ver que su comentario provocaba otra mirada de complicidad entre los dos hombres. Luego Clarence sacó de su equipaje

una sartén y la puso sobre el fuego. Dejó caer en ella un poco de manteca y, cuando la tuvo crepitando, añadió judías y carne de cerdo. Cada vez que el viento daba una tregua, el aroma se arremansaba en el aire. A Rennie se le hizo la boca agua. Cogió su plato y su jarra, los dos de lata, y después de que los hombres hubieron tomado su parte, se sirvió. La sorprendió un poco ver que aún quedaba algo en la sartén. Clarence había preparado más de lo que necesitaban. Sin embargo, Duffy le había enseñado que era mejor quedarse corto en una comida que desperdiciar un bocado. Nunca se sabía lo que les depararía el futuro. Sentada en su silla de montar, Rennie comió despacio, disfrutando del calor de cada mordisco. El café estaba tan caliente que casi le quemaba, pero incluso así le sabía bien.

—¿Saldremos de nuevo con las primeras luces? —les preguntó.

Tom asintió.

—Será lo mejor. ¿Sabe una cosa, señora? Clarence y yo nos preguntábamos qué la ha traído a Echo Falls. Porque si tiene tan metido entre ceja y ceja (y perdone la expresión) llegar al Salto de Juggler, lo cierto es que se ha desviado un buen trecho. A lo mejor Duffy Cedar la ha guiado al tuntún.

—No, el señor Cedar es un buen guía. —Intentó recordar qué les había contado—. Sólo lo contraté para que me ayudara a buscar a Jarret Sullivan. ¿Lo conocen?

—Sería muy difícil no conocerlo —dijo Clarence—. Echo Falls no es que sea una ciudad muy grande.

—Pero, según creo, se ha instalado allí hace poco. El señor Cedar no estaba demasiado seguro de que fuéramos a encontrarlo.

—Sullivan viaja mucho por aquí y por allá. Imagino que usted lo encontró y él la rechazó.

—Exacto.

—Una suerte para nosotros —dijo Tom—. Aunque no entiendo que rechazara el dinero. Por lo que sé, sus bolsillos casi siempre están vacíos.

Eso la sorprendió.

—¿Ah, sí? Me pregunto qué hizo con... —sin terminar la frase, se encogió de hombros—. No importa. Jolene dice que juega mucho al póquer.

Probablemente había perdido todo el dinero de Jay Mac.

—Eso no hay quien lo discuta —dijo Clarence, y soltó una risa disimulada—. No aguanta las cartas mejor de lo que aguanta el licor.

Tom soltó una estruendosa risotada.

—Ni punto de comparación con nosotros, ¿verdad, Clarence? Y ya ni puede sostener un arma...

Se rieron a carcajadas, y Rennie miró a uno y a otro, intentando entender qué les parecía tan gracioso. Lo que sí era evidente era que ninguno de los dos sentía demasiado respeto por Jarret Sullivan, y eso le extrañó mucho. Aun cuando se lo conociera de forma superficial, a ella le parecía que si algo infundía era respeto. Al ver su mirada desconcertada, Tom dejó de reír.

—No nos haga caso, señora. Sólo es una broma entre amigos... —Le dio un codazo a Clarence—. Estaba pensando si podríamos hablar de la paga.

Rennie sintió que se le erizaba el vello en la nuca.

—Creo que dejé claro que sólo habría dinero si me llevaban al Salto, y ya les di dinero para los víveres. Tendrán que esperar para el resto.

—El caso es que ni a Tom ni a mí se nos da muy bien eso de esperar —dijo Clarence—, y menos cuando se trata de la cantidad de dinero que usted ha ofrecido.

Las manos de Rennie se deslizaron en sus bolsillos.

—No creerán en serio que llevo esa cantidad encima, ¿verdad? Tengo previsto hacerles una letra de cambio por el dinero cuando lleguemos a nuestro destino, y pueden cambiarla por efectivo en cualquier banco. El Northeast Rail la aceptará y la abonará.

—Lo creo —dijo Tom asintiendo con la cabeza—, pero eso no me hace cambiar de opinión. Creo que es mejor tener ya esa letra de cambio. El Salto de Juggler está a mucha distancia, y a lo mejor a usted le pasa

alguna cosa. ¿Y si no puede escribir una vez que hayamos llegado allí? ¿Y si se ha roto el brazo, o algo? Clarence y yo habríamos perdido mil dólares. Esa clase de cosas pone nervioso a un hombre.

Rennie se esforzó por mantener la calma.

—Pues me parece que comprenderán lo nerviosa que me pondría a mí escribir la letra de cambio ahora. —La risa simpática con que los dos pretendieron tranquilizarla tuvo justo el efecto contrario—. Creo que voy a acostarme.

Se puso en pie, recogió la silla de montar y el petate y los apartó del fuego. Mientras se marchaba, Clarence, que estaba observándola, le dijo:

—Tendrá frío ahí.

—Estaré bien.

Primero Rennie extendió una tela de hule para proteger las mantas y la ropa, y después colocó una gruesa manta de lana encima. Entonces, usando la silla de montar como almohada, se tumbó y se tapó con dos mantas más finas. Duffy le había dicho que empleara varias capas de ropa para vestirse y para dormir, y que secara siempre todo lo que se mojase; de nuevo sus consejos estaban siéndole muy útiles. Se puso lejos del fuego. Le preocupaba mucho más el posible timo de sus dos acompañantes que la congelación. Clarence y Tom estuvieron hablando en voz baja un rato antes de añadir leña a la hoguera y extender sus mantas. Rennie siguió agarrando su revólver de bolsillo hasta que oyó que se dormían, e incluso entonces esperó un rato antes de sentarse.

En la noche no se oía prácticamente nada. El viento se había calmado, y la nieve absorbía las pisadas de los animales nocturnos. Si sonaba algún chasquido de ramita o un susurro en las copas de los árboles, quedaba bastante más allá de los límites que iluminaba el fuego. Rennie se movió con cautela y en silencio. No estaba segura de si sería capaz de encontrar el camino de vuelta a Echo Falls, pero sí sabía lo que le aguardaba si se quedaba. Mejor arriesgarse a afrontar los elementos que enfrentarse a uno de sus guías..., o a los dos. Acarició a *Albión* y la calmó antes de ponerle la silla. Acababa de abrochar la cincha cuando se dio cuenta de que la inquietud de la yegua se debía a otro motivo. Se volvió despacio, al tiempo que dejaba caer las manos a la altura de los bolsillos.

Tom estaba a pocos metros de ella, con el arma desenfundada. Llevaba subido el cuello de su grueso gabán, pero la bufanda estaba bajada hasta la barbilla, y al sonreír mostró dos incisivos que a Rennie le parecieron colmillos.

—¿Nos abandona usted? —preguntó con desenfado.

—Yo... Tenía frío —dijo ella sin convicción—. Creí que sería mejor dar una vuelta.

Él se rió sin humor.

—Dar una vuelta es una cosa, pero usted parece que se disponía a marcharse.

—Falta poco para que amanezca, ¿no?

—Sabe condenadamente bien que no. Tenemos ocho horas más hasta que claree lo bastante como para que nos vayamos. Lo que necesitaba usted es acercarse más al fuego. —Se volvió—. ¿No es así, Clarence?

—Así es. Por aquí, donde yo la haga entrar en calor.

Las estropajosas cejas de Tom se levantaron en un gesto interrogante cuando miró a Rennie.

—¿Y bien? ¿Qué le parece? ¿Acepta la oferta de Clarence?

—Me parece que no —dijo ella, manteniendo una apariencia de tranquilidad.

Él hizo un gesto, como si pensara detenidamente en su negativa.

—Entonces a lo mejor quiere pensar lo que le voy a decir. Quisiera que nos escribiera esa letra de cambio ahora. Me parece que...

—No voy a hacerlo.

Tom prosiguió, como si ella no hubiera hablado.

—Me parece que estaba usted a punto de salir corriendo sin pagar su deuda. Clarence, ¿qué te parece si levantas la grupa y ves si encuentras lo que buscamos? —Sonrió a Rennie—. Si él no lo consigue, tendré que registrarla.

Rennie se apartó de *Albión* mientras Clarence echaba un vistazo a sus pertenencias. En seguida dio con un pequeño libro de cuentas con tapas

de cuero negro, que contenía una docena de cheques en blanco. Lo sostuvo en alto para que Tom lo viera y gritó:

—¡He encontrado plata! —Se lo lanzó y siguió registrando; al fin halló el compartimento secreto donde Rennie guardaba las monedas y los billetes—. ¡Parece que lleva casi trescientos dólares aquí! ¡Figúrate!

—Figúrate —repitió Tom en voz baja, guardando el arma—. ¿Has encontrado algo para que escriba?

—Pluma y tinta —dijo Clarence, soltando una risilla mientras sostenía en alto ambas cosas—. Y ninguna de las dos se ha helado.

—Bien —dijo Tom—. Su sangre habría sido mi segunda opción.

Rennie palideció.

Tom hizo un gesto a Clarence para que le acercara la pluma y la tinta, y luego se las llevó a Rennie, junto con el libro de cuentas.

—Si se pone por aquí, verá lo que escribe. Son dos mil para cada uno, señora. No somos codiciosos.

Firmar la letra de cambio era firmar una sentencia de muerte, y Rennie lo sabía. Cuando sacó las manos de los bolsillos, sostenía el Smith & Wesson.

—Retroceda, señor Brighton —dijo—. Estoy dispuesta a usarla.

—Más vale que hagas lo que dice —le dijo Clarence a su amigo—. Nunca me he fiado de una mujer con un revólver, sobre todo uno de esos chismecillos elegantes.

Tom dio un cauteloso paso hacia atrás y en el mismo movimiento, le lanzó a Rennie el libro de cuentas. Ella disparó, pero el libro de cuentas le golpeó la muñeca, y el tiro salió desviado. Al instante comprendió que no dispondría de una segunda oportunidad. La agarraron y la tiraron al suelo de un empujón. La hoguera le chamuscó el puño de piel del abrigo. Ella se puso a repartir golpes sin mirar adonde, atacando con puñetazos y patadas. Por casualidad más bien que a propósito, una patada alcanzó en los genitales a Tom, que aulló, se echó atrás un momento y luego le dio un puñetazo en el vientre. El grito de Rennie se le murió en la garganta cuando el aire salió a la fuerza de sus pulmones. De repente, la

noche se había llenado de sonidos: las ramas altas se cimbreaban entre crujidos, al tiempo que los pájaros y los pequeños mamíferos huían de los agudos gritos de la mujer y de las fatigosas respiraciones de los hombres. Los caballos, nerviosos, relinchaban y resoplaban. Una manada de lobos huyó, aunque luego se volvieron más audaces.

La bufanda de Rennie, que le habían arrancado de la cara, salió volando hasta quedar cerca del fuego, y las llamas lamieron los flecos del remate. La boca de Clarence le destrozaba la suya, mientras Tom le desgarraba los cierres del largo abrigo. Unas manos se deslizaron bajo las pieles y la cogieron por los pechos. Rennie no reconocía como suyos aquellos gritos heridos y lloriqueantes. La bilis le subió por la garganta cuando una lengua se le metió entre los dientes; entonces los cerró en un mordisco y notó un sabor a sangre, pero Clarence volvió a levantarse y le dio un bofetón con la palma de su mano. Las lágrimas le enturbiaron la vista y se le helaron en las mejillas. Oyó que el cuello de su vestido cedía bajo los dedos frenéticos de Tom. Unos guantes de cuero le rasparon la piel, y su carne desnuda se estremeció por el aire frío. Su gemido se convirtió en un lamento cuando la boca de él se cerró sobre su pezón. Rennie quiso utilizar las manos como garras, pero las llevaba cubiertas por los guantes y no sirvió de nada. Agarró un puñado del pelo de Tom y tiró, pero él le clavó los dientes en la piel y tuvo que soltarlo. Rompió en sollozos, mientras las manos —ya no sabía de quién— le levantaban la falda y tiraban de sus bragas. Clarence gruñó:

—Yo primero. Esta vez no estoy dispuesto a coger tus desperdicios. —Trasteó en vano con la bragueta de sus pantalones, hasta que se quitó los guantes y acabó la tarea—. Sujétala. No quiero que me dé un rodillazo en las partes.

Las manos de Tom sujetaron con firmeza los hombros de Rennie mientras ella luchaba por incorporarse. Su cuello se arqueó. Gritó. De un violento tirón le subieron las piernas y se las separaron, y luego el cuerpo de Clarence las mantuvo separadas. Por el rabillo del ojo vio que las llamas prendían del todo en un extremo de su bufanda. Entonces sus dedos se cerraron en torno al extremo que ardía sin llama y se lo lanzó a la cara. Clarence gritó cuando el fuego le quemó la frente y agarró la bufanda, mientras echaba hacia atrás la cabeza jadeando. El eco de su

grito enfurecido resonó en las montañas; tan fuerte, que no oyó el sonido que lo mató. Clarence se desplomó hacia adelante, sobre el cuerpo de Rennie. Al instante, de un salto, Tom se quitó de en medio y cayó de espaldas, y, pataleando, intentó ponerse a cubierto. Con un ronco aullido, Rennie empujó en vano los hombros de Clarence. Agarró la bufanda que seguía ardiendo y la lanzó lejos, antes de que las llamas le lamieran su propia cara. El miedo le oprimía el pecho y le dificultaba la respiración.

Vio que Tom sacaba su arma y disparaba hacia el oscuro bosque de pinos. Algo húmedo y caliente le goteaba entre los pechos y, aterrada, volvió a empujar el cuerpo de Clarence. Esta vez logró quitárselo de encima, y entonces se sentó y se miró. Tenía los pechos manchados con su sangre. Se llevó una temblorosa mano al seno e intentó limpiarse, mientras sus angustiados ojos buscaban en las sombras a su salvador, más allá de los límites de la luz. En ese instante Tom se deslizó detrás de ella y le rodeó el cuello con el antebrazo. Le apretó la tráquea hasta que Rennie se dejó caer sobre él, y luego, usándola como escudo, Tom mantuvo el revólver en alto y fue moviéndolo despacio de un lado a otro en previsión de otro disparo.

—¿Quieres que la compartamos? —gritó—. Si se trata de compartir la mujer, no me importa. Hasta me da igual si la quieres toda para ti.

Las manos de Rennie le arañaron débilmente el antebrazo. Sentía arcadas. Él le dio una leve sacudida y aflojó su agarrón lo suficiente como para dejarla respirar. De nuevo gritó a su enemigo del bosque:

—Tiene dinero. Más dinero del que te imaginas. No hay más que hacerla firmar estos trozos de papel. Y lo hará, seguro. Sé un hombre y verás cómo hace lo que quieras.

Rennie cruzó los brazos y subió las rodillas. Temblaba tanto que a Tom le resultaba difícil mantener firme el revólver; entonces volvió a apretarle el cuello.

—¿Me oyes? —voceó—. ¿Quieres parte de ella, o parte de su dinero? ¿Quieres parte de los dos?

A Tom se le ocurrió que tal vez su asaltante estuviera dando la vuelta en el bosque, por detrás de él, de modo que, agarrado a Rennie, empezó

a girar despacio con ella, al tiempo que levantaba la cabeza hacia los pinos, intentando oír una pisada o el chasquido del martillo de un revólver.

—¡Ven a por él!

Su aliento en la oreja le pareció muy áspero a Rennie. Con tono bronco, le susurró:

—Dígaselo. Dígale que lo desea. —Le apretó el cañón del arma contra la mandíbula—. ¡Dígaselo, maldita sea!

—Lo deseo —dijo ella con voz ronca.

Tom agitó el arma otra vez.

—¡Más alto! ¡Dígaselo más alto!

—Lo de...

El destello de luz y la detonación fueron casi simultáneos; y aunque Tom devolvió el disparo, la bala que tenía en el hombro hizo que errara el blanco. El dolor le quemó el pecho cuando la fuerza de la bala lo impulsó hacia atrás. Rennie se desplomó en el suelo. Otra bala, esta vez en el brazo con el que sostenía el revólver, lo obligó a dejar caer el arma. Sollozó débilmente, agarrándose a sí mismo mientras trataba de huir de donde venían los balazos. Entonces Jarret salió del bosque y entró en el círculo de luz. Su sombrero dejaba a oscuras parte de su cara, pero no escondía el músculo que le latía en la mandíbula.

Tom lo reconoció al instante.

—¡Tú! ¿Qué quieres tú?

—Creí que lo había dejado claro —dijo él.

—Por nosotros no dan recompensa. Decían que lo habías dejado. Dicen que no disparas bien.

Jarret efectuó un disparo que dio en el fuego, levantando chispas y ascuas.

—A veces no —dijo. Luego volvió a disparar, esta vez al pecho de Tom Brighton—. Y a veces sí.

El cuerpo de Tom cayó en la nieve, y entonces Jarret guardó el revólver diciendo:

—Es imprevisible.

Luego se arrodilló junto a Rennie, le levantó la cabeza y le acarició un rizado mechón de pelo, veteado de castaño y cobre. Tenía la cara color ceniza y los ojos cerrados. La llamó con suavidad:

—Rennie. Rennie, soy yo... Sullivan.

Ella abrió los ojos despacio, y aunque levantó las pestañas, las sombras que había debajo de ellos no desaparecieron. Con algo parecido al asombro pronunció su nombre: «Jarret», mientras esbozaba una sonrisa débil y lo miraba con tristeza. El dijo:

—Sí, Jarret —le tomó una mejilla con la mano—. Rennie, voy a sacarla de aquí. Esta noche no podemos recorrer todo el camino hasta Echo Falls, pero deberíamos marcharnos. Los animales encontrarán los cuerpos... ¿Me entiende?

Ella asintió brevemente.

—Lo que usted diga.

No le preguntó cómo se encontraba, o si estaba herida. En cambio, la mantuvo ocupada, y la obligó a tomar pequeñas decisiones con el fin de que conservara la calma y siguiera poniendo un pie delante del otro. A cada paso ella se mostró conforme y actuó con la precisión mecánica de un juguete de cuerda. Él no la presionó. Se limitó a animarla. Al cabo de menos de quince minutos iban por una loma, camino de Echo Falls. Cabalgaron casi una hora hasta que Jarret dio el alto. Había tenido que dejar que Rennie cabalgara con él, y ahora el caballo se resentía de la doble carga y el terreno difícil. No tenía sentido reventar otra montura. Se dejó caer hasta el suelo y luego mantuvo firme a Rennie mientras se dejaba caer de la silla. Sin fuerzas en las piernas, ella se apoyó en él, que la cargó hasta un afloramiento rocoso, apartó un poco de nieve y la depositó allí. Regresó con mantas y después se dispuso a montar el campamento. Armó su pequeña tienda militar clavando unas estaquillas en la tierra helada, y en el interior extendió una tela de hule y mantas. Cuando fue a por Rennie, ella no estaba. El corazón se le cayó a los pies.

La llamó con un hilo de voz, pero no hubo respuesta, y entonces llamó más fuerte.

—Estoy aquí —dijo ella, apareciendo a la vacilante luz del farol; en los brazos cargaba un hato de leña—. A lo mejor quiere encender fuego.

—Ya lo cojo yo —dijo él suspirando; no tenía sentido echarle la bronca por haber desparecido. Intentaba ser útil—. Entre en la tienda, y llévese el farol, yo veo lo bastante para encender el fuego.

Ella titubeó, insegura.

—¿Estará usted aquí?

—No voy a irme a ningún lado —dijo él.

—Muy bien —dijo ella por fin; cogió el farol y, agachándose, entró en la tienda.

La hoguera era más para mantener a distancia a los animales que para dar calor. Jarret esperó hasta que estuvo ardiendo bien para encargarse de los caballos. Mientras trabajaba, sus ojos se desviaron hacia la tienda. La silueta de Rennie aparecía recortada en la lona. Se había quitado el abrigo y el vestido, y se había soltado las horquillas del pelo. La curva en sombra de su cuerpo se dibujaba perfectamente. Distinguió la línea del hombro y el brazo, la pendiente de sus senos y la angosta curva de su cintura. La vio revolver en su bolsa de viaje, con movimientos casi frenéticos, hasta encontrar lo que buscaba. Entonces se inclinó y por un momento vio que su brazo se deslizaba a través del faldón de la entrada. Cogió un puñado de nieve y se retiró. Luego, con la manopla y la nieve en la mano, empezó a frotarse de manera desesperada. Jarret apartó la vista. Para cuando él terminó su tarea, Rennie había acabado también. Le pasó algunas pertenencias más por el faldón, y mientras ella se ponía un camisón de franela, él se dispuso a preparar su cama junto al fuego.

—¿Jarret? —lo llamó ella. En su voz había una pizca de ansiedad.

—Aquí mismo —dijo él.

—¿Qué está haciendo?

—Prepararme para acostarme.

—¿Ahí fuera?

Él se tendió en las mantas y se dio la vuelta para mirar al fuego.

—Eso pretendo.

—Entonces yo también voy afuera.

Él se incorporó de un salto.

—Quédese donde está, Rennie. Aquí hace demasiado frío, estará más cómoda en la tienda.

Ella asomó la cabeza por el faldón.

—Y usted también.

—Yo estoy bien.

Ella negó con la cabeza y empezó a recoger sus mantas. Sólo se detuvo al ver que los faldones de la tienda se abrían y Jarret echaba sus cosas dentro.

—Ha cambiado de opinión —dijo ella cuando él se agachó y tapó la abertura.

—No he tenido mucha opción —entró gateando, mientras Rennie se apresuraba a dejarle sitio—. ¿Está segura de que esto es lo que quiere?

Ella apartó la vista y alisó la manta que tenía debajo. El cabello le caía sobre el hombro y le tapaba media cara.

—No quiero estar sola —dijo—. Estoy asustada.

El hecho de que lo admitiera lo impresionó; no esperaba oír a la orgullosa y testaruda Mary Rennie Dennehy reconociendo su miedo.

—De acuerdo —dijo en voz baja—. Échese. Yo la taparé bien.

Ella soltó una risilla al oírlo.

—Parece usted Jay Mac...

Pero le hizo caso y se tendió sobre las mantas.

—Yo no soy su padre, Rennie.

—Lo sé. —Se abrochó el último botón del camisón, hasta el cuello, mientras Jarret la tapaba—. No he querido decir...

—Sé lo que ha querido decir —dijo él.

Jarret apagó el farol y lo dejó fuera. Luego cerró y ató el faldón, y volvió a arreglar su cama. Entre los dos compartieron el pesado abrigo de pieles de ella y el chaquetón de él, con forro de borreguillo. Estaban uno frente al otro, inmóviles, casi sin respirar. Cada uno sentía la rigidez y la incomodidad del otro, pero no sabían cómo evitarlo. Jarret nunca habría tendido la mano hacia Rennie sin su permiso, y ella no sabía cómo pedirle que la abrazara.

—¿Cómo me encontró? —dijo Rennie al fin.

—Jolene me contó que se había marchado. —Su voz resultaba sedante. Era un profundo susurro que aliviaba la tensión que había entre ambos —. Tuve que venir.

—No lo planeé así —dijo ella—. No creí que me seguiría.

—Lo sé.

Ella se estremeció un poco y, de forma bastante natural, se acercó a Jarret. Sus rodillas chocaron con las de él y, en un gesto de timidez, empezó a apartarse.

—No —dijo él—. Da igual. Quédese ahí. Está tiritando.

Poco a poco, Rennie se relajó y fue entrando en calor gracias a su voz y a su cercanía. Por las comisuras de los ojos le caían las lágrimas.

—A veces me comporto de forma estúpida. —Lo dijo en voz tan baja que casi parecía que sólo hubiera movido los labios—. Pero no soy idiota, señor Sullivan.

Como ella no lo veía, sonrió.

—Antes me ha llamado Jarret —dijo—. Y nunca he pensado que fuera usted idiota.

Ella negó con la cabeza, sin creerlo.

—Es muy amable al decir eso.

—No soy amable, Rennie, ya debería saberlo. No lo digo para no herir sus sentimientos. Ha actuado de forma temeraria esta noche, pero no confundo eso con el hecho de que sea usted idiota. —Y además, en parte, se culpaba por no ver la desesperación que había en el fondo de su conducta; de haberlo previsto habría pronosticado lo que haría a

continuación, y ella se habría evitado la experiencia vivida con Tom Brighton y Clarence Vestry—. Ahora sé lo que significa para usted encontrar a su padre, lo que arriesgaría para conseguirlo. Debí darme cuenta antes.

Durante un instante ella albergó esperanzas.

—Entonces, ¿me ayudará?

—Yo no he dicho eso —respondió. Notó, más que vio, su decepción—. Más adelante hablaremos del asunto. Ahora debería dormir. ¿Tiene suficiente calor?

—Me las apaño.

—Con este tiempo no es bastante. Acérquese, si lo desea.

—Yo no...

—No voy a hacerle daño, Rennie.

—De acuerdo. —Se apresuró a barrer sus lágrimas y se frotó las mejillas—. Tal vez sea usted el único hombre en quien puedo confiar.

A él le habría gustado preguntarle por Hollis Banks, pero no era el momento. Después de su enigmática frase, ella se volvió de costado, mirando en dirección contraria, y ajustó los contornos de su cálido cuerpo al suyo. Durante un segundo, cuando el brazo de él se curvó en torno a su cintura, se puso rígida, pero al empezar a quitarlo, le agarró la muñeca y lo mantuvo allí, y sus dedos se entrelazaron con los de él. En cuestión de minutos, estaba dormida.

El chillido de un animal herido despertó a Jarret. Al otro lado de la tienda los caballos resoplaban, inquietos. Alargó la mano buscando el arma, dio con ella y esperó a que se repitiera el grito. No tuvo que pensar qué haría; un animal medio enloquecido tal vez no huyera del fuego, e incluso podía atacar a los caballos o la tienda. El único modo seguro de terminar con su sufrimiento era acabar con su vida, y estaba dispuesto a hacerlo... Hasta que se dio cuenta de que el animal en cuestión era humano. Dejó a un lado el arma cuando Rennie gritó de nuevo. Los terrores nocturnos habían encogido su cuerpo hasta convertirla en un tenso ovillo bajo las mantas. Tenía las rodillas plegadas contra el pecho, y se las abrazaba. Su cabeza estaba torcida, y el cuello y la espina dorsal

formaban una rígida curva. No le pidió permiso: tendió los brazos hacia ella y la rodeó con un abrazo más poderoso que tierno, protector. Y la acunó, incluso después de que se le entumeciera el brazo derecho, desde el hombro a los dedos. De vez en cuando le volvía la sensibilidad.

Más tarde se esforzó por recuperar el aliento mientras los espasmódicos sollozos agitaban con fuerza su cuerpo. De sus ojos brotaban lágrimas. Sus dedos se agarraron a la camisa de Jarret, aferrándose a ella como si fuera un salvavidas, y apretó la frente en su hombro. El llanto nacía de muy hondo: de un espíritu destrozado y un alma herida. Él le acarició el pelo con unos dedos que no siempre sentían su contacto. Apoyó la barbilla en su coronilla y repitió su nombre, llamándola primero «Rennie» y luego «Mary Rennie», como pensó que haría su familia en un momento como ése. Y, en cierto modo, llegó hasta ella. Rennie se quejaba, se sorbía los mocos. En un momento dado, él sacó un pañuelo del bolsillo y se lo puso en la mano. Rennie no pareció saber qué hacer.

—En vez de mi camisa —dijo él en voz baja.

No entendió lo que quería decirle, y tardó un momento en comprender. Entonces fue consciente de cómo se acurrucaba contra él, tan acoplada a las curvas de su cuerpo que muy bien podría haber formado parte del mismo. Azorada, empezó a apartarse.

—No —dijo él—. Está bien donde está. Coja el pañuelo y séquese la cara.

Con gesto rígido abrió los dedos y le soltó la camisa. Después se enjugó los ojos y, con suavidad, se sonó.

—Suénese de verdad —dijo Jarret.

Rennie sintió que los ojos volvían a llenársele de lágrimas. Fue su particular amabilidad, nimbada de aspereza, lo que la desarmó. Con una temblorosa sonrisa que Jarret no uso, alzó el pañuelo y luego se sonó con todas sus fuerzas. Jarret soltó una silenciosa risilla cuando ella hizo ademán de devolvérselo.

—No, quédeselo. —Como no estaba seguro de que le gustara que ella aún lo hiciera reír, dijo—: Todavía tenemos mucha noche por delante. Quizá lo necesite otra vez.

La idea de que la pesadilla pudiera repetirse, la hizo ponerse en tensión.

—Entonces no me dormiré.

El deseó no haber dicho nada. Al ver que intentaba despegarse de su regazo, dijo:

—No me molesta... A menos que no se encuentre cómoda...

Ella se quedó donde estaba.

—No, estoy bien. Creí que querría deshacerse de mí.

«Todo el tiempo», pensó él..., pero por motivos que ya no le quedaban demasiado claros.

—No, no me importa abrazarla.

Tranquilizada, ella asintió. Después alargó la mano para coger su abrigo y cubrió con él los hombros de los dos, para compartir el calor.

—Estaba soñando con esos hombres —dijo.

—Eso pensé.

—Ojalá los hubiera matado.

Él no dijo nada, pero le acarició el pelo, desde el hombro hasta la base de la columna, y se animó al ver que la tensión iba desvaneciéndose.

—Yo tenía un revólver.

—Lo sé. Un Smith & Wesson de bolsillo. Lo he encontrado.

—Lo habría usado.

—Eso también lo sé.

Ella apoyó la mejilla en su hombro, y él notó en el cuello su cálido aliento.

—¿Se arrepiente de haberlos matado?

—No hay placer alguno en matar —dijo él—. Pero con ellos... Estuve cerca. No, no me arrepiento..., y me alegro de que no lo hiciese usted.

Cambió de postura, y también movió a Rennie.

—Póngase usted cómoda. Nunca se sabe, a lo mejor se duerme.

Además, estaba empezando a sentir una hinchazón... en la entrepierna. Creyó que había conseguido moverla antes de que sintiera el bulto de su ingle.

Pese al par de gruesos calcetines de lana que llevaba, Rennie tenía los dedos de los pies fríos; cuando él se tendió a su lado, le frotó los pies contra sus piernas. Estaba demasiado absorta en encontrar una postura cómoda como para oír la brusca inspiración de Jarret, pero al acabar de situarse, él le preguntó, apretando los dientes:

—¿Cómoda? —Ella se limitó a ronronear, y él soltó una maldición para sus adentros. No le bastaba con usar su pierna como rascador, acurrucarse junto a él con gracia felina o mirarlo con aquellos ojos de gato color esmeralda; también tenía que ronronear—. Intente dormir un poco.

Pasaron unos minutos durante los cuales ninguno de los dos cerró los ojos ni pensó en dormir.

—Rennie, ¿qué pasa? Está más despierta ahora que hace un rato.

Era verdad. Rennie se preguntó cómo lo sabía él. Había tenido cuidado de no moverse, respirar de forma regular, estar relajada.

—Aún siento sus manos sobre mí —susurró.

Jarret no supo qué decir. De haber podido absorber su dolor, lo habría hecho.

—Me he lavado, ¿sabe?, me he frotado... Pero da lo mismo. Todavía siento la presión de sus dedos, de sus bocas...

—¿Qué puedo hacer?

—Ayúdeme a deshacerme de ella.

Él negó con la cabeza.

—No puedo hacerlo, Rennie. No sabría cómo.

—Entonces, sustitúyala.

—¿Cómo? —Casi no podía respirar.

—Sustitúyala —dijo—. Ponga las manos donde estuvieron las suyas, la boca donde ellos me tocaron.

—No sabe lo que dice. —Ni lo que le pedía, pensó; si la tocaba del modo que sugería, aquello no acabaría allí—. ¿Y Hollis Banks?

—Hollis no está aquí —dijo ella—. Y usted sí.

—Eso es egoísta, Rennie. Hasta para usted es egoísta.

Su comentario le escoció, y la verdad que contenía le caló hondo.

—Con usted nunca hago lo correcto —replicó ella.

—Duérmase —le aconsejó Jarret—. Ahora mismo eso es lo correcto.

El aroma de ella era como el de un vino embriagador: prometedor e incitante. Era una fragancia mezclada de almizcle y lavanda, que no se disipaba. Sus suaves labios eran dóciles y se movían bajo la boca de él, devolviendo sus besos y buscando placer por sí mismos. Recorrió la cresta de sus dientes con la lengua, y su boca se abrió. Si había un sabor para el ansia y el anhelo, en ese momento estaba saboreándolo. Ella le rodeó la cabeza con las manos y se lo acercó; sus dedos se le enredaron en el pelo. Exploró con los labios, los dientes y la lengua, haciendo incursiones por su mandíbula, sus mejillas y su cuello. Lo que sentía en su interior era algo poderoso, un deseo que la impulsaba más allá de los límites de la razón. Tenerlo la consumía, y la consumación lo era todo... La fuerza de su propia emoción despertó a Rennie, jadeante, temblando después de aquel sueño. Jarret estaba dormido junto a ella. Tenía una de sus manos sobre su pecho. Bajo el camisón sentía la carne extrañamente hinchada bajo su palma, el pezón dilatado... Despacio, subió las rodillas, incómoda con aquella difusa sensación de ansia que sentía entre las caderas y con la súbita idea de que sentía un vacío allí. En sus músculos había una tensión especial, que se desvanecía; una sensación punzante, no desagradable, que sentía justo bajo la piel. ¿Qué acababa de ocurrirle?

—¿Jarret?

Él no se movió.

—¿Hum?

Rennie se volvió hacia él, y su pulgar le rozó el pezón al apartar la mano. En ese instante, una insólita espiral de calor irradió chispas desde su pecho hasta su matriz. Entonces se acercó más, levantó una pierna y la cruzó sobre las de él. Luego apretó la pelvis contra su cadera. Por un instante el ansia de su interior quedó adormecida, y soltó aire con suavidad. Su respiración se convirtió en un suspiro. Pero la sensación de que necesitaba más regresó con creces, hasta casi ser dolorosa. Alzó la cabeza hacia la de Jarret, y al hacerlo lo tocó. Sus labios le rozaron la boca. Su muslo le rozó el sexo. En ese momento Jarret reaccionó. Sus ojos se abrieron mucho y luego volvieron a cerrarse. Se rindió cuando la boca de ella se movió sobre la suya. Pero al poco le agarró con ambas manos la cara y la mantuvo hacia atrás, de modo que ella lo tocara sólo con el aliento. Cuando habló, su voz sonó tan profunda como whisky vertido sobre terciopelo.

—¿Eso es lo que quieres de verdad?

Ella no sabía lo que quería, pero comprendió que él sí. Estaba dispuesta a dejarse enseñar.

—Creo que sí —dijo—. Me duele cuando no te toco.

La resolución de él se desplomó ante aquella confesión.

—Hazlo entonces —susurró junto a su boca—. Tócame.

A Jarret su beso le pareció extrañamente familiar, como si el sabor de ella ya estuviera en la punta de su lengua y se reencontrara con su textura y su aroma. La boca de ella se movió sobre la suya, mordisqueándole el labio inferior, barriendo con la lengua su sensible interior. Él intentó cogerle el labio con los dientes, pero ella lo esquivó, al tiempo que le inundaba la frente y las sienes de besos ansiosos. Las mantas se enredaron entre los dos, pero no eran más que una molestia secundaria comparada con la camisa de él. Ella tiró de los botones, y él puso las manos sobre sus dedos.

—Ya lo hago yo —dijo.

Los labios de ella le rozaron los nudillos mientras sus manos trabajaban. Lo ayudó a sacarse los faldones de la camisa de los vaqueros, y con las palmas palpó la forma de su pecho, la tensión de su carne y la curva de sus costillas. Con las puntas de las uñas rozó su abdomen, tenso y ondulado. La respiración entrecortada de él la sorprendió, y entonces volvió a tocarlo ligeramente, y sintió que su vientre se contraía bajo sus dedos, esperando su caricia. Al ver que los dedos de ella iban moviéndose poco a poco por debajo de sus vaqueros, la mano de Jarret se cerró en torno a su muñeca para detenerla. Después tiró de ella para tener otra vez su boca. Ella se la dio, complaciente, y entabló un dulce combate con su lengua y sus labios. Él le cogió las nalgas y apretó la cuna de sus caderas contra la dura cresta que había dentro de sus vaqueros. Aquel beso siguió el ritmo de las caderas de ella sobre las de él. Luego la hizo girar y la tendió de modo que quedara debajo de su cuerpo. Sus manos tiraron del camisón más hacia arriba, y bebió el jadeo de ella cuando le acarició los pechos. Luego enterró la cara en su cuello.

—¿Quieres que me detenga? —preguntó.

Más que oírla, sintió su negativa. Entonces recorrió su cuello con la lengua y depositó un beso voraz en la arqueada curva de su garganta. Con los pulgares jugueteó con sus pechos, tensamente hinchados, y sus pezones, duros como guijarros. Los abandonó lo justo para deslizar las palmas de las manos por sus costillas y por la curva de su delgada cintura. Inquieta, ella se movió debajo, resiguiendo su espalda con las yemas de los dedos. Sus muslos se abrieron, y cuando él bajó más la mano más allá de sus caderas, hasta posar los dedos en el suave montículo que había entre sus piernas, descubrió que estaba cálida, húmeda y lista para él... Y, sin embargo, no estaba lista, porque todo su cuerpo se puso rígido ante la caricia exploratoria de su mano. Él no la retiró, pero sus dedos no se movieron más.

—Rennie, aún puedo parar.

Ella apenas oía su propia voz, pero deseaba que lo entendiera.

—¿Tienes que tocarme ahí?

—No, por ahora no —dijo él, apoyando la frente en la de ella.

Sus narices chocaron. Él la besó con vehemencia y pasión, y cuando acabó, posó la mano en su cadera.

—Dime dónde —dijo él—. Dime dónde quieres que te toque.

Por un instante ella no dijo nada. Sólo distinguía el perfil en sombra de la cara de él en la oscuridad, que resultaba a la vez amenazador y erótico. Alzó una mano y encontró su mejilla. La acarició y contuvo el aliento cuando él llevó la boca hacia su mano y le mordió la carnosa yema del pulgar.

—¿Así? —preguntó él, imaginando su sonrisa de sirena en la oscuridad.

Ella tomó la mano que estaba sobre su cadera y la llevó hasta su pecho.

—Y aquí —dijo.

No sólo era su mano lo que quería allí, sino su boca, y él pareció saber lo que ella no le pedía, porque sintió sobre la piel su aliento caliente y su boca más caliente aún.

Sus labios se cerraron sobre su carne, y sintió el sorbetón húmedo y cálido; y no sólo en el pecho, sino más hondo, más profundo que su palpitante corazón, o que el ardiente fluir de la sangre por sus venas. Aquella sensación corrió por debajo de su piel, siguió por sus nervios y la hizo sentir un ardiente y ansioso vacío entre los muslos. Estuvo a punto de pedirle que volviera a tocarla allí, pero ya él había trasladado sus atenciones al otro seno. La mente y la voz de Rennie eran incapaces de formar un pensamiento completo, y sus dedos se enredaron en el suave cabello de él mientras le acariciaba la nuca. Nada de lo que él le hacía se parecía a nada que le hubieran hecho antes, y sin embargo, la caricia de sus manos sobre su cuerpo le resultaba familiar. Recordó el sueño que la había llevado hasta sus brazos —el segundo—, y se preguntó si no estaría soñando otra vez, si la caricia de él no sería la prolongación de un sueño hecho de deseo. El borde de su lengua tenía una placentera aspereza mientras trazaba una línea desde el centro de sus pechos hasta su vientre. Cuando le exploró el ombligo, le hizo cosquillas.

—¿Ah, sí? —dijo él cuando Rennie se lo dijo—. Demuéstramelo.

Cuando ella invirtió las tornas, creyó que su corazón iba a desbocarse, que se derretiría o que se saldría de su piel. Dejó que lo pusiera de espaldas y se elevara sobre él. Con la boca, Rennie respiró la emoción que había en su pecho, dando besos con la punta de la lengua en sus tetillas y haciéndolas erigirse como él había hecho con sus pezones. Luego fue deslizándose mientras los dedos de él le peinaban la sedosa catarata de cabello rojo oscuro, y su boca se abrió camino, bajando por su vientre liso y mordisqueándole la piel que le rodeaba el ombligo.

—Eso no hace cosquillas —dijo él.

Ella sustituyó el mordisqueo por un beso.

—Aún tengo que aprender.

Jarret metió la mano bajo sus hombros y la subió de modo que quedara contra su cuerpo, con la cabeza a la misma altura que la de él. Su camisón resbaló sobre sus pechos, y sintió la tosquedad de los vaqueros en sus piernas desnudas. Entonces, en voz baja, con seriedad y con la voz llena de pasión contenida, él pronunció su nombre:

—Rennie, sabes lo que viene ahora. Si quieres que me detenga, dilo ya.

—No quiero que te detengas.

—Espero que lo digas en serio —susurró junto a su boca.

La besó y la tumbó boca arriba. Sus nudillos le rozaron los muslos mientras se desabrochaba la bragueta. Ella levantó un poco las rodillas cuando él se movió entre sus piernas, y se estremeció debajo de él. Su aliento le raspaba el cuello.

—Rodéame con las piernas —le dijo él.

Sus dedos se curvaron por debajo de sus nalgas y la levantó. Rennie lo deseaba; lo deseaba de verdad... Pero ante su entrada, intentó retirarse y provocó una acometida más honda. Jarret se quedó quieto y se mantuvo firme dentro de ella. La sintió cerrarse en torno a él en un intento de expulsarlo de su cuerpo. Aquel agarrón de sus paredes de terciopelo era para morirse de placer. Bajó un poco y descansó su peso en los antebrazos. Su boca topó con la de ella.

—Deberías haberme dicho que eras virgen —dijo.

—Creí que lo sabías. —Sintió que su cuerpo se estiraba para alojarlo dentro de ella—. Aquellos hombres... Ellos no...

—Shh —siseó él. El indeciso movimiento de ella se detuvo—. Sé lo que ha ocurrido esta noche. Me refería a estos nueve meses que Hollis...

Se acomodó más contra ella y la penetró un poco más.

—Que tú y Hollis habríais...

Ella volvió a moverse, esta vez para aceptarlo.

—No... Nosotros no... Yo...

Jarret la interrumpió con un beso. Sus caderas se alzaron y cayeron. Sintió tensarse las piernas de ella en sus costados. En el siguiente empujón, ella subió con él. El ritmo de su unión amenazaba con sumirlos en una espiral descontrolada. La urgencia los arrollaba. Las uñas de Rennie arañaron la espalda de Jarret. La boca de él le quemaba la piel. Respiraban con violencia, y sus frases eran incompletas y roncas. A Rennie le pareció como si cabalgara una enorme ola de tensión que prolongaba todo su ser, en busca de algo que se encontraba más allá del alcance de su mano. Se sentía elevada... Sus dedos se abrieron, y su cuello se arqueó. Era como salir de sí misma... Y de repente, sin previo aviso, ocurrió. En un instante él estaba con ella, guiando sus movimientos, emparejando el ritmo frenético y ansioso del acoplamiento de los dos, y al instante siguiente se derrumbó; no con la plenitud de la culminación del amor, sino con el vacío del intento fracasado. Su hombro, su brazo y sus manos habían cedido.

Su cuerpo quedó echado pesadamente sobre el de ella, no de forma cómoda, sino agobiante. En un segundo, la humillación se convirtió en rabia. Jarret se retiró de ella, soltando brutales improperios mientras se sentaba. Apartó las mantas con gesto impaciente y se abotonó la bragueta. Al sentir que Rennie le tocaba levemente en el hombro, se apartó con brusquedad. Desconcertada, ella dejó caer la mano.

—¿Qué ocurre, Jarret? ¿Qué ha pasado? —Él no contestó—. ¿He hecho algo?

—Demasiado —dijo él—. Ha sido una mala idea desde el principio. Y yo he sido un estúpido por pensar lo contrario.

—No entiendo.

Él volvió la cabeza para mirarla, pero apenas distinguió su perfil.

—Mire, siento que no haya sentido placer, pero esto se ha acabado. La próxima vez que tenga ganas de jugar, busque a otro hombre. A mí no me interesa.

Ella retrocedió, aturdida, y su silencio lo intimidó. Entonces volvió a soltar improperios, esta vez las palabras fueron más crudas, pero no sirvieron para limpiar su orgullo herido. Jarret agarró una manta con la mano izquierda y se dirigió afuera, hacia el fuego.

—Esté preparada para partir con las primeras luces —dijo.

Luego dejó caer el faldón de la tienda en su sitio, y volvió la espalda cuando ella soltó el primer y desgarrador sollozo.



Capítulo Ocho

Rennie salió gateando de la tienda con movimientos rígidos y lentos. Los huesos le dolían a causa del frío. Hacía una hora que había salido el sol, pero no daba señales de que fuera a caldear el día. Su viva luz deslumbraba en la crujiente nieve, y tuvo que levantar la mano para protegerse los ojos. Jarret estaba agachado junto al fuego, de espaldas a ella. Como única muestra de saludo, señaló el tronco seco que tenía a su derecha para que se sentase y, cuando lo hizo, le alargó una jarra de hojalata llena de café caliente sin mirarla. Rennie agradeció aquel calor y rodeó la jarra con sus enguantadas manos. Aspiró el vapor y el aroma, luego dio un sorbo, con cuidado. Resultaba agradable sentir el calor en la lengua. Sus dientes dejaron de castañetear.

—¿Cuándo saldremos? —preguntó.

Vio que los caballos ya estaban ensillados y, salvo por las pertenencias de ella y la tienda, cargados también. Jarret hurgó en el fuego con un palo para avivar las llamas.

—Depende —dijo, lacónico—. ¿Quiere algo de desayuno?

Ella consiguió no añadir sarcasmo a su voz. Sus palabras lo hacían innecesario.

—A pesar de su amable ofrecimiento, creo que sólo tomaré el café.

Por primera vez desde que había salido, Jarret se dignó echarle una ojeada. No la miró con desdén, sino que se limitó a clavarle los ojos. Ni el cuello levantado de su abrigo ni la visera calada de su elegante sombrerito ocultaban el daño que le había hecho. Tenía la piel descolorida, y unos rastros de lágrimas manchaban sus mejillas. Sus párpados estaban hinchados, y la punta de su nariz mostraba un insólito matiz rosa, mientras que en un lado de la cara se advertía un moratón y

otra hinchazón. Jarret imaginó qué otras marcas llevaría en el cuerpo. Recordó haber visto la salvaje boca de Tom sobre su pecho, y luego recordó la suya en el mismo lugar... Se le hizo un nudo en el estómago, y apretó los dientes. Arrojó los restos fríos de su café al fuego y se levantó.

—Voy a desmontar la tienda —dijo—. Esté preparada para partir cuando yo termine.

Rennie sintió que las lágrimas se le agolpaban en los ojos, pero las rechazó parpadeando y lo vio alejarse a grandes zancadas y empezar a trabajar con movimientos rápidos y eficaces. Después, se tocó el lado de la cara y sintió el dolor y la hinchazón. No recordaba con claridad quién le había dado la brutal bofetada, pero nunca olvidaría la mirada acusadora que Jarret acababa de dirigirle al verla. Sólo encontraba una interpretación para aquella mirada fría y airada: le echaba la culpa de todo. Cuando acabó el café fue a esperar a Jarret junto a su yegua. Él terminó con la tienda y luego la ayudó a montar. A Rennie le pareció que sus gestos eran particularmente impersonales, como si ni siquiera soportara el contacto más intrascendente. Se asentó con cuidado en la silla de montar, más consciente que nunca de la anhelante sensibilidad que tenía entre los muslos, y volvió a notar la inquebrantable mirada de Jarret fija en ella, con su desaprobación. Hizo caso omiso de ambas. Jarret se aseguró de que todas las correas de *Albión* estuvieran seguras.

—¿Qué lleva ahí abajo? —preguntó.

Rennie parpadeó.

—¿Cómo dice?

Él levantó el bajo de su abrigo y su vestido de afelpada lana gris.

—Aquí debajo —dijo con impaciencia—. ¿Qué lleva puesto debajo?

Ella se ruborizó.

—No creo que sea asunto suyo.

Jarret tranquilizó a *Albión* antes de que la yegua saliera desbocada por la nerviosa reacción de Rennie, y dijo:

—Lo digo por si no puede cabalgar porque se le hiela el trasero en la silla. Además, ¿qué clase de mujer vaga por el país con un vestido como

ése? ¿No tiene ropa de montar? ¿O una silla de amazona? —suspiró—. Bueno no... con una de ésas no recorrería ni veinte metros en este terreno.

Haciendo acopio de toda la dignidad que pudo, Rennie contestó:

—Pues he llegado hasta aquí sin su consejo, señor Sullivan.

—Ha llegado hasta aquí en contra de mi consejo, señorita Dennehy —repuso él con frialdad—, y antes de que lo olvide: sin mi ayuda, estaría muerta. Bueno, ¿qué lleva puesto ahí abajo?

—Unas bragas de franela y polainas de lana.

Satisfecho, Jarret se apartó y montó.

—Quédese cerca —dijo.

Hizo un ruido seco con las riendas de *Zilly* y la hizo avanzar. En el camino de vuelta hasta Echo Falls no hubo mucha conversación, salvo por unas cuantas bruscas órdenes sobre cómo tenía que manejar su montura, él se mantuvo callado. En cuanto a Rennie, sólo una vez pidió que se detuvieran para hacer sus necesidades; después Jarret paró a intervalos regulares, y ella supuso que sería porque no quería oírla más. El cielo estaba implacablemente azul, pero Rennie no captó su hermosura. El constante brillo del sol sobre la nieve le daba dolor de cabeza, y cuando intentaba protegerse los ojos, resbalaba en la silla. Si intentaba cerrarlos del todo, sentía miedo. En un momento dado el sendero se ensanchó, y Jarret hizo que *Zilly* fuera más lenta y dejó que Rennie se pusiera a su lado. Entonces, sin decir palabra de lo que pretendía hacer, le quitó el sombrero de la cabeza y lo sustituyó por el suyo; bajó el ala para que le diera sombra en los ojos y luego espoleó a *Zilly* otra vez. Al cabo de un segundo, el elegante modelo de pieles de Rennie caía ladera abajo. A ella le pareció que murmuraba: «La cosa más fea que he visto nunca», aunque no estaba segura.

A veces viajaban bajo un dosel verde de pinos. Las ramas se mecían cuando pasaban y el balanceo hacía caer la nieve poco a poco. En una ocasión, mientras miraba hacia arriba, extasiada por el hermoso equilibrio de la nieve sobre la vegetación, Rennie recibió un terrón de nieve en plena cara; empezó a balbucear, al tiempo que escupía nieve e

incluso una aguja de pino, y se frotaba la cara para limpiarse. Cuando se despejó los ojos, vio que Jarret se había detenido y la miraba vuelto hacia atrás. Esta vez en sus ojos no había impaciencia, ni tampoco regocijo malicioso, sino una extraña expresión, casi indulgente, que se desvaneció justo en el instante en que Rennie la captó. Ella creyó haber interpretado mal la mirada.

Llegaron a Echo Falls poco después de mediodía. Mientras cabalgaban por la calle Mayor, unas cuantas cabezas se volvieron, y un comerciante que barría la acera delante de su tienda saludó con la mano a Jarret. Rennie mantuvo la cabeza baja y los hombros encorvados. Al acercarse al *saloon* de Bender paró su caballo, y Jarret se detuvo.

—¿Qué hace?

—Aquí es donde me alojo...

—No —la interrumpió levantando la mano.

Ella no tenía energía para discutir.

—Está bien.

Él se permitió una pequeña concesión.

—Voy a decirle a Jolene dónde estará.

Desmontó, amarró a *Zilly* y al caballo de carga y desapareció en el *saloon*; minutos después Jolene salía con él. Su sonrisa de bienvenida contrastaba con la mirada preocupada y penetrante que dedicó a Rennie.

—La visitaré más tarde —dijo—, sólo para ver cómo se instala.

Rennie asintió.

—Me encantaría.

Jolene puso la mano sobre el antebrazo de Jarret y le dio un leve apretón.

—Y también veré cómo te va a ti.

—No soy una de tus obras de caridad —repuso él, bajando de la acera.

Rennie observó que a Jolene no le molestaba en absoluto aquel desaire, sino que replicaba:

—Exactamente. Soy tu amiga.

Entonces Jarret se detuvo, se volvió y le dio un rápido beso en la mejilla.

—No dejes que lo olvide.

—Como si fuera a hacerlo. —Y saludando a Rennie con la mano, le dijo—: No se deje intimidar, cariño.

Rennie hizo un gesto afirmativo, no demasiado convencida. Luego alzó la mano en respuesta al adiós de Jolene e hizo avanzar a *Albión*. No creyó que la súbita e inquieta sensación que experimentó en la cintura se debiera al hambre. Volvió a reducir la marcha cuando llegaron a la altura de la pensión de la señora Shepard, pero Jarret se volvió y gritó impaciente:

—¿Qué pasa ahora?

—¿No voy a quedarme ahí?

—No. ¿He dicho yo que fuera a hacerlo?

—No, lo supuse. Pero ¿dónde...?

—En mi casa.

Y, sin molestarse en ver si lo seguía, espoleó a *Zilly* y volvió a ponerse en marcha. Rennie llevó su yegua hasta su lado.

—¿No sería mejor que me quedara con la señora Shepard?

—Sería muchísimo mejor —dijo él—. Salvo que ella no tiene sitio. Nunca tiene sitio cuando llega la nieve. Todos los mineros que pueden pagárselo, pliegan las tiendas y se dirigen a su casa. Además, Jolene cuenta con que usted se quede conmigo.

—No creo que quiera quedarme con usted.

Él se encogió de hombros.

—Nada la retiene en Echo Falls. Puede partir para Denver en cuanto quiera. He visto a Duffy en el *saloon* de Bender. Cuando esté sobrio, la llevará de vuelta.

—No voy a Denver. Voy al Salto de Juggler.

—Hoy no.

El suspiro de ella era una triste rendición. Miró justo delante, donde el sendero empezaba a subir.

—Imagino que eso quiere decir que me quedaré con usted.

—Imagino que sí.

Aunque ya habían compartido casa antes, Rennie vio con claridad que ahora iba a ser distinto. Desde fuera la tosca cabaña de troncos no parecía mayor que el salón de su propia casa. Desde dentro parecía todavía más pequeña. Una chimenea de piedra ocupaba casi toda una pared. Cerca del hogar se encontraba una mesa pequeña con dos sillas, una de ellas ladeada, con las patas levemente desiguales; también había un fregadero con una bomba de agua, una cocina de hierro, una estantería con platos desemparejados y una despensa, llena, sobre todo, de alimentos en lata.

Al pie de la mecedora había una alfombra hecha de nudos trenzados, deshilachada en los bordes y manchada en el centro con pisadas de barro. Un banco junto a la ventana, que también era un arcón, ofrecía la única alternativa don de sentarse. Frente a la chimenea, una estrecha escalera de pino sin barnizar llevaba al desván; cerca de ella, una cortina ocultaba en parte la bañera de madera. Y como si Rennie no lo supiera ya, Jarret puso empeño en mencionar que el retrete estaba fuera.

—La leña está ahí —dijo, señalando un cabestrillo con lona que estaba junto a la chimenea—, pero hay más ahí fuera, atrás. Debería encender el fuego mientras yo atiendo a los caballos y traigo el resto de las cosas. Sabe hacerlo, ¿verdad?

Ella asintió.

—Bien.

Volvió a coger su sombrero y salió bajando la cabeza. Entonces Rennie cerró la puerta y se apoyó en ella.

—Sí, sé encender un fuego —musitó para sí—. Pero no sé si tengo fuerza suficiente para rascar una cerilla, por no hablar de cargar con la leña.

Se obligó a apartarse de la puerta. Sentía que iba a dejarse caer al suelo sin más. Poniendo un pie delante del otro, con la mente vacía de todo lo que no fuera su tarea, se las arregló para tener un fuego ardiendo en el hogar cuando Jarret regresó. Él comprobó su trabajo, fue al cobertizo a por algo más de leña y encendió la cocina.

—¿Puede subir sus cosas al desván?

Rennie dedicó a la escalera de mano una mirada escéptica pero valiente, y cogió su petate y sus pertenencias.

—Sí que puedo. ¿Dónde dormirá usted? —Él dejó de sacar los víveres para señalar el banco de la ventana, y los ojos de Rennie fueron de su cuerpo de más de metro ochenta al asiento, que medía poco más de un metro—. Eso es ridículo.

Estaba a punto de ponerse a discutir, pero él la hizo callar con una mirada de pocos amigos. Entonces, meneando la cabeza ante su actitud tan poco razonable, Rennie se acercó a la escalera. Tuvo que hacer varios viajes para llevar todas sus cosas al desván, y en el fondo, agradeció que parte de sus pertenencias siguieran estando en el *saloon* de Bender; no habría podido hacer un viaje más subiendo o bajando por aquella escalera.

—¿Va a quitarse el abrigo alguna vez? —le preguntó Jarret cuando se acercó a la cocina—. No voy a atacarla, ¿sabe?

Herida en lo más hondo por el tono de su voz, Rennie se desabrochó despacio el largo abrigo. No se había quitado el frío hasta que tuvo que subir y bajar del desván, pero no se lo dijo. Jarret señaló una hilera de colgadores cerca de la puerta principal, donde estaba su gabán.

—Allí.

Rennie lo colgó y luego preguntó:

—¿Quiere que lo ayude?

Él preparaba tallarines. Cortaba la masa en tiras regulares y luego las dejaba caer en agua hirviendo. En otro quemador, una cacerola con salsa de carne hervía a fuego lento.

—¿Sabe cocinar?

—No.

—Eso pensaba. —Señaló con la barbilla—. Puede poner la mesa. Mire por ahí. Encontrará cuanto necesite.

Ella se habría mordido la lengua antes de pedirle que le mostrara dónde estaba nada, de modo que cuando necesitaba algo que no se encontraba a su alcance, se limitaba a arrastrar una silla hasta la estantería, subirse y bajarlo ella misma. Eso provocó otro comentario mordaz de Jarret, que la miró mientras volvía a poner la silla en su sitio.

—No se haga la mártir —dijo—. La próxima vez, diga algo.

Rennie acabó de poner la mesa y después se sentó en la mecedora, de espaldas a Jarret y con los pies sobre el hogar de piedra de la chimenea. Acabó de quitarse las pocas horquillas que seguían sujetas en su pelo y se peinó el cabello con los dedos, dejándolo caer sobre los hombros.

Luego comenzó a desenredárselo con cuidado. Jarret puso en la mesa la olla de tallarines con un golpe y vio que Rennie daba un respingo. Lo lamentó, pero también se alegró de que dejara aquel tarareo tan poco melodioso. Todo resultaba un poquito demasiado acogedor: ella sentada ante el fuego y los bruñidos colores de su pelo llameando mientras, descuidadamente, se balanceaba y cantaba para sí.

—No sabe usted llevar una melodía —dijo.

A ella no le ofendió el comentario.

—Ya lo sé. No tengo oído ninguno —dejó de mecerse—. Perdone. Lo he molestado, ¿verdad?

—No —dijo él con brusquedad. Al menos, no del modo que ella creía.

A Rennie apenas le importó su respuesta. Ya había decidido que, en adelante, sus respuestas ya no le importarían más. Siguió meciéndose y jugueteando con el pelo.

—La cena está lista —dijo Jarret—. No es mucho, pero nos mantendrá hasta que Jolene traiga víveres frescos de la ciudad.

Rennie empezó a recogerse el cabello, pero él le dijo:

—Déjelo. Si se lo deja suelto, se le irá antes el dolor de cabeza.

Ella se metió las horquillas en el bolsillo y se hizo una trenza floja; luego se unió a Jarret a la mesa. Se le hizo la boca agua cuando le puso por delante una ración colmada de tallarines con salsa de carne. Bajó la cabeza para rezar y al levantar la vista vio que Jarret la observaba. Interpretando mal su atención, se llevó la mano al hinchado lado izquierdo de su cara.

—¿Tiene un aspecto tan malo? —preguntó.

—Peor.

Se limitó a asentir, aceptando el hecho, y dejó caer la mano. Después cogió el tenedor y empezó a comer. Los gruesos tallarines estaban tiernos, y la salsa no era sosa, como se temía, sino bien sazonada con pimentón y cebolla. Él la observó un momento más, con las arrugas de las comisuras de sus ojos marcadas más profundamente. Sus oscuras cejas se unieron en un ceño pensativo.

—No es usted nada presumida, ¿eh?

Rennie no tenía ni idea de qué insinuaba, y entonces subió la guardia. Sus ojos adoptaron una expresión cautelosa, y su risa dio idea de su vulnerabilidad y su timidez. —Es que antes tendría que tener algo de lo que presumir, ¿no?

Luego bajó la mirada y empezó a comer de nuevo. Esperaba que aquello fuera el fin de la cuestión, y así fue..., pero sólo porque Jarret no supo cómo decirle que su cabello era una encantadora combinación de colores y texturas, que resultaba incluso más radiante que la propia luz del fuego. No sólo no supo cómo decírselo, sino que no estaba seguro de querer hacerlo. En consecuencia, ambos comieron en silencio.

Anochecía cuando llegó Jolene. Sentada en el banco de la ventana, Rennie leía uno de los amarillentos periódicos que forraban un estante. Se dispuso a levantarse para ayudarla a meter las provisiones, pero, con un gesto, Jarret le indicó que volviera a sentarse.

—Yo la ayudaré —dijo—. No hace falta que vayamos los tres. No hay tantas cosas.

Se puso el gabán y salió. Minutos después Jolene entraba en la cabaña con los brazos llenos de víveres del saloon de Bender. Jarret entró detrás dando pisotones para sacudirse la nieve de los pies. Luego dejó su carga sobre la mesa y la ayudó a quitarse la capa. Rennie abrió más ojos al ver la camisa de franela y los ajustados vaqueros que llevaba Jolene, y ésta, viendo su expresión, se miró y se echó a reír.

—Las únicas bragas que tengo son de las finas, y no es tiempo de llevarlas. No aguanto que el viento me suba por debajo de la falda y me hiele el...

—Jolene... —dijo Jarret en tono de advertencia.

—El trasero —dijo Jolene, recalcando la palabra con una sonrisa—. ¿Qué creías que iba a decir?

Jarret se limitó a mirarla con los ojos en blanco y siguió guardando cosas. Entonces Jolene volvió la mecedora hacia Rennie, se sentó y puso los pies sobre el borde del banco de la ventana.

—Las chicas están quitándole la borrachera a Duffy. A lo mejor mañana o pasado podrá llevarla de vuelta a Denver, o al menos hasta Stillwater, donde podrá tomar el tren.

—Pregúntele si me llevaría al Salto de Juggler.

Jolene titubeó, esperando a medias que Jarret las interrumpiera. Al ver que no era así, dijo:

—¿Está segura de que es eso lo que quiere hacer? Ya ha tenido oportunidad de tantear el terreno que hay de aquí allí. ¿Por qué no vuelve a Denver y toma el tren?

—El accidente destruyó la vía en el Salto. Poco después de que terminó la búsqueda, la nieve impidió que los equipos fueran a arreglarla, y antes de llegar al Salto hay kilómetros que siguen obstruidos. No hay posibilidad de que una locomotora se acerque en ninguna dirección, y la ruta lleva sin servicio un mes.

Jarret se apoyó en el borde de la mesa y extendió las piernas hacia adelante.

—¿Está diciéndome que Northeast Rail no tiene suficiente mano de obra, por no hablar del dinero, para hacer que despejen esas vías? Y, hablando de una patrulla de búsqueda, ¿de verdad espera que crea que usted no es capaz de llevar a cien hombres allí?

Rennie subió la barbilla un poco más y lo miró por encima del hombro de Jolene.

—Veinte mil dólares no lo movieron a usted —dijo tranquilamente—. ¿Qué le hace pensar que puedo dar órdenes a cien hombres?

—Tal vez no sabe la palabra correcta —dijo Jarret. Cuando ella se limitó a mirarlo con cara inexpresiva, él negó con la cabeza—. Da igual. ¿Y Banks? ¿No hace nada?

—Insistió en formar el primer grupo de búsqueda —dijo ella—, el que guió Ethan. Pero cuando no encontraron pruebas de que Jay Mac hubiera sobrevivido, lo canceló, y ahora se niega a poner en marcha otro.

—Entonces, ¿él está al mando de Northeast Rail?

Rennie asintió con la cabeza.

—Está al mando.

Jarret sonrió de torcido.

—Y ni siquiera tuvo que casarse con usted...

Observando que Rennie palidecía y que el cardenal de su cara parecía más lívido, Jolene lo interrumpió.

—Ya está bien. No es propio de ti no saber tratar a una mujer. —Se inclinó hacia adelante y puso la mano sobre la rodilla de Rennie—. Lleva así desde que volvió de Nueva York. Desde el...

—Cierra el pico, Jolene.

Esta parpadeó al oír el tono de Jarret y se calló. Al fin fue él quien rompió el largo e incómodo silencio. Cruzó los brazos delante del pecho y se dirigió de forma concisa a Rennie.

—¿Le ha pedido ayuda a Ethan?

—Ya me prestó ayuda. Me dijo que lo buscara a usted.

—¿Por qué no la ha traído él mismo?

—¿Aparte del hecho de que tenga entablillada una pierna, quiere decir?

Levantando una ceja, Jarret le comunicó su desagrado Por que le hubiera ocultado aquella información.

—¿Qué ha ocurrido?

—Dice que resbaló media montaña abajo durante la búsqueda. Michael dice que más bien fueron treinta metros, pero no piensa perderlo de vista.

—Michael es la gemela lista —dijo Jarret a Jolene; luego se volvió hacia Rennie—. ¿Por qué no me lo ha dicho antes?

—No quería que el peligro lo desanimara.

Entonces Jolene soltó una risotada.

—Cariño, el peligro no es más que una broma para este hombre. O por lo menos, lo era... —Volvió la cabeza y se encontró con su acida mirada, pero se limitó a sonreír—. Deja de fruncir el ceño y ve a buscar más leña; aquí dentro hace frío.

Jarret se guardó bien de creer que Jolene tuviera frío, pero la dejó sola con Rennie, confiando en que la hiciera entrar un poco en razón. En cuanto se alejó lo suficiente, la sonrisa de Jolene se desvaneció. Miró a Rennie y estudió sus facciones.

—¿Cuánto daño le hicieron esos cabrones? —preguntó.

—Unas cuantas magulladuras.

Se tocó la mandíbula y el pecho.

—Aquí y aquí. —También estaban las otras marcas, las de Jarret, pero no aludió a los chupetones que sus labios le habían dejado en el cuello, porque él no la había atacado. Sólo al final, cuando la dejó desconcertada y dolorida, la había destrozado con su reacción, y parte de ese dolor se reflejaba aún en sus oscuros ojos verdes—. Pero no me violaron. Jarret los detuvo.

—Ojalá hubiera estado yo allí para detenerlo todo.

—No es culpa suya.

Jolene sonrió sin mucho convencimiento.

—No he venido aquí para que me consuele...; aunque, bueno, a lo mejor sí. Me siento terriblemente culpable, y Jarret también. Se puso como loco cuando le dije que usted se había ido. Salió a escape. —Volvió a estudiar la pálida cara de Rennie, sus tristes ojos de cargados párpados. Las manos cruzadas. Y advirtió que estaba manteniendo la calma por pura fuerza de voluntad—. Y después, ¿qué pasó entre usted y Jarret?

A Rennie la traicionó su mirada, como la de un cervatillo acorralado. Con todo, aparentó valor.

—¿Qué quiere decir?

—Con esos ojos no sería una buena jugadora de póquer —dijo Jolene —. Siento decirlo, pero tengo bastante experiencia para interpretar esas señales. ¿Acudió a Jarret en busca de consuelo y el asunto se les fue de las manos?

Rennie vaciló y apartó la vista para mirar por la ventana. La nieve reflejaba los colores del crepúsculo. Más allá del claro de la cabaña, se veían las siluetas larguiruchas de los árboles.

—Algo parecido —dijo al fin—. Lo que pasó fue culpa mía. Creí... No sé..., que me curaría. Aquellos hombres... Pero Jarret no es como ellos... Él no me tocó así. Al principio me hizo sentir...

—¿Deseada? —preguntó Jolene con suavidad.

Rennie asintió. Le temblaba el labio inferior, y se lo mordió para dejarlo quieto. Con la yema del pulgar se enjugó las lágrimas que le asomaban.

—Sí —dijo—. Deseada. Y entonces...

—No estaba usted preparada.

—No, sí que lo estaba. Al menos creo que lo estaba. Sé que lo deseaba a él. —Le sorprendió estar desnudándose ante una casi perfecta desconocida, pero Jolene parecía la persona indicada—. Mi hermana y

mi madre me contaron cómo era, cómo me sentiría..., y fue así, sólo que mejor.

«Bendito sea Dios», pensó Jolene, ¿había sido ella alguna vez tan ingenua? No lo recordaba... Pero era agradable sonreír ante la dulce y sencilla revelación de Rennie, Y reconocer cierta tristeza por la inocencia perdida.

—Pero... —la animó—, me parece que hay un «pero».

De pronto los ojos de Rennie se secaron y su voz sonó hueca.

—Pero entonces aquello cambió. Se enfadó muchísimo. No, no era enfado..., se enfureció. No sé qué hice. Creo que debe de odiarme.

—Me parece que no lo entiendo —dijo Jolene—. ¿Qué provocó el cambio? Estaban haciendo el amor y entonces...

Rennie no pudo contestar. Oyó girar el pomo de la puerta de atrás, y un instante después, una ráfaga de aire frío azotó la cabaña. Esbozó una forzada sonrisa.

—Da igual. No volverá a ocurrir. Lo sé.

Jolene no estaba tan segura. La cabaña era pequeña, y el desván más pequeño todavía... Acarició la mano de Rennie.

—¿Me dirá si necesita algo, si hay algo que yo pueda hacer?

Rennie echó un vistazo en dirección a la puerta cuando Jarret entró y, ansiosa por terminar la conversación, hizo un rápido gesto afirmativo a Jolene. Esta se levantó de la mecedora y cogió parte de la leña de las manos de Jarret. Luego le tomó el pelo y entabló una animada conversación mientras lo ayudaba a encender el fuego. Cuando él empezó a quitarse el gabán, lo detuvo.

—Tengo que irme. Sal conmigo y ayúdame a montar.

Rennie observó desde la ventana sus siluetas sombrías, desdibujadas mientras caminaban cogidos del brazo. No sabía si iban hablando, aunque sospechaba que con Jolene no podía ser de otra forma. Pensó en las confidencias que había compartido..., ¿estarían seguras? Probablemente sí. Al menos, cuando regresó a la cabaña, Jarret no le echó en cara nada de lo que le había contado a Jolene.

—Ha traído periódicos —dijo Jarret, señalando el montoncito que había sobre la mesa—. Ya no tendrá usted que leer el forro de la repisa.

—No me importaba. Era interesante.

Con expresión de franco escepticismo, Jarret llevó el montón al banco de la ventana y lo dejó caer junto a ella. Después cogió el periódico de encima, se sentó en la mecedora y empezó a leer. Al cabo de media hora, cuando alzó la vista, Rennie estaba dormida. Entonces fue al desván, cogió una almohada y una manta y le deslizó una bajo la cabeza y la otra alrededor de los hombros. Ella no se movió.

Cuando Rennie despertó, la cabaña estaba a oscuras. El fuego se había apagado, y el haz de luz de la luna no bastaba ni de lejos para iluminar. El banco de la ventana era incómodo, demasiado corto, y corría el aire por debajo del marco, así que, después de cambiar varias veces de postura, acabó rindiéndose y decidió ir al desván. Avanzó por la cabaña con soñolienta cautela, esperando no tropezar con Jarret, pero demasiado cansada como para que aquello le importara demasiado. La escalera crujió bajo su peso. A mitad de camino se dio cuenta de que no llevaba ni la almohada ni la manta, y su triste suspiro sonó muy fuerte en la silenciosa cabaña. Retrocedió.

En el desván, de techo abuhardillado, era difícil moverse de pie. Rennie mantuvo la cabeza baja, echó al suelo la almohada y la manta y se dejó caer de rodillas sobre la funda de plumas que había. Luego se quitó los zapatos y empezó a desabrochar los corchetes de su vestido; desabrochó los suficientes para poder quitárselo por la cabeza. Después lo tiró a un lado, se tendió, vestida con la camisola y las enaguas, se tapó con las mantas y un edredón, y cerró los ojos. Entonces se dio cuenta de que había ignorado las exigencias más básicas de su cuerpo. Le entraron ganas de llorar. Estaba tan exhausta, tan infinitamente cansada, que caminar hasta el retrete le ofrecía el mismo atractivo que un viaje a campo traviesa.

—Maldita, maldita sea —juró en voz baja, al tiempo que se sentaba.

Echó atrás la ropa que la cubría, cruzó a gatas el suelo y bajó por la escalera. Cuando sus pies, cubiertos con las medias, tocaron el frío suelo, se acordó de los zapatos. Entonces, completamente deshecha, se apoyó en la escalera y se echó a llorar. No supo cuánto tiempo estuvo allí, ni de lo silenciosa o ruidosamente que había sollozado. Sólo sabía que en un instante aquello se acabó. Jarret le deslizó un brazo por detrás de la espalda y el otro bajo las rodillas y la levantó en vilo.

—¿El retrete? —preguntó.

Ella asintió, se dio cuenta de que no la veía y, con un hilo de voz, respondió:

—Sí.

Mientras empezaba a caminar hacia la puerta trasera, él le dijo:

—Cuando vuelva a Nueva York, no salga nunca más de la isla de Manhattan.

A Rennie le pareció que no podía ofenderse. Ella misma se consideraba tan incompetente como la veía él. Jarret esperó fuera del retrete y, una vez que hubo terminado, la llevó en brazos de vuelta a la cabaña. Después la siguió escaleras arriba, se quitó las botas y se tendió en el extremo opuesto del edredón. Su sitio seguía tibio.

—¿Ha estado aquí todo el rato? —preguntó ella, tumbándose de nuevo.

—Sí. Hasta que empezó a gemir. Lo del banco de la ventana ha sido una estupidez.

Ella ya lo sabía. Dio un puñetazo a la almohada y la dobló debajo de la cabeza.

—¿Qué puedo hacer por Jay Mac? —preguntó con tristeza.

Él respondió de forma tan práctica como molesta.

—Esta noche nada, Rennie. Duérmase.

El agotamiento volvió a adueñarse de ella, pero Jarret se quedó despierto durante casi una hora más, preguntándose qué iba a hacer con Mary Rennie Dennehy.

Mientras desayunaban podrían haber charlado sobre cómo se habían enredado por la noche y habían despertado el uno en brazos del otro, pero no fue así. Ninguno de los dos estaba preparado para comentar eso, así que casi todo el tiempo hablaron de cosas intrascendentes, hasta que Jarret dijo:

—Cuénteme qué está pasando de verdad en Northeast Rail.

Los dedos de Rennie se tensaron de modo casi imperceptible en torno a su tazón.

—No estoy segura de qué quiere decir.

Los ojos color zafiro de Jarret se oscurecieron sin moverse un ápice.

—Si voy a ayudarla, tiene que empezar a contarme la verdad... Toda.

Rennie se levantó.

—¿Quiere más té?

Él le dio su tazón y la observó mientras ella trataba de sacudirse el nerviosismo. Estiró las piernas debajo de la mesa y eso ladeó un poco su desequilibrada silla.

—¿Qué ha pasado entre usted y Hollis?

—¿Pasado? ¿Qué le hace pensar que haya pasado algo? —Acabó de servir el té y volvió a la mesa—. Hollis y yo todavía estamos... juntos.

—¿Ah, sí? ¿Es porque él quiere o porque lo quiere usted?

—¿Qué ha querido decir con lo de ayudarme? —preguntó ella—. ¿Ha cambiado de opinión?

—No ha contestado a mi pregunta.

Ella se quedó callada, contemplando fijamente su reflejo en el té. Luego, sin mirar a Jarret, dijo:

—Es Hollis el que nos considera... pareja. Yo rompí con él hace algún tiempo.

—¿Antes del accidente del Salto de Juggler?

—Sí —dijo ella—. Antes de eso.

—¿Y por qué sigue pensando que él está interesado en usted? Le dijo a las claras que no lo quería, ¿no?

Rennie asintió con la cabeza, mordisqueándose el labio inferior.

—Se lo dije. —Dio un sorbo a su té; luego, en lugar de bajar el tazón, por encima del borde clavó los ojos en Jarret—. Se lo dije muchas veces. Se lo dije a sus padres y también a los míos. Hasta estuve tentada de poner una página en el *Chronicle*.

—¿Por qué no lo hizo?

Ella se encogió de hombros.

—Habría sido una pérdida de dinero. Hollis parece haber convencido a casi todos, y a sí mismo, de que yo no sabía lo que quería; que, sencillamente, intentaba que él se mostrara más cariñoso. Mi madre y mis hermanas sí sabían que yo iba muy en serio, claro, pero incluso Jay Mac tenía dudas.

—Sin embargo, Jay Mac no quería que usted se casara con Hollis.

—No. Pero no estaba seguro de si yo sabía lo que quería.

—¿Y lo sabía?

Rennie bajó el tazón. Sin vacilar, clavó sus ojos en los de Jarret.

—Sí —dijo—. Lo sabía.

Jarret la creyó. Se inclinó hacia adelante y colocó los brazos cruzados sobre la mesa.

—Así que no quiere tener nada que ver con Hollis Banks, pero él no está dispuesto a dejarla. ¿Y desde la muerte de Jay Mac ha...?

—Desaparición.

—De acuerdo —dijo él—. Desde que Jay Mac ha desaparecido, ¿ha dado Hollis alguna muestra de haber cambiado de opinión?

—Ninguna. Por eso trabajar en la oficina se volvió cada vez más incómodo y, al final, imposible.

—¿Ha dimitido usted?

Ella negó con la cabeza.

—No, no podía hacerlo. Al principio me llevé cosas a casa, y luego tomé la decisión de venir aquí.

—¿Para huir de Hollis Banks?

—Para buscar a mi padre.

Jarret tenía muy claro que Rennie le ocultaba algo, pero lo dejó pasar.

—De modo que ahora Hollis está al frente de Northeast Rail.

—Sí. Lo nombró el consejo de administración.

—¿Su familia está atendida? ¿Su madre? ¿Sus hermanas?

—Jay Mac se encargó de nuestro bienestar. —Su voz y sus ojos se entristecieron—. Ninguna de nosotras carece de nada.

«Salvo del propio John MacKenzie Worth», pensó Jarret.

—¿Y la esposa de su padre?

Rennie se encogió, pero dijo con voz tranquila:

—Ya se han encargado de Nina. Todo el mundo tiene un trozo de Northeast Rail.

—Pero Hollis Banks lo dirige.

—Exactamente.

Jarret se puso de pie y añadió unos troncos al fuego. Después atizó las ascuas.

—Rennie, ¿comprende que si vamos al Salto es posible que no encontremos nada?

Ella se dio media vuelta en la silla y sus ojos se llenaron de esperanza.

—Ethan dijo...

—Ethan es mi amigo. Si me preguntara quién es el mejor *marshal* de toda esta región, diría que es Ethan Stone; pero yo no conozco a todos los *marshals*, Rennie, lo mismo que Ethan no conoce a todos los rastreadores. Él sabe que me dedico a cazar recompensas para abrirme camino, pero ignora que eso ya no me interesa demasiado. —Dejó el atizador y se

apoyó en la repisa de piedra de la chimenea—. Tal vez yo no sea el mejor hombre que podría encontrar para esta misión suya. ¿Se lo ha planteado?

—No —dijo ella levantándose—. Nunca me lo he planteado.

Él empezó a decir algo, pero Rennie levantó la mano.

—Espere, déjeme acabar. Si pensara que había alguien mejor, no me habría tragado mi orgullo y venido a buscarlo. Se fue de Nueva York sin decirme una palabra, sin una nota, sin un telegrama, nada. Me besó en público, delante de la comisaría de la calle Jones, y luego no volví a saber de usted. Sus maletas desaparecieron de la casa, y luego, usted también. Yo no esperaba una declaración de cariño (nada de eso), pero creí que, a pesar de todo, nos habíamos convertido en adversarios amistosos. Aunque no fuera por otra cosa, creía que nos gustaba discutir... Y entonces descubrí que no le importaba lo suficiente como para que se despidiera de mí.

»Ese día lo saqué de mi vida, y sólo algo de esta envergadura ha podido hacer que me replanteara mi decisión. Así que, ¿me he planteado que quizá no sea usted el más adecuado para mis planes? No, todo lo contrario. Usted es el hombre que quiero.

La mirada glacial de Jarret vaciló un poco al oír las últimas palabras. Era casi como si... No, se advirtió a sí mismo. Sólo decía que lo quería para que buscara a su padre, no que lo quisiera. Nada más. Alzó una ceja y esperó hasta oír aquellas palabras que ella nunca decía con facilidad en su presencia.

—Por favor —dijo—, ¿quiere ayudarme a buscar a mi padre?

Él descolgó el gabán y se lo puso.

—Le daré mi respuesta por la mañana.

—Pero...

—Sea una cosa u otra, otro día no va a importar, Rennie. Ésa es una realidad que debe afrontar... Creo que sabe cuál es la otra.

Se puso el sombrero y salió a ocuparse de los caballos. Ella sabía muy bien a qué se refería: llegar hasta el Salto de Juggler no garantizaba nada; la búsqueda podría no descubrir a Jay Mac, sino sólo su cuerpo... Y no

era lo mismo. Jarret volvió con los brazos cargados de leña. Abrió la puerta con el hombro y se las arregló para sostener la carga, pero a unos pasos de la chimenea el brazo le falló, y la pila de leños cayó al suelo con un golpe sordo. Soltó un juramento y de una patada mandó un tronco al fuego; dio en el montón que ardía, y las chispas saltaron enloquecidas. Rennie dejó el periódico y se levantó del banco deja ventana. Se arrodilló a los pies de Jarret y empezó a recoger los leños.

—Vamos, déjeme —dijo ella—, antes de que queme la cabaña hasta los cimientos.

Jarret refrenó su ira y se agachó a su lado. Los dedos de la mano derecha le hormigueaban. Empleó la mano para empujar unos cuantos leños hasta el hogar, pero casi todo el trabajo lo hizo con la izquierda. Cuando terminó, volvió a salir de la cabaña, y no regresó hasta el anochecer.

Cuando entró por la puerta, Rennie lo oyó dar algún tropezón. Había estado bebiendo. No se molestó en alzar la vista de la cena. Le resultaba más fácil fingir que no estaba enfadada si no lo miraba. Tomó un poco del estofado de venado. Sabía un poco a quemado, pero eso no iba a impedirle comérselo, ni dar toda la impresión de que le encantaba. Por su parte, Jarret se sirvió un plato, pero en lugar de ir a la mesa fue a la mecedora. Se dejó caer pesadamente en ella, y luego se repantigó. Con la cuchara tomó un poco de venado y se lo llevó a la boca.

—Creía que no sabía guisar... —dijo, y luego lo probó—. Y llevaba razón.

—Pues el mío está estupendo.

—El mío está quemado.

—Eso es porque ha tardado mucho.

En ese instante él se levantó y se dirigió a la mesa antes de que Rennie pudiera defender su plato, tomó una cucharada de su estofado y lo probó. Era tan difícil de tragar como el suyo.

—Embustera. Ha quemado toda la olla.

Ella se encogió de hombros. Con la puntera de la bota él apartó una silla de la mesa y luego se sentó.

—¿Qué le pasa?

—Nada. —Lo miró. En la cara tenía una sonrisa que sólo podía calificar de boba—. Ha estado bebiendo.

Como no era una pregunta, Jarret no vio motivo para responder, y en su lugar se puso a comer el estofado con apetito. A medida que masticaba, iba pareciéndole mejor. Se arrepintió un poco de no haber estado allí para ver cómo lo preparaba. Habría tenido otra historia que contarle a Duffy. Entonces echó un vistazo a su alrededor y se dio cuenta de que Rennie se había pasado el día limpiando. La alfombra que estaba al pie de la mecedora estaba cepillada, el suelo barrido, en la repisa de la chimenea no había polvo... Observó también que la silla donde estaba sentado ya no cojeaba: le había equilibrado las patas. La parte de arriba de la cocina estaba fregada, y los platos del desayuno, recogidos.

—Parece que se ha mantenido ocupada —dijo.

No había tenido demasiada elección. Si no hubiera hecho nada, se habría vuelto loca. También ayudó el hecho de que, una vez que empezó a guisar, la zona de la zona de la cocina no tardó en estar irreconocible. Regó de harina el trayecto que iba desde la despensa hasta la cocina, dejo un rastro de azúcar por toda la mesa, tumbó un cacharro lleno de agua hirviendo y hasta se hizo sangre mientras cortaba la carne de venado. Limpiar era una obligación. Jarret extendió la mano por encima de la mesa y le rozó el pelo que le caía sobre el hombro. Ella dio un respingo. Los dedos se detuvieron pero ella no se movió.

—Tiene harina en el pelo.

Cuando la sintió relajarse, terminó de quitársela. Luego Rennie se echó hacia atrás el pelo, lo alisó y lo recogió en un moño flojo en la nuca; sobre la frente le quedaron sueltos unos cuantos mechones rojos y cobrizos. Después, haciendo caso omiso de la risita de Jarret, untó de mantequilla un panecillo caliente tras quitarle la chamuscada base.

—Su cara tiene mejor aspecto —dijo él. Ella le dirigió una mirada interrogante—. Está bajando la hinchazón, aunque el color no está bien todavía.

Ella ya se había visto en el espejo de afeitar de Ethan..., y había descubierto que era lo bastante presumida como para no querer ver su reflejo en varios días.

—Pues no está tan mal —dijo.

Jarret creía lo mismo, pero le sorprendió oírselo decir, y acabó de comer en silencio. Para cuando Rennie terminó con los platos, ya se sostenía más firme. Su sonrisa boba se había desvanecido, y empezaba a dolerle la cabeza. Pensó en retirarse temprano, pero al observar a Rennie trabajando supo lo que tenía que hacer. Cuando ella cogió un montón de ropa para remendar, él abandonó el banco de la ventana y se dirigió a la bomba de agua de la cocina.

—¿Remienda usted mejor de lo que guisa? —preguntó al ver cómo intentaba enhebrar una aguja.

—No —dijo ella—. Ni pizca.

Él tuvo que sonreír. Su respuesta era sincera.

—¿Y mejor de lo que canta?

—Peor.

—Entonces es buena cosa que construya puentes.

Ella agachó la cabeza para que no viera que luchaba por contener la risa.

—Muy buena cosa.

Jarret llenó un cacharro grande con agua y lo puso a calentar. Luego colgó un hervidor de agua en el gancho que había encima de la chimenea y añadió dos cacharros más pequeños a la cocina. Las ventanas de la cabaña no tardaron en empañarse. Mientras el agua se calentaba, Jarret limpió la bañera de madera. Sentía los ojos de Rennie fijos en él, pero no pudo pillarla. Cada vez que la miraba, acababa de bajar los párpados sobre la labor. A continuación, llevando los cacharros de agua caliente en la mano izquierda, llenó la bañera. Cuando añadía un cubo de agua fría de la bomba, Rennie se puso de pie y se encaminó hacia la escalera.

—Pero ¿adónde va? —le preguntó.

Ella señaló al desván.

—Esperaré ahí arriba mientras se baña.

—No me he bebido todo el dinero en el *saloon* de Bender. He pagado veinticinco centavos por un baño en la ciudad, y un centavo más por el jabón. —Se frotó la barbilla—. También me he afeitado. Esto es para usted.

—¿Para mí? —Rennie no acababa de entenderlo—. ¿Ha hecho esto por mí?

Su sorpresa no le sentó bien a Jarret. A juzgar por su actitud, cualquiera pensaría que nunca había hecho nada por ella... Apartó la vista y dijo bruscamente:

—Le traeré unas toallas.

Aunque su actitud confundió a Rennie, se negó a que aquello eclipsara su placer. Se apresuró a subir la escalera hasta el desván y allí fue esparciendo sus pertenencias en todas direcciones en busca de las sales de baño y el jabón.

—¿Qué hace? —dijo él desde abajo—. El agua se enfría.

—Deben de estar con las cosas que dejé con Jolene —dijo ella.

Entonces se zafó del vestido, se deslizó en su camisón de dormir y volvió a bajar la escalera. Jarret no estaba, y había más agua calentándose en el fuego. Se coló detrás de la cortina, se desvistió y se metió con ilusión dentro del agua. Estaba cálida y estupenda. Esta le lamió los pechos y, según iba hundiéndose poco a poco, también los hombros. Jarret había dejado una toalla en una silla. La cogió, la dobló y la puso sobre la parte de atrás de la bañera, de forma que le sirviera de cojín para la cabeza y el cuello. Luego cerró los ojos y juró quedarse justo donde estaba hasta el deshielo primaveral...

La cortina amarilla ondeó cuando se abrió la puerta de la cabaña y, para que él no invadiera su intimidad, dijo:

—Estoy aquí.

De todas formas, él lo hizo. Metió la mano entre la cortina y la pared, y le pasó las sales de baño. Cuando las tomó, él le tendió además el jabón de lavanda.

—Le había traído el baúl de la ciudad, pero se me olvidó. Estaba en el cobertizo, con los caballos.

Ella añadió las sales al baño, y su piel pareció absorber la fragancia y el poder de relajación del agua. Después frotó un poco de jabón en una manopla y empezó a lavarse lentamente. Había vuelto a cerrar los ojos, de modo que no vio cómo Jarret metía la cabeza lo bastante como para añadir agua caliente y asegurarse de que no la quemaba.

—Quédese a ese lado de la cortina —le dijo. Cuando él se retiró, miró hacia abajo y quedó satisfecha al ver que sólo le había visto los hombros desnudos—. Si se acuerda, yo me ofrecí a irme al desván mientras se bañaba.

—Si se acuerda, yo no.

«Unos hombros preciosos», pensó él... Y Rennie estaba demasiado contenta para darle a aquello más importancia de la precisa.

—Esta noche duermo aquí —dijo.

—No estará cómoda.

—Ahora mismo no puede convencerme de eso.

Levantó una pierna y empezó a enjabonarla. Mientras tanto, al otro lado de la cortina, Jarret se atormentaba imaginando qué haría.

—¿Necesita ayuda?

El rubor acudió a las mejillas de ella. Aunque le pareció que se le derretía la espina dorsal, se las arregló para hablar con aplomo.

—Jarret, llevo bañándome sola desde que tenía cinco años.

—Un descuido por mi parte.

—Es incorregible.

Él fingió entenderla mal.

—¿Incontenible? Tiene razón. Una palabra suya y...

—I-N-C-O-R-R... —Se detuvo—. Ay, da lo mismo. Sabe perfectamente lo que he dicho, y, además, ya no voy a hablar más con usted. Requiere demasiada energía.

Un segundo después, la cortina se descorrió un poco.

—Puedo acercarme más —dijo Jarret—. Así no tendría que gritar.

Ella le lanzó la manopla.

—Prepárese café, y tómeselo solo, a ver si se le pasa la borrachera.

Jarret se quitó la manopla de la cara y se la lanzó de vuelta. Rennie estuvo a punto de picar. A punto estuvo de levantarse por encima de la línea del agua para agarrarla, pero en el último momento se dio cuenta del truco y se quedó quieta.

—Ya está bien de tonterías —le dijo moviendo un dedo.

Imperturbable, Jarret recogió la manopla, se la puso en la mano y se fue a preparar café. Rennie prosiguió su baño metiendo la cabeza debajo del agua para empaparse el cabello; luego lo enjabonó y se frotó el cuero cabelludo.

Y sólo cuando tuvo que aclararlo, se puso a rogar los servicios de Jarret.

—Estoy bebiendo café —le dijo él.

—No sea antipático. Sólo tráigame un cacharro de agua templada. No ha de estar caliente... —se apresuró a decir—, ni helada tampoco.

—Es usted muy exigente.

—Por favor.

—Me gustan esas palabras.

Jarret dejó la taza, cogió un cacharro de agua de la cocina y metió los dedos para asegurarse de que no estuviera ni demasiado caliente ni demasiado fría. Esta vez descorrió la cortina del todo. Ella se hundió más en el agua, con las rodillas recogidas contra el pecho; su cabello rojo era una jabonosa corona sobre su cabeza, y las diminutas burbujas, una hilera de diamantes. Él se arrodilló junto a la bañera y levantó el cacharro. Ella lo miró con desconfianza.

—No estará fría, ¿verdad?

—Sentí la tentación —le dijo él—, pero no, no está fría.

Rennie cerró los ojos y frunció el ceño en previsión de la catarata. En lugar de eso, Jarret vertió el agua poco a poco sobre su cabeza. La espuma resbaló despacio sobre su frente, sus párpados cerrados y sus mejillas. Mientras se deshacía la corona de su pelo, ella se relajó y alzó la cara para recibir la suave catarata de agua. Jarret la rozó para quitarle los mechones de pelo de la sien y la mejilla; con levedad, el suave dorso de sus dedos pasó por la magulladura de la mandíbula, y con el pulgar rozó sus pestañas. Después pasó los dedos por su húmedo y sedoso cabello al enjuagarlo y se lo dejó caer sobre el hombro. Las oscuras puntas rojas y castañas quedaron flotando en el agua y se pegaron a la curva de sus pechos. Cuando se acabó el agua, dejó el cacharro. La cara de Rennie seguía vuelta hacia él, lo bastante cerca ahora como para que sintiera su aliento en la mejilla. No había abierto los ojos.

—¿Ya está? —susurró ella.

La miró fijamente. Las pestañas de terciopelo... El brillo de su piel... La húmeda boca... Con voz profunda, respondió:

—No. Me parece que todavía no.

Su boca buscó la de ella.



Capítulo Nueve

El primer roce fue indeciso. El segundo menos. Cuando la boca de Jarret besó la de Rennie por tercera vez, todo rastro de duda había desaparecido. Sus labios capturaron su dulce respuesta, y el beso se hizo más profundo. De la superficie del agua subían volutas de vapor. Rennie alzó la mano, y el agua lamió las paredes de la bañera. Con las yemas de los dedos tocó los húmedos rizos del pelo de Jarret en la nuca; el agua le goteó por debajo del cuello de la camisa, y una gotita le recorrió la columna. Fue como si Rennie lo hubiera acariciado allí... Y necesitaba que lo tocara por todas partes.

Jarret le rodeó con la mano el lado de la cara. Su pulgar rozó apenas la arqueada línea de su cuello; debajo sintió el pulso: primero estable, luego acelerado. Sus labios se trasladaron a la comisura de su boca y bajaron deslizándose por la mandíbula hasta la oreja. Ella contuvo el aliento cuando él le mordisqueó el lóbulo con los dientes y jugueteó con la lengua. Sentía en su piel el calor del contacto de Jarret, y su pulgar parecía acelerarle el pulso. Luego sus dedos bajaron despacio por su cuello hasta llegar al hombro, y pasaron con suavidad a un lado y a otro sobre la clavícula. Tenía su boca en la sien, y en seguida, en las comisuras de sus ojos cerrados. Su mano estaba debajo del agua y se deslizaba sobre la curva de su pecho. Se le ruborizó la piel, y la rosada punta del pezón se endureció. La mano se movió entre sus pechos y se le quedó a la altura del corazón. De pronto, unas lágrimas ardientes le escocieron en los ojos, y dio un grito sofocado, aterrado. Se sentó, al tiempo que empujaba la mano de Jarret para apartarla y volvía la cara de modo que su beso no encontrase destino. El agua se derramó por el lateral de la bañera cuando se llevó las rodillas hasta el pecho en un gesto de protección y se inclinó hacia adelante. No tuvo que ver a Jarret para saber que estaba retirándose: lo sintió. Jarret se irguió y, desde arriba,

miró la inclinada cabeza de ella un largo instante; miró sus hombros caídos y el oscuro cabello que se arremolinaba en la superficie del agua.

—Parecía que estaba dispuesta —dijo en voz baja.

Ella asintió, con la mejilla apoyada en las rodillas. No podía mirarlo. Tenía miedo de dejar que la tocara, y también de no hacerlo... Su confusión no hacía más que acrecentar sus temores. Intentó hablar, contarle lo que pensaba, pero tenía la boca seca. Recordaba otras manos, menos amables, y también recordaba que ya una vez el amoroso consuelo de Jarret se convirtió en ira, y que esa ira se había vuelto contra ella. Esos crueles recuerdos la hicieron estremecerse. La toalla doblada donde había apoyado la cabeza resbaló hasta el agua. Jarret la cogió, con cuidado de no tocar a Rennie, pero, a pesar de eso, vio que se encogía. Furioso por motivos que no supo definir con claridad, arrojó al suelo la empapada toalla, que le roció las botas con una lluvia de gotitas. Entonces le buscó otra seca, la tiró en la silla cercana y salió de la cabaña dando un portazo.

Rennie tardó en alargar la mano hacia la toalla. Se quedó en la bañera hasta que el agua estuvo fría, y su piel, más fría aún; hasta que el calor del contacto de Jarret la abandonó. Aunque la sensación fue sólo temporal. Cuando recogió la toalla, descubrió que estaba seca, pero no limpia... Y que el aroma de Jarret permanecía en ella. La fragancia de su jabón de afeitar seguía allí. La usó, no porque no hubiera otra opción, sino porque deseaba que él la cubriera, y se le hizo un nudo en el estómago cuando se enfrentó a otra creciente ola de pánico. Mantenerse ocupada la ayudó a no pensar en ello. Vació la bañera echando cubos de agua por la puerta trasera. Después limpió los charcos del suelo y guardó los cacharros que Jarret había empleado para calentar el agua. Como seguía sin volver, ordenó cosas de la cabaña que no necesitaban ser ordenadas; hurgó en el fuego, metió más leña y recortó las mechas de todas las lámparas de queroseno. Durante unos minutos se quedó descalza en el pequeño porche delantero, vestida con el camisón, mirando y escuchando por si le llegaba alguna señal de Jarret. La nieve se arremolinaba cuando el viento pasaba susurrando entre los árboles, pero no se movía nada más. Por fin, se fue a acostar.

Jarret entró en la cabaña con muchísimo más cuidado que cuando había salido. En silencio, se zafó del gabán y de las botas y después cruzó el suelo de puntillas y atizó el fuego antes de subir por la escalera hasta el desván. Pasó por encima del montículo de mantas que envolvía a Rennie, se desnudó hasta quedar en calzones y luego se tendió bajo el edredón. Dio un suspiro cuando Rennie le pasó unas mantas.

—Creí que estaba durmiendo —dijo.

Al menos, eso era lo que había querido creer. Se echó las mantas por encima de cualquier forma.

—Ha ido al *saloon* de Bender —dijo ella.

A él no le gustó el que su tono fuera un tanto acusador. Tenía derecho a ir donde quisiera, siempre que quisiera.

—Perdone, no quería decirlo como ha sonado.

—Sí que quería.

—Tiene razón —dijo ella al cabo de un momento—. Sí quería.

—Pues lo que yo haga es asunto mío.

Todavía encogida en posición fetal, Rennie se volvió hacia él, pero parecía que los separaba algo más que una distancia física.

—Sí, ya lo sé. Estaba preocupada.

—¿Por mí? —preguntó él—. ¿O por usted?

Rennie no iba a caer. No se enfadaría.

—Por ambos —dijo—. Pero sobre todo por usted.

La voz de él sonó brusca.

—¿Qué creía que iba a hacer? ¿Emborracharme otra vez?

Ella asintió, se dio cuenta de que él no la veía y dijo:

—Sí, creí que a lo mejor se emborrachaba.

—No lo he hecho.

—No. —Tenía un nudo en la garganta y le costaba hablar—. No lo ha hecho. Ha estado con Jolene.

Jarret no respondió en seguida. Miró fijamente al frente, en la oscuridad, y se preguntó qué debía decir. Sabía lo que ella estaba pensando, y también la verdad... Y las dos cosas no eran lo mismo.

—¿Cómo lo ha sabido? —dijo al fin.

Rennie cerró los ojos un instante.

—La huelo en usted.

—Entiendo.

—A ella le gusta el jabón con aroma a rosa.

—Es cierto.

Los dedos de Rennie se curvaron sobre una esquina de la almohada y su puño se cerró, igual que todo su interior.

—Entonces no va a negarlo.

—No —dijo él en voz baja, en tono cansado—. No voy a negarlo.

No debería dolerle tanto, pensó Rennie; no debería sentirse traicionada. Pero el decírselo no cambiaba las cosas, porque ese sentimiento de traición permanecía en ella.

—¿Va a llevarme al Salto mañana?

—No lo he decidido.

Rennie se preguntó si era la verdad o si, sencillamente, no quería hablar del asunto.

—¿Cuándo lo sabrá? —preguntó.

—Cuando lo sepa.

No era una respuesta satisfactoria. Dobló la almohada debajo de la cabeza y parpadeó hasta rechazar las ardientes lágrimas que parecían brotar de la nada. Entonces habló con voz entrecortada:

—Cuando antes me besaste... Yo quería que tú... Yo... Me gustó cuando me besaste.

—Ahora no quiero hablar de eso. Duérmase.

—No, todavía no. Tú has estado fuera, con alguien; yo he estado aquí sola con mis pensamientos nada más. He intentado mantenerme

ocupada, no pensar, pero luego subí aquí, y entonces ni podía dormir ni podía dejar de pensar.

Impaciente, Jarret dijo:

—¿Qué quiere decirme?

Su tono la hirió en lo más profundo, pero Rennie prosiguió con una voz apenas audible.

—Ojalá hubiera dejado que llegarás más lejos.

—Cierre el pico, Rennie.

—Ojalá no te hubiera detenido.

El brazo de Jarret se extendió en la oscuridad y, sin equivocarse, dio con su muñeca. Entonces tiró de ella, la hizo cruzar el espacio que los separaba y le atrapó la otra mano, y se quedó así, agarrándoselas a ambos lados de la cara. Todo ocurrió tan rápido que la sorpresa de Rennie llegó después de la acción. Alzó la vista hacia él, buscando su sombrío perfil, y sintió su furiosa tensión en la fuerza con que la agarraba y en la dureza de la pierna que cruzó en diagonal sobre las suyas. Su voz tensa y áspera no fue sino una prolongación de esa misma tensión, y se encogió ante su dureza.

—¿Qué diablos quieres de mí, Rennie? ¿Eres ingenua o malévola? ¿O es que no terminas de decidirte? —Apretó los genitales contra su cadera y le hizo sentir su dureza, que era todo furioso deseo y tenso anhelo—. No me hables de lo que deseabas que sucediera a menos que lo desees ahora. ¿Lo deseas, Rennie? ¿Es eso lo que quieres?

—No... —dijo al principio; y luego—: No lo sé.

Él soltó una imprecación en voz baja y la sacudió un poco por las muñecas.

—¿Por qué has empezado esto? Esta noche he vuelto dispuesto a fingir que dormías. ¿Por qué diablos no me has dado esa oportunidad?

—Sólo pretendía...

Jarret la soltó y se sentó. Luego cerró los ojos y se los frotó con el pulgar y el índice.

—Lo que pretendías —dijo en tono mordaz— era influir en mí para que te llevase al Salto.

Rennie se sentó a su vez.

—Retira eso —dijo con voz tranquila.

—¿Que retire qué?

—Yo no soy una puta —dijo—. Retíralo.

Él negó con la cabeza.

—He estado con putas expertas que eran menos hábiles que tú.

La crueldad de ese comentario dejó a Rennie sin aliento. Le dolía el pecho y su garganta pareció cerrarse. Se mantuvo muy derecha, todo lo lejos de él que pudo; cuando al final consiguió hablar, lo hizo con voz frágil, aunque desprovista de toda inflexión.

—Has cambiado —dijo; no era una acusación, sólo la afirmación de un hecho—. Y no es por el whisky. Estás tan lleno de odio, de ira y de pura y terca maldad, que no ves con claridad ni siquiera cuando estás sobrio. Pero si no puedo hacer que me lleves al Salto por un buen motivo, no quiero tu ayuda por uno malo.

Un largo silencio siguió a sus palabras. Jarret se tumbó de nuevo y se volvió de cara a la pared.

—Contigo no siempre distingo entre lo bueno y lo malo. —Era todo lo que estaba dispuesto a reconocer—. Duérmete, Rennie.

No fue un sueño largo. Jarret la despertó al amanecer. Ya estaba afeitado y vestido. Tenía un petate a los pies, y cerca se amontonaba el equipaje de los dos. Sus brazos se apoyaban en las vigas que había a ambos lados del techo abuhardillado. La miró mientras se desperezaba, soñolienta, y se apartaba de la cara los rebeldes mechones de pelo. Ella le sonrió, y esa insólita y hermosa sonrisa, así como el descuidado placer de su cara estuvieron a punto de hacerlo tambalearse. Aunque se daba cuenta de que aquello no significaba nada, de que apenas estaba

despierta, no dejó que viera la misma vulnerabilidad en él, y le devolvió una mirada fija y glacial.

—Si quieres ir al Salto, procura estar preparada dentro de treinta minutos.

Rennie lo vio dar la vuelta y tomar la escalera. No era consciente de que su sonrisa se desvanecía, igual que no lo había sido un instante antes, cuando ésta era radiante y acogedora. Clavó los ojos en el lugar por donde Jarret había desaparecido e intentó imaginarse el difícil viaje que la esperaba con un hombre que la odiaba. Cuando se reunió con él, había ensillado las yeguas, y el tercer caballo estaba cargado con el equipo. Debajo del largo abrigo llevaba la ropa que él le había dispuesto. Sintió que le daba un repaso de arriba abajo, haciendo su propia valoración.

—¿Todo te viene bien? —preguntó—. ¿Los pantalones? ¿La camisa?

Ella asintió.

—Estas cosas pertenecen a Jolene.

—Pertenecían —dijo él, subrayando el pasado del verbo.

—¿Te las ha dado ella?

—Me las ha vendido. —En su voz no había rencor.

—Son cómodas.

Él le alargó las riendas de *Albión* y sostuvo su mirada durante un momento.

—Pero tú no estás cómoda.

Ella se apresuró a apartar los ojos y montó sin ayuda.

—No del todo —dijo—. No estoy acostumbrada a...

—¿Ponerte la ropa de una puta?

Fuera por lo que fuese, Rennie vio que Jarret tenía ganas de pelea, pero se negó a dejarse provocar. Si quería volverse atrás de su acuerdo de llevarla al Salto, ella no iba a darle motivo. Cuando estuvo listo para marchar, Rennie eligió cabalgar detrás en lugar de hacerlo a su lado. No dio la impresión de que él quisiera otra cosa.

Desde el principio Rennie descubrió que Jarret no iba a hacer ninguna concesión por su inexperiencia o por ser mujer. Alteraba la marcha o hacía descansos según las necesidades de los caballos, y contaba con que fuera capaz de cabalgar muchas horas y luego ser útil para montar el campamento. En el camino, le prestó la misma atención y consideración que dedicaba al equipo que iba en el caballo de carga. No podía demostrar de forma más evidente que la consideraba un artículo más del equipaje. En el campamento le daba órdenes concisas; allí sólo era otro par de brazos y de piernas para cargar y acarrear... Aunque no la obligó a cocinar. Por la noche compartían la tienda, pero no las mantas. Nunca se despertaron enredados ni intercambiaron una mirada. Rara vez hablaban. Al cabo de tres días de camino, Rennie se dio cuenta de que sólo habían intercambiado unas cuantas docenas de palabras. Ya no reconocía su propia voz, pero estaba acostumbrándose a las órdenes bruscas de Jarret.

El terreno era accidentado, y los trechos despejados eran empinados descensos o ásperas ascensiones. A Rennie le parecía que nunca iba derecha en la silla; siempre estaba o inclinada hacia adelante o hacia atrás. Los arbustos de enebro impedían que la tierra fuera implacablemente blanca y rocosa, y por todos lados había grandes bosques de distintos tipos de pinos. La nieve definía las esbeltas ramas desnudas de los álamos. Fríos y rápidos, a veces los torrentes de montaña corrían bajo una fina capa de hielo, de modo que el agua parecía discurrir bajo un vidrio. Los colores del arco iris quedaban capturados en las puntas de los carámbanos que iban derritiéndose. El aire era frío y seco, y la nieve tenía un aspecto cristalino y crujiente. Casi siempre la fauna mantenía las distancias: en presencia de los viajeros, las liebres se dispersaban, los pájaros remontaban el vuelo y los ciervos se quedaban inmóviles. Rennie percibía más actividad durante la noche. Por encima del crepitar del fuego y del suave respirar de Jarret, le parecía oír todos los sonidos de la naturaleza. Las piñas caían a tierra con un ruido sordo cuando depredadores y presas entablaban su danza a vida o muerte; las pendientes rocosas se movían cuando los animales

buscaban seguridad en terrenos más altos, y el torrente de agua helada cambiaba su cadencia cuando los animales lo cruzaban... Y, sorprendentemente, ella se dormía con facilidad.

Al amanecer del cuarto día, Rennie fue la primera en despertar. Se escurrió de debajo de las mantas y salió de la tienda sin despertar a Jarret. El cielo estaba gris, una nube envolvía el campamento y el sol era una mancha de luz que apenas parecía tener poder suficiente para quemar la niebla de la montaña. Rennie sabía que tendrían que viajar de todos modos. Después de lavarse en el riachuelo y atender a sus necesidades, se dedicó a los caballos. Acababa de disponer mejor la hoguera cuando Jarret salió a gatas de la tienda; echó una mirada al cielo, otra a ella, y luego frunció el ceño a la naturaleza en general. Rennie supuso que el ceño era un saludo, y cuando él dio media vuelta y se dirigió hacia el riachuelo, ella se limitó a menear la cabeza con un gesto de triste aceptación. El rápido baño y el afeitado no hicieron nada por cambiarle el humor, aunque tenía un aspecto un poquito menos amenazador, y luego empezó a preparar el desayuno mientras Rennie quitaba las estaquillas de la tienda. Por el rabillo del ojo la observó. Trabajaba con movimientos correctos y eficaces, y atacaba la faena con más energía que cualquiera de las mañanas anteriores. A Jarret le pareció que no sólo había sobrevivido a las exigencias del viaje, sino que además se había adaptado a ellas.

—El café está listo —dijo.

Rennie soltó el martillo y las estaquillas en la lona aplanada de la tienda y fue a por su café antes de que se enfriara. Se sentó en un tronco, ante el fuego, frente a Jarret, y sostuvo a jarra de hojalata con las enguantadas manos. El vapor que subía le calentó la punta de la nariz cuando lo alzó hasta la cara. El desayuno era el guiso que había sobrado de la noche anterior. Una vez preparado, Jarret dejó que se sirviera a su gusto y después se comió lo demás directamente de la cacerola.

—A media mañana, más o menos, deberíamos de llegar a las vías —dijo.

Como reacción al sonido de su voz, y también al contenido de su frase, la cabeza de Rennie se alzó.

—¿Tan cerca estamos?

Él asintió con un breve gesto.

—Seguiremos las vías hasta el Salto de Juggler. Así será más fácil el viaje para ti.

—Yo no me he quejado —no pudo evitar decir.

—No era una acusación —dijo él—. Para mí también será más fácil.

Rennie agachó la cabeza y siguió comiendo, enfadada consigo misma por haberse tomado el comentario de forma tan personal.

—Deberíamos llegar al Salto poco después de mediodía.

Ella asintió. Tenía la boca reducida a una severa línea.

—Nos acercaremos desde arriba, aunque no estoy seguro de cómo bajaremos hasta los restos del tren. Quizá nos lleve casi todo el día.

—¿Tanto?

La inquietud nubló sus ojos color esmeralda, que ahora lo miraban.

—Ya veremos —dijo él con brusquedad.

El tema estaba concluido. Rennie acabó su comida en silencio. Una vez que terminó, llevó los utensilios al riachuelo, los lavó y luego acabó de plegar la tienda. Jarret apagó el fuego y ensilló los caballos. Trabajaban por separado pero juntos, esquivándose de forma premeditada.

Llegaron a las vías puestas por Northeast Rail antes de lo que Jarret esperaba. Entonces, cabalgando en fila india por las vías, se pegaron al lado montañoso de la curva durante el lento y gradual descenso. De vez en cuando él volvía la cabeza sólo para asegurarse de la presencia de Rennie; ella no había recuperado el color desde que supo que llegarían ese día al Salto. Desde ese momento sentía todo el impacto de la decisión de buscar a su padre, y Jarret se preguntaba si podría soportar dicha presión. De pronto alzó una mano para indicar que se detenían, mientras con la otra tiraba de las riendas de *Zilly*. Frente a él las vías desaparecían bajo una muralla de rocas, nieve y hielo. Soltando improperios por lo bajo, desmontó y se adelantó a examinar el obstáculo. Por encima y hacia su derecha, la avalancha había cortado un amplio sendero. Rennie se le

acercó por detrás y, con gesto de desesperación, miró fijamente aquel escollo que, en su parte más alta, era casi dos veces más alto que Jarret.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

Jarret meneó la cabeza.

—Dijiste que las vías estaban obstruidas a trechos, pero no me esperaba esto.

Rennie tampoco lo esperaba.

—¿Podemos rodearlo?

—Podemos —dijo él—, pero por otra ruta tardaremos una semana en llegar al Salto. Tendremos que desandar más de medio camino, y no llevo suficientes víveres, de modo que tendré que sacar tiempo para cazar, y eso nos retrasará más. Había planeado acampar en el lugar del descarrilamiento y, una vez allí, rastrear y cazar.

—Bueno, pues no se puede cruzar excavando —dijo ella.

Él le echó una mirada de reojo, con la boca torcida en gesto de mofa.

—Quizá yo no sea ingeniero —dijo—, pero ya lo había calculado.

Rennie hizo caso omiso de él.

—Pues si no podemos rodearlo y no podemos atravesarlo, tendremos que pasar por encima.

—No estás escuchándome: he dicho que podemos rodearlo, sólo que nos llevará más tiempo.

—A menos que me digas que ir por encima es imposible, no quiero rodearlo.

Jarret echó atrás el ala del sombrero con el índice y dejó que sus ojos exploraran el terreno del obstáculo.

—Lo cierto, Rennie, es que no sabré si es imposible hasta que lo haya intentado y fracasado. Pero sí sé que es peligroso. ¿Estás dispuesta a arriesgar la vida? Echa un buen vistazo por la ladera de la montaña antes de contestar y mira adonde ha ido a parar el resto de las rocas y la nieve que no se ha quedado en esta lengua de tierra.

Rennie no miró. Sabía lo que había allí abajo, pero también lo que había detrás... Y estaba dispuesta a correr el riesgo.

—Yo quiero intentar pasar por encima, pero no te lo pediré. Si quieres dar media vuelta, lo entenderé y te seguiré.

—Así que depende de mí.

Rennie hizo un gesto afirmativo. Él se volvió hacia ella, y por primera vez en cuatro días, la tocó. Le alzó la barbilla con la mano. Ella no se encogió, sino que, testaruda, se quedó quieta, mientras el rubor teñía sus mejillas y él veía su resolución.

—Como te des un golpe en el dedo gordo del pie, nada más, te amargaré la vida.

Ella mostró una sonrisa radiante y cordial, pero Jarret no la vio, porque ya había apartado la mirada. Había tomado su decisión.

Rennie lo ayudó a quitar parte del peso del caballo de carga y a repartir el equipo entre *Albión* y *Zilly*. Después, apisonaron la nieve donde estaba suelta y movieron las rocas donde pudieron para tener una base mejor por la que avanzaran más seguros ellos y los caballos. Avanzaban despacio. Algunas rocas que al principio parecían firmes, en realidad, descansaban sobre capas de guijarros sueltos, y, cuando se movían, resbalando como bolas de cojinetes, las rocas se movían a su vez. Rennie se mordía el labio cada vez que oía o sentía ceder la tierra bajo sus pies, para no gritar. Cuando ella y Jarret llegaron a la parte de arriba vieron que los restos de la avalancha se extendían casi cincuenta metros por delante, pero también descendía poco a poco hacia las vías, de modo que el punto más escarpado era el tramo inicial. Rennie esperó allí mientras él volvía a bajar para llevar a los caballos. Observó cómo los tranquilizaba hasta calmarlos cuando se espantaron al principio del ascenso, sin poner en duda que los haría moverse. Había sido testigo bastantes veces de su éxito con el obstinado caballo de carga para estar segura del resultado. Y, un poco a su pesar, se dio cuenta de que en alguna ocasión había empleado técnicas parecidas con ella.

—Debe de ser que tengo más sentido de caballo que sentido común —musitó para sí cuando Jarret coronó la loma.

Él le echó un vistazo y, durante un instante, reapareció su vieja sonrisa relajada.

—No te hagas ilusiones —dijo con guasa.

Rennie sabía que el aire no estaba ni un grado más tibio que hacía un segundo, pero lo parecía. Sin decir ni una palabra más, y ocultando su sonrisa, se abrió camino con cuidado por la roca y el hielo. Hasta que todos estuvieron a salvo al otro lado, Rennie no se percató del alcance de lo que habían conseguido. Se volvió para mirar el obstáculo que acababan de vencer y vio el precario equilibrio de las rocas. La nieve y el hielo, que habían sido el pegamento de la naturaleza, se deshacían mucho más rápido de lo que había advertido mientras pasaba por encima. Y de pronto, sin previo aviso, toda una sección de brillante roca y nieve resbaló por la ladera. Al principio retumbó, pero luego resonó como un eco espeluznante cuando fue a parar ladera abajo. Jarret, que estaba tranquilizando a los caballos, tenía la atención puesta en Rennie.

—¿Vas a vomitar? —preguntó.

Ella tragó saliva con esfuerzo y dio un vacilante paso hacia atrás. Entonces tropezó con una traviesa y se cayó sentada en la vía.

—Por lo menos he conseguido no hacerme daño en el dedo gordo del pie —dijo con ironía, levantando sus ojos hacia él.

Jarret pasó las riendas a la mano derecha, le alargó la izquierda y la levantó tirando. Sus cuerpos se tocaron durante un brevísimo instante antes de que él la soltara. Ambos sintieron el mismo escalofrío, pero sólo Jarret supo con certeza lo cerca que había estado de besarla. Rennie se sacudió y se arregló la bufanda. Recuperado de nuevo el valor, tomó las riendas de *Albión* de la mano de Jarret y guio a la yegua por el tramo de vías. Una vez se puso a caminar, fue más fácil fingir que no temblaba tanto. En la vía no había más obstáculos, y a mediodía, antes incluso de lo que Jarret había previsto, llegaron al curvo contrafuerte conocido como el Salto de Juggler. Las vías se ceñían a la curva de la montaña y las explosiones de dinamita habían rebañado el saliente, pero el Salto se prolongaba más allá de la cara de la ladera. Rennie y Jarret se asomaron a unos cuantos pasos antes de llegar al borde. A unos cien metros más abajo estaban los retorcidos restos del tren número 412.

—Distingo cuatro vagones y un furgón de cola —dijo Jarret.

Hacía mucho que la nieve había cubierto la mayor parte de los deteriorados vagones, y los árboles caídos también bloqueaban la vista.

—¿Es eso lo que tenías entendido?

Ella asintió. El furgón de cola estaba volcado, y se identificaba sólo porque aún se veían unas pequeñas manchas rojas. Tres de los vagones eran más difíciles de distinguir: estaban doblados y como encajados entre sí, de manera que sus líneas rectangulares habían cambiado hasta convertirse en algo sin forma definida. En cuanto al cuarto vagón, también era otra cosa, y éste fue el que atrajo toda la atención de Rennie; incluso antes del descarrilamiento ya era distinto de los demás. Y es que Jay Mac había insistido en que su vagón privado se equipara pensando tanto en la funcionalidad como en la comodidad. Sólo en el exterior se permitió un adorno sin más finalidad que la de distinguirlo: el escudo de los Worth aparecía a ambos lados y también en el techo. El vagón privado de Jay Mac era el único que estaba en posición casi recta, y como se apoyaba en una hilera de pinos, la nieve no se había agarrado tan tenazmente a su techo. Al mirar con atención, Rennie vio el dorado escudo de armas sobre el reluciente fondo negro y se lo señaló a Jarret.

—Ése es el vagón de mi padre —dijo—. Ethan me dijo que lo encontraría casi derecho. Desde aquí se ve que apenas ha sufrido daños.

Jarret no estaba tan seguro, pero no dijo nada. El que hubiera aterrizado así no quería decir que no hubiera dado vueltas al caer... Y tampoco quería decir que Jay Mac hubiera tenido más oportunidades de sobrevivir al choque.

—¿Cómo bajamos hasta ahí? —preguntó ella.

—Bueno, podemos hacer lo que hizo el viejo Ben Juggler...

—Yo no voy a saltar.

—Entonces iremos por la vía hasta su punto más bajo, y luego retrocederemos cortando por los bosques. No es una pendiente tan abrupta como parece... Por eso, al final, Juggler se decidió por el revólver para acabar el asunto. —Jarret mostró una amplia sonrisa—. Saltando por aquí no le salió bien.

Ella se lo quedó mirando fijamente mientras se alejaba.

—Estás inventándotelo.

Él levantó la mano derecha.

—Lo juro por Dios.

Aunque Rennie no lo veía, sospechó que seguía sonriendo. Cogió las riendas de *Albión* y ajustó su paso al de él.

Fue una de esas cosas que no deberían pasar; algo para lo que ninguno de los dos estaba preparado. Después de dar un descanso a los caballos, volvieron a poner el equipo a lomos del caballo de carga y luego montaron cada uno su yegua. Ni *Albión* ni *Zilly* encontraron el terreno más difícil que el que habían recorrido antes. Desde abajo Rennie alzó la vista para mirar al Salto de Juggler y vio que Jarret tenía razón en cuanto a la pendiente de la montaña; sólo se hacía abrupta, y casi imposible de ascender o descender, donde subía en vertical para sostener las vías. El terreno que atravesaban ahora parecía una suave ladera en comparación con el aspecto que ofrecía desde arriba. Más tarde pensó que tal vez fuera la facilidad con la que avanzaban, o un exceso de confianza injustificada por haber alcanzado un hito en su viaje lo que los hizo descuidarse.

Rennie no vio la liebre que salió como una centella bajo los cascos de *Albión* hasta que la yegua se encabritó. Se las arregló para mantenerse en la silla, pero *Albión* vaciló al bajar las manos y estuvo a punto de caer. Concentrado en lo que pasaba detrás de su hombro, el paso en falso de *Zilly* cogió desprevenido a Jarret. Intentó enderezarse agarrando la perilla de la silla, pero el hormigueo de la mano le impidió cogerse bien, y ese instante de pánico lo percibió su yegua; se puso a patear, inquieta, movió algunas rocas y empezó a resbalar. Jarret recobró algo de control inclinándose hacia adelante en la silla y dejando que *Zilly* actuara por instinto; ésta agitó las patas buscando agarre y luego se precipitó hacia adelante en un loco galope. Por un momento Jarret pensó que tanto él como *Zilly* iban a conseguirlo..., hasta que vio el pino caído. Estaba

tumbado con la copa atrapada en la cruz de otro árbol, y cruzaba el camino como una valla, a más de un metro del suelo. Con las rodillas y las piernas intentó reorientar el rumbo de la yegua, pero ésta estaba demasiado desesperada para sentir sus movimientos y entenderlos. No consiguió impedir que *Zilly* saltara y, sin fuerza en el brazo derecho, no pudo sostenerse. Resbaló de la silla y, a diferencia de *Zilly*, él no salvó la valla.

Rennie, que iba detrás, había rebasado la mitad de la distancia que los separaba cuando lo vio venirse abajo. Había visto el pino caído y supo que *Zilly* conseguiría saltar, pero no se le ocurrió que su salto lo desmontaría. Jarret se resbaló de su montura como si, de repente, la silla y las riendas hubieran estado engrasadas. Para cuando llegó hasta él, *Zilly* se había tranquilizado y volvía sin prisas a donde estaba su amo. Una vez a su lado, inclinó la cabeza e intentó despertarlo dándole cabezadas. Rennie se arrodilló junto a Jarret y quitó de en medio el morro de *Zilly* de un fuerte empujón. La yegua entendió la orden y se apartó sin prisas. Jarret respiraba de forma superficial pero regular, y Rennie le encontró el pulso con facilidad. Lo sacudió suavemente varias veces, llamándolo, pero al ver que no respondía, se sacó los guantes y le quitó el sombrero. Entonces hurgó con los dedos en su cabello y, con cuidado, le tocó la cabeza en busca de chichones o cortes en la piel. Encontró un gran chichón justo detrás de la oreja derecha; tenía un poquito de sangre, pero eso no la preocupó; el tamaño de la hinchazón, sí. En ese momento habría dado cualquier cosa por tener algo de los conocimientos sanitarios de su hermana Maggie. Le parecía que ser ingeniero la volvía un pez fuera del agua en todos los sitios salvo en el Edificio Worth... Y últimamente, incluso allí.

Los restos que intentaban alcanzar estaban aún a bastante distancia de donde se encontraban, aunque en adelante el camino era casi todo llano. Rennie sabía que no podía levantar a Jarret ni tampoco dejarlo donde estaba. Se planteó acampar allí mismo, pero el vagón privado de Jay Mac seguía pareciéndole mejor alternativa... Y entonces tomó una decisión. Después de asegurarse de que Jarret no tenía otras heridas visibles, le dio media vuelta con cuidado hasta ponerlo sobre una manta y lo tapó con otras. Actuando con rapidez, preparó una pequeña fogata para mantener

a raya el frío, aunque sólo fuera en parte y, por fin, amarró a *Zilly* y al caballo de carga y montó a *Albión*, que no tardó en llegar hasta el lugar del descarrilamiento. Rennie era consciente de que no iba a encontrar a su padre en su vagón privado, de modo que no se armó de valor antes de entrar. No iba preparada para el torrente de emoción que la asaltó ni, tampoco, para afrontar un entorno tan alterado. Las dos cosas la dejaron boquiabierta.

Se agarró a la puerta para mantener el equilibrio. El vagón se había desnivelado bastante; de hecho, si no había volcado era porque lo sostenía la hilera de robustos pinos. Todo lo que no estaba fijo en su interior había caído, y las cosas que estaban fijas, como la cama y la mesa de comedor, aparecían en un ángulo desconcertante; tanto que Rennie se quedó desorientada y tuvo que ladear la cabeza para reducir la sensación de mareo. Pero su torrente de emociones no tenía un arreglo tan sencillo. Ése era el vagón de su padre, y nunca había estado allí salvo con él; en realidad, parecía que no podía existir sin su presencia... Aunque el vagón hubiera estado perfectamente derecho, habría sentido aquella desorientación que le provocaba náuseas. Durante un breve instante las lágrimas la cegaron, y al alzar una mano para limpiárselas, resbaló un poco en el suelo desnivelado. Se mantuvo erguida agarrándose a la puerta y apoyando la otra mano en una mesita auxiliar fija.

Abrirse paso por el vagón era como caminar por un barco siempre inclinado del lado de barlovento, y así llegó hasta su objetivo, la estufa Franklin. Estaba tan extrañamente torcida como todo lo demás, pero tras comprobar sus bisagras y junturas, vio que no parecía averiada. El tubo de ventilación estaba intacto. Le proporcionaría a Jarret la noche más cálida que habría tenido desde que salió de Echo Falls... Ahora lo único que tenía que hacer era llevarlo hasta allí. En el furgón de cola buscó lo que necesitaba. Como estaba volcado, tuvo que pasar por una ventana rota y, luego, dejarse caer dentro. Luego sacudió la nieve del arcón de las herramientas y encontró un hacha, martillo, clavos y cuerda. Era lo que necesitaba en primer lugar. También sacó una palanca y cuatro llaves inglesas con mangos de distinta longitud y cabezas de diverso tacaño. Intentó abrir las puertas del vagón desde dentro, empujando, pero fue en vano; la nieve bloqueaba ambas salidas, y las bisagras quedaban en la

parte exterior. En consecuencia, después de tirar todas las herramientas por la ventana, Rennie arrastró el arcón hasta ponerlo debajo, se subió en él y se izó a pulso por la abertura. Una vez fuera, comenzó a despejar de nieve y hielo una de las puertas, Con el martillo sacó a golpes los pernos de las bisagras y las quitó, y luego quitó el picaporte. Entonces hincó unos clavos hasta la mitad en el marco superior de la puerta y amarró a ellos los extremos de la soga; después tiró de aquella improvisada asa de cuerda y, sin demasiado esfuerzo, la puerta resbaló sobre la nieve.

—No está mal como trineo y camilla —se dijo.

Pasó la cuerda alrededor de la perilla de su silla, asegurándose de que quedaba suficiente espacio para que no le dieran los cascos de *Albión*. Entonces montó en la yegua y la espoleó, usando las piernas para guiarla, mientras con las manos controlaba la soga y el trineo. Al cabo de un rato de intentos y errores, consiguió evitar que la puerta diera demasiados bandazos.

Según sus cálculos, no tardó mucho más de treinta minutos. Jarret seguía inconsciente. Le tocó la frente con el dorso de la mano, y luego el pecho. No había perdido demasiado calor corporal, y Rennie sintió crecer su confianza en que sus peores temores no se cumplirían. Usó las mantas para llevar a Jarret a rastras hasta el trineo y, una vez en él, lo aseguró con cuerdas de las que ellos llevaban. Al supervisar su obra, Jarret le recordó a Gulliver.

—Ya verás cuando despiertes en el vagón privado... —le dijo—. Creerás haber llegado a una versión diabólica del país de Liliput.

Él no le respondió, y ella dejó escapar un suspiro. Luego desató a la otra yegua.

—Muy bien, *Zilly* —dijo—. Ahora te toca tirar a ti.

Le sujetó bien la cabeza y le lanzó una mirada severa.

Zilly no se movió. No era la técnica que Jarret usaba para calmar a la excitable yegua, pero funcionó.

—Con tal de que nos entendamos... —dijo.

La parte más difícil de la tarea a la que se enfrentaba Rennie ahora no era llevar a Jarret de vuelta al vagón, sino meterlo dentro. Calculó las

horas de luz que le quedaban y decidió que no iba a emplear ese tiempo en preparar otro fuego. Se aseguró de que Jarret estuviera bien tapado y protegido del viento, y luego reunió las herramientas y volvió al furgón de cola. Después de examinar las ruedas, que quedaban a la vista, decidió quitar la que había recibido menos daños en la caída. La ranura con que se agarraba a la vía seguía teniendo su perfil circular, no estaba abollada. Si el guardafrenos hubiera tenido algún indicio de lo que iba a ocurrir, habría intentado emplear los frenos de mano, y el resultado habría sido que las ranuras de las ruedas se habrían abollado... Aunque, probablemente, eso no habría cambiado el destino de los pasajeros. Pero ahora la ranura de la rueda ayudaría a salvar la vida de Jarret.

Hizo falta más fuerza bruta que inteligencia para llevar a cabo la tarea, y lo que Rennie no pudo realizar con las llaves inglesas de mango largo al final lo hizo con la palanca. Una vez quitada la rueda, la llevó rodando hasta el vagón privado. Era demasiado difícil trabajar con el pesado abrigo puesto, y sus esfuerzos ya la habían acalorado mucho, de modo que se lo quitó y se lo echó por encima a Jarret. De pie en la inclinada plataforma que había a un extremo del vagón, Rennie alargó la mano todo lo posible e hincó un clavo, hasta la mitad, justo encima de la puerta. La rueda pesaba, pero era mucho menos difícil de levantar que Jarret. Sin embargo, sabía que sólo disponía de una o, como mucho, dos oportunidades de enhebrar el agujero del centro en el clavo. No era probable que le quedaran fuerzas para más. Pensó en lo mucho que le costaba enhebrar una aguja, y eso no la ayudó a sentir demasiada confianza.

Alzó la rueda de metal con las enguantadas manos, la apoyó un instante en la barandilla de la plataforma y luego la subió por encima de su cabeza. Sintió que el centro rozaba el agujero, pero al instante la cuerda resbaló. Por la cabeza le pasó un destello: tampoco se le daba muy bien colgar cuadros; el cordel nunca parecía engancharse en la alcayata... Aunque a veces venía bien soltar unos cuantos juramentos. Rennie subió los brazos de nuevo, esta vez soltando unas palabras muy vulgares y descriptivas..., y en esta ocasión introdujo la rueda. Ahora tenía que encontrar una tuerca que impidiera que la rueda se soltara al girar. Improvisó, usando una tuerca algo mayor que el clavo y

ajustándola con trocitos de madera en forma de cuña. Hizo la prueba de dar vueltas a la rueda, y ésta se mantuvo en su sitio. Pensó que habría sido mejor un sistema de doble polea, pero habría que conformarse con eso.

Rennie colocó a Jarret en una especie de parihuela hecha de mantas y cuerdas, y luego pasó la cuerda por la ranura de la rueda y amarró el extremo a la silla de *Zilly*. Abrió la puerta del vagón para que fuera fácil meter a Jarret con un balanceo una vez que *Zilly* comenzara a avanzar, pero entonces vio que el problema era hacer moverse a *Zilly* mientras ella guiaba la parihuela; lo resolvió tirándole unas cuantas piedras a los cuartos traseros del caballo. En el momento en que el animal arrancó, el impulso hizo subir un poco a Jarret. Rennie sujetó la parihuela y animó a *Zilly* a que siguiera moviéndose. Jarret dio un topetazo con los escalones de hierro de la plataforma, y Rennie le protegió la cabeza. La rueda de arriba gruñó cuando Jarret se levantó del suelo. *Zilly* avanzó más y, de un tirón, Jarret subió más alto. Rennie le pasó los brazos por debajo y lo abrazó. Volvió a llamar a la yegua, y Jarret se levantó hasta la cintura de Rennie. Entonces ésta lo dirigió con cuidado hacia la puerta abierta y tiró de la tensa cuerda para hacer que *Zilly* retrocediera. Alternando súplicas a la yegua con maldiciones, aún tardó unos cuantos minutos más en bajar a Jarret hasta el suelo del vagón. Una vez abajo, cortó la cuerda y liberó la parihuela.

Ya lo tenía dentro, pero ahora había que darle calor. Tan pronto como ató a *Zilly*, cortó leña para la estufa y encendió fuego. Luego tapó dos ventanas destrozadas con unas tablas procedentes del furgón de cola, y en seguida el vagón empezó a calentarse. Rennie no se planteó llevar a Jarret a la cama; en lugar de eso, llevó la cama hasta él: extendió el colchón en el suelo en la misma dirección de la pendiente para evitar que rodara y se hiciera daño. Después de deshacer los nudos que lo aseguraban, con cuidado, lo hizo rodar hasta ponerlo en el colchón. Tuvo que recurrir a toda su fuerza emocional para no derrumbarse a su lado. Lo acomodó de la mejor manera posible, y luego se encargó de los caballos. Prestó especial atención a *Zilly*, que estaba cubierta de sudor después del esfuerzo. A continuación metió el equipo que llevaban y lo amontonó junto a una pared. Justo cuando estaba acabando con el último

bulto, se puso el sol, y el crepúsculo no duró mucho. Rennie encontró dos lámparas de queroseno a las que les faltaba la tulipa de cristal; hacía falta una superficie llana donde ponerlas, de modo que desmontó y colocó bien un estante. Producía un efecto muy raro: quedaba paralelo al suelo que había bajo el vagón, pero torcido respecto a todo lo demás del interior.

Rennie dejó a un lado el martillo y encendió las lámparas. Durante dos horas más trabajó limpiando vidrios rotos y artículos estropeados. Se convirtió en una experta en recorrer el vagón arriba y abajo sin vacilar, aunque se imaginaba que debía de resultar bastante menos atractiva que una cabra montes. Por último, como estaba demasiado cansada para ir hasta el arroyo cercano, derritió nieve para beber y, una vez saciada, se tendió junto a Jarret. Le limpió la cara con el resto del agua y luego dejó que el cacharro se resbalara por el suelo. Se tapó con las mantas y se acurrucó más cerca de él que en todo el viaje. Le echó un brazo sobre la cintura y apoyó la cara en su hombro. Luego se quedó dormida, exhausta, en el límite del agotamiento. Si alguien los hubiera visto entonces, le habría resultado difícil decir quién era el que estaba más inconsciente.

Jarret despertó de madrugada, sin saber demasiado bien dónde estaba. Recordaba los últimos instantes a lomos de *Zilly*, pero desde que saltó del pino caído, nada. Se preguntó por qué estaba en pendiente, por qué sentía todo el cuerpo magullado y por qué Rennie estaba tan cerca que notaba los latidos de su corazón; los latidos de su corazón eran calmantes... No le costó trabajo volver a dormirse.

Rennie sintió un frío que le pinchaba la piel; resultaba algo sorprendente, pues se daba cuenta de que estaba bajo una montaña de mantas. Hasta el aire era cálido, aunque parecía que daba igual. El frío le venía desde lo más hondo de los huesos. Al cabo de unos instantes temblaba de forma incontrolada. Jarret le puso la palma de la mano en la

cara. Tenía la mandíbula apretada y, sin embargo, sus dientes seguían castañeteando. Bajo las ásperas yemas de sus dedos sintió el músculo que le latía en la mejilla. Siguió así varios minutos hasta que se sumió en un sueño inquieto y superficial. La toalla húmeda que Jarret le puso no sirvió de nada ante su frío, de modo que se puso de pie y la dejó caer en el cacharro de agua que había colocado sobre el único estante derecho del vagón. El ingenio de Rennie lo hizo sonreír. En las últimas veinticuatro horas había visto una buena muestra de sus habilidades: las ventanas tapadas, el equipo apilado, la puerta que hacía las veces de trineo, los caballos atendidos, y lo más extraño de todo: la rueda del furgón de cola encima de la puerta. Tardó un rato en figurarse qué sería aquello. Probablemente más de lo que Rennie había tardado en idearlo y construirlo. Al mirar su pálida cara, la sonrisa de Jarret se entristeció. Todos aquellos esfuerzos por él habían dado como resultado que había caído enferma. Rennie habría captado la ironía; no era sino otra de sus buenas intenciones que salía mal. Suspirando, dijo:

—Dulce dama, a lo mejor naciste con una cuchara de plata en la boca, pero había que limpiarla.

Jarret salió del vagón y se concentró en la comida que estaba preparando; la estufa iba bien para dar calor, pero no servía para cocinar. Se moría de ganas de preguntarle a Rennie, cuando estuviera mejor, por qué no había arreglado aquel problemilla; porque, desde luego, había arreglado todo lo demás. Para comerse las judías y el pan se sentó en una silla apoyada en la torcida pared; después, cuando acabó, fue metiendo cucharadas de té tibio por los azulados labios de Rennie. Pensó que la atendería mejor en la cama empotrada, de modo que la trasladó, junto con el colchón, allí. Al intentar taparla de nuevo, ella se quitó las mantas de una patada; ya no tiritaba. Tenía la piel ardiendo. Jarret recogió la toalla y le enjugó los húmedos zarcillos de pelo que se le pegaban en la frente, se la pasó con suavidad sobre el brillo anómalo de su cara y también le enjugó el sudoroso labio superior. El camisón se le empapó de sudor, y se lo cambió por una de sus camisas. Consciente de sus atenciones, Rennie le empujó débilmente las manos cuando le abrochaba los botones.

—No me toques —dijo.

—No.

Jarret vio que la mano resbalaba hasta su costado y que su nerviosismo desaparecía. Por lo visto, quedó satisfecha con su promesa, aunque él siguió cerrándole la camisa. Se quedó con ella hasta que se durmió de nuevo.

Rennie se despertó despacio. Levantó las pestañas, parpadeó varias veces y las cerró otra vez. Luego se estiró, indecisa, gruñendo por el esfuerzo de sus movimientos y por los dolores que sentía. Se volvió de costado, deslizó un brazo bajo la cabeza y abrió los ojos. Una pequeña oleada de náuseas acompañó su desorientación. El vagón ya no se inclinaba a un lado; sólo el estante colgaba torcido en la pared. Las lámparas de queroseno estaban sobre la mesa, perfectamente derecha, y la mayoría de los objetos habían vuelto a la posición que debían tener. Que Jarret hubiera dejado el estante inclinado demostraba que seguía teniendo sentido del humor, aunque fuera a expensas de ella... Fue un pequeño movimiento al otro extremo de la cama lo que traicionó su presencia y llamó la atención de Rennie; de nuevo se sintió desorientada, esta vez de forma más honda y por motivos que no tenían nada que ver con que el estante estuviera torcido y la cama no... Y dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—Estás sonriendo.

Jarret se dio cuenta de que así era, y su sonrisa se ensanchó al oír el comentario. Se inclinó hacia adelante y le tocó la frente con el dorso de la mano; tenía la piel seca, y su temperatura era la misma que la de él.

—Se diría que nunca lo he hecho —dijo.

—Y no lo has hecho. —Su voz sonó grave y áspera por la falta de uso, apenas reconocible—. Al menos, que yo recuerde últimamente.

Con las yemas de los dedos él le rozó la mejilla.

—¿Ah, no?

Ella negó con la cabeza. Sintió que los dedos de él se apartaban de su mejilla, tocaban un instante su hombro y luego la abandonaban, sintió una extraña sensación de pérdida. Consciente de estar mirándole la mano, despacio, dedicó su atención a otras partes del vagón.

—Has estado muy ocupado —dijo—. Has enderezado el vagón.

—Te has dado cuenta, ¿eh?

Su amable tomadura de pelo le provocó una sonrisa.

—¿Cómo lo has hecho?

—Te sorprendería lo que consiguen tres caballos y un burro tirando en la misma dirección.

—¿Un burro?

—Yo.

Ella le escudriñó la cara. La amplia sonrisa había desaparecido. Su boca mostraba un gesto solemne, y sus oscuros ojos azules traslucían resolución.

—¿Estás disculpándote por algo? —le preguntó.

Él negó con la cabeza.

—Estoy disculpándome por todo.

Rennie frunció el ceño, y dos leves arrugas aparecieron entre sus cejas.

—Me parece que no entiendo —dijo.

—La autocompasión corroe el alma —repuso Jarret—, y yo he estado a punto de perder la mía.—Le alisó las dos arrugas de la frente con el pulgar y su sonrisa regresó—. ¿Tengo que enumerar todos mis pecados antes de que aceptes mis disculpas?

—No —dijo ella; un súbito bostezo desplazó la mano de él, y lo lamentó—. Sólo tienes que decirme si me he muerto o estoy soñando.

La risa de él brotó de modo tan inesperado, y le resultaba tan poco familiar, que Rennie abrió un poco más los ojos antes de cerrarlos de nuevo.

—Estoy soñando que me he muerto —murmuró—. Eso debe de ser.

Jarret había pensado contarle otra cosa, pero no malgastó palabras: Rennie se había quedado dormida tan deprisa como había despertado.



Capítulo Diez

Anochecía cuando Rennie despertó de nuevo. El vagón estaba vacío. Se sentó y tiró de la manta más gruesa hasta rodearse los hombros con ella. El suelo del vagón estaba frío bajo sus pies descalzos, pero el aire era tibio. Caminó de puntillas hasta la estufa, puso un poco de leña y luego se calentó las manos delante del fuego antes de cerrar la rejilla. Al enderezarse, observó un movimiento por el rabillo del ojo. La ventana intacta del vagón privado estaba escarchada, de modo que la imagen exterior quedaba reducida a un borrón. Colocó la palma de la mano en el cristal helado y lo frotó. Miró a través del vidrio.

Jarret tenía los dedos rígidos a causa del frío. Retorció el mojado camisón de Rennie para escurrir el agua y luego lo extendió sobre una roca. Volvió a inclinarse junto al arroyo y cogió una de sus camisas antes de que se la llevara la corriente. La lavó rápidamente y la escurrió; luego recogió el montón de la colada y se encaminó de regreso al vagón. En ese momento, por encima del montón de ropa, vio a Rennie de pie en la plataforma del vagón, meneando la cabeza en señal de incredulidad.

—Vuelve adentro —le dijo.

Ella lo hizo, pero sólo para sostenerle la puerta abierta. Él entró pisando fuerte para sacudirse la nieve de las botas y dejó su carga de ropa sobre la mesa. Rennie cerró la puerta y empezó a colgar prendas en la cuerda que había tendido de una pared a otra, a lo ancho del vagón.

—Deberías estar en la cama —dijo él; le miró los pies descalzos—. Y ponte unos calcetines.

Rennie dejó de tender e hizo un elegante saludo militar.

—Muy divertido —dijo él con sequedad.

En realidad, no le importó su insolente sonrisa; hacía mucho tiempo que no había sonrisas, y se consideró afortunado por haber provocado una, aunque fuera de descaro.

Mientras se frotaba las manos junto a la estufa, Rennie revolvió entre los cajones empotrados que había debajo de la cama, se puso un par de calcetines y empezó a trabajar de nuevo. Las gotitas de agua tamborilearon un agradable repiqueteo sobre el suelo cuando la ropa lavada empezó a deshelarse.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Jarret.

—Un poco rígida —dijo ella—, un poco cansada... Pero nada más. Mi constitución es fuerte, me recupero deprisa.

Un amago de sonrisa asomó a la boca de él.

—Defíneme eso de «deprisa» —dijo, apartándose de la estufa.

Rennie apoyó la combada cuerda de tender en el alto respaldo de una de las sillas de comedor y dio una sacudida a su tieso camisón.

—Tan deprisa como tú —dijo.

—Rennie —dijo él con suavidad—, yo estuve inconsciente menos de veinticuatro horas.

Ella asintió con la cabeza, al tiempo que tendía el camisón sobre la cuerda.

—Lo sé.

Jarret la miró fijamente a los ojos.

—De eso hace casi una semana.

Las manos de Rennie se detuvieron cuando alisaba el Camisón.

—No hablas en serio... —Pero vio que sí; entonces, con aire confuso, repitió—: Una semana ¿Cómo puede ser?

—Seis días y medio —dijo él, dando un paso hacia ella—. ¿Te encuentras bien? No vas a desmayarte, ¿verdad?

—Yo no me desmayo. —Vio que él intentaba ahogar una sonrisa—. Bueno, nunca lo había hecho hasta que te conocí. Y, si te acuerdas, en las dos ocasiones me estabas ahogando.

A pesar de lo que acababa de decir sobre su buena forma física, Rennie esquivó la ropa tendida y se sentó en el borde de la cama. Apoyó los talones en el armazón y, pudorosa, tiró del bajo de la camisa de Jarret hasta taparse las rodillas.

—No tenía ni idea de que hiciera tanto tiempo. —Le echó una mirada —. Perdona. No pretendía causar tantas molestias.

Él alzó las cejas y se pasó la mano por un mechón de pelo rubio oscuro.

—¿Problemas? Yo no tuve que hacer un torno para levantarte y meterte en el vagón, ni arrancar la puerta del furgón de cola para improvisar un trineo. Para cuando volví en mí, ya lo habías despejado y limpiado casi todo. —Se sentó a su lado—. Claro que me dejaste la tarea de enderezar el vagón, y tuve que emplear la fuerza bruta.

—Una solución no muy elegante, pero eficaz. Y yo pensando en niveles y puntos de apoyo... —Le lanzó una mirada de soslayo y una sonrisa irónica—. Elegante, pero probablemente poco práctico.

—Probablemente.

A Jarret le habría gustado ver cómo lo intentaba. Nadie la igualaba cuando abordaba aspectos prácticos y creativos. Sólo cuando se cruzaba con él parecía no encontrar el camino...

Rennie hundió los hombros mientras pensaba en todo el tiempo que se había perdido.

—Ha vuelto a nevar, ¿verdad?

—Sólo esta mañana. Durante casi toda la semana ha hecho buen tiempo. He cazado un poco, he rastreado, he fisgoneado un poco por la ladera de la montaña... —Metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó un objeto; luego cerró el puño en torno a él—. Rennie, no quiero darte falsas esperanzas (ni siquiera sé si esto significa algo), pero he encontrado una cosa subiendo la montaña, más o menos a medio camino. Les daba el sol y me llamaron la atención.

La mirada de Rennie bajó hasta el puño cerrado de Jarret. Éste lo giró y abrió los dedos despacio.

—¿Qué es...?

Se detuvo al ver lo que era. En el centro de la palma de la mano, Jarret sostenía la torcida montura metálica y los resquebrajados cristales de los lentes de su padre. Sin respirar apenas, como si temiera que no fueran más que un producto de su imaginación, Rennie los levantó con cuidado. Los dedos le temblaron al tocar las retorcidas y frágiles patillas y la curva de los cristales.

—Podrían ser de cualquiera —dijo Jarret, observándola.

Unas rizadas hebras de pelo le cayeron sobre los hombros cuando inclinó la cabeza y examinó las gafas. Su piel estaba pálida, y los huesos de sus muñecas parecían de una fragilidad imposible.

—Por lo que sé, podrían haber sido de Ben Juggler.

Rennie negó con la cabeza y repuso con firmeza:

—Pues yo sí lo sé. Pertenecen a Jay Mac. —Desplegó las patillas y levantó los lentes para que Jarret los viera—. Yo tengo unos casi iguales, y Michael también. Los tres tienen este pequeño grabado en forma de rombo en la patilla: es la marca del joyero. ¿Cuántas personas del tren supones que llevarían lentes con monturas procedentes de un joyero de Nueva York? ¿O que las perdieran justo en esta ladera montañosa?

Era el tipo de confirmación que Jarret esperaba, aunque no creía que la conseguiría... Y, con todo, no era suficiente.

—¿Dónde guardaba tu padre los lentes cuando no los llevaba puestos?

—En el bolsillo del chaleco. No tenía otro remedio porque, si no, los perdía.

—¿Y por la noche?

—Junto a la cama, supongo. Lo cierto es que Jay Mac no ve muy bien sin ellos.

—¿Descarrilaron estos vagones de día o por la noche?

—Era la hora de la cena; por eso se salvaron la mayoría de los pasajeros. Muchos se encontraban en el vagón comedor, por delante de los que descarrilaron.

—De modo que tu padre debía de llevarlos puestos o, al menos, los llevaba consigo.

—Exacto.

Eso fue suficiente para que Jarret llegara a una conclusión. Jay Mac y sus lentes salieron despedidos del vagón privado al caer; tal vez iba en la plataforma, disfrutando del panorama, cuando ocurrió el desastre, o quizá salió rompiendo una ventana. Fuera como fuese, lo más probable era que Jay Mac y sus lentes no se hubieran separado con facilidad durante el accidente, y eso sólo significaba que se separaron más tarde. Pero, aparte de los lentes, en la ladera no había más pruebas de Jay Mac: ni sangre ni huesos. Casi parecía que se hubiera alejado caminando del lugar de la tragedia... Y si fue así, existía la posibilidad de que John MacKenzie Worth siguiera vivo. Jarret recuperó los lentes, los envolvió con cuidado en un pañuelo y los puso a un lado.

—¿Rennie? —Estaba muy quieta, muy pálida—. ¿Por qué no te echas un rato?

—No. —Se rozó las sienes con la yema de los dedos y se dio un suave masaje, sin dejar de pensar—. No, debería estar ayudándote.

—¿Ayudándome a qué? No hay nada que hacer.

Ella señaló la ropa mojada que seguía sobre la mesa.

—La colada... Nuestra cena... Algo... Debería estar haciendo algo...

Se dispuso a levantarse, pero Jarret colocó las manos a ambos lados de su cintura y la llevó de vuelta a la cama. Sin protestar, ella dejó que remetiera las mantas alrededor y le ahuecara una almohada bajo la cabeza. Luego Jarret la miró y le dijo:

—El más canijo de la carnada tiene más fuerza que tú... Y ahora deberías aprovecharte de que te trato como una princesa. —Empezó a tender la ropa—. Tienes justo dos días para disfrutarlo; para entonces, calculo que estarás lista para viajar, y no haré concesiones, ya lo sabes.

Ella asintió, casi sin dar crédito a lo que oía.

—¿Vamos a buscar a Jay Mac?

—Lo intentaremos —contestó él.

Entonces sintió toda la fuerza de su hermosa sonrisa.

—Dudo de que a las princesas de ninguna parte del mundo las traten ni la mitad de bien.

Rennie, de rodillas, se inclinaba sobre la bañera de Jay Mac. La tina de cobre estaba deslustrada y abollada, pero las uniones habían resistido, y en ese preciso momento estaba llena con un poco de agua caliente, y con el cuerpo de Jarret Sullivan. Él se inclinó hacia adelante mientras Rennie le frotaba la espalda.

—Yo no te he hecho acarrear el agua. —Cerró los ojos mientras ella llevaba la manopla por su espalda en un movimiento circular, subiendo y bajando; cada músculo rígido y agarrotado de él parecía derretirse bajo su suave tacto—. En realidad, si lo recuerdas, me ofrecía a bañarme en el arroyo.

Había sido una sugerencia ridícula.

—Eso tenía tanto sentido como el ofrecimiento de dormir en el banco de la ventana de tu cabaña. —Dejó un segundo de frotar para ajustarse la toalla con que se envolvía el cabello mojado; remetió los extremos para asegurarlos, y luego se apartó un mechón de pelo de la frente. Entonces volvió a pasarle la manopla por los hombros—. ¿A qué hora saldremos por la mañana?

—Son los trenes los que circulan con horarios, Rennie.

—Y la gente también.

—En Nueva York quizá. Aquí no. Saldremos cuando me despierte.

—Es buena cosa que no dirijas una línea férrea.

Cuando empezó a lavarlo por encima del hombro marcado, él le quitó la manopla con gesto despreocupado para que no hiciera preguntas. El roce no le producía dolor físico; era un dolor de otra naturaleza, de una naturaleza que no tenía deseos de compartir.

—Y es buena cosa que tú no seas una criada: te distraes con demasiada facilidad.

Y, además, provocaba demasiada distracción. Antes, mientras Rennie se bañaba, él buscó a propósito cosas que hacer fuera del vagón. Lo del baño en el arroyo había sido una sugerencia que tenía poco que ver con el recato o la intimidad. Si ahora se hubiera puesto en pie, a Rennie le habría quedado claro en seguida.

—¿Por qué no vuelves a meterte en la cama? —dijo, echándoles un vistazo a sus pies desnudos—. Y ponte un par de calcetines. No pienso dejar que te me acerques con esos dedos helados.

Con un suspiro, Rennie le dio la espalda mientras entraba gateando en la cama; después se secó el pelo con la toalla y se lo peinó. Cuando acabó de acomodarse bajo las mantas y le dio la cara de nuevo, él llevaba puestos un par de calzones y estaba agachado delante de la estufa, metiendo leña. La luz del fuego daba un tono bronceado a su enérgico y elegante perfil, y el brillo de las llamas quedaba preso en las gotitas de agua que se le habían quedado en los hombros y en el pecho. El suave y lustroso declive de su columna atrajo su mirada, y observó el juego de los músculos y la carne tensa mientras levantaba más leña.

Luego Jarret cerró la rejilla y tardó unos cuantos minutos más en vaciar la bañera antes de meterse en la cama.

—Échate para allá.

—Ya estoy tocando la pared.

—En mi tienda de campaña hay más sitio —refunfuñó él.

—Pero aquí hace más calor.

Al estirarse, ella lo tocó con los pies helados.

—Eso dices tú. —Se volvió de lado hacia Rennie y subió un poco las rodillas, que empujaron las de ella—. Por lo menos en la tienda te ponías calcetines.

Rennie se quedó callada el tiempo suficiente como para que él sospechara que estaba durmiéndose. Entonces cerró los ojos. La noche se le iba a hacer eterna.

—¿Jarret?

Abrió un ojo.

—¿Hum?

—Cuéntame qué le ha pasado a tu hombro.

Él abrió los dos ojos. Lo había atacado de forma tan rápida, tan limpia, que sólo tardó unos instantes en sentir el dolor que acompañaba a su pregunta.

—Ya sabes lo que pasó —dijo—. Detra Kelly, ¿recueras? Las tijeras...

—Lo recuerdo —dijo ella en voz baja—. Pero cuando te vio el médico, dijiste que todo estaba en orden. Yo sabia que te dolía, pero nunca creí que no fuera a curarse. ¿Qué te dijo en realidad el doctor Turner?

—Dijo que debía tratarlo bien, cuidarlo durante un tiempo.

—Pero no lo hiciste. ¿Ha sido eso?

—Más o menos. —Deslizó un brazo bajo la almohada, y su cabeza se levantó un poco—. ¿Por qué lo preguntas?

—Acabo de empezar a entenderlo.

Eso lo sorprendió; con cautela, replicó:

—¿Ah, sí?

—Hasta anoche no había pensado en ello. —Se retiró el pelo húmedo y se acercó un poquito—. No quiero decir que hubiera olvidado lo que te pasó, sino sólo que no me había dado cuenta de que tal vez quedara una lesión permanente. ¿Has visto a algún médico desde que te fuiste de Nueva York?

—Rennie —dijo él, fingiendo cansancio—, he visto a media docena de médicos. No hay nada que hacer.

Bajo la manta, la mano de ella encontró sin dudar su hombro marcado. Sintió que se encogía, pero no la retiró. Tenía la piel cálida, y lo tocó con delicadeza.

—Es tan pequeña... —dijo en voz baja—. Parece un estallido diminuto.

Jarret se puso de espaldas, con lo que se apartó de su mano, pero sólo durante un momento. El dedo índice de Rennie resiguió las marcas de la cicatriz.

—¿De verdad es tan fascinante? —preguntó él.

Ella se detuvo.

—Perdona —dijo—. Te he hecho sentirte incómodo.

—No tienes que tocarme para hacerlo.

No pretendía ser tan sincero, esas palabras parecieron salir de él con vida propia.

—Entonces, da lo mismo. —La yema de su dedo pasó por encima de la cicatriz, a un lado y a otro—. Parece casi imposible que algo tan pequeño te haya vuelto tan malo. Cuando fui a la comisaría de la calle Jones, debería haber llevado una arma cargada. Le habría estado bien empleado a Detra que la matara de un tiro.

La violenta solución de Rennie provocó en él una lúgubre sonrisa.

—Detra ya me había apuñalado —le recordó él—, pero tomo nota de tu deseo de venganza.

—Estás burlándote de mí.

—Un poco.

Entonces Jarret, pausadamente, le apartó la mano. Si volvía a tocarlo, creía que se saldría de la piel. Estaba duro como una piedra.

—Se acabó, Rennie. Te he dicho que no hay nada que hacer.

A pesar de su tono hosco, ella insistió:

—¿Pero cuál es el problema, exactamente?

Volvió la cabeza hacia ella y suspiró. Rennie mostraba una expresión preocupada y le devolvía la mirada con firmeza. Él se dio cuenta de que nunca vencería su resistencia. No aceptaba ser derrotada.

—Eres tenaz —dijo—. ¿Lo sabías?

Ella asintió.

—Eso es lo que dicen todos. Jay Mac dice que Michael es decidida, pero que yo soy tenaz. Ella sabe cuándo hay que soltar una cosa y tomar una ruta alternativa, pero yo tiendo a obstinarme.

Sí que lo hacía, la verdad, pensó él con ironía. Habría jurado que tenía señales de dentelladas que lo demostraban.

—¿Qué quieres saber? —preguntó.

—¿Te duele el hombro?

—No.

—Pero a veces no puedes sujetar las cosas —dijo—; como las riendas de *Zilly*. Por eso te caíste, ¿verdad?

Al recordarlo, Jarret dio un leve respingo; no había ningún placer en evocar sus torpes intentos por recobrar el equilibrio... Hizo un esfuerzo para no hablarle con brusquedad.

—Por eso me caí, pero no fue porque me doliera el hombro. A veces sólo tengo un poco de sensibilidad en el brazo y en la mano. Los dedos me hormiguean y luego se quedan entumecidos. No siempre puedo agarrar bien las cosas.

Rennie buscó su mano bajo las mantas. Al principio él se resistió, pero después le permitió que cerrara las dos manos sobre su puño. Sus dedos acariciaron los suyos. Entonces ella levantó más las rodillas y alzó la mano de él hasta acercársela más al seno. Apenas consciente de lo que hacía, le exploró los nudillos con una caricia ligera y delicada.

—Esos hombres que contraté como guías —dijo— hicieron un comentario, pero entonces no lo entendí... Algo sobre que no eras capaz de sostener una arma.

—La mayoría de los tipos de por aquí saben que tengo un problema con la mano derecha. En el caso de Tom y Clarence, saberlo les hizo confiarse demasiado.

Ella asintió. Bajo su caricia, la mano de él se relajó y se entreabrió.

—Y por eso has dejado de buscar recompensas.

—¿Por qué lo dices?

—Jolene me dijo que hacía meses que no ibas tras ninguna pista.

Jarret le dedicó algunas palabras escogidas a Jolene, sin compartir ninguna de ellas con Rennie.

—Bueno, pues se equivoca en eso de que lo he dejado. No salgo tanto como antes, nada más. Ahora estoy siguiendo una pista para ti, ¿no?

Rennie reconoció la verdad que había en sus palabras y también la mentira que ocultaban, pero no tenía interés en machacar su orgullo. Y ahora quedaba más claro porqué no quería llevarla al Salto.

—Sí —le dijo; esperó un instante antes de seguir—: Cuando estábamos aún en la cabaña, dejaste caer una carga de leña que llevabas. ¿Fue porque se te entumeció el brazo?

Recordaba muy bien lo mucho que se enfadó, cómo les dio una patada a los leños y cómo salió después de la cabaña echando pestes. En aquella ocasión fue al *saloon* de Bender a beber. Jarret cerró el puño con fuerza y estuvo a punto de arrancárselo de las manos a Rennie.

—¿Vas a sacar a colación todas las ocasiones en que me he puesto en ridículo delante de ti? —preguntó.

—No —se apresuró a decir ella, en tono implorante—. Por favor, Jarret, eso no es...

Pero él apenas la escuchaba y no prestó atención alguna.

—Ya has mencionado mi vergonzosa caída de *Zilly*, y también cuando dejé caer la leña... Tuviste suerte de que no fallara el blanco al disparar a tus atacantes. Como le dije a Tom, es imprevisible —prosiguió con voz amarga—. Y luego está aquella vez que hacíamos el amor, pero entiendo tu reticencia a sacar el tema. Estoy seguro de que esos recuerdos no son más agradables para ti que para mí. No debería haber estropeado tu primera vez; casi te aplasto.

Pero en esta ocasión, cuando empezó a apartarse de ella, Rennie se agarró con toda su fuerza, arrastró la mano de él hasta su pecho y la apretó contra su piel. Él podría haberse soltado —ambos lo sabían—, pero no iba a dejarlo marchar sin luchar, y eso también lo sabían los dos.

—Rennie... —pronunció su nombre con cansada paciencia y se volvió hacia ella; sentía el acelerado latir de su corazón bajo su mano cautiva—. ¿Qué es lo que deseas?

—Quiero saber qué has querido decir. —Apretó con la suya la mano de él y continuó en tono serio—: No sé de lo que estás hablando..., eso de aplastarme cuando estábamos..., estábamos...

Él usó una expresión vulgar.

—¿Es ésa la palabra con la que tropiezas?

—No. Tú sabes que no. Tú sabes que no fue así. —Alzó un poco la voz—. Sí que hacíamos el amor. Entonces, cuando se acabó, te fuiste con tanta furia... Nunca me has dicho lo que hice mal. ¿Es de extrañar que temiera dejar que me tocaras otra vez? ¿Puedes culparme por no querer soportar por segunda vez esa humillación?

Jarret entornó los ojos; desconfiado, la miró con dureza.

—¿Por qué te sentiste humillada? —preguntó.

Rennie cerró los ojos un instante y agachó la cabeza.

—Jarret, por favor...

—No —dijo él—. Ahora no puedes callarte, después de sondear tanto. Dime por qué te sentiste humillada.

Ella miró la mano que sostenía.

—Te faltó tiempo para apartarte de mí. Para empezar, no querías tocarme; fui yo la que no quiso dejarlo. Soy tenaz, ¿recuerdas? —En su risa nerviosa no había ni rastro de humor—. Te perseguí, y por fin te rendiste. Por un momento incluso pareció que todo iba como debía... Pero sé que no te di placer. No soy tan ingenua como para no saber que en aquello no obtuviste satisfacción. ¿Cómo crees que me hizo sentir eso?

Jarret negó con la cabeza.

—Ay, Rennie —dijo con tristeza; abrió el puño, y sus dedos se entrelazaron con los de ella. Sacudió sus manos un poco, deseando que lo escuchara—. No fuiste tú. Aunque no creas nada de lo que te he dicho, créete esto. Fui yo quien se retiró, el que decidió que en aquello no habría satisfacción para ninguno de los dos. Mi brazo cedió, y ya no pude sostenerme. Cuando caí sobre ti...

—No me hiciste daño.

—Eso no es ningún consuelo.

—Ni siquiera sabía que algo iba mal.

—Porque eres una ingenua —dijo él; los dedos de ella volvían a acariciarle la mano, y su caricia era como una brisa fresca sobre la piel—.

Me volví un poco loco. Ya sabía que no podía confiar en mi mano para sacar un arma o mantener la puntería; algunas mañanas apenas podía llevar una cafetera, por no hablar de una carga de leña... por eso me concentraba en dos cosas: levantar una botella y acostarme con pu..., con mujeres. Claro que mi experiencia contigo ha acortado notablemente mi lista de placeres.

Su broma no dio en el blanco..., aunque se acercó. Rennie se le aproximó.

—Entonces, en la cabaña —dijo en voz baja—, cuando me besaste fue porque tenías que demostrarte algo.

—No —repuso él—, no fue así. Te besé porque tu boca estaba húmeda, tenías los ojos cerrados y tu piel relucía. Si hubiera querido demostrarme algo a mí mismo, me lo habría pagado en el *saloon* de Bender.

—Y lo hiciste —dijo; aquel recuerdo aún conservaba el amargo sabor de la traición—. ¿Te acuerdas? Aquella noche estuviste con Jolene.

Él vaciló; al fin dijo:

—Estuve con Jolene, sí, pero no del modo en que tú piensas: jugamos a las cartas, hablamos, bebimos un poco... Es una buena compañera, y mejor amiga. He estado con Jolene otras veces justo del modo en que estás pensando, pero desde que llegaste a Echo Falls, no.

Soltó la confesión como si se la hubieran arrancado. Entonces Rennie inclinó la cabeza y le besó los nudillos; luego cruzó el pequeño espacio que los separaba y le besó el hombro desnudo. El aliento de Jarret se quedó detenido en el fondo de su garganta. Cerró los ojos.

—Rennie, no...

—Déjame —susurró—. Por favor, déjame.

Su aliento era como otro beso sobre su piel...; sin embargo, dijo:

—No necesito tu piedad.

Los labios de ella le rozaron la blanca cicatriz.

—Claro que no. Y no es eso lo que te ofrezco.

Ella llevó su boca hasta la curva de su cuello. Al moverse, a través del algodón de su camisón, Jarret sintió su calor, y la redondez de sus senos. Alzó la mano y trenzó los dedos en su cabello. Los labios de ella le sorbieron la piel, saboreándolo de una forma que le hizo sentir que una bola de fuego le bajaba por la espina dorsal.

—¿Qué estás ofreciéndome? —preguntó él con voz profunda.

—A mí —dijo ella; alzó la cabeza y le besó la comisura de la boca—. Me ofrezco a ti.

En ese instante él se volvió sin avisar y apresó su magnífica boca con la suya, mientras con la mano le mantenía inmóvil la cabeza. El beso continuó..., y continuó. Cuando la presión de la mano se relajó, Rennie levantó la cabeza un poco y respiró, temblorosa. El corazón le martilleaba en el pecho. Clavó los ojos en él, en sus oscuras y líquidas pupilas... Y el deseo de él la absorbió. Con la boca y la yema de los dedos, investigó los ángulos de su cara. Su boca le dibujó la mandíbula y el mentón. Luego, provocativa, rozó su nariz con la de él, y después lo besó en plena boca con pasión casi salvaje. Sintió en la espalda las manos de Jarret, que resbalaban arriba y abajo por su espina dorsal y, poco a poco, iban tirando del camisón de dormir. De manera impulsiva, de repente Rennie se sentó a horcajadas sobre él y, en un amplio movimiento, se quitó el camisón por encima de la cabeza. Jarret lo vio salir volando y se volvió a mirarla, sonriendo. Al principio fueron la luz y la sombra las que rodearon las curvas de sus redondos senos; luego lo hizo Jarret. Su sonrisa se desvaneció, y sus dedos le acariciaron la piel con extrema suavidad. Los pechos respondieron llenándose, y los sensibles pezones color de rosa se endurecieron.

—Eres preciosa —dijo.

Ella negó con la cabeza. Su oscuro pelo le cayó hacia adelante, sobre los hombros, y se posó en el dorso de las manos de él.

—No digas eso —dijo en voz baja, poniéndole un dedo sobre los labios —. No lo estropees.

Jarret le cogió las muñecas y la bajó; entonces, suavemente, le dio la vuelta hasta ponerla boca arriba. Los muslos de ella acunaron su excitación.

—No lo diré si no quieres que lo diga, pero eso no significa que no sea verdad.

Su titubeante sonrisa pareció darle la razón a Jarret. La besó con ternura, y eso conmovió a Rennie e hizo que le abriera su corazón. La boca de Jarret se apartó de la suya y fue bajando por la sensible línea de su cuello, mordisqueando, provocando. Con la punta de la lengua barrió la curvatura de su cuello; ella arqueó la cabeza. Le imprimió su sonrisa en la piel, y luego su boca siguió deslizándose por la clavícula. Bajó más, hasta cerrarse sobre su pecho; entonces su lengua le lamió el pezón. Los dedos de Rennie se curvaron en su pelo mientras lo acariciaba con la misma cadencia que imprimía su lengua. Lo agarró más fuerte cuando él cambió el jugueteo por el bocado de sus labios; parecía que absorbía fuego en la misma superficie de su piel. Entonces la palma de su mano se deslizó sobre ella, recorriéndola desde las costillas hasta la cadera, acariciando la curva inferior de su pecho y, luego, la larga y suave curva de su muslo. Después fueron sus labios: tocaron la húmeda piel que cubría su corazón y se desplazaron despacio al otro pecho. Oyó cómo ella dejaba de respirar un segundo cuando su boca se cerró sobre el pezón y sus dedos se movieron entre sus muslos.

Las piernas de Rennie se abrieron un poco, instadas por la persistente e íntima caricia de la mano de Jarret. Y no la asustó que la tocara allí, pero la sensación que la invadió la dejó confundida. Con los dedos le apretó los hombros mientras su exploración le tensaba la piel. La tensión le arqueó la espalda y la hizo levantarse hacia su caricia. La boca de Jarret abandonó su pecho y se posó, húmeda, sobre su diafragma y en el ombligo, mientras sus manos le agarraban las nalgas. Ella pronunció su nombre, pero sin energía; no le pedía que parase. En su ahogo había urgencia, y eso lo espoleó, como pretendía. Los talones de Rennie se clavaron en la cama y sus dedos se curvaron en las sábanas. Cerró los ojos, y las chispas de luz que aparecieron dentro de sus párpados dieron color a aquel calor que le recorría la piel. La caricia de Jarret la hizo alargar la mano para coger algo que estaba fuera de ella, un placer que la enardecía y que, al mismo tiempo, se le escapaba, aunque brillara justo delante de ella... Y cuando parecía que jamás lo agarraría, él se lo dio. Jarret la sintió estremecerse, sintió cómo la tensión salía de ella y se metía

en él. Entonces subió a su lado, rodó hasta quedar de espaldas y se la puso encima. Tumbada sobre él, Rennie respiraba de forma superficial, con la cabeza descansando en la curva de su hombro. Sus duros genitales le apretaban el vientre. Él le acarició el pelo.

—¿Rennie? —dijo con voz profunda.

—¿Hum?

—Puedes devolverme el favor.

Ella ladeó un poco la cabeza y le besó la parte inferior de la mandíbula.

—Dime lo que quieres —susurró.

Movió las manos por sus costillas, y luego fue ella quien empezó a bajar, besándolo en el pecho. Con los dientes, tiró del cordón de sus calzones, pero aquello era demasiado lento para Jarret, angustiosamente lento. Tiró él mismo de sus calzones y los mandó volando con el mismo descuido que había mostrado Rennie; luego la colocó a horcajadas sobre él. Ella lo miró, desconcertada; su cabello se desparramó sobre los hombros en una magnífica cascada de rizos. Su agitado corazón parecía sonar más fuerte que su voz.

—Creí que querías mi boca —dijo.

Jarret apartó la cortina de pelo oscuro y tomó en las manos la nívea redondez de sus pechos.

—Y la quiero —dijo—, pero aquí.

Señaló sus labios. Cuando ella se inclinó para besarlo, las manos de Jarret se deslizaron en torno a su espalda y le agarraron las caderas. Siguiendo sus indicaciones, se levantó y dejó que él mismo se guiara hasta su interior. Lo besó con intensidad, con ansia, mientras sus caderas se movían, recibiéndolo. Cuando se enderezó, su boca se apartó de la de él. Entonces volvió a llevar sus manos hasta sus pechos y arqueó la espalda, al tiempo que se movía sinuosamente encima mientras se balanceaba. Él le pasó los pulgares sobre los pezones, y ella sintió que cruzaba el finísimo filo que separa el placer del dolor. Rennie le acarició los muslos, la lisa llanura de su vientre y la tensa longitud de sus brazos. Contempló su cara; la luz del fuego fundía su rostro en bronce, y las

arrugas de las comisuras de sus ojos se ahondaban mientras su expresión iba tensándose. El deseo le marcaba los rasgos de la cara, y volvía su mirada tan dura y hambrienta como todo él. Ella se inclinó, apretó los hinchados senos contra su pecho y el turgente perfil de sus labios contra su boca. Lo besó mucho y profundamente, mientras se movía sobre él con elegancia sensual y felina, que era la equivalencia exacta de su beso. Y si la subida y la bajada de sus caderas alimentaba su excitación, aquel beso lo enardeció. De repente hizo girar a Rennie y entró en ella con fuerza. Su jadeo lo excitó; las interrupciones de su aliento lo hicieron ahondar más. Ella subió los brazos, buscando asidero en la esquina del colchón. Las sábanas resbalaron. Rennie se arqueó. Los músculos de la espalda de Jarret se agarrotaron.

Ella gritó, y él cortó el grito con su boca. Un remolino de fuego estalló en el vientre de ella y luego en el de él, y Jarret derramó su semilla en su interior.

A Rennie la despertaron unos diminutos y provocativos besos en la mejilla y en la comisura de la boca. La envolvían los brazos de Jarret y, salvo donde él la cubría, estaba desnuda. Él también. Estaban echados en la cama en diagonal, en la postura desinhibida de su satisfactorio encuentro amoroso; a fin de cuentas, un arreglo satisfactorio. Ella le sonrió, al tiempo que se volvía para que la besara en la boca. Fue un beso largo y lento, deseoso pero no apremiante.

—Me he quedado dormida —dijo ella.

—Yo también.

Jarret puso la mano debajo de su pecho, y se lo acarició con el pulgar.

—¿Qué te ha despertado?

—Tú.

—¿Yo?

Él asintió. Levantó la mano y le acarició la cara.

—Tú. Me desperté deseándote otra vez.

Ella metió la mano entre ambos cuerpos. Sus dedos rodearon su sexo, pero con una caricia tímida, no audaz.

—Pues sí que me deseas —susurró Rennie—. Y yo también te deseo a ti.

Entonces su timidez se desvaneció, y la reemplazaron una sonrisa luminosa y una apasionada exploración. Se trasladó más abajo y lo tomó con la boca. Jarret contuvo la respiración. La hábil manipulación de sus labios y su lengua sacó el egoísmo de él, e hizo por él lo que él había hecho por ella: lo llevó hasta el borde del precipicio más de una vez, mientras el torrente de placer se quedaba justo un poco más allá del alcance de su mano. Su abdomen se contrajo cuando se entregó al deseo de ella, y su mandíbula se tensó. Sintió que respiraba con violencia, de forma entrecortada, y cuando Rennie lo besó en la boca, fue como si tuviera que recurrir a ella para encontrar aire.

—Dios mío —dijo cuando ella se acurrucó a su lado, tan saciada como él.

—Lo sé —dijo ella; en su voz había una pizca de melancolía—. Más hábil que una prostituta experta.

Las palabras de Jarret volvían para acosarlo... Cerró los ojos, sintiendo su dolor como si fuera propio.

—Nunca debería haber dicho eso. —Le pasó los dedos por el pelo—. Perdóname.

Rennie se sentó y tiró de la sábana, que tenía a los pies, hasta taparse los pechos.

—No hay nada que perdonar —dijo. «Y menos, cuando sepas la extensión de mis pecados»... Escudriñó su cara—. Sabes que eres el único hombre con el que he hecho el amor, ¿verdad? Y... —Se ruborizó y desvió la mirada un segundo—. Tampoco le había hecho eso a nadie.

—Lo sé —dijo él con amabilidad.

—¿Sí? Entonces, ¿me crees?

—¿Por qué tiene tanta importancia? —preguntó él. Alargó la mano por encima del lateral de la cama y rebuscó hasta dar con una manta.

Mientras se sentaba, se la ató en torno a las caderas—. Ya sabes que yo no puedo afirmar lo mismo.

Rennie se arrodilló cuando Jarret se levantó de la cama. Le tocó el codo, y sus ojos lo miraron, implorantes:

—Es que la tiene —dijo—. Tú no sabes...

Jarret frunció el ceño y le tomó las manos.

—¿Qué pasa, Rennie? ¿Te avergüenza lo que has hecho, haberme dado placer de este modo?

Ella negó con la cabeza.

—No —se apresuró a decir—. No. Pero no quiero que Pienses que...

Él la sacudió un poco por las manos.

—Lo que pienso es que eres la mujer más vital que he conocido. No tienes nada de lo que disculparte: nada. Intentas por todos los medios ser reservada, respetuosa y seria, pero cuando se rasca en esa superficie, se arma la gorda. —Le dedicó una amplia sonrisa, y eso provocó la inusual sonrisa de ella—. Francamente, Rennie, no me gustaría que fuera de otro modo... Me gusta.

Al lanzarse a sus brazos, estuvo a punto de hacerlo caer.

—Supongo que sabes que te amo.

El abrazo de Jarret se apretó más, y su mejilla se apoyó en el rizado pelo de ella.

—Había indicios —dijo.

Rennie se dijo que no tenía por qué esperar una confesión paralela, y se recordó que no se la merecía. Ella, más que él, había hecho cosas que afectarían para siempre la felicidad de los dos. Aquéllos eran momentos robados. Sin embargo, cuando le susurró esas palabras cerca de la oreja, y, sobre todo, cuando las palabras calaron en su conciencia y le tocaron el alma, sintió que se le henchía el corazón, que se le cerraba la garganta y que las lágrimas se le agolpaban en las comisuras de los ojos. Él pareció darse cuenta de que no podía hablar, de que sólo un fino hilo de seda sostenía su calma, de que la emoción la hacía temblar..., y de que lo

mejor que podía hacer era rodearla con el amor de sus brazos. Eso era todo lo que ella deseaba en ese instante.

Rennie estaba tumbada junto a Jarret. Su cabeza descansaba en el hueco de su hombro, y la palma de su mano reposaba sobre su corazón. Tenía el camisón arrugado en torno a los muslos, y sus pies se enterraban cómodamente bajo la pantorrilla de él. Varias capas de mantas los cobijaban del frío, mientras el cálido fuego de la estufa llameaba y su luz se colaba por la rejilla de hierro. Unas franjas de luz naranja atravesaban el nido de mantas. Ella estaba arrepintiéndose de haberle dicho que lo amaba. No había jugado limpio. Deseaba más que nada que él lo supiera, pero no había jugado limpio... Con la mirada vacía, contempló la pared de enfrente.

—¿Qué piensas? —preguntó él.

No podía decirle la verdad... Le acarició el pecho con movimientos circulares y respondió con otra pregunta.

—¿Cómo te convertiste en cazarrecompensas?

—¿Eso era lo que pensabas?

Rennie volvió la cara lo suficiente para tocarle con su boca la piel, que olía a almizcle.

—Eso es lo que quiero saber —dijo.

Jarret inspiró la dulce fragancia de su cabello y dijo en voz baja:

—Fue más por casualidad que a propósito. Cuando mataron a mis padres fui detrás de sus asesinos.

—Pero entonces no eras más que un muchacho.

—Qué va. Tenía veintidós años. La edad de un hombre.

—¿Los encontraste?

Él asintió.

—Tardé seis meses, pero los encontré. Llevé a uno vivo y al otro muerto. Daniel Border fue el primer hombre a quien maté. Estuve malo tres días.

—Pero no lo dejaste.

—Tampoco me acostumbré. A casi todos los hombres los cojo vivos.

—¿Y a las mujeres?

—Detra Kelly fue la primera que tuve que seguir. La próxima vez seré más listo. Las mujeres no juegan limpio.

Rennie se frotó un pie en la pantorrilla de él, y sus dedos cruzaron su vientre y juguetearon con la cinta de sus calzones.

—Creía que te gustaba así.

—A veces sí —dijo él, sujetándole la mano—. Otras no.

—¿Alguna vez has querido hacer otra cosa? —preguntó ella.

Él se encogió de hombros.

—Iba a ahorrar algo de dinero... Intentar montar una hacienda... Había pensado criar caballos, ganado —Jarret le acarició los dedos—. ¿Y tú? ¿Siempre has querido dirigir una empresa ferroviaria?

¿Eso era lo que quería?, se preguntó ella, pero respondió:

—Siempre pensé que sí.

—Sólo que...

Rennie cambió de postura y se instaló con más comodidad a su lado. Su rodilla descansó en el muslo de él.

—Sólo que últimamente me ha dado por pensar que lo único que quería era estar cerca de mi padre.

Eso era toda una confesión, pensó Jarret..., y comprendió que Rennie sólo estaba pensando en voz alta, buscando los motivos de aquella devoción por los trenes. Se quedó callado, esperando. Al cabo de un momento ella prosiguió:

—Él siempre estaba por allí. Nunca olvidaba un cumpleaños ni una fiesta. Era atento y cariñoso, y ninguna de nosotras ha dudado nunca de que adoraba a nuestra madre. Pero me parece que, más que una presencia, Jay Mac ha sido una fuerza en nuestras vidas. Rara vez nos ha pedido nada. Jay Mac tiende a dar órdenes. —Sonrió al recordar—. Mary Francis siempre las aceptaba en apariencia, pero luego hacía exactamente

lo que quería. Jay Mac apenas notaba su desafío hasta que era un hecho consumado. Por poco le da un ataque cuando le anunció que ingresaba en un convento.

Jarret aventuró una suposición.

—Pero Moira lo convenció.

—Justo. —Ella le lanzó una breve ojeada, contenta de que lo entendiera—. A menudo la gente cree que actúa completamente bajo la influencia de Jay Mac, pero nada más lejos de la realidad. Ella tiene intensas convicciones, y aunque lleva todos estos años con Jay Mac, sabiendo que la boda es imposible, no creo que nunca se haya sometido a él en ningún otro aspecto.

—Es diplomática.

Rennie asintió.

—Siempre. Skye lleva un año discutiendo sobre si ir a la universidad, porque antes quiere viajar. Dudo de que papá se opusiera con tanta firmeza si Skye deseara viajar a algún sitio que a él le pareciera razonable, y es probable que le permitiera hacer un viaje por Europa; pero a Skye se le ha metido en la cabeza que quiere ir a África, y Jay Mac dice rotundamente que no. Por supuesto, Skye es igual de inflexible.

Jarret soltó una risilla, imaginándose a Moira entre el intratable Jay Mac y la apasionada Skye.

—Así que tu madre negocia con los dos.

—Exactamente. Y eso pasa todo el tiempo. Maggie casi siempre va a lo suyo, porque es más tranquila que las demás: habitualmente observa las peleas. Habla de ser médico, pero Jay Mac no la apoya mucho. Siempre ha querido que fuéramos independientes, pero cuando lo somos, se siente un poco incómodo con nuestras decisiones.

—Entonces no le habrá agradado el trabajo de Michael en el *Chronicle*.

—Dios, no —dijo Rennie con vehemencia—. Michael y papá siempre se han llevado mal. A ella la irrita casi tanto como lo quiere, y rarísimamente le pide algo. Hasta que conoció a Ethan no empezó a

valorar lo que siente mamá por Jay Mac. Antes Michael no dudaba a la hora de juzgarlos a los dos.

Rennie esbozó una sonrisa débil y conmovedora.

—Tú los viste en la boda de Michael. A cualquiera que tuviera ojos en la cara le resultaría evidente cuánto se aman.

Jarret asintió. Si Jay Mac no hubiera estado casado cuando Moira fue a trabajar a su casa; si ella hubiera sido protestante o él católico; si les hubieran importado un poco menos ciertos convencionalismos y un poco más otros, quizá a esas alturas tendrían un apellido común y cinco hijas que no tuvieran que luchar con el baldón de la ilegitimidad. Recordó lo que sus padres habían compartido, y sintió que algo se movía en su interior: un anhelo de permanencia y compromiso.

—¿Y tú y Jay Mac? —preguntó en voz baja.

—Yo no soy como las otras —dijo ella, con algo de pesar en la voz—. No sé escuchar en silencio y luego hacer lo que me apetezca, como Mary Francis. No sé retirarme como Maggie. No sé agotarlo como Skye, y me importa demasiado contentarle para embestir como Michael.

—Yo te he visto hacerle frente, Rennie —dijo Jarret; el dorso de su dedo cruzó su mejilla y le dibujó la mandíbula—. Tú lo desafías de un modo distinto, pero también lo haces.

—Hecha un flan.

Jarret se echó a reír.

—Pero apuesto a que eso no lo sabe Jay Mac. —Se enrolló en el dedo un zarcillo de pelo de su sien y le dio un tironcito—. ¿Qué quieres de él?

—Quiero agradarle, que apruebe mis decisiones. Quiero que respete mi trabajo y reconozca mis habilidades.

Pensativo, dejó de jugar con su cabello y frunció las cejas.

—Rennie, ¿le contaste a tu padre los problemas que había para poner raíles en Queen's Point?

La pregunta la cogió desprevenida.

—No me refería a eso.

—¿Ah, no? ¿Y qué dijo cuando le enseñaste tu trabajo y tus conclusiones?

A Rennie le dolían los ojos, llenos de lágrimas sin verter. Su voz era apenas audible.

—Dijo que debía poner en orden mi propia casa antes de enseñarle a dirigir la suya.

El brazo de Jarret resbaló hasta rodearle el hombro.

—Entiendo —dijo en voz baja.

Recordaba muy bien que Rennie le había explicado su trabajo sobre Queen's Point, y su opinión de que los topógrafos se habían equivocado. Y también recordaba que no confiaba en su propia capacidad tanto como él, que creía que no estaba preparada para discutir de forma convincente sus deducciones.

—Decidió creer a Hollis y a los topógrafos, ¿verdad? Las vías se pondrán por la ruta equivocada.

—El trabajo ya ha comenzado, empezó hace meses. —Advirtió que Jarret iba a ponerse a discutir y prosiguió—: Me ha visto estropear demasiadas cosas para confiar en mi juicio.

—Pero seguro que eran cosas personales, no profesionales.

Jarret no imaginaba cómo Jay Mac había conseguido triunfar en todas las empresas comerciales que emprendía si confundía ambos planos.

—Yo soy su hija. Son reglas distintas. Es a lo que jugamos todas..., sólo que yo lo hago con más torpeza que las demás. —Se rió en voz baja, sin rastro de humor—. Lo irónico, desde luego, es que soy la única que ha intentado estar a su lado. Mary Francis ha elegido el convento; Michael, el *Chronicle*. Sin duda, Maggie será médico algún día, y Skye irá a la luna, si es lo que se propone. Creí que Northeast Rail crearía un vínculo entre Jay Mac y yo. Pero en lugar de eso, no dejamos de discutir.

—Tus hermanas están haciendo lo que quieren —dijo Jarret—. ¿Puedes tú decir lo mismo?

Rennie no respondió en seguida. Sabía lo que le estaba preguntando y no estaba preparada para contestar. En lugar de eso se incorporó, cruzó los brazos sobre el pecho de Jarret y lo miró directamente a los ojos.

—Ahora mismo —dijo—, estoy haciendo justo lo que quiero hacer.

Cuando volvió a inclinarse hacia adelante y lo besó en plena boca, Jarret estuvo encantado de que fuera así.

—Estás despierto —dijo ella en un susurro. Quería que no amaneciera jamás—. ¿Eso quiere decir que saldremos pronto?

—Quiere decir que estoy pensándolo.

Rennie se desperezó, y luego se acurrucó como un gato satisfecho. Puso su trasero contra los genitales de Jarret.

—Piénsalo cuanto quieras. Yo quiero dormir.

—Entenderás que no te crea del todo.

Le levantó el cabello de la nuca y se arrimó. Ella murmuró su satisfacción con un sonido que vibró en los labios de él. Él sonrió, aspirando su fragancia, y la besó con suavidad.

—Hum.

—Te gusta, ¿verdad?

—Hummm.

Su mano la rodeó despacio y tomó sus pechos. Sus pulgares le masajearon los pezones, haciendo que se endurecieran. Ella se movió, frotándose contra él.

—Te gusta, ¿verdad?

Jugando, él le mordió el cuello a modo de respuesta.

—Hay cosas que no puedo ocultarte.

Rennie se dio media vuelta en sus brazos.

—No vas a dejarme dormir, ¿verdad?

Mientras hablaba, Jarret iba levantándole el camisón por encima de los muslos.

—Eso te dije yo hace unas horas —le recordó él—. Y entonces no me escuchaste.

—Eso es porque eres un hombre muy afortunado.

—Gracias a Dios.

Él le besó la boca con lenta minuciosidad. Rennie tiró de los calzones y lo tomó en sus manos. Tras algunos ajustes, y también algunas risas, ella fue guiándolo hasta su interior; entonces lo tomó entero, recibió su grosor y su calor, y siguió su ritmo. La urgencia los arrastraba. La boca de ella lo besó, y su lengua recorrió la línea de sus dientes, empujando para entrar, del mismo modo que él había empujado con la suya. Los labios de él se movieron sobre los suyos, y saborearon la necesidad de ella como si fuera algo tangible, como si fueran ricas naranjas, o cerezas maduras y dulces. El sabor de su beso era como la fragancia de su cabello: capaz de llegar hasta él, de excitarlo en algún plano primario y profundo.

Él era una presión dentro de ella y una presencia por todo su alrededor. Sentía sus brazos en la espalda, sus piernas pegadas a las suyas. Su boca le acariciaba el cuello, los hombros, los pechos. Su piel era cálida. La tensión los electrizó. Rennie pensó que quizá se pondrían a girar descontrolados... Y eso fue lo que hicieron. Instantes después oyó cómo ambos respiraban despacio, al unísono, y se tocó el pecho a la altura del corazón como para tranquilizarlo. Echó una mirada a Jarret, que la observaba mientras sus pupilas se contraían lentamente. Poco a poco, fue apareciendo la ambigua sonrisa de ella.

—Ha sido extraordinario —dijo con suavidad, un poco aturdida.

Él asintió con la cabeza, bastante aturdido también. Nunca había sentido nada como lo que acababa de compartir con Rennie. La intensidad del placer lo había atraído hacia ella y lo había impulsado a entrar en ella con la misma fuerza.

—No te he hecho daño, ¿verdad?

Ella dijo que no con la cabeza.

—No..., en absoluto. —Le tocó el hombro, justo por encima de la cicatriz y, entre sorprendida y azorada, dijo—: Me parece que te he mordido.

Jarret alzó las cejas y ladeó la cabeza para echarse un vistazo en el hombro, donde se apreciaba la débil muesca de sus dientes.

—Vaya por Dios —dijo; entonces se volvió y su lenta y amplia sonrisa le transformó la cara—. Sí que eres tenaz...



Capítulo Once

En adelante, viajar juntos supuso una experiencia distinta: aunque Jarret mantenía su promesa de no hacer concesiones, se mostraba más inclinado a pedir que a ordenar; a menudo Rennie cabalgaba a su lado, sin temor a plantear alguna pregunta de vez en cuando. Aquel viaje se había convertido en algo que compartían los dos.

Cabalgaban por lados opuestos de un arroyo, con el caballo de carga detrás de Jarret. La corriente del agua helada era un murmullo constante y agradable en sus oídos, sólo interrumpido por el crujido de la nieve bajo los cascos de los caballos. Casi no hacía viento. El aire era seco y glacial, y el sol daba luz, pero muy poco calor. Cuando Jarret decidió que pararan para almorzar, Rennie se sentía como si llevaran días cabalgando. Buscaron refugio en el sombreado túnel de una mina abandonada. De la viga de la entrada colgaban carámbanos, como un flequillo hecho de cuentas de cristal. Rennie se agachó para entrar, pero Jarret los rompió.

—Con lo bonitos que eran... —dijo ella.

Él la miró como si hubiera perdido la cabeza.

—Tal vez pensarías de otra forma con uno de ellos clavado en la espalda.

Rennie se encogió ante aquella idea y dijo:

—Lo recordaré. —Echó un vistazo a su alrededor, sin dejar de dar pisotones para mantener el calor, con los brazos cruzados delante y las enguantadas manos enterradas en las axilas—. No hay osos ahí dentro, ¿verdad?

Jarret desenrolló la larga bufanda de lana que llevaba al cuello y la usó para enlazar a Rennie. Luego tiró de ambos extremos y la acercó a él.

—¿Cómo voy a saberlo? No conozco este sitio más que tú.

Ella abrió más los ojos.

—¿Y no deberías...? Ya sabes... ¿Mirar un poquito?

Él depositó un lento beso en su boca, alzó la cabeza, la besó en la punta de la enrojecida nariz y apoyó la frente en la suya.

—Mira tú a ver si están esos osos. Yo voy a traer leña para la hoguera.

Le dejó su bufanda sobre los hombros y desapareció por la entrada. Rennie se lo quedó mirando. Aún sentía el calor de su beso. Se tocó la boca y se dio cuenta de que estaba sonriendo.

—Me quedaré donde estoy, muchas gracias.

El almuerzo consistió en un guiso de liebre y café. Ella siguió el consejo de Jarret y saboreó las últimas zanahorias y patatas. La cena serían alubias y cecina, de modo que dejó el plato como una patena.

—A lo mejor tomamos carne de oso esta noche —dijo—. Eso les daría sabor a las dichosas alubias.

Por encima de la humeante jarra de café, los ojos de Jarret mostraron regocijo.

—¿Estás pensando en matar un oso?

—Pensaba que a lo mejor lo hacías tú.

—¿Sabes dónde hay alguno?

Ella señaló el oscuro recoveco que dibujaba el túnel un poco más adelante.

—Hibernando.

—En ese caso, no me parece bien despertarlo —dijo Jarret, siguiéndole el juego—. Dejaremos que los osos sigan durmiendo.

Rennie lo miró arrugando la nariz y recogió los platos y los trastos de cocina. Los lavó con nieve y un trapo, y luego los guardó. Después regresó a la viga de madera caída que era su asiento y se sirvió lo que quedaba de café. Estaba un poco amargo, pero caliente.

—Viajamos bastante de prisa —dijo con cautela, sin expresar su inquietud—. No recuerdo que hayas mandado parar más que una o dos veces para buscar algo. ¿Vamos a algún sitio en concreto, o es que no has encontrado lo que esperabas?

Jarret apoyó los antebrazos en las rodillas y sostuvo la jarra con las dos manos.

—Desde el accidente ha nevado una docena de veces —le dijo—. El primer grupo de rescate que llegó hasta los restos del descarrilamiento pisoteó casi todo lo que había a la vista, y luego los hombres de Ethan removieron más el terreno cuando buscaron... No es probable que yo vaya a encontrar nada.

—Pero encontraste los lentes de Jay Mac.

—Eso fue por chiripa, Rennie. Dudo de que el rayo vaya a caer dos veces en el mismo sitio.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Entonces es que vamos a un sitio en concreto, ¿no es así?

—Así es. —Tomó un sorbo de café—. Si Jay Mac estaba cerca de donde encontré los lentes cuando se hizo la primera búsqueda, es comprensible que no lo vieran. Para cuando el equipo de rescate consiguió llegar a los restos, ya debía de estar oscuro y, probablemente, tomaron una ruta parecida a la que seguimos nosotros, con lo que no dieron con él. Días más tarde, cuando Ethan y su grupo de búsqueda llegaron al lugar, Jay Mac ya se había alejado... O tal vez se lo habían llevado... No lo sé.

Se acabó el café. Luego sus ojos de zafiro se estrecharon un poco mientras observaba las pálidas facciones de Rennie y calculaba su abatimiento. Al fin añadió:

—Por aquí hay un viejo buscador de oro que se llama Dancer Tubbs. No es como Duffy Cedar, así que no establezcas comparaciones por tu cuenta. Dancer lleva solo demasiados años, de modo que es más un ermitaño que un ser humano. No tiene mucho tiempo para los demás y pone empeño en evitarlos. La última vez que lo vi, me mantuvo a distancia de su mina con una escopeta. —Con una amplia sonrisa de

burla hacia sí mismo, le dirigió una mirada de complicidad—. Te aseguro, Rennie, que me acuerdo más de esa escopeta que de Dancer.

—¿Pero es allí adónde vamos? —preguntó ella.

Él asintió.

—Dancer se mueve por estas montañas como un gato montes. Sabe todo lo que pasa por aquí, quién va y quién viene.

—¿Y por qué no lo buscó Ethan?

—Dudo de que Ethan sepa de él. Ya te he dicho que ese hombre guarda las distancias. Lo vi por primera vez hace seis años, cuando yo iba tras Brownwood Riley. Tuve la sensación de que me seguían, y por un tiempo pensé que era el mismo Riley, que iba rodeándome para lanzarse sobre mí. Reconozco que aquello me puso nervioso. Entonces me inquieté un poco, y mi caballo también, de modo que caí con él en unas rocas. No sé cuánto tiempo estuve inconsciente, pero cuando recobré el sentido, Dancer estaba allí. Él le dio el tiro de gracia a mi caballo y me colocó bien el hombro dislocado. Apenas me dijo una palabra. En ese momento no me habría sorprendido que me disparase a mí y le arreglara la pata al caballo.

»Es un hombre difícil, Rennie, y más difícil todavía es mirarlo; quiero que lo sepas desde el principio. Le falta casi toda la oreja izquierda, y ese lado de su cara no es más que una enorme cicatriz. Tan pronto como estuve curado, me echó. Me había quedado sin caballo y tenía pocos víveres, pero la alternativa era una bala. Él no querrá que lo mires (a lo mejor ni siquiera nos dejará acercarnos), pero si Jay Mac está vivo y en algún lugar de estas montañas, Dancer lo sabrá.

Rennie dio el último trago a su café.

—¿A qué distancia estamos de su mina? —preguntó.

—Lo último que sé es que se había construido una cabaña. Llegaremos allí mañana por la mañana.

Ella dejó la taza. Su mirada era franca, y su boca presentaba un gesto serio.

—Entonces deberíamos tener un plan.

Pero Jarret no la escuchó. Tenía los ojos clavados en una sombra siniestra y amorfa que había detrás de Rennie. Alzó la mano despacio hacia ella y, en voz baja, le dijo, tenso:

—Dame la mano, Rennie.

Ella jamás comprendió qué le hizo obedecer sin preguntar. Deslizó los dedos entre los de él y, al segundo siguiente, se vio arrastrada a toda velocidad fuera de la mina y, luego, impulsada a un lado por un imperioso empujón de Jarret. Cayó de bruces en la nieve, rodó y al fin se levantó sobre las manos y las rodillas. Escupiendo un bocado de nieve, volvió la cabeza y echó un inquieto vistazo hacia donde había estado. Vio que Jarret sacaba la carabina de la funda de cuero que estaba sujeta a la silla de *Zilly* y que, después, le daba una palmada en el costado a la yegua, que se quitó de en medio mientras él se volvía hacia la entrada de la mina y apuntaba. Los ojos de Rennie se centraron en la culata de arce, en el martillo, en la palanca plateada y en el seguro del gatillo. De una sola y aterrada mirada abarcó toda la longitud del cañón mientras Jarret mantenía firme la mira... Y vio al oso en el mismo instante en que lo vio él.

El cachorro de oso pardo sacudió la cabeza despacio, levantando una pata como para quitarse el sueño de los ojos. Luego miró a su alrededor, golpeó uno de los carámbanos que Jarret no había tocado y huyó del ruido que hizo al hacerse añicos contra la roca.

—Sólo es un bebé —susurró Rennie, encantada por las payasadas del oso y, también, aliviada por su tamaño.

Si Jarret pudiera haber puesto los ojos en blanco sin dejar de apuntar, lo habría hecho.

—Es mamá la que me preocupa —dijo.

El osezno asomó la cabeza otra vez y, después de echar una prudente mirada a Rennie y a Jarret, avanzó pesadamente, con pasos aletargados, hasta salir de la mina. «Perezoso...», pensó Rennie. Por el rabillo del ojo vio que Jarret bajaba despacio el arma y recogía un puñado de nieve. Adivinando su intención, hizo lo mismo y aplastó una bola de nieve con la mano. Luego, sin decirse una palabra, ambos lanzaron los proyectiles al mismo tiempo. El cachorro recibió uno en la nariz y otro en el costado,

y al instante emprendió una apresurada retirada hacia el fondo de la mina. Entonces Jarret ayudó a Rennie a levantarse.

—Vámonos antes de que mamá decida que quiere jugar.

La impulsó para que subiese a *Albión*, enfundó la carabina y montó sobre *Zilly*. Su partida no fue menos presurosa que la del osezno.

Rennie, que cabalgaba al lado de Jarret, volvió la cabeza hacia la entrada de la mina.

—Nos hemos dejado las jarras allí —le dijo.

Jarret refrenó a *Zilly* y le dijo:

—Yo espero aquí. Vuelve tú a cogerlas. —Rennie se bajó la bufanda y le sacó la lengua—. Si te quitas la bufanda, te vas a congelar.

Espoleó ligeramente a *Zilly* y se puso en marcha otra vez. Rennie pensó que tal vez Jarret tuviera algo de razón, de modo que levantó la bufanda y lo siguió. Le bastaba con que él supiera que estaba riéndose.

Esa noche acamparon en el abrigo natural de unas rocas, con la tienda sujeta a unos pinos, y encendieron un fuego lo bastante grande como para que los calentara dentro.

—Alguna vez tendrás que dejar de reírte —dijo él.

Estaban sentados dentro de la tienda. Rennie se había metido entre las piernas alzadas de él, con la espalda apoyada en su pecho. Jarret le dio la mitad de su cecina.

—Toma, cómete esto.

Rennie comenzó a mordisquear la carne seca. Tragarse aquella comida no era más fácil que, tragarse la risa.

—Estábamos los dos tan dispuestos a ver a una fiera espantosa y entonces... ¡Hip! Perdón. —Tras el hipo, recuperó el aliento y siguió—: Y entonces sale..., sale aquel osito gordinflón y perezoso. Al pobrecito le daban más miedo nuestras bolas de nieve que tu carabina.

—Yo creía que no eras la Dennehy que tenía sentido del humor —dijo él con guasa.

—Y no lo soy.

Él profirió un murmullo para expresar su incredulidad.

—En realidad no sabías que aquel oso llevaba allí todo el rato, ¿verdad?

Rennie alzó las finas y oscuras cejas, y le dio un codazo.

—No estoy chiflada del todo.

—Ya lo sé. —Le dio un beso en la coronilla—. Cuéntame ese plan tuyo, el que interrumpió el osezno.

Rennie le explicó su idea, encantada de que la escuchara sin interrumpirla. Cuando acabó de oírla, él no se puso a criticarla en seguida, sino que se quedó pensativo.

—Eso a lo mejor funciona —dijo al fin—. Ya sabes, Rennie, que no hay nada seguro. Quizá Jay Mac no esté vivo, o quizá Dancer Tubbs sólo nos lleve hasta una tumba, o incluso, a lo mejor, no sepa nada. ¿Estás preparada para eso?

Rennie guardó silencio largo rato antes de responder. Pensó en el viaje hacia el Oeste, en la airada discusión con Hollis por ir a buscar a su padre, en la llorosa y preocupada cara de su madre al despedirse... Mary Francis rezó por ella; Skye y Maggie la acompañaron a la estación de tren, con las caras pálidas y tensas, respaldándola pero inseguras de que estuviera tomando la decisión correcta. En Denver, Michael y Ethan intentaron disuadirla de que prosiguiera. Ella escuchó sus argumentos pero no encontró lógica en ellos. Sentía que Jay Mac seguía vivo, y no iba a cejar; no podía cejar... Con dolorosa sinceridad preguntó:

—¿Cómo puedo estar preparada para eso? He recorrido todo este camino porque esperaba un final distinto. —Él tenía las manos cruzadas sobre su cintura, y Rennie puso las suyas encima; luego volvió la cabeza, frotó la mejilla en su hombro y susurró—: Pero me siento feliz de que estés conmigo. Intentaré que no lamentes haberme traído.

Jarret la meció y, cuando se durmió, la acostó y remetió las mantas en torno a ella. Después se tendió a su lado.

—No podrías hacer que lo lamentara —dijo, alisándole el sedoso cabello—. Eso sí que no.

Dancer Tubbs siguió a los jinetes durante tres kilómetros. El hombre le era familiar; su acompañante no. Se rascó el lado de la cara marcado, intentando dar con el nombre de aquel tipo. Tenía el difuso recuerdo de haberle arreglado un hombro hacía años, y un recuerdo más reciente de haber estado mano a mano, cañón contra cañón, con su escopeta y la carabina del cazador de recompensas.

—Sullivan... —musitó para sí—. Maldito irlandés, no hace más que andar por la tierra de los demás.

Los ojos de Dancer se dirigieron al segundo jinete. Incluso desde donde estaba veía que era una mujer. Una profunda arruga se formó entre sus cejas cuando frunció el ceño. Ella se balanceaba más en la silla, y se inclinaba hacia adelante como si no pudiera mantener el equilibrio. De vez en cuando Sullivan alargaba la mano y la sujetaba, pero al retirar el brazo, ella siempre se torcía con ademán desmayado. Dancer bajó el arma, pero continuó siguiendo su rastro. Iban derechos a su cabaña. Con voz áspera y gutural, cualidad que debía a sus maltrechas cuerdas vocales, dijo entre dientes:

—Intrusos. Condenados entrometidos... —Miró a su caballo castrado, de color gris—. ¿Es que creen que tengo una fonda?

El caballo resopló, nervioso. No estaba acostumbrado a la áspera voz del buscador de oro. Este volvió a mirar a los viajeros. Observó que Sullivan renunciaba por fin a intentar mantener firme a su acompañante y que, sencillamente, tiraba de ella hasta ponerla en su propia silla de montar. Ella no protestó lo más mínimo. Parecía que estuviera demasiado débil para que le importara la incomodidad de cabalgar en la misma montura. Dancer soltó un juramento y escupió. Luego guardó el

arma y montó en su caballo. No le vendría mal acercarse un poco y echar otro vistazo.

—¿Crees que nos ha visto? —susurró Rennie.

—No hay forma de saberlo con seguridad —dijo él—. Pero anda por aquí. Tengo erizado el pelo de la nuca.

—¿Tienes miedo? —preguntó ella.

—Sería un condenado idiota si no lo tuviera. El miedo te mantiene en guardia. El truco consiste en no dejar que te venza.

Era demasiado tarde para que Rennie aprendiera aquella lección. El corazón le golpeaba el pecho, y el frío que sentía en los huesos tenía poco que ver con la temperatura. Se le agitó el estómago, y gimió:

—Me parece que voy a vomitar.

—Bien —dijo él—. Eso nos conviene.

Pero, de todas formas, la sujetó con más firmeza.

Dancer Tubbs usó su caballo para bloquear el sendero un kilómetro y medio antes de llegar a su cabaña, de modo que cuando Rennie y Jarret doblaron la curva, se encontraron con el cañón de su Winchester. Rennie se había armado de valor para enfrentarse a aquel hombre, pero nunca creyó que la realidad sería peor que su imaginación. Y lo era. Las cicatrices de la cara de Dancer se señalaban en relieve sobre su piel, como un centenar de telarañas enmarañadas, amontonadas en una fina capa, una encima de otra, y su media oreja estaba retorcida y aplastada contra la cabeza. El lado izquierdo de su boca se tensaba, tirante, en una perpetua y salvaje sonrisa. En cuanto a la barba, ésta bajaba por la mejilla derecha, pero sólo le cubría tres cuartas partes del rostro; era espesa y descuidada, tan negra como el betún y lo bastante larga como para llegarle al segundo botón de su abrigo de lana azul grisáceo. Una dorada charretera trenzada le colgaba del hombro derecho, y un sable metido en su vaina pendía de su cintura.

Rennie intentó no exteriorizar su temor ni, peor todavía, su compasión. Sencillamente, el miedo le hizo un nudo en la garganta que le impidió respirar, y sintió como unas sombras en los límites de su conciencia. Jarret la sostenía demasiado fuerte. Intentó decírselo, pero cuando él se dio cuenta de lo que ocurría, era demasiado tarde. Rennie se desplomó hacia adelante, desvanecida. Dancer se rió con un agudo cacareo que sonaba como si le desgarrara la parte de atrás de la garganta. Hizo un ademán con su rifle en dirección a Jarret.

—Deberías haberle hablado de mí, Sullivan. Esta cara mía las desmaya.

Jarret sintió un alivio momentáneo al ver que Dancer Tubbs lo recordaba. Necesitaba hasta el último segundo para negociar, no para hacer presentaciones.

—No es el tipo de mujer que se distrae con una cara bonita, Dancer. Está enferma.

—¿Ah, sí? —preguntó, desconfiado.

—Míralo tú mismo.

Alzó la barbilla de Rennie para que Dancer le examinara la cara y observó que estaba convenientemente pálida.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé. Empezó a quejarse anoche. Pensé que era un truco, pero creo que me equivocaba.

Dancer arqueó una ceja y señaló con el rifle otra vez.

—¿Eh? ¿Qué es eso de un truco? ¿Qué quieres decir? ¿Está escapando de ti?

Jarret sintió que Rennie se revolvía en sus brazos, pero no dejó que se trasluciera su alivio.

—Dan una recompensa por ella. Trescientos dólares.

—¿Cómo es eso? ¿Qué ha hecho? —cacareó otra vez—. ¿Robo o asesinato?

—Asesinato. Una noche perdió el juicio y apuñaló a su marido hasta matarlo.

Dancer meditó un instante.

—Es probable que se lo mereciera. No conozco a muchos que no se lo merezcan. ¿Adónde la llevas?

—A Denver. Allí recogeré la recompensa.

Los dientes del buscador de oro quedaron al descubierto en una parodia de sonrisa pensativa.

—Pues a lo mejor te mato y cojo yo el botín.

Jarret negó con la cabeza. Sintió que Rennie se tensaba, y un apretón con los dedos bastó para mantenerla quieta y callada.

—Tú no harías eso, Dancer.

—¿Y por qué no? —preguntó él; su cara enrojeció, salvo en la zona de sus cicatrices—. ¿Qué puede impedirlo?

—Tú eres un sanador —repuso Jarret, al tiempo que hacía avanzar su yegua poco a poco—. Por eso te la he traído, porque tú puedes ayudarla.

—¿Para que tú te la lleves y que la cuelguen de una cuerda? Eso me parece perder el tiempo.

Jarret se quedó callado. No deseaba exagerar su actuación y dejó que Dancer lo pensara. El buscador de oro clavó los ojos en Rennie y luego, despacio, bajó el Winchester.

—Muy bien —dijo con desgana—, pero no os quedaréis ni un segundo después de que esté curada.

Jarret asintió.

—Convenido. Nos quedaremos hasta que pueda viajar de nuevo.

Dancer guardó el arma, hizo a Jarret un breve ademán de cabeza para aceptar el acuerdo y luego rodeó su caballo. Jarret espoleó a *Zilly* y lo alcanzó. Luego cabalgaron en fila india hasta que se ensanchó el sendero.

—¿Has visto los restos del tren que hay junto al Salto? —preguntó Jarret.

—Podría ser. —Lo miró de reojo—. ¿Vienes de allí? Parece que vas una pizca desviado de tu camino a Denver.

—Como si no lo supiera. —Jarret enderezó a Rennie, pero su cabeza cayó hacia adelante, como la de una muñeca de trapo—. Esta me ha enredado bien.

—No parece capaz de sobrevivir mucho tiempo sola en estas montañas.

—Tienes mucha razón, ya lo ves. Se habría muerto de frío si no la hubiera alcanzado.

Dancer arrugó los labios en un gesto pensativo, y la boca se le frunció en un costurón blanco. Sus ojos azules, claros como la escarcha, habrían resultado insólitos en cualquier rostro, pero en uno tan desfigurado como el suyo destacaban de forma extraordinaria. Como ardientes puntos gemelos de luz, quemaron a Jarret con su calor.

—Tienes una forma bien mala de ganarte la vida, cazarrecompensas. Localizas gente sólo para que vayan a morir en las ciudades... —Soltó una risotada y meneó la cabeza—. Gracias a Dios que me aparté de las ciudades.

Jarret no quiso añadir nada, y siguió junto a Dancer Tubbs en silencio.

La cabaña del buscador de oro era de troncos. Estaba situada en una pequeña loma, protegida por imponentes pinos y álamos por tres de sus lados y, en el cuarto, por un arroyo ancho. Cruzaron chapoteando el arroyo y subieron hasta el cobertizo, donde Dancer ató los caballos. Jarret fingió sujetar firme a Rennie mientras desmontaba, y luego la ayudó a bajar resbalando hasta caer en sus brazos.

—Llévala adentro —dijo Dancer—. Yo me encargo de los caballos y de tu equipo.

Jarret alzó a Rennie y la llevó en brazos hasta la puerta. La abrió de un empujón con el hombro bueno y, una vez dentro, la soltó sin ceremonias.

—Vaya, muchas gracias —dijo ella, tropezando con sus propios pies.

Al tiempo que sacudía el brazo, Jarret dijo:

—Tienes suerte de que no te haya dejado caer en la nieve.

—¿El brazo?

—Sí.

Él no dedicó ni un minuto más a la cuestión. Se puso a mover los dedos, abriéndolos y cerrándolos, mientras miraba por la cabaña. Había una chimenea de piedra que Dancer usaba para calentarse y para cocinar. El buscador no debía de apreciar comodidades como una cocina de hierro. Tampoco había bomba de agua, lo que indicaba que el agua se acarreaba desde el arroyo. El mobiliario era de pino y estaba trabajado con bastante cuidado. La superficie de la mesa era suave y tenía esquinas bien definidas, con limpios ángulos rectos, y las dos sillas de comedor con respaldo de travesaños se habían lijado bien. De la pared próxima a la chimenea colgaban cacharros, y un pintoresco edredón de retales cubría la cama. Los ojos de Jarret fueron de la cama a la escalera que conducía al desván. Iba a investigar qué uso le daba Dancer al desván cuando oyó que éste se acercaba y entonces empujó a Rennie hacia la cama. Ella se echó de costado sobre el edredón, con las rodillas levemente levantadas hacia el pecho y los brazos cruzados en la cintura. No le resultó demasiado difícil fingir que se sentía mal. La decepción y la derrota le corroían las tripas.

No se dio cuenta de lo que esperaba hasta que estuvo en el umbral de la cabaña de Dancer y no vio ni rastro de su padre. A Jarret le había advertido que no estaba preparada para semejante eventualidad, y lo cierto era que no lo estaba. Sin importar lo poco razonable que fuera esa posibilidad, siempre había imaginado algo distinto: encontrarse a su padre y arrojarse a sus brazos abiertos, mientras oía cómo la felicitaba por su empeño y su resolución... Dejó escapar un gemido que puso voz al dolor de su corazón. Sonó bastante auténtico.

Dancer desvió la mirada de Rennie a Jarret.

—He dejado tu equipo en el cobertizo. Ve a coger lo que necesites. —Se quitó los guantes y los dejó caer sobre la mesa—. Me encargaré de prepararle una infusión. Tengo unas cuantas hierbas que a lo mejor hacen algo.

Jarret no quería dejar a Rennie sola, pero no podía dejarlo traslucir, de modo que salió. Dancer esperó hasta que se cerró la puerta antes de zafarse del abrigo con dos meneos. Entonces le dijo a Rennie:

—Ese hombre no confía en ti. Cree que vas a ponerte de pie y a irte. —La miró, pensativo—. Y a lo mejor tiene razón.

Rennie abrió los ojos y parpadeó, al tiempo que Dancer se acariciaba la punta de su larga y negra barba. Ella hizo que el dolor que sentía obrara en su favor, aunque no sabía si sería suficiente. No era actriz y nunca había tenido motivos para querer serlo. Con voz entrecortada, mientras se humedecía los secos labios, dijo:

—Sí que quisiera irme. —Se encogió como si la retorciera otro calambre en el estómago—. Pero no puedo.

—A lo mejor estás intentando engañarme —repuso él, al tiempo que se alejaba.

Revolvió los botes, botellas y latas que había por los estantes, hasta coger lo que buscaba. Para cuando lo tuvo todo dispuesto sobre la mesa, Jarret ya había vuelto. Dancer no se tomó la molestia de levantar la vista cuando le dio la vuelta a una silla y se sentó a horcajadas.

—Ella sigue aquí —dijo.

—Ya lo veo.

Dancer tomó un pellizco de unas hierbas y tallos de varias latas y luego los majó en un mortero de porcelana. Entonces alzó un cacharro que colgaba del gancho de la chimenea y vio que estaba vacío.

—Hay que llenarlo —dijo, dándoselo a Jarret.

Cuando éste se fue, puso lo que había majado en un colador de hojalata.

—¿Sabe, señora? —dijo con su voz rasposa—. A lo mejor podría matarlo antes de que entrara.

Rennie reaccionó conteniendo la respiración y luego intentó disimular, ovillándose más. Le daba miedo mirar a Dancer para calibrar la eficacia de su actuación, de modo que mantuvo los ojos bien cerrados. Mientras esperaba la vuelta de Jarret, el buscador de oro dio unos golpecitos al

colador contra el borde de la mesa y siguió sometiendo a Rennie a su intensa mirada.

Jarret se sacudió la nieve de las botas dando una patada a la jamba de la puerta. Luego tendió el cacharro a Dancer.

—¿Necesitas más leña?

Dancer cogió el cacharro.

—Tengo mucha. Pon el gabán en aquel colgador de allá y luego toma el abrigo de la dama. A lo mejor podrías meterla debajo del edredón, que la mantendrá seca y le dará calor. —Colgó el cacharro del gancho y hurgó en el fuego para atizar las llamas—. Le he ofrecido matarte de un tiro para que se vaya, pero me parece que ahora eso no le interesa mucho. Tendremos que ver lo que piensa cuando se encuentre mejor.

Jarret acabó de ayudar a Rennie a meterse bajo el edredón. Sin que Dancer lo viera, la tranquilizó con un apretón en la mano.

—Pues lo esperaremos con impaciencia.

La risa quebrada de Dancer llenó la cabaña. Jarret volvió a sentarse a horcajadas en la silla, puso los antebrazos sobre el respaldo y apoyó el mentón en el dorso de las manos.

—¿Sabes mucho del descarrilamiento? —preguntó, en tono indiferente.

—Podría ser. —Se sentó en la otra silla, la inclinó contra la pared y se dispuso a esperar a que hirviera el agua. Los pies le colgaban sin llegar al suelo, de modo que apoyó los talones en uno de los travesaños de la silla —. Es la segunda vez que hablas del descarrilamiento. ¿Por qué te interesa tanto?

Jarret se encogió de hombros.

—Debió de ser toda una curiosidad, ¿no te parece? Por aquí no pasan demasiadas cosas... Debió de haber un montón de gente por las montañas durante un tiempo.

—Aquello fue un desfile —refunfuñó Dancer.

—Pero nadie te molestó, ¿no?

—No hay mucha gente que sepa dónde estoy. —Le lanzó a Jarret una agria mirada—. Y menos vosotros, no hay nadie que me ande buscando.

—¿Has ido alguna vez hasta los restos del tren?

Dancer se rascó la barba.

—¿Y qué motivo tendría? No sirve de nada meter la nariz donde no hace falta. —Inclinó la silla hacia adelante, aterrizando con los pies, y luego usó un paño para descolgar el cacharro. Entonces puso el colador en un tazón desportillado y vertió encima el agua caliente. Al dejar a un lado el cacharro del agua, un fragante vapor ascendió de la taza. Prosiguió—: Oí el choque. Pareció retumbar durante cinco minutos. Después fui a echar un vistazo, pero los del tren ya estaban encargándose de aquello cuando llegué, así que no tenía sentido perder más tiempo por allí.

Le pasó el tazón por encima de la mesa a Jarret.

—Dáselo. A lo mejor no quiere que yo la toque.

En ese momento Rennie abrió los ojos e hizo un débil intento por sentarse.

—No —dijo con una voz casi tan gutural como la de Dancer—. Prefiero que me lo dé usted.

El buscador de oro abrió más los ojos y dio una palmada en la mesa, exclamando:

—¡Uuuuuy! No confía en tu inútil persona. —Cogió la jarra y la llevó hasta la cama—. Tendrá que sentarse, señora. Esto no se le aposentará como no esté sentada.

Rennie dejó que la ayudara. Se echó hacia atrás el pelo que se había soltado de la cinta que llevaba y luego aceptó la jarra. Se la llevó con cautela a los labios y dio un sorbo. La infusión le quemó la lengua y, a la vez, su fragancia humeante le despejó la cabeza. Abrió un poco más los ojos al apreciar aquel efecto, y Dancer soltó una risilla al ver su sorpresa.

—Es explosivo, ¿eh? Siga, le viene bien. —Esperó hasta que se lo acabó todo—. Y ahora, échese otra vez. ¿Le importa si le toco la cabeza, señora?

Rennie negó con la cabeza, mientras procuraba mirarlo directamente a la cara, sin miedo y sin repulsión. Tenía las yemas de los dedos encallecidas, pero la rozó con suavidad. Dio la vuelta a la mano y le puso los dedos sobre la frente; luego dijo:

—Su temperatura es normal. No creo que necesite más que un descanso de un día. Después él estará listo para llevarla a la ciudad. —Se enderezó y se dirigió a Jarret—. Tengo trabajo en la mina. Déjala dormir. Si recuerdo bien, eres un cocinillas. Podrías preparar la cena en pago.

Cuando se fue, Rennie se sentó. Se remetió los faldones de la camisa y volvió a ceñirse la cinta del pelo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó en tono cansado—. Hemos dado con él, pero Jay Mac no está aquí. ¿Por qué no le has preguntado directamente si sabía algo de mi padre?

—Porque todavía no confía en nosotros. Es desconfiado por naturaleza. No está del todo seguro de que estés enferma y no acaba de ver si estás fingiendo para deshacerte de mí o si los dos fingimos. Si sabe algo, es posible que no nos lo cuente... Y eso es peor que no saber nada en absoluto.

Rennie bajó las piernas por el lateral de la cama. Tenía los hombros caídos y la cabeza inclinada.

—Es que yo creía...

Arrastrando la silla, Jarret se movió para sentarse junto a ella. Le rodeó los hombros con un brazo y dejó que se reclinara en él.

—Sé lo que creías, pero vamos a seguir con esto un poco más, a ver qué pasa. —Sus ojos vagaron hasta las dos sillas de la mesa y luego hasta el desván—. Es demasiado pronto para sacar conclusiones, sean de la clase que sean.

Ella asintió y frotó la frente contra el hombro de él. Jarret le levantó la cara y la miró a los ojos. Ella observó que su mirada bajaba hasta su boca y se demoraba allí. Él le inclinó la cabeza y la besó con dulce intensidad. Luego se echó atrás y le examinó el rostro. Sus ojos color esmeralda relucían, húmedos de lágrimas; su boca estaba invitadoramente entreabierta... Le tomó la cara y le pasó el pulgar por los labios.

—Confía en mí, Rennie. No puedo hacerte promesas sobre el resultado, pero confía en que hago lo mejor.

—Confío en ti.

Él la soltó y se levantó.

—¿Por qué no vas a ver qué tiene Dancer en la alacena mientras yo le echo un vistazo al desván? Saca lo que quieras que prepare para cenar, y mira también en el sótano: seguro que tiene algunas verduras ahí dentro. Yo traeré la carne que se está secando en el cobertizo que hay fuera.

Rennie se preguntó qué esperaba encontrar Jarret en el desván, de modo que, mientras él iba al secadero, subió por la escalera. Había unos cuantos baúles, todos llenos de ropa o de mantas, y algunos trastos. Un edredón de plumas, muy parecido al que Jarret tenía en su desván, ocupaba casi todo el suelo. A diferencia de la cama de abajo, que estaba muy bien alisada, nadie había hecho el menor intento por estirar las mantas que cubrían la funda; estaban hechas un lío a los pies. Se encogió de hombros, bajó, y cuando volvió Jarret, estaba rebuscando por el sótano, sacando las patatas, las cebollas y los nabos que quería que él pusiera en el guiso. Se los pasó, y luego dejó que tirara de ella. Vio que sacudía el brazo derecho de nuevo, pero no hizo ningún comentario. Parecía que desde que se había caído de *Zilly* le daba más problemas.

—¿Algo interesante en el desván? —preguntó.

—Nada —dijo él con forzado desenfado. Después recogió las verduras, las dejó caer en la mesa y miró alrededor buscando un cuchillo —. ¿Y si echas un poco de agua de ese cacharro en una de estas ollas?

Rennie hizo lo que le pedía, dejando un reguero de agua por todo el camino, desde la chimenea hasta la mesa. Cuando él frunció el ceño al ver el desastre, lo miró con gesto inocente.

—La señora Cavanaugh casi nunca me deja ayudarla en la cocina. Creo que es porque soy torpe.

Él le dirigió una astuta mirada.

—Más bien me parece que eres torpe en la cocina porque no quieres ayudar.

—Podría ser —dijo ella, imitando las concisas respuestas de Dancer. Luego examinó la alacena y desplegó especias y condimentos—. Voy a comprobar dos veces todo antes de que lo añadas al guiso. Algunas de estas cosas no sé lo que son, y podríamos envenenarnos.

Uno por uno, acercó todas las latas abiertas y todos los botes de especias a la nariz de Jarret mientras él seguía pelando y cortando patatas.

—Huele más o menos bien —dijo él.

Entonces Rennie colocó las tapas en su sitio y se sentó.

—¿Qué le pasó en la cara?

—Una explosión en una mina. Pasó hace mucho tiempo. Dancer estaba en el primer grupo de hombres que vinieron por aquí cuando se descubrió oro, en el año cincuenta y ocho, o al menos eso me han contado los pocos que lo recuerdan. No sabía mucho de minas, y menos aún de explosivos. En aquel tiempo no había dinamita, y un buen minero no disponía más que de nitroglicerina. Probablemente sabrás lo inestable que es la nitro.

—He tenido ocasión de emplearla.

Los oscuros ojos azules de Jarret se entornaron, y su frente se arrugó. Clavó los ojos en Rennie, luego en el rastro de agua derramada, y después en Rennie otra vez.

—Asombroso —dijo en voz baja, meneando la cabeza.

—Bueno, pues es verdad.

—Oh, si te creo... Es que es asombroso, nada más.

—Empujó los nabos y las cebollas hacia ella y le dio el cuchillo—. Córtalos en rodajas, y no vayas a cortarte los dedos. Yo trocearé la carne de venado.

Ella lo miró arrugando la nariz, pero aceptó la tarea.

—¿Así que Dancer lleva solo todos estos años, desde el accidente?

—Exacto. De vez en cuando acepta un regalo de alguien a quien haya ayudado, pero rara vez está con gente. Ya ves que por aquí no hay muchas cosas que procedan de la ciudad.

—¿Era médico antes de venir a buscar oro?

—No es probable. Lo que sabe de curas o lo aprendió solo, o se lo enseñaron los indios.

—¿Y ese abrigo que lleva? ¿Y el sable? ¿Peleó en la guerra?

—No lo creo. La explosión lo hirió antes de esa época. Probablemente lo cogió de un pobre desertor congelado que se perdió por esta zona. Eso aumenta un poco la locura que lleva encima.

Y vaya si lo hacía. Su risa discordante, casi violenta, junto con su voz cascada y chirriante, completaba el efecto.

—Pues cuando me tocó fue amable —dijo ella.

—Tiene ese otro lado. Es lo que nos ha traído hasta aquí, pero no creo que estuviera de broma cuando dijo que me mataría para que pudieras irte. A lo mejor lo hace.

—¡Jarret! Tú le dijiste que yo era una asesina. ¿Por qué iba a hacerlo?

Jarret dejó el cuchillo y sostuvo la mirada de Rennie durante un rato con gesto solemne.

—¿No sabes lo que un hombre haría por tu sonrisa?

Rennie desvió la mirada.

—No digas eso.

—¿Por qué no? Es la verdad.

Ella meneó la cabeza, empezó a cortar una cebolla en rodajas y, casi al instante, se cortó un dedo. Lágrimas de tristeza, lágrimas de dolor, lágrimas de cebolla..., todas le escocían en los ojos. Se esforzó por esbozar una débil sonrisa al tiempo que preguntaba con voz temblorosa:

—¿Ves lo que me has hecho hacer?

Jarret no tuvo más que pronunciar su nombre para que las compuertas se abrieran. Entonces rodeó la mesa y la ayudó a levantarse. Le envolvió

el dedo con su pañuelo y lo sujetó mientras la atraía hacia sí. Su camisa se empapó con sus lágrimas, y pasó más de un minuto así.

—Perdona —dijo Rennie, sorbiéndose los mocos; se enjugó los ojos con el dedo vendado—. Creo que mi resistencia no aguanta más.

—Dado que lleva funcionando desde Nueva York hasta el Salto de Juggler, me parece comprensible.

Un asomo de sonrisa se dibujó en la boca de ella.

—Siempre sabes lo que hay que decir.

—No siempre —dijo él, levantándole la cara—. Hace un instante no fue así. ¿No se me permite pensar que eres hermosa, o es que no se me permite decirlo?

—No estoy acostumbrada a oírlo —dijo, apartando la vista de él—. Me parece como si, en el fondo, te rieras de mí.

Sin darse cuenta siquiera, Jarret le dio una pequeña sacudida.

—Nada más lejos de la verdad.

—Así no oigo mejor.

—¿Cómo? —preguntó él—. ¿De qué hablas?

—Estás sacudiéndome —explicó ella—, pero eso no me ayuda a oír mejor.

—Ay, Dios. —Bajó la mirada hasta sus manos, que la sujetaban por los brazos, y la soltó—. Mira, Rennie, nunca he ocultado que me diviertes. No sabes llevar agua metro y medio sin derramarla, pero has manejado nitroglicerina; no sabes entonar una triste canción pero tienes una voz de lo más melodiosa. Eres lista como una ardilla para las cosas, y sin embargo tomas las peores opciones cuando se trata de tu propia vida... Nunca he conocido a una mujer a quien le preocupe menos su aspecto que a ti, pero no habría forma de que me resultaras más atractiva.

Le rozó la mejilla con el dorso de la mano y enlazó un mechón de su pelo en el dedo.

—Es algo que tienes en tu interior, Rennie, que me conmueve y que te sale por los ojos, por la piel y, sobre todo, por la sonrisa. Si ningún otro hombre te lo ha dicho, es porque los asustas.

Ella vaciló y parpadeó con los ojos muy abiertos.

—Ay, caramba.

Jarret le dio un golpecito en la nariz con el dedo índice.

—Exactamente.

Ella se sentó despacio, y Jarret volvió a rodear la mesa y llegó hasta su silla. Ella cogió el cuchillo y volvió a cortar cebollas; él cogió un cuchillo de carnicero y empezó a trocear la carne de venado. Durante unos minutos sólo se oyó el sonido de Rennie cortando y Jarret troceando... Hasta que a ella le dio una risa contagiosa. Ninguno de los dos sabía por qué se reían; sólo advertían que aquello los unía, y que estaba bien, y era necesario. En el tranquilo silencio que vino después, Rennie dijo:

—Si alguna vez llega la ocasión en que pienses que no te amo, no lo creas.

Él la miró con extrañeza.

—¿Qué signi...

Se detuvo cuando la atención de Rennie bajó a su mano.

—Ay, diablos —dijo—. He vuelto a cortarme.

Durante un segundo, Jarret se preguntó por qué tenía la impresión de que lo había hecho queriendo.

Dancer aspiró al entrar en la cabaña. Por un momento se detuvo en la puerta y quedó enmarcado por los desvaídos azules y grises del crepúsculo. Después apoyó el rifle en la pared, colgó el abrigo y el sable y comentó:

—El guiso huele bien. Siempre es agradable que alguien te prepare la comida. —Tras quitarse los guantes, se calentó las manos en el fuego;

entonces volvió la cabeza—. ¿Cómo se encuentra, señora? Todavía tiene un aspecto algo paliducho.

Rennie estaba sentada en la cama, con la espalda apoyada en la pared. Se llevó una mano a la cara.

—Me siento mejor que esta mañana —dijo.

Él asintió, con aire satisfecho.

—Bien. Dentro de un momento le haré otra taza de infusión. —Le echó una ojeada a Jarret—. Te dije que serviría, ¿no?

—Sí, y lo agradezco.

Dancer se enderezó y fue a la alacena. Esta vez las latas estaban a mano, y no tardó en dar con lo que buscaba. Se puso a trabajar en la mesa, delante de Jarret.

—Veo que tiene los dedos vendados —dijo—. ¿Has tenido algún problema con ella mientras estaba fuera?

—Nada que no pudiera manejar —dijo Jarret; se apartó de la mesa, quitó de la chimenea la olla del guiso y la sustituyó por el cacharro del agua—. Se ha cortado al coger el cuchillo que yo estaba usando.

Mientras estaba de espaldas a Dancer, le guiñó un ojo a Rennie. Dancer terminó de coger sus hierbas y de majarlas, y luego aceptó un plato del guiso de Jarret:

—Puedes darle un poco a la dama si lo quiere. No le sentará nada mal meterse algo bueno.

En previsión de que Dancer tal vez no se mostrara demasiado generoso, Rennie ya había comido. De todas formas, la boca se le hizo agua cuando Jarret alzó un plato para preguntarle si quería.

—Sí, por favor —contestó.

Dancer soltó una risilla.

—Debes de haberla puesto derecha esta tarde, Sullivan. Antes intenta matarte y ahora dice «por favor».

—Lo hace para conseguir lo que quiere. —Se apartó un poco de la mesa para darle a Rennie el guiso, y le dedicó una amplia sonrisa—. ¿No es así?

—Si usted lo dice —dijo ella en tono malhumorado.

Dancer se metió en la boca una buena cucharada, luego habló con la boca llena.

—Parece que ha llorado hoy. ¿También le has hecho eso?

—Me parece que no le he hecho nada. Ha llorado porque no consiguió matarme.

El buscador de oro se quedó pensativo.

—Todavía puedo encargarme yo.

—Seguro que está encantada de saberlo.

Dancer cogió el cacharro del agua y preparó la infusión. Luego le dio el tazón a Rennie, al tiempo que le decía:

—Piénselo, señora.

Ésta dejó a un lado el plato y tomó la infusión caliente. No tenía ni idea de cómo responder a la oferta.

—¿Qué querría usted a cambio? —preguntó.

—Sólo que se quedara aquí conmigo... Seis meses, quizá un año... ¿Qué le parece? ¿Está dispuesta a cambiar la vida de él por algún tiempo conmigo?

No había duda de que se pasaría ese tiempo en la cama de Dancer... A Rennie se le pusieron los pelos de punta y se esforzó por rechazar una oleada de horror.

—Estaría dispuesta a cambiar... —dijo en voz baja, con una tímida sonrisilla; sus ojos insinuaban placeres ocultos.

La risa cacareante de Dancer resonó en la cabaña, mientras él echaba atrás la cabeza y bailoteaba un poco. Cuando terminó, se dio unas palmadas en los muslos y regresó a la mesa enjugándose las lágrimas de los ojos.

—Tienes razón —le dijo a Jarret—. Hace lo que sea para conseguir lo que quiere.

Rennie se apartó de la pared. La súbita y enloquecida risa de Dancer le había erizado el vello de la nuca. Miró el tazón que sostenía y vio que no estaba lleno del todo. Tenía una mancha en la pechera de su camisa, un círculo que no paraba de ensancharse. Se sacudió en vano, con unos dedos que temblaban aún.

—Supongo que eso quiere decir que estoy a salvo —dijo Jarret con guasa.

El buscador sonrió.

—No voy a matarte mientras duermes.

—Bueno es saberlo.

—Pero no sé lo que vas a hacer con ella.

Entonces fue Rennie quien contestó:

—Yo le diré lo que hará: me atará a la pata de la cama. Ya lo ha hecho otras veces.

A Jarret le costó tragar el guiso sin ahogarse. Vio la escéptica mirada de Dancer e hizo un gesto, confirmando la afirmación de Rennie.

—Yo no puedo dormir con un ojo abierto —dijo—, ni tú tampoco. Y nos mataría a los dos.

—Eso parece —dijo Dancer.

Cuando acabaron de comer, Jarret limpió en el arroyo los platos y los utensilios. A su regreso advirtió que los muebles se habían reorganizado un poco. La mesa estaba más cerca de la cama, y Rennie, sentada, barajaba unas cartas muy baqueteadas. Dancer ocupaba una de las sillas, situada en ángulo recto respecto a ella. Al ver entrar a Jarret, Rennie alzó la vista y, con discreción, le lanzó una mirada de desconcierto.

—Quiere jugar —dijo.

Jarret tampoco se lo explicaba, pero no quiso ofender a Dancer negándose a incorporarse a la partida. El buscador de oro ya se había tomado el trabajo de hervir más agua y preparar una nueva infusión.

Ahora estaba sentado a la mesa con actitud expectante, agarrando con avidez las cartas que repartía Rennie. Jarret tomó el asiento que quedaba libre y recogió sus cartas.

—¿A qué estamos jugando?

Jugaban al póquer de cinco cartas, y la apuesta eran pepitas de pirita que Dancer había recogido en su mina. No habían jugado más de media docena de manos cuando Rennie empezó a bostezar. De todas formas iba perdiendo, así que repartió sus últimas pepitas entre Dancer y Jarret, y se tumbó en la cama. Éste dejó de barajar y soltó las cartas.

—Deja que la acompañe al retrete ahora —le dijo a Dancer—, o si no, querrá ir después.

—Claro —dijo Dancer—. Haré más infusión.

Jarret ayudó a Rennie a ponerse de pie, la sostuvo con el brazo bueno y la condujo afuera. Una vez a distancia de la casa, le dijo:

—Es el té, Rennie, por eso estás tan cansada. Dancer está dragándonos.

Ella dio un enorme bostezo. Tenía demasiado sueño para mostrar sorpresa o preocupación.

—No creo que pueda hacer nada, Jarret.

—No tienes que hacerlo, pero yo no voy a beber más. Te mantendré a salvo.

—Sé que lo harás.

Su absoluto convencimiento de que cumpliría su palabra hizo que él deseara besarla allí mismo, pero sofocó el deseo hasta que estuvieron de nuevo justo a la puerta de la cabaña. Sus cálidos labios le supieron a la infusión.

—Bórrate esa sonrisa de la cara —le susurró.

La noche era negra como el carbón.

—Ni siquiera ves si estoy sonriendo.

—Da igual. Sé qué aspecto tienes cuando te beso.

Ella le dio un amago de puñetazo en mitad del pecho.

—Fanfarrón.

Cuando volvieron a entrar, fue Jarret quien tuvo que disimular su sonrisa. Después de atar las manos de Rennie a la cama, no demasiado fuerte, Jarret jugó otras seis manos con Dancer. Al final éste ganó todas sus pepitas, y Jarret consiguió dar la impresión de que había perdido ante un jugador más hábil. Asimismo, había conseguido deshacerse subrepticiamente de casi toda su infusión tirándola entre las tablas del suelo sin que Dancer se diera cuenta. Cuando comentó en tono cansado que quería dejar de jugar, el buscador de oro accedió y lo ayudó a hacerse la cama en el suelo. Una vez instalado Jarret, Dancer Tubbs bajó la luz de las lámparas y subió al desván.

Al cabo de lo que pareció una eternidad, bajó otra vez. A oscuras, Jarret oía mejor de lo que veía, y lo que oyó lo dejó sorprendido. El buscador de oro se puso el abrigo y los guantes, cogió de la chimenea la olla con el resto del guiso, luego recogió un plato y cubiertos, y lo sacó todo fuera. Jarret esperó lo justo para asegurarse de que Dancer no fuera a volver de repente, y entonces desató a Rennie, agarró su cinto con la pistolera y su gabán y salió, a tiempo de oírlo marcharse a caballo.

Jarret lo siguió a pie, seguro de que se dirigía a su mina y, también, bastante seguro de que ésta no se encontraba lejos de la cabaña. Cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad, aligeró el paso. El sendero ascendía poco a poco, pero el terreno era llano, de modo que consiguió que no aumentara la distancia que existía entre ellos. En efecto, al final Dancer lo llevó derecho hasta la mina. La pálida luz amarilla de un farol iluminaba la boca de entrada, y Jarret se mantuvo oculto entre las rocas y las sombras, mientras Dancer desmontaba y ataba el caballo a un poste cerca de la entrada, donde ya estaba atada una mula. Jarret continuó observando. El buscador de oro descolgó la olla del guiso, una cantimplora, cogió los cubiertos y entró en el túnel. Jarret esperó un momento y luego, con movimientos silenciosos, avanzó hacia la entrada de la mina y se detuvo en el borde para no descubrirse. Desde allí no veía lo que pasaba dentro, pero oía la conversación que se desarrollaba en el interior.

—Pensé que tendrías hambre —decía Dancer—. Te traigo esto. Un buen guiso de venado.

Como no hubo respuesta, Jarret supuso que la otra persona que estaba en el túnel ya estaba comiendo.

—Despacio —dijo Dancer—, no querrás ponerte enfermo. Hay un montón. Me aseguré de que te quedara. La mujer no comió mucho, y yo sólo tomé un plato.

Esta vez su acompañante habló... Y aunque tenía la voz amortiguada por un bocado de comida, Jarret no tuvo dificultad en reconocerla. Entonces dio un paso hacia la luz y miró directamente a los espantados ojos color esmeralda de John MacKenzie Worth.



Capítulo Doce

—¿Quién diablos es? —preguntó Jay Mac, entornando los ojos y mirando a la entrada—. ¿Dancer? ¿Quién va? ¿Es uno de los asesinos?

Durante un instante atroz, Jarret creyó que Jay Mac estaba ciego. Luego observó que se tanteaba el bolsillo del chaleco de forma distraída y comprendió el problema. Avanzó más y preguntó:

—¿Es eso lo que Dancer le ha contado, Jay Mac? ¿Que yo era un asesino?

—No era mentira —refunfuñó Dancer—. Eres un asesino.

Jay Mac estaba sentado en el suelo del túnel, con las piernas extendidas. Apoyaba la espalda en una viga astillada, y a la altura del pecho sostenía un plato de hojalata. Su chaleco con hilos plateados tenía media docena de desgarrones, pero las costuras de las hombreras de su camisa estaban primorosamente zurcidas. Sus pantalones llevaban parches en las rodillas, y toda su ropa estaba cubierta por una fina capa de polvo. En el suelo, junto a él, había un nudoso bastón de pino.

—¿Qué diablos pasa? —volvió a preguntar Jay Mac.

Entonces entornó más los ojos y examinó al intruso de arriba abajo. Lo reconoció cuando, tras agacharse Jarret delante de él, su mirada fija y severa descubrió el gesto, regocijado y temerario, de su boca. En ese instante, en voz baja y casi sin creer lo que sus ojos le decían, dijo:

—Dios mío. Es usted...

Dancer cogió su plato antes de que se le cayera.

—¿Lo conoces? —preguntó.

—Lo conozco. Una vez me ayudó... —Extendió la mano para estrechar la de Jarret—. Lástima que no estuviera por allí para ayudarme una segunda vez.

Jarret agarró con firmeza la mano de Jay Mac.

—Detener bodas es una cosa, pero no creo que hubiera hecho mucho en aquel descarrilamiento.

—No me refería al tren... Bueno, da igual. De todos modos, ya se ha terminado eso de entrometerme.

Jarret soltó un resoplido desdeñoso con el que transmitió a Jay Mac su parecer.

—Sin embargo, su terrible experiencia no parece haberle perjudicado —dijo—. Supongo que Dancer lo ha cuidado bien todo este tiempo.

—Me ha cuidado de maravilla.

Mientras hablaban, el buscador de oro se alejó arrastrando los pies, incómodo con el elogio y también por convertirse, aunque fuera brevemente, en centro de la atención. Jay Mac cogió el plato otra vez y empezó a comer.

—No le importa, ¿verdad? No he tomado nada desde esta mañana.

—Adelante. ¿Lleva aquí todo el día?

Él asintió.

—He ayudado a Dancer con la mina desde que me encontré lo bastante bien como para trabajar. —Le enseñó una de sus manos; estaba encallecida, y tenía tierra debajo de las uñas y polvo en los nudillos—. Me ha gustado trabajar así otra vez. Salgo por la mañana y estoy fuera casi todo el día. Hoy, como Dancer estaba preocupado con usted, no volví a la cabaña.

—¿Le hizo creer que yo era peligroso?

—Exacto, aunque sólo intentaba protegerme. ¿Cómo iba a saber que usted no es peligroso?

—Porque me conoce. ¿No es cierto, Dancer?

Jarret se volvió hacia el buscador de oro pero vio que no estaba. Entonces se giró en redondo y vio a Dancer de pie, en el umbral, con el Winchester en alto.

—Bájalo, Dancer. No quiero problemas.

—Yo tampoco —dijo el buscador de oro—. Así que tú vete por tu lado, déjanos tranquilos a mí y a mi amigo, y todos estaremos bien.

Jarret se levantó despacio y alzó las manos, con las palmas hacia arriba.

—He venido por él —dijo en voz baja y firme; no quería asustarlo—. Pero creo que ya te habías dado cuenta, ¿no? A ti no se te pasa por alto nada.

—Nada.

—Entonces, ¿sabes quién es mi acompañante? —preguntó.

El mentón de Dancer se proyectó hacia adelante y, casi como si lo desafiara a que lo contradijera, declaró:

—Lo que es seguro es que no ha matado a nadie.

—Exactamente, así es.

—Eso me parecía. Y tampoco estaba enferma de verdad.

—No, tan enferma como parecía no. Pero hace poco sí lo estuvo, y todavía no está fuerte. —Se detuvo un momento para dejar que digiriera aquella información—. Yo creo que sabes quién es, Dancer.

—Bah.

Jarret sospechó que lo sabía, pero que no quería admitirlo, ni a sí mismo ni a nadie. En los meses transcurridos desde el descarrilamiento, entre Jay Mac y el viejo buscador de oro se había forjado un vínculo especial, y éste estaba luchando por mantener la única relación humana que había creado en más de veinte años.

—¿Quieres que lo diga yo? —preguntó Jarret con calma—. Tú sabes lo que eso significa. Ella ha venido de muy lejos para buscarlo.

—Pero yo no le he hecho ningún daño a ella.

—Lo sé. Pero si no volvemos pronto, se despertará y se asustará al ver que no estamos.

Usando el bastón como apoyo, Jay Mac se arrodilló con esfuerzo. Luego entornó los ojos mirando en dirección a Dancer.

—¿De qué está hablando, Dancer? Me dijiste que la mujer que estaba con él había asesinado a su marido.

—Eso fue lo que él me contó —dijo Dancer poniéndose a la defensiva, al tiempo que con un movimiento del rifle señalaba a Jarret para subrayar su argumento.

Con retraso, éste se dio cuenta de que Jay Mac no tenía por qué pensar otra cosa. Era probable que, al verlo, hubiera sospechado que se encontraba allí debido a una recompensa.

—Pero no es verdad —dijo Jarret—. Díselo tú, Dancer.

—¡Ella tiene tus ojos! —gritó de repente el buscador de oro.

Durante un segundo, el rostro se le contrajo de ira, y al encajar la mandíbula, la telaraña de cicatrices que tenía en la cara comenzó a latir. Entonces levantó el rifle, como si estuviera dispuesto a disparar y, otra vez súbitamente, cambió de opinión. Giró sobre sus talones y salió como loco de la mina. Jarret se apoyó un poco en uno de los maderos y esperó a que el corazón se le tranquilizase. Luego le echó una ojeada a su inútil mano derecha mientras el hormigueo le correteaba por la piel, desde la muñeca hasta el codo y el hombro, y soltó un juramento en voz baja. Con torpeza, y apoyándose en el bastón, Jay Mac se puso en pie.

—Ha corrido usted un gran riesgo al no dispararle —dijo.

—No sirve de mucho cuando un Winchester lo mira a uno a la cara.

Por no hablar del hecho de que no podría haberle disparado ni aunque hubiera querido.

—Sin embargo, calibró el carácter de ese hombre y se dio cuenta de que no le haría daño. Dancer es incapaz de hacer daño a nadie. —Miró hacia la entrada, pero sólo vio un borrón de luz y sombra—. No se preocupe por él. Estará un tiempo por las montañas y luego, cuando esté

preparado, volverá... Y, por cierto, ¿a qué se refería con eso de los ojos de la mujer y los míos? ¿Quién ha venido con usted?

—Es Rennie, señor —dijo Jarret, descubriendo que tenía el don de hacer que Jay Mac sonriera—. Le ha traído los lentes.

Jarret condujo a la mula de vuelta a la cabaña con Jay Mac montado en ella. Esa visión no la olvidaría fácilmente, y así se lo dijo al magnate ferroviario. Jay Mac quiso saber todos los detalles sobre cómo lo habían encontrado, pero Jarret no accedió.

—Tiene que contárselo su hija —fue todo lo que le dijo, y el tema quedó zanjado.

Para ir del cobertizo a la cabaña, Jay Mac se apoyó en él.

—Mi pierna derecha se ha curado bien —dijo—, pero justo el otro día volví a torcerme la izquierda. Dancer me advirtió que me esforzaba demasiado, que todavía no estaba lo bastante fuerte, pero...

Jarret levantó la mano y lo interrumpió:

—No tiene que explicármelo, señor. Sé lo testarudos que son en su familia.

Él soltó una risilla. Ya en la puerta, se detuvo y con voz tranquila y casi solemne, dijo:

—No tengo queja alguna de Dancer Tubbs. Me ha salvado la vida. Sin embargo, dudo de que alguna vez llegue usted a saber lo feliz que estoy de que esté aquí. Habría tardado semanas todavía en poder irme, o más quizá, y probablemente me habría resultado imposible hacerlo solo. Ya hace tiempo que sabía que Dancer no iba a ayudarme a marchar.

—Ha hecho usted un amigo. Nadie que haya conocido a Dancer creería que tal cosa pudiese pasar.

—Lo sé —dijo con tono pesaroso—. Lo que no sé es si le he hecho un favor. Ese hombre llevaba años solo, pero creo que hacía mucho que no le pesaba la soledad.

En un gesto de comprensión, Jarret le colocó la mano en el antebrazo y le dijo:

—Vamos adentro. Su hija está esperando.

Fue el suave roce de unos dedos en la frente lo que despertó a Rennie. Arrugó la nariz, apretó los ojos y sonrió soñolienta, mientras le apartaba la mano.

—Vete, Jarret.

La cara, por lo general impasible, de Jay Mac dejó ver un asomo de sorpresa.

—No soy Jarret —dijo.

En ese instante Rennie abrió mucho los ojos y los clavó en otros, muy parecidos a los suyos.

—¡Papá!

Entonces se sentó muy derecha y se lanzó a sus brazos, dándole besos por todo el ancho rostro.

—Pero ¿cómo? ¿Cuándo has...? ¿Dónde...? —Buscó a Jarret, que, de pie junto a la chimenea, la observaba—. ¿Tú has...

Luego escudriñó la querida cara de su padre. Tenía el pelo más largo de lo que había visto nunca, y rizado bajo el cuello de la camisa. Había dejado que las patillas se convirtieran en una rebelde barba, y su bigote había perdido su elegante forma.

—Pareces...

Pero las lágrimas centellearon en sus ojos, y se le hizo un nudo en la garganta. Sólo pudo mirar fijamente a su padre en silencio. Jay Mac la abrazó y la acunó casi como cuando era una niña, mientras le daba palmaditas en la cabeza, le acariciaba el pelo y le decía al oído justo lo que ella necesitaba oír:

—Eres una maravilla, Mary Rennie. Una auténtica maravilla.

Cuando los dos contaron su historia, ya amanecía, y entonces Jay Mac se negó a decir ni a oír nada más hasta haberse lavado y cambiado de ropa. Nada de lo de Dancer le iba bien, pero Jarret le ofreció algunas prendas suyas —todas un poco demasiado grandes—, con lo que Jay Mac quedó vestido con calzones de franela, vaqueros, una camisa de algodón color celeste y gruesos calcetines de lana. Ahora sobre su nariz descansaban los lentes resquebrajados, que seguían torcidos a pesar de sus esfuerzos por enderezar las patillas. Pero aquello no era más que una molestia secundaria. John MacKenzie Worth se sintió un hombre nuevo. Mientras se lavaba, Jarret le explicó a Rennie lo que había ocurrido cuando dormía. Según le contó, a él no le había sorprendido del todo, porque, desde el principio, el hecho de que un ermitaño tuviera dos sillas y dos camas le pareció una prueba de que Dancer tenía compañía. A ella la fuga del buscador de oro la dejó muy preocupada. No quería marcharse sin volver a verlo, sin darle las gracias o sin despedirse.

Después de la enrevesada historia del viaje de Rennie al Oeste para buscarlo, el relato que contó Jay Mac sobre cómo había descarrilado el tren número 412 no pudo ser más sencillo. Estaba de pie en la plataforma trasera de su vagón privado, tan pequeña como un sello de correos..., y de repente ya no estaba allí. No recordaba nada relacionado con el accidente en sí; sólo tenía el borroso recuerdo de haber vagado entre los árboles, siguiendo el arroyo, y de subir y bajar pendientes rocosas hasta derrumbarse. Lo siguiente fue que estaba tendido en el suelo de la cabaña de Dancer, con las piernas entablilladas, una almohada bajo la cabeza y cubierto por una manta. Sabía que había perdido la conciencia a intervalos y recordaba también que alguien le había dado con una cuchara sopa de pan, y que sus intentos por comunicarse habían resultado inútiles. Sus primeros recuerdos ininterrumpidos coincidían con que estaba descansando cómodamente en una cama y una de las tablillas de sus piernas había desaparecido. Su alianza con Dancer se forjó a lo largo de su lenta recuperación. Vio que el buscador de oro estaba desfigurado, pero el alcance de sus heridas nunca le quedó claro, y tampoco le importó; del mismo modo, creía que a Dancer Tubbs no le importaba en absoluto que su huésped fuera uno de los cien hombres más ricos del país.

—Y lo cierto —dijo Jay Mac— es que Dancer tiene una mina de oro, de manera que no creo que mi pequeña fortuna le impresionara mucho. Hacía mucho tiempo que no tenía que ganarme el respeto de un hombre por lo que soy, y no por lo que poseo.

Rennie percibió un rastro de melancolía en las palabras de su padre.

—Se diría que lo has pasado bien —dijo.

Él sonrió, frotándose el barbado mentón.

—A veces es bueno ganarse el respeto de una persona por el camino difícil.

Jarret vio que Rennie se ruborizaba al oír el comentario de su padre, y supo que se lo había tomado como algo personal. No tenía idea de si Jay Mac pretendía que fuera un comentario intencionado, pero sintió vivamente el dolor de Rennie. Dejó el atizador del fuego y dijo:

—Hoy no podemos viajar. Jay Mac, usted y yo no hemos dormido nada, y Rennie tampoco ha dormido mucho más. Sería mejor que aprovecháramos esta noche y emprendiéramos camino mañana.

En seguida hubo acuerdo; sin embargo, fueron los arreglos para dormir los que provocaron cierto trastorno. Jay Mac no podía subir al desván, de modo que Rennie le cedió la cama. Pero cuando empezó a seguir a Jarret al desván, su padre carraspeó en señal de desaprobación. Rennie se detuvo en la escalera y lo miró. En sus ojos había una muda súplica. Jay Mac se retiró.

—Hablaremos del asunto más tarde —dijo.

Rennie entró gateando en el desván. Jarret ya había cogido unas mantas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella.

—Yo dormiré delante de la chimenea. Estaré bien allí.

—No, por favor —le dijo en voz baja—. Quédate conmigo.

—Tu padre...

—Pero si vamos a dormir, Jarret.

Entonces él extendió la mano para cogerla y la abrazó. Se tumbaron sobre el edredón de plumas y se quedaron dormidos el uno en brazos del otro.

Dancer se acercó a la cabaña a la mañana siguiente, cuando estaban preparándose para partir. Llevó su caballo a un lado del sendero y desmontó. Jay Mac, que lo observó, dijo a Rennie y a Jarret:

—Id vosotros, y esperadme allí delante, en el camino.

Jarret fue primero. Al pasar junto a Dancer, se inclinó en la silla de montar y le tendió la mano.

—Gracias —dijo—. Si alguna vez...

Dancer aceptó la mano tendida de forma vacilante, le dio un apretón y le hizo señas de que siguiera.

—Deberías arreglarte ese hombro —murmuró.

Rennie quiso desmontar y abrazar al hosco buscador de oro, pero, sospechando que sería rechazada, se inclinó en la silla como había hecho Jarret y le tendió la mano.

—Es usted un hombre maravilloso, Dancer. Ya lo creía antes de que mi padre dijera que piensa lo mismo.

Dancer trasladó el peso de su cuerpo de un pie a otro y apartó la vista. Luego le dio una palmada en el flanco a la yegua que la hizo ir trotando hacia Jarret. Los dos esperaron donde el camino se ensanchaba, al otro lado del arroyo. Una arboleda proporcionaba intimidad a Jay Mac y a Dancer. Rennie se puso junto a Jarret y se inclinó hacia adelante, mientras acariciaba las negras crines de *Albión*.

—¿Qué crees que estarán diciéndose? —preguntó.

—No lo sé —dijo él—. Yo sé lo que le digo a Ethan cuando no vamos a vernos durante algún tiempo. Le digo que estaré allí si me necesita, y él me dice lo mismo. Y siempre hemos estado allí.

Minutos después, Jay Mac se acercó por el camino, montado en el caballo de carga.

—Vámonos —dijo con brusquedad.

Era difícil saberlo con seguridad, pero detrás de los resquebrajados lentes, Rennie creyó ver lágrimas en los ojos de su padre.

Cabalgaron durante varias horas antes de que Rennie se diera cuenta de que no estaban volviendo a los restos del tren. Jarret explicó que debían tomar una ruta distinta si querían evitar la avalancha y, también, que debían tener en cuenta las fuerzas de Jay Mac. Rennie aceptó el razonamiento, pero sospechó que había algo más. Cuando insistió, obtuvo unas respuestas enigmáticas, hasta que por fin lo dejó estar. Las preguntas de Jay Mac sobre la familia y sobre Northeast Rail la mantenían ocupada de sobra. Durante el trayecto se detuvieron con frecuencia con el fin de que Jay Mac estirara las piernas, y Jarret decidió parar cuando aún quedaban unas cuantas horas de luz. No se planteó quiénes debían compartir la tienda, ni aquella primera noche ni las noches siguientes. Jarret dispuso su petate cerca del fuego y Rennie y su padre ocuparon la tienda de campaña.

—Me has preguntado mucho sobre mamá —dijo ella, mirando fijamente las sombras que parpadeaban sobre el techo de lona—, y sobre mis hermanas. Pero no me has preguntado mucho acerca de mí.

Jay Mac tenía la cabeza apoyada en las palmas de las manos, y los ojos clavados en el mismo parpadeante juego de sombras que su hija. Respondió en voz baja para evitar que Jarret lo oyera.

—Me parece que sabes por qué. ¿Qué quieres que diga delante de él? No necesito mis lentes para ver que ese hombre está enamorado de ti.

—Yo también lo amo, Jay Mac.

—Lo sé. Pero no se lo has dicho, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—No... No he podido.

—No es así como te has criado, Mary Rennie.

Al instante, como un rayo y antes de pensarlo mejor, ella repuso:

—Así justamente es como me he criado.

Un silencio cargado de tensión siguió a su comentario. Jay Mac sólo habló cuando le pasó un poco el enfado.

—Nunca te he levantado la mano porque nunca creí que te lo merecieras. —Y con tristeza añadió—: Hasta ahora.

Rennie se volvió hacia él.

—Perdona, papá —susurró, con ojos suplicantes en la oscuridad—. Lo siento muchísimo.

—Sé que lo sientes, pero eso no cambia lo dicho.

—Querría retirarlo.

Él suspiró.

—Pero no puedes. Como tantas cosas que se hacen a veces, no puede retirarse. —Buscó la mano de ella y le dio unas palmaditas mientras se desvanecía del todo su enfado—. Y quizá no esté mal que sea así. Algunas cosas no deberían borrarse tan rápido; merecen la pena pensarse. Yo no pido disculpas por llevar todos estos años con tu madre, Rennie. Moira es parte de mí, y si me disculpara por amarla sería como si lamentase vivir. Nunca lo lamentaré. Sin embargo, me arrepiento de algunas cosas. Me arrepiento de que mi riqueza y mi poder no protejan a mis hijas de que las llamen bastardas. Doy un respingo cada vez que me doy cuenta de que esa fuerza que todas tenéis, sobre todo se vuelve contra mí..., y me arrepiento de que tengáis que hacerlo. Me arrepiento de no poder protegeros, y también de no hacer que aprendáis de los errores de los demás.

Jay Mac notó que Rennie le apretaba los dedos.

—Yo nunca le he mentido a tu madre, Rennie —dijo—. Ella sabía desde el principio quién era yo, y lo que era. Entre nosotros no había posibilidad de hablar de matrimonio, y lo comprendimos desde el inicio, mucho antes de llegar a ninguna intimidad.

—Papá —dijo ella, incómoda—. No tienes que...

—Creo que sí. Quiero que sepas que entre tu madre y yo la sinceridad siempre ha sido importante. Y cuando pienses en cómo te has criado, espero que pienses en eso.

Sin soltar la mano de su padre, Rennie subió las rodillas.

—Se lo diré —dijo en voz baja—. Pero, por favor, dame tiempo. Déjame hacerlo a mi manera, cuando crea que es oportuno.

—Yo te quiero, Rennie, y quiero lo mejor para ti. Eres mi hija.

—Mamá también era la hija de alguien que quería lo mejor para ella..., y ella te eligió a ti. —Su padre suspiró—. Y creo que hizo la elección correcta.

Jay Mac sonrió.

—Anda, dame el meñique, Rennie.

Hasta dos días más tarde Rennie no entendió adonde los conducía Jarret. Observó la configuración del terreno, el sinuoso fondo del valle, el amplio río que se abría paso serpenteando por su centro, las abruptas laderas a ambos lados del lago de montaña, que tanto dificultaría la tarea de construir puentes de caballetes y poner traviesas... Jarret no les dijo ni una palabra hasta que los llevó por encima del valle para que vieran su extensión, la pendiente de las laderas, la cascada y la belleza de los árboles perfilados por la nieve. La luz de mediodía se reflejaba en la superficie helada del lago, y parecía que los saltos de agua derramaban la luz del sol.

—La ciudad adonde todo el mundo quiere llegar en tren está al otro lado de ese lago —dijo, señalando el grupo de edificios de madera recostados entre los pinos lejanos. Más arriba, subiendo por la ladera, se habían arrancado árboles con el fin de hacer aberturas para los túneles y los pozos de las minas—. Eso es Queen's Point.

A Jay Mac le pareció que el esplendor del panorama se desvanecía. Frunció el ceño.

—No puede ser —dijo.

A Jarret no le sorprendió su reacción.

—Le aseguro que sí. Al otro lado del lago está la que sospecho que es una de las minas de plata más ricas de todo Colorado. El problema es que los mineros tienen que sacar el mineral a lomos de mula, y además, no pueden traer equipo pesado para hacer los pozos tan profundos como quisieran. Allá arriba, en Madison, no quieren el ferrocarril; calculan que así el mineral les durará hasta el siglo que viene, y que la riqueza fluirá como un reguero. Pero en Queen's Point eso de los regueros les da exactamente igual: un geiser de riqueza les vendría muy bien. Por eso quieren que Northeast ponga raíles. Tal como yo lo entiendo, la suya es la primera compañía que les ofrece un contrato que no los estafa.

—Exacto —dijo Jay Mac.

Desmontó despacio, teniendo cuidado con su pierna herida. Apoyado en el bastón, fue cojeando hasta el borde de la ladera y, una vez allí, examinó el lago que quedaba a su izquierda y el valle de abajo.

—Pero esto no puede ser Queen's Point —repitió—. En teoría, aquí las obras ya han empezado.

Jarret intercambió una mirada con Rennie, y luego hizo que su yegua se acercara hasta donde estaba el padre de ella.

—Rennie me ha contado algo de eso —comentó en tono informal—. Fue lo primero que oí del asunto. Desde luego, no es que haya puesto empeño en informarme. Ni siquiera me enteré del descarrilamiento hasta que Rennie apareció en Echo Falls. Pero creí que, como estábamos cerca, a lo mejor quería ver las cosas usted mismo.

Sorprendido, Jay Mac no pudo evitar asomarse a mirar al valle. Oyó que Rennie se acercaba caminando, pero no se volvió.

—Tenía previsto venir por aquí para ver en persona cómo avanzaba la vía —dijo.

—No lo sabía —dijo ella.

Jay Mac se encogió de hombros.

—No te lo dije a propósito. Primero quería ver la configuración de esta región y enterarme por mí mismo de si llevabas razón sobre la inundación del valle.

—Pensé que no me creías cuando te lo dije.

—Y yo pensé que tú lo pensabas. —Cuando ella se acercó para ponerse a su lado, deslizó el brazo en el suyo—. Nunca has comprendido cómo tuve que hacer las cosas allá en Nueva York. Gente que lleva años trabajando para mí, una veintena de años en algún caso, me decía sin rodeos que tus conclusiones eran equivocadas... Aprobé el proyecto de Queen's Point por recomendación de ellos, Rennie, porque así es como tenían que ser las cosas. A. ellos ya los he probado, pero tú eres mi hija, y por mucho que confíe en esos hombres, a ti te quiero más. Vine aquí por ti. Porque tenía que demostrarme que las opiniones de mi hija también eran sensatas.

Su confesión la dejó sin aliento. Cerró los ojos un instante, como si rezara.

—Gracias —dijo.

Jarret observó cómo padre e hija hacían las paces en silencio y, discretamente, hizo acercarse a *Zilly*.

—Como ve, el valle está listo para la inundación —dijo—. Cuando las nieves del invierno se derritan, sólo una presa solucionaría el problema, pero nadie va a ponerla aquí. El proyecto que presentó Rennie traería las vías desde el otro lado de la montaña; eso representa más trabajo y más gastos, pero ya ve que no sería un desperdicio de tiempo ni de dinero.

Jay Mac asintió.

—Ya ha habido un tremendo desperdicio de esos dos recursos.

—Pero el proyecto no ha empezado todavía —dijo Rennie—. Tú no has...

Jarret la interrumpió.

—Creo, Rennie, que lo que tu padre intenta decir es que ya ha aprobado pagos para materiales que no están aquí, y para salarios de hombres que no se han contratado. ¿Es así, Jay Mac?

—En pocas palabras, sí.

—Usted no le contó a Rennie que venía aquí, pero ¿se lo dijo a alguien de Northeast?

Jay Mac negó con la cabeza.

—No. No quería que Hollis y los otros creyeran que estaba investigándolos o, peor aún, que dudaba de su opinión después de haber aprobado el proyecto. Sabía que todavía no habría mucho trabajo hecho, y que no costaría encaminar los raíles del modo que deseaba Rennie. En el peor de los casos, sólo esperaba demostrarles que podían cometer errores tan fácilmente como cualquiera. Así, en el futuro, habrían tenido que conceder más peso a las ideas de Rennie. Pero lo que desde luego no me esperaba era esto.

Jarret tampoco. Estaba casi seguro de que Jay Mac debía de haber hablado con alguien sobre sus planes.

—Así que nadie sabía que pretendía venir a Queen's point...

Jay Mac lo miró por encima del hombro.

—Nadie de Northeast —dijo—. Pero sí se lo comenté a mi esposa.

—Pero Moira no habría... —empezó Jarret.

—Mi esposa —dijo Jay Mac—. Nina.

En ese instante, Rennie sintió que todo el calor escapaba de su cuerpo. Sus rodillas se aflojaron, y su piel se quedó tan blanca y tan fría como la nieve que la rodeaba. Se apoyó en su padre, y como él no pudo sujetarla, ambos tropezaron. Entonces Jarret se apeó de un salto y tiró de los dos hasta un terreno más seguro y más llano. Jay Mac tenía su bastón para apoyarse; Rennie se apoyó en Jarret.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él—. Por un instante pareció que ibas a desmayarte.

Rennie se apartó un mechón de pelo de la fría mejilla. Era consciente de que tanto Jarret como su padre tenían los ojos clavados en ella.

—Es que estoy un poco mareada, nada más —dijo—. No ha sido nada. La altura, eso es todo.

Ambos la conocían y la amaban, y Rennie se preguntó si su mentira habría convencido a alguno de los dos. Mantuvo la cabeza baja para que no le vieran la cara ni sospecharan la profundidad de la desesperación que sentía. Su padre quería que le contara a Jarret la verdad, y le pareció que el tiempo se le echaba encima... Al cabo de unos instantes, cuando le aseguró que se había recuperado, Jarret la ayudó a montar en *Albión*.

—Si ninguno de ustedes dos tiene nada más que hacer en Queen's Point, nos pondremos en marcha hacia Echo Falls. Desde allí, Jay Mac puede enviar un telegrama a Denver y a Nueva York.

Jay Mac asintió.

—Ya va siendo hora de que les comunique a un cuantas personas más que estoy vivo.

El modo en que lo dijo, casi amenazador, hizo que Jarret y Rennie supieran que no sólo estaba hablando de su familia.

—Por favor, Jay Mac —le rogó Rennie—, no mandes ningún mensaje hasta que hayamos hablado. Por favor piensa en mamá. Deberíamos asegurarnos de que hay alguien con ella cuando se entere.

Jarret alzó el ala de su sombrero y se quedó observando a Rennie. Había en su voz un eco de desesperación que lo impresionó. La miró a los ojos, pero ella apartó inmediatamente la vista, incapaz de decirle lo que la inquietaba. El resto del viaje hasta Echo Falls transcurrió prácticamente en silencio. Cuando conversaban, nunca trataron de Queen's Point, y Rennie evitó quedarse a solas con Jarret y, en igual medida, con su padre. Se quedaba, rezagada por el camino o se dedicada a tareas para no tener que trabar conversación.

Llegaron a Echo Falls por la noche. Por acuerdo mutuo, habían elegido viajar después de la puesta de sol con el fin de contar con algunas sencillas comodidades aquella noche. Jay Mac estaba agotado, y sentía las piernas como pesos de plomo. Jarret tuvo que ayudarlo a desmontar delante de la pensión Shepard. La viuda se mostró encantada de darle habitación, aunque con Rennie fue menos cordial. La tranquila insistencia de Jarret ayudó a convencerla. Rennie se quedó con su padre hasta verlo cómodamente instalado antes de ir a su propia habitación, y

al llegar allí, Jarret estaba esperándola, sentado en la única silla de cuarto y con los pies sobre el borde de la cama. Alzó la vista cuando entró.

—Creía que te habías marchado —dijo ella, al tiempo que cerraba la puerta con suavidad—. Seguro que la viuda piensa que te has ido.

—He entrado por la parte de atrás. Pensé que teníamos cosas que hablar.

Rennie se quito de un tirón la cinta que llevaba y se sacudió el pelo. Apoyada en la puerta, cerró los ojos y se dio masaje en el cuero cabelludo. Estaba agotada.

—Por favor —dijo—, ¿podemos hablar en otro momento? Ahora mismo no pienso en nada, excepto en un baño caliente y una noche entera durmiendo en esa cama.

Se apartó de la puerta, pero se dio un topetazo con el pecho de Jarret. Él la sujetó y mantuvo su sobresaltada mirada cuando abrió los ojos. Entonces le dijo:

—Está bien, pero sólo porque yo pienso en lo mismo. —La besó en la frente—. Aunque me las arreglaría con menos si compartiera esa cama contigo...

—Ay, Jarret. —Ella lo rodeó con los brazos y apretó la mejilla contra su pecho—. Prométeme que no olvidarás que te quiero.

—¿Rennie?

—Prométela.

Él apoyó el mentón en su pelo.

—Lo prometo.

Incapaz de explicarse por qué se apoyaba en ella, la mantuvo abrazada varios minutos, pasándole los dedos a través del cabello. Al fin comentó:

—Vas a quedarte dormida de pie. —La empujó con suavidad hacia la cama—. Le comentaré a la viuda que deseas bañarte.

—Se escandalizará —dijo, al tiempo que se echaba y cerraba los ojos—. En teoría, no deberías estar aquí.

Jarret le dio un beso en la mejilla.

—Si no estás en mi cabaña antes del amanecer, volveré aquí, y al diablo la señora Shepard y tu padre. Hum...

—Hablo en serio.

Ella apartó el dedo con que le daba golpecitos en la punta de la nariz.

—Allí estaré. Yo también quiero hablar.

Jarret se enderezó.

—Eso no es lo único en lo que estoy pensando...

Rennie hundió la cabeza en la gruesa almohada de plumas.

—Yo tampoco.

No estaba seguro de que ella recordase su conversación y mucho menos de que fuera a complacerlo apareciendo en su cabaña. Sin embargo, unas horas después de medianoche, Jarret oyó que se abría la puerta, y las pisadas, ligeras y familiares de los zapatos de Rennie sobre el suelo de tablas. Luego le llegó la luz del fuego cuando ella añadió leña y atizó los rescoldos. Al fin, la escalera que llevaba al desván crujió. Jarret fingió dormir. Sin esforzarse demasiado por ser silenciosa, Rennie se agachó en el desván y se desvistió hasta quedarse sólo con la enagua de algodón. Después se metió bajo las mantas y se acurrucó a su lado, pero él no se movió. Entonces se levantó sobre los codos, se inclinó sobre él y le rozó la nariz con la suya.

—Creo que estás fingiendo —dijo en voz baja, dejando que su cálido aliento le rozara los labios—. Y sé cómo tocarte para que te despiertes.

Jarret mantuvo los ojos cerrados, aunque le resultó más difícil no sonreír. Esperaba sentir sus dedos desanudando el cordón de sus calzones, hundiéndose justo por debajo de la cintura... Y por eso se sorprendió cuando Rennie le metió sus helados pies bajo las piernas. Entonces él le agarró las muñecas, luchó con ella hasta ponerla de espaldas y se arrimó a su cuello con besos ruidosos y juguetones. La risa marcó los preliminares, pero su unión fue intensa. Ella estaba preparada para él, y él buscó su interior, entrando fuerte. Se quedó boquiabierta

ante la fuerza de su ímpetu, pero cuando se detuvo, fue ella la que se arqueó, entrando en él. Fue una batalla de voluntades y de ávidos placeres, donde la rendición se transformaba en victoria. Ella pronunció su nombre con voz ahogada, y oyó el salvaje placer de Jarret. Cuando él se derrumbó sobre ella, acogió su cálido peso, húmedo de sudor. Luego él se puso a su lado, y ella se puso a horcajadas sobre él.

—A veces pienso que si no me tocas, me moriré —susurró ella—, y entonces me tocas y veo que me moriré de todas formas.

—Te expresas muy bien. —Con los dedos recorrió el brazo que le cruzaba el pecho—. Aunque la primera vez que te toqué, no te gustó nada.

—Me agarraste y perdí contacto con el suelo.

—Lo que perdiste fue la cabeza.

—Luego me apretaste tanto que me desmayé.

—Te desmayaste porque te abrazaba.

Rennie le dio un puñetazo de broma en las costillas.

—Eras insoportablemente maleducado.

—Y tú intentabas darle una bofetada a mi mejor amigo.

Ella se rió al recordar.

—Debiste de creer que estaba loca.

—Creí que eras maravillosa.

—¿De verdad?

—Bueno, en aquel preciso momento no, pero con el tiempo...

Esta vez Jarret pudo atraparle el puño antes de que soltara el golpe. La alegre risa de Rennie lo inundó. Dejó que se disipara y luego dijo en tono serio:

—Rennie, deberíamos hablar.

—No —dijo ella—. Todavía no. Vamos a dormir.

Él lo hizo durante un rato, pero el desván se enfrió, y al extender la mano para coger a Rennie, ella no estaba. Jarret se sentó, y el miedo le

aceleró el corazón. Entonces la oyó abajo. Se inclinó sobre el borde del desván y vio que estaba sentada sobre una manta, delante del fuego, peinándose con los dedos y separando los húmedos mechones de su pelo. La había visto así antes en su propia habitación, con la roja cabellera derramada sobre un hombro y la piel bebiéndose los colores de la luz del fuego. Entonces la deseó, pero no había nada, condenadamente nada que hacer... Y ahora estaba allí.

Se ciñó una sábana a la cintura y bajó por la escalera. Luego se arrodilló detrás de Rennie y le echó atrás el pelo, para acariciarlo con sus dedos. Su voz sonó profunda.

—Creía que querías dormir.

—Y quería, pero no he podido.

—Yo tampoco, y menos sin ti.—Se inclinó hacia adelante y tiró de la enagua hasta descubrirle un hombro. Sus labios tocaron la desnuda curva de su cuello—. Eres preciosa.

La piel se le electrizó. Ladeó la cabeza cuando la boca de él insistió más. Primero fue el calor: la boca de él sobre su garganta, las manos sobre sus pechos... Luego fue el fuego: los dedos de él bajando por su columna, el húmedo borde de la lengua sobre su piel... Él le dejó caer la enagua hasta la cintura y deslizó las palmas por sus hombros y brazos, de acá para allá, resiguiendo sus formas. Ella se inclinó hacia atrás y se replegó contra el cuerpo de él. Su cabello era una sedosa pantalla entre ambos. Las manos de él se deslizaron de sus caderas a sus rodillas. Una suave presión la hizo separar los muslos. Arqueó el cuello. Se abandonó a sus besos, se abandonó toda ella a sus dedos. Sus músculos se tensaron y se apretó más íntimamente contra él. Él acariciaba, y ella respondía. Respiraba de forma superficial, sin que el aire le llenara del todo los pulmones. Él le exploró la llanura de su vientre, apretándole la piel. Le cogió un pecho. El pezón se endureció. Él le susurró al oído, contra la piel. Sus palabras y su boca provocaron una respuesta.

—Sí —dijo ella—. Sí.

Él la acarició. Ahora el calor tenía un centro, y la tensión un núcleo. El círculo se amplió. La mano de él se posó entre sus piernas. Su boca bebía a sorbos la luz reflejada sobre el hombro de ella.

—Ay, Dios —dijo ella, con un suspiro—. Jarret.

Se estremecía, temblaba. Su cabeza cayó hacia adelante. Él la abrazó, le apartó el cabello y le besó la nuca. Todo su cuerpo ardía. La acunó. Entonces se inclinaron hacia adelante. Sus caderas estaban alzadas, y él entró en ella con un empuje lento. Ella recibió la longitud y el calor de él. Se balanceó. Él murmuró algo: el nombre de ella. Rennie se movió otra vez. Él la llenó. Ella creyó ver el reflejo de los dos en las llamas, sus cuerpos entretejidos, unidos. La presión. El deslizarse. Las caderas de él empujaron fuerte contra sus nalgas. Las embestidas se hicieron más profundas; la respiración de él se apresuró.

—Qué dulce —dijo.

El cuerpo de ella se tensó en torno a él. Él la sostuvo quieta, sintiendo su aterciopelada tensión. Mantenía las facciones tensas, el deseo controlado... No podía durar. Él quería que durara, que durara siempre. Ella empujó contra él y él no pudo evitar embestir. Su cuello se arqueó hacia arriba. Cerró los ojos. Su cuerpo se contrajo cuando derramó su semilla en el interior de ella. Después rodaron separados. Fláccidos. Saciados. Una sola caricia entonces habría sido excesiva. Al fin Rennie se movió lo suficiente como para colocarse bien la enagua; fue una tarea agotadora. Jarret envolvió la sábana en torno a él, y le costó lo mismo. No habrían hablado ni aunque lo desearan... Y no lo deseaban. Se durmieron.

Esta vez Jarret se despertó primero. Las primeras luces del amanecer coloreaban el cielo. Se sentó a la mesa a tomar café, esperando a que Rennie se despertase. Dormía de lado, con un brazo bajo la cabeza y el otro doblado contra el pecho. Él supo el momento en que el aroma del café llegó hasta ella, porque movió los labios, como si se relamiera. Segundos después arrugó la nariz.

—Estoy haciendo gachas de avena —dijo él—. ¿Quieres?

Ella abrió los ojos, llenos de falso horror.

—Café, entonces.

Rennie se sentó despacio. A su espalda notaba el agradable calor del fuego.

—Un café estará bien.

Jarret acercó la cafetera a la mesa y le sirvió una taza. Rennie se arrodilló y miró por la ventana.

—Aún es temprano —dijo—. Podría haber dormido mas.

—No, si quieres volver a la pensión sin que te vean, y menos si, por fin, vamos a comentar algunas cosas. —Le dedicó una atenta mirada—. Porque vamos a comentar algunas cosas, ¿verdad?

Asintiendo, Rennie se levantó. Recogió la manta y se la puso en torno a los hombros como un chal. El café estaba caliente. Llevó la taza al banco de la ventana y se sentó, al tiempo que metía los pies desnudos bajo una esquina de la manta. Creyó que tendría que ser ella quien empezara, pero fue Jarret el que habló primero.

—No sé lo que has estado pensando estos últimos días desde que encontramos a tu padre —dijo—. Lo que sé es que no has querido estar a solas conmigo, en particular desde Queen's Point.

—Perdona —dijo ella—. Era más fácil mantenerse a distancia que dar explicaciones... Y sigue siéndolo.

—Pero, de todas formas, has venido.

—Sí —dijo ella en tono un poco triste; tomó un sorbo de café—. No he dicho que mantenerse a distancia fuera fácil, sólo que era más fácil que dar explicaciones.

—Entiendo.

En la breve risa de ella no había ni rastro de alegría.

—No, no lo entiendes. Pero lo entenderás. —Apartó la vista de la ventana y miró los ojos perplejos de Jarret—. No creo fue el descarrilamiento del Salto de Juggler fuera un accidente, y sospecho que tú crees lo mismo.

—Lo sospechaba —dijo él—, pero ahora no estoy tan seguro. Tu padre dijo que no había hablado con nadie de Northeast sobre el viaje que pretendía realizar, y eso me desconcierta.

—Ya lo sé —dijo ella—. Pero todavía no sabes algunas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Las ruedas no estaban ni aplastadas ni abolladas —le dijo; él la miró sin comprender, y Rennie se explicó mejor—: Ninguno de los vagones descarrilados tenía las ruedas mal, y las miré todas. Eso quiere decir que nadie intentó tirar de los frenos de mano, probablemente porque no dio tiempo. Sería lógico pensar que los guardafrenos irían más atentos; después de todo, el número 412 iba bajando. Pero los frenos han de aplicarse de modo uniforme por todo el tren para evitar que se tuerzan los enganches.

—Quizá no se aplicaron de modo uniforme, y por eso ocurrió el descarrilamiento.

Ella negó con la cabeza.

—No. No creo que fuera por eso. Los enganches que unían los vagones que descarrilaron estaban estropeados, pero eso se explica por el propio accidente. Una vez salieron de la vía, los vagones se torcieron y se doblaron. Sin embargo, el primer vagón que descarriló no tenía daños en la pieza de enganche. Nada de nada. Fue como si, sencillamente, hubieran sacado el perno.

—Tal vez el perno se rompió.

—A lo mejor se había aflojado, pero no se rompió, y menos, en el descenso.

—Te das cuenta de lo que dices, ¿verdad?

Ella asintió.

—Alguien hizo que muchas personas murieran para que Jay Mac no llegase a Queen's Point. Tú también lo pensabas. Sabías que algo iba mal cuando te hablé de las obras que en teoría estaban haciéndose allí.

—Sabía que algo iba mal, sí, pero no pensé en el asesinato. En realidad, sólo se me ocurrió esa posibilidad cuando Jay Mac dijo que pensaba visitar las obras. Entonces me pareció razonable sospechar que tal vez alguien no quería que lo hiciese.

—¿Y en quién pensaste?

—No va a gustarte mucho, pero mi primer candidato fue Hollis Banks. No sólo sabe coger desprevenida a la gente, sino que también sabe cómo hacer que otros hagan su trabajo sin mancharse las manos.

Rennie frunció el ceño. No estaba en desacuerdo con Jarret, pero le sorprendió su afirmación.

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. Tú venciste a Hollis en las dos ocasiones en que os visteis.

Jarret se levantó de la mesa y fue a la cocina a remover las gachas; ya estaban hechas unos pegotes.

—Tienes razón, sólo lo he visto dos veces. La tercera vez mandó a sus amigos. —Con ayuda de una cuchara sirvió las gachas en un cuenco de madera y les añadió azúcar antes de volver a la mesa—. No vi la utilidad de contártelo antes, pero ya no hay motivo para no hacerlo. El último día que estuve en Nueva York, mientras esperaba el tren, los padrinos de Hollis (los reconocí de la boda) vinieron a por mí.

—¡Jarret! —Rennie estuvo a punto de derramarse el café encima—. ¿Por qué no...?

Él alzó la mano para interrumpirla.

—La cosa fue rápida. Yo no estaba en condiciones de ofrecer mucha resistencia; Detra Kelly, ¿recuerdas? Uno de ellos (ya no me acuerdo de quién) me plantó el pie justo en el hombro. Luego me dieron con la puntera en los genitales. Eso me parece que lo hizo el rubio; al menos, fue él quien se llevó la letra de cambio de Jay Mac, y también la recompensa por entregar a Detra.

Los hombros de Rennie se hundieron un poco.

—Ay, Dios —dijo, cerrando los ojos; con manos temblorosas, puso la taza sobre la repisa de la ventana para evitar que se vertiese. Luego lo miró—. El rubio se llama Richard Dunny, es un viejo amigo de Hollis. Supongo que los otros eran Taddy y Warren Beecher. Taddy me vio besándote frente a la comisaría de la callejones, por eso quise huir de ti tan rápido. Debió de ir corriendo a Hollis con el cuento (eso es muy propio de él), pero a mí nadie me dijo ni una palabra.

—No creí que lo hicieran. —Se detuvo un momento y escrutó sus descoloridas facciones—. ¿Crees que te culpo por lo que me pasó, Rennie?

—No, pero sería más fácil si lo hicieras.

Siempre que lo había visto luchar con el brazo, había culpado a Detra Kelly por la herida y al propio Jarret por no cuidarse. Pero no era tan sencillo. El verdadero daño lo habían hecho los amigos de Hollis, y el propio Hollis. Era fácil sentirse responsable. Si ella no lo hubiera besado en público, justo allí, en la calle Jones, con Taddy, y un corro de extraños mirando, Jarret Sullivan aún tendría bien la mano y el brazo derechos...

—Sabes que yo pensaba que el dinero que no habías perdido en el juego lo habrías gastado en whisky y...

—Y en mujeres —dijo él con una amplia sonrisa—. No olvides las mujeres.

—No tiene gracia —dijo ella con brusquedad—. ¡Maldito seas! Sabes que no tiene gracia.

Jarret se puso serio.

—Tampoco es culpa tuya en ningún sentido. Si quieres saber la verdad, sí que te culpé durante un tiempo, pero aquello no tenía lógica ninguna, y no tardé mucho en comprenderlo. Admito que no me agradó verte aparecer por Echo Falls, pero por otros motivos. No te necesitaba aquí para recordar lo que Hollis había hecho; sólo tenía que dejar caer un vaso de whisky, o no sujetar bien mi revólver para que me viniera a la memoria Hollis Banks. Había intentado soportarlo desde que salí de Nueva York, pero verte otra vez hizo que me diera cuenta de que no había estado viviendo..., y quizá desde hacía mucho, Rennie, incluso más de lo que sospechaba. Quizá desde que mataron a mis padres.

Su silla rascó el suelo. Se acercó al banco de la ventana y se sentó junto a ella.

—Me conmoviste, Rennie. Te lanzabas a todo con un ánimo y una voluntad tan tremendos... Te fijabas un rumbo y te agarrabas a él. Era admirable. Hubo un tiempo en que pensé que quizá ibas a por mí. —Su

sonrisa estaba teñida de autoparodia y de pesar—. No sé si me fui de Nueva York porque mi trabajo allí había acabado o porque me asusté.

Ella pensó que ojalá le hubiera lanzado alguna indirecta; durante mucho tiempo había esperado saber de él.

—Pero te mantuviste a distancia. No supe nada de ti.

—¿Qué podía ofrecerte? No tenía dinero, ni podía ganarlo del modo que sabía. Se acabaron todas las esperanzas de tener aquella hacienda que quería, y también dudaba de que tú fueras a abandonar Nueva York alguna vez. —Se echó hacia atrás, contra el alféizar, y suspiró—. Y además, aún estabas empeñada en casarte con Hollis. No lo has olvidado, ¿verdad?

—No —dijo ella con voz apagada; apartó los ojos de él—. No lo he olvidado.

Detrás, Jarret sintió la tibieza del sol que entraba por el cristal. Echó una mirada y vio que el sol empezaba a estar ya alto en el cielo.

—No conseguirás llegar a la pensión sin que te vean —dijo—. Más vale que vayas a vestirte. Te acompañaré. Tenemos mucho de que hablar con tu padre.

—Jarret, yo...

—Venga. —Al ver que volvía a titubear, le preguntó—: ¿Te preocupa lo que vaya a decir Jay Mac porque has estado conmigo?

Se inclinó sobre ella y le dio un beso en la mejilla. Tenía la piel fría. Entonces se retiró despacio y le escudriñó la cara. Sus ojos color esmeralda mostraban una expresión dolorida, y tenía el labio inferior hinchado por haber estado mordisqueándolo.

—Rennie, tú sabes que he pensado pedirle a Jay Mac tu mano hoy, ¿verdad?

Ella abrió mucho los ojos, y la manta que le envolvía los hombros se le cayó cuando alargó la mano hacia él.

—No, no puedes hacerlo.

—¿Qué quieres decir? Creí que se sobreentendía.

—¡No! —Se levantó—. No se sobreentendía en absoluto.

Jarret se puso de pie.

—Perdona —dijo—. Es la primera vez que hago esto, y debería habértelo pedido primero.

A ella se le partió el corazón.

—No —dijo en voz baja—. No lo hagas. No me lo pidas.

Jarret estaba seguro de no haberse movido, así que debió de ser la tierra la que se desplazó bajo sus pies. Oyó las palabras de ella, pero no entendió lo que significaban.

—¿No vas a casarte conmigo?

—No puedo.

—¿No puedes? —preguntó él; el escudo que se puso sobre su rostro le endureció las facciones; sus oscuros ojos azules se enfriaron, y apretó la mandíbula—. ¿O no quieres?

—No puedo —dijo ella otra vez; quiso mirar a cualquier otro lado menos a él, pero no lo hizo porque le debía una respuesta sincera—. Ya estoy casada. Me casé con Hollis Banks un mes antes del accidente de Jay Mac.



Capítulo Trece

Por un segundo creyó que iba a vomitar. De pronto, sus facciones se volvieron grises, y sus ojos color zafiro se volvieron distantes. Rennie extendió la mano para cogerlo, pero Jarret se encogió y dio un paso atrás.

—No es buena idea tocarme ahora mismo, Rennie.

Ella dejó caer el brazo.

—Por favor —dijo—, por favor, escúchame.

Él cogió su tazón y lo llenó. Con la parte de su cabeza que aún pensaba racionalmente, se maravilló de ser capaz de hacerlo sin derramar ni una gota. También lo dejó impresionado el ser capaz de poner un pie delante del otro, aunque eso sólo demostraba que el corazón no era necesario para las cosas cotidianas de la vida. Se sentó a la mesa, con los nudillos blancos sobre el tazón y los hombros rígidos.

—Estoy escuchando —dijo, esforzándose por ser cortés—. Aunque me imagino que nada de lo que tengas que decir merece la pena oírse.

El frío que había entre ellos era tangible. Manteniéndose apartada, Rennie le imploró con los ojos y con la voz.

—Sé que debería habértelo dicho —dijo.

—En eso estamos de acuerdo.

—Pero creí que, si lo sabías, no me llevarías a buscar a mi padre —dijo ella.

Él respondió con una voz que, por fin, reveló el agudo filo de su ira.

—¡Ten por descontado que ni te habría tocado!

—¿No crees que eso también lo sabía? —preguntó ella en voz baja—. No puedo ser más sincera. Cuando decidí venir a Colorado, no sabía si volvería a verte.

Él soltó un bufido desdeñoso.

—De verdad —dijo ella—. Creí que Ethan me llevaría al Salto de Juggler.

—Tu hermana no es tan tonta como para dejarte suelta con su marido —dijo Jarret con tono amargo.

Rennie se tambaleó hacia atrás como si la hubieran empujado. A los costados, sus manos se cerraron con fuerza. Cerró los ojos el tiempo suficiente para calmarse y luego prosiguió:

—No hace falta decir cosas así. ¿Crees que a mí no me duele?

—¿Sabes, Rennie? —replicó él en el mismo tono—. Ahora mismo eso me importa un bledo. —Sonrió sin humor—. No puedo ser más sincero.

Le devolvía sus palabras... Rennie se sentó en el borde del banco de la ventana, las manos cruzadas en el regazo. Siguió adelante.

—No vine con Ethan por lo de su pierna rota, pero él me encaminó a ti. No estaba segura de que Duffy Cedar y yo fuéramos a dar contigo, y tampoco estaba segura de querer encontrarte..., hasta que volví a verte. Sin embargo, tú dejaste muy claro que no querías verme. Cuando me presentaste a Jolene, hiciste un comentario sarcástico, preguntando si ya era la señora Banks. Justo entonces decidí que no iba a contártelo. Así evitaría que me respetaras menos de lo que ya lo hacías. Me importaba demasiado encontrar a Jay Mac para dejar que aquello fuera un obstáculo, y no deseaba explicarte los motivos que tuve para casarme con Hollis. Desde luego, entonces no me pareció que te debiera una explicación... Y sigo pensando igual.

Las cejas de Jarret se alzaron un poco, y él le dirigió una mirada desdeñosa.

—Entenderás que no esté de acuerdo.

—No —dijo ella—. No lo entenderé. Te debo una explicación por no haberte contado lo de la boda, no por el hecho de que me casara.

Entonces tú no formabas parte de mi vida, Jarret. Hacía mucho que te habías ido de Nueva York, y si eres sincero de verdad, sabes que no tenías intención de volver a verme más. ¿Sugieres que yo debía esperarte? ¿Esperar a alguien que no iba a venir jamás? No nos separamos en términos tan cordiales. Tú tuviste muchísimo cuidado de no declarar nada de lo que sentías, fuiste muy cuidadoso a la hora de no prometer nada, y reconozco que yo no fui mucho más comunicativa que tú.

Rennie retrocedió en el banco y subió las rodillas hasta el pecho. Se le veían los pies desnudos bajo el encaje que remataba su enagua.

—Sin embargo —dijo en voz baja—, me vi deseando que las cosas hubieran sido distintas. Durante un tiempo me permití esperar que escribirías o, quizá, que aparecerías algún día. Cuando Michael y Ethan volvieron a Denver, creí que sabría algo de ti.

Miró fijamente hacia adelante, y meneó la cabeza con tristeza.

—Pero eso no ocurrió. Fue como si hubieras desaparecido. —Se alisó la enagua y se abrazó más fuerte—. Así que no. No creo que tenga que explicar por qué me casé con Hollis Banks.

Jarret dejó el tazón en la mesa y lo empujó a un lado.

—Ya sé que yo no estaba allí —dijo—, aunque no era ningún secreto que querías a Hollis para tener más influencia en Northeast. No sé por qué creías que para eso tenías que casarte con él.

Rennie se puso en pie como un rayo.

—¡Cerdo!

Corrió hacia la escalera y empezó a subir, decidida a coger su ropa y a irse, pero Jarret la agarró por la cintura y la detuvo.

—¡Suéltame! —dijo ella con los dientes apretados; se puso a forcejear, agarrada a la escalera, mientras él intentaba separarla—. ¡Tú no sabes nada de eso!

—¡Entonces cuéntamelo!

Ella mantuvo los labios cerrados y le dio una patada.

—¡Vete al cuerno!

Jarret le rodeó la cintura con el brazo izquierdo y dio un tirón. Rennie tenía que soltar la escalera o dejar que la apretara contra sí. La soltó. Entonces él le hizo dar media vuelta y le bloqueó la huida con su cuerpo.

—Ahora cuéntame por qué estabas tan deseosa de casarte con Hollis Banks, si no era a causa de Northeast —le dijo con palabras entrecortadas.

Ella le dio un empujón en el pecho, pero él no se movió.

—No estaba tan deseosa.

—¡Entonces por qué, maldita sea!

—¡Porque estaba sola! —le gritó.

Aturdido, Jarret dejó que Rennie lo echara a un lado de un empujón y que pusiera cierta distancia entre los dos. Temblando con la fuerza de su dolor, ella llegó a la chimenea y cogió el atizador.

—¿Vas a golpearme con eso? —le preguntó él.

Ella posó los ojos en el atizador. La punta daba golpecitos en el suelo, como una prolongación de su temblorosa mano.

—Eso quiero. —Pero lo dejó caer; las lágrimas estaban a punto de asomar en el borde de sus ojos—. Tú no sabes nada de mi vida en Nueva York. Yo nunca he formado parte de los círculos sociales que dan bailes fabulosos o Meriendas, o que se exhiben en sus carruajes por Central Park. Yo no he tenido amigas que me invitaran a patinar en invierno, o que me pidieran que fuera con ellas a visitar un museo en primavera. Mis amigas han sido mis hermanas.

Se enjugó una lágrima que le resbalaba por la mejilla. Inspiró y luego soltó el aire despacio, luchando por recuperar la calma.

—En cuanto a los hombres... No los había. ¿Creías que hacían cola en la esquina de Broadway y la calle Cincuenta para visitar a las bastardas hermanas Dennehy? —Se rió con desdén—. Jay Mac nos mandó a todas a estudiar en internados para aislarnos de la mofa del mundo exterior, aunque ya te digo que no hay nadie más cruel que una colegiala que cree que tu sitio está por debajo de sus preciosos pies. Michael y yo tuvimos suerte: contábamos cada una con la amistad de la otra. Y cuando llegó el

momento de irnos, para nosotras no hubo fiesta de despedida, ni tampoco fuimos a ningún baile de debutantes. Silenciosamente, nos colamos en la universidad y combatimos todos los prejuicios.

»Michael fue a una facultad femenina, pero yo tomé un rumbo distinto. Para aprender ingeniería tuve que estudiar con hombres y competir como una igual. Mis clases estaban llenas de colegas a quienes molestaba a cada paso.

Jarret no hizo ningún intento por acercársele. Casi contra su voluntad, pronunció su nombre en voz baja, sintiendo su dolor.

—No —dijo ella, secándose los ojos—. Tú has querido escucharlo.

Se tragó el nudo que iba formándose en su garganta y le dirigió a Jarret la más sincera de las miradas.

—Por lo general, los hombres que me demostraban alguna atención pertenecían a categorías muy concretas. Estaban los que, sencillamente, querían aprovecharse de mis conocimientos y conseguir éxito gracias a mis esfuerzos. También estaban los que procedían de familias con buenas conexiones sociales, que al principio no se daban cuenta de que yo era una de las bastardas de Jay Mac; tan pronto como lo averiguaban, o bien se esfumaban (algo mucho más honorable), o bien me acosaban para llevarme a su cama. Después de todo, en realidad, ¿qué perspectivas tenía yo? Su actitud indicaba que debía mostrarme agradecida por su atención.

»Otros, cuyas perspectivas quizá superasen las mías, pero con telarañas en los bolsillos, venían buscando mi dinero. La riqueza de Jay Mac siempre complica el tema de mi ilegitimidad para la ambiciosa clase media que vive en Nueva York. Desean acceder a la élite, pero carecen de fondos..., pero conseguir esos fondos significa aceptarme a mí. —Sonrió con una sombra de rencor—. ¿Entiendes, Jarret? No acaban de decidir si soy un trampolín para una vida mejor o una piedra atada al cuello.

Jarret apoyó una cadera en el borde de la mesa y extendió una pierna delante. Luego devolvió la penetrante mirada de Rennie con ojos implacables.

—Michael y yo seguimos yendo a lo nuestro después de la universidad. Ella no le permitió a Jay Mac que le consiguiera un puesto en el *Herald* y aceptó un trabajo en el *Chronicle*. Le costó muchos sudores que la reconocieran y tuvo mucha suerte de trabajar para alguien como Logan Marshall. A mí no me hostigaron igual en Northeast. Nadie se habría atrevido. Sin embargo, mis colegas nunca me han tomado muy en serio, y casi siempre se han limitado a ignorarme.

—Salvo Hollis —dijo Jarret.

—No, en realidad no. En el fondo, sólo ponía un poco más de cuidado a la hora de hacerlo. Me apaciguaba con una mano y luego con la otra hacía lo que le daba la real gana. —Sus airados ojos color esmeralda se entornaron—. No me mires así. No lo supe siempre. Desde luego, me daba cuenta de que le interesaba mi dinero, así como fomentar sus conexiones con mi padre y también su autoridad en Northeast. No me hacía ilusiones de que me amara, pero creía que yo le importaba de verdad. En mi imaginación, al menos, pensaba que trabajaríamos cómodamente juntos.

Rennie se apoyó contra las cálidas y lisas piedras del hogar. Se echó atrás la oscura catarata roja de pelo que se le había derramado sobre un hombro y cruzó los brazos por debajo de los pechos.

—Sin embargo, no sabía si quería casarme con él. Entonces Michael volvió a Nueva York. Estaba embarazada y se sentía desgraciada. Sabe Dios que no me mostré comprensiva con ella. Al principio incluso fui muy antipática. No comprendía cómo había permitido que la dejaran embarazada... —Parpadeó, refrenando las lágrimas—. Justo lo que le hacía falta al mundo, pensé: otro bastardo Dennehy.

Sin mirar a Jarret, sino a un punto situado más allá de su hombro, Rennie añadió:

—Decidí casarme con Hollis por muchos motivos, pero la primera vez fue por mi promesa de no acabar como mi madre y mi hermana. —Sonrió débilmente, burlándose de sí misma—. Y la segunda vez fue porque había abandonado toda esperanza de acabar como mi madre o mi hermana.

Dio la impresión de que Jarret tal vez fuera a acercársele, pero Rennie se encogió contra las piedras y él se quedó donde estaba.

—¿Sabes? Al fin me había dado cuenta de lo que ellas tenían, y estuve dispuesta a aceptar incluso una pálida imitación de aquello. Así que me casé con Hollis. Esta vez fue una boda pequeña, en San Gregorio, ante unos cuantos testigos. Jay Mac no estuvo allí, y tampoco Michael ni Ethan. Mamá se pasó la ceremonia llorando; Mary Francis jugueteaba con el rosario, y Maggie y Skye estaban fatal. Todas sabían que lo que yo estaba haciendo tenía mucho menos que ver con Northeast que con el simple hecho de no estar sola. —Las lágrimas se desbordaron sobre sus mejillas, y no hizo ningún intento por enjugarlas; apretó los labios para tragarse un sollozo—. No me casé con Hollis por sentimientos vergonzosos, sino que no me casé con él por los buenos.

Alzó el bajo de su enagua para secarse los ojos. Cuando su vista se aclaró, Jarret estaba de pie, delante de ella, con un pañuelo en la mano.

—Toma —dijo—. Parece que nunca tienes uno.

Ella asintió, hipando.

—Ya lo sé. Hollis lo odia.

La boca de Jarret se contrajo en una línea.

—¿Y qué más odia Hollis?

Sobresaltada, Rennie alzó su cara manchada de lágrimas.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, ¿qué pasó entre tú y Hollis después de la boda? Cuando viniste a mí, Rennie, eras virgen. ¿Odia Hollis a todas las mujeres, o a ti en concreto?

—Ah, ya entiendo —dijo ella al cabo de un instante; respiró temblorosa, recuperando la calma—. Crees que es uno de esos hombres a quienes les gustan otros hombres.

—¿Y bien?

Ella negó con la cabeza.

—No, no es nada de eso. Hollis tiene a otra mujer. Lleva mucho tiempo con ella, desde mucho antes de que habláramos de casarnos. Me lo contó en nuestra noche de bodas, mientras se disponía a meterse en la cama conmigo. Me dijo que no debía esperar que me fuera fiel, y menos cuando yo ya había...

—¿Qué? ¿Qué dijo?

Rennie suspiró, apartando la mirada.

—Cuando yo ya había puteado contigo.

Jarret soltó un juramento en voz baja.

—No sirve de nada indignarse —dijo ella, con ojos acusadores—. Eso es menos de lo que tú me has dicho.

Ahora fue Jarret quien tuvo la delicadeza de desviar la vista.

—Tienes razón.

Se dirigió a la ventana y miró afuera, pero la visión que llenó su mente no fue la que tenía delante; no vio los remolinos de nieve que giraban sobre la costra nevada del suelo, ni las ramas de pino temblando al paso de las juguetonas ardillas. Lo que vio fue a Hollis Banks de pie junto a la novia, informándole de que tenía una querida... Y exigiéndole sus derechos al segundo siguiente. Estaba tan seguro de que Hollis había actuado así que sus palabras brotaron como una afirmación, no como una pregunta.

—Y luego intentó acosarte para hacer valer sus derechos maritales.

—Sí.

Jarret se volvió para mirarla. Sostenía el pañuelo, hecho una bola, en una mano y seguía con los brazos cruzados en ademán protector.

—Tú lo rechazaste. ¿Y qué pasó?

—Me pegó.

Lo dijo de una forma tan impersonal que sus palabras tardaron un momento en calar en Jarret. Cuando calaron, él retrocedió como si le hubieran pegado. Entonces cogió el tazón que Rennie había dejado sobre el alféizar y lo lanzó a la chimenea. La loza se hizo pedazos, las llamas

sisearon cuando el café se derramó sobre ellas, y Rennie dio un respingo; luego se quedó helada contra las piedras, asustada ante el calor abrasador e iracundo que veía en los ojos de Jarret. Cuando él dio un paso en su dirección, ella se quedó petrificada.

Él vio el silencioso recelo de su rostro y supo que era consecuencia de su acto irreflexivo y violento. Se detuvo en seco y dijo:

—Dios, Rennie... Perdona. Es que... —dejó caer las manos a los costados—. Creo que quiero matarlo.

Su propia confesión lo cogió desprevenido. Nunca pensó en vengarse de Hollis por el incidente de la estación de tren, pero la idea de que hubiera hecho daño a Rennie le impedía respirar, por no hablar de pensar.

—No —dijo meneando la cabeza—, no es cierto. Sé que quiero matarlo.

Ella se apartó de la pared y alzó una mano como para desviar la terrible ira de él y, al mismo tiempo, impedir que llevara a cabo su amenaza.

—No me hagas lamentar habértelo dicho —dijo en voz baja—. Yo me curé. Y ya no tuvo oportunidad de hacerlo de nuevo.

Jarret hundió las manos en los bolsillos traseros y soltó el aliento despacio, escudriñando su cara.

—No sé qué decir, Rennie.

—No importa —dijo ella; los papeles se habían invertido y ahora era ella quien lo consolaba—. No tienes que decir ni hacer nada; sólo escucharme, Jarret. Es lo más difícil que te he pedido nunca, y es lo único que quiero.

Él asintió.

—Sigue.

—No me limité a dejar que me pegara, sino que le devolví cuanto pude. Pasábamos la noche de bodas en una de las suites del Saint Mark, y me parece que le dio miedo que alguien me oyera gritar. Como no pudo dejarme inconsciente, salió de la suite echando pestes. —Soltó una

breve risa de incredulidad—. Pero lo más sorprendente fue que, a la mañana siguiente, esperaba que le permitiría entrar otra vez en la suite. Se puso al otro lado de la puerta rogando, jurando que nunca volvería a tocarme, incluso prometiendo dejar a su querida... Al final tuvo que marcharse so pena de arriesgarse a atraer a los curiosos. No sé dónde estuvo aquellas semanas en que, en teoría, estábamos de viaje; yo me quedé donde estaba, dejando que se curaran las magulladuras. Él venía al menos una vez al día para hacer las mismas promesas, y cada día yo le negaba la entrada. Cuando desapareció el último moratón, le abrí la puerta, porque ya estaba preparada para marcharme. Le dije que no le contaría a mi familia ni una palabra de lo que había ocurrido entre nosotros, pero que iba a solicitar la anulación.

»Entonces me fui a casa con mi familia, y ellos me aceptaron sin pedir ninguna explicación. Dejé de ir a trabajar al Edificio Worth. Los recaderos me traían las tareas a casa. No tengo idea de qué les dijo Hollis a los demás, ni siquiera de si alguien se ha atrevido a preguntarle por mí. Lo que sé es que, hasta que me llegaron noticias del accidente del Salto de Juggler, no tuve necesidad de verlo.

Jarret recordó ciertas cosas que Rennie le había dicho semanas atrás.

—Y entonces él se hizo cargo de la compañía.

Ella asintió.

—Casi inmediatamente hubo problemas (al menos, según mi modo de pensar), pero Hollis contaba con la confianza del consejo, igual que había contado con la de mi padre. De pronto, algunos proyectos cuya ejecución estaba suspendida antes del accidente se aprobaron. Hollis ya no me permitió tener acceso a cierta información, y tampoco me permitió trabajar en casa. Me quería en el despacho otra vez, y quería que no pidiera la anulación.

Rennie meneó la cabeza, sin acabar de creer todavía que Hollis pensara que iba a obedecer. Prosiguió:

—Pero no estaba dispuesta a hacer ninguna de las dos cosas; en lugar de eso, le dije que pretendía encontrar a Jay Mac. —Se rió al recordar la actitud ofendida de Hollis—. Si hubiera sabido cómo evitar el escándalo, la verdad es que creo que Hollis me habría hecho internar. Aunque eso

fue al principio. Luego me parece que pensó que era mejor tenerme lejos de allí durante un tiempo. Si me mantenía ocupada en una empresa descabellada, no me entrometería en la dirección de Northeast.

Jarret acercó una silla y se sentó a horcajadas.

—Pero me has dicho que Hollis contaba con la confianza del consejo; ¿cómo podías entrometerte?

—En su testamento Jay Mac dejó dicho quién quería que dirigiera Northeast, pero también dividió sus acciones de la compañía entre sus herederos. Su esposa recibió el cincuenta por ciento. El veinticinco por ciento fue para mi madre, y el veinticinco restante se dividió, a partes iguales, entre mis hermanas y yo.

Jarret soltó un silbido al darse cuenta de las consecuencias de la decisión de Jay Mac.

—Entonces las participaciones estaban divididas por igual.

—Exacto. Hollis sabía que mi madre y mis hermanas seguirían mi consejo, y que éste no siempre coincidiría con el suyo. Nina Worth, igual que el consejo, estaba dispuesta a seguirlo a él, pero existía la posibilidad de que toda la actividad de Northeast se detuviera. Para evitarlo, Hollis quería mi cinco por ciento de acciones. Como era mi esposo, podía obtenerlo.

Jarret unió las cejas.

—Otro motivo para oponerse a la anulación.

Sin dejar de mirar por la ventana, ella asintió.

—Desde el principio, ese cinco por ciento de las acciones de Northeast fue la razón de que quisiera casarse conmigo —dijo—. Eso le daba el control. El accidente de Jay Mac le brindó la oportunidad de ejercerlo, pero fue nuestra boda lo que puso el control en sus manos. Llevaba mucho tiempo planeándolo.

—¿La boda o el accidente?

Rennie miró a Jarret fijamente.

—Las dos cosas —dijo—. Hollis planeó las dos cosas.

Jarret se quedó callado un instante. Vio que ella creía lo que estaba diciendo.

—Esa es una acusación grave, Rennie.

—Tú lo has pensado también.

—Ya te lo he dicho, eso fue antes de que Jay Mac dijera que no había informado a Hollis sobre su idea de inspeccionar la obra de Queen's Point.

—No lo has entendido —dijo ella, perpleja al ver su incomprensión—. Jay Mac sí se lo dijo a alguien, y ella se lo dijo a Hollis.

—¿Por qué no...?

—¿Es que no lo he dicho? —preguntó Rennie—. Ah, no, creo que no... Y sin embargo, es lo que llevo intentando decir desde el principio. Nina es la querida de Hollis. Nina Worth..., la esposa de mi padre.

Los ojos de Jarret parpadearon varias veces en un gesto de sorpresa; durante un minuto, ésa fue su única reacción.

—Dios mío —dijo al fin—. ¿Y eso te lo dijo Hollis?

—Gozó diciéndomelo.

No tuvo que cerrar los ojos para recordar cómo se había regodeado Hollis, cómo había disfrutado al ver su reacción de aturdimiento. Lo recordaba con mucha más claridad que la paliza que vino después.

—¿Lo sabe Jay Mac?

Ella negó con la cabeza.

—Nunca le he dicho una palabra. En el caso de que sepa que Nina tiene un amante, estoy segura de que ignora que es Hollis. —Recogió una manta y regresó al banco de la ventana—. Es el colmo de la venganza de Nina sobre Jay Mac y las Dennehy. Y el caso es que, en el fondo, ni siquiera tengo valor para culparla. Lleva más de veinticinco años casada con un hombre que no la ama y que nunca ha hecho un secreto de su familia bastarda. No conozco a Nina de forma oficial, y sólo la he visto unas cuantas veces, pero ella siempre ha sido una presencia en mi vida. Es muy guapa, muy delicada y discreta... Aunque algunos dirían que es fría. Jay Mac lo diría.

»Tal vez ella y Hollis se limiten a utilizarse mutuamente, o tal vez estén enamorados de verdad. No sé la verdad, ni sé si me importa. Lo que sé es que el accidente del Salto de Juggler no fue tal accidente: fue un atentado a propósito contra la vida de Jay Mac, y una oportunidad para que Hollis se hiciera con el control completo de Northeast. Mi marido es responsable de la muerte de más de sesenta personas, y eso se hizo para encubrir el fraude del proyecto de Queen's Point.

Mientras asimilaba todo aquello, Jarret no dijo nada. Sentía los ojos de Rennie sobre él, esperando a que pusiera objeciones a sus afirmaciones, pero no lo hizo. No lo hizo porque la creía.

—Cuando os enseñé Queen's Point, todo encajó, ¿verdad?

Ella asintió.

—En el momento en que Jay Mac dijo que había hablado con Nina, supe lo que había ocurrido.

—No hay pruebas.

—Eso también lo sé.

—¿Qué vas a hacer?

Con gesto abatido, Rennie clavó los ojos en la pared de enfrente.

—No he pensado tanto —dijo en voz baja—; sólo he sido capaz de pensar en las consecuencias de contártelo.

Los dedos de Jarret apretaron el travesaño superior de la silla. Se las arregló para mantener la voz uniforme y mantener a raya su frustración.

—Te casaste con Hollis, Rennie, y me mentiste sobre ello. ¿Qué quieres de mí? ¿La absolución? ¿El perdón?

Ella no podía hablar y lo miró con gesto indefenso. Él golpeó con la mano en el travesaño.

—¡Maldita sea, Rennie! ¡No me dejaste elección! ¿Esperas que te lo agradezca?

La voz de ella sonó ahogada, apenas audible.

—No. Me equivoqué. Eso ya te lo he dicho. —Se levantó, ciñéndose más la manta sobre los hombros—. Me he equivocado en muchas cosas... No quiero nada de ti, Jarret. Ha sido un error... Todo.

Rennie atravesó la habitación hasta llegar a la escalera, y esta vez Jarret no hizo nada por detenerla.

Jay Mac estaba desayunando en el comedor de la señora Shepard cuando Rennie entró en la pensión. Le hizo una seña cuando se detuvo en el vestíbulo a quitarse el abrigo. Rennie aceptó la silla que le apartó para que se sentara y desplegó la servilleta sobre su regazo.

—He estado con Jarret —dijo sin revelar ninguna emoción.

Los ojos verdes de Jay Mac escudriñaron las pálidas e impasibles facciones de su hija.

—Al ver que no estabas en tu cuarto esta mañana, lo deduje. —Le sirvió una taza de té y empujó el platillo hacia ella—. Se lo has dicho.

Ella asintió y alzó la taza; sintió el calor abrasador del té antes de que tocara sus labios, pero lo bebió. Por el rabillo del ojo vio que su padre daba un respingo ante el dolor que se infligía a sí misma.

—Se ha enfadado.

—No esperarías otra cosa, ¿no?

Rennie se encogió de hombros.

—Da igual lo que esperase —dijo—. Ya se ha terminado. Era un error. Se lo he dicho.

—Entiendo.

—¿Ah, sí? —Soltó una risa breve y sin humor—. No estoy segura. Yo creía que me amaba.

—¿Ha dicho él que no te amaba?

—No ha tenido que hacerlo. Se veía en su cara, en el modo en que me miraba.

—No le has dado tiempo —le dijo Jay Mac.

Impávida, Rennie le devolvió la mirada.

—He cometido adulterio, papá, y lo he convertido a él en cómplice. Él no lo ha dicho abiertamente, pero era lo que pensaba. —Dejó la taza—. Me pidió que me casara con él. Iba a venir hoy aquí para pedirte mi mano.

Una débil sonrisa pasó por su cara cuando pensó en que Jarret deseaba cumplir con las convenciones. Sólo sus ojos siguieron mostrando pesar.

—Y entonces tuve que decírselo. Ha sido doloroso.

—Para los dos.

De pronto los ojos de Rennie brillaron, y su boca se apretó hasta reducirse a una línea. Esperó hasta recuperar la calma y luego dijo, despacio:

—No creo que me apetezca desayunar. Si no te importa, me gustaría ir a mi cuarto.

—Claro.

Él se puso de pie y le dio un beso en la pálida mejilla. Al verla marcharse, sintió un profundo dolor en su corazón.

Jarret abrió la puerta de su cabaña a la segunda llamada estruendosa. Luego miró fijamente a su visitante un buen rato antes de hacerse a un lado.

—Pensé que a lo mejor venía, aunque no sabía si me encontraría o no.

Jay Mac se quitó el sombrero y el abrigo y los colgó. Dio unos cuantos pisotones para quitarse la nieve de los zapatos mientras sus ojos echaban un vistazo a la cabaña. Después, apoyado en el bastón, tomó asiento junto a la mesa.

—He preguntado por ahí. Cierta señorita Jolene Cartwright estuvo encantada de darme las indicaciones.

Un lado de la boca de Jarret se alzó en un gesto de desagrado.

—Ya me imagino. —Se apoyó en la puerta con los brazos cruzados—. ¿Ha hablado con Rennie?

—Sí.

—Entonces, lo sabe todo.

—Sé lo suficiente.

—¿Qué va a hacer?

Jay Mac depositó su bastón en cuidadoso equilibrio sobre una de las patas de la mesa. Sus lentes, agrietados y torcidos, descansaban cerca de la punta de la nariz. En las sienes y en las patillas las hebras de color gris eran más abundantes, y unas profundas arrugas se marcaban en las comisuras de sus ojos verdes.

—Es extraño —dijo, examinando a Jarret—. He venido a preguntarle eso a usted.

—No estoy seguro de qué quiere decir —dijo Jarret—. Van a irse pronto, ¿no?

—Yo sí, pero no sé lo que hará Rennie. Voy a ofrecerle la oportunidad de hacerse cargo del proyecto de Queen's Point, y me gustaría que usted fuera su capataz. Necesitará a alguien que la ayude a manejar a los hombres, al menos hasta que se los gane.

—Dadas las circunstancias, no creo que aproveche esa oportunidad.

—¿Porque usted estará en Nueva York?

Jarret negó con un gesto.

—Más bien porque usted estará en Nueva York. Y una vez que esté allí, no es probable que vaya a perderlo de vista. No ha recorrido todo este camino buscándolo sólo para dejar que arriesgue la vida por segunda vez.

Jay Mac se subió los lentes. Sus cejas se unieron, lo que hizo más profunda la arruga del ceño de su frente.

—¿De qué diablos habla?

Jarret se apartó de la puerta.

—Del descarrilamiento —dijo—. Su esposa y Hollis... ¿De qué diablos está hablando usted?

—De que usted y mi hija recobren el sentido común.

Los dos se quedaron callados. Se miraron fijamente mientras repasaban la conversación en la cabeza. Al fin Jarret dijo:

—Creía que había hablado con Rennie.

—Y he hablado con ella.

—Pero no del accidente del Salto de Juggler.

—No —dijo Jay Mac—. ¿Debería haberlo hecho?

Jarret se pasó los dedos por el pelo, suspirando.

—Creí que ella lo sacaría a colación. ¿Ha enviado usted un telegrama al Este?

—Todavía no. ¿Qué es eso de Hollis y Nina?

En lugar de responder, Jarret fue a la alacena y sacó una botella de whisky, llena en sus tres cuartas partes. Después puso dos vasos en la mesa y sirvió el licor.

—Pero si no es ni mediodía... —dijo Jay Mac.

El más joven esbozó una sonrisa sarcástica.

—Le tengo que dar una de esas noticias.

Hollis esbozó una sonrisa sarcástica.

—Te tengo que dar una de esas noticias —dijo, empujando un vaso de whisky escocés hacia Nina.

Antes de volver a colocar la licorera en el aparador, se sirvió el otro vaso, y luego lo alzó hacia ella en un brindis burlón.

Nina estaba indecisa. Sus finos dedos se curvaban en torno al vaso, cuyo peso parecía excesivo para sus delicadas muñecas. La coronilla de su pálido pelo rubio apenas le llegaba al hombro a Hollis. Alzó la cara hacia él; con sus delicadas facciones, mostraba una apariencia perfecta.

Sus grandes ojos eclipsaban el resto de su rostro. Aunque se acercaba a los cincuenta, incluso bajo la luz más implacable parecía tener una docena de años menos. A Hollis le encantaba su elegancia, la exquisita fragilidad de sus líneas y la gracia de sus movimientos. Le encantaba alzarla en brazos, pegada a él, y luego levantarle las faldas de seda y hundirse en ella. Ella lo dejaba hacer cuanto quería; nunca le negaba ninguna prerrogativa con su cuerpo, aunque tampoco tomaba la iniciativa. Rara vez hablaba en esos momentos, nunca hacía comentarios después, y su fría reserva jamás se venía abajo. Eso lo enloquecía y lo fascinaba; se sentía protector cuando estaba cerca de ella, y poderoso cuando estaba en su interior.

Le costaba trabajo recordar quién se había acercado por primera vez a quién. Durante mucho tiempo pensó que la propuesta partió de él, aunque ya no estaba tan seguro; le parecía que ella era capaz de dejarlo creer que había sido él porque le convenía a sus fines. En ocasiones él sentía que controlaba por completo la relación que había entre ambos, y en otras sabía sin lugar a dudas que lo manipulaba. Pero también había veces en que las circunstancias se desdibujaban. Era cuando ella le dejaba creer que era él quien vencía. Si Nina Worth hubiera sido un gato, sólo podría haber sido un siamés.

Los anchos hombros de Hollis se elevaron cuando tocó con el borde de su vaso el de Nina. La luz de gas se reflejaba en el parquet, extraordinariamente pulido, del estudio, y centelleaba en las facetas del cristal tallado de los vasos. Tras dar un sorbo, le ofreció el brazo y la acompañó al canapé. Se sentaron al mismo tiempo, un poco vueltos el uno hacia el otro. Los ojos casi negros de ella no se apartaron de la cara de él; su boca pequeña y con forma de corazón estaba húmeda de whisky.

—Está vivo, ¿verdad? —preguntó. Su voz era fría y elegante, como cristal helado; no había apenas matices de pasión o de convicción en su voz—. Eso es lo que deseas decirme.

Lo asombró que lo hubiera adivinado, y afirmó con un gesto.

—¿Cómo lo has sabido?

Nina se encogió de hombros. Las líneas cerradas y entalladas de su vestido de luto subrayaban más aún su elegante figura.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace menos de una hora. He venido en cuanto me he enterado. Vuelve a Nueva York —Hollis miró su reloj de bolsillo—. En realidad, estará aquí dentro de menos de treinta y seis horas. El tren número 448 tiene prevista su llegada de madrugada.

Ella no dio muestras de sorprenderse.

—Qué pronto... —dijo con tranquilidad.

Él asintió.

—Creo que pretendía ser un secreto. Al parecer lleva días viajando. Un controlador de ruta lo reconoció en Pittsburgh y me mandó la información. Supongo que pensó que yo querría celebrarlo.

—¿Tu esposa está con él?

—Sí.

—Deberías haberla matado —pronunció la reprimenda en el mismo tono en que habría mencionado una indicación práctica, sin asomo de malicia—. Así, sus acciones serían tuyas, y no habría ido a buscar a John.

A Hollis le divertía que Nina no llamara Jay Mac a su marido. Sostenía que éste era un nombre vulgar. Hollis acabó su copa, y sus ojos examinaron las facciones frías y serenas de su amante.

—No creo que hubiera podido hacerse sin atraer sospechas sobre mí, y de todos modos, los dos creíamos que el viaje al Salto de Juggler sería infructuoso. Él tendría que haber muerto en el descarrilamiento... Otros murieron.

—Tal vez haya algún error.

—No hay ningún error.

—¿Crees que ha visto Queen's Point?

—No lo sé. Pero aunque lo haya visto, hay formas de explicarlo. Habría sido mejor que muriera, pero en ese aspecto no soy del todo vulnerable.

—¿Crees que sabe lo nuestro?

—Rennie no se lo diría. No lo hizo antes de que él se fuera, y dudo de que lo haya hecho después.

—Lo protege mucho, ¿verdad? —preguntó Nina.

—Mucho.

—Será difícil matarlo.

—Nina, ya te lo he dicho antes: no es absolutamente necesario.

Entonces ella hizo algo que nunca había hecho antes. Cogió la manaza de él y se la puso sobre el seno.

—Yo creo que sí.

Luego dejó que él la poseyera en el suelo del estudio.

Treinta minutos más tarde, Nina estaba despidiéndose de él. «Es tan fácil de manejar...», pensó mientras lo veía cruzar la verja. Él se volvió a mirarla sonriendo ampliamente. Ella, sin alterarse, levantó la mano mientras esbozaba una sonrisa. No abandonó el umbral hasta que él se perdió de vista. Después de cerrar la puerta, Nina regresó al estudio, se sirvió un whisky, se sentó y miró el suelo donde había seducido a Hollis Banks. Cómo se habría sorprendido John, pensó, si hubiera dado con ellos entonces..., y más todavía si hubiera descubierto que había sido ella quien había tomado la iniciativa. Con su marido jamás lo había hecho, porque eso lo habría hecho desconfiar; se habría preguntado qué buscaba. En cambio, Hollis ni siquiera preguntaba. Nina dio un sorbo a su bebida. Tenía las manos firmes y las facciones plácidas; pero en el centro de su vientre ardía una hoguera, y el alcohol atizaba las llamas.

Resultaba difícil aceptar que John estuviera vivo. Lo había planeado todo durante mucho tiempo, sin faltar un detalle... Salvo que él viviera. El plan había florecido al conocer a Hollis Banks, pero las semillas se plantaron cuando aquella maldita Moira Dennehy se convirtió en la querida de su esposo. Fue una sucesión de insultos lo que ayudó a que el plan echara raíces. Moira era una criada irlandesa, tan por debajo de ella

que aún se quedaba sin aliento al recordar que una sirvienta había usurpado su lugar. Luego John le hizo cinco hijas, mientras que ella no había concebido ni siquiera una vez. Además, desde el principio él no hizo el menor intento de actuar con reservas en lo tocante a su aventura amorosa. Y sin embargo, pensó, se lo habría perdonado todo, habría sofocado la rabia que ahora le agitaba el estómago y le roía las tripas como un cáncer, si no hubiera sido por el insulto definitivo. Lo que no perdonaba, lo que no olvidaría nunca, era que, aunque a ella John MacKenzie Worth le dio un apellido, riquezas sin límite y una posición social envidiable en la élite de la ciudad, a Moira Dennehy le había dado su corazón.

Nina acabó su copa y dejó el vaso a un lado. Esperó hasta que se asentase el licor y pasara aquella sensación ardiente que le quemaba en la boca del estómago. La rabia, que era como algo vivo dentro de ella, jamás palpitaba en sus ojos. Luego llamó a una criada para que le preparase un baño. Tenía que quitarse el olor de Hollis de la piel. A su marido aquello no le habría sorprendido. Ella siempre se había limitado a soportar que la tocara, casi igual que ahora soportaba que la tocara Hollis, pero John la caló en seguida y dejó de acudir a su cama sólo al cabo de un mes de matrimonio. Hollis Banks, su amante desde hacía varios años, aún no se había enterado de nada... Nina se levantó despacio del sofá. Ya no había posibilidad alguna de detenerse, como Hollis proponía. Sólo era cuestión de decidir cómo continuar.

Rennie estaba sentada junto a Jarret en el estrecho banco del vagón; al otro lado del pasillo estaba Jay Mac, con la mejilla apretada contra la ventanilla y los brazos cruzados. Sus lentes habían resbalado casi hasta la punta de su nariz, y tenía los ojos cerrados. Llevaba durmiendo casi media hora, ajeno a las violentas sacudidas del vagón. Rennie envidió la capacidad de su padre para dormir; se sentía como si toda ella fuera un nervio al aire, y se había sentido así durante todo el viaje. Además, la presencia de Jarret no ayudaba. En contra de sus deseos, Jay Mac le había ofrecido trabajo como guardaespaldas y, de nuevo contra sus deseos,

Jarret había aceptado. Tal vez Jay Mac se sintiera protegido en compañía de Jarret, pero Rennie se sentía vulnerable... Se le cerraron los ojos, y la cabeza le colgó a un lado. Cuando su mejilla rozó el hombro de Jarret, se enderezó bruscamente.

—Perdón —dijo con frialdad.

—Puedes apoyarte en mí, Rennie —habló en voz baja para que su voz no se oyera en el atestado vagón de pasajeros—. No me molesta que necesites dormir un poco. Apenas has cerrado los ojos desde Denver.

Ella se apartó de Jarret, y su cabeza dio un bamboleo contra la ventanilla. Fuera estaba oscuro. Las opacas sombras de la noche envolvían el campo, y sólo el azul oscuro y el negro coloreaban el cielo donde se recortaban las laderas de Pensilvania. De vez en cuando, unos pálidos rectángulos de luz señalaban las ventanas de las granjas a lo lejos.

—Eres testaruda —dijo Jarret, al tiempo que se volvía un poco hacia ella y colocaba un brazo a lo largo del respaldo del banco, detrás de sus hombros—. ¿Qué demuestras al obligarte a permanecer despierta?

—No intento demostrar nada. Es que no puedo dormir. —Sintió el calor de su brazo detrás; ese sencillo gesto de apoyo era demasiado, sin ser suficiente—. Vamos a Nueva York como si fuéramos criminales. ¿No te preocupa lo que vaya a ocurrir?

—Quien me paga para que me preocupe es tu padre, no tú. Hemos hecho lo posible para mantener en secreto su llegada. Desde luego, en el andén no habrá un grupo de bienvenida esperándolo.

—Ojalá mamá supiera que regresa a casa —dijo con nostalgia; luego señaló a Jay Mac—. Parece mayor, ¿no crees? Estos últimos días han sido duros para él.

Los ojos de Jarret fueron del agobiado perfil de Rennie al de su padre. Bajo los ojos cerrados de Jay Mac se marcaban unas ojeras, y el amplio arco de sus pómulos resaltaba más pronunciado; ahora las patillas aparecían más blancas que grises, e incluso dormido, se veían diminutas arrugas de tensión en las comisuras de su boca. Jarret se volvió de nuevo hacia Rennie.

—También han sido duros para ti —dijo.

—Si lo han sido, tú sabes el motivo —dijo ella—. Yo no quería que aceptases la oferta de mi padre.

Jarret no acabó de lograr que en su tono de voz no se trasluciese la amargura.

—Habrías preferido que Ethan os acompañase a ti y a tu padre desde Denver.

—Eso fue lo que dije entonces, y lo que sigo deseando que hubiera pasado.

—Porque crees que no puedo protegeros.

Los ojos de Rennie se posaron en la mano derecha de Jarret, que estaba flexionando los dedos.

—Yo no he dicho eso.

Jarret quitó el brazo del respaldo y miró hacia adelante, al tiempo que ponía sus largas piernas sobre el banco de enfrente.

—No tienes que hacerlo, Rennie. Hay cosas que no tienes que decir en absoluto.

Ella quiso replicar que se equivocaba, pero su orgullo la mantuvo callada. Que pensara que era él el herido, en lugar de ella. No tenía por qué saber cómo la atormentaba aquel brazo que había sentido a su espalda, ni cómo su presencia suponía un recordatorio, constante y doloroso, de lo que habían compartido..., y de lo que él ya no quería de ella. Él la había rechazado, no al revés... Y la oferta de Jay Mac a Jarret, y la aceptación de éste, sólo significaban una nueva prueba de que sus sentimientos no importaban mucho. Desde el punto de vista de Rennie, los dos hombres que amaba la habían traicionado.

Pensaba que, tal vez, si hubieran tenido la oportunidad de hablar en privado de la oferta de Jay Mac, a lo mejor habría convencido a Jarret de que se quedara. Tal vez entonces se habría atrevido a contarle que, sencillamente, le dolía demasiado tenerlo como acompañante, no como amante. En lugar de eso, cuando Jay Mac y Jarret regresaron a la pensión de la señora Shepard, le plantearon un hecho consumado, y no pudo

decir nada para que ninguno de los dos cambiara de opinión. Después, cuando llegaron a Denver, lo intentó de nuevo. Ethan estaba dispuesto a viajar al Este con ellos, y Michael estaba dispuesta a dejarlo marchar. Pero Jay Mac frustró sus expectativas al señalar las responsabilidades que tenía Ethan hacia su mujer y su hija. Si le ocurría algo a Ethan, preguntó, ¿querría tenerlo Rennie sobre su conciencia? Se planteó cómo debía contestar a aquello... ¿Prefería que hirieran a Ethan antes que a Jarret? ¿Prefería poner en peligro la vida de su padre antes que la de Jarret...? A Salomón no le pidieron que emitiera semejantes veredictos, y Rennie no lo intentó siquiera. No quería que le pasara nada a nadie. Sólo quería que se acabara todo aquello. Pero Jay Mac quería a Jarret Sullivan y, como de costumbre, consiguió lo que quería. A ella sólo le quedó soportar estoicamente el dolor que le producía la proximidad de Jarret. Mirando a través de sus pestañas, Jay Mac examinó primero los ojos afligidos de su hija, y luego las facciones impasibles del hombre que estaba a su lado. El amor los había vuelto muy tontos, pensó, y deseó estar con Moira en ese momento. Ella sabría qué habría que hacer.

El tren número 448 de Northeast Rail llegó a la estación con unos minutos de adelanto; incluso a las cuatro de la madrugada el andén era un hervidero de actividad. Amigos y familiares habían acudido a despedir a quienes partían; otros habían llegado para saludar a la multitud de los que llegaban. Los mozos de equipaje se afanaban recogiendo y repartiendo maletas, y había colas tanto en la ventanilla de los billetes como en la del telégrafo. Los policías de la estación patrullaban por el andén, saludando a los pasajeros con alegre ademán y balanceando sus porras para acompañar el ritmo de sus zancadas.

Rennie, Jarret y Jay Mac esperaron en el andén sus maletas y baúles. Rennie hablaba en voz baja con su padre, mientras Jarret se mantenía a un lado, a cierta distancia, y escudriñaba la estación arriba y abajo. No buscaba nada en especial, sólo miraba. Era la fuerza de la costumbre, más que la expectativa de dar con algo, lo que lo mantenía al acecho, pero fue la experiencia más que la suerte lo que hizo que su mirada

volviera una y otra vez hacia la misma persona. Se trataba de un hombre de constitución frágil, vestido con ropa cara pero que le sentaba mal. Las costuras de su elegante chaqueta le venían grandes a la altura de los hombros, y sus pantalones, en contraste con la moda de entonces, llevaban vueltas, como si le vinieran demasiado largos. Jarret se preguntó si serían prestados..., o tal vez robados. Su cara estrecha la compensaban unas grandes patillas y una barba negra. Sobre su labio superior se derramaba un bigote, y llevaba un bombín inclinado hacia adelante.

Estaba solo, sentado en un banco. En un momento dado, cuando otro viajero se unió a él, se cambió de sitio, llevando consigo su bien doblado periódico. Era evidente que le agradaba su aislamiento..., y eso hizo que Jarret se preguntara por qué pasaba el tiempo en la estación de tren. Parecía indiferente a las idas y venidas de los pasajeros, de modo que no era probable que estuviera esperando a alguien. Y como tampoco mostraba interés en la pizarra de salidas que a intervalos regulares informaba de los retrasos, no estaba claro que se dirigiera a algún sitio. Para colmo, no hacía intento alguno de leer el voluminoso periódico que mantenía doblado en el regazo. Sólo de vez en cuando se interesaba por sus lustrosos zapatos y les quitaba alguna imaginaria carbonilla o una mota de polvo de la puntera; pero casi siempre se limitaba a mirar hacia adelante, con la cabeza inclinada a un lado. La perfecta imagen de un solitario perdido en sus solitarios pensamientos... Y sin embargo, Jarret sabía que algo no iba bien.

—Vámonos —dijo, acercándose a Rennie y Jay Mac.

Rennie protestó.

—Pero nuestras maletas... Mis baúles...

Jarret situó la mano en la base de la espalda de Rennie.

—Ahora mismo —dijo con voz tensa—. Después cogeremos el equipaje. Jay Mac, póngase entre el tren y yo.

Rennie comprendió que se trataba de una urgencia y no protestó más. Cuando su padre y Jarret se encaminaron hacia la salida, avanzó al mismo ritmo que las zancadas que daban ellos. En un momento dado,

Jarret miró hacia atrás. El hombre del banco seguía allí y estaba desdoblando el periódico.

—Sigan caminando —dijo en voz baja—. No miren atrás.

Tras dar a padre e hija un empujoncito hacia adelante, se detuvo y giró sobre sus talones, mientras sacaba su arma en el mismo movimiento. Su presa ya no estaba en el banco, sino de pie, detrás de él. El periódico estaba tirado en el suelo, y el desconocido sostenía un arma con las dos manos. Ambos dispararon simultáneamente. El tiro de Jarret se apartó apenas un centímetro de su objetivo, y en lugar de acertar en el brazo del agresor, dio en la manga de su chaqueta; la otra bala falló también, esta vez por más de cuarenta centímetros. En lugar de darle a Jay Mac, derribó a Rennie.

Por encima de los chillidos de los pasajeros, por encima del desorden de los viajeros que corrían, Jarret la oyó gritar, y oyó también la angustiada exclamación de Jay Mac. Entonces detuvo su persecución del pistolero, que huía, y corrió hacia Rennie y su padre. Jay Mac, de rodillas junto a ella, estaba dándole media vuelta con suavidad, y Jarret lo ayudó a desabrocharle el abrigo; en el hombro izquierdo había una flor de sangre. Detrás de ellos empezaba ya a juntarse una multitud. Jarret alzó la cabeza de Rennie y apretó un pañuelo contra la herida. Sus ojos recorrieron las caras de la gente.

—¿Ha perseguido alguien al pistolero? —preguntó.

—Uno de los guardias de la estación ha salido corriendo —dijo uno—. A lo mejor ha ido tras él.

Jarret tuvo que contentarse con aquello. En ese momento Rennie se agitó un poco, y él le tocó la frente con el dorso de la mano al ver que algo de color le regresaba a la cara.

—¿Rennie?

Esta abrió los ojos y vio las dos caras pálidas justo encima de ella. Más allá, un mar de rostros desconocidos llenaba su campo de visión. Durante un momento le resultó difícil respirar, y también se encogió por la presión que Jarret le aplicaba en el hombro.

—Creo que me han dejado sin aliento —susurró—. Jay Mac me ha empujado demasiado fuerte. Me he caído.

Jarret miró al padre de Rennie, que meneó la cabeza.

—Yo no la he tocado —dijo.

—Me haces daño, Jarret —dijo ella—. Tu mano me hace daño.

Jarret sabía que la presión de su mano era firme, aunque no tanto como para que le doliera. Lo que Rennie sentía, lo único que sentía, procedía del balazo. Entonces le dijo:

—Aún tendrá que doler un ratito. Pero llamaremos al doctor Turner para que lo vea tan pronto como te llevemos a casa. —Después se dirigió a Jay Mac—. No es una herida mortal. Se pondrá bien.

—Claro que me pondré bien —dijo Rennie con aspereza—. Soy tenaz, ¿recuerdas?

Intentó sentarse, pero al instante se derrumbó.

Entonces Jarret se inclinó sobre ella y posó los labios en su frente.

—Dios, cómo te amo.

Con los ojos llenos de lágrimas, Jay Mac ayudó a Jarret a levantar a su hija. Después actuó con presteza. Primero consiguiendo ayuda; luego dispersando a los rezagados de la multitud. Su autoridad natural infundía obediencia, y al cabo de poco tiempo el equipaje estaba recogido y un coche de alquiler los esperaba en la calle. Jarret prestó una breve e impaciente declaración a la policía y a la dirección de la estación antes de meterse en el coche. El súbito regreso de John MacKenzie Worth provocó una agitación que casi eclipsó el tiroteo, y los mirones volvieron a reunirse cuando se extendió el rumor de la identidad de los viajeros. Indignado con la presión de los curiosos, Jarret cerró de un golpe la portezuela del carruaje.

—Esto saldrá en los periódicos de la mañana —le dijo a Jay Mac—. Todo: el tiroteo, su regreso... Ya no hay posibilidad de mantenerlo en secreto.

Se pusieron en marcha. Jay Mac acunó la cabeza de Rennie en su regazo y le acarició el cabello mientras la sostenía para evitarle los balanceos del coche.

—Por lo visto, no es que fuera un secreto. ¿Qué ha pasado allí atrás? ¿Quién ha disparado a mi hija?

—No lo sé.

La luz de gas procedente de las farolas de la calle se filtraba hasta el interior del carruaje, y Jarret clavó los ojos en la pálida cara de Rennie. Le resultaba difícil pensar en nada salvo en el hecho de que no había sido capaz de protegerla.

—Me llamó la atención un hombre sentado en uno de los bancos, aunque no estaba seguro de que pretendiera hacernos ningún daño. Creí que era un carterista o así, y me pareció sensato que nos marcháramos antes de que nos eligiera como objetivos. —Jarret se inclinó hacia adelante y tocó la mejilla de Rennie con el índice—. Pero cuando miré atrás, estaba desdoblando el periódico que tenía en el regazo y entonces vi el arma. Me faltó tiempo para apartarlos a ustedes.

—Es probable que nos haya salvado la vida.

Las palabras de Jay Mac no significaban mucho para Jarret, y menos cuando debería haber hecho más.

—Disparé en el último momento —dijo en voz baja—. No debería haberlo hecho. El agresor escapó porque no me atreví a apuntarle al corazón.

Jay Mac frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir? ¿Pudo matar a aquel pistolero y decidió no hacerlo?

—Algo parecido —dijo Jarret; en su sonrisa había una buena dosis de burla hacia sí mismo—. Me dije que después de lo ocurrido con Detra Kelly recordaría que las mujeres pueden ser tan traicioneras como cualquier hombre... Y esta noche lo olvidé.

El ceño de Jay Mac se limitó a acentuarse.

—¿Está hablando de Rennie?

Jarret negó con la cabeza y se arrellanó en el asiento.

—No, señor. Estoy hablando del pistolero. Quien disparó el revólver no fue un hombre, sino una mujer.



Capítulo Catorce

Todos estaban de acuerdo en que Rennie era una paciente espantosa. De los miembros de su familia, Maggie era la que la aguantaba más tiempo, y Mary Francis, la que menos. Nadie, ni siquiera el doctor Turner, acababa de comprender cómo Jarret pasaba tanto rato en su desagradable compañía. Y es que, en la semana transcurrida desde el tiroteo, había hablado con brusquedad a todos media docena de veces.

Jarret estaba sentado en un sillón grande y cómodo cerca de la cama. Una mesita lo separaba de Rennie, y un tablero de ajedrez de mármol con piezas de marfil constituía el centro de la atención de los dos. La mayoría de las piezas capturadas estaban en el lado del tablero correspondiente a Rennie, que se regodeaba mientras los dedos de Jarret vacilaban sobre qué hacer con el único alfil que le quedaba. En ese momento alzó la vista hacia ella, vio su cara triunfante y se replanteó el movimiento.

—Tu familia piensa que soy un santo por aguantarte —dijo.

—Procura que Mary Francis no te oiga hablar así. Eso es casi una blasfemia.

Jarret sonrió ladinamente.

—Eso es lo que tú crees. Precisamente ella es la que sugiere que me canonicen. —Soltó el alfil, vio cómo ella se lanzaba en picado sobre él con su torre y suspiró—. Juegas mucho mejor que yo. Deberías hacer que viniera Jay Mac.

—Él sólo me aguanta un poco mejor que Mary Francis —dijo con aire resignado—. La verdad es que no he sido muy amable con nadie.

No esperaba que Jarret lo negase, y él no lo hizo. Suspirando, Rennie se reacomodó en la cama, ahuecando las almohadas que tenía detrás. Se encogió cuando su hombro topó con el cabecero.

—¿Estás bien? —preguntó él—. Venga, déjame a mí.

Jarret le arregló las almohadas: una en la base de la espalda, la otra en los hombros. Luego le alisó las mantas sobre el regazo y movió la mesa para que pudiera llegar sin esfuerzo.

—Gracias. —Ella no lo miró del todo a los ojos—. Así está mejor.

—Vaya, casi no te ha dolido.

—El hombro va mejorando.

Jarret negó con la cabeza. Le cogió la barbilla y se la levantó, de modo que se vio obligada a mirarlo.

—No —dijo—, me refiero al «gracias».

Dejó caer la mano cuando Rennie se hizo atrás, ya contrariada y a la defensiva. Entonces, de una forma muy sencilla, le cortó la réplica que estaba preparándole: se rió de ella. Un instante después ella se rindió y se rió con él. En ese momento, Jay Mac abrió la puerta del cuarto empujando con la puntera del zapato.

—Esa dulce risa es música para mis oídos —dijo, al tiempo que cerraba la puerta con el codo.

Llevaba una bandeja con la cena: lonchas de jamón, patatas con perejil, maíz y judías. El vapor que salía de los platos había empañado sus lentes nuevos, de modo que puso la bandeja en el regazo de Rennie y se limpió los cristales con un pañuelo.

—¿Por qué nadie más la hace reír así? —preguntó a Jarret.

—Quizá porque nadie hace el tonto tan bien —dijo Jarret.

—Dudo de que ése sea el caso —repuso Jay Mac.

Rennie volvió a atarse la cinta que recogía su tupido cabello en la nuca.

—Ya lo has oído —dijo a su padre, mientras desplegaba la servilleta; luego señaló el tablero—. A lo mejor puedes ayudarlo a salir del apuro, Jay Mac. Esta partida no durará más de tres movimientos si no lo haces.

Jay Mac se sentó en el borde de la cama, con cuidado de no dar un empujón a la bandeja, y examinó el tablero.

—Si lo ayudo, realmente no durará más de tres movimientos. Te ataca por todos lados. Vamos, Jarret, puedes darle jaque.

Dando un respingo, Rennie volvió a estudiar el tablero y luego vio la sonrisa engreída de Jarret. Entonces soltó un resoplido, redujo la boca a una remilgada línea y volvió a la tarea de cortar la carne.

—Creo que has movido algo cuando yo no miraba —dijo con tono irritado—. Me niego a creer que haya perdido limpiamente.

Ahora fue Jay Mac quien se echó a reír. Tras dar a Jarret una palmada en la espalda, le recordó que la cena sería al cabo de media hora y que tenían una cita a las ocho. Besó a Rennie en la mejilla, le dio una ligera palmadita en el hombro sano y se fue. Apenas cerrada la puerta, Rennie se volvió hacia Jarret.

—¿Qué cita? ¿Qué vais a hacer tú y mi padre?

Jarret movió el caballo negro.

—Jaque.

Rennie meneó el tenedor hacia él, negándose a mirar el tablero.

—No soy un tren. No me puedes eludir tan fácilmente.

—No tiene nada que ver contigo —dijo Jarret.

—No he dicho que tuviera que ver conmigo. Te he hecho una pregunta bastante sencilla.

Él le dirigió una mirada maliciosa.

—Contigo nada es sencillo, Rennie.

—Ya estás otra vez —dijo ella—. Pero no vais a descartarme así, Jarret. Mi madre y mis hermanas llevan haciéndolo toda la semana, y ni siquiera Jay Mac me da respuestas directas. Y luego tienen el descaro de preguntarse por qué me siento tan triste encerrada aquí, en esta

habitación. Tú has sido el único que ha hablado de lo que pasó, de lo que pasó de verdad.

—Creo que los demás no han querido preocuparte.

—Bueno, pues sí que estoy preocupada. Y llevo así desde que me desperté en esta cama, con el doctor Turner inclinado sobre mí. No estoy acostumbrada a que me disparen.

Jarret se las arregló para contener la risa.

—No es el tipo de cosa a la que uno se acostumbra —dijo con guasa.

—Ya sabes lo que quiero decir. Creo que tengo derecho a saber más de lo que todos, incluido tú, habéis tenido a bien contarme. No es justo, Jarret.

Él puso a un lado la mesa y el tablero de ajedrez, y luego estiró las piernas. Rennie había vuelto a sacar su testarudez: se apreciaba en la forma de su boca, dispuesta en un gesto serio, y en la tensión que rodeaba sus ojos color esmeralda; sus finas cejas estaban un poco juntas, y el rizado mechón de pelo rojo oscuro que le cruzaba la mejilla izquierda se movía un poco cuando crispaba un músculo de la mandíbula. Tenía la piel ruborizada, no con aquel rubor anómalo y febril que había ido y venido durante casi toda la semana, sino con el de la frustración y la impaciencia. Tenía desabrochados dos botones del cuello de su camisón, y por allí asomaban la curvatura de su cuello y parte de la clavícula. Debería haber tenido un aspecto frágil, pero, con la barbilla levantada en ese ángulo desafiante, el pulso latiéndole fuerte al lado del cuello y el aliento, Rennie parecía inquebrantable. Y ésa era una señal segura de que se había recuperado.

Jarret se pasó los dedos por el pelo. La forma de su boca cambió cuando exhaló aire despacio, poco a poco.

—No creo que nadie de tu familia pretenda esconderte nada, Rennie. Sencillamente, ha salido así. El segundo día que estuviste aquí te subió la fiebre, y nadie ha querido hacer ni decir nada que estorbara tu recuperación.

Ella dejó el tenedor. La comida ya no le interesaba.

—Por ejemplo...

—Por ejemplo, decirte que tu madre se desvaneció al verte llegar en brazos a casa. —Bajó la voz y adoptó un tono serio—. Y que se desvaneció otra vez cuando abrió los ojos y vio a Jay Mac inclinado sobre ella, en el recibidor.

—Pobre mamá, ver a Jay Mac así..., sin advertencia previa... Debió de pensar que se había muerto y había ido al cielo. —Sus ojos se nublaron porque lo que vio en el preocupado rostro de Jarret no acababa de encajar con su sencilla explicación—. Pero ahora está bien, ¿no? Es decir, ha estado entrando y saliendo por aquí, cuidándome, toda la semana. Sólo se desmayó, ¿verdad? El susto...

Se detuvo.

—¿Y qué más, Jarret?

—Moira iba a tener otro hijo, Rennie. Lo perdió anoche.

Observó que la cara de Rennie se quedaba sin color, y que los ojos se le oscurecían y se le agrandaban.

—No es culpa tuya —se apresuró a decir—. Y si sigues creyéndolo un minuto más, estarás justificando que tu familia haya evitado decírtelo. No ha sido el susto de veros a ti o a Jay Mac, ni siquiera la caída. Llevaba algún tiempo con dolores, y el doctor Turner ha dicho que no se podía hacer nada. Hace semanas, él y tu madre comentaron que quizá no podría llevar el embarazo a buen término. Tu madre ya ha rebasado la edad en que la mayoría de las mujeres ni conciben.

Las lágrimas hicieron brillar los ojos de Rennie.

—Da lo mismo —dijo en voz baja, con tristeza—. A ella le encantan los bebés. Y papá... Debe de estar afligido. ¿Sabía el estado de mamá antes de ir al Oeste?

—No. Por lo visto tu madre sólo estuvo segura cuando tú ya habías partido para buscar a Jay Mac. —Al instante vio que Rennie volvía a culparse—. No hagas eso, Rennie. Moira tenía aquí a Maggie y a Skye para ayudarla, y si tú no te hubieras marchado, no le habrías traído de vuelta a Jay Mac. Desde que volvimos, él no ha salido de esta casa y apenas se ha apartado de ella.

—Creí que era porque evitaba a Nina y a los reporteros de los periódicos.

—¿Sabes lo de los reporteros?

Ella asintió.

—Si me pongo en la ventana en el ángulo correcto, veo a uno o dos que van de un lado a otro de la acera, delante de la casa. De vez en cuando, un policía los echa... ¿Quieres decir que no ha hablado con nadie sobre su vuelta?

—Hace unos días dejó entrar a Logan Marshall. Le dio la noticia al *Chronicle* para que los demás periódicos tuvieran que hacer algunas concesiones a la verdad en sus artículos. Aunque tampoco ha sido demasiado comunicativo. Sólo hemos acabado con los primeros ecos del escándalo. Nadie sabe, por ejemplo, que Jay Mac cree que fue su esposa quien intentó matarlo y te disparó a ti en su lugar. Nadie, salvo Marshall, sabe que lo más probable es que el objetivo fuera Jay Mac. Casi todo el mundo cree que, sencillamente, te viste atrapada en un fuego cruzado, en un tiroteo que entablé con alguien que yo perseguía, por la recompensa que daban por él.

—¡Pero Jarret! ¡Eso no fue lo que ocurrió! ¡No quiero que la gente crea que tú fuiste responsable!

—No tienes elección —dijo él con rotundidad—. Discútelo y no volveré a contarte nada.

Rennie puso morros. Sus relampagueantes ojos continuaron pensando lo mismo.

—Muy prudente. —Jarret se arrellanó en el sillón, alzó las piernas y puso los talones sobre el armazón de nogal de la cama—. El hecho de que tu padre no haya salido de la casa sólo se debe en parte a Moira; yo también he insistido en que se quede aquí. Gracias al estado de Moira y al tuyo, ha resultado más fácil convencerlo de que era necesario, pero también le advertí de lo que haría si me desobedecía.

Rennie parpadeó.

—¿Que tú has amenazado a mi padre? —preguntó, incrédula.

—Prefiero pensar más bien que le he confirmado que haría mi trabajo. —Sus ojos fueron de la cara de Rennie hasta su hombro. Se le veían las vendas a través de la tela del camisón—. No habrá más incidentes como el que estuvo a punto de matarte.

—Eso no fue culpa tuya, Jarret, y le salvaste la vida a mi padre.

—En teoría, no tenía que ser a costa tuya.

Rennie se quitó de encima la bandeja y la puso sobre la mesa; luego dejó caer en ella la servilleta. Entonces, sin previo aviso, echó atrás la ropa de cama y levantó las piernas. Sus pies quedaron entre los de Jarret, y cuando se levantó, él los apartó más. Estaba atrapada entre las piernas de él, justo donde quería estar. Se inclinó hacia adelante y apoyó las manos en los reposabrazos de la butaca de Jarret, de modo que su cara quedó al mismo nivel que la de él.

—Vuelve a la cama, Rennie. Pero ¿qué...?

—Te amo —dijo; su voz sonó tensa por el dolor que le atravesaba el hombro herido, pero ella lo ignoró—. Y sé que tú me amas. Te oí..., en la estación. Por favor, dime que no me lo he imaginado.

—Rennie, vuelve a la...

Los ojos de ella se lo imploraron.

—Jarret...

Durante largo rato él no dijo nada, y se limitó a escudriñarle el rostro como ella le escudriñaba el alma. Al fin, cerró los dedos en torno a sus muñecas, y con un suave tirón se la puso en el regazo.

—No te lo has imaginado —dijo de mala gana.

Rennie enroscó las piernas al apoyarse en él y enredó sus finos dedos entre los suyos.

—¿Por qué no quieres decirlo?

Él no respondió, sabía que ella no había pensado a fondo en ese asunto. Su anulación legal ya se había conseguido. Gracias a la influencia del juez Halsey, la resolución la estaba esperando cuando regresó. Pero a los ojos de la Iglesia, seguía siendo una mujer casada. A Jarret no le

parecía que las cosas hubieran cambiado mucho, y, a decir verdad, a Rennie tampoco.

—Deberías volver a la cama —dijo él.

—Estoy donde quiero estar. No me eches.

Él negó con la cabeza. Como siempre, ella se rebelaba sin motivo. La quería exactamente allí. Tal vez al hablar expresara un sentimiento distinto, pero en el fondo no podía apartarla.

—Esta noche voy a acompañar a tu padre a una reunión en el Edificio Worth. Su intención es hacer un poco de... «limpieza de primavera», creo que ha dicho.

—¿Hollis estará allí?

—Se lo ha invitado, y tendrá ocasión de responder a las acusaciones de Jay Mac. Después iremos a ver a Nina.

—Dios mío —dijo Rennie—. Mi padre no pretenderá acusar a Nina, ¿verdad? No hay prueba de que estuviera en el andén. Tú no la identificaste, y yo no la vi, ni tampoco Jay Mac.

—Creo que sabré la verdad cuando la vea cara a cara —dijo Jarret—. Pero no creo que a tu padre le importe mucho. Aunque yo dijera con seguridad que fue Nina quien disparó, Jay Mac no pretende acusarla ni demandarla.

Rennie frunció el ceño.

—Entonces, ¿qué...?

—Tu padre no se me ha abierto por completo, Rennie, pero creo que su intención es pedir el divorcio.

Durante un minuto ella no dijo nada. Apoyó la cabeza en el hombro de Jarret, cerró las dos manos en torno a una de las suyas y se la llevó cerca del corazón. Sus ojos contuvieron las lágrimas. Al fin dijo:

—En el fondo, no tengo valor para sentirme feliz por ello. Es tan triste... Todo... —Sorbió y se limpió los ojos con la mano—. ¿Lo saben mis hermanas?

—Creo que sí. Últimamente han estado murmurando entre ellas.

—¿Y mamá?

—Creo que ella y tu padre lo han discutido. Hay indicios. A mí nadie me dice nada, Rennie. No es asunto mío. Y ni siquiera lo es tuyo ni de tus hermanas. Esto es entre Jay Mac, Nina y tu madre.

—Lo sé —susurró ella—. No quería que me lo consultaran. Sólo que me informaran.

—Podría estar equivocado —dijo él.

—No. No estás equivocado. He sentido la tensión y el nerviosismo de los demás. Si Nina consiente, él se casará con mi madre..., si ella está de acuerdo.

—¿Te imaginas que tu madre lo rechaza?

Rennie esbozó una sonrisa débil y pensativa.

—Jay Mac raptaría a mamá.

—Y habría otro escándalo...

—En vista de todo lo demás, sería un simple pecadillo. —Ella le apretó las manos—. ¿Te ha pedido Jay Mac que fueras con él esta noche?

—No, él no haría eso. Me ofrecí yo —Jarret vio la duda en su mirada —. En realidad, insistí.

—¿Espera Nina a Jay Mac?

—No. Habría sido un poco estúpido informarla.

—Pues invitar a Hollis al consejo de esta noche ha sido una idiotez.

—Lo dudo. Si acude es porque cree que puede justificar todo lo que ha hecho. Si no acude, equivaldrá a reconocer su culpabilidad. En realidad, si no acude, sospecho que será porque hace mucho que se ha ido de Nueva York. No creo que se quede esperando aquí a que lo detengan por fraude y malversación.

Ella suspiró.

—Ojalá pudiera ir. Me gustaría acusarlo de unas cuantas cosas.

Eso imaginaba Jarret. La ayudó a levantarse y a volver a la cama.

—Tengo que ir a cenar. Probablemente tu familia está preguntándose qué me detiene.

Ella resopló.

—Desde luego, nunca creerían que prefieres mi desagradable compañía a la de ellos.

—Dios, no —dijo muy serio—. Nunca lo creerían. Tendré que pensar en algo que contarles.

Le dio un beso en la boca, con fuerza. Era la primera vez que la besaba desde que habían salido de Echo Falls, y el dulce sabor de su boca hizo que deseara quedarse. Le costó un esfuerzo marcharse... Y otro, esquivar por los pelos la almohada que ella le lanzó a la cabeza.

Minutos antes de que debiera salir con Jay Mac, Jarret asomó la cabeza por la puerta de la habitación de Rennie. Salvo por la luz del fuego, el dormitorio estaba oscuro, y ella le daba la espalda, cubierta por las mantas; apenas se veía la parte superior de su cabeza. Ese día había estado muy activa, más que cualquier otro desde el tiroteo, y él sabía que estaba cansada. Sin embargo, quería besarla. El beso apresurado que le había dado antes no había sido suficiente ni de lejos. Entonces pensó que no debía decirle que la quería, y ahora se arrepentía de no haber pronunciado esas palabras. Apenas había dado un paso en la habitación cuando Maggie apareció en el vestíbulo llevando una bandeja con galletas y chocolate caliente. Su presencia lo sobresaltó. Incluso cargada de tazas y platillos de porcelana, se movía sin hacer ruido. Jarret se apartó de la puerta y se llevó un dedo a los labios.

—Tu hermana está dormida.

Maggie se las arregló para encogerse de hombros sin desequilibrar su carga.

—Pues entonces la despertaré. Es demasiado temprano para que duerma hasta mañana. Se arrepentirá de madrugada. —Se dispuso a entrar y se detuvo para preguntarle—: ¿Quieres decirle algo? Papá ha salido para esperarte en el coche, pero aún tienes tiempo.

Jarret dudó. Pensó en la dulce boca de Rennie, y también en Jay Mac, fuera de la casa con la única escolta del señor Cavanaugh... Y besar a Rennie delante de su hermana pequeña no era lo mismo que besar a Rennie cuando estaban solos...

—Puedo esperar —dijo; sostuvo la puerta y Maggie se agachó para pasar bajo su brazo—. Si está despierta cuando vuelva, ya la veré entonces.

Sonriendo para sus adentros, Maggie lo vio marchar. Luego colocó la bandeja junto a la cama y, al hacerlo, tiró algunas piezas de ajedrez, que cayeron al suelo con ruido.

Le sorprendió que su hermana no se moviera. Se inclinó para recoger las piezas, las puso en orden sobre la mesa y se dirigió a ella en tono cantarín:

—Pues sí que estás cansada... Rennie, tienes que despertarte, o si no pasarás la noche inquieta. Nadie quiere que andes vagando por la casa como... —Se enderezó y se inclinó sobre la cama, esta vez con el ceño fruncido—. Rennie, ya puedes dejar de fingir que no me oyes. —Con precaución, puso la mano en el hombro bueno de su hermana y la sacudió con suavidad—. Quiero hablarte de...

Se interrumpió cuando el hombro que creía estar agarrando, sencillamente, se disolvió en la nada.

—Pero ¿qué...?

Entonces tiró de la ropa de cama y quitó las mantas. Las almohadas, colocadas en sentido longitudinal, estaban ahuecadas para dar la impresión de que había un cuerpo, y en el lugar donde en teoría debería haber estado la cabeza de Rennie, había uno de sus postizos. Maggie retrocedió y examinó la habitación. Nada. Luego se apresuró a mirar en el vestidor y en el cuarto de baño contiguos, y de nuevo no encontró a nadie. Entonces se apoyó en la jamba de la puerta.

—Ay, Rennie —dijo—. ¿Cómo has podido hacer esto? ¿Qué crees que vas a conseguir?

Meneando la cabeza, salió del cuarto, y aunque corrió por el vestíbulo y por la escalera, cuando llegó a la puerta principal, Jarret ya se había

marchado. Por el rabillo del ojo vio a su madre en el salón, sorprendida por aquella atropellada carrera. Entonces Maggie inspiró hondo, soltó el aire despacio y esbozó una sonrisa forzada en dirección a Moira. A continuación se acercó a su madre, intentando pensar en qué le diría.

En torno a la larga mesa de nogal que ocupaba el centro de la sala de juntas del Edificio Worth se encontraban once hombres; John MacKenzie Worth estaba en la cabecera. El cenicero que tenía delante seguía sin usarse, mientras que los otros, dispuestos a intervalos regulares por la mesa, recogían cenizas y mantenían en equilibrio las encendidas puntas de los gruesos cigarros. De ellos se alzaban ondas de humo que flotaban sobre los asistentes. Jarret Sullivan no se unió a quienes estaban en la mesa, sino que se sentó junto a la puerta, con las manos descansando con aire despreocupado en su regazo, las piernas extendidas y la cabeza un poco inclinada hacia adelante. Aunque sus pestañas le oscurecían los ojos y por su postura daba impresión de desinterés, incluso de aburrimiento, nada escapaba a su atención.

Hollis estaba sentado frente a Jay Mac, en el extremo contrario de la mesa. Sus poderosos hombros llenaban la butaca, y, al hablar, sus grandes manos reposaban de plano en la superficie de la mesa, en un ademán que parecía indicar que no tenía nada que esconder. Mientras respondía a las preguntas sobre su papel de director en ausencia de Jay Mac, no se movía nervioso, ni gesticulaba. En opinión de Jarret, precisamente ese aire de tranquilidad demostraba su maldad..., o su chulería.

En la mesa se debatía el proyecto de Queen's Point, y Hollis manejaba el asunto con gran aplomo.

—El equipo topográfico me aseguró que la ruta menos costosa era también la mejor. Si el propio Jay Mac confía en la información que sus topógrafos e ingenieros le dan, no creo que yo pudiera hacer otra cosa. —Sonrió, asegurándose de mirar a los ojos a todos, incluido Jay Mac—. Cuando Mary Rennie, que por entonces era mi prometida, acudió a mí con otro trazado basado en sus cálculos, escuché lo que tenía que decir

(de hecho, comenté las conclusiones con Jay Mac) y, de nuevo basándome en la experiencia de hombres que llevaban en Northeast mucho más que Rennie o que yo mismo, decidí que ella había interpretado mal los datos.

»E1 proyecto se inició con la aprobación de Jay Mac y de ustedes (y muy calurosa, por cierto), y se me nombró para que lo supervisara. Jay Mac recordará que realicé varias peticiones para visitar Queen's Point en persona, y en cada ocasión, alguna circunstancia me hizo quedarme aquí, en Nueva York, e impidió mi partida.

Jarret desvió su atención de Hollis a Jay Mac. El director de Northeast Rail seguía sentado allí, en pétreo silencio, pero Jarret vio que la última afirmación de Hollis lo había tomado por sorpresa. No sólo eso, estaba claro que Hollis decía la verdad. Era evidente que Jay Mac había olvidado que Hollis le había pedido inspeccionar la marcha del proyecto en persona.

—La última circunstancia, como ustedes saben —prosiguió Hollis sin cambiar de tono—, fue el accidente del Salto de Juggler. En vista de nuestro convencimiento de que Jay Mac había muerto, el proyecto de Queen's Point tuvo que ocupar un lugar de menor importancia. Más tarde, cuando se me nombró para que dirigiera Northeast, por recomendación del propio Jay Mac, el de Queen's Point fue sólo uno de los planes que tuve que delegar en otra persona.

En ese momento Jay Mac lo miró con frialdad y habló con voz dura. Su mirada pretendía ser intimidatoria, y se admiró de que el más joven ni siquiera parpadeara.

—El proyecto de Queen's Point no se ha iniciado —dijo—. Tengo en mi poder solicitudes para un equipamiento que no se ha entregado, y recibos de nóminas de hombres que no han trabajado ni un solo día para Northeast. Se han gastado decenas de millares de dólares en madera, acero y horas de trabajo, y en todo Colorado no hay nada. Me aseguraste, a mí y a este consejo, que las obras estaban en marcha.

La ancha cara de Hollis siguió fría e impasible. Sus ojos color castaño oscuro no se desviaron de Jay Mac.

—Asumo toda la responsabilidad por haber depositado mi confianza en hombres que creía que la merecían. Me equivoqué al juzgar su carácter. Ése, caballeros, es todo mi delito, nada más. Y si creen que soy culpable de planear un fraude en Queen's Point, ¿no puede exponerse el mismo argumento a Jay Mac? Después de todo, él depositó su confianza en mí.

»Lamento no haber supervisado el desarrollo del proyecto (en este caso, su nacimiento), pero creo que mi historial en esta compañía habla por sí solo. Durante la ausencia de Jay Mac actué, en todos los sentidos, de forma competente en calidad de presidente de Northeast, justificando la confianza de ustedes. Con la vuelta de Jay Mac estoy más que dispuesto, diré incluso deseoso, de dar un paso atrás y retomar mi puesto de subdirector de operaciones. Les aseguro que mi primera decisión será llegar al fondo del fraude de Queen's Point. Yo mismo dirigiré la investigación e informaré directamente a este consejo de mis pesquisas.

Las cabezas giraron en dirección a Jay Mac; éste dijo:

—Ya he pensado en alguien para que investigue el fraude; alguien que no trabaja para la compañía y que, en términos generales, es independiente. Me temo, Hollis, que dejarte actuar como supervisor es como dejar que el zorro vigile el gallinero... —hizo caso omiso de los murmullos de sorpresa que despertó su comentario—, y comprenderás por qué no pienso consentirlo.

En la cara de Hollis apareció un levísimo rubor. Sin embargo, respondió con tranquilidad:

—No sólo lo comprendo. Lo aplaudo. En su lugar yo tomaría exactamente la misma decisión. —Señaló con un gesto a Jarret—. Por supuesto, habrá nombrado al señor Sullivan.

—Eso he hecho.

—Buena elección.

Eso pilló por sorpresa a Jarret, que no dijo nada y se limitó a asentir mientras miraba a los miembros del consejo, que se volvieron un instante para observarlo.

—Y Mary Rennie estará a cargo de las obras en Queen's Point. —Los miembros del consejo intercambiaron cautelosas miradas; algunos carraspearon al oír el anuncio, pero su reacción no hizo que Jay Mac se detuviera—. Espero que el proyecto esté en marcha esta primavera, y para entonces la investigación del señor Sullivan ya habrá acabado. Se aclarará este asunto, caballeros, y luego seguiré con el negocio de construir ferrocarriles.

Su firme declaración de intenciones fue recibida con el acuerdo general. Entonces Jay Mac clavó los ojos en Hollis Banks.

—Por supuesto, tú colaborarás con la investigación. Mantendrás tu puesto de subdirector de operaciones, y, en el caso de que las pruebas te exculpen, presentaré una disculpa oficial.

Hollis sonrió con frialdad, al tiempo que sus cejas se alzaban un poco.

—Las pruebas me exculparán, y en ese momento, señor, pediré algo más que su disculpa oficial.

A continuación se levantó de la mesa, saludó con un movimiento de la cabeza a Jay Mac y luego al consejo, y cogió su sombrero y su abrigo. Su salida quedó estropeada porque se vio obligado a pasar por encima de las piernas extendidas de Jarret.

En el trayecto desde el Edificio Worth hasta su casa, Jay Mac se mantuvo sentado en un rincón del coche, con un gesto impasible en la cara, mientras miraba fijamente por la ventanilla. De repente se volvió hacia Jarret y dijo:

—¿Va a aceptar el trabajo, ¿verdad?

No había forma de decirle a Jay Mac que su pregunta llegaba bastante tarde, y que el momento de planteárselo había pasado hacía mucho.

—Sí —dijo Jarret—. Acepto el trabajo.

Jay Mac asintió. Volvió a apartar la vista y dijo en voz baja:

—Esto no resulta agradable. Yo confiaba en ese hombre.

—Comprendo.

—El consejo no quiere comprometerse, y él cuenta una historia creíble. Si usted no demuestra que está detrás del fraude, me pedirá que dimita.

—Esa me parece que ha sido su amenaza.

—Yo fundé Northeast... No pienso perderla para que se la quede ese cerdo.

Jarret no dijo nada hasta que, al fin, el coche se detuvo ante la residencia oficial de Jay Mac.

—¿Quiere que entre? —preguntó mientras éste se apeaba.

—Espere en el vestíbulo —contestó Jay Mac—. Hablaré con Nina en privado.

Jarret asintió con la cabeza y lo siguió. Varias habitaciones de la planta baja de la mansión estaban iluminadas, y en el primer piso la luz surgía de unas puertas que daban a una balconada de piedra. Los recibió un mayordomo cuya adusta cara no mostró ni un parpadeo de sorpresa ante la llegada de Jay Mac.

—Deseo ver a mi esposa —dijo éste, tendiéndole el abrigo y el sombrero—. El señor Sullivan esperará aquí. Tráigale algo de beber, Pinkney, lo que quiera.

—Como guste.

El señor Pinkney tomó el guardapolvo de Jarret, y sus labios se plegaron en un gesto de desaprobación cuando vio el arma en su cadera. Empezó a extender la mano, pero en seguida cambió de opinión y, con un gesto, le indicó el banco acolchado que había en el recibidor, cerca del pie de la escalera.

—La señora Worth está en el estudio —dijo a Jay Mac—. ¿Quiere que lo anuncie?

—No hará falta. —Se volvió hacia Jarret—. No tardaré más de una hora. —De nuevo se dirigió al mayordomo—: Vacíe mi armario y mi cómoda, Pinkney. Prepare mis maletas, con todo. Después, haga que lleven los baúles al coche y no cuente con que el señor Sullivan vaya a mover un dedo en el traslado.

Dicho esto, se dirigió dando zancadas al estudio. Pinkney vio cómo se abría y se cerraba la puerta de la estancia y dijo en voz baja:

—Así que por fin ha ocurrido...

—¿Lo esperaba? —preguntó Jarret.

Durante un instante el mayordomo bajó la guardia y suspiró.

—Todos los días, durante más de veinticinco años.

Entonces cogió los abrigos y los sombreros, los colgó y luego fue a buscar ayuda para hacer las maletas.

Durante el viaje de vuelta a casa de Moira, Jarret y Jay Mac no entablaron conversación. Y es que el coche iba tan lleno de baúles y de maletas que Jarret compartió el asiento del cochero con el señor Cavanaugh. Al llegar al cruce de Broadway con la calle Cincuenta, en la puerta los esperaba la noticia de que Rennie había desaparecido. Jarret miró a Moira y luego a Maggie y a Skye; tenían las caras ojerosas y una expresión preocupada.

—Pero ¿cómo puede ser? —preguntó—. Estaba durmiendo cuando la dejé.

Maggie negó con la cabeza.

—Yo también creí que dormía, pero no eran más que almohadas cubiertas con mantas. No tengo idea de a qué hora se ha marchado; quizá cuando todos estábamos cenando.

—Pero ¿por qué...?

Skye enlazó el brazo con el de su madre, tanto para apoyarse como para darle apoyo.

—Esperábamos que estuviera con vosotros —dijo—. ¿Adónde habría ido sino a la reunión de papá? Todas creímos que pretendía enfrentarse con Hollis.

—Pues no estaba allí —dijo Jay Mac, que se volvió a mirar a Jarret como si esperara que hubiera una explicación lógica.

—¿Han llamado a la policía? —preguntó Jarret.

Maggie negó con la cabeza.

—Queríamos asegurarnos de que no estaba con vosotros. Skye y yo iremos a avisarla ahora mismo.

—No —dijo Jarret—. Yo lo haré. Déjenme ir primero a su cuarto, a ver si hay alguna pista de adonde ha ido.

Intentó avanzar un paso, pero nadie se movió. Entonces se dio cuenta de que estaban tan aturdidos por la fuga de Rennie que no eran capaces de encargarse de las tareas más sencillas sin que se lo indicaran.

—Skye, lleva a tu madre otra vez al salón y encárgate de que se tome una copa de jerez. Jay Mac, pida al señor Cavanaugh que me ensille un caballo. Maggie, vamos a la habitación de Rennie. Quizá tú observes algo que a mí se me escaparía.

Esta vez la reunión se disolvió. Jarret subió los escalones de dos en dos, y Maggie tuvo que esforzarse para seguir su paso. Abrió la puerta del cuarto de Rennie y se detuvo tan bruscamente en el umbral que Maggie topó con él. Disculpándose, ésta miró en derredor, para ver qué lo había hecho parar en seco y entonces abrió mucho los ojos, con un exagerado parpadeo; luego entreabrió la boca, pero no pudo pronunciar ningún sonido. Rennie estaba echada sobre la cama, con la cabeza bajo un brazo, y roncaba suavemente.

Jarret alargó la mano, cogió a Maggie y la metió en la habitación de un empujón.

—Ha sido una broma pesada —dijo—. Y no se me ocurre que se gane nada con ella.

—No ha sido una broma —dijo ella—. Rennie no estaba aquí. La busqué yo misma, y luego Skye me ayudó.

—Pues ya ves que está aquí.

—Claro que lo veo. —La expresiva boca de Maggie se torció mientras lanzaba a Jarret una mirada de irritación—. Pero hace veinte minutos no estaba. Y Rennie no es sonámbula.

—Lo sé.

Maggie parpadeó al oír su comentario y luego se ruborizó, pero se las arregló para no desviar la vista.

—Tal vez deberíamos trabajar juntos para averiguar qué ha ocurrido —dijo—, en lugar de discutir.

Jarret asintió.

—Pero antes ve a decirles a tus padres que está aquí y a salvo. —La miró marcharse y, mientras se acercaba a la cama, dijo entre dientes—: Vaya con la mocosa...

Se sentó y empujó las piernas de Rennie a un lado. Luego se inclinó hacia adelante y le apartó el pelo de la mejilla y del cuello. Tenía la piel fresca. Rascó una cerilla y encendió la lámpara de la mesita de noche. Entonces vio que el cutis de Rennie también estaba ruborizado, con ese color que tiene la piel al exponerse al viento o al frío. Había estado fuera de allí. Jarret le tocó los pies desnudos y vio que no estaban más frescos que la cara. Miró a su alrededor en busca de medias o zapatos, pero no los encontró. Entonces comprobó el armario y el vestidor de Rennie. Allí tampoco había nada.

Cuando regresaba a la cama, se detuvo ante las puertas del balcón. Recordó lo fácil que había sido saltar desde allí al tejado cercano y dejarse caer al suelo. ¿Había seguido Rennie ese camino? Abrió las puertas y salió. Detrás de él oyó que la familia de Rennie se acercaba y volvió a entrar. Una hoja húmeda se le pegó a la suela de la bota, se la quitó y la dejó caer en la húmeda alfombra de hojas otoñales que nadie había limpiado en aquel balcón. Había visto lo suficiente para saber que Rennie había salido por allí... Y también, que no se había ido sola.

Ajena al revuelo que se formaba junto a su cama, Rennie no se movió cuando su madre le cogió la mano y le dio suaves palmaditas, repitiendo su nombre con su dulce deje irlandés. Jarret empujó una butaca hacia Moira para que se sentara.

—No va a contestarle... —dijo—. Al menos hasta que se le hayan pasado los efectos del cloroformo.

—¡Cloroformo!

Maggie se inclinó sobre su hermana y le olió el aliento.

—Tiene razón —dijo en voz baja y con tono de incredulidad—. Han drogado a Rennie.

Jay Mac tomó la mano de Moira cuando las rodillas de ésta parecieron doblarse bajo su peso. Se sentó en el curvo brazo de la butaca mientras Moira se apoyaba en él.

—¿Que la han drogado? —preguntó.

Skye se acercó por el otro lado de la cama, se subió a ella y se puso junto a Rennie. Luego la sacudió por el hombro.

—¿Rennie? Si estás gastándonos una broma, es muy pesada.

—No es ninguna broma —dijo Maggie—. Y dándole sacudidas no vas a despertarla.

Skye cruzó los brazos y se recostó en el cabecero.

—Sólo intentaba ayudar...

—Lo que yo creo que la ayudará —dijo Jarret— es que se vaya todo el mundo. Cuando despierte, tal vez obtendremos algunas respuestas, pero ahora mismo no tengo ninguna que darles.

Jay Mac asintió.

—¿Se quedará usted con ella?

—No me movería usted aunque quisiera. En cuanto despierte, se lo comunicaré. Si quiere mandar al señor Cavanaugh para que avise al médico...

—No creo que haga falta, papá —dijo Maggie.

—De acuerdo —dijo éste después de una larga pausa—. Moira, ven conmigo, voy a llevarte a dormir. Ya has tenido suficiente por un día.

Entonces, ya más tranquila porque su hija estaba sana y salva y, además, protegida, Moira recobró parte de su valor.

—No hay necesidad de mimarme, no estoy chocheando. —Se puso de pie, ahora sí aceptando su mano, y, mientras salían del cuarto, dijo—: Esto es obra de Hollis, que es una mala persona. Por mí ya está tardando la anulación eclesiástica de Rennie.

La franqueza de las palabras de su madre hizo que Skye y Maggie intercambiaran miradas con los ojos muy abiertos. Después les dio la risa y, en ese estado, dejaron que Jarret las echara del dormitorio de Rennie. Al fin, Jarret cerró la puerta y se apoyó en ella. Observó a Rennie, que dormía con el sueño pesado que provocan las drogas, pero su cabeza estaba en otro sitio.

—Hollis es peligroso —dijo en voz baja—. Y además, prepotente.

La respiración de Rennie era una serie de susurros y suspiros. Jarret se deshizo del guardapolvo y el cinto, se quitó las botas y cerró con llave. Luego se deslizó en la cama, rodeó a Rennie con los brazos y la mantuvo cerca de él. El reloj de la repisa de la chimenea fue desgranando minutos y una ligera lluvia roció los vidrios del balcón; pero fue el constante latido del corazón de Rennie lo que dio a Jarret el consuelo del sueño.

Rennie despertó atontada. Se levantó de la cama dando tumbos, se dirigió al cuarto de baño y se echó agua en la cara de la que había en la palangana. Seguía teniendo una vaga sensación de náusea, de modo que se apoyó en la palangana, sin saber si iba a vomitar o a desmayarse. Lo que vio reflejado en el espejo no sirvió para darle ánimos. Luego se lavó los dientes, se enjuagó la boca y se peinó para quitarse los enredos del pelo. Estaba a punto de volver a la cama cuando vio que Jarret estaba tumbado en ella y, en lugar de volver a meterse en ella, Rennie se dejó caer en la butaca, robó una de las mantas de la cama y se acomodó allí, tapándose los desnudos dedos de los pies y cubriéndose los hombros. Jarret dormía profundamente. Ella reguló la mecha de la lámpara que había en la mesita para bajar la luz que le daba en la cara, pero suavizar la iluminación no borró las arrugas de cansancio que apreció en las comisuras de sus ojos. Unas hebras de pelo rubio oscuro le cruzaban la frente y se despeinaban contra la almohada. En aquel rostro seguía habiendo cierta tensión que el sueño debería haber disipado y que, sin embargo, permanecía allí; de hecho, la tensión sólo había desaparecido en torno a la boca. Los ojos de Rennie se demoraron largo rato

contemplando su forma, memorizando sus líneas, recordando su textura sobre sus labios, y su húmedo calor al tocarle la piel.

—Estás despierta.

Parpadeó sorprendida y luego apartó la mirada con gesto culpable por verse pillada clavando los ojos con un interés descaradamente carnal.

—¿Qué haces en mi cama? —preguntó—. No estoy soñándolo, ¿verdad? Estás en mi cama, y estamos en mi casa, con mis padres al otro lado del vestíbulo.

—Es un vestíbulo muy largo.

Rennie contuvo una sonrisa.

—Tienes que marcharte, en serio, Jarret. Jay Mac y mamá no lo tolerarán.

—Ambos saben que estoy aquí.

Los ojos de ella se agrandaron un poco.

—Ahora sí que estoy soñando... Esta vez es más absurdo que lo que soñé antes. —Bostezó e intentó taparse la boca—. Perdón.

Jarret sonrió con indulgencia, y en tono desenfadado le dijo:

—Cuéntame tu sueño.

—Era tonto. —Ahogó un segundo bostezo—. Estaba otra vez en la iglesia, en San Gregorio, aunque esta vez tú no estabas allí para impedir la boda. Estaba Taddy, el amigo de Hollis, y me decía que me diera prisa. También estaban los demás padrinos de Hollis. Traté de decir que no quería ir con ellos, pero no me hicieron caso. Yo estaba allí..., pero al mismo tiempo no estaba allí; era como ser participante y espectador al mismo tiempo. Entonces me parece que esperamos en algún sitio oscuro, quizá en la sacristía, aunque no estoy segura, y oí que nombraban a Hollis, pero no lo oí a él. Eso es lo que recuerdo. Ah, y que me costaba trabajo respirar.

—Entiendo.

—Ya te dije que era una tontería.

Pero no era increíble... Jarret se preguntó qué motivo tenía Hollis para hacer que se llevaran a Rennie de su casa... Y había otra cosa igual de desconcertante: por qué había hecho que la devolvieran allí. Observó que Rennie se apretaba el dorso de la mano contra la boca para tapar otro bostezo. Ese no era el momento de contárselo. Esperaría hasta el día siguiente. Dio unas palmadas en el sitio que tenía a su lado, pero Rennie negó con un gesto.

—No podría... Aquí no.

—No pensaba en nada que no fuera dormir...

Sintió toda la fuerza de su mirada escéptica. Entonces, con regodeo, dijo:

—Bueno. Más bien yo no iba a hacer nada, aparte de dormir... —Se detuvo un segundo y añadió muy solemne—: Al menos, hasta que nos casemos.

Ella se quedó muy quieta y en voz baja preguntó:

—¿Lo dices en serio? ¿Sigues queriendo casarte conmigo?

—Nunca he cambiado de opinión en cuanto a eso, Rennie. ¿Y tú?

—No —dijo ella—. Ay, Dios, no. Yo... Yo lo deseo más que nada. Es que no sabía que aún estabas dispuesto a casarte conmigo. He estropeado tanto las cosas que no te culparía si te marcharas.

—Esperabas que lo hiciera en Echo Falls, ¿no? —preguntó él—. Cuando te fuiste de la cabaña después de contarme lo de Hollis, creíste que era el final.

Ella asintió de mala gana.

—No es que dieras muchos ánimos...

—Es que estaba... —buscó la palabra— anonadado. Necesitaba tiempo para pensar.

—Eso fue lo que dijo Jay Mac.

—Y tenía razón —dijo Jarret; se quedó callado un momento, mirando a Rennie—. ¿Por qué creías que acepté el trabajo de guardaespaldas? Y no digas que fue por el dinero. Sabes que eso ni siquiera lo tuve en cuenta.

—Creía que era porque respetabas a mi padre..., y porque querías martirizarme.

Jarret sonrió.

—Esos son buenos motivos, aunque no los míos —dijo, y se apoyó en un codo—. Te escapabas de mí, Rennie. Decidiste que todo era un error y que aquello era el final. Sólo hay una razón por la que me planteé hacer aquel detestable viaje de vuelta al Este: estar lo bastante cerca de ti como para atraparte.

Con una sonrisa radiante, Rennie se abrazó a sí misma; le parecía que el corazón iba a estallarle de alegría: por su parte, Jarret soltó una risita, algo maliciosa y muy poco arrepentida.

—Veo que mi confesión no va a atraerte hasta la cama...

Ella se ruborizó y meneó la cabeza.

—Me gustaría que vinieras mañana conmigo a ver al padre Daniel.

—¿El padre Daniel?

—En realidad, ahora es el obispo Colden. Voy a ir a verlo por lo de la anulación eclesiástica; creo que él puede ayudarme.

—¿Un obispo? ¿No crees que estas picando demasiado alto, Rennie? —Entonces vio su sonrisa y se dio cuenta de que, por un instante, se había olvidado de que Jay Mac había hecho planes para el futuro de cada una de sus hijas. Sin acabar de creerlo, aunque sabiendo que era verdad, preguntó—: ¿Fue tu padrino?

Rennie asintió.

—Que me lleven los demonios...

—Con eso también puede echar una mano el obispo Colden.

Él soltó una carcajada.

—Lo tendré en cuenta.

En ese momento, Rennie se puso en pie de un salto, se inclinó sobre la cama y besó a Jarret en la boca, aunque se las arregló para esquivar su mano, que quería agarrarla. Un poco sin aliento, risueña y radiante, se dejó caer otra vez en la butaca.

—Cuéntame que ha pasado en la reunión del consejo.

Jarret se sentó y se echó atrás el pelo que le caía sobre la frente.

—Tu padre les contó a todos lo que había visto en Queen's Point (o, más bien, lo que no había visto), y luego dejó que Hollis se explicara. Él se había preparado y acogió con agrado la idea de una investigación. Me sorprendería que pudiera echársele la culpa de algo. Creo que se las habrá arreglado muy bien para no dejar rastro.

—Entonces depende de quién vaya a hacer la investigación —dijo.

—Jay Mac me lo pidió a mí... Y Hollis casi lo desafió a que lo hiciera.

—Bien.

Jarret negó con la cabeza.

—No estoy tan seguro, Rennie. Éste no es el tipo de trabajo que he hecho hasta ahora. Sé seguir las huellas de pies, no de los papeles... ¿No te parece que Hollis lo sabía y por eso lo aceptó?

—Probablemente, pero tú demostrarás que se equivoca —lo dijo con seguridad, como si fuera una conclusión inevitable—. ¿Contó Jay Mac todo lo del descarrilamiento?

—Sólo para dar una idea de lo que le pasó a él. No podía hablar de ninguna de nuestras sospechas sin implicar a Nina y a Hollis.

—Supongo que el hecho de que algunas cosas sean demasiado personales tiene su lado malo y su lado bueno... —Suspiró—. ¿Ha visto Jay Mac a Nina?

Jarret asintió.

—Estuvo con ella casi una hora. Creo que debe de haber sido una separación muy cortés; por lo menos no hubo gritos. El señor Pinkney hizo las maletas de tu padre y eso fue todo.

—Resulta difícil de creer —dijo ella, mirando fijamente la pared de enfrente—. De niña, soñaba con que Jay Mac la dejaba y venía a vivir con nosotras... Ahora que todas hemos crecido, no es lo mismo.

Jarret le tendió la mano, y esta vez Rennie la tomó. Dejó que tirara de ella hasta sacarla de la butaca y llevarla a la cama, y luego se apoyó en él,

con la cabeza descansando en el hueco de su hombro y un brazo echado por encima de su cintura. Él le rozó el brazo con los dedos; primero los llevó justo hasta la venda y después hasta el codo. A ella la tranquilizaba que la abrazara de aquella manera, y él parecía saberlo. Cerró los ojos y le dijo:

—Tendrás que irte pronto.

Él asintió, pero no hizo ademán de moverse. A Rennie le pareció muy bien.

Lo que los despertó fue el golpeteo en el piso de abajo. Al instante, Jarret estaba de pie y alargaba la mano hacia el cinto. Rennie se levantó unos segundos más tarde. Intentó mantener el equilibrio y calmar su corazón.

—Pero ¿qué es eso? —preguntó cogiendo la bata.

—Hay alguien en la puerta —dijo él.

Rennie miró el arma de Jarret.

—¿Es preciso?

Él no se molestó en responder. Abrió la puerta que daba al vestíbulo y sólo se detuvo al darse cuenta de que ella lo seguía.

—¿Adónde crees que vas?

Esta vez fue Rennie la que no se molestó en contestar; se agachó por debajo de su brazo y se dirigió corriendo al recibidor. Jarret la alcanzó en la escalera. Ahora el golpeteo sonaba más fuerte y más frenético, y además se oía la voz amortiguada de alguien que gritaba.

—Tú espera aquí mientras abro la puerta.

Rennie abrió la boca para discutir, pero luego cambió de opinión. Sus ojos se dirigieron con cautela a la gran puerta principal y se quedó quieta. A medida que el resto de la familia iba despertándose, oyó puertas que se abrían y se cerraban en el vestíbulo de arriba. Jarret se asomó por una ventana lateral antes de girar el pomo de latón, y cuando

dejó que la puerta se abriera de golpe, el señor Pinkney estuvo a punto de caer en el recibidor. Jarret lo ayudó a sostenerse, pues en seguida se dio cuenta de que el mayordomo de Jay Mac no estaba ebrio. Sus turbadas acciones y sus ojos desorbitados no se debían a que hubiera bebido. Desde lo alto de la escalera, Jay Mac preguntó:

—¿Qué ocurre, Pinkney? ¿Qué lo trae aquí a estas horas?

Pinkney se esforzó por recuperar el aliento. Su piel, normalmente pálida, tenía un tono rubicundo a causa del esfuerzo de la carrera.

—Es la señora Worth, señor.

—¿Qué le pasa? —preguntó Jay Mac con frialdad.

Sintió que la mano de Moira le rodeaba la suya y le daba un ligero apretón de advertencia.

—No seas prepotente, cariño —susurró—. Algo malo ha sucedido.

Jay Mac bajó un escalón.

—Adelante, Pinkney, puede decir lo que sea.

El mayordomo se quitó el sombrero y lo sostuvo a la altura del pecho.

—La señora Worth ha muerto —dijo—. Se ha arrojado por el balcón.



Capítulo Quince

Dos días después de la visita nocturna de Pinkney, la señora de John Mackenzie Worth fue honrada en un majestuoso funeral al que asistieron casi todos los ciudadanos importantes de Nueva York. Jay Mac aceptó el pésame de sus amigos y colegas con toda la elegancia de que fue capaz, aunque de vez en cuando sorprendía rápidas ojeadas de los dolientes, miradas que parecían acusarlo de la muerte de Nina. Habría sido peor si hubieran sabido que le había pedido el divorcio sólo unas horas antes del suicidio. Su propia conciencia no le daba mucho respiro. Deseaba que Moira estuviera a su lado, pero, por supuesto, eso era imposible. Sin embargo, ella lo consolaba y le daba energía cuando estaban solos. Por su parte, sus hijas no lo abandonaron ni se extrañaron al ver su pesar; ellas, a diferencia de quienes lo conocían peor, comprendían que su dolor era auténtico y que no había hipocresía en él al decir que sentiría la ausencia de Nina durante mucho tiempo, quizá para siempre. Ninguna pensó que amara menos a Moira por confesarlo, y la que menos, la propia Moira.

Dos días después del entierro de Nina Worth, Jay Mac reunió a su familia en el salón y anunció que él y Moira iban a marcharse a la casa de verano, en el valle del río Hudson.

—Sólo serán unas semanas —les dijo—, lo suficiente como para recuperarme.

Maggie, Skye y Mary Francis le dieron ánimos, pero Rennie se guardó sus comentarios. Con el brazo en torno a los hombros de Moira, Jay Mac le dijo:

—Tu silencio es muy elocuente, Mary Renee. ¿Te preocupa qué pasará con Northeast mientras yo esté fuera?

Rennie no dijo nada durante unos instantes, pero sus ojos consultaron a Jarret.

—Díselo tú —dijo él—. O yo. No quiero esperar hasta que tus padres vuelvan.

Moira miró expectante a Rennie. Luego su mirada se desvió hacia Jarret. Entonces lo vio en los ojos de los dos, en aquel delicado intercambio de mensajes sin palabras, y dio unas suaves palmaditas en la mano de Jay Mac.

—Esto no tiene nada que ver con Northeast —dijo—. Nada de nada.

Rennie se alisó su vestido color gris; luego abrió y cerró las manos. Sabía que su insólito nerviosismo preocupaba a su familia, pero no parecía dar con las palabras. Tras volver a mirar a Jarret, por fin soltó:

—Jarret me ha pedido que me case con él.

Mary Francis se rió.

—¿Y nada más? Todos lo veíamos venir, Rennie. —Su bella y serena sonrisa se desvaneció al ver que ella seguía nerviosa; entonces tocó su rosario—. Ay, no... No irás a tener un niño, ¿verdad?

Rennie le lanzó una mirada asesina a su hermana, al tiempo que se ponía como un tomate.

—Pero ¿es que tienes que decir lo primero que se te viene a la cabeza? —le preguntó; de reojo, dirigió un enojado vistazo a Jarret, que se reía entre dientes—. No voy a tener un niño. Al menos ahora, ni en un futuro próximo. Lo que trato de decir es que voy a casarme con Jarret.

Se hizo un completo silencio hasta que, de repente, todo el mundo empezó a hablar a la vez. Jarret levantó la mano y los interrumpió.

—Creo que Rennie pretendía decirles que ya hemos hablado con el obispo Colden. Esta mañana se ha concedido la anulación matrimonial de Rennie y queremos casarnos en seguida.

Hubo otro segundo de silencio y luego todos se pusieron a hablar de nuevo. Esta vez Jarret se arrellanó en el sofá junto a Rennie y dejó que siguieran. Ella recibió las felicitaciones de su familia, y por su parte, Jay

Mac le dio a Jarret unas palmadas en la espalda cuando fue a servir bebidas. Repartió jerez y bourbon, y brindó por su hija y por Jarret.

—No estaría más contento si yo mismo hubiera planeado el asunto —dijo, al alzar su vaso.

Rennie miró a su padre por encima de su copa y dijo con guasa:

—Papá, pero si lo has planeado tú...

Jay Mac lo pensó un momento.

—Sí que es verdad —dijo, y una amplia y orgullosa sonrisa cruzó su ancho rostro, que pareció rejuvenecer unos cuantos años—. Bien por mí.

Se casaron al cabo de tres semanas, en la pequeña capilla de la iglesia de San Gregorio. Los invitados fueron parientes y amigos próximos, y, desde Denver, Mary Michael y Ethan enviaron sus mejores deseos por telégrafo. Esa misma noche Moira y Jay Mac partieron para su casa del valle. Mary Francis regresó al convento, y Maggie y Skye estuvieron encantadas de tomar una amplia suite en el hotel Saint Mark y disfrutar de cierta independencia que rara vez les permitían ejercer. Contrariamente a la tradición, fueron los recién casados los que se no se movieron de donde estaban.

Rennie y Jarret estaban sentados en la alfombra, ante la chimenea del estudio. El fuego estaba encendido, y entre ellos había dos copas de tallo largo que contenían un poco de champán; el resto se encontraba en un recipiente de plata. El señor y la señora Cavanaugh ya se habían retirado a la casa de la cochera a pasar la noche. El fuego y el champán crepitaban. Todo lo demás estaba en silencio.

Rennie se quitó algunas de las horquillas que sujetaban su recogido y agitó la cabeza; sus rizos sueltos le cayeron en cascada sobre los hombros y le enmarcaron el rostro. Las puntas color rojo oscuro descansaron con delicada ligereza en el corpiño de satén de su vestido de novia. Depositó las horquillas en el hogar y se peinó con los dedos.

—Déjame hacerlo a mí —dijo él.

Jarret la rodeó. Ella se encajó entre sus rodillas alzadas y apoyó la espalda contra su pecho. Los dedos de Jarret juguetearon con las puntas de su cabello, y el dorso de su mano le rozó el seno.

—¿Qué crees que hará Hollis mientras Jay Mac está fuera? —preguntó ella.

Jarret le dio un tirón de pelo.

—Es nuestra noche de bodas —dijo, gruñéndole en la oreja—. Vamos a dejar los negocios en el Edificio Worth.

—Está bien.

Su rendición fue demasiado rápida para contentar a Jarret. Sabía que su mente seguía pensando en ello.

—No puede hacer mucho —dijo él—. Anoche hice trasladar aquí todas las cuentas y los expedientes. Así no tengo que preocuparme por que Hollis vaya a falsificar cosas mientras Jay Mac está fuera de la ciudad.

Rennie frunció el ceño.

—¿Cómo no me di cuenta de que lo hacías? ¿Dónde estaba yo?

—Justo aquí, en el estudio, trabajando con tu padre en el proyecto de Queen's Point.

—Pues no me enteré de nada. —Estaba sorprendida; en las últimas semanas Jarret había ido vertiendo una auténtica montaña de libros de contabilidad en el despacho de Jay Mac, y la tarea de trasladarlos a la casa no debía de haberse llevado a cabo ni rápidamente ni en silencio—. Deberías haber dicho algo. Yo te habría ayudado.

—Maggie y Skye me ayudaron. —La besó en la sien—. Y además, tú estabas concentrada en otra cosa. No me sorprende que no te enteraras.

Ella llevó las manos de él hasta su cintura y puso las suyas encima.

—¿Crees que esta casa es segura?

Jarret percibió la sombra de ansiedad que había en sus palabras. Por más que intentaba mostrarse indiferente, desde que descubrió que sus extraños sueños de hacía casi un mes habían sido realidad, no se sentía

segura. En todo ese tiempo no se había quedado sola en ninguna habitación.

—Nadie va a volver a entrar aquí —dijo él, al tiempo que la tranquilizaba con un pequeño apretón de manos—. El día siguiente de que ocurriera aquello, debería haberme enfrentado a él. No debí dejar que me disuadieras de hacerlo.

Ella negó con la cabeza.

—No, es mejor a mi manera. Y, en todo caso, no había ninguna prueba. Si no me hubieras contado lo que pasó, yo habría seguido creyendo que fue un sueño. Nada bueno habría salido de tu encuentro con Hollis. Nina acababa de suicidarse, ¿te acuerdas?, y él no debía de encontrarse demasiado sereno... De todas formas, ¿qué ganó haciendo que Taddy y los otros me sacaran de aquí, aunque fuera sólo un rato? Tú y Jay Mac habéis seguido investigando, y yo he logrado la anulación. No ha tenido éxito en nada.

Pero Jarret no estaba tan seguro. Rennie estaba asustada, como no lo había estado nunca. Sí ése era el objetivo de Hollis desde el principio, sí que había tenido éxito... Sin embargo, Jarret no lo mencionó; en lugar de eso, dijo:

—Aún no hemos demostrado que Hollis fue quien autorizó todos los desembolsos. De hecho, la mayoría de las pruebas apuntan al propio Jay Mac. Es como si Hollis, después de poner en marcha su plan, se hubiera quitado de en medio.

—Pero Jay Mac firmó lo que Hollis le dijo que firmara. Él confiaba en Hollis.

Jarret dio un suspiro.

—Lo sé, pero eso no cambia el hecho de que, visto desde fuera, parece como si Jay Mac estuviera tramando robarle a su propia compañía.

La espalda de Rennie se puso rígida.

—¡Eso es escandaloso! —Se inclinó hacia adelante y se volvió para mirar a Jarret—. ¿Le has hablado a Jay Mac de esto?

—Hemos hablado el tema. —Cogió una copa de champán y dio un sorbo—. Él siempre ha sabido que tal vez hubiera algún problema. Lo ha sabido desde que se enfrentó a Hollis en público. Jay Mac se arriesgó mucho al hacerlo, pero cree que yo descubriré algo.

Rennie se relajó un poco.

—Y lo harás —dijo, volviendo a acomodarse contra él; alzó la mano con que Jarret sostenía el champán y bebió de su copa—. Lo sabes, ¿verdad?

—Sé que tú lo crees —dijo él.

Inclinó más la copa y dejó que Rennie bebiera hasta saciarse. Cuando la retiró, la boca de ella estaba húmeda de champán. Entonces Jarret dejó a un lado la copa mientras Rennie giraba en sus brazos. Su boca bajó sobre la de ella, y sus ojos le escrutaron la cara. El pequeño espacio que los separaba se redujo. Sus labios se rozaron y luego se adhirieron. Él saboreó a la vez el champán y a Rennie, y la mezcla le resultó embriagadora. Sus manos se deslizaron por su espalda; el traje de satén estaba tibio con su calor, y casi tan suave como la sensible piel de su nuca. Le levantó el pelo y le besó el cuello. Tenía el aliento cálido, y la boca húmeda. Ella sintió el suave tirón de sus labios sobre la piel, el ardor de su boca, y el áspero y húmedo filo de su lengua. Volvió la cabeza y cogió el aliento de él con el suyo. Fue como si él respirase con su aire.

Los dedos de Rennie acariciaron la nuca de Jarret, le despeinaron unos mechones de pelo rubio oscuro y luego los alisó. Dibujó una línea justo por encima del cuello de su camisa, y al llegar a la pechera, empezó a abrir los botones. Su boca fue acariciándole la piel a medida que la descubría, y él la dejó tomarse su tiempo, saboreando la ilusión tanto como su tacto. Jarret se quitó la chaqueta, y Rennie prosiguió quitándole la camisa. La piel de él mantenía su tono de bronce a la luz del fuego y ella lo miró; lo miró, sin más. Sus ojos se oscurecieron a medida que recorrieron sus hombros y su pecho, y al bajar la vista hasta la lisa llanura de su vientre, vio que su piel se contraía como si lo hubiera tocado... Aunque parecía que hubiera pasado una eternidad desde entonces. Se sentía impaciente y, a la vez, tímida.

Él observó el abanico de emociones que pasaban por el rostro de Rennie. En su mente sabía cuál sería el resultado, pero esa espera tenía su propio poder erótico. Cuando al fin se inclinó hacia adelante y lo acarició con la boca, estuvo a punto de salirse de su piel. Miró hacia abajo, a la cabeza inclinada de ella, la coronilla de su hermoso cabello, y entonces la vio entregada al placer: el placer de él y el de ella misma. Su fragancia, los persistentes aromas a azahar, lavanda y jabón, tomaron cuerpo. Pasó las manos por las sedosas hebras de su cabello, que se enredó entre sus dedos, y se deslizó por ellos como si de arroyuelos de agua tibia se tratara, dejando un rastro de suavidad y su aroma grabado en la piel.

En la espalda del vestido de ella había dos docenas de diminutos botones forrados. El corpiño y las largas mangas se le ajustaban como si fueran un velo de encaje y satén sobre la piel. Jarret dio un tironcito a uno a modo de prueba, pero no cedió. Luego pasó la palma de la mano desde la muñeca hasta el hombro, rozando el codo... Suspiró, y Rennie alzó la vista. El infantil gesto de frustración que vio en su cara le resultó simpático..., y el franco deseo que había en su ojos le pareció fascinante.

—Siempre puedes subirme la falda —susurró.

A continuación Jarret enlazó los brazos en torno a su cuello y fue besándola por la mandíbula y justo bajo su oreja. Se arrimó a su cuello, provocándolo con su risa sofocada y con la presión de su cuerpo... Y entonces Jarret le sujetó las nalgas con las manos y empezó a subirle poco a poco el vestido.

—Creo que lo haré —dijo con voz profunda.

Ella lo empujó por los hombros y cayeron juntos sobre la alfombra. El cabello de ella se derramó hacia adelante, quedando como una cortina en torno a sus cabezas. Lo miró. Las manos de él aún le cogían el trasero; los muslos de él acunaban los suyos.

—Ni se te ocurra —dijo ella.

Lo besó en la boca y, al ir a besarlo de nuevo, sus narices chocaron. Entonces rompieron a reír hasta que, sencillamente, el último rastro de nerviosismo que quedaba se borró en los ecos decrecientes de sus risas. Al fin, Rennie se sentó, le ofreció la espalda y levantó su cabello.

Entonces él fue tirando de los botoncitos. Se tomó su tiempo, pues iba besando la carne que se le ofrecía. Su calma era exasperante y, a la vez, deliciosa. Cuando acabó, se levantó y tiró de Rennie para ponerla en pie. Luego la tomó de la mano, la sacó del estudio y subió con ella la escalera. El camino hasta su cuarto fue lento: primero la besó al pie de la escalera, y después, cada pocos escalones. Cada beso duraba un poco más, y con cada uno, el corpiño del vestido iba resbalando más abajo. Para cuando llegaron al descansillo del primer piso, estaba enrollado en torno a su cintura, y la redondez de sus pechos surgía por encima del corsé y de la camisola. Con la boca, Jarret resiguió sus curvas.

Justo a la puerta de la habitación de Rennie, la levantó en alto, y ella le rodeó el cuello con los brazos. Se dieron un beso largo, lento y profundo, y en seguida estuvieron al borde de la cama, donde se deshicieron de sus prendas sin demasiada ceremonia. Rennie se escurrió su vestido color marfil y se sentó en el borde del colchón para quitarse los zapatos y las medias. Mientras echaba una mirada de reojo a Jarret, sonrió despacio, con los ojos más que con la boca. Él estaba observándola.

—Eres una sirena —le dijo.

Él también mostraba uña traviesa sonrisa al tiempo que la miraba. De un puntapié, quitó los pantalones de en medio y luego tiró del cordón de sus calzones. Rennie sintió que la respiración se le aceleraba un poco; hurgó con torpeza en los lazos de su corsé.

—¿Necesitas ayuda con eso? —le preguntó él.

Estaba justo a su lado, y ella no tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí. Asintió; le resultaba difícil hablar en ese preciso instante. Los dedos de Jarret tiraron de los lazos. Le besó los hombros desnudos y la nuca mientras sus manos hacían desaparecer las marcas que las rígidas ballenas le habían dejado en la carne. Ella se volvió y lo besó en la boca. El echó atrás la ropa de cama mientras ella se zafaba de sus enaguas. Por el rabillo del ojo Jarret las vio pasar volando por encima la cama, y su maliciosa sonrisa se apretó en el valle de los pechos de Rennie. Sintió el corazón de ella deprisa contra su boca.

Los pechos de Rennie se hincharon bajo su caricia. Él dibujó una espiral con sus dedos, y el pezón de ella se endureció; entonces lo cubrió

con su boca y sosegó su hormigueante calor con la lengua. El placer que le provocó aquello la hizo jadear. La mano de él se deslizó entre sus cuerpos y le acarició la cara interna del muslo. Ella pensó que nunca recuperaría el aliento. Su piel era toda sensación. Los dedos de Jarret investigaban, provocaban... Los muslos de ella se separaron. Rennie le acarició la espalda, desde el hombro a la cadera, y sintió en la piel la presión de su excitación, su calor y su dureza. Él le susurró al oído, y ella apenas comprendió la orden que pronunciaba su voz profunda; respondió por su propia necesidad tanto como por la de él. Alzó las caderas y lo guió hasta su interior. La boca de él encontró el hueco de su garganta. Ella arqueó el cuello y, al siguiente segundo, su cuerpo se arqueó también. Sus talones se hundieron en el colchón, y sus dedos hicieron pequeñas muescas en la carne de él. Esta vez fue su boca la que apresó el sonido del deseo de ella y el jadeo de su pasión.

Embistió fuerte en su interior, y su rígida longitud la llenó. Ella se tensó toda en torno a él: sus piernas le apretaron los costados, y las plantas de sus pies le acariciaron las pantorrillas. Sus brazos lo rodearon; sus caderas lo acunaron. El ardor del centro de Rennie se desbordó y se extendió hasta las yemas de sus dedos. Su cuerpo tembló tras aquella tensión que tiraba de su piel. Jarret sintió su calor y su liberación, y los tomó como si fueran su aliento; le eran igual de necesarios. Ella observó su cara, aquellas facciones endurecidas por el deseo. El profundo azul de sus ojos había desaparecido casi del todo, y su cara parecía adusta. Él dejó que viera lo mucho que la deseaba, cuánto la ansiaba. No le dio miedo que Rennie lo viera así, y su pasión se convirtió en su fuerza. Entonces lo animó a seguir, suplicándole con roncos susurros, y sus embestidas se apresuraron. Cuando los dedos de Rennie se enredaron en los de él, se alzó sobre ella; tenía los nudillos blancos. Él era parte de ella, la llenaba, y su boca, ardiente, estaba sobre la suya cuando ella acogió su semilla.

Pasó algún tiempo hasta que Jarret tiró de una sábana para cubrir sus cuerpos sudorosos. Sus respiraciones ya se habían lecho más lentas. Rennie tenía los párpados hinchados, y su sonrisa era somnolienta. Cuando se inclinó sobre ella para bajar la lámpara, ella le besó en el codo, y a él le gustó. Después dobló la almohada bajo su cabeza para verla

mejor, y ella se volvió de costado. Le acarició ligeramente el pecho. Su piel de bronce parecía luminosa incluso en aquella habitación en sombras.

—Señora Sullivan —dijo él.

—¿Sí?

Él se rió.

—Sólo quería ver si contestabas.

Ella lo pellizcó y dijo con remilgo:

—Responderé cuando me plazca, señor Sullivan.

Jarret se inclinó hacia ella y bajó la cabeza para que su boca quedara sobre la suya.

—¿Ah, sí? —preguntó.

Aunque consiguió dar a su voz un tono convenientemente amenazador, la risa que había en sus ojos deslució el efecto.

—Sí.

La forma recta y seria de su boca lo intrigó. Estaba conteniendo una sonrisa... Esperó a que ésta brotara para chocar su nariz con la suya y la besó en la comisura de la boca y en la sien.

—Señora Sullivan —dijo.

Ella sonrió, radiante.

—Me gusta oír eso.

Entonces abrió su boca bajo la de él y lo besó profundamente. Jarret tiró de ella hasta acercarla más, posó la mano en su cadera y le pasó el pulgar por la suave piel. El beso se hizo más lento, casi aletargado. Él se apartó para observarla y se rió en voz baja al ver que sus cargados párpados se le caían hasta cerrarse.

—Sólo un día de casados —susurró—, y ya te aburre hacer el amor.

—Aburrida no... —dijo, sin esforzarse mucho por abrir los ojos—. Sólo cansada... El champán es así. Sabes que no puedo con la bebida.

Entonces arrugó la nariz, y él la besó en la punta, lo que le provocó una sonrisa. Deslizó los pies justo debajo de la pierna de él para calentarse, al tiempo que posaba una de sus manos sobre su pecho.

—Ha sido una ceremonia preciosa, ¿verdad? —musitó—. Me parece que me gusta estar casada con usted, señor Sullivan.

Él atrapó su mano.

—Mejor. Porque no voy a dejar que te escapes.

Se dio cuenta de que a Rennie no le ofendía su afirmación. En lugar de eso, acentuó su soñolienta sonrisa mientras se acomodaba más cerca, protegida por sus palabras, segura.

Rennie se sobresaltó al despertar y no encontrar a Jarret a su lado. Fuera seguía estando oscuro y, donde las cortinas estaban descorridas, la luz de la luna se inclinaba cruzando el suelo. Se sentó para escuchar los sonidos que llegaran del vestidor y del cuarto de baño contiguos. Nada. En la chimenea ya no había llamas, sólo rescoldos, y en la pared se proyectaban sombras que parecían amenazadoras. Rennie sintió que la inundaba una oleada de alarma e intentó no ceder al pánico. Conscientemente, calmó su respiración mientras se sentaba en el borde de la cama. Su bata estaba sobre una silla. Se la puso y se ató bien el fajín en torno a la cintura. Él no estaba en el balcón ni en las habitaciones contiguas. Rennie encendió la lámpara y la llevó hasta el vestíbulo. En lo alto de la escalera escuchó con atención por si oía algo abajo; que los crujidos fueran los normales de la casa no la tranquilizó. Levantó el pie para bajar el primer escalón, pero luego retrocedió, incapaz de obligarse a bajar la escalera. Entonces se apoyó en la pared, con la lámpara temblándole en la mano y el corazón en la boca.

—Cobarde —se dijo a sí misma.

Eso bastó para impulsarla a seguir por el vestíbulo. No se molestó en buscarlo en todas las habitaciones, sino que buscó una rendija de luz que surgiera bajo alguna de las puertas, y al final la encontró al pie de la puerta del que había sido el dormitorio de él. Entonces apagó la lámpara

y la dejó a un lado, en el vestíbulo. Pensaba reñir a Jarret por haberla abandonado, pero al entrar en la habitación y verlo, advirtió que no se daba cuenta de que entraba, y en ese momento su enfado y su miedo se desvanecieron sin más. Estaba sentado en una silla, con los hombros inclinados sobre el diminuto escritorio que habían trasladado a aquel cuarto. La silla era demasiado pequeña para su cuerpo, y el escritorio, también. Sólo cabían unos cuantos libros de contabilidad y unas cuantas carpetas. Los demás estaban por el suelo, a sus pies, y también bajo la mesa, amontonados en equilibrio inestable en un rincón y apilados sin orden ni concierto sobre la cama. Tenía uno de ellos abierto delante. Lo miró fijamente un buen rato y luego suspiró. Después, se echó atrás en la silla, estiró las piernas y se frotó los ojos.

En ese momento Rennie se le acercó por detrás. Vio que se ponía rígido al sentir una presencia y que luego se relajaba un poco al saber que era ella. Entonces le puso las manos en los agarrotados hombros y empezó a darle un masaje. Un estremecimiento recorrió sus músculos, y ella absorbió aquel dolor y aquella tensión con las yemas de sus dedos. Se inclinó hacia adelante y lo besó en la sien. Él echó atrás una mano y la puso sobre las suyas.

—Es de madrugada —dijo ella en voz baja—. Deberías volver a la cama.

Él negó con la cabeza.

—No podría dormir.

De nuevo, Rennie empezó a masajearle los hombros.

—A lo mejor no quiero que duermas...

Una sonrisa cansada pero admirativa asomó en la boca de Jarret.

—Tampoco podría hacer nada más.

Los dedos de ella se hundieron más fuerte y lo pellizcaron. Dejaron de hacerlo cuando él fingió encogerse de dolor. En tono más serio, dijo:

—No tienes por qué hacer esto esta noche. Los libros de cuentas seguirán aquí por la mañana.

Jarret giró en su silla y apartó las manos de Rennie.

—Da igual el tiempo que pasen aquí: un día, una semana, un mes... La respuesta no está en ellos. No se me dan bien estas cosas, Rennie, o al menos, no tanto como a Hollis. En estas cuentas no encuentro nada que lo inculpe; o ese hombre ha tapado por completo su rastro, o no hay rastro que cubrir.

Ella retrocedió un paso.

—¿Cómo puede ser? —dijo; caminó hacia la chimenea y atizó los carbones encendidos—. Tiene que haber algo. No estarás pensando que Hollis es inocente, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.

—Tal vez lo sea..., en cierto modo.

Los dedos de ella asieron con fuerza el atizador.

—No te entiendo.

—Depende de cuál sea la acusación. A partir de estos libros de cuentas no podemos probar nada sobre el accidente del Salto de Juggler. Siempre hemos sabido que, aunque Hollis hubiera sido responsable del descarrilamiento, no fue él quien sacó los pernos.

—Le pagó a una persona —dijo ella—; o tal vez a más.

—Pero no con los fondos de Northeast. Esto es un callejón sin salida... —Volvió una página y pasó el dedo por las entradas—. Un montón de dinero ha ido a parar a un grupo contratista de Denver que, en teoría, se encargaba del proyecto en Queen's Point e informaba directamente a Hollis.

—Entonces eso es —dijo ella dejando el atizador—. Apuesto a que, cuando intentes dar con el contratista, descubrirás que no existe. Hollis ha estado desviando el dinero de los suministros y los sueldos, y quién sabe qué más, a una compañía que en realidad no existe. Probablemente ese dinero esté ingresado en una cuenta bancada de Denver..., a nombre de Hollis.

—Ya he encontrado al contratista, y tienes razón. Es una tapadera.

Rennie abrió mucho los ojos.

—¡Pero eso es estupendo, Jarret! ¿Cómo estás tan desanimado cuando ya has averiguado tanto? ¿Lo sabe ya Jay Mac?

—Sí que lo sabe. Se lo dije en cuanto lo descubrí, y eso fue hace semanas.

Rennie hizo una mueca. No comprendía por qué Jarret no se lo había contado antes, ni por qué no compartía su emoción.

—Entonces está casi resuelto, ¿no? —preguntó; se hundió en la butaca, grande y mullida, y se remetió la bata alrededor de las piernas en un gesto de pudor—. Sólo tenemos que demostrar que Hollis recibió el dinero a través de esa compañía contratista fraudulenta.

Jarret se inclinó a recoger un expediente que estaba en el suelo, a sus pies, y se lo alargó a Rennie.

—Aquí dentro está la correspondencia que la compañía contratista ha dirigido a Northeast. La mayoría de los comunicados son telegramas. Casi todos tratan de los progresos de las obras, aunque algunos son peticiones de más fondos, y verás que todo se dirige a Hollis en calidad de director aquí, en Nueva York.

—Todo parece legal.

Él asintió.

—Estoy seguro de que la defensa de Hollis será que él también creyó que era legal. —Cuando Rennie le dirigió una mirada de desconcierto, intentó explicarse mejor—: Sospecho que Hollis intenta dar a entender que él ha sido una víctima, Rennie. Si consigue que los demás crean que Jay Mac recomendó esa compañía, no tiene nada por lo que preocuparse.

El ceño de ella se acentuó mientras volvía a hojear la correspondencia, esta vez mirando con más detalle el nombre del contratista y de la compañía.

—He dicho que he dado con el contratista —dijo Jarret—, y que incluso he dado con la cuenta donde está el dinero. Pero no he dicho que el nombre de Hollis Banks apareciera por ningún lado.

La cara de Rennie palideció al mirar fijamente el expediente que tenía en la mano.

—Contratistas Seton... Seton... —Alzó la mirada hacia Jarret—. Es un anagrama de Stone... La persona que está al otro lado de todo ese dinero es Ethan, ¿verdad?

Jarret asintió mientras soltaba una risa sin rastro de humor.

—Aunque él no se enteró hasta que le mandé un telegrama para decírselo. De hecho, descubrió que en el Banco Federal de Denver había una cuenta abierta a nombre de Contratistas Seton, en la que él aparecía como titular, y donde había unos trescientos mil dólares.

—Ay, Dios mío.

—Y tu padre firmó las letras de cambio, Rennie —dijo en voz baja—. Hollis acudía a tu padre con las cartas que tienes en la mano como prueba de que el trabajo avanzaba, y entonces tu padre enviaba los fondos para el proyecto. Ves lo que parece, ¿no? Es como si Jay Mac trabajara con Ethan para estafar a Northeast. Es lo que se deduce de las cuentas.

—Eso no se lo creerá nadie... —dijo; pero ni siquiera a ella le sonaron convincentes sus palabras. Dejó caer el expediente al suelo, y parte de su contenido se esparció; algunos papeles quedaron peligrosamente cerca del fuego. Rennie los miró y empezó a levantarse—. Deberíamos quemarlos. Así no habría...

Jarret se puso de pie y le bloqueó el paso. Con suavidad le apretó los hombros y la invitó a que volviera a sentarse. Después se arrodilló y recogió los papeles.

—Me sorprendería mucho que Hollis no tuviera copia de toda esta correspondencia o, al menos, testigos que den fe de ella. Si desapareciera de pronto, eso no haría sino acusar más a Jay Mac. —Dejó el expediente en el escritorio y se sentó en el brazo de la butaca de Rennie—. Ambos sabemos que entre Ethan y Jay Mac no hay ningún complot, pero todas las pruebas indican que lo hay. Ambos estamos convencidos de que Hollis Banks es el responsable de todo, y, sin embargo, no hay pruebas que respalden nuestra convicción.

—Y Hollis lo sabe, ¿verdad?

—Así lo planeó.

Rennie se quedó callada, pensando, mientras se frotaba el caballete de la nariz con el pulgar y el índice.

—Trescientos mil dólares... —dijo en voz baja—. Y todo a nombre de Ethan. Pero si Hollis no quiere el dinero, ¿qué...?

—¿Quiere? —Jarret acabó la frase por ella—. Quiere la compañía. Hollis quiere hacerse con Northeast Rail.

—Antes Jay Mac disolverá la empresa —replicó ella con ardor.

Jarret se mantuvo un momento en silencio para que pensara lo que había dicho y luego, con suavidad, le explicó:

—No lo hará. No puede. Tu padre es muy rico, Rennie, pero Northeast es una compañía con una deuda enorme, mucho mayor de lo que él puede pagar de su bolsillo. Los acreedores de Northeast (bancos e inversores particulares) no van a dejar que Jay Mac cierre la tienda sin más, cuando, con Northeast operando, siguen obteniendo beneficios. Conoces muy bien el modo en que funcionan estas cosas.

Rennie alzó la vista hacia él con expresión dolorida. En voz baja le preguntó:

—Jay Mac piensa retirarse, ¿verdad? Por eso ha ido con mamá a la casa de verano. No es sólo por la muerte de Nina por lo que quiere pasar una temporada lejos de la ciudad...

Jarret no tuvo que contestar. Ella vio la verdad en su rostro.

—Debería habérmelo dicho... Y tú también.

—Él no quiso estropearnos la boda —dijo Jarret—. Y yo tampoco. Hasta esta noche, supongo que esperaba encontrar algo, que tu fe en mí estaría justificada... Pero no va a ser así, Rennie. Probablemente Hollis haya ganado. Jay Mac aún puede optar por enfrentarse a él, pero el escándalo significará el descrédito para Northeast e incluso desencadenará el pánico. Exigirán el pago de los empréstitos, y tu padre lo perderá todo. En cambio, si la transmisión de poderes se realiza sin sobresaltos, Northeast seguirá dando beneficios, y así los inversores estarán contentos, los bancos también, y la compañía seguirá inspirando confianza... Y, además, Jay Mac no se verá expuesto al ridículo.

—Va a perder sus acciones.

Jarret asintió.

—Es más que probable. Hollis sería tonto si no exigiera un porcentaje de las acciones de Jay Mac a cambio de hacerse cargo de la compañía... —hablaba en tono amargo, resignado—. Y creo que los dos sabemos que Hollis es astuto.

Rennie apoyó la cabeza en el brazo de Jarret, y su mejilla agradeció la fresca suavidad de su batín de cuadros.

—Y si Hollis había planeado todo esto para hacerse con el control de la compañía, ¿por qué intentó matar a Jay Mac?

—Podría intentar adivinarlo, pero si quieres saber la verdad, tendrás que preguntárselo a Hollis.

Rennie se apartó de él, y mientras se sumía en cavilaciones, una arruguita apareció entre sus cejas. Al fin, despacio, dijo:

—Jarret, si estuvieras siguiendo a alguien por las montañas y hubieras perdido su rastro, ¿qué harías? —alzó la mano para que la dejara seguir hablando—; es decir, si supieras hacia adonde se dirigía.

Jarret se encogió de hombros. No era precisamente una pregunta difícil.

—Si tuviera claro adonde iba, lo de seguir el rastro no es que importara mucho. Me adelantaría y lo esperaría. Y si no pudiera adelantarme, lo acorralaría y lo haría salir.

Rennie se sentó un poco más erguida, con una expresión solemne en el rostro y los ojos color esmeralda llenos de ilusión. Con un gesto, abarcó la habitación, llena de libros mayores y de expedientes.

—¿Y bien? Tú mismo lo has dicho: la respuesta no está en las cuentas. No hay rastro que seguir... Pero lo has averiguado sin rastro. Sabes cuál es el plan de Hollis, y adonde se dirige... —Sonrió, casi con expresión de triunfo—. No tenemos más que dar con un sitio donde acorralarlo.

—Rennie —dijo él en tono apaciguador—, no creo que...

Pero ella no lo escuchaba.

—¿Recuerdas cuando buscamos refugio en aquella mina abandonada? Fue sencillo hacer salir a aquel osezno; no hacíamos más que charlar, haciendo planes, y salió por pura curiosidad.

—Hollis no es un osezno.

—No, pero es curioso; y además, es también muy orgulloso. No le basta con ser listo, Jarret. Tiene que asegurarse de que el otro sepa que lo es.

A Jarret no había que convencerlo de eso. Volvió a echar un vistazo en torno a la habitación: la pila de libros de cuentas que había sobre la cama, el montón que había en el rincón y la montaña situada junto al escritorio.

—Conque hacerlo salir, ¿eh? —preguntó, pensativo—. A lo mejor funciona.

Ella dijo que sí con la cabeza al tiempo que le hacía sitio en la butaca, mientras él resbalaba del brazo hasta el asiento. Estaban bien apretados, y cómodos. Las piernas de Rennie reposaban en el regazo de Jarret, y su trasero se encajaba en su muslo. Entonces se le abrió la bata, y antes de que pudiera cerrarla, la mano de él se deslizó debajo del satén y rodeó la curva de su cadera. Entonces inclinó la cabeza de forma que sus frentes se tocaron.

—Es usted una dama muy lista, señora Sullivan.

Ella le dio un golpecito con la nariz en la suya.

—Tú me inspiras.

Con el pulgar, Jarret le acarició la cadera.

—Me parece que eso me gusta.

Rennie lo besó con suavidad.

—Vamos a acostarnos.

—De verdad que se te ocurren buenas ideas esta noche.

De pie ante la ventana de su despacho, Hollis Banks miraba la calle. El tráfico parecía discurrir más deprisa visto desde cinco pisos de altura, y aquello le daba una sensación de poder, casi como si controlara aquel flujo y reflujo, aquel cambiante movimiento. En cierto modo, era justo lo que hacía. Northeast Rail movía un país, y él formaba parte de ella. Sólo era cuestión de tiempo que la controlara. Precisamente eso volvía más inquietante el mensaje que tenía en la mesa: Rennie quería verlo. Se apartó de la ventana y volvió a coger la nota. Estaba escrita con apresurados garabatos, tan amplios y desgarbados que al principio dudó de que los hubiera trazado la mano de Rennie, pero un examen en detalle lo convenció de la autenticidad de la carta, aunque no de su contenido.

—Estás faroleando, Rennie —dijo en voz baja; luego arrugó el papel en su manaza y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta—. No sabes ni la mitad.

Se dejó caer pesadamente en el sillón y lo hizo girar para quedar otra vez de cara a la ventana. El cielo de principios de primavera estaba despejado, radiante de sol y, en cierto modo, parecía prometedor. Dejó que su tibieza le bañara el rostro mientras se recostaba hacia atrás y apoyaba los pies en el alféizar. Verla no le haría daño. Jay Mac no estaba en la ciudad, y ella debía de estar dándose cuenta de que Northeast se le escapaba de las manos. Su mensaje no sonaba tan urgente como desesperado... Entonces llamó a su secretario, que estaba en el despacho delantero.

—Ha habido un cambio de planes. Cancele mi reunión con Stringer. Esta tarde saldré temprano.

Hollis no dejó nada al azar y llegó a la iglesia una buena media hora antes de la cita con Rennie. Las grandes puertas de roble de San Gregorio se abrieron con facilidad. El atrio estaba vacío. Sus zapatos resonaron un poco en el brillante entarimado, aunque apenas reparó en ello. Entonces fue al despacho y asomó la cabeza; no había nadie. Satisfecho, cerró la puerta. Una feligresa le echó una mirada cuando entró en la nave de la

iglesia. Hollis tomó agua bendita, se santiguó y luego se sentó en la última fila de bancos. La mujer no tardó mucho en levantarse del reclinatorio, encender unas velas en la parte de atrás de la iglesia e irse. En cuanto se marchó, Hollis se acercó al órgano y miró en derredor, pero no había nadie. Luego se arrodilló y miró por debajo de los bancos, tanto en la galería del coro como en la nave; las hileras estaban despejadas.

Ni al otro lado del altar ni en la sacristía había nadie escondido. Al entrar en esta última, a su mente acudió la imagen de cuando Jarret lo dejó inconsciente en el suelo. No era un recuerdo agradable. Después volvió sobre sus pasos hasta la iglesia y echó un nuevo vistazo alrededor. Estaba solo. Un denso silencio parecía depositarse sobre todas las cosas, como si el propio aire absorbiera el sonido. A medida que fue oscureciendo en el exterior, los vitrales perdieron sus colores, que los hacían destacar como gemas, hasta quedar tan oscuros como el emplomado que los soldaba.

Hollis ajustó algunos de los mecheros de gas, cuya luz se reflejó en la brillante madera de los tres confesonarios; entonces se dio cuenta de que allí no había registrado y empezó a caminar hacia ellos. En ese momento la puerta de en medio, la del párroco, se abrió, y Hollis se detuvo en seco. El párroco salió, cerró la puerta y soltó un bostezo, sin preocuparse por taparse la boca. Sólo reparó en Hollis cuando se volvió para dirigirse a la parte de atrás de la iglesia, y en seguida se subió los lentes en el caballete de la nariz e intentó parecer alerta; tenía el pelo alborotado y la mejilla arrugada en el sitio donde se había recostado en el confesonario. Sus facciones amables se encendieron con un tono rubicundo.

—Me ha pillado, ¿eh, hijo? —preguntó con una sonrisa algo culpable —. No suelo echar la siesta en el confesonario.

Hollis sonrió.

—Lo creo, padre.

—¿Desea algo?

—No, únicamente he entrado para estar un momento a solas.

Satisfecho con su respuesta, el párroco asintió mientras echaba un vistazo a su alrededor.

—Entonces, lo dejaré para que pueda estar solo. El ama me ha hecho una tarta de limón esta noche. —Se dio unas palmaditas en la oronda barriga y se alisó la sotana, algo torcida—, y a lo mejor me la esconde si llego tarde.

Dio un paso, pero se detuvo un instante al ver que las puertas que daban a la nave se abrían.

—Parece que después de todo no va a quedarse a solas, hijo... —Subió una pizca las cejas—. A no ser que haya hecho planes para reunirse con esa dama.

Hollis se volvió y vio a Rennie de pie en el umbral. Pareció titubear al ver que no estaba solo.

—No se preocupe, padre, no la había visto nunca. No estamos usando su iglesia como lugar de encuentro.

El párroco asintió.

—Entonces, buenas noches.

Hollis hizo una cortés inclinación.

—Buenas noches.

Se sentó en el banco y esperó. Oyó que Rennie hablaba brevemente en voz baja con el párroco en la parte de atrás de la iglesia; al cabo de pocos minutos, estaba sentada junto a él. En la iglesia hacía frío, y no se quitó el abrigo. Un chal de seda color marfil le cubría casi todo el cabello. Miraba fijamente hacia adelante, y cuando habló su voz apenas sonó más fuerte que un susurro.

—No estaba segura de que fueras a venir.

Hollis tuvo que inclinar la cabeza para oírla.

—Envié respuesta.

—Lo sé, la recibí. Pero seguía sin estar segura.

—Tienes que hablar más alto —dijo él—. Apenas te oigo.

Incómoda, Rennie miró a su alrededor.

—No hay nadie más por aquí. Ya lo he comprobado.

Ella frunció el entrecejo y se volvió a mirarlo por primera vez.

—¿Que lo has comprobado? ¿Y qué significa eso?

—Significa que no confío en ti, Rennie. No estoy seguro de por qué me has pedido que venga. Sí, ya sé lo que decía tu nota, pero saber que necesitas hablar no es lo mismo que saber de lo que quieres hablar. —Intentó estirar las largas piernas por debajo del banco de delante, pero le resultó incómodo; entonces se acercó al extremo del banco y extendió las piernas en el pasillo. La miró con recelo, casi desafiándola a que se desplazara para acercarse a él, y con una irónica sonrisa, añadió—: En esta iglesia fue donde nos casamos, Rennie.

—No hace falta que me lo recuerdes. Si no hubiera habido una misa, no habría hecho falta pedir la anulación a los tribunales y a la Iglesia.

—Según parece, tampoco ha resultado ser un obstáculo demasiado grande —dijo, observándola con una mirada burlona; extendió una mano sobre el respaldo del banco y tamborileó con los dedos en la madera, casi rozándole el hombro. Esperó a ver si se movía, pero no lo hizo—. Tienes amigos poderosos. Al juez Halsey lo conozco, desde luego, pero, ¿quién fue el obispo que te consiguió la sentencia eclesiástica tan rápido?

—El obispo Colden, mi padrino.

Hollis se rió en voz baja, meneando la cabeza.

—Me parece que cometí un error eligiendo a Nina en vez de a ti... —Su risa se desvaneció y sus oscuros ojos castaños se entristecieron—. No, no es verdad. Yo quería a Nina. Su muerte...

Dejó la frase sin terminar. Se produjo un largo silencio mientras alzaba la vista y la perdía en el espacio, hasta que de repente se volvió hacia Rennie y le dijo con impaciencia:

—¿Qué quieres?

—Lo mismo que tú —dijo ella—. Northeast Rail.

Una de las tupidas cejas de Hollis se arqueó. Durante un segundo sus dedos dejaron de tamborilear y luego volvieron a hacerlo.

—¿Ah, sí? Y, ¿cómo se supone que he de ayudarte a conseguir la ambición de tu vida?

—He visto lo que se me venía encima, Hollis. Vas a arrebatarle el control a mi padre.

—¿De verdad?

Las facciones de Rennie mostraban una expresión seria, y sus ojos eran implacables. Asintió con un gesto rígido, mientras lo escudriñaba con la mirada.

—Si Jarret no encuentra en las cuentas algo que lo remita a ti, habrás logrado inculpar a Jay Mac.

La ancha cara de Hollis no dejó traslucir nada.

—Estás haciendo una acusación grave, Rennie. Me parece que no me gusta.

Ella hizo caso omiso de aquel sutil desmentido.

—Te brindaste a ponerte al frente de la investigación sabiendo de sobra que Jay Mac no lo permitiría, y luego te alegraste de que nombrara a Jarret para que la realizara en tu lugar.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? —preguntó con desenfado—. No tengo nada que ocultar, y supongo que la investigación de tu marido está demostrándolo.

—Lo que sé por Jarret es que yo había subestimado el afán con que codicias Northeast. Supongo que llevabas planeando quedarte con ella casi desde el momento en que llegaste al Edificio Worth.

—Como tú bien sabes —le dirigió una mirada elocuente—, la ambición no es un delito, Rennie. De hecho, si no fueras tan ambiciosa, dudo de que estuviéramos teniendo esta reunión. ¿No es así?

Ella no se encogió ante su sombría mirada y asintió.

—Entonces, ¿qué es lo que esperas?

Rennie respiró para calmarse y expulsó el aire despacio. Luego dijo con franqueza:

—Espero tener igual voz y voto que tú en la dirección de Northeast.

Hollis no parpadeó al oír su petición. Tampoco dijo nada. Sus anchos hombros se sacudieron por la fuerza de su silenciosa risa hasta que al fin ésta explotó como un trueno, reverberando en el vacío de la nave. En las comisuras de sus ojos se acumularon las lágrimas, y sacó un pañuelo para enjugarlas. Ella esperó todo el rato con expresión tranquila, y cuando la risa se desvaneció, añadió:

—En vista de lo que has hecho, Hollis, es una petición razonable.

Él se puso serio.

—¿Y qué he hecho? —preguntó—. Dime, ¿qué he hecho, Rennie?

—La noche en que te enfrentaste a mi padre ante el consejo, ordenaste a tus amigos que me raptaran en mi propia casa. Reconocí a Taddy y a Warren, y oí que hablaban de ti. Sé que si las cosas hubieran pintado mal para ti en aquella reunión, me habrías utilizado como un as en la manga. Te habrías servido de mí para que te diera tiempo a escapar.

—No sé de qué hablas.

Ella contaba con su negativa, y por eso prosiguió como si no hubiera dicho nada.

—Pensé que aquél era el acto de un hombre asustado, y cuanto más pensaba en ello, más me sorprendía. Al parecer, estabas seguro de que en los libros de contabilidad no había nada que te inculpase y, sin embargo, tus acciones de aquella noche indicaban otra cosa.

Hollis recogió las piernas. Observó a Rennie con un poco de recelo, pero la invitó a que continuara.

—Estás contando un cuento muy bueno —dijo—. Estoy fascinado. ¿Y qué crees haber descubierto?

Ella sonrió.

—Nada que tenga que ver con el proyecto de Queen's Point, Hollis. En eso te has encubierto muy bien..., y con mucha astucia. Todo señala a Jay Mac y a Contratistas Seton. —Castigó a Hollis con sus expresivos ojos verdes—. ¿Contratistas Seton? Seton... Stone. Era muy evidente, aunque, claro, supongo que eso era lo que querías, ¿no?

Hollis se encogió de hombros y cruzó los brazos delante del pecho.

—Ésa es tu teoría —dijo—, dímelo tú.

—Muy bien. El que aquello resultara evidente era intencionado. Querías que se viera la conexión. Y meter al marido de mi hermana era otro dedo que señalaba a Jay Mac. Has puesto a Jarret en un aprieto. Las pruebas no sólo indican que Jay Mac es culpable, sino que actuaba en connivencia con su mejor amigo.

—Esto tendrías que contárselo a los directivos, Rennie, no a mí. En realidad, yo no habría tenido forma de enterarme de nada si no estuvieras compartiéndolo conmigo en este momento. ¿Crees que no voy a utilizarlo?

—Lo habrías oído de todas maneras. Jarret piensa hacer un informe completo. Pero pensé que éste era un buen momento para reunirme contigo... —miró a su alrededor y, con un gesto, señaló cuanto los rodeaba—, y éste, un buen lugar.

Con una risilla ahogada, Hollis preguntó:

—¿Para confesar? Creo que no. Todas las confesiones que tenga que hacer, las haré allí —señaló los confesionarios, situados a menos de dos metros de donde estaba sentado, y luego empezó a levantarse, como si diera por terminada la conversación—. Ha sido interesante, pero...

Sin moverse, Rennie alzó la cara para mirarlo.

—¿No quieres oír nada del Salto de Juggler?

La pregunta cogió a Hollis entre sentado y de pie, amén de desprevenido. Vaciló un instante y luego volvió a sentarse despacio.

—¿Qué pasa con el Salto de Juggler?

—Hollis, he estado allí, y he visto con mis propios ojos los restos del descarrilamiento. Sé que lo que ocurrió no fue un accidente.

—¿Ah, no? —Alzó las cejas mientras estudiaba a Rennie con nuevo interés—. Es la primera noticia que tengo.

—¿Cómo puede ser, si tú eres el responsable? —Alzó la mano para detener su respuesta, que iba a ser otro desmentido—. Siempre tuve sospechas, Hollis, pero la dificultad estaba en demostrarlo. Sé que tú no

quitaste en persona los pernos del enganche que hizo descarrilar el número 412, pero pagaste a los hombres que lo hicieron.

En ese instante Hollis se puso de pie y miró a Rennie desde arriba.

—Te he escuchado todo este tiempo porque lo que contabas era divertido... Pero ya no lo es.

Empezó a alejarse, pero Rennie le agarró la manga del abrigo y lo retuvo. Él se paró y miró su mano, listo para apartarla de un manotazo. Ella lo soltó antes de que se lo diera.

—Pensé en cómo pudiste pagarles —se apresuró a decir—. Sé que no eres un hombre acomodado, Hollis, al menos para pagar a quienes cometen un delito por ti y, luego, seguir haciéndolo para que permanezcan en silencio... Y en el fondo de mi cabeza siempre aparecía la cuestión del dinero. Entonces creí que habías usado Queen's Point para derivar fondos hacia ti mismo, pero los datos demuestran que no ha sido así. Dejaste que ingresaran trescientos mil dólares en una cuenta a nombre de mi cuñado. Si Jay Mac hubiera muerto en el accidente, los habrías sacado, pero como el resultado ha sido otro, has tenido que dejarlo donde estaba.

»Sin embargo, el Salto de Juggler debió de costarte algo. Probablemente, muchísimo... —Esbozó una sonrisa astuta y adoptó la actitud de una conspiradora—. Y entonces recordé una cosa que me contó Jarret sobre la tarde en que se fue de Nueva York, hace casi un año. Enviaste a Taddy, a Richard y a Warren a despedirlo, y lo hicieron con todos los honores: le lesionaron la mano con que manejaba el arma, arruinaron su medio de vida y se llevaron la letra de cambio que Jay Mac le había extendido. Esa letra de cambio era por valor de diez mil dólares, Hollis: dinero suficiente para costear un asesinato colectivo y un encubrimiento.

Él retrocedió hasta el pasillo.

—A menos que tengas pruebas, eso no es más que una teoría.

—Tú presentaste la letra de cambio —dijo ella—; lo sé porque he revisado las cuentas particulares de Jay Mac. No era una letra de cambio extendida con fondos de Northeast Rail, Hollis. La anotó en su cuenta

privada, y cuando la llevaste al banco y falsificaste la firma de Jarret, volvió a aparecer entre sus recibos. Jay Mac no se enteró de que aquella letra de cambio la habían robado y falsificado, sino que creyó que Jarret había cobrado su dinero.

Hollis se encogió de hombros.

—De modo que cambié la letra de cambio por dinero en metálico... Pero eso no demuestra que utilizara el dinero para organizar un accidente en el Salto de Juggler.

—No, pero es un buen principio, ¿no te parece? Suficiente como para que el consejo se pregunte qué más habrás podido hacer. La letra de cambio te relaciona con la paliza que le dieron a Jarret en la estación, y también con una falsificación... Me temo que esto sembrará dudas sobre ti y tu proceder.

Él empezó a alejarse, y esta vez Rennie no intentó retenerlo. Ya había vislumbrado la ira que comenzaba a hervir bajo su rígida expresión contenida. Entonces alzó la voz para captar su atención.

—¿Por qué empleaste la letra de cambio, cuando tenías el dinero de Nina a tu disposición?

Hollis giró sobre sus talones. Una de sus manos se apoyó pesadamente en el respaldo del banco, y las yemas de sus dedos se volvieron blancas por la fuerza con que agarró la madera.

—¿El dinero de Nina? —preguntó con expresión burlona—. Ella no tenía dinero. Tu padre se hacía cargo de todas las cuentas de la casa y le pasaba una pensión.

Rennie entreabrió los labios.

—Ah, lo mismo que hacía con mi madre... Entonces eso lo explica. No era suficiente para financiar un asesinato.

Rennie retrocedió porque le pareció que Hollis iba a golpearla. Él volvió a echar un vistazo a la iglesia para asegurarse de que estaban solos.

—¿Te acuerdas de lo que era sentir la palma de mi mano? —dijo—. Muy bien, Rennie; pues no lo olvides, y deja de lanzarme tus acusaciones sin base.

—Lo que recuerdo son tus puños... Y diré lo que me parezca. Sólo estoy teniendo la deferencia de dejártelo oír primero. He pensado contar todo esto al consejo... —se detuvo un segundo—, a menos...

—¿A menos que qué? —preguntó él.

—A menos que me concedas igualdad de voz y voto a la hora de dirigir Northeast.

Hollis entornó sus oscuros ojos. Luego hundió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre los talones.

—De modo que volvemos a eso.

—Era mi objetivo cuando vine aquí —dijo ella con voz tranquila.

Él se quedó pensativo.

—¿Quién sabe lo de la letra de cambio? —preguntó.

—Jarret sabe que se la quitaron y, desde luego, sospecha que tú organizaste su robo, pero no le he contado que la descubrí en las anotaciones de Jay Mac. —Suspiró—. Ha estado tan ocupado intentando relacionarte con Queen's Point que mucho me temo que ha pasado por alto todo lo demás.

—Pero tú no —dijo él—. Siempre has sido lista, Rennie.

Ella sonrió con una expresión tan falsa como el cumplido de Hollis.

—¿Le has contado a tu marido que venías? —preguntó.

—Me pareció mejor que quedara entre nosotros dos.

—Así que igualdad de voz y voto para dirigir Northeast... —dijo como si le diera vueltas a la petición—. ¿No te parece que apuntas un poco alto?

—Al contrario, quizá no esté apuntando lo bastante alto. Lo cierto es que tú intentaste que mataran a mi padre, Hollis, y sesenta personas murieron en el descarrilamiento. Eres responsable de eso.

Un músculo latió en el cuadrado mentón de Hollis.

—Vamos a dejar clara una cosa desde ahora —dijo—. Lo del Salto de Juggler no fue idea mía, sino de Nina. Fue un plan estúpido desde el principio, y no vas a cargármelo a mí.

La mente de Rennie se puso a trabajar a marchas forzadas. No había contado con que Hollis echara la culpa a Nina.

—Tú estuviste de acuerdo —dijo—, y lo financiaste, aunque no tenías por qué hacerlo. Ya lo habías preparado todo para la caída de Jay Mac y, sin embargo, accediste a seguir el plan de Nina.

—Esa mujer me tenía hecho un lío... —Tan pronto como dijo esas palabras, deseó no haberlas pronunciado; vio que Rennie se sorprendía, y eso hizo que se enfadara y se volviera sarcástico—. Tú no tienes ni idea de eso, ¿verdad? ¿Cómo puede una persona enredar todos tus pensamientos de manera que hagas cualquier cosa por ella?

—¿Así era lo tuyo con Nina? —preguntó—. Creía que la utilizabas.

—¿Como hice contigo? —preguntó, mordaz—. No, con Nina no fue así. Bueno, al principio quizá sí, pero no a medida que pasó el tiempo. Llegué a amarla..., o a necesitarla..., ya no estoy seguro de qué era. Al principio creí que teníamos los mismos objetivos, que los dos queríamos arrebatarle a Jay Mac el control de Northeast. Y era verdad hasta cierto punto; pero luego Nina se impacientó y quiso que tu padre muriera, no sólo que acabara humillado.

A Rennie le costaba trabajo respirar.

—Pues su método estuvo a punto de tener éxito. Después de lo del Salto de Juggler, casi ganaste Northeast. Controlabas sus intereses en la compañía, y seguías casado conmigo, de modo que también controlabas los míos... Para ti aquello era casi lo que querías.

—Pero no lo fue. Tú encontraste a tu padre. —Sus ojos se clavaron en el pálido rostro y los brillantes ojos de Rennie—. No lo lamento, Rennie. Aprecio a Jay Mac. Él me dio mi primera oportunidad. Siempre he sabido que algún día quería sentarme donde está él, pero nunca quise que muriera para conseguirlo.

—¿Cómo quieres que me lo crea? —dijo ella—. Alguien intentó matarlo en la estación de tren en el mismo instante en que volvimos. ¿Pretendes decirme que no tuviste nada que ver con ello?

—Fue Nina.

—Ella lo planeó.

—No, ella lo hizo, y Jay Mac lo sabe. Se lo dijo la noche que le pidió el divorcio.

Rennie frunció el ceño. Luego, en voz baja, preguntó:

—¿Y cómo lo sabes? Nina se suicidó aquella noche...

—El cuerpo de Rennie se quedó como paralizado, y después sus ojos se abrieron un poco más—. Estabas allí, ¿verdad? Ella te contó lo que Jay Mac le había dicho.

En ese preciso instante vio en su cara la tremenda verdad que no había sospechado hasta entonces. Sintió que se le doblaban las rodillas y volvió a sentarse en el banco.

—Ay, Dios mío, Hollis. Tú la mataste.

—¡Fue un accidente! —gritó él con voz ronca—. Nos peleamos por el ultimátum de Jay Mac. A Nina no le importaba ser la viuda de Jay Mac, pero no quería ser su ex esposa. Casi no pude impedir que fuera tras tu padre en aquel mismo momento. No había modo de razonar con ella. Salió al balcón de su cuarto y se puso a vociferar. No te imaginas lo que fue aquello... Nina jamás levantaba la voz, y, de pronto, chilló tan fuerte que los vecinos la oían.

—Así que la empujaste.

—Se cayó.

—Y tú la ayudaste.

—Iba a estropearlo todo. —Sacó las manos de los bolsillos y se inclinó hacia adelante, apoyando los brazos en el respaldo del banco donde se sentaba Rennie—. Todos mis planes, todo el trabajo de montar el proyecto de Queen's Point... Esperé años hasta dar con el proyecto adecuado, Rennie, y luego tuve que luchar para asegurarme de que no me lo deshicieras con tus mapas y tu insistencia en seguir otra ruta.

—Y todo aquello no habría servido de nada... —dijo ella—. Tuviste que matarla.

—No había otro modo.

—Exacto.

Él cerró los ojos un instante, con los hombros hundidos. Un suspiro lo hizo estremecerse.

—La echo de menos, Rennie —dijo en voz baja—. Ojalá las cosas hubieran salido de otra forma.

—Sé que dices la verdad.

Hollis asintió y le dirigió una sonrisa triste, casi arrepentida.

—Entonces eso hace más fácil que haga lo que tengo que hacer.

Rennie se volvió en el banco para verlo más de frente.

—¿Qué tienes...?

No pudo terminar sus palabras. Se interrumpieron cuando las fuertes manazas de Hollis se cerraron en torno a su cuello. Rennie le dio una patada al banco de delante y arañó las muñecas que le agarraban el cuello como un torno. Se le nubló la vista. Esta vez no creyó que fuera a desmayarse. Creyó que iba a morir. En ese momento, los dos confesonarios que flanqueaban el del párroco se abrieron al mismo tiempo; de uno salió el juez Halsey, seguido del sargento de la comisaría de la calle Jones; del otro, Jarret. Su mano derecha se cernía sobre la empuñadura de su Remington.

—Suéltala, Banks —dijo con voz gélida.

Los ojos de Hollis miraron sucesivamente a Jarret, al juez y al policía. Aflojó los dedos de la garganta de Rennie, pero no la soltó.

—¿Dónde...? ¿Cómo...? —No podía creer que hubieran estado allí todo el tiempo—. Si lo comprobé...

Volvió la cabeza al oír unos pasos que se acercaban desde la parte trasera de la iglesia. El párroco que antes había salido del confesonario caminaba hacia él. Mientras se aproximaba, le dijo:

—Era una pequeña maniobra de distracción. Y necesaria, según se ha visto. Fue usted muy minucioso a la hora de registrar la iglesia. —La expresión agradable de su semblante se desvaneció al ver que las manos de Hollis seguían aferrando el cuello de Rennie—. Haría bien en soltar a mi ahijada. Parece que el señor Sullivan está poniéndose un poco nervioso.

Hollis se dio cuenta de que el hombre que le hablaba era el obispo Colden. Entonces sintió que la trampa se cerraba en torno a él. Soltó el cuello de Rennie, pero al mismo tiempo le deslizó las manos por debajo de los brazos, la levantó del banco y se la puso delante como si fuera un escudo. En ese preciso momento vio que Jarret sacaba su arma pero, protegido con el cuerpo de Rennie, no sintió miedo.

—No voy a hacerle daño —dijo—, siempre que me dejen irme. Tengo un coche esperando fuera. Cuando estemos lo bastante lejos, la soltaré.

—¿Cómo de lejos? —preguntó Jarret manteniendo firme el arma; sus ojos fueron un segundo hasta Rennie y realizaron una rápida comprobación; ella parecía estar controlándose, estaba asustada, aunque no paralizada por el miedo—. ¿Quieres salir de la ciudad? ¿Del estado? Ningún lugar de este mundo será seguro para ti, Hollis. Ríndete y suelta a Rennie.

—Lleva razón —dijo el juez Halsey; sus adustas facciones tenían una expresión severa y su voz sonaba convincente—. Lo hemos oído todo; ¿adónde cree que va a ir?

Hollis no aflojó su agarre. Rápidamente examinó a aquel cuarteto de hombres; ni el juez ni el obispo iban armados, y el sargento sólo llevaba una porra. Sus ojos se detuvieron un momento más en el arma de Jarret. Temblaba ligerísimamente, igual que la mano que lo sostenía. Rennie también se fijó en su mano. Vio que Jarret intentaba coger mejor el arma y luego que movía el hombro como si intentara devolverle la sensibilidad. Se dio cuenta de que Hollis lo había visto, y de que comprendía lo que aquello quería decir. Sin dejar de usarla como escudo, empezó a avanzar hacia atrás por el pasillo lateral.

—Siento lo del brazo, Sullivan —dijo Hollis—. Debió de doler una barbaridad.

En la helada expresión de Jarret no hubo ningún cambio, pero su mano se inmovilizó al instante. Entonces, con seguridad, alzó el Remington y disparó un solo tiro, que le dio a Hollis en el hombro y lo tumbó de espaldas. Al caer, soltó a Rennie. Cuando Jarret llegó junto a él, Hollis trataba de incorporarse. Enfundó el Remington y, con un gesto, indicó al sargento que sujetara al prisionero. Después rodeó la cintura de Rennie con la mano y la atrajo hacia sí. La joven estaba mirando fijamente a Hollis.

—Siento lo del brazo —le dijo—. Debe de doler una barbaridad.



Epílogo

Verano de 1877

La noche era clara, y la superficie del lago reflejaba la luz de la luna. Los peces saltaban hacia las estrellas como si fueran resplandecientes migas de pan. Envuelta en un chal ligero, Rennie estaba sentada en la hierba de la margen del lago, con los pies balanceándose a pocos centímetros del agua. A unos centenares de metros de distancia, al otro lado de un bosque de altos pinos, se encontraba la comunidad minera de Queen's Point. Dado lo tardío de la hora, sólo unas cuantas lámparas de queroseno seguían parpadeando con su luz amarilla y ahumada. Por detrás de Rennie, en lo alto de la montaña, los faroles y las antorchas indicaban la localización de los túneles de las minas. De vez en cuando se oía algún grito, una orden brusca y concisa, o el traqueteo de la maquinaria que se acercaba al túnel de entrada, pero casi todos los sonidos del trabajo se los tragaban las entrañas de roca, forradas de plata.

Eso no quiere decir que fuera una noche silenciosa. Más allá de donde abarcaba la vista de Rennie, en la ladera que bajaba de la montaña, una brigada ponía una vía en una curva que se había nivelado esa misma mañana. Los martillos golpeaban los clavos y los raíles, y los pesados maderos caían al suelo con un golpe sordo. En ese trabajo en curso había un ritmo y una música..., por lo menos para los oídos de Rennie. Se echó atrás, sobre los codos, con los ojos cerrados, y agitó los índices siguiendo el compás; su cabeza los acompañaba con un leve balanceo. No oyó acercarse a Jarret, que se detuvo justo detrás de ella, como si no quisiera invadir su santuario del lago. Observó el ligero movimiento de su cabeza y de sus manos, y los pies que colgaban y daban golpecitos al aire. Cuando al fin se dejó caer a su lado, sonreía.

—¿Estás dirigiendo la orquesta? —preguntó.

Rennie no se sobresaltó. En esos días ya no necesitaba oír sus pasos para sentir su presencia. Sus ojos siguieron cerrados, pero sonrió con expresión soñadora.

—Sí, la Sinfonía de Queen's Point.

Jarret escuchó un instante y oyó los mismos ritmos regulares y los atronadores *staccatos* que ella oía. Esa noche, ella dirigía su propia composición, y por la mañana él volvería a ocuparse de la faena. Todos los hombres de la brigada sabían quién era la responsable de decidir la ruta que se seguiría, qué pendientes podrían franquear las locomotoras, cómo se dispondrían los túneles, y qué materiales se emplearían. Respetaban las aptitudes de Rennie para la ingeniería, pero, como había predicho Jay Mac, no estaban muy dispuestos a recibir órdenes directamente de ella. Rennie había escrito la música, y Jarret la interpretaba. Era un buen arreglo. Rennie nunca había aspirado a supervisar una brigada del ferrocarril, y Jarret era un jefe nato. En Nueva York, Jay Mac seguía llevándose el mérito de su éxito como equipo.

A Jarret le gustó el aspecto que ella tenía a la luz de la luna, con su piel pálida y sus cabellos oscuros. Se inclinó y depositó un beso en su boca. Había pensado que fuera rápido, pero Rennie tenía otras ideas. Lo provocó con los labios entreabiertos y su leve aroma a menta, de modo que le hizo falta cierta fuerza de voluntad para echarse atrás. Rennie lo miró con evidente decepción.

—¿Vas a trabajar con los hombres toda la noche? —preguntó—. Van a amotinarse, Jarret, y entonces, ¿qué será de mí?

—Creo que el motín sólo se puede aplicar con propiedad a los marineros —dijo con guasa—. De todos modos, querían poner otros cuatrocientos metros de vía antes de dejarlo esta noche. Mañana empezaremos a volar el túnel.

—Vas con tres días de adelanto.

—Creí que a lo mejor te agradaba.

Ella se quedó pensativa.

—No sé —dijo al fin—. Me encanta estar aquí, y no tengo demasiados deseos de marcharme. ¿Y tú?

—Tampoco.

Queen's Point tenía mucho a su favor, y lo más importante era la felicidad de Rennie. Desde el principio, los lugareños los habían acogido muy bien. La colocación de los raíles era un acontecimiento muy esperado, y el papel de Rennie en el proyecto se aceptó sin problemas. Él nunca la había visto tan segura como desde que habían llegado allí, y lo único que había estado preocupándola aquellas semanas estaba a punto de desaparecer. Jarret se metió la mano en un bolsillo de sus vaqueros y sacó un trozo de papel que agitó delante de su nariz.

—¿Qué es eso? —preguntó Rennie.

—Un telegrama de Jay Mac que acaba de llegar. Esta tarde han alcanzado una decisión.

Rennie se sentó, le quitó el papel y lo desplegó en su regazo. Frunció los ojos para leerlo en la oscuridad.

—Deja que te ayude —dijo él—. Dice: «Cadena perpetua con trabajos forzados.» Por fin el juez ha condenado a Hollis, Rennie.

Ella se limitó a clavar la vista en el papel un buen rato, sin decir nada. Habían pasado seis semanas desde que Rennie y Jarret habían declarado contra Hollis Banks. El juicio había durado dos semanas más, y los periódicos de todo el país lo recogieron con tintes sensacionalistas. El jurado sólo deliberó unas cuantas horas antes de dar un veredicto de culpabilidad, y ahora llegaba la condena. A Rennie le parecía que nada se había resuelto..., hasta entonces.

—Me planteaba si llegaría a ocurrir alguna vez. —Miró a Jarret con una expresión dolorida en sus ojos claros, y en voz baja añadió—: Me alegro de que haya sido así. No quería que lo colgaran.

Jarret pensó en todos los pasajeros inocentes que habían muerto en el tren número 412. Volvió a coger el papel y se lo metió en el bolsillo.

—Eres más clemente que yo.

Ella negó con la cabeza.

—No creo. Pudiste matarlo en la iglesia y no lo hiciste.

—Fue una suerte que no te matara a ti en la iglesia.

Rennie tampoco creyó esas palabras.

—Tu mano estaba firme como una roca. Sólo temblabas para engañar a Hollis..., y mordió el anzuelo. Ni por un momento corrí el menor peligro por tu culpa.

—Pareces estar condenadamente segura de que así fue cómo ocurrió —dijo al tiempo que alzaba las cejas y le lanzaba una mirada de reojo—. Tomo nota de tu confianza, aunque sea algo inmerecida.

Se las había arreglado para plantar una pequeña semilla de duda, y ella lo miró con escepticismo, frunciendo el ceño. Él correspondió dibujando una amplia sonrisa. Rennie meneó la cabeza, sin acabar de entenderlo.

—¿No vas a decirme nunca la verdad? —preguntó.

—No puedo. Ni siquiera yo estoy seguro de saberla...

Recordó las punzadas que había sentido en la cabeza, el temblor de su mano, el hombro caído en una inclinación extraña..., y por más que lo intentó, no supo hasta qué punto tenía miedo o fingía. En el instante en que Hollis se dispuso a marcharse con Rennie, una absoluta sensación de tranquilidad lo embargó y entonces actuó porque le fue completamente imposible dejar de hacerlo.

—Recuerdo que fueron los segundos más largos de mi vida —dijo—. Lo que no recuerdo es qué pasó en ellos...

Rennie le puso la mano en el hombro herido y le frotó con suavidad el brazo.

—Ha estado molestándote hoy, ¿verdad? Te he observado.

—¿Ah, sí? —Se estiró y puso la cabeza en su regazo. Ella siguió masajeándole el hombro, y su caricia fue tan calmante como el remedio del mejor médico—. Entonces, eso debe de ser...

—¿Qué debe de ser?

—Creerás que estoy loco —dijo, cerrando los ojos; una sonrisilla asomó a sus labios—. Casi toda la tarde he tenido el vello erizado en la nuca; creí que Dancer Tubbs andaba por aquí.

Los dedos de Rennie se detuvieron por un instante, y luego reanudaron su suave movimiento.

—Jarret, yo te he observado esta mañana, mientras repartías las tareas, no esta tarde.

—No puede haber sido Dancer —dijo él—. No se arriesgaría a mostrarse en público durante el día.

—Pero no se ha arriesgado. Nadie lo ha visto.

Jarret se echó a reír.

—Rennie, ni siquiera sabemos si ha estado aquí.

—A ti se te ha erizado el vello de la nuca, y a mí me basta con eso.

Él le siguió el juego. Merecía la pena para que siguiera ocupada con su hombro. De vez en cuando las yemas de sus dedos también le rozaban la piel, justo por encima del cuello de la camisa, y eso le gustaba.

—Quizá tengas alguna teoría de por qué anda merodeando por Queen's Point.

—Tal vez piense que el ferrocarril es una amenaza para su tranquilidad.

—No sé. Queen's Point está a bastante distancia del territorio donde se mueve Dancer.

—Tal vez sólo sea porque es curioso.

—Dancer Tubbs defiende su intimidad, sencillamente, no suele ser curioso.

—O tal vez —dijo ella, dándole al hombro un achuchón— haya venido a cuidar a una ave con un ala rota.

Jarret acercó las cejas.

—¿Una ave con...? —suspiró—. Te refieres a mí, supongo.

—Sí.

—No lo creo probable.

—¿Por qué? Desde que llegamos te has asegurado de que recibiera víveres. Sé que Jay Mac te pidió que cuidaras de él, aunque también lo habrías hecho por tu cuenta. Viene por aquí a corresponder. Es el único modo en que Dancer acepta los regalos. —Le dio un golpecito en la nariz —. ¿Y sabes qué más?

—¿Qué más?

—Creo que, si de verdad Maggie quiere aprender a curar, debería pasar algún tiempo con Dancer Tubbs.

En tono cauteloso, Jarret dijo:

—Señora Sullivan, tiene usted una imaginación de lo más interesante.

Ella inclinó la cabeza. Su boca quedó justo encima de la de Jarret.

—¿Eso crees?

Él asintió y sus labios rozaron los de ella.

—¿Quieres saber qué estoy imaginando ahora? —preguntó en tono travieso.

—No —susurró él; abrió los ojos y, sonriendo, los clavó en los suyos—. Quiero hacer lo que estás imaginando.

—¿Estás seguro?

—Sí.

De un pequeño empujón, Rennie se lo quitó del regazo, y al cabo de un instante estaba de pie, zafándose del vestido, las medias y los zapatos. Una vez que Jarret se recobró del sobresalto y se dio cuenta de lo que quería hacer, se sumó a la carrera: tiró sus polvorientas botas y los vaqueros tras él, y luego lanzó la camisa y los calzones de franela. Se zambulló en las aguas del lago un segundo después que Rennie. Ésta salió riendo, sacudiéndose la cabeza y salpicando agua a su alrededor. A tientas, él encontró sus piernas y tiró de ella hacia abajo. Balbuceó hasta que los labios de él dieron con los suyos, y entonces vació el agua que llevaba en la boca en la suya. Esta vez salieron juntos a la superficie, felices y sin aliento. La enagua de algodón de Rennie se pegaba a ella como una segunda piel, y los dedos de Jarret se deslizaron por debajo y

empezaron a quitársela. Después lanzó la prenda a la orilla, y Rennie quedó tan desnuda como él. Su húmedo cuerpo rozaba el suyo, y sus senos le acariciaban el pecho. La cogió por las caderas y atrapó su boca con la suya. Ella envolvió las piernas en torno a él.

El agua fría lamía sus cuerpos desnudos. Los brazos de Rennie le rodearon los hombros, y su boca se apretó contra la suya mientras él se guiaba hasta su interior. Bebió su jadeo y la mantuvo firme. Ella le besó la comisura de la boca y la mandíbula, y enterró la cara en la curva de su cuello. Él le susurró al oído:

—Te amo, Rennie.

Y con los dientes le cogió el lóbulo de la oreja y le dio un tironcito. Ella se estremeció, no de frío, sino de calor, y él absorbió su temblor y dijo en voz baja:

—No imaginas cuánto.

Ella sólo disponía de su intuición para calcularlo, pero si lo que él sentía por ella se parecía a sus propios sentimientos, supo que la amaba mucho... Y eso le dijo. Luego hicieron el amor en el agua plateada del lago, entre la luna y los peces. Sus risas resonaban como piedras arrojadas a las aguas, y se alzaron cuando encontraron el placer uno en brazos del otro.

Luego se dejaron ir, sueltos pero unidos por el leve contacto de sus dedos, mientras recuperaban el aliento. Rennie fue la primera en abandonar el dosel de estrellas en busca del dosel de las copas de los pinos. Para cuando Jarret llegó a su lado, ya estaba vestida y calzada, y llevaba en la mano las medias y la chorreante enagua. Le lanzó los vaqueros y fue a recoger la blusa de las ramas. Tuvo que saltar dos veces antes de conseguir bajarla de un tirón, y entonces algo cayó del bolsillo de la pechera. Se arrodilló a buscarla por entre la capa de agujas secas hasta que sus dedos dieron con algo frío y liso, que cabía en la palma de su mano. Mientras Jarret se ponía su camisa, retrocedió hasta un claro y puso en alto aquel objeto ovalado; por un instante creyó que sostenía un espejo: era su propio reflejo, que le devolvía la mirada..., aunque no del todo. Porque lo que tenía en la mano era el marco de una fotografía. Alzó la vista y vio que Jarret la miraba, aguardando su reacción.

—Es una fotografía mía —dijo en voz baja, maravillada—. Estaba en la repisa de la chimenea de mi dormitorio de Nueva York. ¿Cuándo la...?

—La robé, me temo... —Él estaba justo detrás de ella, mirando por encima de su hombro—. Esa fotografía ha sido mi compañera durante bastante tiempo. La cogí antes de irme de Nueva York..., la primera vez.

Rennie dio un respingo y lo miró.

—¿La llevaste encima todos aquellos meses antes de que fuera a Echo Falls?

—No creía que fuera a volver a verte.

Deslizó los brazos en torno a su cintura y la apretó contra sí. Ella se giró en sus brazos y volvió a meter el marco en el bolsillo de su pechera; los ojos le relucían.

—Sé que me amas —dijo en voz baja—, pero hasta ahora no he sabido durante cuánto tiempo me has amado.

—Casi desde el principio —dijo él tocándole la frente con la suya—. Y para siempre...

Y en ese momento, de pie en el círculo de sus brazos, con una mano sobre la fotografía, y la fotografía sobre el corazón de él, Rennie decidió que a lo mejor —sólo a lo mejor—. Se conformaría con ese siempre.

Fin